

NUEVO MANUAL DE LECTURAS  
EN ESPAÑOL

新编西班牙语阅读课本

第四册



外语教学与研究出版社

**NUEVO MANUAL DE LECTURAS**

**EN ESPAÑOL**

**新编西班牙语阅读课本**

**第四册**

李多 编

外语教学与研究出版社

**(京)新登字 155 号**

**图书在版编目(CIP)数据**

新编西班牙语阅读课本 第四册/李多编. - 北京:外语教学与研究出版社, 2000

ISBN 7-5600-1853-X

I. 新… II. 李… III. 西班牙语-阅读教学-高等学校-教材  
IV. H349.4

中国版本图书馆 CIP 数据核字(2000)第 20464 号

**版权所有 翻印必究**

**新编西班牙语阅读课本**

**第四册**

**李 多 编**

\* \* \*

**责任编辑:黄菊琴**

**出版发行:外语教学与研究出版社**

**社 址:北京市西三环北路 19 号(100089)**

**网 址: <http://www.fltrp.com.cn>**

**印 刷:北京大学印刷厂**

**开 本:850×1168 1/32**

**印 张:18.25**

**字 数:329 千字**

**版 次:2000 年 11 月第 1 版 2000 年 11 月第 1 次印刷**

**印 数:1—3000 册**

**书 号:ISBN 7-5600-1853-X/G·783**

**定 价:21.90 元**

\* \* \*

**如有印刷、装订质量问题出版社负责调换**

# 前 言

《新编西班牙语阅读课本》共分四册，可供高等院校西班牙语专业本科一、二、三年级阅读课使用。

本套教材在总结《西班牙语阅读课本》（岑楚兰、陈瑄瑄、傅筱芳合编，1988年由外研社出版）选编经验，在听取部分师生意见的基础上，重新选编而成，基本上保留了原有教材的体例，但是课文全部更新。本书以提高阅读理解能力、扩充词汇量、拓宽知识面为其主要目的，力图贯彻科学性、知识性、实践性、趣味性等教学原则，力求课文的题材和体裁的多样化。主要内容包括浅易故事、简单对话、文学名著改编、戏剧、小说、名人传记、西班牙语国家概况、经贸短文、当代社会问题等，以适应当今时代的需求。每篇文章均配有词汇表，便于学生阅读和理解。

本书一、二册由岑楚兰、蔡绍龙选编，三、四册均为李多选编，整套教材由北京外国语大学西班牙语系系主任刘永信教授审阅。

我们诚恳地希望读者对本书提出宝贵意见。

编者

# INDICE

<b>PERSONAJE</b> .....	1
Borges, sus días y su tiempo .....	2
Julio Cortázar, sus experiencias .....	69
<b>TIEMPOS MODERNOS</b> .....	93
Federico Sánchez se despide de ustedes .....	94
<b>LITERATURA (1)</b> .....	133
El caballero carmelo .....	134
El vuelo de los cóndores .....	148
Hebaristo, el sauce que murió de amor .....	161
<b>LITERATURA (2)</b> .....	171
La llama doble —amor y erotismo .....	172
La memoria rota .....	204
<b>CRITICA SOCIAL</b> .....	265
La ciudad que me habita .....	266
<b>LITERATURA (3)</b> .....	295
El prisionero .....	296
La tumba viva .....	307
El trueno entre las hojas .....	325
La desesperanza .....	366

<b>CIENCIA</b> .....	539
En el espacio .....	540
El traje espacial .....	568

# **PERSONAJE**

# BORGES, SUS DIAS Y SU TIEMPO

## Prólogo

El reportaje es uno de los géneros más reprochables y populares de que adolecen nuestras letras. Finge ser una conversación, pero se identifica peligrosamente con el interrogatorio fiscal, con el catecismo y con los exámenes de ciertos profesores inhábiles que, en vez de dejar hablar al alumno, lo interrumpen descortésmente con nimiedades bibliográficas y exigencias de fechas. La rutina de preguntas y respuestas obliga a su víctima a simular que es Heine o Wilde o Bernard Shaw, empresa que suele acometer con escasa fortuna. El interrogador descarga preguntas que sugieren y casi imponen respuestas determinadas. Le duele, además, ser el que interroga y no el que dictamina e intercala sus propias aversiones y preferencias generalmente superfluas.

Muy otra cosa es, lo confiamos, este libro cuya materia es un diálogo cómodo entre dos amigos que, desde una fecha ya algo remota, se conocen y se quieren. Un diálogo, creo, no tiene obligación alguna de ser un modo verbal de la esgrima, juego de asombros, de fintas y de vanidades; es la investigación conjunta de un hecho o la recuperación de compartidas memorias y no importa saber si las palabras salen de un rostro o de otro. Su elaboración ha sido un placer para mí —un placer y no pocas veces una sorpresa—, porque no sabemos todo lo que sabemos o todas las opiniones que profesamos. Espero que el lector comparta esa tranquila felicidad de asentir y de disentir, que ha poblado tantas mañanas.



He mencionado a los interlocutores visibles; otros hay invisibles que, sin duda, enriquecerán con su ingenio este grato volumen; Eduardo Gudiño Kieffer y mis queridos amigos, ya ausentes, Francisco Luis Bernárdez, Raimundo Lida y Manuel Mujica Lainez.

La tácita presencia de mi madre, casi centenaria, preside la casa en que hemos conversado y que María Esther tan cariñosamente describe y cuya imagen acaso perdurará en la mente del lector como ahora ante nosotros.

La memoria abunda en sorpresas como en las viejas fotografías y en los espejos. No sé si estoy de acuerdo con todo aquello que registran puntualmente estas páginas; reconocerse es una de las artes que no acabamos nunca de aprender. Para mí este libro tiene, por lo menos, una irrefutable virtud: la de haberme reconciliado con Borges.

A María Esther Vázquez le ha tocado la ardua tarea de transformar en libro lo que originalmente fue ocioso y activo tiempo y no sé muy bien cómo agradecersele. Procusto no dirigirá sus palabras, cuya meta esencial será la verdad.

*Jorge Luis Borges*

### **Después del prólogo**

El tiempo ocioso y activo a la vez al que Borges se refiere, transformado en letra de molde en este libro, corresponde en parte a una aventura que iniciamos veintitantos años atrás, cuando nos llevaron a Radio Municipal, Virgilio Tedín y Ricardo Costantino, sus directores. Borges y yo nos reuníamos en un sótano del Teatro Colón,

donde funcionaba entonces la radio. Este sótano se inundaba cada vez que llovía, casi me atrevería a decir cada vez que lloviznaba, y largos tablones, apoyados en escalones y cajones, cruzaban, a manera de puentes, vastos espacios abiertos y unían las diferentes dependencias de la radio. Borges caminaba sobre esos tablones y me acuerdo que, cada tanto, hundía el bastón a un lado y otro del endeble puentecito, tratando de tantear el fondo del efímero lago artificial.

Los temas de nuestras charlas ante el micrófono eran infinitos. Yo se los proponía, él los aceptaba e iniciábamos largos reportajes donde yo preguntaba y él respondía. He olvidado con qué frecuencia se radiaban estos programas, sólo recuerdo que grabábamos una vez por mes. Eso duró algunos años y luego, con el advenimiento del segundo peronismo, cambiaron las autoridades y el ciclo se terminó. Yo tuve la intuición de que esas cintas, que guardaban el pensamiento y la voz de Borges, iban a ser borradas. Compré entonces unas cuantas casetes y regrabé algunas; mi intuición se vio confirmada casi enseguida.

Esas casetes durmieron años en un armario, un día las oí, las desgrabé e hice un collage con las mejores, que ahora están en este libro.

También hubo después largas mañanas, en la casa de la calle Maipú, en que hemos conversado por el solo gusto de conversar y algunas de esas charlas están en estas páginas, “rescatando aquel tiempo ocioso y activo”.

Se reunieron además aquí una serie de “encuentros” que Borges mantuvo respectivamente con Eduardo Gudiño Kieffer, Francisco Luis Bernárdez, Raimundo Lida y Manuel Mujica Lainez.

Intercaladas entre las “Conversaciones” hay frases y anécdotas breves que corresponden a Borges y, en el caso de “Encuentros”, a

sus interlocutores.

A lo largo de estas “conversaciones” y “encuentros” se hallará un vasto mosaico de opiniones acerca de la literatura universal, la política, la religión, juicios sobre doctrinas, movimientos, autores, amigos y recuerdos personales que abarcan casi toda la vida de Borges. Evidentemente tal acumulación de reportajes puede llegar a ser tediosa y abundar en detalles superfluos. Pero, como la vida de Borges es la literatura y todas las conversaciones recaen sobre el tema, pienso que este exceso completa la intención del libro y que por eso, quizá, ayudará a los estudiosos de Borges a una mejor comprensión de su obra. He alterado la disposición cronológica, buscando un ordenamiento racional.

La intención de este libro es ofrecer un homenaje a Borges, al Borges íntimo que conocemos sus amigos. Al hombre que revisa, sin verlos, los libros que guarda en su casa, al hombre que viaja por el mundo intuyendo paisajes y ciudades, que recibe premios y honores pensando si realmente los merece y si la gente no se equivoca al dárselos. Al Borges que adora el dulce de leche y que en la soledad de sus tardes en penumbra repite, a media voz, los versos de los poetas más dispares: Alighieri, Marlowe, Quevedo, Whitman, Dante Gabriel Rossetti, Heine, sin distinción de épocas, movimientos o lenguas. Su memoria hasta alberga a algún poeta oscuro de San Fernando que ganó los juegos florales en la década del cincuenta.

Hablando de Edgar Allan Poe, Borges dijo alguna vez: “A la obra escrita de un hombre debemos muchas veces agregar otra quizá más importante: la imagen que de ese hombre se proyecta en la memoria de las generaciones”. Esta reflexión es aplicable al propio Borges. Con él ocurre un fenómeno extraño: sin proponérselo, sin tener nada de fácil ni su prosa ni su poesía, siendo sus libros compra-

dos por muchos, leídos por pocos y comprendidos por menos, ha logrado, dentro y fuera del país y de su lengua, un éxito tan grande que trasciende los estrictos límites de la literatura para alcanzar al hombre y transformarlo en mito. Su edad, su soledad, su ceguera irremediable, su figura enhiesta y rígida, que recuerda la arquetípica y digna posición de un prócer, sus intransigentes opiniones, difundidas una y otra vez en los diarios y revistas configuran una serie de circunstancias que alimentan ese mito.

Pero este hombre de pelo blanco, que a los ochenta y cinco años todavía ríe a carcajadas con alegría, que tiene la vitalidad de un joven, es un ser de carne y hueso. Por eso en la primera parte del libro, "Aproximación al personaje", trato de mostrarlo cómo es, cómo vive, cómo trabaja, cómo era su madre, cómo es su carácter, cómo lo veía yo hace diez años y cómo lo veo hoy.

El volumen se cierra con una cronología y una bibliografía.

No debe esperarse de este libro un juicio crítico sobre la obra de Borges. Su sola intención es la de un acercamiento a un hombre que, desde su propio universo, se ha asomado al mundo, soñándolo y soñándose, en la busca de un único y, a la vez, infinito poema, que le ha llevado la vida.

## **Aproximación al personaje**

### **I**

### **BORGES A LOS SETENTA Y CINCO AÑOS**

(1974)

Un hombre de pelo gris va por la calle. Lento el paso y la cabeza

erguida. La mirada fija mira sin ver. Cruza Maipú, camino de su casa; con bastón inseguro tantea el suelo. Alguien, un desconocido, lo ha ayudado a atravesar la calle y lo acompaña hasta llegar a su puerta; la mano izquierda busca la cerradura, la derecha pone la llave con movimiento pausado. La puerta se abre. El se despide. El brillo de una sonrisa agradecida abre su rostro serio y luego desaparece despacio en la penumbra. Es Borges; la gente lo reconoce, lo detiene, lo saluda, aun aquella que nunca ha leído una línea suya. El agradece y, si está de buen humor o tiene tiempo, pregunta a su interlocutor en qué barrio de Buenos Aires vive y alguna copla o anécdota de ese lugar, vinculada con su infancia o su tradición familiar, enriquece la conversación. Más que conversación, monólogo, porque el accidental compañero, entre sorprendido y emocionado, sólo atina a agradecer. Borges conquista a la gente que no lo ha tratado nunca y aun a aquellos que se acercan mal predispuestos, generalmente por razones políticas. Pocos saben que él es, en el fondo, un nostálgico y teórico anarquista con demasiado sentido del humor.

Sube Borges a su casa, un departamento en un sexto piso, donde vive desde los años '30 con su madre, casi centenaria; Leonor Acevedo nació el 22 de mayo de 1876. Desde el balcón que rodea los cuartos se ven la mansarda y los techos de la señorial casa que perteneció a Reynaldo Vilar, un importante médico amigo de Nicolás Avellaneda, y levantada a principios de siglo. Más allá están los árboles de la Plaza San Martín. La casa es modesta, tiene tres cuartos. En el recibidor hay un sofá pequeño, donde esperan los bastones de Borges, y en la pared, un gran retrato al óleo de Leonor Acevedo de Borges, ya anciana, observa a los que llegan con ojos atentos y vivaces. Es extraño, la señora ya casi no se levanta de la cama y, sin

embargo, su presencia expectante está visible en cada objeto, en cada rincón. El living, donde Borges recibe a todo el mundo, es amplio. En un extremo está la mesa de comedor; en el otro, cerca de la ventana, hay un sofá y unos sillones. Los lujos del cuarto son algunas piezas de plata, colocadas sobre una alta y antigua mesa de trinchar. De entre ellos, un mate, una jofaina pequeña y una jarra fueron los enseres personales del bisabuelo de Borges, que hizo la campaña con San Martín y con Bolívar, y que, colgados del arzón de su caballo, recorrieron la mitad de América del Sur. Un viejo *dressoir de marqueterie* con la tapa de mármol, donde se apoyan dos frascos de cristal y la Madonnina de bronce y ónix que en 1967 le ofreció la ciudad de Milán; un pequeño escritorio-secreter, que le regalaron a la madre de Borges cuando tomó la primera comunión y cuatro bibliotecas completan los muebles del cuarto. Detrás del vidrio de una de ellas vive, fuera del tiempo, el bello rostro adolescente de Adolfo Bioy Casares. Un Piranesi y una Anunciación de grandes dimensiones, pintada por Norah Borges, enriquecen la luz de esta habitación donde se respira un clima de tranquila melancolía, acentuada por los retratos, algunos ya borrosos, que cuelgan de las paredes y por la pausada voz del poeta. Es como si allí, en ese sitio, todo se hubiera dicho y olvidado.

El pequeño dormitorio de Borges es casi una celda monacal; una estrecha cama de hierro, dos bibliotecas y una silla componen el mobiliario. Una biblioteca guarda los textos de las viejas literaturas escandinava y anglosajona; la colección más completa de toda América y que es mostrada con gusto a los visitantes selectos. Sobre la otra biblioteca, un retrato de Susana Bombal y una réplica pequeña en bronce del Collione y, colgados de la pared, *El caballero y la muerte* de Durero, y un plato de madera en que están pintados todos los es-

cudos de los distintos cantones de Suiza.

Viejos muebles rodean la cama en que, obligadamente, Leonor Acevedo espera *con gran curiosidad averiguar pronto cómo es el más allá*. Profusas fotografías se alinean sobre la cómoda gigantesca. A veces, hay flores en un vaso veneciano que ella compró, antes de la Primera Guerra Mundial, en Murano y que era una de las copas de agua sobrantes del juego del rey de Italia. (Curiosamente, a los pocos días de la muerte de la madre de Borges, el vaso se quebró en forma espontánea.) Una ramita seca de olivo asoma en la pila de un crucifijo al lado de un ícono. En este cuarto muy luminoso es donde la pequeña señora Leonor afirma, no sin razón, que ella es casi la historia de país. Ha conocido a todas las figuras descollantes de cualquier orden en los últimos cien años y su prodigiosa lucidez los recuerda con precisión. Una tarde, recordando su niñez, me contaba lo peligroso que era el puente que había entre las dos aceras de Florida a la altura de la calle Córdoba, porque, cuando llovía, el arroyito que corría habitualmente debajo —se llamaba el Tercero del Norte y correspondía a un Tercero del Sur, ubicado en la calle Chile— crecía demasiado. Recuerda poemas que le han gustado y lee todavía con gusto a los nuevos poetas. Siempre al alcance de su mano han estado el puñado de cartas que su marido le escribió durante el noviazgo de un año que mantuvieron en la remota juventud.

\* \* \*

Leonor Acevedo de Borges murió el 8 de julio de 1975. Sus hijos, sus nietos y unos pocos amigos la velaron. Borges reanudó enseguida sus actividades habituales. Casi febrilmente quiso llenar su tiempo para no sentir demasiado la ausencia. Pero no hay tal

ausencia. El gran retrato al óleo, desde la entrada, preside la casa. Sus ojos escrutan al visitante. Su cuarto está intacto. La colcha de alegres dibujos azules y amarillos cubre la inmensa cama y las almohadas. En los jarrones hay flores. Por las mañanas, Borges entra en la soleada habitación vacía y saluda, sin voz, a la invisible presencia. El aire de la mañana mueve las cortinas y las hojas de las plantas del balcón. No es un lugar tétrico ni triste; siempre hay luz, como antes.

Mucho se ha hablado de la influencia que tuvo la madre de Borges sobre el escritor. Su carácter fuerte y, en cierta forma, autoritario, le creó fama de absorbente y se llegó a decir que dominaba a Borges. Esta afirmación es errónea. Borges siempre ha hecho y ha dicho lo que ha querido, aun las veces que estaba en abierta oposición con su madre. Timidez no quiere decir debilidad y Borges no es un hombre débil. Su madre desaprobó siempre su amistad con Macedonio Fernández. No creía que este hombre que debía abandonar una pensión tras otra, dejando sus pertenencias en ella porque no podía pagar el alquiler, fuera un buen ejemplo para el joven que era, en ese momento, Borges. Hoy, después de tantos años de la muerte de Macedonio, Borges sigue exaltando su memoria y la amistad que los unió. Con la misma firmeza mantiene sus opiniones sobre temas políticos e históricos. Son, generalmente, convicciones nacidas de un profundo sentimiento ético, ya que confiesa entender muy poco de política. Si su voz se elevó permanentemente contra el peronismo, por ejemplo, no fue porque deseara incursionar en este campo; eran la corrupción moral, la degradación y el avasallamiento de las conciencias lo que él fustigaba en Perón y en su movimiento.

Los libros y los amigos llenan las aparentemente apacibles horas de este frágil hombre indestructible que, sin embargo, no ha dejado



nunca de pensar en el destino de su país. En un poema que prologa una edición de *Canto a Buenos Aires*, de Manuel Mujica Lainez, escrito en 1979, dice: “Manuel Mujica Lainez, alguna vez/ tuvimos una Patria —¿recuerdas? —/ Y los dos la perdimos”.

A Gabriela Massuh, que en 1976 partió a Alemania, becada para realizar una tesis sobre el mismo Borges (que luego se convirtió en un admirable libro), la despidió con las palabras de Heine: “Ich hatte eins, ein schönes Vaterlands. . .” (Yo tuve una vez, una hermosa patria. . .)

Reducido cada vez más por las paredes que le impone su ceguera, este hombre solitario vive en un mundo cerrado, físicamente estrecho, mínimo y, sin embargo, tan infinitamente rico, que por sí solo constituye otro universo, cuyas verdaderas dimensiones nos está vedado conocer.

## I

### BORGES A LOS OCHENTA Y CINCO AÑOS

(1984)

Ya no sale solo, camina más lentamente y no le alcanza el apoyo del bastón; necesita ahora el brazo de alguien, hasta para ir de un cuarto a otro. Sin embargo, cada día que pasa el mundo se achica para él; sube y baja de aviones casi constantemente. Acompañado por María Kodama ha recorrido desde templos japoneses hasta las pirámides de Egipto. “Pero viajar en avión no es viajar, la sensación del viaje se tiene cuando uno sube a un globo, la barquilla se balancea y el aire roza, acaricia la cara, uno percibe el infinito alrededor y uno se mueve dentro de ese infinito”, ha dicho cuando presentó su libro *Atlas* que María Kodama ilustró con fotografías.

Físicamente se ha afinado, se ha ennoblecido, ha adelgazado y su rostro antes muy pálido ha tomado el dorado suave de los que caminan mucho bajo el sol. Tiene la cabeza toda blanca y, sin embargo, la piel es sorprendentemente fresca para su edad.

Hace bromas amables sobre sí mismo: "Sería tan raro que yo me muriera. No por el hecho de morirme en sí, que sería de lo más común, a todos les ocurre, sobre todo a mi edad; sino que sería raro que yo, tan rutinario, hiciera algo fuera de mis hábitos".

Recibe, como siempre, a todo el mundo; trabaja, cuando está en Buenos Aires todas las mañanas. Vive en la misma casa de la calle Maipú, cuyas paredes pinta cada año la diligente Fani, que está con él desde hace tres o cuatro décadas. Duerme en la misma angosta cama de hierro. Nada ha cambiado. Quizá haya más libros, se han agregado bibliotecas para albergar nuevas enciclopedias.

La casa, por otra parte, está exactamente igual que cuando la visité la primera vez con un grupo de estudiantes; yo tenía diecisiete años y cursaba el primer año de la Facultad de Filosofía y Letras.

Desde 1959, en que empecé a trabajar con él, he tenido oportunidad de acompañarlo en algunos de sus viajes, de tratarlo y de verlo actuar. Borges, es, según dijo alguna vez Anderson Imbert, un raro, un hombre en cuyas manos la literatura es un juego que le ha permitido transitar los más encontrados caminos filosóficos, las más disparatadas teorías e hipótesis, que luego ha reelaborado a través de páginas perfectas, dándole a su obra la relativa importancia que un artesano, un relojero, por ejemplo, puede sentir hacia un cronómetro que ha armado y que funciona bien. Por otra parte, su excepcional memoria y su extrema agudeza —no tan comunes en las grandes inteligencias— hacen que su conversación, libre de convencionalismos, de preconceptos, sea un verdadero juego de ingenio, un regalo

espiritual para el interlocutor.

## I

### BORGES POR DENTRO

(El coraje, el humor, el amor y la amistad,  
la memoria, el carácter, método de trabajo)

El coraje es una de las constantes en la vida de Borges. Hace unos años lo llamaban por teléfono a menudo y voces anónimas lo amenazaban de muerte. Un día, harto de esas amenazas, contestó: "Mire, yo vivo en tal calle, en tal número, en el sexto piso y en la puerta hay una chapa que dice *Borges*: usted no se puede equivocar. Casi siempre estoy en casa y cuando tocan el timbre suelo abrir yo mismo la puerta; matarme es bastante fácil. Si usted lo hace, me favorece. Nada hay que favorezca más a un escritor o a un artista que una muerte violenta; Lugones y Gardel son una prueba de lo que digo. Venga nomás, no pierda más tiempo, lo estoy esperando". Los llamados se interrumpieron definitivamente.

Cuando era todavía profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una mañana irrumpió un muchacho en su aula y lo interpeló:

—Profesor, tiene que interrumpir la clase.

—¿Por qué? —preguntó Borges.

—Porque una asamblea estudiantil ha decidido que no se dicten más clases hoy para rendir homenaje a Fulano de Tal.

—Ríndanle homenaje después de la clase —agregó Borges.

—No. Tiene que ser ahora y usted se va.

—Yo no me voy, y si usted es tan guapo, venga a sacarme del escritorio.

—Vamos a cortar la luz —prosiguió el otro.

—Yo he tomado la precaución de ser ciego. Corte la luz, nomás.

Borges se quedó, habló a oscuras, fue el único profesor que dictó su clase hasta el final y sus alumnos, impresionados, no se movieron del aula.

En otra oportunidad desafió en los Estados Unidos a un portorriqueño que intentó agredirlo.

Posiblemente algunos recuerden que hace bastantes años (antes del '73, por supuesto) fue a verlo a su casa un grupo de jóvenes nacionalistas que reunían firmas para pedir la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas. Se negó. Lo acusaron de retrógrado e intransigente. Borges les dijo: "Hay otra repatriación más urgente, la de los restos de Perón. Esa adhesión la firmaré con gusto." Perón, en esa época, todavía vivía en Madrid y los jóvenes, obviamente, eran peronistas.

El coraje y el amor a la patria van juntos en Borges. Un poeta le mandó su libro con esta dedicatoria: "A Borges, en cuyos labios sigue siendo limpia la palabra Argentina". Cuando se la leí, Borges se conmovió y dijo: "¡La Patria! ¡Esa es la Patria!" Yo recordé entonces algo que ocurrió hace más de cincuenta años y que me contó uno de los protagonistas. Borges se encontraba en un boliche de Boedo y San Juan con Néstor Ibarra y Drieu La Rochelle. Al salir, se largaron a caminar y llegaron a Puente Alsina. Del otro lado, los descampados preanunciaban la pampa. Amanecía. Por la margen opuesta pasaba una caballada arriada por un tropero y Borges, en voz baja, más para sí mismo que para los otros, susurró: "¡La patria, carajo!". Curiosamente, en ese mismo lugar, se había batido Isidoro Acevedo, el abuelo materno de Borges en el año ochenta a las órdenes

de Tejedor.

He contado ya, en el número de homenaje que le dedicó, en diciembre de 1973, el Suplemento Literario del diario La Nación, el episodio Borges-Flemming, ocurrido en Londres en 1964. Borges me reprochó después haberlo contado y hasta llegó a decirme que no lo recordaba y que bien podía parecer apócrifo. Pero, en verdad, las cosas ocurrieron así: Borges quiso probar hidromiel (Old English Mead), la bebida de los hombres y de los dioses anglosajones. El y Mister Fleming, el acompañante que le había asignado el Consejo Británico, compraron una botella y ya en el hotel se tomaron más de la mitad. Excitado por el alcohol, al que no está acostumbrado, Borges olvidó su habitual cortesía y comenzó a reprocharle a Mister Fleming las invasiones inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1807. Ante la mirada azorada del joven representante de su Majestad Británica, terminó casi amenazador: "Pero nosotros los echamos a puntapiés, tirándoles agua y aceite hirviendo desde las azoteas". Mister Fleming, que no tenía la menor idea de tales invasiones, se limitó a asentir, atónito: "*Of course, of course...*" Mister Fleming era un profesional, un hombre culto y refinado que en sus años de universitario se había desempeñado como guía de visitantes. Al enterarse de la llegada de Borges, solicitó especialmente que le permitiesen acompañarlo.

El último día de su estada en Londres, Borges le pidió que lo llevara a una de las casas más elegantes de artículos de hombres y le eligiera la mejor corbata para un amigo muy querido. Mister Fleming compró una corbata excepcional y carísima, que quedó en su poder, ya que Borges para retribuir gentilezas y quizá secretamente para ayudar al piadoso entierro del asunto de las invasiones se la regaló.

De ese mismo mes de octubre recuerdo un mediodía en que llegamos a Buckingham Palace en el momento del cambio de guardia. La banda tocaba marchas militares y, de pronto, se oyeron los primeros acordes de la Marcha de San Lorenzo. Borges se estremeció y comenzó a decir casi a gritos los primeros versos de nuestra marcha patriótica: "Febo asoma, María Esther, Febo asoma", en un raptó emotivo.

\* \* \*

El humor es otra de las constantes en la vida de Borges. Cuando visitó St. Andrews, en Escocia, conoció entre los profesores a un hispanista especializado en la lengua quechua. Borges quedó asombrado de la materia y del vigoroso entusiasmo que su enseñanza provocaba en el profesor. Le preguntó si tenía muchos alumnos y el otro confesó que solamente uno. Entonces, palmeándolo en el hombro y demostrándole gran simpatía, le dijo: "No se desespere, querido señor, en cualquier momento puede quedarse sin ninguno".

Ese mismo año fue invitado a Amsterdam a una recepción por la reina Juliana y estaba contento, no sólo por la invitación, sino por la pompa que, al parecer, la precedía. Decidimos, entonces, hacerle unas preguntas a nuestro cónsul respecto a la ceremonia. Al llegar al consulado argentino, el cónsul no estaba y nos atendió un empleado que no tenía la menor idea de quién era Borges. Cuando éste, después de deletrear su apellido, agregó que era escritor, la actitud del empleado fue ya realmente desdeñosa. Nos indicó que esperaríamos por sí, a lo mejor, el cónsul llegaba. Borges fue a sentarse en el oscuro e incómodo rincón señalado y me susurró sonriente: "Caramba, me parece que no se oyen *los claros clarines*

*triunfales*".

\* \* \*

Si bien es sabido que Borges vive en función de la literatura, la amistad y el amor han tenido para él capital importancia. Variadas y tenues presencias femeninas acompañaron sus pensamientos como una especie de telón de fondo, durante muchos días y muchas noches insomnes a lo largo de su vida. Es la imperiosa necesidad de un hombre tímido y vuelto sobre sí mismo que busca la belleza, la dulzura, la inteligencia, la comprensión, la mano en que apoyarse. No la ha hallado y ha sufrido su soledad. Hubo un efímero casamiento que, según él me ha confiado, fue una equivocación.

Ha sabido encontrar el afecto con fidelidad inalterable en ciertos amigos a través del tiempo: Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo, Susana Bombal, Manuel Peyrou y, en estos últimos años, María Kodama. Pienso que una profunda identidad intelectual, hecha de secretas predilecciones literarias, de compartidas ironías y afines sutilezas han coincidido para que esas relaciones perduren por encima de las variables alternativas que puede registrar una amistad normal basada, generalmente, en puros registros emotivos.

\* \* \*

Uno de los atributos más envidiables de Borges es su memoria, fundamento de su notable erudición, que le ha permitido acumular conocimientos que parecen infinitos.

Alguien ha dicho alguna vez que la obra de Borges está plagada de citas falsas. Esta es una afirmación mal intencionada; si existen,

están inventadas en función de un especial sentido del humor y pueden hallarse en la literatura humorística que escribió con Bioy Casares. Pero es notable comprobar, a quien haya trabajado con él, cómo puede citar de memoria con absoluta seguridad. A menudo, para asegurarse de un dato, me ha indicado que consulte tal tomo de su biblioteca, me ha citado el número de la página en que se encontraba y si había una ilustración me la ha descrito, y allí he hallado la frase o el pasaje que necesitaba y la ilustración que él recordaba. Eduardo Mallea me dijo cierta vez, con una expresión feliz, que la memoria de Borges era simultánea, y esto es exacto. Una palabra, un recuerdo, desencadenan en él una serie de relaciones inesperadas: todo parece simultánea y mágicamente convocarse a través de su recuerdo para llegar a la comprobación o al fin deseado. Hace poco, al leerle un poema de Montale en que este autor nombraba al sabiá, le pregunté qué significaba esa palabra para mí desconocida. Me contestó citándome unos versos en portugués que había oído cantar en 1914, cuando el barco que lo llevaba a Europa hizo escala en Río de Janeiro y donde se nombraba a este pájaro.

\* \* \*

Sería ocioso continuar enumerando el registro de las virtudes de la inteligencia borgiana; su obra, más que lo que pudieran notar quienes lo conocen, es el reflejo vivo de aquéllas. Más útil, tratándose de esbozar una imagen, es abarcar algunas de las peculiaridades de su carácter, que tanto tema han dado a esos comentarios del ambiente intelectual, que los porteños denominamos "chismorre-o". No será una novedad señalar que es indeciso, caviloso y terco. De pronto lo asaltan muchas dudas, bien sobre la conducta de las



gentes, que en ese momento lo rodean, o sobre decisiones que debe tomar, y esas dudas lo desvelan y lo acompañan días enteros. Comienza entonces una suerte de peregrinación, preguntando a todos sus amigos qué piensan de tal o cual persona o qué actitud debe tomar frente a determinada alternativa. Todos opinan, pero lo curioso es que Borges no suele tomar en cuenta estos juicios y, como si nunca hubiera consultado con nadie, resuelve según su parecer original, que, generalmente, tiene pocos puntos comunes con los resultados de su pequeña encuesta. Aparta de su lado a quienes se abusan de él o lo utilizan a sus espaldas, sin ira, sin explicaciones, los excluye definitivamente y es como si nunca hubieran existido. Pero su memoria fotográfica registra hechos mínimos capaces de destruir por su ridiculez o torpeza a cualquier adversario. Siempre encuentra la contestación exacta a la pregunta más inoportuna. Cuando está contento recupera una sonrisa increíblemente joven e ingenua. Incapaz de mentir o de adular, si debe hacerlo, llevado por las circunstancias, hay tal ironía en su voz, que ésta descubre la secreta burla. Odiaba las discusiones; sin embargo, puede llegar a enojarse con breves y violentos estallidos. Él ha reconocido a menudo que es celoso. Rechaza por instinto la vulgaridad y la grosería. Se enamora de los países por su literatura y hasta sus pesadillas son literarias. Una vez, mientras recorriamos juntos el Museo Británico, yo iba detallándole cada cuadro que me impresionaba y él, para cada descripción mía, tenía una referencia literaria; a veces sobre el paisaje, otras sobre las ropas o sobre la época, o el tema o los personajes o el pintor mismo. Pocas veces lo vi más feliz que cuando visitó el castillo de *Elsinor*, en Dinamarca. Recorría las vastas estancias en una tarde helada de noviembre, repitiendo a media voz versos de Hamlet y reconstruyendo a través de ellos las paredes que no veía. Por el contrario, nunca

lo observé más cortesmente aburrido que cuando visitó Macchu Picchu; las para él invisibles terrazas del pasado precolombino, no despertaban su pasión estética.

De él se ha dicho a menudo que no vacila en sacrificar a un amigo, por una frase ingeniosa. Estos juegos pueden ser una tentación demasiado fuerte; sin embargo, no hay en ellos malevolencia, es casi como una travesura. Pero, por cruel que parezca, en la mayoría de los casos tales juicios son merecidos.

\* \* \*

Borges tiene un insólito modo de trabajar: dicta cinco o seis palabras, que inician una prosa o el primer verso de un poema e inmediatamente se las hace leer. El índice de su mano derecha sigue sobre el dorso de su mano izquierda la lectura como si recorriera una página invisible. La frase se relee una, dos, tres, cuatro, muchas veces hasta que encuentra la continuación y dicta otras cinco o seis palabras. Enseguida se hace leer todo lo escrito. Como dicta con puntuación hay que leer diciéndosela. Se relee ese fragmento, que acompaña el movimiento de sus manos, hasta que él halla la frase siguiente. He llegado a leer una docena de veces un trozo de cinco líneas. Cada una de esas repeticiones va precedida de las disculpas de Borges que, en cierto modo, se atormenta bastante con esas supuestas molestias que hacen sufrir a su escriba. Sucede así que después de dos o tres horas de trabajo se logra media carilla que ya no necesita correcciones. Pero puede ocurrir, cuando se trata de notas críticas o prólogos, que advierta antes de empezar: "vamos a escribir de cualquier modo y luego corregimos". En ese caso ya ha pensado y repensado la forma que dará a los tres o cuatro conceptos que va a ex-

presar. Generalmente ese “escribir de cualquier modo” es releído y corregido pero no con la minucia que indicábamos más arriba, porque, en realidad, tenía casi todo memorizado antes de dictar.

Cuando en abril de 1964 se festejó el cuarto centenario del nacimiento de Shakespeare fue invitado a hablar en la UNESCO con Ungaretti y Roger Caillois. Borges preparó su conferencia, titulada *Shakespeare et nous*, de este modo: primero pensó y dictó todo el texto en español, luego lo tradujo al francés. Después yo lo grabé y luego, durante dos días, él oyó esa grabación con reiterada frecuencia. Cuando llegó el momento de hablar ante la Asamblea de la UNESCO, no sólo no cambió ni una sola palabra, sino que se expresó con tanta naturalidad y soltura que, según la opinión general, fue la más brillante *improvisación* que se escuchó ese día. Nunca nadie imaginó las angustias que debió dominar este hombre tímido para hablar en francés frente a tan numeroso y calificado público.

Es bien sabido que la primera conferencia que dio en su vida la leyó en su lugar uno de sus amigos, porque él no tenía suficiente valor para hacerlo. Luego las circunstancias económicas lo empujaron a dar ciclos y cursos enteros. Al principio se animaba, antes de entrar en el salón, con una ginebra, hábito que debió abandonar acosado por una úlcera. Aún hoy, cuando concurre a un congreso, no es improbable que le pregunte a su vecino de mesa: “Usted, ¿no tiene miedo?”

## Conversaciones

### I

#### LA VIDA

Primeros años, literatura alemana. Examen de la obra.

Temas borgeanos. Política. Honores y aficiones.

Lenguas nórdicas. Defectos, virtudes. La música.

La pintura. La muerte.

(1973)

—¿Cuál fue tu primer contacto con la literatura ?

—Creo que mi primera lectura fueron los cuentos de Grimm en una versión inglesa. Me parece recordar el volumen, pero es probable que hayan sido otros, porque yo me he educado menos en colegios y universidades que en la biblioteca de mi padre. Podría decir como Bernard Shaw: “Mi educación fue interrumpida por mi formación escolar”. También debo recordar a mi abuela, que era inglesa y sabía de memoria la Biblia, de modo que incluso puedo haber entrado en la literatura por el camino del Espíritu Santo o posiblemente de versos oídos en mi casa. Mi madre sabía (y creo que aún lo recuerda) de memoria el *Fausto*, de Estanislao del Campo.

—¿A qué edad ocurrió ese conocimiento de Grimm ?

—Debo haber sido muy chico. Yo no recuerdo una época en la que no supiera leer ni escribir. Pero como la memoria, según el con-

senso de los psicólogos —que son falibles— se remonta hasta los cuatro años y sé que a esa edad yo sabía leer y escribir, no puedo precisar fechas.

—¿Eras bilingüe ?

—Sí. En casa se hablaba inglés por mi abuela inglesa y español por todo el resto de la familia. Yo sabía que tenía que hablar con mi abuela materna, Leonor Acevedo Suárez, de un modo; con mi abuela paterna, Frances Haslam Arnett, que era protestante, de otro y que esos dos modos no se parecían. Con el tiempo descubrí que esas dos maneras de hablar de un nieto se llamaban la lengua castellana y la lengua inglesa. De igual modo, un niño usa verbos, los conjuga, conoce los géneros gramaticales, utiliza diversas partes de la oración y la gramática le es revelada mucho después. Yo leía en los dos idiomas, pero posiblemente más en inglés, porque la biblioteca de mi padre era inglesa. Recuerdo que en mi casa había una edición de *El Quijote*, de la casa Garnier. Después el volumen se perdió en el curso de nuestros viajes y en 1927 logré tener otro ejemplar, por esa superstición que uno tiene de que la edición en la cual se ha leído un libro es la verdadera, aunque no sea la primera. Era un libro encuadernado, con letras de oro, láminas en acero; un lindo tomo que conservo todavía, porque me parece que los demás Quijotes son apócrifos.

En cuanto a mis primeras lecturas, yo leí muchas obras de una colección muy benemérita y bastante curiosa por su material: la Biblioteca de *La Nación*, que publicaba este diario fundado por Mitre. Tenían unas encuadernaciones estilo *art nouveau*. El primer volumen editado fue, previsiblemente, la *Historia de San Martín*,

de Mitre; después aparecieron *El Quijote* y una obra casi contemporánea: *Los primeros hombres en la Luna*, de Wells. En aquel tiempo no existían los derechos de autor, lo cual contribuía a la mayor difusión de los escritores, porque al aparecer un libro lo traducían, lo publicaban y el autor no recibía un centavo. Y a veces, para hacer mejor las cosas, si el libro tenía, por ejemplo, veinte capítulos, contrataban a veinte traductores. Cada uno traducía su parte (con el fin de publicar la obra con mayor rapidez), de modo que el personaje que se llamaba Guillermo en un capítulo, se denominaba en otros William o Wilhelm. Esta colección publicó también obras de Quevedo; *La bolsa*, de Martel; *Amalia*, de Mármol; *Facundo*, de Sarmiento; *El misterio del cuarto amarillo* y las novelas y cuentos policiales de Conan Doyle, que se leía mucho entonces y era un autor contemporáneo. De todos modos, recuerdo haber leído de chico, no sé si en inglés, o en español, los cuentos de Poe, novelas de Dumas, de Walter Scott; *Maria*, de Jorge Isaacs y obras clásicas españolas. Algunas las leíamos con mi hermana Norah.

—¿Cuáles son tus primeros recuerdos de Norah ?

—No sé a qué margen del gran río barroso, que un excelente escritor a quien todos queremos ha bautizado con el nombre de *río inmóvil*, puedo atribuir mis primeros recuerdos de mi hermana. Si corresponden a la margen derecha, que es la de Buenos Aires, debo pensar en unos patios de baldosa colorada, en un jardín con una palmera y con ceibos y en un barrio modesto; si pertenecen a la margen izquierda, la de Montevideo, en la gran quinta de mi tío, Francisco Haedo, inagotable y honda, con un mirador de cristales de diversos colores, con muchos árboles, con una pileta sombreada, con

un arroyo, casi secreto, con dos glorietas y dos bancos de mampostería en la acera. Estos lugares nos servían para fines escénicos.

—¿Cómo para fines escénicos?

—Sí. Allí representábamos las ficciones de Wells, de Verne, de *Las mil y una noches*, de Poe. Como sólo éramos dos (salvo en Montevideo, donde nos acompañaba mi prima Esther) multiplicábamos los roles y éramos, de un momento a otro, los cambiantes personajes de la fábula. Habíamos inventado dos amigos inseparables que se llamaban Quilos y el Molino.

—¡Qué nombres tan raros!

—No sé de dónde los sacamos. Un día dejamos de hablar de ellos y explicamos que se habían muerto, sin saber muy bien qué cosa era la muerte. Recuerdo que compartíamos largas playas, tardes de andar a caballo por el campo y el descubrimiento de arroyos tortuosos. Qué suerte que me hayas preguntado por Norah; yo le debo mucho a ella, más de lo que pueden decir las palabras.

—¿Fueron muy unidos?

—Sí. Nuestras infancias, como es natural, se confunden, pero siempre fuimos distintos. Nunca dejamos, sin embargo, de entendernos; a veces, bastaba una mirada; otras, ni eso siquiera. Durante toda la adolescencia la envidié porque se encontró envuelta en un tiro-teo electoral y atravesó la plaza de Adrogué corriendo entre las balas.

—¿Era lindo Adrogué, no es cierto ?

—Muy lindo. Era un pueblo laberíntico. Había “breaks” en la estación. A veces, algunas noches de verano, ya Norah se había casado, salíamos mi padre, mi madre y yo a perdernos. Al principio nos costaba un poco de trabajo, pero luego nos perfeccionamos tanto que nos perdíamos enseguida.

—¿Cómo era la Norah de aquellos años de infancia ?

—Ella era siempre el caudillo en nuestros juegos; yo, el rezagado y el tímido. Ella subía a las azoteas, se trepaba a los árboles, a los cerros; yo la seguía con más miedo que entusiasmo. En la escuela el contraste se repitió. A mí me intimidaban los chicos pobres, que me enseñaban con desdén el lunfardo básico de la época. No dejaba de sorprendernos que en casa no me hubieran instruido en las voces más comunes del idioma. Mi hermana, en cambio, dirigía a sus compañeras. A las más tontas les contaba historias disparatadas que ellas no terminaban de entender. En realidad, nuestro breve universo era cerrado.

—Ustedes gozaban de una gran libertad .

—Ah sí. Nunca fuimos asediados con restricciones. Mi padre, profesor de psicología, creía que son los chicos los que educan a los mayores. Me acuerdo que teniendo yo cuatro o cinco años vino a casa un señor de nariz muy grande. De pronto, interrumpiendo la conversación de los mayores, dije: “¡ Qué nariz tan grande tiene



usted, señor!” Fui sacado de la sala inmediatamente por mi madre casi a empujones y amenazado con inenarrables castigos si no me callaba la boca, mientras yo, a gritos, repetía: “Siempre hay que decir la verdad y esa nariz es muy grande”.

Norah era muy generosa; nunca aceptaba una golosina si no me daban la mitad.

—*Hoy lo sigue siendo.*

—Sí, es cierto. Por ejemplo, yo juzgo a la gente por la inteligencia y el valor. Norah por su bondad y, lo que es más raro, por el parentesco. A mí me atrae la gente de mi sangre, pero prefiero a los que han muerto; los puedo imaginar a mi modo. A mi hermana le encantan esos primos segundos y terceros, aun cuando vienen de visita. Siempre pensó en la estupidez de la gente como en una suerte de inocencia; de una amiga suya, de notoria simplicidad, dijo que era “como una rosa blanca”. Desde la infancia, sin embargo, supo juzgar. Una vez, en Suiza, durante la Primera Guerra Mundial, llegamos a un hotel y Norah bajó al vestíbulo. Al rato volvió muy excitada para decirnos que había visto abajo a un señor muy importante; “un señor que debe haber sido en su tiempo una gran nulidad”.

\* \* \*

—*¿Todo tu bachillerato lo hiciste en Suiza?*

—Sí, y eso fue ventajoso para mí, porque yo era un buen latinista y llegué a componer versos latinos con la ayuda de *Gradus*

*ad Parnassus*, de Guicherat. Yo tenía el esquema que marcaba las sílabas breves y las largas, aunque nunca pude leer un verso latino porque no he sabido acentuar las sílabas breves y largas.

—¿*Escandir*?

—Sí, y todavía no lo sé, pero podía hacerlo con ese sistema mecánico. Era como si escribiera versos rimados y no oyera las rimas. En latín leía a Séneca y a Tácito.

—*Además, tengo entendido que diste exámenes en latín.*

—¡No, caramba! Estás confundiéndome con un bisabuelo mío, inglés, que se recibió de doctor en letras en la Universidad de Heidelberg sin saber una palabra de alemán, dando todos los exámenes en latín. Sospecho que ahora los profesores no podrían tomar esos exámenes; quizás aprobaran a todos los alumnos para no demostrar su ignorancia. En aquel tiempo, la gente hablaba todavía en latín. El padre de un amigo mío, Ibarra, hacía que su hijo, durante el almuerzo y la comida, hablara en latín.

—*Pero me has contado que tus condiscípulos te libraron de dar un examen de una materia que no sabías.*

—No sé si se trataba de zoología o botánica, que nunca me interesaron. Yo había dado todas las materias y había tenido que aprender el idioma en que se daban, porque no sabía francés. Mi madre lo conocía, pero en casa había primado el inglés porque en aquel entonces tenía un interés que ahora ha perdido, con su

vulgarización. Aunque no sé si ahora la gente sabe realmente inglés. . .

Volviendo al tema, yo había dado todos los exámenes y me habían aplazado en una materia. Los demás alumnos le pidieron al profesor que tuviera en cuenta que yo había tenido que aprender no sólo las materias, sino también el idioma. Entonces me hicieron pasar a segundo año.

—*¿Qué edad tenías entonces ?*

—Doce o trece años. Y cuando quise agradecerles, pues yo había visto la carta firmada por todos, me dijeron que no, que era una decisión tomada por los profesores, que ellos no tenían nada que ver. Lo hicieron para evitar la incomodidad de la gratitud y posiblemente, como los suizos son gente de pocas palabras, para abreviar u omitir el diálogo. Conservo muy gratos recuerdos de Suiza.

—*¿Cuántos años viviste allí ?*

—Lo que duró la primera guerra europea. Recuerdo que Suiza movilizó en una semana unos 250.000 ó 300.000 hombres para defender la frontera. He visto a los soldados que iban a los cuarteles, abrochándose la chaqueta y con el rifle en la mano porque tenían el uniforme y las armas en su casa. El ejército suizo contaba con sólo tres coroneles y decidieron nombrar general a uno de ellos durante el tiempo que durara la guerra. Un vecino nuestro, el coronel Odeou, aceptó ser nombrado general pero con la condición de que no le aumentaran el sueldo.

\* \* \*

—¿En aquella época ya te manejabas con el alemán ?

—No. Este idioma lo estudié en el último o penúltimo año de la guerra, por propia voluntad. Tendría 17 años. El culto de Alemania se lo debo a Carlyle, y también al deseo de leer *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer, en su texto original. Como no se podía salir de noche, pues durante el último año la vigilancia policial debido al espionaje era muy severa, me compré el *Libro de las canciones*, de Heine, y ayudándome con un diccionario alemán-inglés comencé a leerlo en alemán. El vocabulario de Heine en sus obras iniciales es deliberadamente sencillo; una vez que conocí las palabras *Nachtigall*, *Herz*, *liebe*, *Nacht*, *trauer*, *geliebte*... me di cuenta de que podía prescindir del diccionario y seguí leyendo, de modo que llegué por esa vía a dominar la lengua espléndida de la música de los versos de Heine. Y al cabo de pocos meses pude prescindir del diccionario.

—¿Y entonces leíste a Schopenhauer ?

—No inmediatamente, porque cometí el error de las personas que estudian alemán para leer filosofía y fue continuar con *Crítica de la razón pura*, obra que no la entienden los mismos alemanes y que quizás hubiera dejado perplejo al mismo Kant en muchos casos... salvo que recordara lo que había querido decir. De Quincey decía que los alemanes consideraban una frase como un baúl, un gran baúl que una persona tiene que llevar para un largo viaje. Entonces, se pone

en el baúl (o en la frase) todo lo que se puede, y uno se las arregla con paréntesis y con guiones y luego surge una especie de monstruo informe. Pero, felizmente, eso corresponde a la prosa de Kant y no a la de otros autores alemanes, pues si no serían ilegibles. He leído mucho en alemán; sobre todo poesía expresionista, porque durante la primera guerra europea el expresionismo alemán fue el más importante de todos los “ismos” de aquella época, mucho más que el imaginismo de Pound o que el futurismo italiano o el cubismo francés o el ulterior ultraísmo español e hispanoamericano. Fue el movimiento más rico, porque no era solamente técnico; a los expresionistas les interesaba además la fraternidad entre los hombres, la desaparición de las fronteras y la mística, la transmisión del pensamiento, toda esa magia que ahora divulga la revista “Planète”; dobles personalidades, cuarta dimensión. . . El idioma alemán es ideal para la poesía. Yo diría que es el más hermoso, salvo el escandinavo antiguo, que ahora me interesa mucho. Pero el escandinavo antiguo no se ha desarrollado como el alemán. Quizás el anglosajón hubiera podido desarrollarse así, pero la invasión normanda cambió el carácter del idioma, aunque ha quedado esa capacidad para construir palabras compuestas. Con la diferencia de que en inglés las palabras compuestas —si bien pueden construirse y Joyce lo ha hecho espléndidamente— siempre resultan un poco artificiales. En cambio, cualquier alemán puede acuñar una palabra compuesta que no ha sido usada nunca y es una palabra espontánea. En inglés resulta algo pedantesca y “literaria” entre comillas, en el mal sentido de la palabra. Muchos años después, en Buenos Aires, estudié el italiano, que no sé hablar y no entiendo cuando lo hablan, pero que sabía leer, cuando tenía vista, de la misma manera. Lo hice mediante la *Divina Comedia*, que comencé a leer en una traducción bilingüe y cuando

llegué al Purgatorio, cuando me despedí de Virgilio, me di cuenta de que podía seguir leyendo, y aunque no entendiese cada palabra, entendía cada frase. Por otra parte, los italianos tienen ediciones de sus clásicos muy superiores a las de cualquier idioma. He tenido ocasión, como profesor de literatura inglesa, de manejar me con ediciones de Shakespeare, por ejemplo, y los comentarios son muy pobres comparados con los de Momigliano o con los más antiguos de Scartazzini, de Casini o de Barbi, porque en las ediciones italianas de la *Comedia* está comentado cada verso, y en las últimas, no sólo está comentado histórica o teológicamente, sino que hay un comentario literario. En la de Attilio Momigliano se analiza el sonido de los versos, las repeticiones de ciertas sílabas, la colocación de los acentos. De modo que si uno no entiende el italiano (lo cual es raro, porque al fin y al cabo italiano y español son dialectos del latín) lo comprende por medio del comentario. Creo que es el mejor modo de estudiar un idioma; a través de los textos. Spencer decía que la gramática es lo último que debía enseñarse, porque es la filosofía del idioma, y un niño no aprende su lengua materna por la definición de un adjetivo, del sustantivo y del pronombre, como no aprendemos a respirar estudiando grabados de los pulmones. He llegado a leer la obra de Dante, la de Ariosto, y luego la de los modernos.

—¿Cuáles?

—Croce, Gentile (que siempre me dio algún trabajo) y luego poetas como Ungaretti, para citar un ejemplo. Yo diría que, en general —y aquí estoy hablando contra mis propios intereses—, tratándose de idiomas afines, no deberían traducirse los textos. Por ejemplo, yo no sé portugués y he leído a Eça de Queiroz. Cuando no

entendía una frase la leía en voz alta y el sonido me revelaba su sentido.

—*Pero no todo el mundo tiene esa aptitud...*

—De Quincey decía, exageradamente, que como todos conocen la Biblia, sobre todo en un país protestante, la mejor manera de estudiar un idioma es mediante ese libro. Él hizo un viaje en diligencia —serían muy lentas las diligencias— de Londres a Edimburgo llevando una Biblia sueca y al llegar a la ciudad escocesa ya tenía un buen conocimiento del idioma sueco. Pero supongo que eso se debería más al abuso del opio que a un recuerdo real... Claro que era un hombre extraordinario, pero, con todo, me parece...

—*Hace poco leí "La monja alférez"...*

—¡Ah! ¡Qué raro! Allí se habla de Tucumán.

—*Y además, convirtió a una especie de marimacho en una heroína...*

—Es que él tomaba los hechos históricos como punto de partida. No era realmente un historiador. Soñaba con todas las cosas. Sospecho que se documentaba poco; tiene una página espléndida sobre los tártaros de Siberia. Parece que eso está basado en una versión alemana de un texto ruso de diez líneas, donde no se dice todo lo que De Quincey ha dicho en setenta estupendas páginas, en que vuelve a recrear todo. Es mejor tener memoria inventiva. Los historiadores no tienen ni una cosa ni otra; lo que tienen son papeles.

—*Fichas. Bueno, pero se es historiador o se hace una obra de creación.*

—Yo, precisamente, estoy haciendo un prólogo a *Facundo*, y digo que *Facundo* es realmente un personaje creado o soñado por Sarmiento. Por eso, después de leer *Facundo*, las otras biografías de Quiroga, sin duda más auténticas y hechas por historiadores, no interesan. Sin duda, ¿qué puede importarnos el Hamlet de Saxo Grammaticus comparado con el de Shakespeare? Posiblemente los dos sean igualmente irreales, salvo que uno es irreal de un modo más vívido y más complejo.

—*¿A qué edad volviste a Buenos Aires?*

—Tenía alrededor de veinte o veintiún años. Estuve antes tres años en España; fui después a Portugal y uno de mis propósitos era encontrar a mis parientes. Entonces buscamos la guía de teléfono y había tantos Borges que era como si no hubiera ninguno. Tenía cinco páginas de parientes. El infinito y el cero se parecen. No podía llamar a cinco páginas de personas y preguntar: “Dígame: ¿en su familia hubo un capitán llamado Borges de Ramallo que se embarcó para el Brasil a fines del siglo XVIII o principios del XIX?...” Sin embargo, descubrí con tristeza que un enemigo de Camoens se llamaba Borges y tuvieron un duelo.

—*Esperemos que no haya sido pariente tuyo...*

—Haré lo posible para que no lo sea, ya que es tan fácil modi-



ficar el pasado.

—¿Cómo ves ahora, en 1973, al Borges que tenía veinte años en España?

—Yo admiraba a Rafael Cansinos Assens, que es un escritor español casi totalmente olvidado. Y tenía, como ahora, un gran fervor literario y una creencia en la metáfora que ya no tengo. No sé por qué se me había ocurrido (ya le había sucedido antes a Lugones) que la metáfora es el elemento esencial de la poesía. En buena lógica, bastaría un solo verso bueno sin metáfora —y es fácil encontrarlo—, fuera de las metáforas inevitables que forman el idioma, para probar que esa teoría es falsa. Además, tenemos el ejemplo de la poesía popular de todos los países, en la que casi no hay metáforas. Como elemento esencial de la poesía, es algo que se da perdidamente y en literaturas cultas. Ciertamente, la poesía no empieza con la metáfora y hasta sospecho que entre gente primitiva no se ve la diferencia entre el sentido recto y el sentido figurado. Yo escribí alguna vez que cuando se pensaba que Thor era el dios del trueno, la idea es ya bastante complicada. Posiblemente Thor era estruendo y divinidad, y no distinguieran bien una cosa de la otra. Imagino que la gente primitiva es como los niños y posiblemente no diferencia bien entre el sueño y la vigilia. Un sobrino mío (es achaque de gente vieja pensar en los sobrinos) me contó que había soñado, hace muchos años, que iba por un bosque, que se perdía y llegaba por fin a una casa blanca de madera, que se abría la puerta y por ella salía yo. Entonces, el chico me preguntó: “Decime, ¿qué hacías allí, en esa casa?” Se ve

que no distinguía la realidad de los sueños<sup>①</sup>.

\* \* \*

—¿Cuál de tus tres primeros libros (“*Fervor de Buenos Aires*”, “*Cuaderno San Martín*” y “*Luna de enfrente*”) te deparó mayores satisfacciones?

—El primero, *Fervor de Buenos Aires*, porque todavía me reconozco en él, aunque sea entre líneas. En cambio, los otros dos libros los veo ahora como ajenos, excepto alguna composición de *Cuaderno San Martín*, como “La noche que en el Sur lo velaron”, un poema que yo firmaría ahora con alguna ligera modificación o atenuación. En cambio, *Luna de enfrente* fue un libro que se escribió para escribir un libro, lo cual es el peor motivo. Los libros deben escribirse solos, por medio del autor o a pesar de él. Pero ocurrió que Evar Méndez me dijo que él quería publicar un libro mío, que conocía a un impresor llamado Piantanida, que iba a ser un libro muy lindo y tenía que estar de acuerdo con esa teoría de que la esencia de la poesía es la metáfora, etc. Escribí ese libro e incluso cometí un error capital, que fue el de “hacerme” el argentino, siendo que soy argentino y no tenía por qué disfrazarme. En aquel libro me disfracé de argentino del mismo modo que en *Inquisiciones* me disfracé de gran escritor clásico español, latinizante, del siglo XVII, y ambas imposturas fracasaron. De modo que de esos tres libros míos

---

① En *Libro de sueños* (Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1976), Borges cuenta este sueño con el título *Der Traum ein Leben*, adjudicándoselo al imaginario Francisco Acevedo, autor del no menos irreal *Memorias de un bibliotecario* (1975).

sólo hay uno que yo veo todavía con cariño, aunque lo he modificado mucho, pero no agregándole cosas, sino diciendo de un modo más o menos eficaz lo que mi incompetencia literaria me había impedido decir en la primera edición. Es decir, restituyendo el libro a lo que ese libro estaba tratando de ser.

—¿Qué opinión te merecen tus libros posteriores ?

—Mis amigos me dicen que mis cuentos son muy superiores a mis poesías, que soy un intruso en la poesía y no debería escribir versos, pero a mí me gustan los versos que escribo. Hay dos libros que me han granjeado alguna fama: *Ficciones* y *El Aleph*. Es decir, los libros de cuentos fantásticos; pero yo ahora no escribiría cuentos de ese tipo. Me parece que no están mal, pero es un género que me interesa poco ahora (o del cual me siento incapaz y por eso digo que me interesa poco). A mí me gusta más *El informe de Brodie* y quizás el libro que estoy escribiendo ahora y cuyo título no me ha sido aún revelado, pero nadie comparte mis opiniones. Además, tuve la desgracia de escribir un cuento totalmente falso: “Hombre de la esquina rosada”. En el prólogo de *Historia universal de la infamia* advertí que era deliberadamente falso. Yo sabía que el cuento era imposible, más fantástico que cualquier cuento voluntariamente fantástico mío, y sin embargo, debo la poca fama que tengo a ese cuento.

—Me parece una exageración decir eso.

—Y aunque después escribí otro cuento. “Historia de Rosendo Juárez”, como una suerte de palinodia o de contraveneno, no fue

tomado en serio por nadie. No sé si lo leyeron, o simularon no haberlo leído, o si lo tomaron por un mal momento mío. El hecho es que yo quise referir la misma historia tal como pudo haber ocurrido, tal como yo sabía que pudo haber sucedido cuando escribí “Hombre de la esquina rosada” en 1930, en Adrogué. La escena de la provocación es falsa; el hecho de que el interlocutor oculte su identidad de matador hasta el fin del cuento es falso y no está justificado por nada; el lenguaje es, de tan criollo, caricatural. Quizás haya una necesidad de lo falso que fue hallada en ese cuento. Además, el relato se prestaba a las vanidades nacionalistas, a la idea de que éramos muy valientes o de que lo habíamos sido; tal vez por eso gustó. Cuando yo tuve que leer las pruebas para una reedición lo hice bastante abochornado y traté de atenuar las “criolladas” demasiado evidentes o, lo que es lo mismo, demasiado falsas. Lo curioso es que las personas que admiran ese cuento lo llaman “Hombre de la Casa Rosada” y suponen que me refiero al Presidente de la República.

—¿Y “Ficciones”?

—No recuerdo bien los cuentos, porque confundo fácilmente *Ficciones* y *El Aleph*. Pero supongo que no está mal. “El Aleph” es un cuento que me gusta. Me acuerdo de que mi familia se había ido a Montevideo; yo estaba solo en Buenos Aires y lo escribía riéndome, porque me causaba mucha gracia. Y luego hubo otro cuento, que se llama “Las ruinas circulares”, con el que me ocurrió algo que no me ha sucedido nunca. Ocurrió por única vez en la vida, y es que durante la semana que tardé en escribirlo (lo cual en mi caso no significa morosidad, sino rapidez) yo estaba como arrebatado por esa idea del soñador soñado. Es decir, yo cumplía mal con mis modestas fun-

ciones en una biblioteca del barrio de Almagro; yo veía a mis amigos, cené un viernes con Haydeé Lange, iba al cinematógrafo, llevaba mi vida corriente y al mismo tiempo sentía que todo era falso, que lo realmente verdadero era el cuento que estaba imaginando y escribiendo, de modo que si puedo hablar de la palabra inspiración, lo hago refiriéndome a aquella semana, porque nunca me ha sucedido algo igual con nada.

—¿Y con la poesía tampoco?

—No, con la poesía es distinto. Por ejemplo, las milongas se han escrito solas. Yo he recorrido los corredores de la Biblioteca Nacional, he caminado por las calles del barrio sur, que quiero tanto; por el norte y por el centro, y de pronto he sentido que algo estaba por ocurrir. Entonces he tratado de aguzar el oído, he tratado de no intervenir y luego he comprendido que lo que estaba ocurriendo era una milonga. Y las milongas se han compuesto solas y creo que no he tenido necesidad de escribirlas; habré cambiado una o dos palabras, pero no más. Todo eso ha salido de un viejo fondo criollo que tengo y no ha significado ningún esfuerzo para mí. Al mismo tiempo, no puedo comprometerme a escribir un libro de milongas porque eso depende de que tales momentos, esas visitas del Espíritu Santo, aunque parezca vanidoso (y es vanidoso), ocurran. En cambio, por ejemplo, un soneto es distinto, aun en el caso de las rimas. Uno tiene que elegir una rima, tiene que pensar que las palabras que riman no son totalmente distintas; yo diría que hay rimas naturales y rimas artificiales. *Reflejo y espejo* son naturales, porque se refieren a ideas afines; *turbio y suburbio*, también. En cambio, en este ejemplo de Lugones: “En inmensas dosis de apoteosis” no sé si la pa-

labra dosis está buscando la palabra apoteosis.

—*De ningún modo.*

—Desde luego, creo que no; claro que lo hizo a propósito. Quiero decir que en el caso de las sextinas, como en la “Milonga de dos hermanos”, todo eso ha nacido solo, he encontrado las rimas necesarias o ellas me han encontrado a mí. Pero un cuento mío que me gusta, aunque no sé si ha gustado a los lectores, es *El Congreso*<sup>①</sup>, porque es un texto que llevé conmigo sin animarme a intentar su escritura durante muchos años y siempre pensaba en él, hasta que me dije: “Bueno, yo ya he encontrado mi voz, mi voz escrita. Quiero decir que no puedo hacer las cosas ni mucho mejor ni mucho peor; voy simplemente a escribirlo”, y lo escribí. Pero es un cuento que no ha agradado a mis amigos.

—*¿Por qué se te ocurre pensar eso?*

Porque mis amigos dicen que todo lo que yo digo ahí lo he dicho mejor en libros anteriores y que el único valor que tiene es el de ser una especie de resumen de la *opera omnia* mía. Por ejemplo, Néstor Ibarra, un amigo en cuya opinión yo confío mucho, me dijo que era un relato inútil porque ya estaba incluido virtualmente en los anteriores. Pero yo creo que no, porque hay allí una descripción de una experiencia mística que yo no he tenido pero que he tratado de imaginar: la idea de esas personas que emprenden una labor tan infinita que coinciden con el universo y que no sienten eso, como

---

① Includido en *El libro de arena*.

ocurriría en un texto de Kafka, como una defraudación, sino que, al contrario, se sienten satisfechos. Esa obra que ellos quieren hacer ya está hecha, no sé si por la Divinidad o por el proceso cósmico, pero ya está, y se sienten felices. Creo que esa parte está bastante bien dada; ese último paseo que hacen recorriendo la ciudad y esa posterior resolución de no verse más porque no van a recuperar la exaltación de ese momento. A mí, personalmente, me emocionó cuando lo escribí y los personajes me gustaron también y los senti como reales. ¡Pero un escritor puede engañarse tanto! Por ejemplo, yo lo he notado en el caso de los nombres de las calles. En ese libro se nombran, casi exclusivamente, fuera del paredón del cementerio de la Recoleta, lugares del sur y a mí el sur me emociona. Una prueba que uno podría hacer es escribir un cuento con nombres de lugares y luego reemplazar esos lugares por otros que no significan nada para uno. Por ejemplo, trasladar mis cuentos de Palermo al bajo de Flores para ver si me siguen pareciendo buenos, pero no me animo a hacer eso. Ni siquiera los cuentos de Adrogué o de Temperley. Me parece que si los situara en San Isidro o en Martínez me daría cuenta de que no valen nada. Al fin y al cabo, el prestigio de las palabras es importante: ¿por qué no el prestigio de los nombres propios?

*—Pero esos cuentos traducidos tienen éxito y quienes los leen no conocen ninguno de esos lugares.*

—Es cierto. Eso quiere decir que la gente se equivoca fácilmente, o que es generosa.

*—O es que se puede prescindir de los sitios geográficos, porque el impetu está puesto en la prosa o en la poesía, que es lo permanente.*

—Me acuerdo que leyendo un cuento muy bueno de Manuel Peyrou, que se llama “La noche repetida”, me encontré con una frase que hizo llenar mis ojos de lágrimas. Decía: “Esa percanta de pollera florida que sabía esperarme en una esquina de la calle Nicaragua”. Y pensé: soy un tonto, porque la calle Nicaragua significa algo para mí, pero no tiene que significar nada para personas que viven en otro barrio.

—*Eso es sentimentalismo.*

—¡Si, caramba!

—*¿Por qué esa necesidad de escribir todos los días, aunque sea una línea?*

—Es para sentirme justificado y porque temo que si no dicto algo, voy a olvidarlo. Además, de noche pienso: he escrito tal cosa, he adelantado tal trabajo, y eso me tranquiliza.

—*¿De niño supiste que ibas a ser escritor?*

—Antes de haber escrito una sola línea. Pero eso se debió un poco a una convención tácita que hubo en mi familia, porque mi padre hubiera querido ser escritor y no pudo. Dejó algunos sonetos, una novela, muchos trabajos que destruyó. Entonces se entendía de un modo tácito, que es el modo más eficaz para que se entienda una cosa, que yo iba a cumplir ese destino que le había sido negado a mi padre. Eso lo supe desde chico.



—¿Y si él hubiese sido matemático ?

—Las matemáticas me interesan. Me interesa la obra de Bertrand Russell y lo que he podido ver del matemático alemán George Kantor. He leído muchos libros con total incredulidad sobre la cuarta dimensión. Pero no me veo como matemático, porque no tengo ninguna facultad para ello. Entiendo que el ajedrez es una ocupación muy noble y que de todos los juegos que conozco es infinitamente superior, pero al mismo tiempo soy uno de los ajedrecistas más mediocres que existan.

\* \* \*

—¿Cuándo, dónde y por qué aparece como tema el laberinto ?

—Recuerdo un libro con un grabado en acero de las siete maravillas del mundo; entre ellas estaba el laberinto de Creta. Un edificio parecido a una plaza de toros, con unas ventanas muy exiguas, unas hendidias. Yo, de niño, pensaba que si examinaba bien ese dibujo, ayudándome con una lupa, podría llegar a ver el Minotauro. Además, el laberinto es un símbolo evidente de perplejidad y la perplejidad —el asombro del cual surge la metafísica, según Aristóteles— ha sido una de las emociones más comunes de mi vida, como lo fue de Chesterton, quien dijo: “todo pasa, pero siempre nos queda el asombro, sobre todo el asombro ante lo cotidiano”. Yo, para expresar esa perplejidad, que me ha acompañado a lo largo de la vida y que hace que muchos de mis propios actos me sean inexplicables, elegí el símbolo del laberinto, o, mejor dicho, el laberinto me fue impuesto, porque la idea de un edificio construido para que alguien se pierda es

el símbolo inevitable de la perplejidad. He ensayado distintas variaciones sobre ese tema, que me han llevado al Minotauro y a cuentos como "La casa de Asterión". Asterión es uno de los nombres del Minotauro. Luego, el tema del laberinto se encuentra de un modo muy notorio en "La muerte y la brújula", en diversos poemas de los últimos libros míos y en uno que voy a publicar hay también un poema breve sobre Minotauro.

—¿Y los espejos?

—Los espejos corresponden al hecho de que en casa teníamos un gran ropero de tres cuerpos estilo hamburgués. Esos roperos de caoba, que eran comunes en las casas criollas de entonces... Yo me acostaba y me veía triplicado en ese espejo y sentía el temor de que esas imágenes no correspondían exactamente a mí y de lo terrible que sería verme distinto en alguna de ellas. Eso se unió a un poema que leí sobre el Profeta Velado de Jorasán, el hombre que vela su rostro porque es leproso, y al Hombre de la Máscara de Hierro, de una novela de Dumas. Las dos ideas se unieron: la de un posible cambio en el espejo y la idea de verme espantoso en el espejo. Y también, naturalmente, porque el espejo está unido a la idea escocesa del *Fetch* (que se llama así porque viene a buscar a los hombres para llevarlos al otro mundo), a la idea alemana, del *Doppelgänger*, el doble que camina a nuestro lado y que viene a ser la idea de *Jeckill y Hyde* y de tantas otras ficciones. Ahora bien, yo sentía el horror de los espejos y tengo un poema en que hablo de ese horror y que uno a la sentencia pitagórica de que un amigo es un otro yo. He pensado que posiblemente a él se le ocurrió la idea de otro yo viendo su reflejo en un espejo o en el agua. Cuando yo era chico nunca me atreví a decirles a

mis padres que me dejaran en una habitación totalmente oscura para no tener esa inquietud. Antes de dormir yo abría repetidamente los ojos para ver si las imágenes en los tres espejos seguían siendo fieles a lo que yo creía mi imagen o si habían empezado a modificarse rápidamente y de un modo alarmante. A eso se agregó la idea de la pluralidad del yo, de que el yo es cambiante, de que somos el mismo y somos otros; eso lo he aplicado muchas veces. Y en un libro mío hay un cuento titulado “El otro”, donde ensayo una variación de ese tema, ya tratado por tantos autores, por Poe, Dostoievsky, Hoffman, Stevenson.

—*La repetición de los ciclos, todo ese mundo que vuelve sobre sí mismo, ¿de dónde proviene?*

—Mi padre fue el primero que me habló de eso. Creo que él lo había leído en los *Diálogos sobre la religión natural*, del filósofo escocés Hume, del siglo XVIII. Y la idea es que si el mundo consta de un número limitado de elementos y si el tiempo es infinito y si cada momento depende del momento anterior, basta con que se repita un momento en el proceso cósmico para que se repitan los siguientes y entonces tendríamos, como creían los pitagóricos y los estoicos, una historia universal cíclica. Se dice que eso procede de la India, pero en las cosmogonías hindúes, en el budismo, por ejemplo, los ciclos se repiten pero no son idénticos; es decir, una persona no vive su propia vida un número indefinido o infinito de veces, sino que cada ciclo influye en el subsiguiente y así podemos descender a animales, a plantas, a demonios, a fantasmas, o podemos volver a ser otra vez hombres y eventualmente podemos perder nuestra identidad. Eso sería el Nirvana y eso sería la mayor felicidad, caer en la rueda de la

vida y vernos libres de la vida. Esa idea me impresionó muchísimo y luego la he aprovechado muchas veces. Personalmente, descreo de ella. No solamente descreo, sino, como dije en un artículo titulado “La doctrina de los cielos”, si ésta es la milésima vez que mantenemos esta conversación, es realmente la primera, porque no recuerdo las anteriores. Un argumento que suele emplearse a favor de esa idea, sobre el cual tiene un poema muy lindo el poeta Dante Gabriel Rosseti (“I have been here before; / when, where or how I cannot tell. / I knew the grass beyond the door, / the keen sweet smell, / the sighing sound, the lights around the shore. / You have been mine before. . .”), es que si yo creo haber vivido ya este momento, eso introduce una modificación, porque suponiendo que ésta sea la segunda vez que mantengo esta conversación y pienso: “Yo ya he hablado sobre esto con María Esther Vázquez y le he dicho las mismas cosas en esta misma sala de la misma Biblioteca Nacional”, entonces esto no habría ocurrido la primera vez, entonces los ciclos no serían idénticos. El hecho de recordar un ciclo anterior sería en realidad un argumento contra la doctrina de los ciclos. Además, si suponemos una sucesión indefinida o infinita de vidas, cada vez recordaremos mejor las cosas y eso nos permitirá modificar quizá nuestra conducta, y entonces se derrumbaría la teoría.

—*Hablemos del tema de los tigres.*

—Ese tema lo he explicado en un poema titulado “El oro de los tigres”. Nosotros vivíamos cerca del Jardín Zoológico; yo lo visitaba con frecuencia, pero los animales que realmente me impresionaban de niño, fuera del bisonte, eran los tigres. Sobre todo el gran tigre real de Bengala. Me pasaba horas mirándolo. Me impresionaban el pelaje

de oro y, naturalmente, las rayas. También me impresionaban los leopardos, los jaguares, las panteras, animales afines. En ese poema digo que realmente el primer color que vi, no físicamente sino emocionalmente, fue el amarillo del tigre, y ahora que estoy casi ciego el único color que veo sin lugar a error es el amarillo. Así, el amarillo corresponde al principio y al fin de mi vida. Por eso, y no por razones decorativas de tipo modernista, titulé a uno de mis libros *El oro de los tigres*. Además, en el tigre hay la idea de poderío y de belleza. Recuerdo que una vez mi hermana me hizo esta observación curiosa: "Los tigres están hechos para el amor". Esto me recuerda un verso de Cansinos Assens donde le dice a una mujer: "Yo seré como un tigre de ternura". Encontré una frase parecida en Chesterton, refiriéndose al tigre del poema de William Blake, que es un poema sobre el origen del mal (por qué Dios que hizo al cordero creó también al tigre que lo devora) y dice: "El tigre es un símbolo de terrible elegancia". Ahí están unidas la idea de la belleza y de la crueldad que se atribuye a los tigres. Posiblemente no sean más crueles que otros animales. De la misma forma, se atribuye astucia al zorro, majestad al león; son convenciones de las fábulas, posiblemente convenciones esópicas.

—¿Y la secta del cuchillo y el coraje, es decir, todo lo que eso implica?

—Yo encontraría dos raíces: una, en el hecho de que muchos de mis mayores fueron militares y algunos murieron en batallas, y luego, en que ese destino me había sido negado. La otra es encontrar esa condición del coraje en pobre gente, en los compadritos de las orillas, que si tenían una religión, era esa: la de que un hombre no

debe ser flojo. Además, en el caso del compadrito, ese coraje era desinteresado, a diferencia de lo que ocurre con los gangsters o los criminales en general, porque la gente es violenta por avidez, o movida por razones políticas. Y luego, en una saga escandinava encontré una frase que corresponde exactamente a esa idea. Se trata de unos vikings que se encuentran con otros y les preguntan si creen en Odín o en el Cristo blanco y uno responde: "Creemos en nuestro coraje". Corresponde a la ética de los cuchilleros.

— *Otro tema importante sería la ciudad de Buenos Aires.*

— En cuanto a Buenos Aires, todos habrán notado que no es el Buenos Aires actual, sino el Buenos Aires de mi niñez y el anterior a mi niñez. Yo nací en 1899 y generalmente mi Buenos Aires es un poco vago y se sitúa alrededor del 90. Eso lo hago primero por aquello de que "cualquier tiempo pasado fue mejor" y luego porque creo que es un error hacer literatura estrictamente contemporánea; por lo menos ese concepto es contrario a toda la tradición. No sé cuántos siglos después de la guerra de Troya escribió Homero. Además, hay una desventaja de orden práctico; si yo escribo sobre un hecho contemporáneo convierto al lector en una suerte de espía porque estará buscando errores. En cambio, si digo que tales hechos ocurrieron en Turdera o en las orillas de Palermo hacia mil ochocientos noventa y tantos, nadie puede saber exactamente cómo se hablaba en esos suburbios, o cómo eran, y eso deja una mayor libertad e impunidad al escritor. Y como la memoria es selectiva (según dijo Bergson), parece que uno puede trabajar mejor con memorias que con el presente, que está oprimiéndonos y molestándonos. Además, si escribimos sobre el presente, corremos el albur de parecer menos

escritores que periodistas.

—*Falta el tema de la espada . . .*

—Este tema se vincula con el del coraje y se origina en dos espadas que había en casa de mi abuelo Borges. Una de ellas era del general Mansilla. Ambos eran amigos y antes de una de sus batallas, en la guerra del Paraguay, con un gesto romántico plagiado de alguna novela francesa, los dos cambiaron espadas en la víspera de la batalla. Una de ellas está en el museo histórico del Parque Lezama. Y luego de la espada del soldado pasé al cuchillo del cuchillero (esto me hace recordar dos versos de un romance de Lugones: “Con el patriótico sable / ya rebajado a cuchillo. . .”). La espada es el signo del coraje más que otras armas. Las armas de fuego no presuponen valentía, sino puntería. Milton, en el *Paraíso perdido*, atribuye la invención de la artillería al demonio.

\* \* \*

—*Me gustaría que me hablaras de tu amor por las lenguas escandinavas .*

—Llegué a ellas por el camino del anglosajón, porque pensé que había sido el idioma de muchos antepasados míos hace muchos siglos. Pero la literatura anglosajona, aunque es rica, lo es mucho menos que la escandinava, y eso podría explicarse por una razón cronológica. La literatura anglosajona data de los siglos VII, VIII, IX y se acabó, en tanto que la escandinava llega a su apoteosis en los siglos XIII y XIV. Pero hay otra razón. Los sajones salieron de Ale-

mania del Norte, de los Países Bajos, de Dinamarca, y conquistaron Inglaterra. Sin duda, esa conquista los enriqueció. Pero eso, si se compara con lo que hicieron los vikings es poco. Pensemos en países pobres como los escandinavos y pensemos que gente de esos países descubrió América, llegó a Bizancio, fundó reinos en Inglaterra, en Irlanda, en Normandía y escribió en Islandia una gran literatura. Es decir, la cultura germánica llegó a su culminación en Islandia y produjo una literatura muy rica. En las sagas uno encuentra todo lo que se encuentra en la novela actual y dicho de un modo más reticente, más pudoroso y eficaz. De modo que como la cultura germánica me interesa y como en su forma más pura llegó a su culminación en Islandia, es natural que me interese ese idioma. Al principio, cuando comencé a estudiarlo, me ocurría lo mismo que con el inglés antiguo: me parecía una forma torpe del inglés o del alemán. En cambio, ahora veo al anglosajón como un idioma propio y ya estoy sintiendo como propia la lengua escandinava que todavía se habla en Islandia. Los islandeses pueden leer a sus clásicos sin necesidad de explicaciones. Tengo ediciones de las Sagas, de la *Heimskringla*, de la *Edda Menor* de Snorri Sturluson, y esos libros no tienen notas, porque puede leerlos un islandés cualquiera. El mismo hecho de que haya quedado atrasado incidió para que se conserve el idioma. Es como si ahora existiera un país donde la gente hablara latín y no un dialecto del latín; donde el hombre de la calle pudiera leer la *Eneida* y a Tácito. Además, hay una belleza especial en ese idioma que se da en los sonidos y en la facilidad que todavía guardan otras lenguas germánicas de formar palabras compuestas sin que esas palabras resulten artificiales o pedantescas. Cuando uno estudia un idioma, ve más de cerca las palabras. Si estoy hablando español o inglés, oigo toda la frase; en cambio, en un idioma nuevo. . .



— . . . *se oye palabra por palabra* .

—Sí. Es como una lectura con lupa. Siento más la palabra que aquellos que hablan ese idioma. Por eso, hay un prestigio en las lenguas extranjeras; hay, también, el prestigio de lo antiguo, que es formar parte de una pequeña sociedad secreta. . .

—*¿Cuántas horas te roba esa “sociedad secreta” ?*

—Solamente los sábados y los domingos. Somos unas siete personas; nos reunimos unas tres o cuatro horas y prescindimos de la gramática. Tomamos un texto del siglo XIII, por ejemplo, y empezamos a descifrarlo; sólo en último caso recurrimos al diccionario o a la versión inglesa o alemana. Tratamos de entenderlo y discutimos, y luego vemos quién tiene razón. De modo que eso tiene algo de aventura, aventura filológica. Pero, sin duda, uno exagera las cosas. Si yo digo: “Un barco que se hace con las uñas de los muertos”, en islandés lo siento más hermoso: posiblemente no lo sea. Quizá para un islandés tenga más prestigio la versión española.

\* \* \*

—*Una vez me dijiste que te considerabas anarquista . ¿Qué quiere decir eso ? ¿Cuál es tu anarquismo ?*

—Que tendría que haber un mínimo de gobierno, que no se notara, que no influyera. Se trata de un anarquismo a lo Spencer.

—¿Tu padre era anarquista ?

—Sí. El me dijo que me fijara en las banderas, en las fronteras, en los distintos colores de los diversos países en los mapas, en los uniformes, en las iglesias, porque todo eso iba a desaparecer cuando el planeta fuera uno y hubiera simplemente gobierno municipal o policial, o quizá ninguno si la gente fuera suficientemente civilizada. El creía que esa utopía estaba esperándonos; ahora no se nota ningún síntoma, pero quizás a la larga tenga razón. Por de pronto, los países tienden a agrandarse. Quizá cuando todo el mundo sea Rusia, o China, o los Estados Unidos, no se necesitarán pasaportes. Hoy la burocracia molesta bastante. Esta mañana tuve que firmar para el Ministerio unos papeles por sextuplicado. Eso es para dar trabajo a la enorme cantidad de empleados públicos que tienen. En este país, dentro de poco no va a haber más que empleados públicos, empezando por el ejército. Un barrendero es un empleado público; el presidente es un empleado público. Todos son empleados públicos.

—*El director de la Biblioteca Nacional también es empleado público.*

—Yo también lo soy, desde luego.

—*¿Qué cosas te interesan más en este momento en la vida, en el mundo ?*

—Me interesaría encontrar una suerte de serenidad que no tengo. Y en estos momentos, me interesa la suerte de la patria, que es muy importante. Y luego, me preocupa la salud de mi madre. Y

además, aún a la edad de 73 años, uno vive esperando a otra persona, aún a esa edad en que uno sabe que esa esperanza es ridícula y que no podrá cumplirse. Pero en cuanto al hecho de ser conocido o desconocido, eso no me ha interesado nunca; ¡se parecen tanto las dos cosas! Sin embargo, entiendo (tengo amigos que son escritores franca e incurablemente fracasados), entiendo que se sientan desdichados por ello. Ya dijo Schopenhauer que lo que tenemos puede no hacernos felices, pero lo que nos falta nos hace ciertamente desdichados. El caso de la salud, por ejemplo; o el caso de los órganos del cuerpo: se sienten cuando duelen. Creo que con la fortuna ocurre siempre lo mismo; la gente rica se siente naturalmente feliz y hasta puede pensar que no les importa el dinero, pero si les falta notan que es muy importante. Como en aquella broma de Macedonio Fernández, quien dijo: “¡Qué raro! A mí no me había interesado nunca la respiración, pero cuando estuve en la playa de Capurro, en Montevideo, y me cubrió una ola, de pronto me sentí muy interesado en ella. Y el interés —decía— desapareció, lo que es más raro aun, cuando me encontré a salvo”. También Bernard Shaw dijo que toda persona que sufre de dolor de muelas comete el error de pensar que los que no tienen dolor de muelas son felices. El no ser querido, el estar enfermo, son otras formas del dolor de muelas.

—¿Y en cuanto a los premios que obtuviste?

—Hubo uno que me dio mucha alegría, que fue el segundo premio municipal de prosa que me dieron en 1928 ó 29. Me alegró mucho más que otros posteriores, porque era el primero que recibía. Además, ¡tres mil pesos entonces eran una suma!

—¿Te compraste libros ?

—Gasté trescientos pesos en una edición un poco antigua de la Enciclopedia Británica, que conservo todavía: la undécima, que es muy superior a las actuales. Porque antes la hacía la Universidad de Oxford y ahora está a cargo de no sé qué editorial norteamericana que se interesa por las cosas más tristes del mundo: la estadística, por ejemplo. Es un libro lleno de fechas y de cifras. En cambio, la edición vieja tiene artículos de Macaulay, de De Quincey, de Swinburne, que eran realmente ensayos. Ahora los artículos están hechos de abreviaturas: nació en tal fecha, una crucecita y la fecha en que murió; publicó tales libros, con las fechas entre paréntesis; el juicio en tres líneas, y se acabó. Eso no es un estudio sobre un escritor: se parece más al censo o a la guía de teléfonos que a un trabajo literario.

—*Volviendo al tema de los honores: cada vez que te nombran doctor honoris causa de una universidad, ¿te gusta, te emociona ?*

—Sí, es raro. Me siento muy incómodo la víspera, muy incómodo. . .

—... *tres minutos antes.*

—... tres minutos antes. Me siento muy incómodo cuando estoy hablando y en el momento en que ocurre me siento misteriosamente emocionado, y luego me digo que eso es una puerilidad. Es raro que a un hombre grande le ocurran esas cosas, pero eso depara una satisfacción momentánea. . . Es el hecho de ser reconocido, de ser saludado. . .

—¿Cuáles son los escritores que te interesan mucho todavía ?

—Creo que Shaw, Chesterton, Emerson y, como libro, El Quijote. Entre los argentinos, hay uno capital; si lo hubiéramos elegido como libro nacional, hubiera sido otro y mejor nuestro destino: es *Facundo*, de Sarmiento. Y admiro al *Martín Fierro* como obra literaria, pero no como personaje; como tal, me parece espantoso y sobre todo muy triste que un país tome por ideal a un desertor, a un asesino, a un prófugo, a un borracho, a un soldado que se pasa al enemigo. Eso debe haber sido muy raro en aquella época. Creo que Hernández se anticipó, porque *Martín Fierro* es un malevo sentimental, que se apiada de su propia desdicha. Los gauchos deben haber sido gente mucho más dura, debían parecerse más a los gauchos de Ascasubi o de Estanislao del Campo. Ese tipo de gaucho quejoso, que compuso Hernández adelantándose a Carlos Gardel, es una desdicha. No puedo imaginarme a un gaucho diciendo:

“Bala el tierno corderito  
al lao de la blanca oveja  
y a la vaca que se aleja  
llama el ternero amarrao,  
pero el gaucho desgraciao  
no tiene a quién dar su queja.”

Si un payador hubiera dicho eso, habrían pensado que era un marica.  
¡Hubiera sido despreciado por todos!

\* \* \*

—*Si hicieras un repaso a toda tu vida, ¿cuáles te parecerían los momentos más importantes?*

—Mi primer regreso a Buenos Aires. Y luego, momentos muy íntimos, que fueron felices, y aquellos en que escribo, en que siento cierta satisfacción, aunque no me guste lo que escriba. He llegado a comprobar que la satisfacción que uno siente al escribir tiene poco que ver con el mérito de lo que escribe, lo cual concuerda con aquella sentencia de Carlyle: “Toda obra humana es deleznable, pero la ejecución de esta obra es importante”. Una vez hecho algo, no puede valer mucho; es una obra humana con todas las imperfecciones de lo humano, pero el hecho de ejecutarla sí es interesante. Luego, tengo recuerdos de infancia, de alguna jineteada, de haberme sentido muy feliz nadando y recuerdos de lugares. . . Pero Marcel Proust decía que cuando uno extraña un lugar, lo que realmente extraña es la época que corresponde a ese lugar; que no se extrañan los sitios, sino los tiempos. Es decir que cuando pienso que a veces me sentía feliz en Texas es porque me sentía feliz en aquel momento, pero si volviera a Texas ahora no hay ninguna razón para que pueda sentirme feliz allí. O cuando yo sabía que sólo faltaban tantos días para volver a Buenos Aires. Pero entonces había algo de angustioso, porque siempre existía el temor de que ocurriera algo que entorpeciera la vuelta.

—*¿Siempre te importa mucho volver a Buenos Aires?*

—Sí, me importa mucho volver, y aun en algún viaje último, en que yo sabía que no volvía a algo especialmente grato, que volvía a una rutina no demasiado deliciosa. Pero siempre he sentido que hay

algo en Buenos Aires que me gusta. Me gusta tanto que no me gusta que le guste a otras personas. Es un amor así, celoso. Cuando yo he estado fuera del país, por ejemplo en los Estados Unidos, y alguien dijo de visitar América del Sur, le he incitado a conocer Colombia, por ejemplo, o le recomiendo Montevideo. Buenos Aires, no. Es una ciudad demasiado gris, demasiado grande, triste —les digo—, pero eso lo hago porque me parece que los otros no tienen derecho de que les guste. Además, generalmente lo que les agrada a los extranjeros es lo que nunca le importa a uno. La idea de encantarse con el estanque de Palermo, con el Obelisco o con la calle Florida es bastante triste. El hecho de extasiarse ante el rascacielos de Cavanagh es una cosa de locos. O con lugares del sur de la ciudad, que son totalmente apócrifos. Un porteño siente que los han edificado la semana que viene, digamos.

—¿Te considerarás celoso?

—Sí, trato de no serlo, pero lo soy. Comprendo que es un defecto.

—¿Cuáles son tus defectos?

—Creo que una vanidad desmedida.

—No pareces serlo.

—Sí, soy vanidoso con cierta astucia.

—Pero si no te importa nada el éxito...

—El éxito es algo tan efímero... Y además, cuando se llega a la edad mía uno ha visto tantos éxitos que se han convertido en olvido... Voy a citarte un caso notorio. En 1910 se creía que el mejor escritor de la literatura francesa, es decir de la universal (porque así se medía entonces), era Anatole France. Actualmente eso parecería una ironía un poco burda, pero en aquella época se lo creía un escritor tan grande como Voltaire. Claro que Anatole France había llegado a Buenos Aires, nos había descubierto; todos nos sentíamos un poco más reales porque Anatole France sabía que existíamos. E incluso le perdonamos alguna *gaffe*. Cuando llegó a Montevideo dijo que él siempre había querido al Uruguay porque le gustaba mucho el café uruguayo. Se está por descubrir todavía, ¿no?... Claro que se trató de un error de información del secretario, que le dijo: "En Uruguay hay que hablar del café".

—*De modo que te consideras vanidoso.*

—Sí, creo que lo soy y sin embargo me parece raro que la gente me tome en serio. Creo también que tiendo fácilmente a ser dogmático. A pensar que los demás deben pensar como yo.

—*Eso lo pensamos todos.*

—Me acuerdo de una frase de Swift que decía: "¡Qué inteligente es este escritor cuando dice lo que yo había pensado toda mi vida!" (ríe).

—*¿Y cuáles crees que son tus virtudes?*



—La modestia (ríe a carcajadas). Creo que yo tengo un sentido de las palabras, de la literatura, un sentido del verso —no cuando lo ejecuto, sino cuando lo leo— que otras personas no tienen. Creo que puedo emocionarme con una palabra. Además, contrariamente a lo que generalmente se supone, creo que la belleza no es una cosa rara, sino muy común. Por ejemplo, yo no sé nada de literatura húngara, y sin embargo, estoy seguro de que si supiera encontraría en esa literatura lo que encuentro en otras. No sé nada de la poesía de los afganos, y creo que puede darme lo que me dan las otras. Desde luego, confieso que no he encontrado ningún escritor australiano que me haya llamado la atención, pero es justo decir que no he leído a ninguno, lo que es un argumento en contra. ¿Por qué no se habla de ellos nunca? ¿O de los canadienses? Cuando estuve en Canadá pregunté: ¿Qué poeta tienen ustedes? Me dijeron: tenemos al poeta Pratt. El nombre no parecía prometer mucho. Hay dos poemas suyos; uno al ferrocarril que va de Toronto a no sé dónde... (De una oda ferroviaria, ¿qué puede esperarse?). Y el otro es un poema extraordinario en donde habla de un bloque, de un pedazo de hielo. Yo dije: ¿Y? “Y bueno —me dijeron—, otros poetas hubieran hablado de los bosques nevados del Canadá, pero él se dirige concretamente a un bloque de hielo, y eso ya es mucho”. Después de eso pensé que debía contentarme con la idea de que haber escrito un poema concreto ya bastara. Pero me llama la atención de que los Estados Unidos, en New England, cerca de la frontera con el Canadá, hayan producido gente como Emerson, como Melville, como Henry James, y que al lado Canadá no haya producido nada, salvo, como dijo Kipling, que hayan producido un país de mayor orden y quizás esencialmente más culto que los Estados Unidos. Desde luego, haber producido una civilización es mucho, pero no emocionante. Un país

civilizado es superior a un país bárbaro, pero puede no ser muy interesante.

—¿Te gustaría ser o realizar alguna cosa que no hayas hecho hasta ahora ?

—Me hubiera gustado ser un hombre de acción como lo fueron mis mayores. Desgraciadamente, confieso que yo no he muerto en 1874, en el combate de La Verde, y tampoco derroté a los montoneros de Rosas, como mi bisabuelo Suárez. La verdad es que no he hecho ninguna de esas cosas; la verdad es que tampoco participé en la Revolución del 90, porque nací nueve años después. . .

—Recuerdo que una vez te pregunté, si hubieras podido elegir tu destino, qué hubieras preferido ser entre San Isidoro de Sevilla y Harold . . .

—Si hubiera sido Harold Hardrada hubiera sido otra persona; en cambio, aunque no soy San Isidoro, soy, digamos, de la familia. . . Quiero decir que soy una persona que me intereso por las etimologías, por el lenguaje, es decir, pertenezco a esa parroquia. En cambio, si hubiera sido un hombre de acción, como lo fueron algunos mayores míos, sería interesante. Pero desear eso es como decir: ¡Qué lástima haber nacido hombre y no tigre! Me imagino que la vida de un hombre de acción es tal vez más interesante para el que la estudia que para quien la vive. Un hombre de acción debe vivir. . .

— . . . la rutina de la acción .

—Y además vive de presentes muy efímeros, como todo presente. Tendrá que tomar decisiones, ejecutarlas. Quizás un historiador comprenda mejor la vida de Harold que el mismo Harold, que vivía, simplemente. Quizá nosotros, los que somos inactivos, y que vivimos vicariamente las vidas ajenas, las sentimos más que los mismos que las vivieron. Para ellos tiene que haber sido una especie de vértigo de momentos presentes; quizá nunca vieron el dibujo que forma esa vida.

—*No lo pudieron saborear.*

—Creo que no. Claro que sería bueno pensar: yo comandé una carga de caballería, como mi bisabuelo, aunque quizá para él ese momento fue como cuando uno atraviesa rápidamente una calle para que no lo atropelle el tráfico, o el momento en que una persona enojada da una bofetada. Aunque quizás en el recuerdo fue magnificándolo y pensó: “Yo fui el héroe de esa jornada”. Pero no lo pensó mientras ocurría y ya después posiblemente fuera tan ajeno a él como a mí.

\* \* \*

—*¿Qué músico te interesa?*

—No sé si tengo derecho a nombrarlo, porque no lo entiendo: Brahms. Creo que es la única música fuera de las milongas o los spirituals o el cante jondo que me emociona. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que no tengo derecho a admirarla.

—*¿Por qué?*

—Porque si me preguntaran en qué difiere de otras o en qué consiste o en qué teorías está basada, no sabría decirlo. La siento de un modo físico, pero tal vez lo importante sea eso, y quizá sea la definición de la poesía también, lo que uno siente como poesía inmediatamente, cuando lo oye. Yo estoy oyendo continuamente rachas así de poesía por la calle. Oigo que la gente más cotidiana y más vulgar dice frases muy lindas y que las dice sin darse cuenta, con inocencia.

—*¿Y nunca te interesó la pintura?*

—Sí; me han impresionado mucho Rembrandt, Turner, Velázquez, Tiziano; me han impresionado algunos pintores expresionistas. En cambio, otros a los que es ritual admirar, como el Greco, nada. El concepto del cielo que él tenía, lleno de obispos, arzobispos, de mitras, se parecería al concepto que yo tendría del infierno. . . La idea de un cielo eclesiástico me parece espantosa, un cielo parecido al Vaticano. Posiblemente te desagrade al decirte esto, ¿no? Pero si el cielo del Greco era eso, estaría deseando ir a otro lugar. Lo habría hecho por sentir nostalgia del Purgatorio o del Infierno. Pero en el caso del Greco, esto se debe a que él no creía en esas cosas y se nota esa indiferencia en los cuadros. El estaba seguro de que no había otra vida; entonces, “para quedar bien con el comisario”, como diría Macedonio Fernández, pintaba todos esos obispos.

—*¿Crees que hay otra vida?*

—No. Tengo la confianza de que no haya ninguna otra y no me

gustaría que la hubiera. Yo quiero morir entero. Ni siquiera me gusta la idea de que me recuerden después de muerto. Espero morir, olvidarme y ser olvidado.

\* \* \*

*Vivimos en un tiempo en que las gentes que tienen éxito son personas primarias. Incluso si no lo son, procuran volverse primarias para colocarse al alcance de todo el mundo.*

## JORGE LUIS BORGES

Jorge Luis Borges, hijo de un profesor de inglés, nació en Buenos Aires en 1899. Empezó a escribir —en lengua inglesa— hacia los siete u ocho años, y en 1914 se trasladó con su familia a Europa, donde residió en Ginebra y en varias ciudades españolas. A su regreso a la Argentina (1912) fue figura principal en los ambientes literarios bonaerenses —revista *Proa*, *Martín Fierro* y *Sur* y la editorial de este último nombre— y publicó sus primeros libros: los poemas de *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de enfrente* (1925) y *Cuaderno San Martín* (1929), los ensayos *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) e *Historia de la eternidad* (1936), y los relatos de *Historia universal de la infamia* (1935). En 1938 sufrió un accidente que le dejó casi ciego, y de esta época datan una serie de libros escritos en colaboración, a menudo con Adolfo Bioy Casares: *Antología de la literatura fantástica* (1940), *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), *Los mejores cuentos policiales* (1943), etc. Dos nuevas obras

narrativas, *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949), consolidan su fama. Es conocido en el extranjero, publica *Otras inquisiciones* (1952) y *Martín Fierro* (1953). En 1955, a la caída de Perón, a cuya dictadura se había opuesto, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional (hasta 1973) y en 1956 profesor de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires. En 1961 el Premio Formentor, compartido con S. Beckett, le consagra internacionalmente, se le traduce en todo el mundo y da numerosas conferencias y cursos de literatura en toda Europa y América. Del resto de su obra destacan libros de poemas como *Para las seis cuerdas* (1965), *El otro, el mismo* (1968), *Elogio de la sombra* (1969), *El oro de los tigres* (1972), *La rosa profunda* (1976), etc., y volúmenes de cuentos como *El hacedor* (1960), *El informe de Brodie* (1970) y *El libro de arena* (1975).

## VOCABULARIO

catecismo <i>m.</i>	问答手册	arzón <i>m.</i>	马鞍架
dictaminar <i>vt.</i>	发表意见	ónix <i>m.</i>	缟玛瑙
aversión <i>f.</i>	反感	comunión <i>f.</i>	圣餐礼
superfluo, a <i>adj.</i>	不必要的, 多余的	monacal <i>adj.</i>	修士的
intuición <i>f.</i>	直觉	profuso, sa <i>adj.</i>	过多的
mansarda <i>f.</i>	有复斜屋顶的顶 楼	icono <i>m.</i>	偶像
mesa de trinchar	切分食物的 桌子	descollante <i>adj.</i>	突出的
enseres personales	个人用具	escrutar <i>vt.</i>	仔细观察
		tétrico, ca <i>adj.</i>	沮丧的
		degradación <i>f.</i>	堕落
		fustigar <i>vt.</i>	鞭打

vedado, da <i>adj.</i> 禁止的	Bernard Shaw 萧伯纳(1856—1950, 英国著名剧作家)
constante <i>f.</i> 规定	Fausto 浮士德(西方民间传说)
interpelar <i>vt.</i> 请求	consenso <i>m.</i> 一致意见
retrógrado, da <i>adj.</i> 退却的	falible <i>adj.</i> 难免有错误的
intransigente <i>adj.</i> 不让步的, 不妥协的	benemérito, ta <i>adj.</i> 值得奖赏的
descampado, da <i>adj.</i> 空旷的	Quevedo 克维多·比列加斯(1580—1645, 西班牙诗人)
apócrifo <i>m.</i> 不足凭信的书	Mármol 马莫尔(1817—1871, 阿根廷诗人、小说家)
Buckingham Palace (伦敦的) 白金汉宫	Sarmiento 萨米恩托(1811—1888, 阿根廷教育家、政治家、作家)
rapto <i>m.</i> 冲动	Conan Doyle 柯南道尔(1859—1930, 英国作家, 以塑造侦探福尔摩斯而闻名)
deletrear <i>vt.</i> 一个字母一个字母地念	Poe 坡(1809—1849, 美国诗人、小说家和文艺评论家)
efímero, ra <i>adj.</i> 短暂的	Dumas 小仲马(1824—1895, 法国剧作家和小说家); 大仲马(1802—1870, 法国作家)
esbozar <i>vt.</i> 勾画出	Walter Scott 沃尔特·司各特(1771—1832, 英国小说家)
porteño, ña <i>m., f.</i> 布宜诺斯艾利斯人	Jorge Isaacs 伊萨克斯(1837—1895, 哥伦比亚诗人、小说家)
chismorreó <i>m.</i> 搬弄是非	mamposería <i>f.</i> 碎石状的石块
encuesta <i>f.</i> 调查	
adversario, ria <i>m., f.</i> 对手	
adular <i>vt.</i> 献媚	
celoso, sa <i>adj.</i> 嫉妒的, 嫉妒心重的	
carilla <i>f.</i> (纸张的)面, 页	
minucia <i>f.</i> 细节, 细目, 琐事	
ginebra <i>f.</i> 杜松子酒	
úlceras <i>f.</i> 溃疡	
los cuentos de Grimm 格林童话故事(德国民间故事)	

- breaks 天气突变
- lunfardo *m.* 底层社会的俚语
- inenarrable *adj.* 不可表达的
- nulidad *f.* 无用
- Gradus 诗韵辞典
- Parnassus 诗文集
- Séneca 塞内加(约公元前 55—约公元前 39, 拉丁文雄辩术著作的作者)
- Tácito 塔西佗(约 56—约 120, 罗马帝国高级官员, 以历史著作名垂千古)
- Universidad de Heidelberg 德国海德堡大学
- Carlyle 卡莱尔(1795—1881, 英国作家、历史学家、哲学家)
- Schopenhauer 叔本华(1788—1860, 德国厌世哲学家)
- Heine 海涅(1797—1856, 德国诗人)
- Kant 康德(1724—1804, 启蒙运动最重要的思想家, 历史上最伟大的哲学家之一)
- De Quincey 德·昆西(1785—1859, 英国散文家、文学批评家)
- Pound 庞德(1885—1872, 美国诗人和评论家)
- futurismo *m.* 未来主义
- cubismo *m.* 立体派
- Joyce 乔伊斯(1882—1941, 爱尔兰小说家)
- Virgilio 维吉尔(公元前 70—19, 罗马最伟大的诗人)
- Stein 斯泰因(1874—1946, 美国女作家)
- Dante 但丁(1265—1321, 意大利诗人, 《神曲》作者)
- Ariosto 阿里奥斯托(1474—1533, 意大利诗人)
- Gentile 泰梯利(1875—1944, 意大利唯心主义哲学家、政治家)
- Queiroz 克罗斯(1910—巴西现实主义女小说家)
- marimacho *m.* 男子气的女人
- vigilia *f.* 失眠
- atenuación *f.* 减弱
- palinodia *f.* 否定本人的宣言; 翻案诗
- simular *vt.* 假装
- milonga *f.* 通俗歌舞曲
- apoteosis *f.* 神化, 崇拜; 顶峰
- virtualmente *adv.* 实际上
- paredón *m.* 墙
- convención tácita 默契
- Bertrand Russell 罗素(1872—1970, 20 世纪声誉卓著、影响



- 深远的思想家之一)
- exiguo, gua *adj.* 不足的
- lupa *f.* 放大镜
- Chesterton 切斯特顿(1874—1936, 英国诗人、散文作家、小说家和评论家)
- ropero de caoba 红木衣柜
- leproso, sa *adj.* 麻风病的(人)
- pitagórico, ca *adj.* 毕达哥拉斯哲学的
- Dostoievsky 陀思妥耶夫斯基(1821—1881, 俄国小说家)
- Hoffman 霍夫曼(1776—1822, 德国作家)
- Stevenson 史蒂文森(1850—1894, 英国小说家)
- estoico, ca *adj.* 斯多葛派的, 禁欲主义的
- cosmogonia *f.* 宇宙起源说
- Nirvana 涅槃(佛教用语, 意译为“灭”, “灭度”, “寂灭”。指佛教修持要达到的最高理想)
- descrear *vi.* 不相信
- bisonte *m.* 北美野牛
- William Blake 布莱克(1757—1827, 英国诗人)
- viking *m.* 北欧古代神话传说
- albur *m.* 冒险
- plagiado, da *adj.* 抄袭的
- reticente *adj.* 吞吞吐吐的, 不说全的
- sextuplicado, da *adj.* 成六倍的
- barrendero *m.* 街道清扫工人
- Macaulay 麦考莱(1881—1958, 英国女作家)
- Swinburne 斯温伯恩(1837—1909, 英国诗人)
- puerilidad *f.* 幼稚, 天真
- deparar *vt.* 给予
- malevo, va *adj.* 恶毒的(人)
- apiado, da *adj.* 被同情的, 被怜悯的
- payador *m.* 流浪诗人
- deleznable *adj.* 易碎的, 不牢的
- Anatole France 法朗士(1844—1924, 法国作家、文艺评论家)
- burdo, da *adj.* 粗鲁的
- Voltaire 伏尔泰(1694—1778, 法国最伟大的作家之一)
- Spenser 斯宾塞(1552—1599, 英国诗人)
- gaffe 失礼, 失言
- dogmático, ca *adj.* 教条主义的; 固执己见的

Swift 斯威夫特(1667—1745, 英国杰出的讽刺作家)  
racha *f.* 片断  
Rembrandt 伦勃朗(1606—1669, 荷兰伟大画家)  
Turner 特纳(1893—1964, 美国文化史学者)  
Velázquez 委拉斯开兹(1599—1660, 西班牙著名画家)  
Greco 格列柯(1541—1614, 西班牙画家)  
obispo *m.* 主教  
arzobispo *m.* 大主教  
mitra *m.* 主教

# JULIO CORTAZAR, SUS EXPERIENCIAS

## Carta de Julio Cortázar

A Roberto Fernández Retamar,  
en La Habana.

Mi querido Roberto:

Te debo una carta, y unas páginas para el número de la Revista que tratará de la situación del intelectual latinoamericano contemporáneo. Por lo que verás a renglón casi seguido, me resulta más sencillo unir ambas cosas; hablando contigo, aunque sólo sea desde un papel por encima del mar, me parece que alcanzaré a decir mejor algunas cosas que se me almidonarían si les diera el tono del ensayo, y tú ya sabes que el almidón y yo no hacemos buenas camisas. Digamos entonces que una vez más estamos viajando en auto rumbo a Trinidad y que después de habernos apoderado con gran astucia de los dos mejores asientos, con probable cólera de Mario, Ernesto y Fernando apiñados en el fondo, reanudamos aquella conversación que me valió pasar tres maravillosos días en enero último, y que de alguna manera no se interrumpirá jamás entre tú y yo.

Prefiero este tono porque palabras como "intelectual" y "latinoamericano" me hacen levantar instintivamente la guardia, y si además aparecen juntas me suenan en seguida a disertación del tipo de las que terminan casi siempre encuadradas (iba a decir enterradas) en pasta española. Súmale a eso que llevo dieciséis años fuera de Latinoamérica, y que me considero sobre todo como un

cronopio que escribe cuentos y novelas sin otro fin que el perseguido ardorosamente por todos los cronopios, es decir su regocijo personal. Tengo que hacer un gran esfuerzo para comprender que a pesar de esas peculiaridades soy un criminal intelectual latinoamericano; y me apresuro a decirte que si hasta hace pocos años esa clasificación despertaba en mí el reflejo muscular consistente en elevar los hombros hasta tocarme las orejas, creo que los hechos cotidianos de esta realidad que nos agobia (¿*realidad* esta pesadilla irreal, esta danza de idiotas al borde del abismo?) obligan a suspender los juegos, y sobre todo los juegos de palabras. Acepto, entonces, considerarme que diré lo que quiero decirte aquí. Si las circunstancias me sitúan en ese contexto y dentro de él debo hablar, prefiero que se entienda claramente que lo hago como un ente moral, digamos lisa y llanamente como un hombre de buena fe, sin que mi nacionalidad y mi vocación sean las razones determinantes de mis palabras. El que mis libros estén presentes desde hace años en Latinoamérica no invalida el hecho deliberado e irreversible de que me marché de la Argentina en 1951, y que sigo residiendo en un país europeo que elegí sin otro motivo que mi soberana voluntad de vivir y escribir en la forma que me parecía más plena y satisfactoria. Hechos concretos me han movido en los últimos cinco años a reanudar un contacto personal con Latinoamérica, y ese contacto se ha hecho por Cuba y desde Cuba; pero la importancia que tiene para mí ese contacto no se deriva de mi condición de intelectual latinoamericano; al contrario, me apresuro a decirte que nace de una perspectiva mucho más europea que latinoamericana, y más ética que intelectual. Si lo que sigue ha de tener algún valor, debe nacer de una total franqueza, y empiezo por señalarlo a los nacionalistas de escarapela y banderita que directa o indirectamente me han reprochado muchas veces mi “alejamiento” de mi patria o, en to-

do caso, mi negativa a reintegrarme físicamente a ella.

En última instancia, tú y yo sabemos de sobra que el problema del intelectual contemporáneo es uno solo, el de la paz fundada en la justicia social, y que las pertenencias nacionales de cada uno sólo subdividen la cuestión sin quitarle su carácter básico. Pero es aquí donde un escritor alejado de su país se sitúa forzosamente en una perspectiva diferente. Al margen de la circunstancia local, sin la inevitable dialéctica del *challenge and response* cotidianos que representan los problemas políticos, económicos o sociales del país, y que exigen el compromiso inmediato de todo intelectual conciente, su sentimiento del proceso humano se vuelve por decirlo así más planetario, opera por conjuntos y por síntesis, y si pierde la fuerza concentrada en un contexto inmediato, alcanza en cambio una lucidez a veces insostenible pero siempre esclarecedora. Es obvio que desde el punto de vista de la mera *información* mundial, da casi lo mismo estar en Buenos Aires que en Washington o en Roma, vivir en el propio país o fuera de él. Pero aquí no se trata de información sino de *visión*. Como revolucionario cubano, sabes de sobra hasta qué punto los imperativos locales, los problemas cotidianos de tu país, forman por así decirlo un primer círculo vital en el que debes obrar e incidir como escritor, y que ese primer círculo en el que se juega tu vida y tu destino personal a la par de la vida y el destino de tu pueblo, es a la vez contacto y barrera con el resto del mundo, contacto porque tu batalla es la de la humanidad, barrera porque en la batalla no es fácil atender a otra cosa que a la línea de fuego.

No se me escapa que hay escritores con plena responsabilidad de su misión nacional que bregan a la vez por algo que la rebasa y la universaliza; pero bastante más frecuente es el caso de los intelectuales

que, sometidos a ese condicionamiento circunstancial, actúan por así decirlo desde fuera hacia adentro, partiendo de ideales y principios universales para circunscribirlos a un país, a un idioma, a una manera de ser. Desde luego no creo en los universalismos diluidos y teóricos, en las “ciudadanías del mundo” entendidas como un medio para evadir las responsabilidades inmediatas y concretas —Viet Nam, Cuba, toda Latinoamérica— en nombre de un universalismo más cómodo por menos peligroso; sin embargo, mi propia situación personal me inclina a participar en lo que nos ocurre a *todos*, a escuchar las voces que entran por cualquier cuadrante de la rosa de los vientos. A veces me he preguntado qué hubiera sido de mi obra de haberme quedado en la Argentina; sé que hubiera seguido escribiendo porque no sirvo para otra cosa, pero a juzgar por lo que llevaba hecho hasta el momento de marcharme de mi país, me inclino a suponer que habría seguido la concurrida vía del escapismo intelectual que era la mía hasta entonces y sigue siendo la de muchísimos intelectuales argentinos de mi generación y mis gustos. Si tuviera que enumerar las causas por las que me alegro de haber salido de mi país (y que quede bien claro que hablo por mí solamente, y de ninguna manera a título de parangón) creo que la principal sería el haber seguido desde Europa, con una visión des-nacionalizada, la revolución cubana. Para afirmarme en esta convicción me basta, de cuando en cuando, hablar con amigos argentinos que pasan por París con la más triste ignorancia de lo que verdaderamente ocurre en Cuba; me basta hojear los periódicos que leen veinte millones de compatriotas; me basta y me sobra sentirme a cubierto de la influencia que ejerce la información norteamericana en mi país y de la que no se salvan, incluso creyéndolo sinceramente, infinidad de escritores y artistas argentinos de mi generación que comulgan todos los días con las ruedas

de molino subliminales de la United Press y las revistas “democráticas” que marchan al compás de *Time* o de *Life*.

Aquí ya puedo hablar en primera persona, puesto que de eso se trata en los testimonios que nos has pedido. Lo primero que diré es una paradoja que puede tener su valor si se la mide a la luz de los párrafos anteriores en que he tratado de situarme y situarte mejor. ¿No te parece en verdad paradójico que un argentino casi enteramente volcado hacia Europa en su juventud, al punto de quemar las naves y venirse a Francia, sin una idea precisa de su destino, haya descubierto aquí, después de una década, su verdadera condición de latinoamericano? Pero esta paradoja abre una cuestión más honda: la de si no era necesario situarse en la perspectiva más universal del viejo mundo, desde donde todo parece poder abarcarse con una especie de ubicuidad mental, para ir descubriendo poco a poco las verdaderas raíces de lo latinoamericano sin perder por eso la visión global de la historia y del hombre. La edad, la madurez, influyen desde luego, pero no bastan para explicar ese proceso de reconciliación y recuperación de valores originales; insisto en creer (y en hablar por mí mismo y sólo por mí mismo) que si me hubiera quedado en la Argentina, mi madurez de escritor se hubiera traducido de otra manera, probablemente más perfecta y satisfactoria para los historiadores de la literatura, pero ciertamente menos incitadora, provocadora y en última instancia fraternal para aquellos que leen mis libros por razones vitales y no con vistas a la ficha bibliográfica o la clasificación estética. Aquí quiero agregar que de ninguna manera me creo un ejemplo de esa “vuelta a los orígenes” —telúricos, nacionales, lo que quieras— que ilustra precisamente una importante corriente de la literatura latinoamericana, digamos *Los pasos perdidos* y, más circunscritamente, *Doña Bárbara*. El telurismo como la

entiende entre ustedes un Samuel Feijóo, por ejemplo, me es profundamente ajeno por estrecho, parroquial y hasta diría aldeano; puedo comprenderlo y admirarlo en quienes no alcanzan, por razones múltiples, una visión totalizadora de la cultura y de la historia, y concentran todo su talento en una labor "de zona", pero me parece un preámbulo a los peores avances del nacionalismo negativo cuando se convierte en el credo de escritores que, casi siempre por falencias culturales, se obstinan en exaltar los valores del terruño contra los valores a secas, el país contra el mundo, la raza (porque en eso se acaba) contra las demás razas. ¿Podrías tú imaginarte a un hombre de la latitud de un Alejo Carpentier convirtiendo la tesis de su novela citada en una inflexible bandera de combate? Desde luego que no, pero los hay que lo hacen, así como hay circunstancias de la vida de los pueblos en que ese sentimiento del retorno, ese arquetipo casi junguiano del hijo pródigo, de Odiseo al final de periplo, puede derivar a una exaltación tal de lo propio que, por contragolpe lógico, la vía del desprecio más insensato se abra hacia todo lo demás. Y entonces ya sabemos lo que pasa, lo que pasó hasta 1945, lo que puede volver a pasar.

Quedamos, entonces, para volver a mí que soy desganadamente el tema de estas páginas, que la paradoja de redescubrir a distancia lo latinoamericano entrana un proceso de orden muy diferente a una arrepentida y sentimental vuelta al pago. No solamente no he vuelto al pago sino que Francia, que es mi casa, me sigue pareciendo el lugar de elección para un temperamento como el mío, para mis gustos y, espero, para lo que pienso todavía escribir antes de dedicarme a la vejez, tarea complicada y absorbente como es sabido. Cuando digo que aquí me fue dado descubrir mi condición de latinoamericano, indica tan sólo una de las consecuencias de una evolución más compleja



y abierta. Esta no es una autobiografía, y por eso resumiré esa evolución en el mero apunte de sus etapas. De la Argentina se alejó un escritor para quien la realidad, como lo imaginaba Mallarmé, debía culminar en un libro; en París nació un hombre para quien los libros deberán culminar en la realidad. Ese proceso comportó muchas batallas, derrotas, traiciones y logros parciales. Empecé por tener conciencia de mi prójimo, en un plano sentimental y por decirlo así antropológico; un día desperté en Francia a la evidencia abominable de la guerra de Argelia, yo que de muchacho había seguido la guerra de España y más tarde la guerra mundial como una cuestión en la que lo fundamental eran principios e ideas en lucha. En 1957 empecé a tomar conciencia de lo que pasaba en Cuba (antes había noticias periodísticas de cuando en cuando, vaga noción de una dictadura sangrienta como tantas otras, ninguna participación afectiva a pesar de la adhesión en el plano de los principios). El triunfo de la revolución cubana, los primeros años del gobierno, no fueron ya una mera satisfacción histórica o política; de pronto sentí otra cosa, una encarnación de la causa del hombre como fin había llegado a concebirla y desearla. Comprendí que el socialismo, que hasta entonces me había parecido una corriente histórica aceptable e incluso necesaria, era la única corriente de los tiempos modernos que se basaba en el hecho humano esencial, en el *ethos* tan elemental como ignorado por las sociedades en que me tocaba vivir, en el simple, inconcebiblemente difícil y simple principio de que la humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre el día en que haya cesado la explotación del hombre por el hombre. Más allá no era capaz de ir, porque como te lo he dicho y probado tantas veces, lo ignoro todo de la filosofía política, y no llegué a sentirme un escritor de izquierda a consecuencia de un proceso intelectual sino por el mismo mecanismo que me

hace escribir como escribo o vivir como vivo, un estado en el que la intuición, la participación al modo mágico en el ritmo de los hombres y las cosas, decide mi camino sin dar ni pedir explicaciones. Con una simplificación demasiado maniquea puedo decir que así como tropieza todos los días con hombres que conocen a fondo la filosofía marxista y actúan sin embargo con una conducta reaccionaria en el plano personal, a mí me sucede estar empapado por el peso de toda una vida en la filosofía burguesa, y sin embargo me interno cada vez más por las vías del socialismo. Y no es fácil, y ésa es precisamente mi *situación* actual por la que se pregunta en esta encuesta. Un texto mío que publicaste hace poco en la revista "Casilla del camaleón" puede mostrar una parte de ese conflicto permanente de un poeta con el mundo, de un escritor con su trabajo.

Pero para hablar de mi situación como escritor que ha decidido asumir una tarea que considera indispensable en el mundo que lo rodea, tengo que completar la síntesis de ese camino que llegó a su fin con mi nueva conciencia de la revolución cubana. Cuando fui invitado por primera vez a visitar tu país, acababa de leer *Cuba, isla profética*, de Waldo Frank, que resonó extrañamente en mí, despertándome a una nostalgia, a un sentimiento de carencia, a un no estar verdaderamente en el mundo de mi tiempo aunque en esos años mi mundo parisiense fuera tan pleno y exaltante como lo había deseado siempre y lo había conseguido después de más de una década de vida en Francia. El contacto personal con las realizaciones de la revolución, la amistad y el diálogo con escritores y artistas, lo positivo y lo negativo que vi y compartí en ese primer viaje actuaron doblemente en mí; por un lado tocaba otra vez la realidad latinoamericana de la que tan alejado me había sentido en el terreno personal, y por otro lado asistía cotidianamente a la dura y a veces desesperada tarea

de edificar el socialismo en un país tan poco preparado en muchos aspectos y tan abierto a los riesgos más inminentes. Pero entonces sentí que esa doble experiencia no era doble en el fondo, y ese brusco descubrimiento me deslumbró. Sin razonarlo, sin análisis previo, viví de pronto el sentimiento maravilloso de que mi camino ideológico coincidiera con mi retorno latinoamericano; de que esa revolución, la primera revolución socialista que me era dado seguir de cerca, fuera una revolución latinoamericana. Guardo la esperanza de que en mi segunda visita a Cuba, tres años más tarde, te haya mostrado que ese deslumbramiento y esa alegría no se quedaron en mero goce personal. Ahora me sentía situado en un punto donde convergían y se conciliaban mi convicción en un futuro socialista de la humanidad y mi regreso individual y sentimental a una Latinoamérica de la que había marchado sin mirar hacia atrás muchos años antes.

Cuando regresé a Francia luego de esos dos viajes, comprendí mejor las cosas. Por una parte, mi hasta entonces vago compromiso personal e intelectual con la lucha por el socialismo entraría, como ha entrado, en un terreno de definiciones concretas, de colaboración personal allí donde pudiera ser útil. Por otra parte, mi trabajo de escritor continuaría el rumbo que le marca mi manera de ser, y aunque en algún momento pudiera reflejar ese compromiso (como algún cuento que conoces y que ocurre en tu tierra) lo haría por las mismas razones de libertad estética que ahora me están llevando a escribir una novela que ocurre prácticamente fuera del tiempo y del espacio histórico. A riesgo de decepcionar a los catequistas y a los propugnadores del arte al servicio de las masas, sigo siendo ese cronopio que, como lo decía al comienzo, escribe para su regocijo o su sufrimiento personal, sin la menor concesión, sin obligaciones “latinoamericanas” o “socialistas” entendidas como *a priori* pragmáticos.

Y es aquí donde lo que traté de explicar al principio encuentra, creo, su justificación más profunda. Sé de sobra que vivir en Europa y escribir "argentino" escandaliza a los que exigen una especie de asistencia obligatoria a clase por parte del escritor. Una vez que para mi considerable estupefacción un jurado insensato me otorgó un premio en Buenos Aires, supe que alguna célebre novelista de esos pagos había dicho con patriótica indignación que los premios argentinos deberían darse solamente a los residentes en el país. Esta anécdota sintetiza en su considerable estupidez una actitud que alcanza a expresarse de muchas maneras pero que tiende siempre al mismo fin; incluso en Cuba, donde poco podría importar si habito en Francia o en Islandia, no han faltado los que se inquietan amistosamente por ese supuesto exilio. Como la falsa modestia no es mi fuerte, me asombra que a veces no se advierta hasta qué punto el eco que han podido despertar mis libros en Latinoamérica se deriva de que proponen una literatura cuya raíz nacional y regional está como potenciada por una experiencia más abierta y más compleja, y en la que cada evocación o recreación de lo originalmente mío alcanza su extrema tensión gracias a esa apertura sobre y desde un mundo que lo rebasa y en último extremo lo elige y lo perfecciona. Lo que entre ustedes ha hecho un Lezama Lima, es decir, asimilar y cubanizar por vía exclusivamente libresca y de síntesis mágico-poética los elementos más heterogéneos de una cultura que abarca desde Parménides hasta Serge Diaghilev, me ocurre a mí hacerlo a través de experiencias tangibles, de contactos directos con una realidad que no tiene nada que ver con la información o la erudición pero que es su equivalente vital, la sangre misma de Europa. Y si de Lezama puede afirmarse, como acaba de hacerlo Vargas Llosa en un bello ensayo aparecido en la revista *Amaru*, que su cubanidad se afirma soberana por esa asimilación de lo

extranjero a los jugos y a la voz de su tierra, yo siento que también la argentinidad de mi obra ha ganado en vez de perder por esa ósmosis espiritual en la que el escritor no renuncia a nada, no traiciona nada, sino que sitúa su visión en un plano desde donde sus valores originales se insertan en una trama infinitamente más amplia y más rica y por eso mismo —como de sobra lo sé yo aunque otros lo nieguen— ganan a su vez en amplitud y riqueza, se *recobran* en lo que pueden tener de más hondo y de más valedero.

Por todo esto, comprenderás que mi “situación” no solamente no me preocupa en el plano personal sino que estoy dispuesto a seguir siendo un escritor latinoamericano en Francia. A salvo por el momento de toda coacción, de la censura o la autocensura que traban la expresión de los que viven en medios políticamente hostiles o condicionados por circunstancias de urgencia, mi problema sigue siendo, como debiste sentirlo al leer *Rayuela*, un problema metafísico, un desgarramiento continuo entre el monstruoso error de ser lo que somos como individuos y como pueblos en este siglo, y la entrevisión de un futuro en el que la sociedad humana culminaría por fin en ese arquetipo del que el socialismo da una visión práctica y la poesía una visión espiritual. Desde el momento en que tomé conciencia del hecho humano esencial, esa búsqueda representa mi compromiso y mi deber. Pero ya no creo como pude cómodamente creerlo en otro tiempo, que la literatura de mera creación imaginativa baste para sentir que me he cumplido como escritor, puesto que mi noción de esa literatura ha cambiado y contiene en sí el conflicto entre la realización individual como la entendía el humanismo, y la realización colectiva como la entiende el socialismo, conflicto que alcanza su expresión quizás más desgarradora en el *Marat-Sade* de Peter Weiss. Jamás escribiré expresamente para nadie, minorías o

mayorías, y la repercusión que tengan mis libros será siempre un fenómeno accesorio y ajeno a mi tarea; y sin embargo hoy sé que escribo *para*, que hay una intencionalidad que apunta a esa esperanza de un lector en el que reside ya la semilla del hombre futuro. No puedo ser indiferente al hecho de que mis libros hayan encontrado en los jóvenes latinoamericanos un eco vital, una confirmación de latencias, de vislumbres, de aperturas hacia el misterio y la extrañeza y la gran hermosura de la vida. Sé de escritores que me superan en muchos terrenos y cuyos libros, sin embargo, no entablan con los hombres de nuestras tierras el combate fraternal que libran los míos. La razón es simple, porque si alguna vez se pudo ser un gran escritor sin sentirse participe del destino histórico inmediato del hombre, en este momento no se puede escribir, sin esa participación que es responsabilidad y obligación, y sólo las obras que la trasuntan, aunque sean de pura imaginación, aunque inventen la infinita gama lúcida de que es capaz el poeta y el novelista, aunque jamás apunten directamente a esa participación, sólo ellas contendrán de alguna indecible manera ese temblor, esa presencia, esa atmósfera que las hace reconocibles y entrañables, que despierta en el lector un sentimiento de contacto y cercanía.

Si esto no es aún suficientemente claro, déjame completarlo con un ejemplo. Hace veinte años veía yo en un Paul Valéry el más alto exponente de la literatura occidental. Hoy continúo admirando al gran poeta y ensayista, pero ya no representa para mí ese ideal. No puede representarlo quien a lo largo de toda una vida consagrada a la meditación y a la creación, ignoró soberanamente (y no sólo en sus escritos) los dramas de la condición humana que en esos mismos años se abrían paso en la obra epónima de un André Malraux y, desgarrada y contradictoriamente pero de una manera admirable precisamente

por ese desgarramiento y esas contradicciones, en un André Gide. Insisto en que a ningún escritor le exijo que se haga tribuno de la lucha que en tantos frentes se está librando contra el imperialismo en todas sus formas, pero sí que sea *testigo* de su tiempo como lo querían Martínez Estrada y Camus, y que su obra o su vida (¿pero cómo separarlas?) den ese testimonio en la forma que les sea propia. Ya no es posible respetar como se respetó en otros tiempos al escritor que se refugiaba en una libertad mal entendida para dar la espalda a su propio signo humano, a su pobre y maravillosa condición de hombre entre hombres, de privilegiado entre desposeídos y martirizados.

Para mí, Roberto, y con esto terminaré, nada de eso es fácil. El lento, absorbente, infinito y egoísta comercio con la belleza y la cultura, la vida en un continente donde unas pocas horas me ponen frente a los frescos de Giotto o los Velázquez del Prado, en la curva del Rialto del Gran Canal o en esas salas londinenses donde se diría que las pinturas de Turner vuelven a inventar la luz, la tentación cotidiana de volver como en otros tiempos a una entrega total y fervorosa a los problemas estéticos e intelectuales, a la filosofía abstracta, a los altos juegos del pensamiento y de la imaginación, a la creación sin otro fin que el placer de la inteligencia y de la sensibilidad, libran en mí una interminable batalla con el sentimiento de que nada de todo eso se justifica éticamente si al mismo tiempo no se está abierto a los problemas vitales de los pueblos, si no se asume decididamente la condición de intelectual del tercer mundo en la medida en que todo intelectual, hoy en día, *pertenece potencial o efectivamente al tercer mundo puesto que su sola vocación es un peligro, una amenaza, un escándalo para los que apoyan lenta pero seguramente el dedo en el gatillo de la bomba*. Ayer, en *Le Monde*, un cable de la UPI transcribía declaraciones de Robert McNamara. Textual-

mente, el secretario norteamericano de la defensa (¿de qué defensa?) dice esto: “Estimamos que la explosión de un número relativamente pequeño de ojivas nucleares en cincuenta centros urbanos de China, destruiría la mitad de la población urbana (más de cincuenta millones de personas) y más de la mitad de la población industrial. Además, el ataque exterminaría a un gran número de personas que ocupan puestos clave en el gobierno, en la esfera técnica y en la dirección de las fábricas, así como una gran proporción de obreros especializados”. Cito ese párrafo porque pienso que, después de leerlo, un escritor digno de tal nombre no puede volver a sus libros como si no hubiera pasado nada, no puedo seguir escribiendo con el confortable sentimiento de que su misión se cumple en el mero ejercicio de una vocación de novelista, de poeta o de dramaturgo. Cuando leo un párrafo semejante, sé cuál de los dos elementos de mi naturaleza ha ganado la batalla. Incapaz de acción política, no renuncio a mi solitaria vocación de cultura, a mi empecinada búsqueda ontológica, a los juegos de la imaginación en sus planos más vertiginosos; pero todo eso no gira ya en sí mismo y por sí mismo, no tiene ya nada que ver con el cómodo humanismo de los mandarines de occidente. En lo más gratuito que pueda yo escribir asomará siempre una voluntad de contacto con el presente histórico del hombre, una participación en su larga marcha hacia lo mejor de sí mismo como colectividad y humanidad. Estoy convencido de que sólo la obra de aquellos intelectuales que respondan a esa pulsión y a esa rebeldía se encarnará en las conciencias de los pueblos y justificará con su acción presente y futura este oficio de escribir para el que hemos nacido.

Un abrazo muy fuerte de tu

Julio



## Preguntas a Julio Cortázar

*Cortázar vive en el barrio 15 de París, en una casita angosta y alta como él, atestada de libros, cuadros y curiosos objetos que ha fabricado él mismo o ha recogido por el mundo.*

*Frente a su escritorio, en una especie de pizarrón, prendidos con alfileres como mariposas, hay como una antología de lo insólito cotidiano, (recortes de diarios, postales, inverosímiles avisos publicitarios, etc.) que siempre se renueva y está al día. Espíritu extraordinariamente alerta para todo lo que denuncie en el hombre una dimensión maravillosa, Cortázar es también observador muy certero de esa realidad inmediata que se compone de gestos y palabras banales, de actos triviales sin consistencia. En sus libros, esas dos caras de la vida se funden como una moneda. Pero él no cree que la vida sea "divisible".*

### *El unicornio y el caballo*

*—Una de las cosas que más me sorprenden en su obra es la perfecta alianza de dos géneros: el realista y el fantástico. Pero en alguna parte leí que Ud. se consideraba sobre todo un autor del género fantástico. ¿Significa esto que ese aspecto de su obra le parece más importante que el realista?*

*—Toda persona que tenga una concepción surrealista del mundo sabe que esa alianza de "dos géneros" es un falso problema. Entendemos primero sobre la noción misma del surrealismo; para mí es sen-*

cillamente una vivencia lo más abierta posible sobre el mundo, el resultado de esa apertura, de esa porosidad frente a las circunstancias, se traduce en la anulación de la barrera más o menos convencional que la razón razonante trata de establecer entre lo que considera real (o natural) y lo que califica de fantástico (o sobrenatural), incluyendo en lo primero todo aquello que tiende a la repetición, acepta la causalidad y se somete a las categorías del entendimiento, y considerando como fantástico o sobrenatural todo lo que se manifiesta como carácter de excepción, al margen, insólitamente. Desde luego, siempre ha sido más fácil y frecuente encontrar un caballo que un unicornio, aunque nadie negará que el unicornio proyecta en la vida significativa del hombre una imagen por lo menos tan intensa como la del caballo. Para una visión surrealista, la determinación del grado de realidad del caballo y del unicornio es una cuestión superflua, que a lo sumo tiene importancia pragmática, sin contar que en ciertas circunstancias un caballo puede ser mucho más fantástico que un unicornio; así, en esa alternación en que una u otra modalidad del ser se nos impone con una evidencia total e indeclinable, los términos escolásticos de realidad y fantasía, de natural y sobrenatural, acaban por perder todo valor clasificatorio. Yo no sé —para referirme ahora concretamente a su pregunta— dónde empieza o termina lo real y lo fantástico; en mis primeros libros preferí insertar lo fantástico en un contexto minuciosamente realista (los cuentos de “Bestiario”, por ejemplo), mientras que ahora tiendo a manifestar una realidad ordinaria dentro de circunstancias con frecuencia fantásticas. Es evidente que me he alejado del unicornio para trabar una amistad más estrecha con el caballo; pero este cambio de acento no entraña renuncia ni elección unilateral. Hay el Yin y hay el Yan; eso es Tao.

## *Un escritor vivo*

*Julio Cortázar ha cumplido ya los cincuenta años, pero nadie lo diría. No me refiero sólo a su aspecto ( aunque es cierto que aparenta físicamente mucho menos ) sino sobre todo a su actitud. Pasada cierta edad, alcanzado cierto prestigio, el escritor latinoamericano da la impresión de precipitarse en el panteón de los próceres de la literatura. Se instala en el asiento confortable de lo que ha escrito y leído, y ya no escribe más o se repite, pierde la curiosidad, la pasión de la lectura, y la literatura no es otra cosa para él que una carta de presentación que le permite viajar, invitado a congresos o a coloquios, o a ser ministro o embajador. Siempre he sentido un extraño malestar al conocer personalmente a los escritores "consagrados" de América Latina, que habían pasado los 50 años, al comprobar el terrible deterioro de su vocación, su anacronismo. Creo que en este sentido, Cortázar es la única excepción. Su cultura no sólo es enorme, sino también actual, algo vivo, que diariamente se corrige y se enriquece y extiende sus fronteras. Su capacidad de entusiasmo, su apetito de hallazgos literarios, son los de un adolescente. Y es admirable que entre nosotros un escritor quiera ser sólo un escritor, y no haya cedido nunca ante esas múltiples tentaciones que secan y extinguen prematuramente a los escritores latinoamericanos: los honores, la pereza, las capillas.*

## *De la tierra a París*

*—Hay quienes piensan que la novela de "la tierra" es la más*

*auténticamente latinoamericana. ¿Qué piensa Ud. de eso?*

—Creo que aquí puedo emplear los mismos términos con que respondí a una pregunta similar de Rubén Barreiro Seguíer. Si por tierra se entiende el drama del hombre americano en su paisaje desmesurado (paisaje cotidiano, social, ideológico, histórico), no puede sorprender que de esta situación profundamente trágica haya surgido una novelística sobresaliente. Así, dados los llanos de Venezuela y sus condiciones de vida y de muerte, “Doña Bárbara” es casi una fatalidad. Pero mi desconfianza empieza cuando relea el adverbio “auténticamente”, hay allí como una trampa sutil, una tentativa de forzarle la mano a la realidad. Yo diría que la novela de la tierra es la más estadísticamente latinoamericana; y eso por las arrolladoras razones telúricas señaladas. Observe que si aceptamos la noción de “autenticidad”, damos pie a que el primer desaforado pretenda que la novela de la tierra es una obligación. En ese caso yo le digo con Hamlet: “Más cosas hay en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía...”.

—*Ud. vive hace varios años en París y yo pienso que esta ciudad ha ejercido siempre una atracción muy grande en los escritores sudamericanos por razones muy distintas. ¿Qué significa París para Ud.?*

—Durante muchos años París garantizó para mí la libertad que sólo da ese anonimato que tanto desespera a quienes se creen importantes en su país. Sigo creyendo que no ser nadie en una ciudad que lo es todo vale mucho más que la fórmula contraria.

*Me explico que Cortázar me haya respondido esta pregunta en pasado, hay cierta confesión nostálgica en ello. El ya no puede vivir anónimamente en París. Me consta que no hay joven poeta, novelista o crítico sudamericano que pase por esta ciudad que no trate de ver a Cortázar. Y él es siempre cordial y hospitalario con todo el mundo, siempre que el visitante no le pida una entrevista o lo invite a un congreso. En ese caso es siempre cordial pero accede rara vez a contestar un cuestionario y no hay quien lo haya arrastrado todavía a un congreso.*

#### *Un silletazo en la cabeza*

*—Si un joven de 15 años viniera a verlo y le dijera: “Quiero ser escritor, aconséjeme qué debo hacer”, ¿qué le diría? ( Pienso en un joven sudamericano ) .*

*—A semejanza de los maestros Zen, trataría de romperle una silla en la cabeza. Es posible que el joven sudamericano comprendiera lo que hay detrás del silletazo; si a pesar de todo mi respuesta no le resultase lo bastante clara, le diría que el solo hecho de buscar consejos ajenos en materia literaria prueba su falta de verdadera vocación. Pero tal vez el silletazo resultara mortal y tendríamos un epigono menos, lo que es siempre una ventaja en nuestro país.*

*Pero estoy seguro que sería distinto si el joven sudamericano le llevara a Cortázar un manuscrito y le pidiera una opinión. Entonces leería ese texto con la misma escrupulosa atención que si se tratara de un inédito de Shakespeare y luego llamaría al joven y le diría, según los casos, que se dedique a “algo más útil” ( el ex-em-*

*hajador del Perú. Héctor Boza, dijo a Espinoza Dueñas al enterarse que era pintor: "¿Por qué no se hizo más bien ingeniero, hombre, que tiene más porvenir?"*), o que corrija parcial o totalmente su manuscrito o que lo deje tal cual. Y en este último caso, Cortázar haría lo imposible porque el joven sudamericano encuentre un editor. Nada tiene de raro, pues, que tantos jóvenes acudan a él cuando quieren un juicio absolutamente honesto sobre lo que escriben.

### *Preferencias*

*—¿Qué autores, qué libros tiene Ud. más presentes actualmente? O sino, ¿qué poeta, qué cuentista y qué novelista ha releído más veces?*

—Sus preguntas no son intercambiables aunque lo parezcan, y por eso las contesto por separado. A la primera: los autores más presentes para mí son siempre francotiradores, los marginales, los alienados de la literatura; todos los "hobles travailleurs", para usar la expresión de Rimbaud. Imposible hacer una lista; cito al azar a Jarry, o a José Lezama Lima, a Roussel. En cambio, cuando Ud. me pregunta por el poeta, el cuentista, o el novelista a quienes he releído más veces, se refiere en mi caso a aquellos cuya relectura significa un placer más que un riesgo, una conciliación más que una aventura. Sin vacilar le doy tres nombres. El poeta Keats, el cuentista Borges, el novelista Dickens.

(Mario Vargas Llosa)

## MARIO VARGAS LLOSA

Mario Vargas Llosa nació en Arequipa, Perú en 1936, se licenció en Letras en la Universidad de San Marcos, en Lima, y se doctoró por la de Madrid. En 1959 se dio a conocer con un libro de relatos *Los jefes*, que obtuvo el Premio Leopoldo Alas, pero fue la novela *La ciudad y los perros* (1963), Premio Biblioteca Breve y Premio de la Crítica, la que le hizo famoso. Sus novelas posteriores, que han sido traducidas a numerosas lenguas extranjeras, son *La casa verde* (1966), Premio de la Crítica y Premio Internacional de Literatura Rómulo Gallego, *Conversación en la Cátedra* (1969), *Pantaleón y las visitadoras* (1973), *La tía Julia y el escribidor* (1977), *La guerra del fin del mundo* (1981), *Historia de Mayla* (1984), *¿Quién mató a palomino molero?* (1986) y *El hablador* (1987). Ha publicado también diversas obras teatrales, como *La señorita de Tacha* (1981) y *La Chunga* (1986), ensayos como *García Márquez: Historia de un deicidio* (1971), *Orgía perpetua: Flaubert y "Madam Bovary"* (1975) y las memorias tituladas *El pez en el agua* (1993), en las que relata su experiencia política como candidato a la presidencia de la República del Perú.

## VOCABULARIO

a renglón seguido	紧接着, 随即	almidón	m. 淀粉
almidonar	vt. 上浆	escarapela	f. 驳斥

bregar por	为……努力	ósmosis	<i>f.</i> 渗透
cuadrante	<i>m.</i> 指示盘	coacción	<i>f.</i> 强迫, 强制
rosa de los vientos	航海罗盘	Peter Weiss	魏斯 (1916—1982, 德国戏剧家和小说家)
a título de	以……身份	vislumbre	<i>f.</i> 猜测
parangón	<i>m.</i> 平行; 类似	trasuntar	<i>vt.</i> 显出; 概括
subliminal	<i>adj.</i> 潜在的	gama	<i>f.</i> 规模, 范围
paradoja	<i>f.</i> 自相矛盾的事物	lúcido, da	<i>adj.</i> 头脑清醒的
quemar las naves	破釜沉舟, 背水一战	Paul Valéry	瓦莱里 (1871—1945, 法国诗人、评论家)
circunscritamente	<i>adv.</i> 外向地	epónimo, ma	<i>adj.</i> 名字被用来命名的
preámbulo	<i>m.</i> 前言	André Malraux	马尔罗 (1901—1976, 20 世纪法国著名小说家)
credo	<i>m.</i> 信念	André Gide	纪德 (1869—1951 法国作家)
falencia	<i>f.</i> 搞错	Martínez Estrada	马丁内斯·埃斯特拉达 (1895—1964, 阿根廷诗人、作家)
periplo	<i>m.</i> 环航	Camus	加缪 (1913—1960, 法国小说家、剧作家)
contragolpe	<i>m.</i> 反击, 回击	Giotto	乔托 (约 1266/1267—1337, 意大利画家)
desganadamente	<i>adv.</i> 没劲头地	ojivas nucleares	核弹头
abominable	<i>adj.</i> 可恨的, 可恶的	inverosímil	<i>adj.</i> 不像真的
encarnación	<i>f.</i> 体现, 化身	banal	<i>adj.</i> 平庸的
maniqueo, a	<i>adj.</i> 摩尼教的	trivial	<i>adj.</i> 平凡的, 无关紧要的
catequista	<i>m., f.</i> 教义传授者		
a prioris	先知		
Parménides	巴门尼德		
Serge Diaghilev	佳吉列夫 (1872—1929, 俄罗斯艺术促进者)		



unicornio <i>m.</i> 身体似马的独角兽	epígono <i>m.</i> 后继者, 追随者
porosidad <i>f.</i> 多细孔性	francotirador <i>m.</i> 自由射手
anulación <i>f.</i> 取消	alienado, da <i>adj.</i> 神经错乱的
entrañar <i>vt.</i> 包含	Rimbaud 兰波 (1854—1891, 法国诗人)
panteón <i>m.</i> 墓地	Jarry 雅里 (1873—1907, 法国剧作家)
prócer <i>m.</i> 要人, 显贵	José Lezama Lima 莱萨马·利马 (1910—1976, 古巴诗人、小说家)
anacronismo <i>m.</i> 时代错误	Roussel 鲁塞尔 (1869—1973, 法国作曲家)
capilla <i>f.</i> 小教堂	Keats 济慈 (1795—1821, 英国诗人)
sutil <i>adj.</i> 细微的	Dickens 狄更斯 (1812—1870, 英国小说家)
las arrolladoras razones 强有力的理由	
telúrico, ca <i>adj.</i> 地球的	
desaforado <i>m.</i> 不守法, 无规矩	
anonimato <i>m.</i> 无名, 不知名	
a semejanza de 类似	



# **TIEMPOS MODERNOS**

## FEDERICO SANCHEZ SE DESPIDE DE USTEDES

Los coches aparcaron junto a la acera.

Hubo un ruido de portezuelas que se abrían y cerraban. Se desplegaron los escoltas. Un poco más allá, se levantó un vuelo titubeante de palomas bajo el sol de julio que enfilaba la calle, aplastándola con su luz plomiza.

Habíamos llegado.

Miraba a mi alrededor, no creía lo que veía. Hubiera podido reírme, no necesariamente de alegría. Reírme más bien de la absurda comicidad de la existencia. Pero la coincidencia que así se manifestaba no tenía por qué ser absurda, ni cómica. Por el contrario, tal vez tuviera sentido, seriamente.

Porque estábamos en la calle Alfonso XI, en el barrio del Retiro. Del lado de los números impares, frente a la casa que llevaba el número 12. Miraba ese portal, las ventanas del cuarto piso. Sabía lo que había —lo que había habido, al menos— detrás de esas ventanas. El número de habitaciones que iluminaban, la disposición de éstas a lo largo del interminable pasillo que al final giraba en ángulo recto hacia la derecha, para alinearse con la calle Juan de Mena, transversal.

No cabe duda de que el pasillo de este cuarto piso cuyos balcones observaba, con las persianas cerradas (¿para protegerse del calor estival?, ¿por estar vacío el piso?), no era interminable más que en mi recuerdo, que era un recuerdo infantil. Quiero decir que aquí había

pasado yo mi infancia, en este piso al pie del cual acababa de depositarme el coche oficial.

Un poco antes, el ministro encargado de las relaciones con las Cortes y de la Secretaría del Gobierno había venido a recogerme al Palace, el hotel donde residía provisionalmente. Quería enseñarme un apartamento oficial todavía en obras que, según decía, podía convenirme. El trayecto había sido breve. Los coches habían girado en la plaza de Neptuno, cerca del Museo del Prado, para pasar por delante del monumento a los Caídos y subir por la calle Juan de Mena. Aquí estábamos, habíamos llegado. Calle Alfonso XI.

Parecía que se había cerrado el ciclo de la vida.

Había abandonado esta calle una mañana de julio de 1936, para las vacaciones de verano. Toda una vida antes: medio siglo antes. Se dice rápido, de golpe. Se escribe de un solo trazo, pero pesa en la memoria del alma y el cuerpo. Medio siglo.

Al día siguiente de salir de vacaciones, el ejército de Africa y las principales guarniciones de la Península se habían sublevado contra el Gobierno de la República. Habíamos tenido el tiempo justo de llegar a Lekeitio, una aldea de pescadores en el País Vasco, tras atravesar ciudades —Burgos, Vitoria— donde la efervescencia militar era ya perceptible.

En Lekeitio las playas de arena oceánica estaban prácticamente desiertas aquel verano. Las familias de veraneantes habituales se habían quedado en Bilbao, en Madrid, esperando que la situación política se esclareciera. Esclarecimiento que llegó con la sangre y el horror de una larga guerra civil.

En efecto, hubiera podido ponerme a reír. Y no necesariamente de alegría.

—Aquí es —dijo el ministro Zapatero.

Me señalaba la entrada del número 9 de la calle, justo enfrente del portal de mi infancia.

Así, medio siglo después de haber abandonado el barrio del Retiro —el parque, el museo, el jardín botánico, la iglesia de San Jerónimo, las calles residenciales, la tienda de Santiago Cuenllas, el hotel Gaylord's—, después de dos guerras, el exilio, Buchenwald, el comunismo, algunas mujeres, unos cuantos libros, resulta que he regresado al punto de partida.

Pero no tengo tiempo de saborear este instante privilegiado, único en cierta medida. No tengo tiempo de pararme a reflexionar sobre esta vida, la mía, toda ella abierta a mi mirada, vertiginosamente transparente. Mi más lejano recuerdo está relacionado con este lugar, con una visita a mi abuelo, Antonio Maura, que vivía a dos pasos de la calle Alfonso XI, en una avenida que hoy lleva su nombre. Desde aquel primer recuerdo hasta este día de julio de 1988, mi vida entera podría desplegarse en mi memoria. Bastaría con cerrar los ojos, quedarme inmóvil, esperar a que volviera el recuerdo. Pero no tengo tiempo. Me esperan arquitectos, encargados, asesores de gabinete y qué sé yo, para visitar el apartamento oficial que me proponen.

Miro por última vez la casa de enfrente. Por su aspecto vetusto, algo deteriorado, me recuerda el tiempo pasado, más que el pasado mismo. El pasado es la infancia; el tiempo pasado es el envejecimiento. La fachada de esta casa acababa de ser remozada, se habían pintado sus persianas justo antes de la guerra civil. Pero la imagen infantil ha sido borrada por la pátina del tiempo; la casa de mi infancia ha envejecido como yo, conmigo. Seguimos siendo contemporáneos, seguimos viviendo en el tiempo inmóvil, juntos, el tiempo erosionado por el curso de las cosas.

Me vuelvo, franqueo el portal del número 9 de la calle Alfonso XI.

Algunos días antes había sonado el teléfono en mi casa de París.

Decir "mi casa" es una convención: para hablar pronto y que se entienda. Porque "mi casa" se entiende, incluso cuando no quiere decir nada. O decir cualquier cosa. Porque en ningún sitio estoy en mi casa. O estoy en mi casa en cualquier sitio, lo que viene a ser lo mismo. Pónganse al alcance de un paseo algunos cafés, un río, librerías, un museo y todo está resuelto: estoy en casa.

De todos modos, durante estos últimos años ha sido más bien en París donde estaba "mi casa".

Decía que sonó el teléfono al final de la tarde y una voz española me preguntó si hablaba conmigo. Dije que sí, que era yo mismo. Afirmación un poco aventurada, no desprovista de presunción. Pero, en fin, la comunicación telefónica no puede tener en cuenta demasiados refinamientos analíticos. Si uno se pone a hacer de Wittgenstein a cada llamada telefónica, es evidente que no habrá fin.

Reconfortada sobre mi identidad, la voz española y femenina me pidió que no colgara. Hubo ruidos metálicos y otra voz de mujer se puso al habla. Reconoci esta segunda voz; era la de Miriam, la secretaria de Javier Solana, ministro de Cultura del Gobierno socialista español. Este quería hablarme, me dijo Miriam. Nada extraordinario hasta ese momento puesto que Solana y yo hablábamos regularmente. Era uno de mis amigos en el aparato dirigente del partido socialista español, que había llegado al poder seis años antes, tras unas elecciones triunfales. Uno de mis pocos amigos, por otra parte, en aquel partido, cuyo personal político me era en general desconocido y más bien indiferente.

Javier Solana estaba al teléfono. Su entrada en materia fue

desconcertante. “Dime”, me soltó a bocajarro, “¿cuál es tu nacionalidad?” No comprendí bien la pregunta. O mejor dicho, no comprendí su aspecto concreto, práctico. Me la tomé como una cuestión de principio o de cultura. “Soy bastante apátrida”, le contesté. “Bilingüe, por consiguiente esquizofrénico, por consiguiente sin raíces. De hecho, mi patria no es ni siquiera la lengua, como para la mayor parte de los escritores, sino el lenguaje.” Hubo un silencio, y luego Solana se rió de buena gana. “Muy bien”, dijo, “pero yo quiero sencillamente saber qué documentación tienes. ¿Tienes un pasaporte español, o francés?”

Mi pasaporte era español, claro está. La idea de tener un pasaporte francés, es decir, de abandonar la nacionalidad española desde ese punto de vista, jamás se me había ocurrido. A menudo me habían propuesto que me nacionalizara francés. Reunía todas las condiciones requeridas, me decían. Escribía en francés, era un antiguo resistente deportado, estaba casado con una francesa —por dos veces, además, con lo que la reincidencia aumentaba mis posibilidades de ser admitido— y era también un contribuyente ejemplar desde que en 1963 había emergido de la inexistencia fiscal de la clandestinidad comunista.

Pero la idea de ser francés de esa manera jamás se me había pasado por la cabeza. Yo había sido un rojo español en Francia, un *Rotspanier* en el campo nazi de Buchenwald. No se puede abandonar esa identidad bajo ningún pretexto, me había dicho siempre. En cierta manera era el destino histórico que me había sido asignado. Tenía que asumirlo. Sobre todo porque ese destino por una parte entrañaba riesgos al tiempo que por otra me inscribía en una comunidad sufriente y fraternal. Había pues vivido el exilio político español como una especie de patria. Esa posibilidad, al menos, podía



desplegarse, a pesar del aburrimiento a veces trágico y en todo caso inevitablemente lleno de palabrería de los diálogos de exiliados. En consecuencia, tuve durante largos años papeles de refugiado y un título de viaje de las Naciones Unidas, el equivalente del antiguo pasaporte Nansen.

Es verdad que utilizaba más bien papeles falsos para mis viajes. Así, en 1964 regresé de Praga con un pasaporte francés a nombre de Camille Salagnac. Había nacido en Mirombel, Corrèze, y vivía en la Rue Collange, en Levallois-Perret. Era mi último viaje con pasaporte falso. En las cercanías de Praga, en un antiguo castillo de los reyes de Bohemia, durante una larga reunión del Ejecutivo —apelación perfectamente merecida por una vez, puesto que realmente me ejecutaron— acababan de expulsarme del Partido Comunista de España. Algunas semanas más tarde, en otro castillo, esta vez en Salzburgo, que no había pertenecido a los reyes de Bohemia sino a la familia de los príncipes de Hohenlohe, se me iba a entregar el Premio Formentor de Literatura por *El largo viaje*. Otra vida comenzaba, sin documentación falsa. Y aún no estaba seguro de no sentir nostalgia de la antigua, nostalgia al menos de la aventura y de la fraternidad de aquella otra vida.

En el control de policía del aeropuerto de Orly, el agente de servicio, como es lógico, no sabía nada de todas aquellas peripecias íntimas. Sin embargo, dio un respingo al comprobar mi documentación. “Levallois-Perret, Rue Collange”, exclamó. “¡Pero si vivimos en la misma calle!” Su mirada no expresaba alegría por esta coincidencia. Ni tampoco satisfacción. Era una mirada desconfiada. “Nunca me he cruzado con usted”, añadió. No soltaba mi pasaporte, y lo escrutaba con una mirada que me parecía suspicaz. Me dije que al final iban a cazarme por un asunto de documentación falsa y de la manera más

estúpida: en el curso de mi último viaje de esta índole. En el momento en que acababa de abandonar el mundo de la clandestinidad. Esbocé mi sonrisa más amable. “Debemos de llevar horarios distintos”, le dije. Alzó los hombros, sin duda se trataba de eso. Me devolvió el pasaporte y regresé a la vida de todo el mundo bajo el nombre por ello mismo inolvidable de Camille Salagnac.

Algún tiempo más tarde solicité un pasaporte en el consulado general de España en París. Mi título de refugiado me permitía viajar por el mundo entero —al menos por la parte civilizada del mundo—, pero me prohibía por definición franquear la frontera española. Pronto supe que me costaría mucho prescindir de las estancias en mi país, aunque ahora estuvieran desprovistas del aura de la aventura. Algunos amigos —Javier Pradera, Clemente Auger, Elías Querejeta, Domingo Dominguín—, algunos paisajes, algunos vinos y manjares, algunos cuadros, una cierta forma de convivencia: me parecía que no iba a poder prescindir de todo ello. Solicité pues un pasaporte español, que durante largo tiempo me fue denegado. Las autoridades policiales de mi país conocían mis actividades políticas anteriores. Hasta que, un día de 1967, el cónsul general en París me convocó para anunciarme que estaba autorizado a entregarme un pasaporte. “Pero será por su cuenta y riesgo”, añadió.

No subrayé el absurdo jurídico de sus palabras. ¿Cómo puede un Estado dar a uno de sus ciudadanos “por su cuenta y riesgo” el pasaporte al cual tiene derecho? ¿Será un derecho en esencia arriesgado, peligroso? Pero no dije nada. Sabía que no era un ciudadano: solamente un sujeto. La España de entonces, y por consiguiente sus cónsules y representantes de todo tipo, sólo tenían a sujetos. Y ya se sabe que ser sujeto comporta siempre peligros. Riesgos considerables. Me abstuve pues de emprender con el cónsul de España una discusión

tan peliaguda. Acepté el pasaporte por mi cuenta y riesgo. Además, siempre he tenido que aceptar así, por mi cuenta y riesgo, lo que me venía de España: los recuerdos infantiles, la ilusión de un porvenir, una cierta vitalidad desesperada, la sonrisa de algunos retratos femeninos de Goya.

Pero Javier Solana está al aparato y no voy a hacerle esperar. De todas maneras, las consideraciones o rememoraciones que aquí, aun reducidas a su más extrema concisión, han ocupado unas pocas decenas de líneas, no ocupan ningún tiempo en el espacio mental: se despliegan instantáneamente.

Por tanto, respondí inmediatamente a Solana que tenía un pasaporte español. Me pareció que esta noticia le tranquilizaba. “Bueno, pues entonces puedo continuar”, me dijo. “¿Estás sentado para oír lo que viene a continuación?” Todo aquello comenzaba a intrigarme. Le dije que estaba de pie pero que me mantendría firme. “Siéntate de todas maneras”, insistió Solana, y me lanzó el mensaje que estaba encargado de hacerme llegar. Felipe González iba a proceder en los días próximos a una remodelación de su Gabinete y me proponía el Ministerio de Cultura. Tenía la noche para reflexionar, nada más. Necesitaba una respuesta al día siguiente por la mañana. En el caso de aceptar, me enviaría un billete de avión para encontrarme con González en Madrid. Cenaríamos juntos en La Moncloa, el miércoles.

Después de esto —y naturalmente entraba dentro de su papel— me enumeró todas las razones para aceptar la propuesta de Felipe González. Escuché la enumeración, y algunas razones me parecieron razonables. Otras, en cambio, no iban conmigo. No dije nada. Prometí una respuesta para el día siguiente. Lo que sí le pregunté —era lo mínimo, puesto que me proponían su cargo— fue qué ministe-

rio iba a corresponderle a él en la remodelación en curso. Me dijo que el de Educación.

Y eso fue todo. Colgamos el aparato. Tenía la noche para reflexionar.

Estábamos en la entrada del palacio de la Moncloa dos días después, miércoles 6 de julio de 1988.

Eran las doce de la noche. Ibamos a separarnos.

Felipe González se volvió hacia mí en el momento en que el coche que tenía que devolverme al Palace se paraba al pie de la escalinata.

—Habrá momentos apasionantes y habrá días grises, tediosos. Tendrás amigos, unos de verdad y otros falsos. Tendrás todo tipo de enemigos, es inevitable. No se te va a perdonar nada, no lo esperes. Esta sociedad es así, agitada todavía por provincianismos, rencores sociales, arcaísmos. Pero el día en que en tu primer viaje oficial veas a un jefe de la Guardia Civil cuadrarse ante Federico Sánchez, te darás cuenta de lo que ha cambiado este país, sabrás lo que significa tu presencia en el Gobierno. . .

Nos dimos un abrazo; me fui.

Durante toda la velada, la duda —la interrogación por lo menos— sobre la oportunidad de mi decisión no había dejado de pesarme. No era que lamentase el haber aceptado un puesto ministerial, ni que tuviese ya el turbio deseo de dar marcha atrás. Sencillamente deseaba clarificar los motivos que me habían llevado a ello, más allá del impulso inicial, de aquella especie de alegría casi física que me había llenado en el primer instante.

¿Por qué aceptar el Ministerio de Cultura que me proponía Felipe González?

Ciertamente no por afán de honores y de notoriedad. Este aspecto del poder nunca me ha apasionado. Los tapices, el prestigio, los protocolos, no tienen ningún interés. Se trata sólo del aspecto más superficial del poder, un aspecto muchas veces irrisorio. Nada me habrá hecho reír tanto durante mis años en el Gobierno como la angustia o la cólera de algunos para hacerse un lugar, o conservarlo, o aumentarlo, al sol divino pero glacial del protocolo. A la derecha o en la más próxima inmediatez de los padres de la patria, rey o presidente del Gobierno en el caso de España.

De todas maneras, el largo hábito de la clandestinidad —que por otra parte no ha hecho más que acentuar una tendencia natural— me ha preparado a despreciar las apariencias y el aparato del poder, a saber distinguir en este dominio entre la verdad y la ilusión, la sombra y la realidad.

Porque la realidad del poder me interesaba, desde luego. Y en su significación más fuerte: el poder entendido como posibilidad de intervenir en el curso de las cosas, de modificar —aunque fuera mínimamente, en sus márgenes— la realidad opaca, complicada, a veces asfixiante del curso natural de la historia. La realidad del poder político a fin de cuentas, cualesquiera que fueran la lucidez y la exigencia consagradas a concebir sus posibles arrogancias y derivaciones, a establecer los límites y contrapoderes necesarios para su ejercicio democrático.

Hoy está bien visto hablar mal del poder político y de quienes son sus representantes, ocasionales o profesionales, pero hay mucha hipocresía, o mucho moralismo abstracto y hermético por parte de un intelectual cuando practica este desdén ostentoso de la política. A menudo, por otra parte, los que proclaman con tanto énfasis dicho desprecio consagran buena parte de su tiempo a consolidar o ampliar

los poderes de su grupo o clan intelectual, sus redes de influencia en las revistas, en las editoriales y los premios literarios. Su apetito de poder se convierte así en algo caricaturesco, ya que fingen interesarse sólo por las nobles empresas literarias y despreciar las vulgaridades de la política. Pero ésta, a fin de cuentas, sólo es un trabajo sobre el lenguaje, sobre el discurso, el sentido y el contrasentido del texto histórico, de su textualidad. Desde las asambleas ciudadanas de la democracia esclavista en la Grecia antigua hasta los mítines masivos y las intervenciones televisivas de hoy en día, todo gira en torno al lenguaje. El verbo estuvo en el comienzo y estará en el fin de la política. Sólo los medios han cambiado, no el mensaje. Basta con volver a leer a Platón o a Tocqueville para darse cuenta de ello. ¿Cómo podría un escritor desinteresarse del poder?

El poder nunca ha dejado de interesarme, a decir verdad.

Además, ¿no tenía más poder cuando era Federico Sánchez en la clandestinidad? Sin duda, en cierta manera. Más poder sobre las almas, en todo caso. Varios cientos de militantes confiaban en mí. Encarnaba una realidad oscura pero iluminadora, múltiple pero coherente —Revolución de Octubre, clase obrera mundial, porvenir radiante, dirección del partido— a la que habían entregado su compromiso. Sus esperanzas, sus sueños, sus certidumbres racionales. Por ello, y cualquiera que fuera el seudónimo bajo el que se me conociera, adquiriría yo un poder personal, vicario sin duda o delegado, pero que era incuestionable. En ocasiones absoluto, poder de vida o muerte, puesto que ponían en juego su libertad y a veces su vida en una acción para la cual yo les había convocado. Uno a uno, a lo largo de los años, jóvenes o menos jóvenes, universitarios u obreros, los había reclutado para esta acción. Algunos habían tenido dudas, y yo se las había disipado. Algunos habían tenido temores, y yo los

había tranquilizado. Habíamos caminado juntos día tras día durante cerca de diez años.

Todavía hoy escucho el eco, reencuentro las huellas de aquel poder de antaño. En cualquier lugar, en un salón, en un café, en la calle. Alguien me para, se acerca a mí. Alguien me recuerda las circunstancias lejanísimas de algún encuentro clandestino. Me acuerdo siempre de las circunstancias, aunque haya olvidado la cara que se vuelve hacia mí. Me acuerdo del color del cielo, de las nubes en el cielo, si aquel encuentro tuvo lugar en un parque, en un jardín, en algún bosque. Me acuerdo del decorado, de la disposición de los muebles, si fue en un lugar cerrado. A veces el hombre que me habla es “alguien”, como se dice. Alguien con influencia, alguien célebre incluso: profesor, dirigente político o sindical, banquero, director de cine. A veces, casi siempre, en un plazo más o menos largo ha seguido el mismo camino que yo: se ha apartado suavemente del comunismo, o el comunismo se ha apartado brutalmente de él. Pero a veces —rara vez, en verdad, es increíble comprobar cuántos talentos ha despreciado o malgastado el partido comunista—, a veces, el desconocido con el que me encuentro sigue siendo un militante. En ese caso me mira con tristeza pero sin agresividad. Porque hemos compartido los mismos riesgos: era yo el que estaba allí, en aquella reunión clandestina de la que evoca el recuerdo difuminado. Estaba allí con él, en Madrid o en algún otro sitio. No estaba en Praga, ni en Moscú, en una villa de la *nomenklatura*. No estaba ni siquiera en París, en la clandestinidad relativamente benigna de la democracia francesa. Estaba con él en el parque del Retiro, o en un claro del Pardo, o en una oficina de la calle Ferraz, en la sede de una productora amiga, Uninci. Me mira sin agresividad, con tristeza más bien. O con una mezcla de complicidad y de reproche. ¿Por qué, parece

que me pregunta, haberlo embarcado en aquella aventura para después abandonarlo a su suerte? Sabe, sin duda tiene que saberlo en su fuero más íntimo, que no lo he abandonado, que ha sido aquella aventura nuestra la que nos ha abandonado a los dos, a él y a mí. Pero este encuentro suscita en él, cualquiera que haya sido su éxito individual, la nostalgia de un porvenir que se nos escapó.

Ese poder sé muy bien que no voy a volver a encontrarlo como ministro. No tendré ningún poder sobre las almas. Tendré un coche blindado, una escolta, líneas telefónicas directas con las personas importantes de este mundo y ujieres que me abrirán las puertas. Tendré autoridad, y por consiguiente rivales, enemigos. Conoceré las fidelidades y las intrigas, los arribismos y las generosidades. Recorreré el Museo del Prado los días de cierre para contemplar los cuadros del Bosco, los de Goya, de Patinir y de Cranach con toda tranquilidad. Elegiré a arquitectos y directores de ballet. Y, en efecto, los jefes de la Guardia Civil se cuadrarán ante mí.

Como quiera que sea, mi primera reacción a la propuesta transmitida por Javier Solana fue casi física. Me invadió una especie de alegría, de excitación física. Es verdad que la idea, el deseo más bien de regresar a España me obsesionaba desde hacía un tiempo. En mi vida siempre ha habido ciclos entre el Norte y el Sur, París y Madrid. Ciclos también entre la literatura y la política.

Acababa de publicar una novela unos meses antes: *Netchaiev ha vuelto*. Otro proyecto de libro comenzaba a cobrar forma. Pero se trataba de un proyecto difícil, que me devolvía inexorablemente a la memoria de la muerte. A la experiencia del campo de concentración. A la relación de esta experiencia con mi escritura, con mi vocación literaria. Del libro en gestación, *La escritura o la vida...*, me



fascinaban los secretos que parecía contener, incluidos aquellos que se referían a mí mismo. Pero me angustiaba también el precio que tenía que pagar. Sabía que el precio era alto, que me aventuraba en un viaje lleno de riesgos, incluso el de no volver, de llegar hasta el punto que hace imposible el retorno.

El libro se me había aparecido de golpe, enteramente tramado, en una iluminación de mi memoria, un sábado de abril de 1987 mientras trabajaba en la novela de Netchaiev. De nuevo, a pesar mío, o mejor dicho a costa mía, el recuerdo de Buchenwald me obligaba a volver sobre la experiencia esencial de mi vida. Había que hacerle frente. Una expresión taurina aconseja no perder jamás en el ruedo la cara del toro. “No perderle la cara al toro.” No podía tampoco perderle la cara a la muerte antigua que volvía a aparecer aquel sábado de abril, no podía ocultarme la cara ante ella; tenía que aceptar ese cara a cara.

Además, al día siguiente, 12 de abril de 1987, un domingo, la primera noticia que oí por la radio fue la del suicidio de Primo Levi, en Turín. La muerte antigua le había alcanzado a él. Sabía pues a qué atenerme. Sabía lo que estaba en juego en el libro por venir.

Tal vez para retrasar ese plazo, o tal vez para desplazar sus efectos, desde hacía un tiempo me había acometido el deseo de volver a España. Volver para un nuevo ciclo de vida activa, precisamente.

En todo caso, al final de aquella noche de julio de 1988, Felipe González había desvelado la razón más profunda de mi aceptación al evocar el fantasma de Federico Sánchez.

Me había convertido en Federico Sánchez en la clandestinidad antifranquista, a mediados de los años cincuenta. Diez años más tarde, me había visto obligado a desprenderme brutalmente de aquel fantasma que había invadido mi personalidad, que prácticamente me

había devorado en cuerpo y alma, para poder seguir existiendo. Federico Sánchez había sido expulsado de la organización eclesial del partido comunista, arrojado a las tinieblas exteriores. Su nombre había sido maldecido por centenares de fieles militantes que no sabían nada de él. Sólo las tonterías lúgubres o los chismes calumniosos que susurraban sobre él en la camarilla de Carrillo para justificar esta expulsión; revisionista, derrotista, lacayo del capital, intelectual de la burguesía y acaso agente de la CIA. Eterna letanía de epítetos para evitar las verdaderas cuestiones de una estrategia política que tuviera en cuenta la realidad para modificarla efectivamente, en lugar de ignorarla con arrogancia en la ilusión mortífera de una revolución.

Así en 1964 me había visto obligado a volver a ser yo mismo. Mejor dicho, a serlo por fin, porque todavía no había sido verdaderamente yo mismo. En todo caso, desde mi regreso de Buchenwald no había sido yo mismo más que como un proyecto incierto, un sueño confuso. Porque lo cierto es que sólo podía ser yo mismo como escritor, y la escritura me había sido imposible. Me había sido imposible convertirme en mí mismo.

Desde el mes de enero de 1946, en Ascona, en la Suiza italiana, había abandonado el libro que intentaba escribir sobre mi experiencia de Buchenwald. Me había visto obligado a tomar aquella decisión literalmente para sobrevivir. Ya sé que Primo Levi sólo volvió a la vida por medio y a través de *Se questo è un uomo*. Mi aventura había sido diferente. La escritura me encerraba en la clausura de la muerte, me asfixiaba en ella, implacablemente. Había que escoger entre la escritura y la vida, y escogí esta última. Escogí una larga cura de afasia, de amnesia deliberada para volver a vivir, o para sobrevivir. Escogí a la vez la ilusión de un porvenir por medio del compromiso político, puesto que el compromiso de la escritura me

devolvía al encierro de la memoria y de la muerte. Así me convertí en otra persona, en Federico Sánchez, para poder continuar siendo alguien.

Pero en 1964, Federico Sánchez había desaparecido, provisionalmente al menos, arrojado a las tinieblas exteriores. Había vuelto a ser yo mismo, aquel otro que todavía no había podido ser, gracias a un libro, *El largo viaje*. El libro que no había podido escribir en 1945. Una de las variantes posibles de aquel libro, mejor dicho, ya que éstas son virtualmente infinitas, y siguen siéndolo, por otra parte. Lo que quiero decir es que nunca habrá versión definitiva de aquel libro; jamás. Siempre tendré que volver a empezarlo.

En la espiral de la vida, me veía por tanto devuelto siempre al mismo punto, salvo que la situación era inversa. A veces abandonaba el mundo de la ilusión política por aquél de la realidad literaria. A veces, por el contrario, me veía obligado a abandonar la ilusión novelesca por la realidad del mundo histórico. Pasaba, a fin de cuentas, de una ficción a otra.

En todo caso, al volver de La Moncloa hacia el hotel Palace aquella noche de julio de 1988, un miércoles, día 6 —conviene ser preciso en este ejercicio de memoria que practico, es una ley del género—, admiré la intuición que había permitido a Felipe González, al evocar a Federico Sánchez, desvelarme a mí mismo la razón más sustancial de este nuevo retorno a la política. El, sin embargo, no sabía nada de los dolores que suscitaba en mí el libro en gestación; nada del delirio de huida o de supervivencia que provocaba. Pero al llamar a su lado en el Gobierno al antiguo dirigente clandestino que había roto con el comunismo por el compromiso con la realidad y el descubrimiento —tardío, cierto es, pero definitivo— de la razón democrática, me indicaba claramente lo que esperaba de mí. Después

de tantas largas conversaciones en los últimos años, él sabía de mi acuerdo profundo con su proyecto político. Sabía también y le interesaba tanto o más, me decía, que yo ya no era un hombre de aparato, que no me dejaría por tanto obnubilar ni condicionar por los juegos y las maniobras internas de su propio partido, cuyo poder hegemónico comenzaba a descomponerse, a adquirir rasgos burocráticos y clientelares, y cuyos círculos dirigentes se veían a veces presa de los vértigos del confort intelectual y material.

Había sido un vuelo titubeante de palomas.

Estaba en el ascensor que me conducía al apartamento oficial que me destinaban. Me acordaba de las palomas cuyo vuelo se había levantado pesadamente bajo el sol plomizo de julio, unos instantes antes. Me acordaba vagamente de los recuerdos que este vuelo evocaba, esa blancura estremecida. ¿Alas de gaviota ante las ventanas de un cuarto de hotel, en Bretaña? ¿O más bien bruma algodonosa en las corrientes del estrecho de Eggemogging?

Pero no, no era eso. Era un recuerdo mucho más lejano, pero más próximo también. Quiero decir, más alejado en el tiempo pero más próximo en el espacio; un recuerdo de infancia situado no lejos de allí, en la plaza de la Cibeles.

La manifestación se dislocaba bajo los golpes de las cargas policiales. Un hombre cruzaba la plaza corriendo, vestido con un mono azul. Carrera silenciosa, porque el fugitivo calzaba alpargatas. La diosa Cibeles estaba en su carro triunfal, en medio de la plaza, aureolada de la espuma brillante de los surtidores de la fuente monumental. El hombre de mono azul cruzaba la plaza en diagonal, hacia los parterres de la Castellana, todavía no ocupados por las fuerzas del orden. El cielo de otoño era de un azul profundo, denso, irre-

prochable. El hombre proseguía su carrera silenciosa. Súbitamente apareció una camioneta de la Guardia Civil, cortándole el camino. En la plataforma trasera, algunos guardias armados de pesados mosquetones, con su uniforme verde oliva, su tricornio barnizado sobre el cráneo. Los cañones de sus fusiles apuntaron hacia el fugitivo. El impacto de la descarga lo derribó en plena carrera. El obrero cayó, fulminado, de bruces contra el adoquinado de la plaza. Una de sus alpargatas se había desprendido lejos del cuerpo extendido. Después del ruido de la descarga se hizo un gran silencio. En aquel silencio impresionante me pareció de pronto oír el murmullo de las aguas, el fluir de la fuente de la diosa Cibeles. El ruido del agua corriente en aquel silencio de hielo. El agua viva en aquel silencio de muerte.

Entonces fue cuando se levantó el vuelo de palomas, después de la descarga mortífera, en el silencio helado de la plaza. Todas las palomas a la vez, en un ruido de alas enloquecidas.

Algunos minutos más tarde, de regreso al piso familiar, calle Alfonso XI, nuestro padre nos habló de lo que acabábamos de ver, nos descifró la significación de los hechos. Regresábamos con él dos de mis hermanos y yo mismo de un paseo por los descampados de La Moncloa, donde se estaba construyendo la nueva ciudad universitaria de Madrid. Era en el mes de octubre, en 1934. Habían estallado huelgas en toda España, que en Asturias habían adquirido un carácter insurreccional, para protestar contra la política de la derecha, victoriosa en las últimas elecciones legislativas. En Madrid, el movimiento no se había generalizado, pero todavía se producían violentos enfrentamientos entre las fuerzas de seguridad y los piquetes de huelga que intentaban arrastrar a los trabajadores a manifestaciones esporádicas. Al bajarnos del tranvía, de regreso del paseo, nos habíamos encontrado metidos en los remolinos de un en-

frentamiento semejante.

Sin duda, nos decía mi padre, era inadmisibile que los sindicatos y los partidos de izquierda organizaran huelgas insurreccionales, que emplearan la violencia armada para poner en entredicho la victoria de la coalición de derechas en las elecciones legislativas. Pero también era inadmisibile que el Gobierno salido de aquella victoria electoral destruyera sistemáticamente las conquistas sociales de los dos primeros años del régimen republicano por medio de la violencia de Estado y transgrediendo a cada momento las normas democráticas.

Lo que en suma comprendimos fue que hacía falta oponerse a las dos formas de violencia, pero hacía falta sobre todo —éste era el criterio fundamental— mantenerse junto a los humillados y los oprimidos. El obrero asesinado en la plaza de la Cibeles era el representante anónimo pero auténtico de aquéllos, la víctima de una doble violencia, estatal y revolucionaria, de una doble utopía mortífera.

Medio siglo más tarde, nada más franquear el umbral del apartamento oficial donde trabajaban albañiles, carpinteros y decoradores, me dirigí hacia las ventanas que daban a la calle. Enfrente de mí, al mismo nivel, podía contemplar la larga serie de balcones, de balaustradas de hierro forjado que jalonaban la fachada del piso de mi infancia. Tuve una curiosa sensación, como si asistiese al espectáculo de mi propia vida. Como si, igual que el personaje de *Fresas salvajes*, la película de Ingmar Bergman, hubiese vuelto a mi infancia sin haber rejuvenecido.

De ese modo, me pasearía con mi pelo blanco entre los juegos de mis hermanos y mis hermanas. Mi madre misma, en el esplendor de su belleza, recorrería las diferentes habitaciones infantiles para despedirse tiernamente de nosotros antes de salir por la noche. La vería acercarse a mí en el gran dormitorio que compartía con Gonzalo y Al-

varo, los dos hermanos de edades parecidas a la mía, la contemplaría con amor —¿filial?, ¿paternal?— desde lo alto de mi edad madura. Mis hermanos seguirían teniendo ocho y once años. Y ella estaría hermosa, viva, más joven que yo mismo.

¿Qué me quedaba por vivir?, pensé. ¿La espiral de mi vida no había terminado? Había abandonado esta calle una mañana de julio de 1936, para las vacaciones de verano. Había vuelto en 1953, paseante inquieto, a finales de un mes de junio, en el curso de mi primer viaje clandestino a España: primera salida de Federico Sánchez.

Heme aquí de nuevo.

Pero no puedo aprovechar este instante único. No tengo tiempo de explorar las riquezas de memoria y de sentido que contiene. Y sin embargo sería una ocasión excepcional para asumir mi vida toda entera, un momento de transparencia vertiginosa. Pero me llaman. Hay que visitar el piso en obras, decidir los últimos detalles...

Sobre el tejado soleado de tejas antiguas y redondas de la casa de mi infancia se pasean las palomas.

A menudo he pensado en Napoleón durante todos los años de mis viajes clandestinos a España. Llegaba a la cumbre del puerto de Somosierra y me acordaba de Napoleón. Incluso en primavera, incluso en verano me acordaba de él. No me rodeaban los lanceros polacos, desde luego. Estaba en un coche, conducido por algún militante del partido comunista francés. A veces un hombre, a veces una mujer. A veces una pareja de militantes que hacían el viaje conmigo. Que me permitían hacer el viaje en las mejores condiciones. Hombres solos, mujeres solas, parejas. A veces ilegítimas. Era bastante picante. El compañero aprovechaba esta ocasión ideal de clandestinidad para llevarse a su amante: el viaje adquiría con ello dulzuras de luna

de miel. Con aquellas parejas —bastante excepcionales, a decir verdad: ¡no quiero atentar aquí a la reputación de las parejas comunistas francesas!— redoblaba mi atención. Elegía los hoteles más románticos, los vinos más generosos, en las etapas del viaje. Tal vez no hubiera debido hacerlo, tal vez hubiera debido mostrar una reprobación bolchevique. Pero no es mi estilo. Las parejas ilegítimas más bien me divertían.

Como quiera que sea, el coche de mis compañeros de viaje llegaba a la cumbre del puerto de Somosierra en la montaña al norte de Madrid, y me acordaba de Napoleón. El se abrió paso en la nieve del invierno, ocupando las posiciones españolas con una carga de caballería. Los lanceros polacos, desde luego. Los mismos que a menudo han estado en la vanguardia del Gran Ejército. El emperador, por tanto, se abrió camino hacia Madrid entre las ráfagas de nieve. Marchó sobre la capital que su hermano José había tenido que abandonar, lamentablemente, algunos meses antes. Al llegar a las cercanías de la ciudad, a la vista del perfil urbano que se alza sobre el hueco del Manzanares, y que Velázquez y Goya han pintado, Napoleón observó el sol rojo que se alzaba sobre la meseta castellana. Lo mostró a sus mariscales con un grito de alegría. Era el 2 de diciembre, era el sol de Austerlitz.

Llegaba a la cumbre de Somosierra envuelto en el zumbido del motor del automóvil. No había lanceros polacos, no había sol de Austerlitz. A veces nieve, sin embargo. Me acordaba de Napoleón. Una vez al menos, evoqué la figura de Napoleón a mi compañero de viaje. Que era una compañera, por otra parte. Una compañera valiente y generosa, de un temple humano extraordinario. Como la mayor parte de mis compañeras y compañeros de viaje, por lo demás. Abnegados, generosos, amables, cultos: durante todos



aquellos años casi todos mis compañeros comunistas de viaje fueron así. El que no entienda que semejante suma de abnegación y de generosidad individual haya producido la más sombría, la más oscura locura de este siglo, no comprenderá los secretos del comunismo. No habrá contemplado jamás el reverso del sol, su faz sombría. Ni saboreado la miel de la fraternidad humana que se esconde en la glaciación burocrática. Ni comprenderá jamás la tristeza, la nostalgia incluso, que esta época bárbara, destructora de esperanzas, haya podido dejar en los corazones puros —y por lo tanto ingenuos, vulnerables— de tantos hombres y mujeres de mi generación. Y sin duda todo esto es prehistoria. Sin duda estoy haciendo aquí alusión a la arqueología del actual desconcierto. Pero ningún futuro recomenzará a funcionar como un porvenir real, es decir, incluido en la inmanencia de nuestro sistema de democracia de masas y de mercado, y no proyectado en un más allá social, mesiánico, si no se ejerce sobre esta experiencia crucial de nuestro tiempo el hierro rojo de una crítica y de una memoria forjadas de implacable ternura. “La lucidez es la herida más cercana al sol. . .”, dijo René Char en sus *Hojas de Hypnos*.

Por lo menos una vez, por tanto, habré evocado a Napoleón para una compañera de viaje. Le puse el nombre de Eva en una breve novela, *El desvanecimiento*. Voy a continuar llamándola así. Los nombres de las novelas duran acaso más que los nombres reales: Eva, pues, para la frágil inmortalidad de la literatura.

Había conducido el coche —un Citroën Déesse— hasta lo alto de Somosierra con mano segura y firme. Sin golpes de volante. La felicité.

—Muy bien —le dije—. Has sido tan rápida como los lanceros polacos. Pero hoy no hay nieve.

Cambió de velocidad. El coche rodaba en lo alto de la cumbre,

antes de emprender el descenso hacia Madrid.

—¿Cómo? — me preguntó.

—Acuérdate —le dije—. Napoleón tomó este puerto en pleno invierno, al galope con sus lanceros polacos.

Se puso a reír.

—¡Desde luego hoy estás de buen humor! —comentó.

Claro que lo estaba, y era fácil de entender: regresaba a la ciudad de mi infancia.

La primera vez, en 1953, no había sido por a ruta de Somosierra. No había tenido compañero de viaje. Ni siquiera compañera. Estaba solo y viajaba en tren. Era menos cómodo y más arriesgado. Pero era mi primer viaje, precisamente. Tenía en buena medida un carácter iniciático. Yo debía demostrar mi valía antes de convertirme en miembro titular del aparato central clandestino. Antes de ganar mis galones de instructor del Comité Central en España. Así, aquella vez, aquella primera vez, el aparato no me dio un pasaporte. Tuve que buscármelo yo. Di con el pasaporte de un amigo íntimo, Jacques Grador, cuya edad y señas de identidad me convenían. Una vez que Grador hubo obtenido del consulado español el visado de turismo, necesario en aquella época lejana, nuestro fabricante de documentaciones falsas sólo tuvo que cambiar la foto.

Me acordé de Jacques Grador años más tarde, en 1977. La Academia Nobel acababa de conceder su premio de literatura al poeta español Vicente Aleixandre. En 1953, durante mi primer viaje clandestino a Madrid, había visitado a Aleixandre, gran poeta, gran personaje del exilio interior. Lo había visitado con el nombre de Grador. Había fingido ser un hispanista francés que trabajaba en una tesis sobre la poesía española del siglo XX. Buen tema de tesis, por otra

parte. Vicente Aleixandre vivía en una casita de un barrio residencial de la periferia, al norte de la ciudad. Las calles llevaban nombres de árboles y de flores. La suya se llamaba "Velintonia", que es otro nombre, como se sabe, para el secuoya. La conversación había sido apasionante, al menos para mí. Al final me había dedicado la separata de su discurso de ingreso en la Real Academia. O más bien se la había dedicado a Jacques Grador... Pensé pues en este último, años más tarde, cuando Vicente Aleixandre obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Nostálgico pensamiento, porque Grador había muerto. Un verano, en la playa de Pampelonne, en Saint-Tropez, había nadado hacia lo lejos, ahogándose de pronto. Es lo que se llama una muerte feliz, váyase a saber por qué. Pero se sabe: es la prontitud de la muerte lo que parece feliz. Lo triste de la muerte es lo que dura la descomposición, el ir muriéndose. La muerte súbita, fulgurante, será siempre bienvenida. Se está vivo, nadando en el agua tibia y transparente del Mediterráneo, por ejemplo, y de pronto se está muerto. O mejor dicho, no se está. No ha habido trance doloroso, no se ha producido el morirse. La muerte ha sido el último momento de la vida, el despliegue en cierta medida de un movimiento vital de natación entre las aguas traslúcidas.

Sea como sea, no he podido comentar con Jacques Grador el Premio Nobel de aquel poeta español que le había dedicado un texto tantos años antes. Grador había muerto de su hermosa muerte de nadador, a lo lejos, su muerte de viviente dichoso.

Pero sólo al día siguiente de mi llegada fui a ver a Vicente Aleixandre, en su calle tranquila y velintoniana. No hay secuoyas en mi recuerdo; cantidad de flores, eso sí; un olor estival. Aquella misma tarde, después de haberme instalado en el hotel bajo el nombre de Grador, salí a la calle. Caía la noche. Había andado como en un

sueño despierto. Había bajado la Gran Vía hasta la plaza de la Cibeles. Ya estaba, ya había llegado. Sólo me faltaban por recorrer unos cientos de metros para encontrarme delante del número 12 de la calle Alfonso XI.

Cuanto más avanzaba, sin embargo, en el paisaje de mi infancia, más desconocido me resultaba todo. Familiar, sin duda, pero desconocido. Familiar como una pesadilla. Familiar como una angustia. Familiar como la extrañeza del mundo mismo.

Había mirado en la noche los balcones de este cuarto piso de la calle Alfonso XI. Había recorrido a grandes zancadas los caminos de antaño; el camino hasta la entrada del Museo del Prado, tan próxima; el camino hasta la iglesia de San Jerónimo, que alza su arquitectura vulgar entre el museo y el parque del Retiro. El camino hasta la puerta monumental del parque, por la que pasábamos antaño y que se encuentra al final de la calle de la Lealtad, hoy Antonio Maura, por el nombre de mi abuelo.

Todos los caminos se abrían ante mí, podría haberlos recorrido con los ojos cerrados. Parecía como si nada hubiera cambiado, pero yo no reconocía nada. O mejor dicho, lo reconocía todo pero todo era diferente. Reconocía la alteridad, la distancia, la interrogación.

Así, al llegar a la calle de Serrano ya no tenía ganas de reír, como al comienzo de mi loco paseo. Un desconcierto confuso, como un tedio del cuerpo y del alma, se había apoderado de mí. Entonces fue cuando vi, a la derecha, el escaparate de una tienda y su enseña luminosa en la noche: LA GLORIA DE LAS MEDIAS. Di algunos pasos más y me paré de nuevo, satisfecho y lleno de alegría.

Unos minutos antes todo era confuso, o desproporcionado e insignificante. Ese instante silenciosamente deseado, en que la memoria y el presente iban a parecerse, borrando diecisiete años de exilio,

de destierro, ese instante se había fundido, se había volatilizado. Mi sentimiento de exilio era todavía más pronunciado en las calles de mi infancia que en cualquier calle extranjera donde pudiera haber vivido desde mi salida de España. De una calle a otra, desde la plaza de la Cibeles hasta la masa nocturna de los árboles del Retiro, había perseguido el sentimiento único del regreso. Pero ese sentimiento no había tomado cuerpo. No había dejado de desvanecerse. Volvía hacia mi infancia, desde luego, y eso era algo prodigiosamente excitante, pero no volvía a casa.

He aquí, sin embargo, que el escaparate de esta mercería, totalmente olvidada, emergía en la noche, y sus luces proclamaban el nombre irrisorio: La Gloria de las Medias. En el cataclismo de los años, de las guerras, de los exilios, del universo entero, la permanencia insólita, probablemente irónica, de esta mercería de barrio, con su nombre grandilocuente, era el único lazo con un pasado remoto, tal vez inasequible. Tanto más remoto cuanto que esta tienda, este nombre tan sólo había conservado la esencia inalterable y fugitiva de los días de antaño. Como si en el momento en que iba a perderme de nuevo, seguir siendo un extraño en mi propio país —¿y por qué no serlo, por otra parte?, ¿no se es por definición extraño en el mundo?, ¿no es esta extrañeza al mundo la condición misma de la emergencia de lo humano?—, como si en aquel momento mismo, la aparición de esta mercería, su permanencia humilde y testaruda me permitieran no sólo recuperar mi memoria, sino también, paradójicamente a primera vista, reencontrar las raíces de mi extrañeza fundamental, que me constituyera como personaje de mi propia vida.

Pero no había evocado para Eva, cuando llegó, al volante del

automóvil, a la cumbre de Somosierra, aquella primera noche en Madrid, en junio de 1953. No le hablé de La Gloria de las Medias, ni de las reflexiones metafísicas sobre el esencial desarraigo de lo humano que el nombre de aquella mercería había suscitado en mí. De todas maneras, cuantos menos detalles biográficos se les dé a las compañeras de viaje clandestino, mejor salen las cosas. Tampoco le había hablado de Emmanuel Levinas, que acababa de publicar —en 1961, en *L'Information juive*: la fecha de este artículo es lo que me permite fijar la época de mi viaje con Eva— un texto breve y denso, “Heidegger, Gagarin y nosotros”, donde esclarece magistralmente la astucia y la sinrazón de la metafísica del lugar-hogar y del enraizamiento. Del integrismo ecológico, obnubilado por el horror a la técnica —que ha revestido en Francia, extrañamente, una vestidura de izquierdas— cuya filiación resulta conocida: es la cantilena del “olvido del ser” de Martin Heidegger la que puede oírse al fondo.

Una frase de Levinas se me había quedado en la memoria. De haber sido necesario, hubiera podido recitársela a Eva. Decía así: “La técnica nos arranca del mundo heideggeriano y de las supersticiones del *lugar-hogar*. Entonces surge una posibilidad: la de ver a los hombres fuera de la situación en que campean, haciendo relucir el rostro humano en su desnudez. Sócrates prefería, al campo y a los árboles, la ciudad donde se encuentran los hombres. El judaísmo es hermano del mensaje socrático...”.

Ni era ni soy experto en judaísmo. No hubiera tenido por consiguiente nada que comentar con Eva a este respecto. Pero es fácil darse cuenta del abismo que abre vertiginosamente en el campo del saber filosófico esta formulación si uno se propone tomar “a los hombres fuera de la situación en que campean”. Es decir, fuera de la situación en que, bajo tal o cual apelación conceptual, la filosofía

contemporánea los ha puesto a campaar. Habría que discutir con Richard Avenarius y su teoría de la *Umgebung* concebida como correlato ineluctable del Yo, en aquellos escritos que provocaron la cólera grosera e infantil de Lenin, pero que insidiosamente han invadido tantas teorías posteriores, produciendo consecuencias considerables aunque oscuras, que no dejaron huellas fáciles de localizar, como un alcohol que se hubiera evaporado después de haber emborrachado a los comensales del banquete.

Habría podido citar a Ortega y su “circunstancia”, a Husserl y su “intencionalidad”, “el ser en el mundo” de Heidegger y de Sartre.

Pero no cité a ninguno de ellos, desde luego. Primero porque no sabía cómo se tomaría Eva la divagación filosófica. Tal vez me habría encontrado pesado y pretencioso. Cargante, para decirlo con una palabra más fuerte.

No dije nada a Eva de Richard Avenarius, de su *Kritik der reinen Erfahrung*; no le dije nada de Ortega y Gasset, ni de Husserl ni de Heidegger, ni de Sartre. Ni siquiera le hablé de Mirabeau — Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau—, cuyo nombre podría haberme venido a la mente más fácilmente que todos los demás, puesto que era contemporáneo de Napoleón Bonaparte, del que acabábamos de hablar. Y además porque había pronunciado algunas frases admirables sobre el esencial desarraigo del hombre, constitutivo de su humanidad. Fue el 28 de febrero de 1791, en la Asamblea Nacional, durante el debate sobre la emigración. “El hombre no tiene raíces en la tierra; por eso no pertenece al suelo. El hombre no es un campo, un prado, una bestia de carga; por eso no puede ser una propiedad. El hombre tiene el sentimiento interior de esas verdades santas; así sería imposible persuadirle de que sus jefes tengan

derecho de encadenarle a la gleba. . .”

El arrancarse a la gleba, el fin de los terruños y de los bosques sagrados es, en efecto, una de las condiciones de la modernidad. Una de las fuentes de la razón democrática.

Pero si no evoqué con Eva aquel discurso de Mirabeau, le hablé un poco más de Napoleón. Eso le divertía.

Bajábamos hacia Madrid por el mismo camino que había seguido el ejército de Napoleón un siglo y medio antes, con la caballería polaca en vanguardia. En las cercanías de la capital el emperador había establecido sus cuarteles en un palacio del duque del Infantado. Hoy, la ciudad ha devorado aquellos espacios agrestes. El estadio Bernabéu, gran templo del fútbol europeo, se alza allí, en el centro de los nuevos barrios, en el solar del antiguo pueblo de Chamartín. En el palacio del Infantado, mientras esperaba a que Madrid se rindiera, Napoleón dictó y firmó, la primera noche de su estancia, cuatro decretos que hacían de España un país moderno. Que establecían la posibilidad de que lo fuera, por lo menos. Un decreto para abolir el tribunal del Santo Oficio. Otro decreto para limitar la proliferación de las órdenes religiosas y regular sus actividades. Un tercer decreto para abolir todos los privilegios feudales. Y un último para suprimir los aranceles interiores, creando así las premisas de una economía de mercado.

Decisiones y decretos que España necesitaba, que España esperaba. Por otra parte, los textos de Napoleón recogen y precisan —en el estilo conciso y cartesiano que caracteriza los códigos imperiales— las aspiraciones y los programas de los teóricos de la Ilustración en España. Pero esos decretos no tuvieron efecto, porque fueron promulgados por el invasor. Por su parte, las Cortes liberales reunidas en Cádiz para redactar una constitución, llegaron en varios



años de debates tumultuosos a las mismas conclusiones a las que Napoleón, su enemigo principal, había llegado en una sola noche. Pero también esto resultó inútil. Nada más regresar a su trono, al cual le había devuelto la resistencia de una guerrilla popular, Fernando de Borbón, séptimo de aquel nombre, abolió la constitución, metió en prisión a los liberales y restableció el poder monárquico de derecho divino y el tribunal del Santo Oficio.

La entrada de España en la modernidad no fue fácil. Necesitará un siglo de guerras civiles. Y tendrá lugar finalmente —y esto turbará la visión de la izquierda española— bajo el régimen de la dictadura franquista. A pesar de ésta, desde luego. Contra sus principios fundamentales, también es verdad. Pero bajo la hegemonía de algunas de las capas sociales que fueron uno de sus apoyos originarios. Y una vez más, en virtud de las exigencias de la economía europea y mundial, de la inevitable apertura de la España autárquica a los flujos económicos exteriores, a partir de 1959, en la fase final del régimen de dictadura.

Pero no sólo comenté con mi compañera de viaje, mi Eva seria y dulce, los comienzos napoleónicos —y por ello mismo frustrados— de la modernidad en España. Para escandalizarla, para turbar por lo menos su puritana serenidad, de la cual había creído percibir señales inequívocas, para provocarla, pues, también le conté los apetitos y fracasos sexuales del emperador durante esta estancia en el palacio del duque del Infantado, por lo menos tal y como los narra en sus *Memorias Constant*, su fiel mayordomo.

Esto nos ocupó hasta la llegada a Madrid, una hora más tarde. Y es verdad que aquel día estaba de buen humor. Como todos los días de aquellos años al volver a la ciudad de mi infancia.

Estaba en la entrada del palacio de la Moncloa, años más tarde. El presidente del Gobierno, Felipe González, evocaba el fantasma de Federico Sánchez.

Eran las doce de la noche; un hálito de súbito frescor estremecía las hojas de los árboles.

Había conocido a Felipe González en 1975, en otoño de ese año. En aquella época Federico Sánchez ya estaba muerto; yo lo había olvidado, en todo caso. El general Franco, por su parte, todavía seguía vivo. Agonizante, a decir verdad. Pero la agonía es una de las formas de la vida, ya se sabe. Desde el final del mes de octubre, el general Franco se mantenía con vida artificialmente. Ya no tenía ninguna posibilidad de curación, de restablecimiento. Pero los familiares y la camarilla prolongaban la vida del dictador con la esperanza insensata de prolongar su régimen. La muerte había sido el oficio de este hombre pequeño y rechoncho, de voz atiplada. Siguió siéndolo, hasta el final: un verdadero profesional. La muerte de los otros fue su oficio, hasta el final. Algunas semanas antes del último ataque cardíaco que provocaría su larga agonía, el general Franco había firmado todavía varias penas de muerte. Hizo ejecutar a algunos oponentes. Porque aquel hombre pequeño, grueso, insignificante, aquel general con voz atiplada que había gobernado España durante cuarenta años, sólo habrá tenido como seña excepcional un temperamento implacablemente frío, una crueldad casi impersonal, casi imparcial, sin estallido de sadismo o de desmesura, exclusivamente orientada a reforzar su poder. Excepcional habrá sido en él la frialdad de su mirada sobre los hombres, su capacidad de halagarlos o de destruirlos, según las exigencias cambiantes de su poder. De las campañas de Africa encabezando la legión extranjera hasta las últimas ejecuciones de su reino interminable, el general Franco habrá ges-

tionado la muerte de los demás como un profesional; sin pasiones ni estallidos, con una paciencia rutinaria y despiadada.

Pero desde el mes de octubre de 1975 era su propia muerte la que había que gestionar. Mantenido en una unidad de reanimación, embrutecido por las drogas, sumido en un coma algodonoso, era sin duda incapaz de hacerlo por sí mismo. Era la camarilla la que se encargaba de ello. La camarilla gestionó la muerte del generalísimo como un espectáculo de crueldad edificante. El estilo particular del franquismo —mezcla de protocolo fúnebre y de retórica imperial, de mal gusto *kitsch*— impregnó aquellas largas semanas de agonía. Los comunicados médicos, los comentarios de los próximos y los de los turiferarios, las imágenes filtradas a la prensa y a la televisión, todo contribuyó a difundir en la sociedad un terror difuso: un olor de putrefacción sacralizada, paralizante.

Aquellos días me pareció evidente que el único testimonio arquitectónico del franquismo iba a ser la basílica subterránea del Valle de los Caídos, donde el generalísimo fue enterrado y empedrado. Abierta en el granito de la sierra, al norte de Madrid, por destacamentos de prisioneros políticos; culminada por una cruz monumental que extiende sus alas de cuervo sobre el paisaje; ornada en su antro consagrado con el estilo churrigueresco propiamente español; mármoles, dorados, pórfiros, perfiles atormentados, la basílica del Valle de los Caídos es posiblemente el único monumento del franquismo en el cual se manifieste cierta desmesura. A diferencia del estilo oficial de los sistemas totalitarios europeos, que está marcado por la grandilocuencia y el gigantismo, el estilo del franquismo sólo será discernible, en efecto, por su mediocre imitación del género escurialense. Con la excepción de esta basílica subterránea y suntuosa, consagrada a hacer perdurar el imperio de la muerte sobre la

conciencia colectiva de los españoles.

Madrid estaba extrañamente en calma esos días, los días de la muerte del general Franco. La ciudad parecía contener la respiración. Vivía de aquella agonía, pasivamente, en un suave terror interiorizado, extrañamente lleno de placer masoquista. Estaba claro, salvo para los dirigentes del partido comunista, que llamaban una vez más a una acción política masiva, estaba claro que nadie se movería. Como si la parálisis que se adueñaba del cuerpo del dictador, también se adueñara lentamente del conjunto de la ciudad. Madrid era, aquellos días, una capital de algunos millones de cadáveres. El cadáver de Franco, como un cuerpo cancerígeno, proliferaba a través de la ciudad en metástasis lamentables.

Pero los millones de madrileños aparentemente paralizados por esta muerte habían puesto una botella de champaña en la nevera. En fin, cuando digo champaña, entiéndase cave. Había una botella de cava en la nevera, de cualquier modo. Millones de tapones de vino espumoso debieron estallar como una serie de explosiones turbias, cuando la noticia oficial de la muerte del general Franco fue difundida.

Parece que uno de los pocos españoles que no bebió solo o en familia su botella de cava fue Felipe González. Se dice que afirmó en aquella ocasión que nunca brindaría por la muerte de alguien, aunque fuera su peor enemigo. No sé si la anécdota es verdadera, pero es verosímil, simbólica, incluso. Porque la personalidad de Felipe González se inscribe en el exacto y tajante revés de la faz pálida del franquismo. Expresa un gusto por la vida, incluso en los desórdenes de la libertad, opuesto a la tradición fúnebre y funesta del autoritarismo español.

Algún tiempo más tarde, en el curso de un viaje a Estados Unidos, Felipe González pronunció palabras reveladoras, me parece,

de su carácter personal. Respondiendo a una pregunta que quería ser embarazosa sobre el modo de vida norteamericano, declaró de golpe: “Preferiría morir apuñalado en el metro de Nueva York que vivir en la seguridad mediocre y opresora de las calles de Moscú”. Por ahí, con gran escándalo más o menos confesado de muchos y de buena parte de sus amigos políticos, se desmarcaba de la inevitable cantilena antiamericana del hombre de izquierda español de la época. Pero además afirmaba ese gusto por la libertad, cualesquiera que fueran sus riesgos, que había en cierto modo gobernado todas sus decisiones políticas y que iba a continuar gobernándolas: el socialismo democrático contra el comunismo; la economía de mercado contra el estatismo dirigista; la pertenencia a la alianza de países democráticos contra el aislacionismo o el neutralismo tercermundista.

Yo estaba en la entrada del palacio de la Moncloa, en julio de 1988. Eran las doce de la noche; un hálito de aire fresco parecía estremecerse entre las hojas de los árboles. Felipe González había evocado el fantasma de Federico Sánchez; yo evocaba el fantasma del pasado.

Yo había conocido a Felipe en Madrid, uno de los días de la larga agonía del dictador. Creo recordar que había sido él el que había deseado encontrarse con nosotros. Nosotros: algunos intelectuales activos en la lucha contra el franquismo. Que habíamos, por ello, militado en la organización clandestina del partido comunista, de la que todos, unos después de otros, habíamos sido expulsados.

El joven de treinta y tres años que había conocido aquel día, me interesó de inmediato: también hay flechazos de amistad masculina. Por entonces era prácticamente desconocido. Sabíamos que había sido nombrado secretario general del partido socialista un año antes, en

un congreso celebrado en los alrededores de París, en Suresnes, que consagró la llegada al poder de la joven guardia agrupada en torno a él y a Alfonso Guerra, su *alter ego*, se decía. No sabíamos muchas cosas más.

Pero aquel joven prácticamente desconocido iba a convertirse dos años más tarde, después de las primeras elecciones libres de 1977, en el líder del partido de izquierdas más importante —y de lejos—, con gran sorpresa, gran escándalo a veces, de la mayoría de los progresistas europeos, que habían apostado por Santiago Carrillo, viejo bonzo, vieja veleta, viejo kominterniano sin escrúpulos ni memoria, que una buena parte de la izquierda hacía tontamente —y las tonterías se pagan en política— portaestandarte respetable de un marxismo renovado, ¡o irrisión! (Por fortuna había en Alemania, en el SPD, algunos hombres, entre los cuales se contaba Willy Brandt, que habían intuido la estatura de Felipe González, pero es verdad que el SPD ya había hecho hacía tiempo su retorno a la realidad, en Bad Godesberg.)

Siete años después, aquel joven se convertiría en el primer jefe de Gobierno socialista desde la guerra civil española, y ello durante al menos cuatro legislaturas —las tres primeras con mayoría absoluta en el Parlamento, y la cuarta, con una mayoría relativa suficiente para constituir el eje de una coalición dinámica.

Yo escuchaba a Felipe González a la entrada del palacio de la Moncloa.

Me acordaba de aquel joven con el pelo demasiado largo, con las americanas de pana, que en 1975 se lanzaba a la conquista de los cerebros y corazones de sus conciudadanos. Me decía que iba a trabajar junto a él, lo que me apasionaba. Me preguntaba si había cambiado. O mejor dicho, si el poder le había cambiado. Que él hubiera

cambiado el poder, sus códigos y sus discursos habituales en España, de eso no cabía la menor duda. ¿Pero no habría el poder cambiado también a Felipe González?

Eran las doce de la noche en la entrada de La Moncloa y yo me preguntaba en el silencio de mi fuero íntimo si Jaime Gil de Biedma, gran poeta, compañero de largos paseos e interminables conversaciones nocturnas, no se habría equivocado por una vez. Había vaticinado, al final de uno de sus *Poemas morales* escritos bajo el franquismo, que “de todas las historias de la Historia / la más triste sin duda es la de España / porque termina mal. . .”.

¿Y si la historia de España, por una vez, no terminara demasiado mal?

(Jorge Semprún)

## JORGE SEMPRUN

Jorge Semprún nació en 1923 en Madrid, donde vivió hasta la guerra civil española, cuando, junto a su familia, tuvo que exiliarse. Durante la Segunda Guerra Mundial militó en la Resistencia francesa, fue apresado por los nazis y enviado, en 1943, a un campo de concentración. Como miembro destacado del Partido Comunista de España militó en la clandestinidad hasta 1964, cuando se separó de él y derivó hacia posiciones profundamente críticas. Desde entonces se dedica a la doble actividad de guionista y escritor. Su primera novela, *El largo viaje*, se publicó en Francia en 1963 y con ella ganó en 1964 el prestigiosísimo Premio Formentor. En 1969, obtuvo por *La segunda muerte de Ramón*

Mercader el Premio Fémina y, en 1977, el Premio Planeta por *Autobiografía de Federico Sánchez*. Llamado por el presidente Felipe González, fue ministro de Cultura entre 1988 y 1991, cargo que se vio forzado a abandonar con motivo de las tensiones en el seno del PSOE, que él fue uno de los primeros en poner en evidencia. Reside actualmente en Francia.

## VOCABULARIO

- |                           |                        |                |                                  |
|---------------------------|------------------------|----------------|----------------------------------|
| vuelo titubeante          | 摇摇晃晃地飞行                | escalinata     | <i>f.</i> 石头台阶                   |
| persiana                  | <i>f.</i> 百叶窗          | velada         | <i>f.</i> 不眠                     |
| guarnición                | <i>f.</i> 驻军           | irrisorio, ria | <i>adj.</i> 可笑的,滑稽的              |
| efervescencia             | <i>f.</i> 骚动; 兴奋, 激昂   | hermético, ca  | <i>adj.</i> 费解的                  |
| vetusto, ta               | <i>adj.</i> 古老的        | Platón         | 柏拉图(约公元前427—347, 古希腊哲学家)         |
| pátina                    | <i>f.</i> 绿锈, 铜锈       | Tocqueville    | 托克维尔(1805—1859, 法国政治学家、历史学家和政治家) |
| presunción                | <i>f.</i> 自负           | vicario        | <i>m.</i> 代理人                    |
| a bocajarro               | 出其不意                   | ujier          | <i>m.</i> 门卫                     |
| esquizofrénico, ca        | <i>adj.</i> 患精神分裂症的(人) | arribismo      | <i>m.</i> 热中于名利地位                |
| peripecia                 | <i>f.</i> 变故, 突变       | Bosco          | 鲍斯高                              |
| denegado, da              | <i>adj.</i> 被拒绝的, 被否定的 | Goya           | 戈雅(1746—1828, 西班牙著名画家)           |
| peleagudo, da             | <i>adj.</i> 棘手的, 难解决的  | Patinir        | 帕蒂尼尔(1485—1524, 佛兰芒画家, 西欧第一      |
| remodelación del Gabinete | 内阁改组                   |                |                                  |



个专画风景画的画家)  
 Cranach 克拉纳赫 (1472—1553, 德国画家、装饰设计师和插图画家)  
 inexorablemente *adv.* 毫不留情地  
 desvelar *vt.* 操劳  
 organización eclesial 基督教组织  
 letanía de epítetos 一连串表示性质特征的形容词  
 afasia *f.* 失语症  
 obnubilar *vi.* 目眩; 糊涂  
 mono *m.* 衣裤相连的工作服  
 parterre *m.* 花坛  
 mosquetón *m.* 短枪  
 manifestaciones esporádicas 零星的游行示威  
 transgredir *vi.* 违反, 违犯  
 jalonar *vt.* 立标杆标出  
 lancero *m.* 长矛兵  
 inmanencia *f.* 内在性, 固有性  
 mesiánico, ca *adj.* 救世主的  
 René Char 夏尔 (1907—法国诗人)  
 sequoia *f.* 红杉  
 fulgurante *adj.* 光辉的, 辉煌的  
 volatilizar *vt.* 挥发  
 judaísmo *m.* 犹太教  
 insidiosamente *adv.* 阴险地, 不怀好意地  
 gleba *f.* 土块  
 estilo cartesiano 笛卡尔风格  
 autárquico, ca *adj.* 绝对主权的  
 rechoncho, cha *adj.* 矮胖的  
 turiferario, ria *adj.* 拍马屁的  
 estilo churrigueresco 浮饰过多的风格  
 pórfiro *m.* 巢穴  
 basílica *f.* 大教堂  
 suntuoso, sa *adj.* 豪华的  
 masoquista *m., f.* 色情受虐狂者  
 cancerígeno, na *adj.* 致癌的  
 metástasis *f.* 转移  
 cava *f.* 挖, 掘  
 embarazoso, sa *adj.* 为难的  
 estatismo *m.* 中央集权下的经济统制  
 alter ego 另外一个我  
 bonzo *m.* 和尚  
 veleta *f.* 三心二意的人  
 portaestandarte *m.* 旗手  
 vaticinar *vt.* 预言, 预测



# **LITERATURA (1)**

## EL CABALLERO CARMELO

### I

Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentarse, vimos aparecer, desde la reja, en el fondo de la plazoleta, un jinete en bellissimo caballo de paso, pañuelo al cuello que agitaba el viento, sanpedrano pellón de sedosa cabellera negra, y henchida alforja, que picaba espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor, que años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

—¡Roberto! ¡Roberto!

Entró el viajero al empedrado patio donde el ñorbo y la campanilla enredábanse en las columnas como venas en un brazo y descendió en los de todos nosotros. ¡Cómo se regocijaba mi madre! Tocábalo, acariciaba su tostada piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros; fue a su cuarto, pasó al comedor, vio los objetos que se habían comprado durante su ausencia, y llegó al jardín:

—¿Y la higuera? —dijo.

Buscaba, entristecido, aquel árbol cuya semilla sembrara él mismo antes de partir. Reímos todo:

—¡Bajo la higuera estás!

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina. Tocólo mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rozaban la cara, y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebotante; sacaba él, uno a uno, los objetos que traía y los

iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas tan ricas! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blancos, envueltos por la cintura con paja de cebada, de la Quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; frijoles colados, en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chíncha Baja; bizcochuelos, en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de piedra de Guamanga tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco, tejas rellenas, y una traba de gallo con los colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al entregámoslo:

—Para mamá... para Rosa... para Jesús... para Héctor...

—¿Y para papá? —le interrogamos, cuando terminó.

—Nada...

—¿Cómo? ¿Nada para papá?...

Sonrió el amado, llamó al sirviente y le dijo:

—¡El Carmelo!

A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

—¡Cocorocóooo!...

—¡Para papá! —dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia ya pasada, a quien acaeciera historia digna de relato; cuya memoria perdura aun en nuestro hogar como una sombra alada y triste: el Caballero Carmelo.

## I

Amanecía, en Pisco, alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el frescor del alba, en el radiante despertar del día, sentíamos los pasos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Marchábase éste con sus mohosos goznes; oíase el canto del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la mañana, la alegría sana de la vida. Después mi madre venía a nosotros, nos hacía rezar, arrodillados en la cama con nuestras blancas camisas de dormir; vestíamos luego, y, al concluir nuestro tocado, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba éste a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mi madre, qué llegaba todos los días, a la misma hora, con el pan calentito y apetitoso, montado en su burro, detrás de los dos capachos de acero, repletos de toda clase de pan; hogazas, pan francés, pan de mantecado, rosquillas. . .

Mi madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana Jesús lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, cubierta de hule brillante, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban. Volaban las palomas, picoteábanse las gallinas por el grano, y entre ellas, escabullíanse los conejos. Después de su frugal comida, hacían grupo alrededor nuestro. Venía hasta nosotros la cabra, refregando su cabeza en nuestras piernas; piaban los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos, con sus largas orejas; sus redondos ojos brillantes y

su boca de niña presumida; los patitos, recién sacados, amarillos como yema de huevo, trepaban en un *panto* de agua; cantaba desde su rincón, entrabado, el “Carmelo”; y el pavo, siempre orgulloso, alharaquero y antipático, hacía por desdenarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían por lo bajo, comentarios, sobre la actitud poco gentil del petulante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapóse de corral “el Pelado”, un pollón sin plumas, que parecía uno de aquellos jóvenes de diez y siete años, flacos y golosos. Pero “el Pelado”, a más de eso, era pendenciero y escandaloso, y aquel día mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, habíase encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo tratóse de suprimirlo, y cuando mi padre supo sus fechorías, dijo, pausadamente:

—Nos lo comeremos el domingo. . .

Defendiólo mi tercer hermano, Anfiloquio, su poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el “Carmelo” todos miraban mal al “Pelado”, que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y de la sangre fina.

—¿Cómo no matan —decía en defensa del gallo— a los patos que no hacen más que ensuciar el agua, ni al cabrito que el otro día aplastó un pollo, ni al puerco que todo lo enloda y sólo sabe comer y gritar, ni a las palomas que traen la mala suerte? . . .

Se adujo razones. El cabrito era un bello animal, suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban; además no estaba comprobado que hubiera muerto al pollo. El puerco mofletudo había sido criado en casa desde pequeño. Y las palomas,

con sus alas de abanico eran la nota blanca, subíanse a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darlo a sus polluelos.

El pobre “Pelado” estaba condenado. Mis hermanos pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran valiosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano y su señor, de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa y estando la audiencia al final, pues iban a partir de sandía, inclinó la cabeza. Dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato, como un sacrificio, y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos. Levantóse mi madre, acercóse al muchacho, lo besó en la frente, y le dijo:

—No llores; no nos lo comeremos...

## II

Quien sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila, vecina a la Estación y torna por la calle del Castillo, que hacia el sur se alarga, encuentra, al terminar, una plazuela pequeña, donde quemaban a Judas el Domingo de Pascua de Resurrección, desolado lugar en cuya arena verdeguean a trechos las malvas silvestres. Al lado del Poniente, en vez de casas, extiende el mar su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda orilla.

Termina en ella el puerto, y, siguiendo hacia el sur, se va, por estrecho y arenoso camino, teniendo a diestra el mar y a izquierda mano angostísima faja, ora fértil, ora infecunda, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a Oriente, extiéndese el desierto cuya entrada vigilan, de trecho en trecho, como centinelas, una que otra



palmera desmedrada, alguna higuera nervuda y enana y los toñuces siempre coposos y frágiles. Ondeá en el terreno la “hierba del alacrán”, verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez, bermeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras únense en pequeños grupos, tal como lo hacen los peregrinos al cruzarlo y, ante el peligro, los hombres.

Siguiendo el camino, divisase en la costa, en la borrosa y vibrante vaguedad marina, San Andrés de los pescadores, la aldea de sencillas gentes, que eleva sus casuchas entre la rumorosa orilla y el estéril desierto. Allí, las palmeras se multiplican y las higueras dan sombra a los hogares, tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera caducado; que bastante castigo recibió la que sostuvo en sus ramas al traidor, y todas sus flores dan frutos que al madurar revientan.

En tan peregrina aldea, de caprichoso plano, levántanse las casuchas de frágil caña y estera leve, junto a las palmeras que a la puerta vigilan; limpio y brillante, reposando en la arena blanda sus caderas amplias, duerme a la puerta, el bote pescador, con sus velas plegadas, sus remos tendidos como tranquilos brazos que descansan, entre los cuales yacen con su muda y simbólica majestad, el timón grácil, la calabaza que “achica” el agua mar afuera y las sogas retorcidas como serpientes que duermen. Cubre, piadosamente, la pequeña nave, cual blanca mantilla, la pescadora red circundada de caireles de liviano corcho.

En las horas del medio día, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la nave, teje la red el pescador abuelo; sus toscos dedos anudan el lino que ha de enredar al sorprendido pez; raspa la abuela el plateado lomo de los que la vispera trajo la nave; saltan al

sol, como chispas, las escamas y el perro husmea en los despojos. al lado, en el corral que cercan enormes huesos de ballenas, trepan los chiquillos desnudos sobre el asno pensativo, o se tuestan al sol en la orilla; mientras, bajo la ramada, el más fuerte pule un remo; la moza fresca y ágil, saca agua del pozuelo y las gaviotas alborozadas recorren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote, duerme el hombre de mar, el fuerte mancebo, embriagado por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorrillas cruzadas, y en cuyos duros pies de redondos dedos, piérdense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el aire y el sol, la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila, y el fuerte pecho desnudo que se levanta rítmicamente, con el ritmo de la Vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el mundo.

Por las calles no transitan al medio día las personas y nada turba la paz de aquella aldea, cuyos habitantes no son más numerosos que los dátiles de sus veinte palmeras. Inglesía ni cura habían, en mi tiempo, las gentes de San Andrés. Los domingos, al clarear el alba, iban al puerto, con los jumentos cargados de corvinas frescas y luego en la capilla, cumplían con Dios. Buenas gentes de dulces rostros, tranquilo mirar, morigeradas y sencillas; indios de la más pura cepa, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca, atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oráculo del buen Pachacámac, con la ofenda en la alforja, la pregunta en la memoria y la fe en el sencillo espíritu.

Jamás riña alguna manchó sus claros anales; morales y austeros, labios de marido besaron siempre labios de esposa: y el amor, fuente

inagotable de odios y maldecires, era, entre ellos, tan normal y apacible como el agua de sus pozos. De fuertes padres, nacían, sin comadronas, rozagantes muchachos, en cuyos miembros la piel hacía gruesas arrugas; aires marinos henchían sus pulmones, y crecían sobre la arena caldeada, bajo el sol ubérrimo, hasta que aprendían a lanzarse al mar y a manejar los botes de piquete que zozobrando en las olas, les enseñaban a domeñar la marina furia.

*Maltones*, musculosos, inocentes y buenos, pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco unía a las parejas que formaban un nuevo nido, compraban un asno y se lanzaban a la felicidad, mientras las tortugas centenarias del hogar paterno, veían desenvolverse, impasibles, las horas; filosóficas, cansadas y pesimistas, mirando con llorosos ojos desde la playa, el mar, al cual no intentaban volver nunca, y al crepúsculo de cada día, lloraban, pero hundido el sol, metían la cabeza bajo la concha poliédrica y dejaban pasar la vida llenas de experiencia, sin fe, lamentándose siempre del perenne mal, pero inactivas, inmóviles, infecundas, y solas...

#### IV

Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso, justiciero y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendida color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora, acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasoles, su cuerpo de color caramelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes que estacas musulmanas y agudas defendían, cubiertas de escamas, parecían las de un armado caballero medieval.

Una tarde, mi padre, después del almuerzo, nos dio la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el “Carmelo”, cuyo prestigio era mayor que el del alcalde, no era un gallo de raza. Molestóse mi padre. Cambiáronse frases y apuestas; y aceptó. Dentro de un mes toparía el *Carmelo* con el *Ajiseco* de otro aficionado, famoso gallo vencedor, como el nuestro, en muchas lides singulares. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El “Carmelo” iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros ¿por qué aquella crueldad de hacerlo pelear?...

Llegó el terrible día. Todos en casa estábamos tristes. Un hombre había venido seis días seguidos a preparar al “Carmelo”. A nosotros ya no nos permitían ni verlo. El día 28 de julio, por la tarde, vino el preparador y de una caja llena de algodones, sacó una medialuna de acero con unas pequeñas correas; era la navaja, la espada del soldado. El hombre la limpiaba, probándola en la uña, delante de mi padre. A los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica, sacaron al gallo que el hombre cargó en sus brazos como a un niño. Un criado llevaba la cuchilla y mis dos hermanos lo acompañaron.

— ¡Qué crueldad! —dijo mi madre.

Lloraban mis hermanas, y la más pequeña, Jesús, me dijo en secreto, antes de salir:

—Oye, anda junto con él... Cuidalo... ¡pobrecito!...

Llevóse la mano a los ojos, echóse a llorar y yo salí precipitadamente y hube de correr unas cuadras para poder alcanzarlos.

## V

Llegamos a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta. Banderas peruanas agitábanse sobre las casas por el día de la Patria, que allí sabían celebrar con una gran jugada de gallos a la que solían ir todos los hacendados y ricos hombres del valle. En ventorrillos, a cuya entrada había arcos de sauce envueltos en colgaduras, y de los cuales prendían alegres quitasueños de cristal, vendían chicha de bonito, butifarras, pescado fresco asado en brasas y anegado en cebollones y vinagre. El pueblo los invadía, parlanchín y endomingado con sus mejores trajes. Los hombres de mar lucían camisetas nuevas de horizontales franjas rojas y blancas, sombreros de junco, alpargatas y pañuelos anudados al cuello.

Nos encaminamos a “la cancha”. Una frondosa higuera daba acceso al circo, bajo sus ramas enarcadas. Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló. Al frente estaba el juez y a su derecha el dueño del paladín *Ajiseco*. Sonó una campanilla, acomodáronse las gentes, y empezó la fiesta. Salieron por lugares opuestos dos hombres, llevando cada uno un gallo. Lanzáronlos al ruedo con singular ademán. Brillaron las cuchillas, miráronse los adversarios, dos gallos de débil contextura, y uno de ellos cantó. Colérico respondió el otro, echándose al medio del circo; miráronse fijamente; alargaron los cuellos, erizadas las plumas, y se acometieron. Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la muchedumbre y a los pocos segundos de jadeante lucha cayó uno de ellos. Su cabecita afilada y roja, besó el suelo, y la voz del juez:

—¡Ha enterrado el pico, señores!

Batió las alas el vencedor. Aplaudió la multitud enardecida, y

ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo. La primera jornada había terminado. Ahora entraba el nuestro: el “Caballero Carmelo”. Un rumor de expectación vibró en el circo:

— ¡El *Ajiseco* y el *Carmelo*!

— ¡Cien soles de apuesta! . . .

Sonó la campanilla del juez y yo empecé a temblar.

En medio de la expectación general salieron los dos hombres, cada uno con su gallo. Se hizo un profundo silencio y soltaron a los dos rivales. Nuestro *Carmelo* al lado del otro era un gallo viejo y achacoso; todos apostaban el enemigo, como augurio de que nuestro gallo iba a morir. No faltó aficionado que anunciara el triunfo del *Carmelo*, pero la mayoría de las apuestas favorecía al adversario. Una vez frente al enemigo, el *Carmelo* empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente. El otro, que en verdad no parecía ser un gallo fino de distinguida sangre y alcurnia, hacía cosas tan petulantes cuan humanas: miraba con desprecio a nuestro gallo y se paseaba como dueño de la cancha. Enardecieron los ánimos de los adversarios, llegaron al centro y alargaron sus erizados cuellos, tocándose los picos sin perder terreno. El *Ajiseco* dio la primera embestida; entablóse la lucha; las gentes presenciaban en silencio la singular batalla y yo rogaba a la Virgen que sacara con bien a nuestro viejo paladín.

Batiase él con todos los aires de un experto luchador, acostumbrado a las artes azarasas de la guerra. Cuidaba poner las patas armadas en el enemigo pecho, jamás picaba a su adversario, —que tal cosa es cobardía— mientras que éste, bravucón y necio, todo quería hacerlo a aletazos y golpes de fuerza. Jadeantes, se detuvieron un segundo. Un hilo de sangre corría por la pierna del *Carmelo*. Estaba herido, mas parecía no darse cuenta de su dolor. Cruzáronse nuevas

apuestas en favor del *Ajiseco* y las gentes felicitaban ya al poseedor del menguado. En un nuevo encuentro, el *Carmelo* cantó, acordóse de sus tiempos y acometió con tal furia que desbarató al otro de un solo impulso. Levantóse éste y la lucha fue cruel e indecisa. Por fin, una herida grave hizo caer al *Carmelo*, jadeante. . .

—¡Bravo! ¡Bravo el *Ajiseco*! —gritaron sus partidarios, creyendo ganada la prueba.

Pero el juez, atento a todos los detalles de la lucha y con acuerdo de cánones dijo:

—¡Todavía no ha enterrado el pico, señores!

En efecto, incorporóse el *Carmelo*. Su enemigo, como para humillarlo, se acercó a él, sin hacerle daño. Nació entonces, en medio del dolor de la caída, todo el coraje de los gallos de “Caucato”. Incorporado el *Carmelo*, como un soldado herido, acometió de frente y definitivo sobre su rival, con una estocada que lo dejó muerto en el sitio. Fue entonces cuando el *Carmelo* que se desangraba, se dejó caer, después que el *Ajiseco* había enterrado el pico. La jugada estaba ganada y un clamoreo incesante se levantó en la cancha. Felicitaron a mi padre por el triunfo, y como ésa era la jugada más interesante, se retiraron del circo, mientras resonaba un grito entusiasta:

—¡Viva el *Carmelo*!

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo condujimos a casa, atravesando por la orilla del mar el pesado camino, y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador que desfallecía.

## VI

Dos días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados. Mi

hermana Jesús y yo, le dábamos maíz, se lo poníamos en el pico: pero el pobrecito no podía comerlo ni incorporarse. Una gran tristeza reinaba en la casa. Aquel segundo día, después del colegio, cuando fuimos yo y mi hermana a verlo, lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar. Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos, le poníamos en el pico rojos granos de granada. De pronto el gallo se incorporó. Caía la tarde y por la ventana del cuarto donde estaba, entró la luz sangrienta del crepúsculo. Acercóse a la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo largo rato en la contemplación del cielo. Luego abrió nerviosamente las alas de oro, enseñoreóse y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomóse, estiró sus débiles patitas escamosas, mirándonos amoroso, expiró apaciblemente.

Echamos a llorar. Fuimos en busca de mi madre, y ya no lo vimos más. Sombria fue la comida aquella noche. Mi madre no dijo una sola palabra y bajo la luz amarillenta del lamparín, todos nos mirábamos en silencio. Al día siguiente, en el alba, en la agonía de las sombras nocturnas, no se oyó su canto alegre.

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez; el *Caballero Carmelo*, flor y nata de paladines, y último vástago de aquellos gallos de sangre y de raza, cuyo prestigio unánime fue el orgullo, por muchos años, de todo el verde y fecundo valle de Caucaito.

(Abraham Valdelomar)



## VOCABULARIO

ñorbo <i>m.</i> 西番莲	cairel <i>m.</i> 流苏, 穗子
chancaca <i>f.</i> 混糖	morigerado, da <i>adj.</i> 有节制的
mohoso, sa <i>adj.</i> 生锈的	maltón, na <i>adj.</i> 年少的
gozne <i>m.</i> 铰链	poliédrico, ca <i>adj.</i> 多面体的
capacho <i>m.</i> 浅口带耳筐	magro, gra <i>adj.</i> 干瘦的
alharaquero, ra <i>adj.</i> 大惊小怪的	agalla <i>f.</i> 鳃
mofletudo, da <i>adj.</i> 脸蛋胖乎乎的	ventorrillo <i>m.</i> 客栈
escarpado, da <i>adj.</i> 坡度大的	butifarra <i>f.</i> 夹馅面包

## EL VUELO DE LOS CONDORES

### I

Aquel día demoré en la calle y no sabía qué decir al volver a casa. A las cuatro salí de la Escuela, deteniéndome en el muelle, donde un grupo curioso rodeaba a unas cuantas personas. Metido entre ellas supe que había desembarcado un circo.

—Ese es el barrista —decían unos, señalando a un hombre de mediana estatura, cara angulosa y grave, que discutía con los empleados de la aduana.

—Aquél es el domador.

Y señalaban a un sujeto hosco, de cónica patilla, con gorrita, polainas, fute y cierto desenfado en el andar. Le acompañaba una bella mujer con flotante velo lila en el sombrero; llevaba un perrillo atado a una cadena y una maleta.

—Este es el payaso —dijo alguien.

El buen hombre volvió la cara vivamente:

—¡Qué serio!

—Así son en la calle.

Era éste un joven alto, de movibles ojos, respingada nariz y ágiles manos. Pasaron luego algunos artistas más; y cogida de la mano de un hombre viejo y muy grave, una niña blanca, muy blanca, sonriente, de rubios cabellos, lindos y morenos ojos. Pasaron todos. Seguí entre la multitud aquel desfile y los acompañé hasta que tomaron el cochecito, partiendo entre la curiosidad bullanguera de las gentes.

Yo estaba dichoso por haberlos visto. Al día siguiente contaría en la Escuela quiénes eran, cómo eran y qué decían. Pero encaminándome a casa, me di cuenta de que ya estaba oscureciendo. Era muy tarde. Ya habrían comido. ¿Qué decir? Sacóme de mis cavilaciones una mano posándose en mi hombro.

— ¡Cómo! ¿dónde has estado?

Era mi hermano Anfiloquio. Yo no sabía qué responder.

— Nada —apunté con despreocupación forzada— que salimos tarde del colegio. . .

— No puede ser, porque Alfredito llegó a su casa a las cuatro y cuarto. . .

Me perdi. Alfredito era hijo de don Enrique, el vecino; le habían preguntado por mí y había respondido que salimos juntos de la Escuela. No había más. Llegamos a casa. Todos estaban serios. Mis hermanos no se atrevían a decir palabra. Felizmente, mi padre no estaba y cuando fui a dar el beso a mamá, ésta, sin darle la importancia de otros días, me dijo fríamente:

— Cómo, jovencito, ¿éstas son horas de venir? . . .

Yo no respondí nada. Mi madre agregó:

— ¡Está bien! . . .

Metíme en mi cuarto y me senté en la cama con la cabeza inclinada. Nunca había llegado tarde a mi casa. Oí un manso ruido; levanté los ojos. Era mi hermanita. Se acercó a mí tímidamente.

— Oye —me dijo tirándome del brazo y sin mirarme de frente— anda a comer.

Su gesto me alentó un poco. Era mi buena confidente, mi abnegada compañera, la que se ocupaba de mí con tanto interés como de ella misma.

— ¿Ya comieron todos? —le interrogué.

—Hace mucho tiempo. ¡Si ya vamos a acostarnos! Ya van a bajar el farol! . . .

—Oye —le dije— ¿y qué han dicho? . . .

—Nada; mamá no ha querido comer. . .

Yo no quise ir a la mesa. Mi hermana salió y volvió al punto trayéndome a escondidas un pan, un plátano y unas galletas que le habían regalado en la tarde.

—Anda. come, no seas zonzo. No te van a hacer nada. . . Pero eso sí, no lo vuelvas a hacer. . .

—No, no quiero.

—Pero oye, ¿dónde te fuiste? . . .

Me acordé del circo. Entusiasmado pensé en aquel admirable circo que había llegado, olvidé a medias mi preocupación, empecé a contarle las maravillas que había visto. ¡Eso era un circo!

—Cuántos volatineros hay —le decía— un barrista con unos brazos muy fuertes; un domador muy feo, debe ser muy valiente porque estaba muy serio. ¡Y el oso! En su jaula de barrotes, husmeando entre las rendijas! ¡Y el payaso! . . . ¡Pero qué serio es el payaso! Y unos hombres, un montón de volatineros, el caballo blanco, el mono, con su saquito rojo, atado a mi cadena. ¡Ah, es un circo espléndido!

—¿Y cuándo dan función?

—El sábado. . .

E iba a continuar, cuando apareció la criada:

—Niñita ¡A acostarse!

Salió mi hermana. Oí en la otra habitación la voz de mi madre que la llamaba y volvía a quedarme solo, pensando en el circo, en lo que había visto y en el castigo que me esperaba.

Todos se habían acostado ya. Apareció mi madre, sentóse a mi

lado y me dijo que había hecho muy mal. Me riñó blandamente, y entonces tuve claro concepto de mi falta. Me acordé de que mi madre no había comido por mí: me dijo que no se lo diría a papá, porque no se molestase conmigo. Que yo la hacía sufrir, que yo no la quería. . .

¡Cuán dulces eran las palabras de mi pobrecita madre! ¡Qué mirada tan pesarosa con sus benditas manos cruzadas en el regazo! Dos lágrimas cayeron juntas de sus ojos, y yo, que hasta ese instante me había contenido, no pude más, y sollozando, le besé las manos. Ella me dio un beso en la frente. ¡Ah, cuán feliz era, qué buena era mi madre, que sin castigarme, me había perdonado!

Me dio después muchos consejos, me hizo rezar “el bendito”, me ofreció la mejilla, que besé, y me dejó acostado.

Sentí ruido al poco rato. Era mi hermanita. Se había escapado de su cama descalza; echó algo sobre la mía, y me dijo volviéndose a la carrera y de puntitas como había entrado:

—Oye, los dos centavos para ti, y el trompo también te lo regalo. . .

## II

Soné con el circo. Claramente aparecieron en mi sueño todos los personajes. Vi desfilar a todos los animales. El payaso, el oso, el mono, el caballo, y, en medio de ellos, la niña rubia, delgada de ojos negros, que me miraba sonriente. ¡Qué buena debía ser esa criatura tan callada y delgaducha! Todos los artistas se agrupaban, bailaba el oso, pirueteaba el payaso, giraba en la barra el hombre fuerte, en su caballo blanco daba vueltas al circo una bella mujer, y todo se iba borrando en mi sueño, quedando sólo la imagen de la

desconocida niña con su triste y dulce mirada lánguida.

Llegó el sábado. Durante el almuerzo, en mi casa, mis hermanos hablaron del circo. Exaltaban la agilidad del barrista, el mono era un prodigio, jamás había llegado un payaso más gracioso que “Confitito”; qué oso tan inteligente; y luego... todos los jóvenes de Pisco iban a ir aquella noche al circo...

Papá sonreía aparentando seriedad. Al concluir el almuerzo sacó pausadamente un sobre.

—¡Entradas! —cuchichearon mis hermanos.

—Sí, entradas. ¡Espera!...

—¡Entradas! —insistía el otro.

El sobre fue al poder de mi madre.

Levantóse papá y con él la solemnidad de la mesa; y todos saltando de nuestros asientos, rodeamos a mi madre.

—¿Qué es? ¿Qué es?...

—¡Estarse quietos o... no hay nada!

Volvimos a nuestros puestos. Abrióse el sobre y ¡oh, papelillos morados!

Eran las entradas para el circo; venía dentro un programa. ¡Qué programa! ¡Con letras enormes y con los artistas pintados! Mi hermano mayor leyó. ¡Qué admirable maravilla!

El afamado barrista Kendall, el hombre de goma; el célebre domador Mister Gladys; la bellísima amazona Miss Blutner con su caballo blanco, el caballo matemático; el graciosísimo payaso “Confitito”, rey de los payasos del Pacífico, y su mono; y el extraordinario y emocionante espectáculo “El Vuelo de los Cóndores”, ejecutado por la pequeñísima artista Miss Orquídea.

Me dio una corazonada. La niña no podía ser otra... Miss Orquídea, ¿Y esa niña frágil y delicada iba a realizar aquel prodigio?

Celebraban alborozados mis hermanos el circo, y yo, pensando, me fui al jardín, después a la Escuela, y aquella tarde no atravesé palabra con ninguno de mis camaradas.

## I

A las cuatro salí del colegio, y me encaminé a casa. Dejaba los libros cuando sentí ruido y las carreras atropelladas de mis hermanos.

—¡El “convite”! . . .

—Abraham, Abraham! —gritaba mi hermanita—. ¡ Los volatineros!

Salimos todos a la puerta. Por el fondo de la calle venía un grupo enorme de gente que unos cuantos músicos precedían. Avanzaron. Vimos pasar la banda de música con sus bronces ensortijados y sonoros, el bombo iba delante dando atronadores compases, después, en un caballo blanco, la artista Miss Blutner, con su ceñido talle, sus rosadas piernas, sus brazos desnudos y redondos. Precioso atavío llevaba el caballo, que un hombre con casaca roja y un penacho en la cabeza, lleno de cordones, portaba de la brida; después iba Mister Kendall, en traje del oficio, mostrando sus musculosos brazos, en otro caballo. Montaba el tercero Miss Orquídea, la bellísima criatura, que sonreía tristemente; en seguida el mono, muy engalanado, caballero en un asno pequeño, y luego “Confitito”, rodeado de muchedumbre de chiquillos que palmoteaban a su lado llevando el compás de la música.

En la esquina se detuvieron “y Confitito” entonó al son de la música esta copla:

*Los jóvenes de este tiempo  
usan flor en el ojal  
y dentro de los bolsillos  
no se les encuentra un real . . .*

Una algazara estruendosa coreó las últimas palabras del payaso. Agitó éste su cónico gorro, dejando al descubierto su pelada cabeza. Rompió el bombo la marcha y todos se perdieron por el fin de la plazuela hacia los rieles del ferrocarril para encaminarse al pueblo. Una nube de polvo los seguía y nosotros entramos a casa nuevamente, en tanto que la caravana multicolor y sonora se esfumaba detrás de los toñuces, en el salitroso camino.

#### IV

Mis hermanos apenas comieron. No veíamos la hora de llegar al circo. Vestímonos todos, y listos, nos despedimos de mamá. Mi padre llevaba su "Carlos Alberto". Salimos, atravesamos la plazuela, subimos la calle del tren, que tenía al final una baranda de hierro, y llegamos al cochecito, que agitaba su campana. Subimos al carro, sonó el pitear de partida; una trepidación; soltóse el breque; chasqueó el látigo, y las mulas halaron . . .

Llegamos por fin al pueblo y poco después al circo. Estaba éste en una estrecha calle. Un grupo de gentes se estacionaba en la puerta que iluminaban dos grandes aparatos de bencina de cinco luces. A la entrada, en la acera había mesitas, con pequeños toldos, donde en floreados vasos con las armas de la patria estaba la espumosa, blanca chicha de maní, la amarilla de garbanzos y la dulce del "bonito", las



butifarras, que eran panes en cuya boca abierta el ají y la lechuga ocultaban la carne; los platos con cebollas picadas en vinagre, la fuente de “escabeche” con sus yacentes pescados, la “causa”, sobre cuya blanda masa reposaba graciosamente el rojo de los camarones, el morado de las aceitunas, los pedazos de queso, los repollos verdes y el “pisco” oloroso, alabado por las vendedoras. . .

Entramos por un estrecho callejoncito de adobes, pasamos un espacio pequeño donde charlaban gentes, y al fondo, en un inmenso corralón, levantábase la carpa. Una gran carpa, de la que salían gritos, llamadas, piteos, risas. Nos instalamos. Sonó una campanada.

— ¡Segunda! — gritaron todos, aplaudiendo.

El circo estaba rebosante, La escalonada muchedumbre formaba un gran círculo, y delante de los bajos escalones, separada por un zócalo de lona, la platea, y entre ésta y los palcos que ocupábamos nosotros, un pasadizo. Ante los palcos estaba la pista, la arena donde iban a realizarse las maravillas de aquella noche.

Sonó largamente otro campanillazo.

— ¡Tercera! ¡Bravo, bravo!

La música comenzó con el programa: “obertura por la banda”. Presentación de la compañía. Salieron los artistas en doble fila. Llegaron al centro de la pista y saludaron a todas partes, con una actitud uniforme, graciosa y peculiar; en el centro, Miss Orquídea, con su admirable cuerpecito, vestida de punto, con zapatillas rojas, sonreía.

Salió el barrista, gallardo, musculoso, con sus negros, espesos y retorcidos bigotes. ¡Qué bien peinado! Saludó. Ya estaba lista la barra. Sacó un pañuelo de un bolsillo secreto en el pecho, colgóse, giró retorcido, vertiginosamente, paróse en la barra, pendió de corvas; de brazos, de vientre; hizo rehilete y, por fin, dio un gran salto mortal y cayó en la alfombra, en el centro del circo. Gran

aclamación. Agradeció. Después todos los números del programa. Pasó Miss Blutner corriendo en su caballo; contó éste con la pata desde uno hasta diez; a una pregunta que le hizo su ama de si dos y dos eran cinco, contestó negativamente con la cabeza, en convencido ademán. Salió Mister Gladys con su oso; bailó éste acompañado y socarrón, pirueteó el mono, se golpeó varias veces el payaso y, por fin, el público exclamó al terminar el segundo entreacto:

—¡El Vuelo de los Cóndores!

## V

Un estremecimiento recorrió todos mis nervios. Dos hombres de casaca roja pusieron en el circo, uno frente a otro, unos estrados altos, altísimos, que llegaban hasta tocar la carpa. Dos trapecios colgados del centro mismo de ésta oscilaban. Sonó la tercera campanada y apareció entre dos artistas Miss Orquídea, con su apacible sonrisa; llegó al centro, saludó graciosamente, colgóse de una cuerda y la ascendieron al estrado. Paróse en él delicadamente, como una golondrina en un alero breve. La prueba consistía en que la niña tomase el trapecio, que, pendiendo del centro, le acercaban con unas cuerdas a la mano y, colgada de él, atravesara el espacio donde otro trapecio la esperaba, debiendo en la gran altura cambiar de trapecio y detenerse nuevamente en el estrado opuesto.

Se dieron las voces, se soltó el trapecio opuesto, y en el suyo la niña se lanzó mientras el bombo —detenida la música— producía un ruido siniestro y monótono. ¡Qué miedo, qué dolorosa ansiedad! ¡Cuánto habría dado yo por que aquella niña rubia y triste no volase! Serenamente realizó la peligrosa hazaña. El público silencioso y casi

inmóvil la contemplaba, y cuando la niña se instaló nuevamente en el estrado y saludó, segura de su triunfo, el público la aclamó con vehemencia. La aclamó mucho. La niña bajó, el público seguía aplaudiendo. Ella, para agradecer, hizo unas pruebas difíciles en la alfombra, se curvó, su cuerpecito se retorció como un aro, y enroscada, giraba, giraba como un extraño monstruo, el cabello despeinado, el color encendido. El público aplaudía más, más. El hombre que la traía en el muelle de la mano habló algunas palabras con los otros. La prueba iba a repetirse.

Nuevas aclamaciones. La pobre niña obedeció al hombre adusto casi inconscientemente. Subió. Se dieron las voces. El público enmudeció, el silencio se hizo en el circo y yo hacía votos, con los ojos fijos en ella, porque saliese bien de la prueba. Sonó una palmada y Miss Orquídea se lanzó. . . ¿Qué le pasó a la pobre niña? Nadie lo sabía. Cogió mal el trapecio, se soltó a destiempo, titubeó un poco, dio un grito profundo, horrible pavoroso y cayó como un avecilla herida en el vuelo, sobre la red del circo, que la salvó de la muerte. Rebotó en ella varias veces. El golpe fue sordo. La recogieron, escupió y vi mancharse de sangre su pañuelo, perdida en brazos de esos hombres y en medio del clamor de la multitud.

Papá nos hizo salir, cruzamos las calles, tomamos el cochecito y yo, mudo y triste, oyendo los comentarios, no sé qué cosas pensaba contra esa gente. Por primera vez comprendí entonces que había hombres muy malos. . .

## VI

Pasaron algunos días. Yo recordaba siempre con tristeza a la po-

bre niña; la veía entrar al circo, vestida de punto, sonriente, pálida; la veía después caída, escupiendo sangre en el pañuelo, ¿dónde estaría? El circo seguía funcionando. Mi padre no quiso que fuéramos más. Pero ya no daban el Vuelo de los Cóndores. Los artistas habían querido explotar la piedad del público haciendo palpable la ausencia de Miss Orquídea.

El sábado siguiente, cuando había vuelto de la Escuela y jugaba en el jardín con mi hermana, oímos música.

— ¡El convite! Los volatineros. . .

Salimos en carrera loca. ¿Vendría Miss Orquídea? . . .

¡Con qué ansia vi acercarse el desfile! Pasó el bombo sordo con sus golpes definitivos, los músicos con sus bronces ensortijados, los platillos estridentes, los acróbatas, y, después, después el caballo de Miss Orquídea, solo, con un listón negro en la cabeza. . . Luego el resto de la farándula, el mono impasible haciendo sus eternas muecas sin sentido. . .

¿Dónde estaba Miss Orquídea? . . .

No quise ver más; entré a mi cuarto y por primera vez, sin saber por qué, lloré a escondidas la ausencia de la pobrecita artista.

## VI

Algunos días más tarde, al ir, después del almuerzo, a la Escuela, por la orilla del mar, al pie de las casitas que llegan hasta la ribera y cuyas escalas mojan las olas a ratos, salpicando las terrazas de madera, sentéme a descansar, contemplado el mar tranquilo y el muelle, que a la izquierda quedaba. Volvi la cara al oír unas palabras en la terraza que tenía a mi espalda y vi algo que me inmovilizó. Vi

una niña muy pálida, muy delgada, sentada, mirando desde allí el mar. No me equivocaba; era Miss Orquídea, en un gran sillón de brazos, envuelta en una manta verde, inmóvil.

Me quedé mirándola largo rato. La niña levantó hacia mí los ojos y me miró dulcemente. ¡Cuán enferma debía estar! Seguí a la Escuela y por la tarde volví a pasar por la casa. Allí estaba la enfermita, sola. La miré cariñosamente desde la orilla; esta vez la enferma sonrió, sonrió. ¡Ah, quién pudiera ir a su lado a consolarla! Volví al otro día, y al otro, y así durante ocho días. Eramos como amigos. Yo me acercaba a la baranda de la terraza, pero no hablábamos. Siempre nos sonreíamos mudos y yo estaba mucho tiempo a su lado.

Al noveno día me acerqué a la casa. Miss Orquídea no estaba. Entonces tuve una sospecha; había oído decir que el circo se iba pronto. Aquel día salía vapor. Eran las once, crucé la calle y atravesé el jirón de la Aduana. En el muelle vi a algunos de los artistas con maletas y líos, pero la niña no estaba. Me encaminé a la punta del muelle y esperé en el embarcadero. Pronto llegaron los artistas en medio de gran cantidad de pueblo y de granujas que rodeaban al mono y al payaso. Y entre Miss Blutner y Kendall, cogida de los brazos, caminando despacio, tosiendo, tosiendo, la bella criatura. Metíme entre las gentes para verla bajar al bote desde el embarcadero. La niña buscó algo con los ojos, me vio sonrió muy dulcemente conmigo y me dijo al pasar junto a mí:

—Adiós. . .

—Adiós. . .

Mis ojos la vieron bajar en brazos de Kendall al botecillo inestable; la vieron alejarse de los mohosos barrotes del muelle; y ella me miraba triste con los ojos húmedos; sacó su pañuelo y lo agitó

mirándome; yo la saludaba con la mano, y así se fue esfumando, hasta que sólo se distinguía el pañuelo como un ala rota, como una paloma agonizante, y por fin, no se vio más que el bote pequeño que se perdía tras el vapor...

Volví a mi casa, y a las cinco, cuando salí de la Escuela, sentado en la terraza de la casa vacía, en el mismo sitio que ocupara la dulce amiga, vi perderse a lo lejos, en la extensión marina, el vapor, que manchaba con su cabellera de humo el cielo sangriento del crepúsculo.

(Abraham Valdelomar)

## VOCABULARIO

fuate *m.* 鞭子

bullanguero, ra *adj.* 爱闹事的

piruetear *vi.* 跳跃

bombo *m.* 乐队大鼓手

algazara *f.* 欢闹声

breque *m.* 马车

bencina *f.* 汽油

rehilete *m.* 玩具羽箭

a destiempo 不适时地

farándula *f.* 喜剧表演班子

## HEBARISTO, EL SAUCE QUE MURIO DE AMOR

### I

Inclinado al borde de la parcela colindante con el estéril yermo, rodeado de “yerbas santas” y “llantenes”, viendo correr entre sus raíces que vibraban en la corriente, el agua fría y turbia de la acequia, aquel árbol corpulento y lozano aún, debía llamarse Hebaristo y tener treinta años. Debía llamarse Hebaristo y tener treinta años, porque había el mismo aspecto cansino y pesimista, la misma catadura enfadosa y acre del joven farmacéutico de “El amigo del pueblo”, establecimiento de drogas que se hallaba en la esquina de la plaza de armas, junto al Concejo Provincial, en los bajos de la casa donde, en tiempos de la independencia, pernoctara el coronel Marmanillo, lugarteniente del Gran Mariscal de Ayacucho, cuando presionado por los realistas se dirigiera a dar aquella singular batalla de la Macacona. Marmanillo era el héroe de la aldea de P. porque en ella había nacido y, aunque a sus puertas se realizara una poca afortunada escaramuza, en la cual caballo y caballero salieron disparados al empuje de un puñado de chapetones, eso, a juicio de las gentes patriotas de P., no quitaba nada a su valor y merecimientos, pues era sabido que la tal escaramuza se perdió porque el capitán Crisóstomo Ramírez, dueño hasta el año 23 de un lagar y hecho capitán de patriotas por Marmanillo, no acudió con oportunidad al lugar del suceso. Los de P. guardaban por el coronel de milicias recuerdo venerando. La

peluquería llamábase “Salón Marmanillo”; la encomendería de la calle Derecha, que después se llamó calle “28 de julio” tenía en letras rojas y gordas, sobre el extenso y monótono muro azul, el rótulo “Al descanso de Marmanillo”; y, por fin, en la sociedad “Confederada de Socorros Mutuos”, había un retrato al óleo, sobre el estrado de la “directiva”, en el cual aparecía el héroe con su color de olla de barro, sus galones dorados y una mano en la cintura, fieles traductores de su gallardía miliciana.

Digo que el sauce era joven, de unos treinta años y se llamaba Hebaristo, porque como el farmacéutico tenía el aire taciturno y enlutado, y como él, aunque durante el día parecía alegrarse con la luz del sol, en llegando la tarde y sonando la “oración”, caía sobre ambos una tan manifiesta melancolía y un tan hondo dolor silencioso, que eran “de partir el alma”. Al toque de ánimas Hebaristo y su homónimo el farmacéutico, corrían el mismo albur. Suspendía éste su charla en la botica, caía pesadamente sobre su cabeza semicalva el sombrero negro de paño, y sobre el sauce de la parcela posaba el de todos los días, gallinazo negro y roncador. Luego la noche envolvía a ambos en el mismo misterio; y, tan impenetrable era entonces la vida del boticario cuanto ignorada era la suerte de Hebaristo, el sauce. . .

## I

Evaristo Mazuelos, el farmacéutico de P. y Hebaristo, el sauce fúnebre de la parcela, eran dos vidas paralelas; dos cuerdas de una misma arpa; dos ojos de una misma misteriosa y teórica cabeza; dos brazos de una misma desolada cruz; dos estrellas insignificantes de



una misma constelación. Mazuelos era huérfano y guardaba, al igual que el sauce, un vago recuerdo de sus padres. Como el sauce era árbol que sólo servía para cobijar a los campesinos a la hora cálida del medio día, mazuelos sólo servía en la aldea para escuchar la charla de quienes solían cobijarse en la botica; y así como el sauce daba una sombra indiferente a los gañanes mientras sus raíces rojas jugueteaban en el agua de la acequia, así él oía con desgana abnegación, la charla de los otros, mientras jugaba, el espíritu fijo en una idea lejana, con la cadena de su reloj, o hacía con su dedo índice gancho a la oreja de su botín de elástico, cruzadas, una sobre otra, las enjutas magras piernas.

Habíase enamorado Mazuelos de la hija del juez de primera instancia, una chiquilla de alegre catadura, esmirriada y raquítica, de ojos vivaces y labios anémicos, nariz respingada y cabello de achiote, vestida a pintitas blancas sobre una muselina azul de prusia, que pasó un mes y días en P. y que allí los hubiera pasado todos si su padre, el doctor Carrizales no hubiera caído mal al secretario de la subprefectura, un tal De la Haza, que era, a un tiempo, redactor de *La Voz Regionalista* singular decano de la prensa de P. El doctor Carrizales, maguer su amistad con el jefe de la región, hubo de salir de P. y dejar la judicatura a raíz de un artículo editorial de *La Voz Regionalista* titulado “¿Hasta cuándo?”, muy vibrante y tendencioso, en el cual se recordaban entre otras cosas desagradables, ciertos asuntos sentimentales relacionados con el nombre, apellido y costumbres de su esposa, por esos días ya finada, desgraciadamente. La hija del juez había sido el único amor del farmacéutico cuyos treinta años se deslizaron esperando y presintiendo a la bienamada. Blanca Luz fue para Mazuelos la realización de un largo sueño de veinte años y la ilustración tangible y en carne de unos versos en los cuales había

concretado Evaristo, toda su estética.

Los versos de Mazuelos eran, como se verá, el presentido retrato de la hija del doctor Carrizales; y empezaban de esta manera:

13

*Como una brisa para el caminante ha de ser  
la dulce dama a quien mi amor entregue;  
quiera el fúnebre Destino que pronto llegue  
a mis tristes brazos, que la están esperando, la dulce mujer...*

Bien cierto es que Mazuelos desvirtuaba un poco la cuestión técnica en su poesía; que hablando de sus brazos en el tercer pie del verso lo llama “tristes”, cosa que no es aceptable dentro de un concepto estricto de la poética; y que la frase “que la están esperando”, está íntegramente demás en el último verso; pero ha de considerarse que sin este aditamento, la composición carecería de la idea fundamental que es la idea de *espera*, y que, el pobre Evaristo, había pasado veinte años de su vida en este ripio sentimental: esperando.

Blanca luz era pues, al par, un anhelo de farmacéutico y la realización de un viejo sueño poético. Era el ideal hecho carne, el verso hecho verdad, el sueño transformado en vigilia, la ilusión que, súbitamente, se presentaba a Evaristo, con unos ojos vivaces, una nariz respingada, una cabellera de achioté; en suma: Blanca Luz era, para el farmacéutico de “El amigo del pueblo”, el amor, vestido con una falda de muselina azul con pintitas blancas y unas pantorrillas, con medias mercerizadas, aceptables desde todo punto de vista...

## I

Hebaristo, el melancólico sauce de la parcela, no fue, como son la mayoría de los sauces, hijo de una necesidad agrícola; no. El sauce solitario fue hijo del azar, del capricho de la sinrazón. Era el fruto arbitrario del Destino. Si aquel sauce en vez de ser plantado en las afueras de P... hubiera sido sembrado, como era lógico, en los grandes saucedales de las pequeñas pertenencias, su vida no resultara tan solitaria y trágica. Aquel sauce, como el farmacéutico de “El amigo del pueblo”, sentía desde muchos años atrás, la necesidad de un afecto, el dulce beso de una hembra, la caricia perfumada de una unión indispensable. Cada caricia del viento, cada ave que venía a posarse en sus ramas florecidas hacían vibrar todo el espíritu y el cuerpo del sauce de la parcela. Hebaristo que tenía sus ramas en un florecimiento núbil, sabía que en alas de la brisa o en el pico de los colibríes, o en las alas de los chucracos debía venir el polen de su amor, pero los sauces que el destino le deparaba debían estar muy lejos, porque pasó la primavera y el beso del dorado polen no llegó hasta sus ramas florecidas.

Hebaristo, el sauce de la parcela, comenzó a secarse del mismo modo que el joven y achacoso farmacéutico de “El amigo del pueblo”. Bajo el cielo del P... donde antes latía la esperanza cernió sus alas fúnebres y estériles la desilusión.

## IV

Envejeció Evaristo, el enamorado boticario, sin tener noticias de Blanca Luz. Envejeció Hebaristo, el sauce de la parcela viendo secarse, estériles, sus flores en cada primavera. Solía, por instinto, Mazuelos, hacer una excursión crepuscular hasta el remoto sitio donde el sauce, al borde del arroyo, enflaquecía sentándose bajo las ramas estériles del sauce, y allí veía caer la noche. El árbol amigo que quizás comprendía la tragedia de esa vida paralela, dejaba caer sus hojas sobre el cansino y encorvado cuerpo del farmacéutico.

Un día el sauce, familiarizado ya con la muda compañía doliente de Mazuelos, esperó y esperó en vano. Mazuelos no vino. Aquella misma tarde un hombre, el carpintero de P... llegó con tremenda hacha e hizo temblar de presentimientos al sauce triste, enamorado y joven. El del hacha cortó el hermoso tronco de Hebaristo, ya seco, y despojándolo de ramas lo llevó al lomo de su burro hacia la aldea, mientras el agua del arroyo lloraba, lloraba, lloraba: y el tronco rígido, sobre el lomo del asno se perdía en los baches y lodazales de la "Calle Derecha" para detenerse en la "Carpintería y confección de ataúdes de Rueda e hijos"...

## V

Por la misma calle volvían, ya juntos, Mazuelos y Hebaristo. El tronco del sauce sirvió para el cajón del farmacéutico. *La Voz Regionalista*, cuyo editorial "¿Hasta cuándo?", fuera la causa de esta

muerte prematura, lloraba ahora la desaparición del “amigo noble y caballeroso, empleado cumplidor y ciudadano integérrimo cuyo recuerdo no moriría entre los que tuvieron la fortuna de tratarlo y sobre cuya tumba (el joven de la Haza), ponía las siemprevivas, etc.”

El alcalde municipal, señor Unzueta, que era a un tiempo el propietario de “El amigo del pueblo”, tomó la palabra en el cementerio, y su discurso, que se publicó más tarde en *La Voz Regionalista*, empezaba: “Aunque no tengo las dotes oratorias que otros, agradezco el honroso encargo que la Sociedad de Socorros Mutuos ha depositado en mí, para dar el último adiós al amigo noble y caballeroso, al empleado cumplidor y al ciudadano integérrimo, que en este ataúd de duro roble”... y concluía: “¡Mazuelos! Tú no has muerto. Tu memoria vive entre nosotros. Descansa en paz”.

## VI

Al día siguiente el dueño de la “Carpintería y confección de ataúdes de Rueda e hijos”, llevaba al señor Unzueta una factura:

*“El señor N. Unzueta a Rueda e hijos”... Debe... Por un ataúd de roble... soles 18.70”.*

—Pero si no era de roble —arguyó Unzueta—. Era de sauce...

—Es cierto —repuso la firma comercial “Rueda e hijos”—es cierto, pero entonces ponga Ud. sauce en su discurso... y borre el duro roble...

—Sería una lástima —dijo Unzueta pagando— sería una lástima; habría que quitar toda la frase: “al ciudadano integérrimo que en este ataúd de duro roble”... Y eso ha quedado muy bien, lo digo sin modestia... ¿no es verdad, Rueda?

—Cierto, señor alcalde —respondió la voz comercial de “Rueda e hijos”.

(Abraham Valdelomar)

## ABRAHAM VALDELOMAR

Con Abraham Valdelomar, cuya corta pero tantas veces bella obra puede decirse que comienza la narración moderna en el Perú, se ha querido encabezar esta serie popular de prosistas nacionales. Se trata, ante todo, del justo homenaje a un precursor. Junto a los relatos ya clásicos de este extraordinario escritor, que muriera precisamente cuando iniciaba su maduración intelectual y estética, hay páginas menos conocidas que es necesario y útil divulgar ampliamente. En ellas, como en sus difundidos cuentos *El caballero carmelito*, *El hipocampo de oro* o *Hebaristo*, *el sauce que murió de amor*, es posible distinguir la sensibilidad poética del autor, su vocación hacia el misterio, su refinamiento ciudadano y su nostalgia pastoril. Bajo el título de *La ciudad de los típicos*, encabezada por la historia que lleva ese nombre, se han reunido cuatro narraciones en las cuales lirismo y fuerza dramática se equilibran admirablemente, como sólo una pluma que estaba destinada al magisterio literario podía hacerlo. Nada, de otra parte, en estas breves novelas y cuentos impide que el lector corriente llegue a ellas, las comprenda y sea conmovido, pues el artista no abruma en Valdelomar al buen creador de almas y paisajes de profunda raíz y humana. Nacido en Ica, en 1888, Abraham Valdelomar sucumbió trágicamente, en Ayacucho, en

1919, a los 31 años de edad.

## VOCABULARIO

correr el mismo albur	碰到同	muselina	f. 薄纱
样的运气		maguer	conj. 虽然
gañán	m. 杂工	judicatura	f. 法官职务
raquítico, ca	adj. 瘦弱的	aditamento	m. 添加, 增加
achiote	m. 胭脂树	ripió	m. 衬词





## **LITERATURA (2)**

## LA LLAMA DOBLE

### —Amor y erotismo

*La llama doble* es un ensayo enteramente unitario, y totalmente inédito, que por su importancia en el conjunto de la obra de Octavio Paz resulta comparable a títulos tan decisivos como *El arco y la lira* o *El laberinto de la soledad*. Aun cuando la redacción material del libro se produjo entre marzo y abril de 1993, el propósito de escribirlo data por lo menos de 1965, y en aquella época el autor redactó los primeros apuntes de lo que deseaba que “partiendo de la conexión íntima entre los tres dominios — el sexo, el erotismo y el amor—, fuese una exploración del sentimiento amoroso”. Resumiendo toda su trayectoria de vida, pensamiento y escritura, con una tensión expresiva inabatable y una lúcida y conmovida cercanía al núcleo más íntimo y esencial de la existencia humana, Octavio Paz examina, compendia, hace revivir y otorga pleno sentido, desde sus orígenes en la memoria histórica y mítica hasta la experiencia cotidiana más inmediata, a uno de los elementos fundamentales de la vida de hombres y mujeres; “El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula; la del amor. Erotismo y amor; la llama doble de la vida.”

## Un sistema solar

Si se hace un repaso de la literatura occidental durante los ocho siglos que nos separan del “amor cortés”, se comprueba inmediatamente que la inmensa mayoría de esos poemas, piezas de teatro y novelas tienen por asunto el amor. Una de las funciones de la literatura es la representación de las pasiones; la preponderancia del tema amoroso en nuestras obras literarias muestra que el amor ha sido una pasión central de los hombres y las mujeres de Occidente. La otra ha sido el poder, de la ambición política a la sed de bienes materiales o de honores. En el curso de estos ocho siglos, ¿ha cambiado el arquetipo que nos legaron los poetas provenzales? Contestar a esta pregunta requiere más de un minuto de reflexión. Los cambios han sido tantos que es casi imposible enumerarlos; no menos difícil sería intentar un análisis de cada tipo o variante de la pasión amorosa. De la dama de los provenzales a Ana Karenina ha corrido mucha agua. Los cambios comenzaron con Dante y han continuado hasta nuestros días. Cada poeta y cada novelista tiene una visión propia del amor; algunos, incluso tienen varias y encarnadas en distintos personajes. Tal vez el más rico en caracteres es Shakespeare: Julieta, Ofelia, Marco Antonio, Rosalinda, Otelo. . . Cada uno de ellos es el amor en persona y cada uno es diferente de los otros. Otro tanto puede decirse de Balzac y su galería de enamoradas y enamorados, de una aristócrata como la duquesa de Langeais a una plebeya salida de un burdel como Esther Gobsek. Los enamorados de Balzac vienen de todas las clases y de los cuatro puntos cardinales. Incluso se atrevió a romper una convención respetada desde la época del “amor cortés” y

en su obra aparece por primera vez el amor homosexual: la pasión sublimada y casta del antiguo presidiario Vautrin por Lucien de Rubempré, “*homme à femmes*”, y la de la Marquesa de San Real por Paquita Valdés, la “*fille aux yeux d’or*”. Ante tal variedad, puede concluirse que la historia de las literaturas europeas y americanas es la historia de las metamorfosis del amor.

Apenas enunciada, siento la necesidad de rectificar y matizar mi conclusión: ninguno de estos cambios ha alterado, en su esencia, el arquetipo creado en el siglo XII. Hay ciertas notas o rasgos distintivos del “amor cortés” —no más de cinco, como se verá más adelante— que están presentes en todas las historias de amor de nuestra literatura y que, además, han sido la base de las distintas ideas e imágenes que hemos tenido sobre este sentimiento desde la Edad Media. Algunas ideas y convenciones han desaparecido, como la de ser casada la dama y pertenecer a la nobleza o la de ser de sexo distinto los enamorados. El resto permanece, ese conjunto de condiciones y cualidades antitéticas que distinguen al amor de las otras pasiones: atracción/elección, libertad/suavidad, fidelidad/traición, alma/cuerpo. Así, lo verdaderamente asombroso es la continuidad de nuestra idea del amor, no sus cambios y variaciones. Francesca es una víctima del amor y la marquesa de Merteuil es una victimaria, Fabricio del Dongo triunfa de las asechanzas que pierden a Romeo, pero la pasión que los exalta o los devora es la misma. Todos son héroes y heroínas del amor, ese sentimiento extraño que es simultáneamente una atracción fatal y una libre elección.

Uno de los rasgos que definen a la literatura moderna es la crítica; quiero decir, a diferencia de las del pasado, no sólo canta a los héroes y relata su ascenso o su caída, sino que los analiza. Don Quijote no es Aquiles y en su lecho de muerte se entrega a un amargo

examen de conciencia; Rastignac no es el piadoso Eneas, al contrario: sabe que es despiadado, no se arrepiente de serlo y, cínico, se lo confiesa a sí mismo. Un intenso poema de Baudelaire se llama *L'examen de minuit*. El objeto de predilección de todos estos exámenes y análisis es la pasión amorosa. La poesía, la novela y el teatro modernos sobresalen por el número, la profundidad y la sutileza de sus estudios acerca del amor y su cortejo de obsesiones, emociones y sensaciones. Muchos de esos análisis —por ejemplo, el de Stendhal— han sido disecciones; lo sorprendente, sin embargo, ha sido que en cada caso esas operaciones de cirugía mental terminan en resurrecciones. En las páginas finales de *La educación sentimental*, quizá la obra más perfecta de Flaubert, el héroe y un amigo de juventud hacen un resumen de sus vidas: “uno había soñado con el amor, el otro con el poder, y ambos habían fracasado. ¿Por qué?”. A esta pregunta, el protagonista principal, Frédéric Moreau, responde: “Tal vez la falla estuvo en la línea recta.” O sea; la pasión es inflexible y no sabe de acomodos. Respuesta reveladora, sobre todo si se repara en que el habla así es un *alter ego* de Flaubert. Pero Frédéric-Flaubert no está decepcionado del amor; a pesar de su fracaso, le sigue pareciendo que fue lo mejor que le había pasado y lo único que justificaba la futilidad de su vida. Frédéric estaba decepcionado de sí mismo; mejor dicho: del mundo en que le había tocado vivir. Flaubert no desvaloriza al amor; describe sin ilusiones a la sociedad burguesa, ese tejido execrable de compromisos, debilidades, perfidias, pequeñas y grandes traiciones, sórdido egoísmo. No fue ingenioso sino veraz cuando dijo: *Madame Bovary, c'est moi*. Emma Bovary fue, como él mismo, no una víctima del amor sino de su sociedad y de su clase: ¿qué hubiera sido de ella si no hubiese vivido en la sórdida provincia francesa? Dante condena al mundo desde el cielo:

la literatura moderna lo condena desde la conciencia personal ultrajada.

La continuidad de nuestra idea del amor todavía espera su historia; la variedad de formas en que se manifiesta, aguarda a una enciclopedia. Pero hay otro método más cerca de la geografía que de la historia y del catálogo: dibujar los límites entre el amor y las otras pasiones como aquel que esboza el contorno de una isla en un archipiélago. Esto es lo que me he propuesto en el curso de estas reflexiones. Dejo al historiador la inmensa tarea, más allá de mis fuerzas y de mi capacidad, de narrar la historia del amor y de sus metamorfosis; al sabio, una labor igualmente inmensa; la clasificación de las variantes físicas y psicológicas de esta pasión. Mi intención ha sido mucho más modesta.

Al comenzar, procuré deslindar los dominios de la sexualidad, del erotismo y del amor. Los tres son modos, manifestaciones de la vida. Los biólogos todavía discuten sobre lo que es o puede ser la vida. Para algunos es una palabra vacía de significado; lo que llamamos vida no es sino un fenómeno químico, el resultado de la unión de algunos ácidos. Confieso que nunca me han convencido estas simplificaciones. Incluso si la vida comenzó en nuestro planeta por la asociación de dos o más ácidos (¿y cuál fue el origen de esos ácidos y cómo aparecieron sobre la tierra?), es imposible reducir la evolución de la materia viva, de los infusorios a los mamíferos, a una mera reacción química. Lo cierto es que el tránsito de la sexualidad al amor se caracteriza no tanto por una creciente complejidad como por la intervención de un agente que lleva el nombre de una linda princesa griega: Psiquis. La sexualidad es animal; el erotismo es humano. Es un fenómeno que se manifiesta dentro de una sociedad y que con-

siste, esencialmente, en desviar o cambiar el impulso sexual reproductor y transformarlo en una representación. El amor, a su vez, también es ceremonia y representación pero es algo más: una purificación, como decían los provenzales, que transforma al sujeto y al objeto del encuentro erótico en personas únicas. El amor es la metáfora final de la sexualidad. Su piedra de fundación es la libertad: el misterio de la persona.

No hay amor sin erotismo como no hay erotismo sin sexualidad. Pero la cadena se rompe en sentido inverso: amor sin erotismo no es amor y erotismo sin sexo es impensable e imposible. Ciertamente, a veces es difícil distinguir entre amor y erotismo. Por ejemplo, en la pasión violentamente sensual que unía a Paolo y a Francesca. No obstante, el hecho de que sufriesen juntos su pena, sin poder ni sobre todo *querer* separarse, revela que los unía realmente el amor. Aunque su adulterio había sido particularmente grave —Paolo era hermano de Giovanni Malatesta, el esposo de Francesca— el amor había refinado su lujuria; la pasión, que los mantiene unidos en el infierno, si no los salva, los ennoblece.

Es más fácil distinguir entre el amor y los otros afectos menos empapados de sexualidad. Se dice que amamos a nuestra patria, a nuestra religión, a nuestro partido, a ciertos principios e ideas. Es claro que en ninguno de estos casos se trata de lo que llamamos amor; en todos ellos falta el elemento erótico, la atracción hacia un cuerpo. Se ama a una persona, no a una abstracción. También se emplea la palabra amor para designar el afecto que profesamos a la gente de nuestra sangre: padres, hijos, hermanos y otros parientes. En esta relación no aparece ninguno de los elementos de la pasión amorosa: el descubrimiento de la persona amada, generalmente una desconocida; la atracción física y espiritual; el obstáculo que se interpone entre los

amantes; la búsqueda de la reciprocidad; en fin, el acto de elegir una persona entre todas las que nos rodean. Amamos a nuestros padres y a nuestros hijos porque así nos lo ordena la religión o la costumbre, la ley moral o la ley de la sangre. Se me dirá: ¿y el complejo de Edipo y de Electra, la atracción hacia nuestros padres, no es erótica? La pregunta merece respuesta por separado.

El famoso complejo, cualquiera que sea su verdadera pertinencia biológica y psicológica, está más cerca de la mera sexualidad que del erotismo. Los animales no conocen el tabú del incesto. Según Freud, todo el proceso inconsciente de la sexualidad, bajo la tiranía del super-ego, consiste precisamente en desviar este primer apetito sexual, y transformado en inclinación erótica, dirigirlo hacia un objeto distinto y que substituye a la imagen del padre o de la madre. Si la tendencia edípica no se transforma, aparece la neurosis y, a veces, el incesto. Si el incesto se realiza sin el consentimiento de uno de los participantes, es claro que hay estupro, violación, engaño o lo que se quiera pero no amor. Es distinto si hay atracción mutua y libre aceptación de esa atracción; pero entonces el afecto familiar desaparece: ya no hay padres ni hijos sino amantes. Agrego que el incesto entre padres e hijos es infrecuente. La razón probablemente es la diferencia de edades: en el momento de la pubertad, el padre y la madre ya han envejecido y han dejado de ser deseables. Entre los animales no existe la prohibición del incesto pero en ellos el tránsito de la cría a la plena sexualidad es brevísimo. El incesto humano casi nunca es voluntario. Las dos hijas de Lot emborracharon a su padre dos noches seguidas para aprovecharse consecutivamente de su estado; en cuanto al incesto paterno: todos los días leemos en la prensa historias de padres que abusan sexualmente de sus hijos. Nada de esto tiene relación con lo que llamamos amor.



Para Freud las pasiones son juegos de reflejos; creemos amar a X, a su cuerpo y a su alma, pero en realidad amamos a la imagen de Y en X. Sexualismo fantasmal que convierte todo lo que toca en reflejo e imagen. En la literatura no aparece el incesto entre padres e hijos como una pasión libremente aceptada: Edipo *no sabe* que es hijo de Yocasta. La excepción son Sade y otros pocos autores de esa familia; su tema no es el amor sino el erotismo y sus perversiones. En cambio, al amor entre hermanos le debemos una obra espléndida de John Ford (*It's a pity she is a whore*) y páginas memorables de Musil en su novela *El hombre sin atributos*. En estos ejemplos — hay otros— la ciega atracción, una vez reconocida, es aceptada y elegida. Es lo contrario justamente del afecto familiar, en el que el elemento voluntario, la elección, no aparece. Nadie escoge a sus padres, sus hijos y sus hermanos; todos escogemos a nuestras y nuestros amantes.

El amor filial, el fraternal, el paternal y el maternal no son amor: son *piedad*, en el sentido más antiguo y religioso de esta palabra. Piedad viene de *pietas*. Es el nombre de una virtud, nos dice el *Diccionario de Autoridades*, que “mueve e incita a reverenciar, acatar, servir y honrar a Dios, a nuestros padres y a la patria”. La *pietas* es el sentimiento de devoción que se profesaba a los dioses en Roma. Piedad significa también misericordia y, para los cristianos, es un aspecto de la caridad. El francés y el inglés distinguen entre las dos acepciones y tienen dos vocablos para expresarlas: *piété* y *piety* para la primera y, para la segunda, *pitié* y *pitty*. La piedad o amor a Dios brota, según los teólogos, del sentimiento de orfandad; la criatura, hija de Dios, se siente arrojada en el mundo y busca a su Creador. Es una experiencia literalmente fundamental pues se confunde con nuestro nacimiento. Se ha escrito mucho sobre esto;

aquí me limito a recordar que consiste en el sentirse y saberse expulsados del todo prenatal y echados a un mundo ajeno: esta vida. En este sentido el amor a Dios, es decir, al Padre y al Creador, tiene un gran parecido con la piedad filial. Ya señalé que el afecto que sentimos por nuestros padres es involuntario. Como en el caso de los sentimientos filiales, y según la buena definición de nuestro *Diccionario de Autoridades*, amar al Creador no es amor: es piedad. Tampoco el amor a nuestros semejantes es amor: es caridad. Una linda condesa balzaquiana resumió todo esto, con admirable y concisa impertinencia, en una carta a un pretendiente: *Je puis faire, je vous l'avoue, une infinité de choses par charité, tout, excepté l'amour.*<sup>①</sup>

La experiencia mística va más allá de la piedad. Los poetas místicos han comparado sus penas y sus delirios con los del amor. Lo han hecho con acentos de estremecedora sinceridad y con imágenes apasionadamente sensuales. Por su parte, los poetas eróticos también se sirven de términos religiosos para expresar sus transportes. Nuestra poesía mística está impregnada de erotismo y nuestra poesía amorosa de religiosidad. En esto nos apartamos de la tradición grecorromana y nos parecemos a los musulmanes y a los hindúes. Se ha intentado varias veces explicar esta enigmática afinidad entre mística y erotismo pero no se ha logrado, a mi juicio, elucidarla del todo. Añado, de paso, una observación que podría quizá ayudar un poco a esclarecer el fenómeno. El acto en que culmina la experiencia erótica, el orgasmo, es indecible. Es una sensación que pasa de la extrema tensión al más completo abandono y de la concentración fija al olvido de sí; reunión de los opuestos, durante un segundo: la afirmación del yo y su disolución, la subida y la caída, el

---

① *Le lys dans la vallée.*

allá y el aquí, el tiempo y el no-tiempo. La experiencia mística es igualmente indecible: instantánea fusión de los opuestos, la tensión y la distensión, la afirmación y la negación, el estar fuera de sí y el reunirse con uno mismo en el seno de una naturaleza reconciliada.

Es natural que los poetas místicos y los eróticos usen un lenguaje parecido: no hay muchas maneras de decir lo indecible. No obstante, la diferencia salta a la vista: en el amor el objeto es una criatura mortal y en la mística un ser intemporal que, momentáneamente, encarna en esta o aquella forma. Romeo llora ante el cadáver de Julieta; el místico ve en las heridas de Cristo las señas de la resurrección. Reverso y anverso: el enamorado ve y toca una presencia; el místico contempla una aparición. En la visión mística el hombre dialoga con su Creador, o, si es budista, con la Vacuidad; en uno y en otro caso, el diálogo se entabla —si es que es posible hablar de diálogo— entre el tiempo discontinuo del hombre y el tiempo sin fisuras de la eternidad, un presente que nunca cambia, crece o decrece, siempre idéntico a sí mismo. El amor humano es la unión de dos seres sujetos al tiempo y a sus accidentes; el cambio, las pasiones, la enfermedad, la muerte. Aunque no nos salva del tiempo, lo entreabre para que, en un relámpago, aparezca su naturaleza contradictoria, esa vivacidad que sin cesar se anula y renace y que, siempre y al mismo tiempo, es ahora y es nunca. Por esto, todo amor, incluso el más feliz, es trágico.

Se ha comparado muchas veces a la amistad con el amor, en ocasiones como pasiones complementarias y en otras, las más, como opuestas. Si se omite el elemento carnal, físico, los parecidos entre amor y amistad son obvios. Ambos son afectos elegidos libremente, no impuestos por la ley o la costumbre, y ambos son relaciones inter-

personales. Somos amigos de una persona, no de una multitud; a nadie se le puede llamar, sin irrisión, “amigo del género humano”. La elección y la exclusividad son condiciones que la amistad comparte con el amor. En cambio, podemos estar enamorados de una persona que no nos ame pero la amistad sin reciprocidad es imposible. Otra diferencia: la amistad no nace de la vista, como el amor, sino de un sentimiento más complejo: la afinidad en las ideas, los sentimientos o las inclinaciones. En el comienzo del amor hay sorpresa, el descubrimiento de *otra persona* a la que nada nos une excepto una indefinible atracción física y espiritual; esa persona, incluso, puede ser extranjera y venir de otro mundo. La amistad nace de la comunidad y de la coincidencia en las ideas, en los sentimientos o en los intereses. La simpatía es el resultado de esta afinidad; el trato refina y transforma a la simpatía en amistad. El amor nace de un flechazo; la amistad del intercambio frecuente y prolongado. El amor es instantáneo; la amistad requiere tiempo.

Para los antiguos la amistad era superior al amor. Según Aristóteles la amistad es “una virtud o va acompañada de virtud; además, es la cosa más necesaria de la vida”.<sup>①</sup> Plutarco, Cicerón y otros lo siguieron en su elogio de la amistad. En otras civilizaciones no fue menor su prestigio. Entre los grandes legados de China al mundo está su poesía y en ella el tema de la amistad es preponderante, al lado del sentimiento de la naturaleza y el de la soledad del sabio. Encuentros, despedidas y evocaciones del amigo lejano son frecuentes en la poesía china, como en este poema de Wang Wei al despedirse de un amigo en las fronteras del imperio:

---

① *Ética nicomaquea*, VIII. Traducción de Antonio Gómez Robledo, México, 1983.

## ADIOS A YÜAN, ENVIADO A ANS-HSI

*En Wei. Lluvia ligera moja el polvo ligero.  
En el mesón los sauces verdes aún más verdes.  
—Oye, amigo, bebamos otra copa,  
Pasado el Paso Yang no hay “oye, amigo”.<sup>①</sup>*

Aristóteles dice que hay tres clases de amistad: por interés o utilidad, por placer y la “amistad perfecta, la de los hombres de bien y semejantes en virtud, porque éstos se desean igualmente el bien”. Desear el bien para el otro es desearlo para uno mismo si el amigo es hombre de bien. Los dos primeros tipos de amistad son accidentales y están destinados a durar poco; el tercero es perdurable y es uno de los bienes más altos a que puede aspirar el hombre. Digo hombre en el sentido literal y restringido de la palabra: Aristóteles no se refiere a las mujeres. Su clasificación es de orden moral y quizá no corresponde del todo a la realidad: ¿un hombre malo no puede ser amigo de un hombre bueno? Pilades, modelo de amistad, no vacila en ser cómplice de su amigo Orestes en el asesinato de su madre Clitemnestra y de Egisto, su amante.

Al preguntarse la razón de la amistad que lo unía al poeta Etienne de La Boétie, se responde Montaigne: “porque él era él y porque yo era yo”. Y agrega que en todo esto “había una fuerza inexplicable y fatal, mediadora de esta unión”. Un enamorado no habría respondido de otra manera. Sin embargo, es imposible confundir al

---

① El Paso de Yang, más allá de la ciudad de Wei, era el último puesto militar, en la frontera con los bárbaros (Hsieng-nu).

amor con la amistad y en el mismo ensayo Montaigne se encarga de distinguirlos: “aunque el amor nace también de la elección, ocupa un lugar distinto al de la amistad. . . Su fuego, lo confieso, es más activo, punzante y ávido; pero es un fuego temerario y voluble. . . un fuego febril”, mientras que “la amistad es un calor parejo y universal, templado y a la medida. . . un calor constante y tranquilo, todo dulzura y pulimento, sin asperezas. . .”. La amistad es una virtud eminentemente social y más duradera que el amor. Para los jóvenes, dice Aristóteles, es muy fácil tener amigos pero con la misma facilidad se deshacen de ellos: la amistad es una afección más propia de la madurez. No estoy muy seguro de esto pero sí creo que la amistad está menos sujeta que el amor a los cambios inesperados. El amor se presenta, casi siempre, como una ruptura o violación del orden social; es un desafío a las costumbres y a las instituciones de la comunidad. Es una pasión que, al unir a los amantes, los separa de la sociedad. Una república de enamorados sería ingobernable; el ideal político de una sociedad civilizada —nunca realizado— sería una república de amigos.

¿Es irreductible la oposición entre el amor y la amistad? ¿No podemos ser amigos de nuestras amantes? La opinión de Montaigne —y en esto sigue a los antiguos— es más bien negativa. El matrimonio le parece impropio para la amistad; aparte de ser una unión obligatoria y para toda la vida —aunque haya sido escogida libremente— el matrimonio es el teatro de tantos y tan diversos intereses y pasiones que la amistad no tiene cabida en él. Disiento. Por una parte, el matrimonio moderno no es ya indisoluble ni tiene mucho que ver con el matrimonio que conoció Montaigne; por otra, la amistad entre los esposos —un hecho que comprobamos todos los días— es uno de los rasgos que redimen al vínculo matrimonial. La opinión negativa

de Montaigne se extiende, por lo demás, al amor mismo. Acepta que sería muy deseable que las almas y los cuerpos mismos de los amantes gozasen de la unión amistosa; pero el alma de la mujer no le parece “bastante fuerte para soportar los lazos de un nudo tan apretado y duradero”. Así, coincide con los antiguos: el sexo femenino es incapaz de amistad. Aunque esta opinión puede escandalizarnos, para refutarla debemos someterla a un ligero examen.

Es verdad que no hay en la historia ni en la literatura muchos ejemplos de amistad entre mujeres. No es demasiado extraño: durante siglos y siglos —probablemente desde el neolítico, según algunos antropólogos— las mujeres han vivido en la sombra. ¿Qué sabemos de lo que realmente sentían y pensaban las esposas de Atenas, las muchachas de Jerusalén, las campesinas del siglo XII o las burguesas del XV? En cuanto conocemos un poco mejor un período histórico, aparecen casos de mujeres notables que fueron amigas de filósofos, poetas y artistas: Santa Paula, Vittoria Colonna, Madame de Sévigné, George Sand, Virginia Woolf, Hannah Arendt y tantas otras. ¿Excepciones? Sí, pero la amistad es, como el amor, siempre excepcional. Dicho esto, hay que aceptar que en todos los casos que he citado se trata de amistades entre hombres y mujeres. Hasta ahora la amistad entre las mujeres es mucho más rara que la amistad entre los hombres. En las relaciones femeninas son frecuentes el picoteo, las envidias, los chismes, los celos y las pequeñas perfidias. Todo esto se debe, casi seguramente, no a una incapacidad innata de las mujeres sino a su situación social. Tal vez su progresiva liberación cambie todo esto. Así sea. La amistad requiere la estimación, de modo que está asociada a la revalorización de la mujer. . . Y vuelvo a la opinión de Montaigne: me parece que no se equivocó enteramente al juzgar incompatibles el amor y la amistad. Son afectos, o como él

dice, fuegos distintos. Pero se equivocó al decir que la mujer está negada para la amistad. Tampoco la oposición entre amor y amistad es absoluta: no sólo hay muchos rasgos que ambos comparten sino que el amor puede transformarse en amistad. Es, diría, uno de sus desenlaces, como lo vemos en algunos matrimonios. Por último; el amor y la amistad son pasiones raras, muy raras. No debemos confundirlas ni con los amoríos ni con lo que en el mundo llaman corrientemente "amistades" o relaciones. Dije más arriba que el amor es trágico; añado que la amistad es una respuesta a la tragedia.

Una vez trazados los límites, a veces fluctuantes y otras imprecisos, entre el amor y los otros afectos, se puede dar otro paso y determinar sus elementos constitutivos. Me atrevo a llamarlos constitutivos porque son los mismos desde el principio; han sobrevivido a ocho siglos de historia. Al mismo tiempo, las relaciones entre ellos cambian sin cesar y producen nuevas combinaciones, a la manera de las partículas de la física moderna. A este continuo intercambio de influencias se debe la variedad de las formas de la pasión amorosa. Son, diría, un haz de relaciones, como el imaginado por Roman Jakobson en el nivel más básico del lenguaje, el fonológico, entre sonido y sentido, cuyas combinaciones y permutaciones producen los significados. No es extraño, por esto, que muchos hayan sentido la tentación de diseñar una combinatoria de las pasiones eróticas. Es una empresa que nadie ha podido llevar a cabo con éxito. Pienso, por mi parte, que es imposible: no debe olvidarse nunca que el amor es, como decía Dante, un accidente de una persona humana y que esa persona es imprevisible. Es más útil aislar y determinar el conjunto de elementos o rasgos distintivos de ese afecto que llamamos amor. Subrayo que no se trata ni de una definición ni de un catálogo sino de



un reconocimiento, en el primer sentido de esta palabra; examen cuidadoso de una persona o de un objeto para conocer su naturaleza e identidad. Me serviré de algunos de los atisbos que han aparecido en el transcurso de estas reflexiones pero unidos a otras observaciones y conjeturas; recapitulación, crítica e hipótesis.

Al intentar poner un poco de orden en mis ideas, encontré que, aunque ciertas modalidades han desaparecido y otras han cambiado, algunas han resistido a la erosión de los siglos y las mutaciones históricas. Pueden reducirse a cinco y componen lo que me he atrevido a llamar los elementos constitutivos de nuestra imagen del amor. La primera nota característica del amor es la exclusividad. En estas páginas me he referido a ella varias veces y he procurado demostrar que es la línea que traza la frontera entre el amor y el territorio más vasto del erotismo. Este último es social y aparece en todos los lugares y en todas las épocas. No hay sociedad sin ritos y prácticas eróticas, desde los más inocuos a los más sangrientos. El erotismo es la dimensión humana de la sexualidad, aquello que la imaginación añade a la naturaleza. Un ejemplo: la copulación frente a frente, en la que los dos participantes se miran a los ojos, es una invención humana y no es practicada por ninguno de los otros mamíferos. El amor es individual o, más exactamente, interpersonal; queremos únicamente a una persona y le pedimos a esa persona que nos quiera con el mismo afecto exclusivo. La exclusividad requiere la reciprocidad, el acuerdo del otro, su voluntad. Así pues, el amor único colinda con otro de los elementos constitutivos: la libertad. Nueva prueba de lo que señalé más arriba; ninguno de los elementos primordiales tiene vida autónoma; cada uno está en relación con los otros, cada uno los determina y es determinado por ellos.

Dentro de esa movilidad, cada elemento es invariable. En el ca-

so del amor único es una condición absoluta: sin ella no hay amor. Pero no solamente con ella; es necesario que concurren, en mayor o menor grado, los otros elementos. El deseo de exclusividad puede ser mero afán de posesión. Esta fue la pasión analizada con tanta sutileza por Marcel Proust. El verdadero amor consiste precisamente en la transformación del apetito de posesión en entrega. Por esto pide reciprocidad y así trastorna radicalmente la vieja relación entre dominio y servidumbre. El amor único es el fundamento de los otros componentes; todos reposan en él; asimismo, es el eje y todos giran en torno suyo. La exigencia de exclusividad es un gran misterio: ¿por qué amamos a esta persona y no a otra? Nadie ha podido esclarecer este enigma, salvo con otros enigmas, como el mito de los andróginos de *El Banquete*. El amor único es una de las facetas de otro gran misterio: la persona humana.

Entre el amor único y la promiscuidad hay una serie de gradaciones y matices. Sin embargo, la exclusividad es la exigencia ideal y sin ella no hay amor. ¿Pero la infidelidad no es el pan de cada día de las parejas? Si lo es y esto prueba que Ibn Hazm, Guinezelli, Shakespeare y el mismo Stendhal no se equivocaron: el amor es una pasión que todos o casi todos veneran pero que pocos, muy pocos, viven realmente. Admito, claro, que en esto como en todo hay grados y matices. La infidelidad puede ser consentida o no, frecuente u ocasional. La primera, la consentida, si es practicada solamente por una de las partes, ocasiona a la otra graves sufrimientos y penosas humillaciones: su amor no tiene reciprocidad. El infiel es insensible o cruel y en ambos casos incapaz de amar realmente. Si la infidelidad es por mutuo acuerdo y practicada por las dos partes —costumbre más y más frecuente— hay una baja de tensión pasional; la pareja no se siente con fuerza para cumplir con lo que la pasión pide y decide

relativizar su relación. ¿Es amor? Más bien es complicidad erótica. Muchos dicen que en estos casos la pasión se transforma en amistad amorosa. Montaigne habría protestado inmediatamente: la amistad es un afecto tan exclusivo o más que el amor. El permiso para cometer infidelidades es un arreglo o, más bien, una resignación. El amor es riguroso y, como el libertinaje, aunque en dirección opuesta, es un ascetismo. Sade vio con clarividencia que el libertino aspira a la insensibilidad y de ahí que vea al otro como un objeto; el enamorado busca la fusión y de ahí que transforme al objeto en sujeto. En cuanto a la infidelidad ocasional; también es una falta, una debilidad. Puede y debe perdonarse porque somos seres imperfectos y todo lo que hacemos está marcado por el estigma de nuestra imperfección original. ¿Y si amamos a dos personas al mismo tiempo? Se trata siempre de un conflicto pasajero; con frecuencia se presenta en el momento de tránsito de un amor a otro. La elección, que es la prueba del amor, resuelve invariablemente, a veces con crueldad, el conflicto. Me parece que todos estos ejemplos bastan para mostrar que el amor único, aunque pocas veces se realice íntegramente, es la condición del amor.

El segundo elemento es de naturaleza polémica: el obstáculo y la transgresión. No en balde se ha comparado al amor con la guerra: entre los amores famosos de la mitología griega, rica en escándalos eróticos, están los amores de Venus y Marte. El diálogo entre el obstáculo y el deseo se presenta en todos los amores y asume siempre la forma de un combate. Desde la dama de los trovadores, encarnación de la lejanía —geográfica, social o espiritual— el amor ha sido continua y simultáneamente interdicción e infracción, impedimento y contravención. Todas las parejas, lo mismo las de los poe-

mas y novelas que las del teatro y del cine, se enfrentan a esta o aquella prohibición y todas, con suerte desigual, a menudo trágica, la violan. En el pasado el obstáculo fue sobre todo de orden social. El amor nació, en Occidente, en las cortes feudales, en una sociedad acentuadamente jerárquica. La potencia subversiva de la pasión amorosa se revela en el “amor cortés”, que es una doble violación del código feudal: la dama debe ser casada y su enamorado, el trovador, de un rango inferior. A finales del siglo XVII español, lo mismo en España que en las capitales de los virreinos de México y Perú, aparece una curiosa costumbre erótica que es la simétrica contrapartida del “amor cortés”, llamada los “galanteos de palacio”. Al establecerse la corte en Madrid, las familias de la nobleza enviaban a sus hijas como damas de la reina. Las jóvenes vivían en el palacio real y participaban en los festejos y ceremonias palaciegas. Así, se anudaban relaciones eróticas entre estas damas jóvenes y los cortesanos. Sólo que estos últimos en general eran casados, de modo que los amoríos eran ilegítimos y temporales. Para las damas jóvenes, los “galanteos de palacio” fueron una suerte de escuela de iniciación amorosa, no muy alejada de la “cortesía” del amor medieval. ①

Con el paso del tiempo las prohibiciones derivadas del rango y de las rivalidades de clanes se han atenuado, aunque sin desaparecer completamente. Es impensable, por ejemplo, que la enemistad entre dos familias, como la de los Capuleto y los Montesco, impida en una ciudad moderna los amores de dos jóvenes. Pero hay ahora otras prohibiciones no menos rígidas y crueles; además, muchas de las antiguas se han fortalecido. La interdicción fundada en la raza sigue vi-

---

① Véase *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (páginas 133 a 138 de la edición de Seix Barral).

gente, no en la legislación sino en las costumbres y en la mentalidad popular. El moro Otelo encontraría que, en materia de relaciones sexuales entre gente de diferente raza, las opiniones mayoritarias en Nueva York, Londres o París no son menos sino más intolerantes que las de Venecia en el siglo XVI. Al lado de la barrera de la sangre, el obstáculo social y el económico. Aunque hoy la distancia entre ricos y pobres, burgueses y proletarios no mantiene la forma rígida y tajante que dividía al caballero del siervo o al cortesano del plebeyo, los obstáculos fundados en la clase social y en el dinero determinan aún las relaciones sexuales. Distancia entre la realidad y la legislación: esas diferencias no figuran en los códigos sino en las costumbres. La vida de todos los días, para no hablar de las novelas ni de las películas, abunda en historias de amor cuyo nudo es una interdicción social por motivos de clase o de raza.

Otra prohibición que todavía no ha desaparecido del todo es la relativa a las pasiones homosexuales, sean masculinas o femeninas. Esta clase de relación fue condenada por las Iglesias y durante mucho tiempo se la llamó el “pecado nefando”. Hoy nuestras sociedades — hablo de las grandes ciudades— son bastante más tolerantes que hace algunos años; sin embargo, el anatema aún persiste en muchos medios. No hay que olvidar que hace apenas un siglo causó la desgracia de Oscar Wilde. Nuestra literatura generalmente ha esquivado este tema; era demasiado peligroso. O lo ha disfrazado: todos sabemos, por ejemplo, que *Albertina*, *Gilberta* y las otras “jeunes filles en fleur” eran en realidad muchachos. Gide tuvo mucha entereza al publicar *Corydon*; la novela de E. M. Foster, *Maurice*, por voluntad del autor apareció después de su muerte. Algunos poetas modernos fueron más atrevidos y entre ellos destaca un español: Luis Cernuda. Hay que pensar en los años, el mundo y la lengua en que

publicó Cernuda sus poemas para apreciar su denuedo.

En el pasado las prohibiciones más rigurosas y temidas eran las de las Iglesias. Todavía lo siguen siendo, aunque en las sociedades modernas, predominantemente seculares, son menos escuchadas. Las Iglesias han perdido gran parte de su poder temporal. La ganancia ha sido relativa; el siglo XX ha perfeccionado los odios religiosos al convertirlos en pasiones ideológicas. Los Estados totalitarios no sólo substituyeron a las inquisiciones eclesiásticas sino que sus tribunales fueron más despiadados y obtusos. Una de las conquistas de la modernidad democrática ha sido substraer del control del Estado a la vida privada, vista como un dominio sagrado de las personas; los totalitarios dieron un paso atrás y se atrevieron a legislar sobre el amor. Los nazis prohibieron a los germanos las relaciones sexuales con gente que no fuese aria. Además, concibieron proyectos eugenésicos destinados a perfeccionar y purificar a la “raza alemana”, como si se tratase de caballos o de perros. Por fortuna no tuvieron tiempo para llevarlos a cabo.

Los comunistas no fueron menos intolerantes; su obsesión no fue la pureza racial sino la ideológica. Todavía vive en la memoria pública el recuerdo de las humillaciones y bajezas que debían soportar los ciudadanos de esas naciones para casarse con personas del “mundo libre”. Una de las grandes novelas de amor de nuestra época —*El doctor Zhivago*, la novela de Borís Pasternak— relata la historia de dos amantes separados por los odios de las facciones ideológicas durante la guerra civil que sucedió a la toma del poder por los *bolcheviques*. La política es la gran enemiga del amor. Pero los amantes siempre encuentran un instante para escapar de las tenazas de la ideología. Ese instante es diminuto e inmenso, dura lo que dura un parpadeo y es largo como un siglo. Los poetas provenzales y los

románticos del siglo XIX, si hubiesen podido leerlas, habrían aprobado con una sonrisa las páginas en que Pasternak describe el delirio de los amantes, perdidos en una cabaña de la estepa, mientras los hombres se degüellan por abstracciones. El poeta ruso compara esas caricias y esas frases entrecortadas con los diálogos sobre el amor de los antiguos filósofos. No exageró: para los amantes el cuerpo piensa y el alma se toca, es palpable.

El obstáculo y la transgresión están íntimamente asociados a otro elemento también doble: el dominio y la sumisión. En su origen, como ya dije, el arquetipo de la relación amorosa fue la relación señorial: los vínculos que unían al vasallo con el señor fueron el modelo del amor cortés. Sin embargo, la transposición de las relaciones reales de dominación a la esfera del amor —zona privilegiada de lo imaginario— fue algo más que una traducción o una reproducción. El vasallo estaba ligado al señor por una obligación que comenzaba con el nacimiento mismo y cuya manifestación simbólica era el homenaje de pleitesía. La relación de soberanía y dependencia era recíproca y natural; quiero decir, no era el objeto de un convenio explícito y en el que interviniese la voluntad, sino la consecuencia de una doble fatalidad: la del nacimiento y la de la ley del suelo donde se nacía. En cambio, la relación amorosa se funda en una ficción: el código de cortesía. Al copiar la relación entre el señor y el vasallo, el enamorado transforma la fatalidad de la sangre y el suelo en libre elección; el enamorado escoge, voluntariamente, a su señora y, al escogerla, elige también su servidumbre. El código del amor cortés contiene, además, otra transgresión de la moral señorial; la dama de alta alcurnia olvida, voluntariamente, su rango y cede su soberanía.

El amor ha sido y es la gran subversión de Occidente. Como en

el erotismo, el agente de la transformación es la imaginación. Sólo que, en el caso del amor, el cambio se despliega en relación contraria: no niega al otro ni lo reduce a sombra sino que es negación de la propia soberanía. Esta autonegación tiene una contrapartida: la aceptación del otro. Al revés de lo que ocurre en el dominio del libertinaje, las imágenes encarnan: el otro, la otra, no es una sombra sino una realidad carnal y espiritual. Puedo tocarla pero también *hablar* con ella. Y puedo oírla —y más: *beberme* sus palabras. Otra vez la transubstanciación: el cuerpo se vuelve voz, sentido; el alma es corporal. Todo amor es eucaristía.

El afán constante de todos los enamorados y el tema de nuestros grandes poetas y novelistas ha sido siempre el mismo: la búsqueda del reconocimiento de la persona querida. Reconocimiento en el sentido de confesar, como dice el diccionario, la dependencia, subordinación o vasallaje en que se está respecto de otro. La paradoja reside en que ese reconocimiento es voluntario: es un acto libre. Reconocimiento, asimismo, en el sentido de confesar que estamos ante un misterio palpable y carnal: una persona. El reconocimiento aspira a la reciprocidad pero es independiente de ella. Es una apuesta que nadie está seguro de ganar porque es una apuesta que depende de la libertad del otro. El origen de la relación de vasallaje es la obligación natural y recíproca del señor y del feudatario; el del amor es la búsqueda de una reciprocidad libremente otorgada. La paradoja del amor único reside en el misterio de la persona que, sin saber nunca exactamente la razón, se siente invenciblemente atraída por otra persona, con exclusión de las demás. La paradoja de la servidumbre reposa sobre otro misterio: la transformación del objeto erótico en persona lo convierte inmediatamente en sujeto dueño de albedrío. El objeto que deseo se vuelve sujeto que me desea o que me rechaza. La



cesión de la soberanía personal y la aceptación voluntaria de la servidumbre entrañan un verdadero cambio de naturaleza: por el puente del mutuo deseo el objeto se transforma en sujeto deseante y el sujeto en objeto deseado. Se representa al amor en forma de un nudo; hay que añadir que ese nudo está hecho de dos libertades enlazadas.

Dominación y servidumbre, así como obstáculo y transgresión, más que elementos por sí solos, son variantes de una contradicción más vasta que los engloba; fatalidad y libertad. El amor es atracción involuntaria hacia una persona y voluntaria aceptación de esa atracción. Se ha discutido mucho acerca de la naturaleza del impulso que nos lleva a enamorarnos de esta o aquella persona. Para Platón la atracción era un compuesto de dos deseos, confundidos en uno solo; el deseo de hermosura y el de inmortalidad. Deseamos a un cuerpo hermoso y deseamos engendrar en ese cuerpo hijos hermosos. Este deseo, como se ha visto, paulatinamente se transforma hasta culminar, ya depurado, en la contemplación de las esencias y las ideas. Pero ni el amor ni el erotismo, según creo haberlo mostrado en este libro, están necesariamente asociados al deseo de reproducción; al contrario, con frecuencia consisten en un poner entre paréntesis el instinto sexual de procreación. En cuanto a la hermosura: para Platón era una y eterna, para nosotros es plural y cambiante. Hay tantas ideas de la belleza corporal como pueblos, civilizaciones y épocas. La belleza de hoy no es la misma que aquella que encendió la imaginación de nuestros abuelos; el exotismo, poco apreciado por los contemporáneos de Platón, es hoy un incentivo erótico. En un poema de Rubén Darío que, hace cien años ahora, escandalizó y encandiló a sus lectores, el poeta recorre todos los encuentros eróticos

posibles con españolas y alemanas, chinas y francesas, etíopes e italianas. El amor, dice, es una pasión cosmopolita.

La hermosura, además de ser una noción subjetiva, no juega sino un papel menor en la atracción amorosa, que es más profunda y que todavía no ha sido enteramente explicada. Es un misterio en el que interviene una química secreta y que va de la temperatura de la piel al brillo de la mirada, de la dureza de unos senos al sabor de unos labios. *Sobre gustos no hay nada escrito*, dice el refrán; lo mismo debe decirse del amor. No hay reglas. La atracción es un compuesto de naturaleza sutil y, en cada caso, distinta. Está hecha de humores animales y de arquetipos espirituales, de experiencias infantiles y de los fantasmas que pueblan nuestros sueños. El amor no es deseo de hermosura: es ansia de "completud". La creencia en los brebajes y hechizos mágicos ha sido, tradicionalmente, una manera de explicar el carácter, misterioso e involuntario, de la atracción amorosa. Todos los pueblos cuentan con leyendas que tienen como tema esta creencia. En Occidente, el ejemplo más conocido es la historia de Tristán e Isolda, un arquetipo que sería repetido sin cansancio por el arte y la poesía. Los poderes de persuasión de la Celestina, en el teatro español, no están únicamente en su lengua elocuente y en sus pérfidas zalamerías sino en sus filtros y brebajes. Aunque la idea de que el amor es un lazo mágico que literalmente cautiva la voluntad y el albedrío de los enamorados es muy antigua, es una idea todavía viva: el amor es un hechizo y la atracción que une a los amantes es un encantamiento. Lo extraordinario es que esta creencia coexiste con la opuesta: el amor nace de una decisión libre, es la aceptación voluntaria de una fatalidad.

El Renacimiento y la Edad Barroca, sin renunciar al filtro mágico de Tristán e Isolda, concibieron una teoría de las pasiones y

las simpatías. El símbolo predilecto de los poetas de esta época fue el imán, dueño de un misterioso e irresistible poder de atracción. En esta concepción fueron determinantes dos legados de la Antigüedad grecorromana; la teoría de los cuatro humores y la astrología. Las afinidades y repulsiones entre los temperamentos sanguíneos, nervioso, flemático y melancólico ofrecieron una base para explicar la atracción erótica. Esta teoría venía de la tradición médica de Galeno y de la filosófica de Aristóteles, al que se atribuía un tratado sobre el temperamento melancólico. La creencia en la influencia de los astros tiene su origen en Babilonia, pero la versión que recoge el Renacimiento es de estirpe platónica y estoica. Según el *Timeo*, en el viaje celeste de las almas al descender a la tierra para encarnar en un cuerpo, reciben las influencias fastas y nefastas de Venus, Marte, Mercurio, Saturno y los otros planetas. Esas influencias determinan sus predisposiciones e inclinaciones. Por su parte, los estoicos concebían al cosmos como un sistema regido por las afinidades y simpatías de la energía universal (*pneuma*), que se reproducían en cada alma individual. En una y otra doctrina el alma individual era parte del alma universal y estaba movida por las fuerzas de amistad y repulsión que animan al cosmos.

Los románticos y los modernos han reemplazado el neoplatonismo renacentista por explicaciones psicológicas y fisiológicas, tales como la cristalización, la sublimación y otras parecidas. Todas ellas, por más diversas que sean, conciben al amor como atracción fatal. Sólo que esa fatalidad, sean sus víctimas Calixto y Melibea o Hans Castorp y Claudia, ha sido en todos los casos libremente asumida. Agregó; y ardientemente invocada y deseada. La fatalidad se manifiesta sólo con y a través de la complicidad de nuestra libertad. El nudo entre libertad y destino —el gran misterio de la tragedia griega y de

los autos sacramentales hispánicos— es el eje en torno al cual giran todos los enamorados de la historia. Al enamorarnos, escogemos nuestra fatalidad. Trátese del amor a Dios o del amor a Isolda, el amor es un misterio en el que libertad y predestinación se enlazan. Pero la paradoja de la libertad se despliega también en el subsuelo psíquico: las vegetaciones venenosas de las infidelidades, las traiciones, los abandonos, los olvidos, los celos. El misterio de la libertad amorosa y su flora alternativamente radiante y fúnebre ha sido el tema central de nuestros poetas y artistas. También de nuestras vidas, la real y la imaginaria, la vivida y la soñada.

La quinta nota distintiva de nuestra idea del amor consiste, como en el caso de las otras, en la unión indisoluble de dos contrarios, el cuerpo y el alma. Nuestra tradición, desde Platón, ha exaltado al alma y ha menospreciado al cuerpo. Frente a ella y desde sus orígenes, el amor ha ennoblecido el cuerpo: sin atracción física, carnal, no hay amor. Ahora asistimos a una reversión radicalmente opuesta al platomismo: nuestra época niega al alma y reduce el espíritu humano a un reflejo de las funciones corporales. Así ha minado en su centro mismo a la noción de persona, doble herencia del cristianismo y la filosofía griega. La noción de alma constituye a la persona y, sin persona, el amor regresa al mero erotismo. Más adelante volveré sobre el ocaso de la noción de persona en nuestras sociedades; por ahora, me limito a decir que ha sido el principal responsable de los desastres políticos del siglo XX y del envilecimiento general de nuestra civilización. Hay una conexión íntima y causal, necesaria, entre las nociones de alma, persona, derechos humanos y amor. Sin la creencia en un alma inmortal inseparable de un cuerpo mortal, no habría podido nacer el amor único ni su consecuencia; la

transformación del objeto deseado en sujeto deseante. En suma, el amor exige como condición previa la noción de persona y ésta la de un alma encarnada en un cuerpo.

La palabra *persona* es de origen etrusco y designaba en Roma a la máscara del actor teatral. ¿Qué hay detrás de la máscara, qué es aquello que *anima* al personaje? El espíritu humano, el alma o ánima. La persona es un ser compuesto de un alma y un cuerpo. Aquí aparece otra y gran paradoja del amor, tal vez la central, su nudo trágico: amamos simultáneamente un cuerpo mortal, sujeto al tiempo y sus accidentes, y un alma inmortal. El amante ama por igual al cuerpo y al alma. Incluso puede decirse que, si no fuera por la atracción hacia el cuerpo, el enamorado no podría amar al alma que lo anima. Para el amante el cuerpo deseado es alma; por esto le habla con un lenguaje más allá del lenguaje pero que es perfectamente comprensible, no con la razón, sino con el cuerpo, con la piel. A su vez el alma es palpable: la podemos tocar y su soplo refresca nuestros párpados o calienta nuestra nuca. Todos los enamorados han sentido esta transposición de lo corporal a lo espiritual y viceversa. Todos lo saben con un saber rebelde a la razón y al lenguaje. Algunos poetas lo han dicho:

*... her pure and eloquent blood  
Spoke in her cheeks, and so distinctly wrought  
That one might almost say, her body thought.* ①

Al ver en el cuerpo los atributos del alma, los enamorados incurren en una herejía que reprueban por igual los cristianos y los

---

① John Donne: *Second Anniversary*.

platónicos. Así, no es extraño que haya sido considerado como un extravío e incluso como una locura; el *loco amor* de los poetas medievales. El amor es loco porque encierra a los amantes en una contradicción insoluble. Para la tradición platónica, el alma vive prisionera en el cuerpo; para el cristianismo, venimos a este mundo sólo una vez y sólo para salvar nuestra alma. En uno y otro caso hay oposición entre alma y cuerpo, aunque el cristianismo la haya atenuado con el dogma de la *resurrección de la carne*, y la doctrina de los *cuerpos gloriosos*. Pero el amor es una transgresión tanto de la tradición platónica como de la cristiana. Traslada al cuerpo los atributos del alma y éste deja de ser una prisión. El amante ama al cuerpo como si fuese alma y al alma como si fuese cuerpo. El amor mezcla la tierra con el cielo; es la gran subversión. Cada vez que el amante dice: *te amo para siempre*, confiere a una criatura efímera y cambiante dos atributos divinos; la inmortalidad y la inmutabilidad. La contradicción es en verdad trágica: la carne se corrompe, nuestros días están contados. No obstante, amamos. Y amamos con el cuerpo y con el alma, en cuerpo y alma.

Esta descripción de los cinco elementos constitutivos de nuestra imagen del amor, por más somera que haya sido, me parece que revela su naturaleza contradictoria, paradójica o misteriosa. Mencioné a cinco rasgos distintivos; en realidad, como se ha visto, pueden reducirse a tres: la exclusividad, que es amor a una sola persona; la atracción, que es fatalidad libremente asumida; la persona, que es alma y cuerpo. El amor está compuesto de contrarios pero que no pueden separarse y que viven sin cesar en lucha y reunión con ellos mismos y con los otros. Estos contrarios, como si fuesen los planetas del extraño sistema solar de las pasiones, giran en torno a un sol

único. Este sol también es doble: la pareja. Continua transmutación de cada elemento: la libertad escoge la servidumbre, la fatalidad se transforma en elección voluntaria, el alma es cuerpo y el cuerpo es alma. Amamos a un ser mortal como si fuese inmortal. Lope lo dijo mejor: *a lo que es temporal llamar eterno*. Sí, somos mortales, somos hijos del tiempo y nadie se salva de la muerte. No sólo sabemos que vamos a morir sino que la persona que amamos también morirá. Somos los juguetes del tiempo y de sus accidentes: la enfermedad y la vejez, que desfiguran al cuerpo y extravían al alma. Pero el amor es una de las respuestas que el hombre ha inventado para mirar de frente a la muerte. Por el amor le robamos al tiempo que nos mata unas cuantas horas que transformamos a veces en paraíso y otras en infierno. De ambas maneras el tiempo se distiende y deja de ser una medida. Más allá de felicidad o infelicidad, aunque sea las dos cosas, el amor es intensidad; no nos regala la eternidad sino la vivacidad, ese minuto en el que se entreabren las puertas del tiempo y del espacio: aquí es allá y ahora es siempre. En el amor todo es dos y todo tiende a ser uno.

(Octavio Paz)

## OCTAVIO PAZ

Octavio Paz, nacido en México en 1914, Premio Cervantes en 1981 y Premio Nobel en 1990, es una de las figuras capitales de la literatura hispánica contemporánea. Inició en muy temprana edad su actividad literaria, con colaboraciones en diversas revistas y la publicación del libro de poemas *Luna silvestre* (1933). Viajó por

España en 1937, donde participó en la Alianza de intelectuales antifascistas, y, de regreso en México, fue uno de los fundadores de *Taller* (1938) y *El hijo pródigo* (1943). Prosiguió estudios en E. U. A. de 1944 a 1945, y a fines de este año ingresó en el servicio diplomático mexicano, al que perteneció hasta 1968, en que renunció como protesta contra la política de su gobierno ante el movimiento democrático estudiantil. Durante este largo período vivió en París —donde trabó amistad con A. Breton y B. Perest y colaboró con el grupo surrealista—, la India y Japón, experiencias que le familiarizaron con la poesía y el pensamiento de estos pueblos. En 1955 fundó el grupo *Poesía en voz alta*. Posteriormente inició su colaboración en la *Revista mexicana de literatura* y en *El corno emplumado*, entre otras importantes publicaciones, con textos en que defiende y practica las posiciones experimentales del arte contemporáneo. Paz concibe al poeta como una voz disidente, crítica. En 1960 publicó el volumen *Libertad bajo palabra*, recopilación de su obra poética escrita entre 1935 y 1958. Paz es también un notable ensayista, autor de un importante análisis sobre la esencia de lo mexicano, *El laberinto de la soledad* (1950), y de varios libros de teoría y crítica literaria.

## VOCABULARIO

preponderancia	f.	优势地位, 统治地位	metamorfosis	f.	变形, 变态
arquetipo	m.	原型	antitético, ca	adj.	对立的
plebeyo, ya	m., f.	平民	victimario, ria	m., f.	害人者
			asechanza	f.	陷阱, 圈套



disección <i>f.</i> 解剖	trovador <i>m.</i> 中世纪行吟诗人
execrable <i>adj.</i> 可憎的, 该受 谴责的	interdicción <i>f.</i> 禁止, 制止
ultrajado, da <i>adj.</i> 被侮辱的	infracción <i>f.</i> 违法, 犯法
infusorios <i>m.</i> 纤毛虫纲	contravención <i>f.</i> 违反, 违背
incesto <i>m.</i> 乱伦	virreinato <i>m.</i> 总督管辖区
estupro <i>m.</i> 奸污少女	contrapartida <i>f.</i> 补偿
reverenciar <i>vt.</i> 尊敬	nefando, da <i>adj.</i> 卑鄙的, 令 人憎恶的
acatar <i>vt.</i> 敬重; 服从	anatema <i>m.</i> 强烈谴责
orfandad <i>f.</i> 无依无靠	denuedo <i>m.</i> 勇气, 胆量
deliquio <i>m.</i> 昏迷, 不省人事	secular <i>adj.</i> 世俗的
transporte <i>m.</i> 出神	obtuso, sa <i>adj.</i> 笨的
elucidar <i>vt.</i> 阐明, 澄清	substraer <i>vt.</i> 分开
orgasmo <i>m.</i> 性欲高潮	ario, aria <i>m., f.</i> 雅利安人
reverso <i>m.</i> 反面, 背面	eugenésico, ca <i>adj.</i> 优生学的
anverso <i>m.</i> 正面	bajeza <i>f.</i> 卑鄙行径
redimir <i>vt.</i> 赎回	tenaza <i>f.</i> 夹子, 钳子
picoteo <i>m.</i> 吵嘴	degüellar <i>vt.</i> 砍头, 斩首
perfidia <i>f.</i> 不忠, 背信弃义	pleitesía <i>f.</i> 尊敬
constitutivo, va <i>adj.</i> 结构性 的	alcurnia <i>f.</i> 门第, 出身
andrógino, na <i>adj.</i> 雌雄同体 的	eucaristía <i>f.</i> 圣餐, 圣体
promiscuidad <i>f.</i> 混居, 杂居	albedrío <i>m.</i> 任意, 随意
venerar <i>vt.</i> 崇拜, 敬重	exotismo <i>m.</i> 异国情调
ascetismo <i>m.</i> 禁欲主义	encandilar <i>vt.</i> 使目瞪口呆
	brebaje <i>m.</i> 药水

## LA MEMORIA ROTA

En estos ensayos poderosos y renovadores, Arcadio Díaz Quiñones rescata los pedazos dispersos de las últimas cuatro décadas de historia inclemente, de unos años sin nombre, caracterizados por el progreso agresivo y la modernidad destructiva, las emigraciones desgarradoras, la violencia y la marginalidad. Frente a esta isla distraída, donde el recuerdo y la comprensión del pasado no tienen asientos de primera fila, él invita a recuperar la memoria “deliberadamente negada por el poder político, o rota por la represión oficial o la exclusión cultural”.

Sus propuestas abiertas y su mirada integradora, descansan, sobre todo, en el deseo de entender y “conferirle forma a una tradición (política e intelectual), evitando que se desgaste y muera —que sea colonizada— en la triste y ruidosa confusión de la política puertorriqueña”. Mediante el enlace y el reconocimiento de figuras significativas pero olvidadas y silenciadas —Margot Arce de Vázquez, César Andreu Iglesias, Aurora de Albornoz, entre otras— Díaz Quiñones graba sus huellas fecundas y demuestra que sin cultura y política no hay memoria. Y sin memoria, libre y crítica, no hay nación entera.

## La vida inclemente

*La vida inclemente te separa  
de mi y un siglo de ausencia  
voy sufriendo por ti*

¿Cuál era la versión histórica dominante contra la que se levantaron las nuevas revisiones, fecundas, y a veces imperfectas, apresuradas, militantes o excesivamente maniqueas de los años setenta? Si en todas partes la historia ha sido, según nos recuerda el historiador mexicano Enrique Florescano en el ensayo incluido en el libro *Historia ¿para qué?*, primordialmente una forma de legitimar el orden establecido, no debe extrañarnos que cuando ese orden hace crisis se agudice la sensibilidad de lo histórico, y surja la crítica de las versiones históricas dominantes. Esa confrontación —política, social, histórica y cultural— es la que hemos vivido en Puerto Rico en los últimos años. Ahí están las nuevas versiones, en narraciones, ensayos y textos poéticos, dedicados a recordar con la ayuda de la imaginación: una nueva composición del lugar.

En muchos textos se les dio otra forma a los hechos, un diseño nuevo, bajo paradigmas esbozados en debates que se prolongaron a lo largo de los años setenta y ochenta. Se trataba de *posibilidades*, de una nueva voluntad de comprender el pasado, no de realizaciones rotundas. Por eso, a pesar de sus limitaciones, de lo mucho que hay de efímero y circunstancial, a pesar de sus equivocaciones y de la pobreza teórica o política de algunos análisis, las nuevas versiones interesan. Diría más: precisamente porque han abierto vetas promiso-

rias, aun sus errores y sus parcialidades interesan.

Como dijo Michel de Certeau en su renovador ensayo *La escritura de la historia*: “Una situación social cambia a la vez el modo de trabajo y el tipo de discurso... La investigación no busca únicamente comprensiones que hayan resultado. Regresa a los objetos que ya no comprende”. Para comprender, pues, el enfrentamiento entre la “vieja” versión de la historia y la “nueva”, no basta con oponer discursos y paradigmas. La lucha por los significados históricos, y los significados mismos, se construyen en un conjunto de prácticas y de instituciones. En otras palabras, se dan en el interior de un contexto y de lugares sociales específicos. Al tratar de contestar la pregunta que da origen a este ensayo sobre cuál era la versión histórica dominante, pensé que sería útil intentar una reconstrucción del contexto en que las “viejas” versiones de la historia cumplían su función.

\* \* \*

Para empezar, intentaré una reconstrucción muy personal, forzosamente incompleta, de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, años de los que me separan ya un siglo de ausencia. Sí, la vida inclemente ha creado “un siglo de ausencia” (como en aquel bolero tan difundido entonces por el trío Los Panchos). La tradición permite que uno hable en primera persona, pero, como dice Ricardo Piglia en *Prisión perpetua*: “El que escribe sólo puede hablar de su padre o de sus padres y de sus abuelos, de sus parentescos y genealogías”. También hablamos de parentescos sobre los que hemos leído.

A finales de los años cincuenta concluí la escuela superior y

empecé mis estudios universitarios. Creía entonces, como muchos de mis compañeros, que vivíamos en una especie de “edad de oro”, un modelo nuevo de sociedad fundado en el crecimiento económico, la continua elevación del nivel de vida, el “progreso” y el despegue tecnológico. Muy pronto aquella imagen primorosamente coloreada e interpuesta entre la realidad y nosotros empezó a desvanecerse. Pero a lo largo de la década del cincuenta —en nuestros años formativos adolescentes— nos marcó a todos. La necesidad y la libertad parecían converger.

Eramos los hijos del vasto movimiento político y social iniciado en los años cuarenta por el Partido Popular Democrático, los beneficiarios de las gestiones renovadoras en el terreno educativo y social, de la transformación dirigida por la Compañía de Fomento Industrial y del Banco Gubernamental de Fomento. Habíamos leído en la prensa sobre la reciente Constitución del Estado Libre Asociado; cerca de medio millón de electores participaron, con 373.594 votos a favor, y 82.877 en contra. El Estado Libre Asociado era, en la concisa expresión de don Luis Muñoz Marín, una “forma mejorable de libertad” que podía “crecer”. La “unión” era “signo de libertad”. El “convenio” garantizaba la común ciudadanía con los Estados Unidos. Estábamos integrados a la “gran cultura occidental”, pero con raíces puertorriqueñas. Eramos —siempre en palabras de Muñoz Marín— “un pueblo hispanoamericano compuesto por buenos ciudadanos de Estados Unidos”, en vías de una industrialización que nos llevaría a “abolir la extrema pobreza”. El gobierno se encargaría del funcionamiento de la economía.

En Puerto Rico —como en México, Perú, la Argentina y otras partes de América— el populismo “cambió incluso a los que se le opusieron”, ha escrito acertadamente el intelectual boliviano Fernando

Calderón. La dificultad de construir un discurso de oposición realmente autónomo parecía probada. Los viejos argumentos ya no servían. Aun el líder anexionista Luis A. Ferré, entonces en la oposición, en 1955, pronunció un discurso titulado “El progreso de nuestra isla” en el que expresaba una postura análoga. Ferré, cuyo nombre todos asociábamos entonces con las fábricas de cemento, exaltaba el crecimiento, “el adelanto material, obvio, elocuente”. El, claro, le atribuía todo el progreso a la guerra y a la generosidad imperial, a las consecuencias de “la gran guerra del cuarenta”: “Dinero de los soldados reclutados en la Nación para defender la libertad. Dinero de las exportaciones de ron y otros artículos de Puerto Rico para saciar la sed de mercados desprovistos por el conflicto internacional. Dinero del Gobierno de los Estados Unidos que amplía sus instalaciones de defensa en Puerto Rico. Dinero de nuestros conciudadanos del Norte que pagan los servicios de las Fuerzas Armadas, en tiempos de paz o en épocas de guerra”.

\* \* \*

*Jalda arriba*: el jibaro ingresaba en la mitología política. Las metáforas y consignas de la modernidad propuestas por el discurso populista se extraían todavía con fervoroso entusiasmo de un mundo campesino, jibaro, de sus refranes y de su lenguaje. Los destinatarios lo reconocían, aunque fuera parcialmente, como su propio lenguaje. De hecho, aquellas metáforas les permitían, aún a los que no lo eran, constituirse como “jibaros” en marcha hacia el progreso. Aquella utopía inspiró “jalda arriba” grandes transformaciones materiales, y llevó a cambios sociales y modernizaciones muy concretas, a beneficios nada desdeñables para amplios sectores de la población

puertorriqueña. Los de abajo parecían asentir a los cambios que eran impulsados por una conciencia social ilustrada, aunque paternalista, en los de arriba. Todo el proceso se presentaba como el movimiento de un *pueblo* que se movía al unísono, bajo la dirección de una vanguardia política e intelectual. Ese sería uno de los lugares comunes más firmes del discurso histórico. El modelo populista no había entrado en crisis, y mantenía todo su esplendor retórico. Todavía no se han estudiado bien la multiplicación de las representaciones iconográficas dedicadas al triunfo sobre el “atraso”, ni la complejidad de sus resultados.

Se lograban éxitos aplastantes en las urnas. Las elecciones ponían de manifiesto el gran poder movilizador del Partido Popular. La cómoda ventaja electoral le otorgaba un amplio margen de manobra. Las adhesiones al Partido Popular eran numerosas y heterogéneas. Después, en los años setenta, algunos quisieron despachar ese proceso con una abstracción peyorativa fácilmente refutable: “democracia burguesa”. Detrás de esa frase, sin embargo, había con frecuencia un gran desprecio a la democracia, que la “izquierda” voluntarista pagaría muy caro luego. Pero lo cierto es también que en el Puerto Rico de los años cincuenta y sesenta se identificaba democracia con producción y capitalismo. Esa correlación se propugnaba como un imperativo moral. Nos acostumbraron a las estadísticas triunfantes, a la expansión vertiginosa de los centros urbanos, de las urbanizaciones, de las carreteras. Las consignas giraban en torno a la planificación y el desarrollismo: capacidad para producir más, para comprar y vender, y también para tener servicios públicos y sociales que funcionaran. Lo primero, desde luego, era acceso al capital. Es indudable que los líderes creyeron, honestamente, que eran capaces de articular intereses y valores populares, y de impulsar reformas so-

ciales efectivas. Las noticias sobre los “niveles de crecimiento” eran siempre positivas. Hoy, en medio de tantos retazos de utopías fragmentadas, resulta difícil recuperar aquel lenguaje.

Las flamantes neveras se colocaban en el comedor, y hasta en la sala. Pocos años después serían desplazadas por los televisores. Fuimos a ver, temerosos y embobados, el rutilante Professional Building de la parada 22 en Santurce: ya teníamos nuestro propio rascacielos. Llegaban los visitantes extranjeros del “Punto Cuarto” a ver aquel “milagro” y el amplio abanico de actividades profesionales del Estado y del sector privado. El peruano Luis Alberto Sánchez ironizaba, en 1959, en una nota con motivo de la muerte del poeta puertorriqueño Luis Palés Matos, el programa del “Punto Cuarto”. Sánchez escribía sobre la “conveniencia de estudiar a los pueblos no solamente por el número de horas que trabajan, y los años que viven, y el salario que recogen por hora y por cápita, sino también, y a veces antes, por el rumbo que imprimen a sus pensamientos, la autenticidad de sus vidas, vale decir, de sus conductas”. Pero voces como las de Sánchez apenas se oían. En la nueva cultura política puertorriqueña de la posguerra, y en su vocabulario cotidiano, se le daba un fuerte impulso a la “superación”, al “éxito”. Los universitarios estábamos llamados a ser los intelectuales profesionalizados, una legítima clase media, se decía, que el país necesitaba. La magnitud de esos procesos sociales y culturales, y sus impactos duraderos, difícilmente podrían ser subestimados. Las cifras estaban siempre sobre la mesa. El eclipse de las grandes convicciones y el desgaste progresivo vendrían más tarde.

\* \* \*



No teníamos entonces —los jóvenes beneficiarios de tan agresivo progreso— plena conciencia de lo que significaba la emigración de nuestras familias, a pesar de los frecuentes viajes al aeropuerto y las lacrimosas despedidas. La emigración era uno de los grandes proyectos patrióticos, una manera de resolver el problema del “exceso” de población. Tampoco hablábamos del fracaso de la “reforma agraria”, ni del costo social extraordinariamente alto del progreso. Si nuestros primos y hermanos habían muerto en Corea, era motivo de orgullo, a pesar de que la guerra resultaba más larga, dura y cruenta de lo esperado e imponía grandes sacrificios: luchaban por la democracia. El mundo estaba dividido irremediabilmente entre el mundo “libre” y la “esclavitud” socialista soviética. Cualquier otro planteamiento político quedaba marginado. Estados Unidos había creado “nuestro” ejército, y, aunque conocíamos mal las instituciones militares, se confiaba plenamente en la bondad de sus intenciones: era un referente positivo fundamental. La palabra *comunismo* nos producía escalofríos, y el nombre de Albizu Campos era tabú. En mi primer año universitario leímos el *Manifiesto comunista*, y, en preparación para el examen, enumerábamos sus diez falacias sin dudas de ninguna clase. Cuba era, como la República Dominicana, una dictadura sangrienta y primitiva. Eramos afortunados, e ingenuos, y de los países del Caribe no sabíamos casi nada. En aquel contexto fue ejemplar la participación política del Partido Independentista Puertorriqueño. Sus miembros asumieron la oposición, en el terreno electoral, de un proyecto tan poderoso y tan respaldado por Washington. Esa valiente e histórica defensa de otro proyecto todavía no se ha valorado como merece.

Aquella feliz alianza utópica del Estado Libre Asociado estaba amenazada desde afuera, y desde su propio interior. Pero no fue hasta

finales de la década del sesenta y los años setenta que empezó a hacerse dramáticamente visible la crisis que ha ido exacerbándose hasta hoy, restándole legitimidad y apoyo a un proyecto que ya no parece viable. Esa crisis se ha hecho visible en el acrecentamiento de las diferencias sociales, y en los mundos sociales —más distanciados que nunca— de las ciudades y las emigraciones. Visible, además, en la gran incongruencia en los niveles de representación y participación políticas. La corrupción, el crimen, la destrucción ecológica, y la enorme violencia, las atrocidades, eran muy evidentes en los años setenta y ochenta. Ya para esos años se veían claramente las otras caras de una modernización irracional y colonial, ante la cual los dos partidos mayoritarios parecían impotentes. Por otra parte, esa crisis también contribuyó a dinamizar la revisión y la reconsideración histórica y literaria.

\* \* \*

¿Cuál era la “historia” difundida en los años de la utopía industrial? La que yo recuerdo era, a la vez, raquítica y poderosa. Raquítica, porque en la escuela la historia institucionalizada, inscripta en los textos, se limitaba casi exclusivamente a lo “aprendido” en el libro de texto *La isla de Puerto Rico* de Francisco Gaztambide Vega y Pedro P. Arán, y en la *Historia de Puerto Rico* de Paul G. Miller. Débil, porque aun en mis años universitarios recuerdo que las polémicas más notorias eran sobre el lugar “exacto” del desembarco de Colón. De los próceres puertorriqueños casi no sabíamos nada. De la vida de los esclavos, de los peones, de la mujer, del movimiento obrero, de las emigraciones puertorriqueñas o del mundo de los hacendados no sabíamos absolutamente nada. No se han estu-

diado a fondo, que yo sepa. los textos para la enseñanza primaria y secundaria que circulaban entonces, su tono, sus ilustraciones, sus interpretaciones, cómo generaban sus héroes y la identidad nacional. Carecemos aún en Puerto Rico de una historia crítica de los libros de texto, la legislación y los programas de enseñanza de la historia comparable, digamos, al minucioso estudio que sobre *Nacionalismo y educación en México* hizo Josefina Vázquez de Knauth. Cuando se haga, se verá, creo, la pobreza de esa historia llena de silencios y ocultamientos.

La reconstrucción historiográfica, sin embargo, no coincide necesariamente con la memoria social. Pero las voces que articulaban la historia dominante hablaban con la certidumbre de que coincidían con —y encarnaban— la memoria social. Era una visión poderosa, por lo menos en dos sentidos. La visión de lo histórico tendía a ser monolítica, excluyente, simplificadora. De la colonia española y de la lucha por el autonomismo, se pasaba rápidamente al ambivalente 1898, al “cambio de soberanía” y al imperio del adversario: la dominación de las corporaciones azucareras ausentistas. Pero el 98 era un tema difícil de sortear y se resolvía con relatos asépticos. La otra fecha clave era, naturalmente, la nueva era: el 1940, el comienzo de la racionalización de la acción social, el triunfo del Partido Popular Democrático, un hecho que se presentaba como inédito e irrepetible, y que se identificaba con la disolución del poder azucarero. El año 1940 era el eje de referencia inevitable para entender el pasado y el presente. Eran los *beginnings*, para usar el término teorizado por Edward Said, los “comienzos” de la historia, y de su propia historia, contruidos por los intelectuales populistas.

Era, por otra parte, una historia que se transmitía más eficazmente a través del discurso del poder. No me parece exagerado afir-

mar que la explicación histórica dominante durante esos años hay que buscarla en la seductora y pedagógica palabra de Muñoz Marín, nuestro “hombre fuerte”, a quien todos escuchábamos por la radio. O, de manera más cruda, en los discursos de figuras como Jaime Benítez, el rector de la Universidad, y sus epígonos. Todos, desde esa perspectiva, eran “progresistas”. La práctica intelectual universitaria era, con muy pocas excepciones, la confirmación redundante de lo que pensaban nuestros políticos. La memoria social se nutría de los rituales y las conmemoraciones que reforzaban el mito fundacional de 1940. La temporalidad anterior quedaba casi abolida: la memoria rota. En los años de apogeo del Partido Popular la historia conmemorada celebraba su propia fundación y su propia continuidad.

La concepción vigente en aquellos discursos subrayaba la ruptura con un pasado “feudal”, y exaltaba un presente épico. “Puerto Rico —repitió muchas veces Muñoz Marín— fue pequeña isla, muy pobre, con poca gente y mucha tierra”. Su historia como pueblo era reciente: “no se hizo bien definido el perfil de Puerto Rico hasta mediados del siglo pasado”. Los mejores hombres del siglo 19 habían luchado cívica y pacíficamente por la autonomía y por la abolición de la esclavitud. Al mismo tiempo, esos políticos e intelectuales se presentaban como los herederos y continuadores del pasado liberal del siglo 19. La creación de esa continuidad ha sido una de las construcciones más duraderas de aquella versión de la historia.

Pero era, repito, un pasado débil, borroso, que sólo cobraba ímpetu a medida que se acercaba al año “fundante” de 1940, a la lucha contra las corporaciones azucareras y a los esfuerzos modernizadores. A partir de ese momento, la historia tenía otro *tempo*, se había acelerado. En 1957, el rector Jaime Benítez les decía a los graduados de Río Piedras: “*En el transcurso de la infancia a la ado-*

*lescencia de ustedes, Puerto Rico ha alcanzado lo que nunca tuvo antes : iniciativa histórica*". De hecho, en el contexto de la legitimidad institucional la historiografía ocupaba un lugar muy marginal en la Universidad de los años cincuenta, que no podía compararse con el peso que tenían las nuevas "ciencias sociales".

En un trabajo sobre el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico, María de los Angeles Castro ofrece datos muy reveladores a este respecto. Dicho Centro, cuya fundación le debió mucho a las iniciativas del historiador Arturo Morales Carrión, sólo comenzó a funcionar en 1946. En 1955 se estableció por ley el Archivo General de Puerto Rico, que pasó al año siguiente al Instituto de Cultura Puertorriqueña. Así se abría paso un nuevo interés histórico. Hasta entonces, cualquier intento serio de investigación exigía desplazarse a Washington o a España. En 1952 Lidio Cruz Monclova publicó el primer tomo de su *Historia de Puerto Rico* de 1808 a 1868. Ponia a disposición de los lectores una cantidad asombrosa de documentos recogidos en distintas bibliotecas y archivos. Isabel Gutiérrez del Arroyo publicó en 1953 su importante estudio *El reformismo ilustrado en Puerto Rico*, celebrado por Tomás Blanco como la inauguración de "una seria manera de investigar nuestro pasado". Sin embargo, no se puede hablar de una escuela historiográfica.

Los cursos de historia de Puerto Rico y de historia norteamericana que seguíamos en la Universidad a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, eran —con las honrosas excepciones de siempre— perfectamente banales, y a menudo francamente irrisorios. La mayor parte de las veces se trataba de una mezcla de "hechos" internamente incoherentes, acompañados de anécdotas más o menos divertidas. En la nueva era de conciliación del Estado Libre

Asociado, muchos hablaban no de la “nacionalidad”, sino de la “personalidad” puertorriqueña. Se quería una historia que uniera y no dividiera; una historia no conflictiva del “pueblo” puertorriqueño.

La violencia era la gran ausente del discurso histórico. En la memoria política funcionaba un nuevo calendario y una armonía que negaban la historia. Se omitía, tanto en el discurso histórico oficial como en los cursos universitarios, cualquier referencia importante a la violencia de nuestra historia, la española o norteamericana, la violencia conquistadora, la violencia de la esclavitud, la del aparato militar que dominaba la isla, y la violencia de una emigración masiva fomentada en connivencia con intereses metropolitanos. No creo que se deba al azar que el desarrollo de una historiografía moderna haya tardado tanto en Puerto Rico. La historiografía ha sido un territorio largamente colonizado. La vida inclemente ha impuesto otras necesidades.

\* \* \*

Situado en el umbral de una nueva época, Vicente Géigel Polanco publicó en 1942 un libro-manifiesto: *El despertar de un pueblo*, difundido por la importante Biblioteca de Autores Puertorriqueños que dirigía Manuel García Cabrera. Como el *Insularismo* de Pedreira, el *Prontuario histórico* de Tomás Blanco, algunos ensayos de Emilio S. Belaval, o los escritos y discursos de Luis Muñoz Marín de finales de los años treinta, *El despertar de un pueblo* era a la vez discurso histórico y político, análisis y programa, visión de mundo y paradigma histórico. Leer esos textos es asistir a la fundación de los mitos y modos de toda una generación. Habían leído a Spengler, a Ortega y a Vasconcelos, una tradición anticapitalista conservadora.

Ofrecían un principio a partir del cual entender el conjunto de la realidad. Géigel esgrimía la palabra para hablar de la frustración histórica, para denunciar la tenebrosa miseria de los años de la colonia azucarera, y también para esbozar jubilosamente el comienzo de otra época, una nueva era de libertad política y de justicia social. Toda la *intelligentsia* estaba imbuida de un sentido de retraso económico y cultural del país. En el texto de Géigel se encontraban las claves para entender ese “retraso”, y para su superación. La utopía fundaba un proyecto político. *El despertar de un pueblo* fue dedicado por su autor, naturalmente, a Luis Muñoz Marín. El estatuto de una obra, está ligado, ha escrito Claude Lefort en *Las formas de la historia*, a un cierto modo de consenso, “fundado él mismo en relaciones sociales tales como la comunicación, la expresión y la acción misma —el enraizamiento en un mismo mundo”.

Los ensayos de Géigel Polanco, uno de los miembros prominentes del entonces joven Partido Popular, constituían un “gran relato” totalizante; un programa para la “fundación de una nacionalidad”, la liquidación del régimen colonial y la “reconstrucción moral” de Puerto Rico. “Urge”—escribía Géigel— “*la formación de una nueva clase dirigente, vinculada a los intereses legítimos del pueblo*”. Puerto Rico, insistía, vivía en la desorientación. No era un pueblo: eran multitudes ignorantes, muchedumbres infelices, dormidas, que no estaban a la altura de su misión, un punto opaco, oscuro.

La existencia de esas muchedumbres, sin embargo, servía de autojustificación razonable para la nueva clase dirigente: “*Confesemos la dolorosa verdad*”, escribía, “*de que todavía no hemos logrado integrar nuestro pueblo . . . Esas multitudes son meras muchedumbres infelices que se aprestan a pasear su angustia bajo las banderas*

*de los políticos...*” La acción política, como también quería Pedreira en su *Insularismo*, estaba reservada a la nueva vanguardia consciente que podía ser guía de la acción, y querían ser oídos por un público amplio. Esa vanguardia se atribuía el lugar de la verdad, y el tono era urgente: estaban urgidos de decirla. Hay un tono profético en Géigel, y su ensayo maneja las reglas del panfleto. El lenguaje era constitutivo de la realidad, y el término *muchedumbre* era clave de bóveda de un discurso apto para la repetición ritual.

Ahora, escribía Géigel con entusiasmo desbordante, las muchedumbres *despertaban*, por fin, a su destino colectivo, a la historia. Los ensayos de Géigel sugieren toda clase de parentescos con la literatura religiosa. Comenzaba otra época, que sería la culminación de las luchas cívicas del siglo 19, luchas que habían sido interrumpidas por el 98. Así se resolverían los problemas de continuidad y discontinuidad en la historia y la cultura. Era preciso romper por fin esa especie de barrera que encerraba a las “muchedumbres” y les impedía acceder a la modernidad.

Géigel y Pedreira tenían una mirada escenográfica de la historia, y proporcionaban un contexto amplio para sus interpretaciones. Uno de los ensayos de Géigel en *El despertar* se titulaba, significativamente, “El pueblo en la escena”. En el prólogo ya había afirmado: “El pueblo entró en la escena. Ha ocupado el puesto que le corresponde en el drama intenso de su vida. Está en orden fijar el alcance de ese despertar”. Lo importante era el futuro, seguir disparados hacia adelante. El último ensayo del libro se titula “Un pueblo en marcha”. No se podía construir la modernidad con clases sociales que se negaran a asumirla. La modernización y la justicia eran, para Géigel, el “destino” de Puerto Rico.



\* \* \*

La vida política fue inclemente con Géigel. Ya hacia finales de los años cincuenta, los años de la agresividad industrial, de la Guerra Fría, de las oleadas emigratorias, mis primeros años universitarios evocados antes, Géigel no figuraba en la nómina de la clase dirigente que en efecto había contribuido a modelar. Su nombre se había suprimido del discurso del poder. Había pasado —y era para mí como un misterio— a la marginalidad independentista, marginalidad integrada también por nacionalistas y comunistas. Aquel grupo estaba formado por los “heterodoxos”. Constituía un *enemigo rumor*, para usar un título de Lezama Lima, minoritario, débil, oscuro, perdido entre la censura y el paternalismo de los años del apogeo industrial que hacían imposible una crítica radical de la cultura oficial. Convertidos en minoría sociopolítica, con todo lo que ello supone de marginación, subversión y esoterismo, eran vistos con gran desconfianza.

Los independentistas, nacionalistas y comunistas fueron autoritariamente puestos al margen. En la Universidad fueron explícitamente prohibidos a partir de la huelga estudiantil de 1948, ya que no se permitían actividades “políticas”. Pocas prohibiciones llegaron a tener tanto peso y tanto significado. Habría que esperar hasta finales de los sesenta y principios de los años setenta para la valoración de los “detractores” nacionalistas y socialistas. Ello hizo más difícil una discusión abierta de la herencia, que podía ser igualmente intransigente, de esas tradiciones políticas y culturales. Pero en mis años universitarios, y hasta bien entrados los años sesenta, los disidentes se veían como la amenaza más peligrosa para la consolidación del “progreso”, un salto atrás a concepciones arcaicas.

Sí, la versión dominante de la historia en los años cincuenta había suprimido el nombre de Géigel, y sus escritos. Pero su concepción del pasado y del futuro, irónicamente, seguía vigente, aunque con modificaciones importantes. El pueblo había “despertado” en la fecha emblemática de 1940: el triunfo del Partido Popular. La historia había comenzado, y su fuerza se revelaría incontenible. Cada cual soñaba despierto su propio papel: a la historia se le podía dar el curso que se desease. Sacado de la abyección y de la miseria, el “pueblo” se hallaba ya casi plenamente realizado, redimido por una “revolución pacífica” cuyos logros económicos y sociales estaban a la vista de todos: la alimentación, la salud, el empleo, la igualdad de oportunidades. En 1952 se había votado la Constitución del Estado Libre Asociado; su símbolo había sido, precisamente, el sol naciente. Quedaba “eliminado” el problema político.

Muñoz Marín, en la ceremonia de la firma de la Constitución en 1952, decía: “Creo que Puerto Rico puede ser más profundamente útil a su función en el hemisferio americano aportando su diferencia cultural a la unidad política de la Unión americana. Creo yo que nuestra función es enriquecer la Unión americana con nuestra presencia en la Unión americana y no meramente agregarle un pedazo más de similitud a la Unión con nuestra presencia en ella”.

El Partido Independentista Puertorriqueño se opuso vigorosamente a la legislación que creó el Estado Libre Asociado, y en general se proponía potenciar reglas de juego más democráticas para organizar el espacio político, pero no pudo frenar el proceso. La insurrección nacionalista de 1950, dirigida por Pedro Albizu Campos, había sido vencida. Bajo el impacto de los cambios, de la prosperidad y la presión de la llamada “Guerra Fría”, el discurso del progreso se convirtió en una religión. Una religión del cambio, con sus

dogmas fundamentales, mecanismos de censura y autocensura, tabúes y notorios silencios.

\* \* \*

¿Qué clase de cambio? Los signos de la modernidad y del progreso se veían por todas partes, a pesar de los escasos recursos naturales. La Compañía de Fomento inauguraba fábricas sin cesar. Antes del amanecer el día empezaba en muchas partes, aunque en la misma ciudad se oían muchos gallos todavía, y en Río Piedras funcionaban varias galleras. A las ocho de la mañana hacía rato que las guaguas y los carros circulaban por las calles. Viguié proyectaba toda aquella vertiginosa actividad en los noticieros del cine. Los arrabales iban desapareciendo —o eso creíamos—, y se construyeron nuevos acueductos y alcantarillados. Todo el mundo andaba de mudanza. Muchas familias a los nuevos caseríos, otras a las urbanizaciones. La vida productiva se divorciaba de la vida social. La ciudad se iba transformando, cambiando su rostro ante los ojos atónitos de nuestras abuelas, sin que esa transformación fuera acompañada de un replanteo cultural significativo del pensamiento urbano. La industria turística transformaba paisajes, playas y vidas. El paisaje se comercializaba. Era, lo vemos mejor ahora, una nueva forma de colonización, desplazando la población de las costas, y sustituyéndola por otra. Al mismo tiempo, se imponía un nuevo discurso sobre la ciudad y sobre los lugares turísticos, que los propios puertorriqueños asumiríamos muy pronto.

La ciudad nueva, con sus contradictorias asimetrías de barrios ricos frente a barrios pobres, y con sus nuevas urbanizaciones y caseríos, parecía no tener límite ni forma. En la capital podrían

leerse las líneas del discurso histórico y político de la época. La prensa diaria de aquellos años abunda en noticias reveladoras. La barriada El Monte, de Hato Rey, tan bulliciosa y poblada, desapareció; su eliminación fue decidida por la Autoridad de Hogares, y sus habitantes fueron “reubicados” en nombre de la racionalidad y la eficacia. No sin fuertes protestas. La ira de los afectados se extendió rápidamente, como ocurrió durante las enconadas manifestaciones — pequeños actos de heroísmo fracasado— de marzo de 1952. Algunas de las pancartas de los residentes de El Monte expresaban visceral y apasionadamente la inconformidad popular: “Hyde Park y Baldrich no nos quieren porque somos pobres”; “El que no sabe defender su hogar tampoco defiende a su mujer”; “Hambre. Desahucio. Esclavitud, reemplazan a Pan, Tierra y Libertad”. Pero Hato Rey estaba destinado a oficinas, despachos y condominios, y a la indisimulada especulación de los terrenos para beneficio de empresarios, comerciantes y altos asalariados quienes jamás percibieron la ausencia de los antiguos habitantes de las barriadas. Cada vez se hacía un poco más difícil negar el Estado en las prácticas cotidianas, ejercer autonomía frente al poder estatal. No todos encontraban igualmente cómodo el acceso a las nuevas oportunidades. ¿Cuál era, entonces, el sentido de la ciudadanía política?

Nuestras familias se mudaban a Puerto Nuevo o a aquellas casas “duplex” de Caparra. Ya coríamos el riesgo de perdernos en la ciudad. Era como un texto complejo que no se deja dominar y se hace cada vez más ilegible. Muchas calles no tenían nombre; sólo letras y números en medio de los descampados. Se ensanchaba el espacio urbano. Se imponía una geometría laberíntica con su paisaje infinitamente repetitivo, que terminaba de pronto, como si la carretera no hubiera podido acabarse. Pero valía la pena perderse por aquel mun-

do nuevo que iba disgregando la conciencia del espacio y del tiempo. Las casitas eran un sueño, una fiesta, aunque estaban como a medio terminar, con la pintura todavía fresca: servicio sanitario completo, pasillo con cortina, y espaciosos closets. En nuestras casas se podían ya lucir los pañitos bordados debajo de absolutamente todo, y encima de todos los brazos de todos los muebles nuevos. En el patio se podía colgar la ropa a secar, sembrar limones, gandules y tomates, y traquear los gallos. Con las latas de galletas se hacían tiestos en los que crecían ya los helechos. Aparecieron las mesas de formica. “Regale a su mamá una nevera para el Día de las Madres, plazos cómodos”.

Todo parecía posible, nuevo, una frontera. Nos vacunaron, nos educaron, nos mudaron. El pasado era la miseria, otro mundo, otro siglo, otro planeta; cada vez nos hacía menos falta y había que descartarlo para siempre. Se empezó a hablar de “clase media baja” y “clase media media”. Tal vez la verdadera vida estaba esperándonos en otra ciudad, como en las novelas de Kundera. Digo tal vez, aunque debí decir seguramente, pues frente al recuerdo, estaba siempre la posibilidad del olvido. La modernidad se alimentaba de la destrucción; no se admitía el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna. En Río Piedras, Caguas, Guaynabo y Arecibo todo se rehacía, como sugiere Brecht, “borrando las huellas”, destruyendo sin remordimiento para poder construir lo necesario y lo inútil. Los recién conversos son con frecuencia, como se sabe, los más ardientes en su fe. Esas transformaciones reales llevaron a nuevas preguntas históricas, y a nuevas miradas sobre la ciudad, desde la literatura.

\* \* \*

El mismo año de la Constitución estrenamos en Río Piedras la Avenida Regimiento 65 de Infantería. Allí estaban, en la inauguración oficial, algunos de los soldados puertorriqueños que acababan de regresar de Corea: telón de fondo para que hablaran los políticos. Las carreteras eran signo irrefutable de la gran transformación: “ más carreteras para ayudar más a la industrialización”. Aquellas carreteras devendrían escenarios futuristas de desolación años más tarde, dignas de una novela a lo Kerouac o John Updike, la estética del fragmento como alusión a una unidad ausente. En 1957 el ferrocarril cerraba sus operaciones en aras de la modernidad y la eficiencia. No podía competir con el nuevo mundo de carreteras y automóviles, y quedaba relegado a las formas de vida “atrasadas” que íbamos superando.

Los veteranos de la guerra de Corea seguían regresando: doña Inés Mendoza de Muñoz Marín y doña Felisa Rincón de Gautier integraban la Comisión Insular Pro Homenaje a los Héroes del Regimiento 65 de Infantería que en abril de 1952 recibían los 720 soldados que regresaron. Era preciso apartar la más pequeña duda o turbación de conciencia, no de un modo individual y doméstico, sino público y compartido. Nada más lejos de la verdad que la mítica imagen de un Puerto Rico “pacífico”. El país entero era un baluarte militar. El poder militar, que desde 1917 obligaba a la inscripción de los hombres puertorriqueños, se resistiría a desaparecer. Al contrario: lo cierto es que ese poder ofrecía beneficios a miles de familias, pensiones, becas a los hijos, posibilidades de estudio, préstamos para la compra de casas, alcanzando así una gravitación decisiva en la sociedad. El desarrollo urbano dependía, en gran medida, de los beneficios que obtenían los veteranos, beneficios que también abrían las puertas de la educación superior.

Los libros de texto de los años cincuenta estaban por supuesto al servicio de una imagen amable de la militarización del país. En *La isla de Puerto Rico*, texto usado en las clases de “estudios sociales”, se ponía al día esa visión que limaba todos los puntos polémicos del problema. Su interpretación consistía en ver el aparato militar como exigencia para la “defensa de la isla y de la nación”:

En la isla hay varios regimientos bajo la dirección de las autoridades militares americanas. Su propósito es defender el país en caso de que sea atacado. Hasta hace poco, los soldados eran puertorriqueños. Con motivo del programa de defensa nacional, se ha aumentado el total de tropas con gran número de soldados americanos. El cuartel general está en San Juan, cabecera del Distrito Militar de Puerto Rico. Hay tropas destacadas en el Fuerte Buchanan, en Guaynabo; en Henry Barracks, en Cayey; en el Campamento de Tortuguero, en Vega Baja; y en las bases aéreas Losey en Juana Díaz y Base Número 1, en punta Borinquen, Aguadilla. Puerto Rico ha sido fortificado para hacer fácil la defensa de la isla y de la nación. Tenemos bases aéreas en San Juan, Aguadilla, Juana Díaz y otros pueblos y bases navales en Culebra y San Juan, que es cabecera del Décimo Distrito Naval de los Estados Unidos.

El poder militar estaba legitimado, además, en la misma Universidad, en la que el Rector presidía, muy ufano —su impecable traje combinado cuidadosamente con la camisa, la corbata y el pañuelo—, los desfiles militares del ROTC. Una nueva versión de la vieja correlación entre las armas y las letras. Lo recuerdo en 1959.

Los martes y los jueves, en las mañanas, leíamos a Platón, a Dante, Descartes, y a otros maestros de la cultura “occidental”. En alguna clase leíamos por primera vez a Kant: “La Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad. Ten valor de servirte de tu propio entendimiento”. Pero en las tardes aquellos textos eran frases vacías que no podían superar la prueba de los hechos. Nos cambiábamos de ropa, se brillaban bien los zapatos, y nos hacíamos cadetes del ROTC para celebrar la lógica de la destrucción y la ocupación territorial.

La Segunda Guerra y la guerra de Corea suponían una militarización extraordinaria de la sociedad puertorriqueña, con nuevas expropiaciones en Vieques y en Puerto Rico. Las consecuencias sociales y culturales no se analizaban jamás en la Universidad en la que estudié hasta principios de los años sesenta. Los nuevos profesionales que allí se preparaban no tenían, por lo visto, necesidad de una cultura crítica. En virtud de un acuerdo tácito, y con la ayuda de abundantes sobreentendidos, los temas tabú —y la minoría de edad— eran escrupulosamente respetados por casi todos. Por supuesto, había ya una larga tradición de defensa de la presencia militar, incluso entre los ilustrados liberales. En uno de los clásicos puertorriqueños, Salvador Brau, se lamenta de que el régimen militar norteamericano hubiera cesado tan pronto. Así lo expresa al final de su *Historia de Puerto Rico* de 1904:

Los efectos de esta trascendental reforma necesitan tiempo para manifestarse en toda su plenitud, y como el tiempo solamente puede modificar las costumbres, acaso hubiera sido conveniente la prolongación del régimen militar, para moderar la brusca transición del viejo sistema colonial a los



amplios métodos democráticos, acostumbrando así a la masa popular a no confundir las prácticas de la libertad con el desenfreno de la licencia; pero la impaciencia poco reflexiva de algunos elementos insulares y la propensión refractaria al militarismo en el pueblo americano, lo dispusieron de otro modo.

La responsabilidad en la militarización de la sociedad puertorriqueña por parte de los propios dirigentes populistas no se planteó a fondo durante esos años. Siempre nos quedábamos en la periferia de esos debates. Las fuerzas armadas servían para disciplinar y para despolitizar, o, mejor dicho, para desarrollar lealtad a las legitimaciones doctrinarias. La Universidad y las fuerzas armadas se confundían teórica e institucionalmente. Eran eficaces represores de la disidencia, los guardianes de la ortodoxia en los años del macartismo. Curiosamente, las versiones imperiales de la historia estaban más fuertes en las prácticas institucionales universitarias que en otros lugares. A finales de los años cincuenta no existían organizaciones políticas o sociales “de izquierda” con fuerza real, y las menguadas que existían parecían condenadas a seguir declinando. Las críticas a todo el proceso rara vez eran sólidamente formuladas. La política de aculturación y dominación estaba ya, bajo el Partido Popular Democrático, fundamentalmente en manos puertorriqueñas.

\* \* \*

La prédica era incesante: teníamos que ser buenos ciudadanos norteamericanos. Eramos parte del gran escaparate, Puerto Rico como “vitrina de la democracia”, se decía entonces. A falta de un Es-

tado independiente, teníamos dos ciudadanías, dos lenguas, dos banderas. La independencia política no era ni posible, ni deseable, como demostraban, se nos dijo mil veces, aquellas “republicuitas” latinoamericanas. En la Universidad los desfiles militares eran una gran demostración de poder, en una institución que había suprimido las organizaciones estudiantiles y censurado las actividades “políticas”, aunque sí estaban permitidas las fraternidades y las sororidades. En la práctica significaba negarle voz y espacio a la oposición. La “cultura” estaba separada de la “política”.

Hacia 1955 la Universidad contaba con cerca de dieciséis mil alumnos, y con alrededor de ochocientos profesores. Esas cifras representaban un salto cuantitativo extraordinario cuando se las comparaba con las de 1942, fecha en la que sólo había seis mil alumnos y trescientos profesores. Al mismo tiempo, una nueva y moderna arquitectura, representada por la nueva Biblioteca diseñada por Henry Klumb, quien había trabajado con Frank Lloyd Wright, emblematicaba la modernidad que se acariciaba tan intensamente. A finales de los años cincuenta Rufino Tamayo pintó un mural en aquella Biblioteca: la figura heroica de *Prometeo*, robándole de nuevo el fuego a los dioses. Fue celebrado como gran metáfora de la reconquista del saber. Para poder “ver” todo aquello nos faltó leer con más atención a algunos maestros de lo grotesco, como Canetti y Gombrowicz, que no estaban incluidos en nuestro canon “occidental”.

La alianza universitaria y militar se ocultaba en la simbología académica. Era cosa de mal gusto que no casaba bien con las celebraciones y los aniversarios. La Torre del recinto universitario de Río Piedras era ya parte de la iconografía del gran proyecto educativo modernizador. Las torres gozan de un viejo prestigio literario y su mitología, pero no tienen un sentido único, inequívoco. En los años

de “progreso” frenético de la década del cincuenta, la dirección universitaria no hablaba ya tanto de los orígenes de la Torre, vinculados, creo, a los fondos del Nuevo Trato, sino que gustaba de citar los versos de Goethe, bellamente traducidos por Juan Ramón Jiménez, nuestro poeta residente, quien a finales de la década recibía el Premio Nobel. Nuestra cultura europea estaba hecha, sobre todo, de traducciones, buenas y malas. En aquellos versos, la ascensión de la Torre era la figura de una voluntad liberada, lugar de la observación del humanismo crítico, de un campo despejado, del conocimiento de lo cercano y lo lejano. La alta cultura, la literatura y el humanismo estaban ya plenamente identificados con la institución universitaria: habían sido institucionalizadas. Era otro principio de autoridad:

Nací para ver,  
mi sino es mirar;  
jurado a mi torre,  
el mundo me gusta.  
Lo lejano miro.  
miro lo cercano  
la luna y la estrella,  
la selva y el corzo.

\* \* \*

En ese contexto muchos de nosotros no podríamos desconocer la deuda intelectual que contrajimos —quienes no nos habíamos formado en el nuevo y prestigioso saber de las “ciencias sociales” — con una minoría de profesores e intelectuales, procedentes de caminos muy

diversos. Desbrozaban el terreno para una mirada distinta. Algunos, como Gordon K. Lewis, sólo conocimos a través de sus libros, o por lo menos ese fue mi caso en los años sesenta. Sus estudios sobre el Caribe, y sobre Puerto Rico en el contexto caribeño, abrieron nuevas perspectivas. Lo mismo ocurrió con los trabajos de Sidney W. Mintz, que leí mucho más tarde, sobre todo *Worker in the Cane*, libro que sorprendentemente no fue traducido al español hasta hace muy poco.

Si recuerdo un grupo muy heterogéneo que iluminaba nuestra conciencia y nos conducía a pensar de otra manera la cultura. Margot Arce, con su poética pasión antimoderna y su deseo de participar el placer de la lectura de los grandes clásicos españoles a los demás. Margot Arce, además, se exigía algo que luego no fue fácil encontrar en los años setenta en la cultura de “izquierda” nacionalista y socialista; oír a otros, tolerar corrientes distintas de la propia. Ludwig Schajowicz, nuestro nietzscheano provocador, un intelectual refugiado del nazismo en las islas caribeñas, empezaba sus clases con parábolas escalofrantes sobre los peligros de la seducción ideológica. También Robert Lewis, quien nos inició en la lectura de Kafka, Sartre y Dostoievski. Y el inteligente filósofo chileno José Echeverría, interesado siempre en tender puentes entre los puertorriqueños y el mundo latinoamericano, y en estimular el debate crítico sobre la ética y la política en el mundo contemporáneo.

Le debemos mucho a Jorge Luis Porras, quien defendió siempre la libertad de la imaginación con su inteligencia irónica. Y a Aurora de Albornoz, la más joven quizá del exilio republicano español; con ella conversábamos en aquellos años sobre la República y los poetas del exilio, y sobre Baudelaire, Vallejo, o después de su estancia en Francia, de Ionesco y Beckett. Maestros como Adela Clark, enérgica, no perdía tiempo, acelerando sus pasos, tan empeñada en

iniciarnos en la historia contemporánea, y en sacarnos de nuestro provincianismo. José Emilio González, a quien sólo conocí después, pero a quien veía caminar por la Universidad, distraído, como si no oyera ni viera nada. Pero veía, y leía, mucho: dirigía aquella excelente librería universitaria, donde compré mis primeros libros, la edición argentina de Kafka, los textos de Borges, las publicaciones del Fondo de Cultura Económica. También recuerdo las visitas del poeta Jorge Guillén, o el filósofo José Gaos, de nuevo el exilio español y los vínculos entre filosofía y poesía. En esa época descubríamos tardíamente los textos de César Andreu Iglesias y de José Luis González, dos de los polemistas más agresivos, que se convertían, a través de sus textos, en aguafiestas de las grandes ceremonias políticas puertorriqueñas. Ambos eran intelectuales no académicos, y los dos “excluidos” porque habían militado en el Partido Comunista. Y a Nilita Vientós Gastón, quien parecía venir de otro remoto lugar, con sus sombreros y sus vestidos extravagantes, cultivando siempre teatralmente los ritos burgueses, y a quien tanto debemos por la importación y aclimatación de otras literaturas y por la redefinición de la modernidad literaria puertorriqueña en *Asomante*, la revista que dirigió durante todos esos años. La vi por primera vez a principios de los sesenta, lo recuerdo perfectamente, cuando leyó, sin mirar a nadie, en la Universidad un trabajo sobre *La peste* de Albert Camus. Ninguno de nosotros podrá olvidar su voz y su vocación de intelectual crítica que hablaba con claridad en medio de tantos eufemismos, y que defendía, a pesar de su apasionado independentismo, su gran pasión por la literatura norteamericana.

Era otra posible tradición, a la que quizás podíamos *afiliarnos* —para usar el término de Said. Esa otra tradición que queríamos encontrar estaba rodeada entonces por un halo de herejía, con pocos

medios de visibilidad, a la vez que era objeto de la crítica malevolente y burlona de los intelectuales del poder. ¿Cómo se transmite una tradición intelectual marginal? Mucho más tarde me di cuenta hasta qué punto pensábamos no necesariamente con sus ideas, pero sí desde ellas, y a veces contra ellas. Aprendí entonces que una tradición no es necesariamente el interior cálido de una familia. Una tradición podía estar formada por “outsiders” muy heterogéneos —conservadores, radicales, católicos, ateos, judíos; había algo que trascendía esas diferencias. Una tradición moderna podía existir de modo disperso.

\* \* \*

El pueblo había “despertado”, y cada vez se hablaba menos del impotente pasado anterior al 1940, o de los libros fundadores. Del pasado quedaban unas cuantas imágenes rotas. Atrás quedaba también la repetición y el tedio de la vida provinciana, las mañanas parsimoniosas e improductivas, el languidecer de una juventud aburrida que no sabía competir por una vida mejor, “los domingos aldeanos, y las horas, las horas lentas, vacías y perezosas que marcaba con desgano el reloj de la plaza” de que hablaba el poeta Luis Palés Matos. En todo caso, teníamos aquellas vagas nociones de la *Historia* de Miller.

Claro, que ya a finales de los años cincuenta el viejo San Juan empezaba a restaurarse, a sacralizarse y, a la vez, a convertirse en un gran negocio para los realtors. Comenzaba entonces una nueva estetización del pasado. También para lo “viejo” se abría un nuevo mercado y una nueva definición de la “alta” cultura frente a lo que Roland Barthes llamó las “mitologías” de la cultura de masas. Inclu-

so lo viejo se renovaba, se hacía nuevo y bello. En 1953 el Dr. Fernando Monserrate organizó en Cooper Union en Nueva York una de las primeras exposiciones de “santos” puertorriqueños. Debido a los cambios abruptos, se multiplicaba la necesidad de buscar, como ha escrito Pierre Nora, los *lugares de la memoria*. La espiritualidad de los jíbaros, representada en sus *santos* pasó poco a poco a ser un nuevo *lugar de la memoria*, uno de los secretos lugares de la sociedad pre-moderna. Para Nora, la memoria y la historia en la modernidad son antagónicas. La memoria busca lo sagrado y lo específico; y, por otro lado, la historia pretende ser universal. Ese antagonismo es resultado de los cambios de la sociedad moderna.

De lo que sí se hablaba mucho era del futuro. Muñoz Marín, en la plenitud de su poder carismático, expresaba las aspiraciones del pueblo en su mensaje de 1952. Nombraba y reinscribía a sus destinatarios. Era la liberación del reino de la necesidad, una realización modesta de la utopía. La tragedia ya no era posible. No puedo insistir lo suficiente sobre las relaciones entre el texto y la voz, tan decisivas en el caso de Muñoz Marín. Cuando explicaba las repercusiones comerciales, legales y políticas a las que el Estado Libre Asociado podía dar lugar, obraba magnéticamente sobre los oyentes. Era portador del carisma. El público que lo escuchaba —en los mítines o a través de la radio— era vasto y entusiasta. La relación de Muñoz con el “pueblo” suponía elaborados rituales. Quedaba claro que la democracia del Estado benefactor no excluía la desigualdad, pero todos tendrían un papel, aunque fuera modesto:

Veo en la cumbre un pueblo albergado en viviendas, muy pocas de extremo lujo, ninguna de arrabal o de choza destartalada. Veo la oportunidad de trabajo honroso, a

remuneración modesta, pero adecuada a un sereno vivir.  
Veo la tranquilidad de las familias en saber que sus hijos,  
han de educarse hasta el máximo que puedan. . .

En 1953 pronunciaba Muñoz Marín otro discurso populista y modernizante en el que reiteraba la esperanza en los frutos de la sociedad industrial. Exhortaba a la mayor familiaridad posible con las máquinas que “libertarán a nuestro pueblo finalmente de la pobreza” y del retraso tecnológico. Esa familiaridad debía empezar, aconsejaba Muñoz, “hasta con la clase de juguetes con que se estimula la curiosidad y el instinto constructivo de los niños”. Era preciso “alcanzar” a las sociedades más avanzadas, como una especie de imperativo moral ascético: sentirse, reconocerse y comportarse como modernos. Todo era posible mediante el esfuerzo y el trabajo. La superación, eliminación, o neutralización del pasado pre-moderno aparecía como la primera prioridad. El desarrollo tecnológico y económico era la utopía. Los discursos se llenaron de explicaciones sobre el ingreso neto por persona, el seguro por desempleo, la duplicación de la producción, y sobre los logros alcanzados por las industrias del cemento, de licores, y los centros de enlatado de piñas, atún, cocos y frutas, así como los millones de barriles de petróleo que se refinaban en Puerto Rico. En los libros de texto, como en *La isla de Puerto Rico* se dedicaban largos capítulos a “las industrias” y se transmitía la siguiente imagen: “*La isla de Puerto Rico está caminando rápidamente hacia la industrialización. Estamos en plena Revolución Industrial*”. Tanto las empresas como los sindicatos tenían un mismo objetivo: la mejora y eficacia de la producción, que naturalmente se traduciría en la obtención de beneficios.

En ese contexto, es posible leer *La carreta* de René Marqués no

234



como un “reflejo” de la sociedad puertorriqueña, sino como una antiutopía. Publicada primero como una “trilogía boricua de estampas” en la revista *Asomante* en 1951 y 1952, buscaba, deliberadamente, otros recuerdos. La obra de Marqués, con su vindicación de otro orden, proyectaba una curiosa luz ulterior sobre la utopía dominante. Invertía el proyecto y se dedicaba a investigar su fracaso: el fin de los tiempos modernos sería la vuelta al Origen, como se dramatiza en *La carreta*. En los años cincuenta, la literatura se politizaba de nuevo, y de manera dura.

No obstante, resulta muy significativo que el propio Marqués se empeñara en “modernizar” la literatura, participando de otro modo en la “superación” del pasado. Sentía un vacío de nuevos saberes literarios en torno suyo, y reconocía la imposibilidad de iniciar una nueva literatura sin ayudas de fuera. Así puede confirmarse en sus reseñas y comentarios del teatro de Sartre, O’Neill y Tennessee Williams, publicados también en la revista *Asomante*. Por ejemplo, ya en 1947 Marqués concluía un largo comentario sobre el teatro de Sartre con la reiteración de la necesidad de importar modelos modernos: “Y para nosotros, que hemos de buscar en autores extranjeros la fuente donde saciar nuestras inquietudes por el buen teatro, Sartre resulta una compensación a esos temas insulsos trabajados con técnica apolilladísima, que se empeñan siempre en servirnos los cultivadores del teatro hispano e hispano-americano”. En Marqués, como en otros, había un deseo de integrarse funcionalmente en la modernidad, una modernidad donde otro tipo de escritor parecía cada vez más desplazado y arcaico. Marqués llevó a cabo ese proyecto con cierto éxito, y alcanzó una apreciable gravitación pública con su teatro y sus ficciones. Aunque crítico en sus antiutopías, él también se modernizó.

\* \* \*

El novelista venezolano Adriano González León publicó en 1969 una novela que pudo haberse escrito a propósito del Puerto Rico de los años cincuenta; la tituló *País portátil*. El vértigo de las transformaciones materiales y sociales de aquellos años, la voracidad de la pasión vencedora sobre el pasado, la canonización de lo nuevo y lo moderno, todo parecía justificar la fuga de la historia. Se aceleraba incluso el relevo de las generaciones.

El discurso dominante anunciaba la liquidación del pasado. Sólo faltaba expulsar unos cuantos fantasmas, residuos del *burden of the past*, para entrar de lleno en la edad de oro. *País portátil*: sí, las barriadas de Hato Rey se eliminaron —a pesar de las protestas de los vecinos— para dar paso a la Milla de Oro con las ventanas iluminadas en sus edificios solitarios, cuando después del ajetreo de un día de trabajo se iban quedando vacíos. Se crearon nuevos espacios —y nuevos abismos— físicos y sociales. Miramar todavía conservaba su añejo aire aristocrático, y el viejo San Juan se iba convirtiendo en territorio de miles de oficinistas y burócratas. El gran comercio todavía se encontraba en San Juan y en Santurce, antes de que fuera devastado por Plaza Las Américas y el éxito de los “shopping centers”. Antes también de la destrucción de Santurce que supuso la avenida Baldorioty y el Centro Gubernamental, un centro descentrado que mira hacia ninguna parte, y que logró borrar, sin embargo, las innumerables huellas de quienes allí vivían. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta se estaban sentando las bases para el enfrentamiento sangriento de barrios y sectores y el darwinismo social que caracterizan los últimos años las ciudades puertorriqueñas.

Hoy, en medio de las erráticas postrimerías de aquel proyecto modernizador, en medio de las duras y crueles ciudades puertorriqueñas, resulta difícil imaginarse la esperanza, la alegría, el mesianismo providencialista, el paternalismo, la arrogancia, las ilusiones que caracterizaron los años de apogeo de la utopía industrial. Además, el contexto caribeño, por contraste, lo favorecía. Con la dictadura de Batista en Cuba y el sanguinario régimen de Trujillo en la República Dominicana, se ponía aún más de relieve el carácter ilustrado de aquella clase dirigente que en estrecha alianza con el “pueblo” defendía los intereses de Puerto Rico ante el gobierno metropolitano. Muy pocos —sólo la minoría heterodoxa, conservadora y radical— ponían en tela de juicio el discurso dominante, u osaban inquirir sobre el precio social y político que habría que pagar por aquellas transformaciones.

Eramos, queríamos ser, *tabula rasa*. Pero el pasado enconado, la vida inclemente, no se resignaba a desaparecer, y a veces estallaba de manera inocultable. En 1953 volvía dramáticamente, demostrando los ritmos contradictorios del proceso. La Virgen apareció en el barrio Rincón de Sabana Grande. Miles de puertorriqueños fueron en busca de otro “milagro”, depositando allí sus anhelos, demostrando que tenían otra memoria. Los dioses locales resistían, y congregaban un público considerable. Todavía no se ha hecho el relato de las apariciones de la Virgen en Puerto Rico.

Esa espiritualidad no se estudiaba en los seculares centros universitarios donde leíamos los textos canónicos de Ortega y Pedreira. Ni tampoco más tarde, cuando algunas interpretaciones dominadas por paradigmas marxistas fuertes ganaron espacio e influencia. A menudo, la cultura contestataria de finales de los sesenta y los años setenta, llevó a ver la “religión” como un objeto muerto, “ideología”.

Con demasiada frecuencia todo se resolvía con largas disquisiciones sobre los “modos de producción”, o con excesiva confianza en las cifras y la cuantificación. En los casos más productivos, la “nueva historia” movilizó audazmente su uso de nuevas fuentes para la historia de las estructuras, o de las clases sociales. Pero hubo una tendencia excesiva a hablar de la cultura “enajenada” de las “masas”. Desde ese punto de vista hay una significativa continuidad entre el discurso populista y cierta lectura del marxismo que dominó luego.

La cultura intelectual moderna del Puerto Rico de los cincuenta, como luego sus críticos de los años setenta, quería ser laica, radical y racionalista. La vida política se entendía entonces, y muchos la entienden así todavía, sin las mediaciones de la cultura, del imaginario social, de la simbología de la vida cotidiana que hace, con frecuencia, que diversos tiempos y espacios coexistan. Pero en el centro del progreso se formaba un gran vacío, y la extirpación de los cultos se hizo imposible. Acaso ni la vieja ni la nueva historiografía hayan podido iluminar esas zonas profundas e inexploradas de la espiritualidad.

\* \* \*

La emigración ha sido la otra gran ausente. En la historiografía puertorriqueña —tanto la “vieja” historia como la “nueva”— el estudio de la emigración *ha brillado por su ausencia*. Quiero acentuar deliberadamente la metáfora. Se decía que el “modelo” de desarrollo que había puesto en marcha el Partido Popular exigía la salida de miles de puertorriqueños. En un país en el que se fomentó la emigración masiva desde finales de los años cuarenta, y en una sociedad de la que ha emigrado cerca del cuarenta por ciento de la población, ese hueco y ese silencio *brillan*.

Lo visible y lo enunciable no siempre coinciden, y por eso, la emigración ha podido estar, simultáneamente, presente en la vida, y ausente en el discurso. El juego de fuerzas del poder fomentaba la emigración, la hacía visible. En la década del cincuenta se calcula que emigraron alrededor de medio millón de puertorriqueños. Pero, al mismo tiempo, el poder regularizaba la articulación de esa experiencia, y más bien la suprimía. Una notable excepción, a partir de los años setenta: los grandes esfuerzos que para la historia de la emigración viene realizando el Centro de Estudios Puertorriqueños de Nueva York. A pesar de todo, el drama de la emigración empezaba a hacerse visible más bien en la literatura de los años cincuenta y sesenta, sobre todo en las ficciones de Guillermo Cotto Thorne, Pedro Juan Soto y José Luis González.

El gobierno del Partido Popular Democrático organizó e institucionalizó la emigración masiva de la posguerra, que se presentaba tan positiva como inevitable. Las cifras de la emigración llegaron a ser uno de los indicadores de la prosperidad. El propio Muñoz Marín, en un discurso de 1951, al pasar revista a los logros de los diez años anteriores, y comentando las diversas propuestas para el mejoramiento de la sociedad, admitía que: "*De no haber sido por la migración . . . el número de desempleados hubiera aumentado*". En otro discurso, de 1957, se lamenta de que no se redujera tanto el desempleo. En un pasaje notable defendía la política del fomento de la emigración:

Es indiscutible que, si no fuera por esta oportunidad de migración y trabajo en el exterior, todo el grande y heroico esfuerzo productivo de Puerto Rico, en el que participan todas sus clases sociales, sólo serviría... para que

marcháramos con más lentitud en vez de con más precipitación hacia un desenlace económicamente insostenible.

En ese mismo discurso Muñoz proclamó su adhesión a la “asociación permanente” con los Estados Unidos, que él consideraba una relación muy especial y privilegiada: “*Pueden todos descansar en la más inquebrantable seguridad que este gobierno favorece, sostiene y sostendrá la asociación permanente con Estados Unidos de América*”. Pero ni las condiciones de la emigración ni el marco político y económico que el propio Muñoz establecía, se estudiaban en las escuelas y en la Universidad. Mucho menos los efectos desafortunados y contraproducentes que podía generar.

Abolir el desempleo era una de las grandes metas del proyecto populista y de la industrialización, pero el desempleo seguía tenaz. La emigración y el control de la natalidad eran dos soluciones defendidas con pasión por los ideólogos modernizadores del Partido Popular. El problema —según se afirmaba continuamente— era la poca tierra y la mucha gente. Era preciso reconocer esos poderes fácticos. Por otra parte, en los mismos días en que se proclamó la Constitución y la creación del Estado Libre Asociado, en 1952, cuando se anunciaba la “nueva fórmula” que clausuraba el viejo orden colonial, la prensa informaba otros signos del “progreso”. Se esperaba en ese año que emigraran más de 75.000 personas. Sólo en Mayagüez, para dar un ejemplo, la Oficina del Servicio de Empleos confirmó que 2.800 obreros agrícolas irían a trabajar a las “fincas del Norte”, desparrramados en campos y ciudades distintas.

La gente que se iba a Chicago, a New Jersey, a Nueva York, empezaba a transformar, con sus prácticas y experiencias, a los que

se quedaban en la isla. Reivindicaban, en sus nuevas comunidades, una cultura que, en algunos casos, quería ya negarlos por “asimilados”, desvalorizándolos, destituyéndolos de su dignidad histórica. La figura del “otro” volvía bajo nueva forma: los emigrantes. ¿Qué nos autoriza a hablar —y a definir— al “otro”? Las definiciones sobre el ser y el deber ser de los puertorriqueños cubren un amplio y extravagante registro en los discursos de las élites. Lo cierto es que con la emigración se daban nuevas y complejas experiencias sociales y culturales que pesaron sobre los del “interior” y los del “exterior”. Pero esa complejidad de identidades locales, familiares y de clase estaba ya en el lugar de origen de los emigrantes. ¿Cómo poseer las claves de todo ese riquísimo mundo? Esa tensa cohesión —no exenta de renovadas diferencias— nos permite referirnos a “lo puertorriqueño” en Vieques y en New Brunswick, y nos reinventa a cada uno de nosotros.

En la isla, quienes no tenían lazos con la emigración, o se sentían autorizados para definir la identidad nacional, podían elaborar nuevos criterios de “pureza” cultural. Para esos sectores, la “contaminación” cultural de los emigrantes aparecía como un signo de pobreza y de deformación. Algún día habrá que estudiar mejor las formas autoritarias de las identidades concebidas por quienes se consideran acreditados a definirse como centro y encarnación del ser nacional frente a los que han “perdido” su linaje.

Un antropólogo, Renato Rosaldo, ha estudiado ese fenómeno en su ensayo “Border Crossings”. Los desplazamientos y las diásporas modernas, explica Rosaldo, han generado nuevas definiciones de la “autenticidad” cultural de unos, y la “carencia” de otros. Debido a los grandes desplazamientos poblacionales del siglo 20, se han generado nuevos discursos de diferencia en los que se postula una cultura

superior y otra “deformada”, inferior.

Pero los emigrados puertorriqueños ponían en práctica su derecho a conservar una identidad y unos valores que transmitir a sus hijos. Tenían un imaginario, una memoria y una cultura que hacían casi imposible su “asimilación”. Pero esa memoria también les permitía adaptarse —selectiva y conflictivamente— a las nuevas circunstancias en una sociedad que, en general, los despreciaba. De hecho, en la emigración, en los barrios de ciudades como Hartford, Trenton, Holyoke y Jersey City, la *diferencia* que proporciona la identidad se valoraba aún más en vista de los prejuicios clasistas y raciales cuyas consecuencias sufrían. Curiosamente, las élites profesionales de la isla que a menudo también los despreciaban —y los desprecian— sí tenían un poderoso deseo de asimilación a la “alta cultura” norteamericana, y del poder y el prestigio que ello conllevaba. Algunos miembros de esas élites hablan de la identidad nacional, como diría el filósofo Adorno, desde los palcos privados reservados en el teatro a los que tienen dorados títulos de nobleza. Postulan una concepción esencialista de un Puerto Rico siempre hecho y definido.

Sin embargo, el centro quizás se percibe mejor cuando alguien se sitúa fuera del centro. El centro está donde estamos, como ha dicho Marguerite Yourcenar. En la emigración se necesitaban otros recuerdos, y una memoria larga, tanto como la reproducción de la red de amistades, conocidos, alianzas, compadrazgos. El cuerpo, los cuerpos, tenían sus recuerdos, su historia compartida, que en Nueva York y en Chicago se manifestaba en la compleja cultura de las prácticas religiosas, la música y el baile como formas de identidad. Recuerdo, creencias y placer estaban allí íntimamente relacionados. En aquella *repetición* de las décimas, de la plena, del bolero, el pasado y el presente se reconciliaban en la construcción de una nueva



versión de la historia.

La fragmentación —y la continua interacción y mutua interdependencia— producidas por tantas separaciones de las emigraciones aguardan todavía innumerables relatos. Las radioemisoras hispanas de Nueva York difundían, ya en los años cincuenta, la música del trío Los Panchos, de Felipe Rodríguez o Bobby Capó, y en el Teatro Puerto Rico de la ciudad celebraban a Felipe Rodríguez y su trío Los Antares. Las comunidades puertorriqueñas ofrecían también un mercado para músicos como Mon Rivera, Ramito, Daniel Santos, Tito Puente y luego Ismael Rivera y Cortijo, quienes iban y venían de la isla a Nueva York, y grababan y vendían sus discos.

Los emigrantes fortalecían —de manera imprevista por el discurso excluyente de algunos sectores de las élites puertorriqueñas— la necesidad de conservar identidades, y, de hecho, la necesidad de fijar nuevas descripciones de la identidad. Había en aquellas comunidades puertorriqueñas la posibilidad de un nuevo futuro que exigía conservar ciertos lugares reales y simbólicos, una nueva valoración de la geografía insular, de sus ríos y lomas, de sus barrios. La *pertenencia*, el sentido de “hogar” y comunidad, como ha escrito Edward Said en sus ensayos sobre las comunidades palestinas, se afirma sobre todo en la distancia, con la incertidumbre del lugar. Ello explica, quizás, por qué se puede dar la paradójica situación de que algunos en Guaynabo desprecien su cultura, mientras que otros, en Filadelfia, la defiendan con pasión.

\* \* \*

Una mujer viaja con sus hijos, a principios de la década del cincuenta, desde Carraízo, y luego en unas pocas horas, de San Juan a

Nueva York. Descubríamos un ángulo de lo fantástico, que ya no era un género literario, era esa velocidad. Pero la trama de las nuevas realidades culturales y sociales de la emigración era muy compleja. El testimonio de Ramona Quiñones en Nueva York me demostraba hace unos años los lazos de continuidad que se preservaban en medio de aquel desplazamiento fantástico. Ella no ignoraba los riesgos de la emigración, pero los había asumido libremente. Vivió primero en el East Side y luego pasó a un cuarto “furnido” en el West Side; una hora de camino para llegar al trabajo. En Puerto Rico había trabajado en una factoría de pañuelos, a máquina, en la calle Vallejo de Río Piedras, y también en algunos trabajos a domicilio, que contrataban. Después, trabajó en Miranda Hermanos en Santurce, trajes de sastre, casimir y de hilo, pegando mangas.

Treinta años después de su llegada a Nueva York, me contaba: “Cuando me casé, me mudé al barrio Capetillo de Río Piedras. Mi marido tenía buen trabajo, cuando la PRRA, de clerk, él sabía maquinilla. No le gustaba que yo trabajara, me velaba en la guagua, era celoso. Pero después cogió el vicio y tuve que soltarlo. Me daba mucho tormento. Me vine a Nueva York en 1950, a casa de una amiga, y luego arrimé a todos los míos. Mi primer trabajo en Nueva York fue en sombrillas, y después en efectos de Crismas, por allá por Long Island. Había una polaca y una americana; yo me comía la máquina. Tuve trouble con la polaca. Entonces vivía en la 105 y el East Side. Toda la familia venía a mi apartamento, a recrearse, a fiestar. Había mucha morcilla, arroz con gandules, lechón, estaba la comida botá, y teníamos los discos del trío Los Panchos y de José Luis Moneró. Después todos se acomodaron, así es, y se fueron alejando”. Se calló de repente, y se quedó inmóvil. Quedaba sola, con sus sombras, sus sueños, sus deseos.

Tras muchos empleos excéntricos y provisionales que le permitían cubrir la subsistencia, Ramona Quiñones se mudó con sus hijos a un “proyecto” de la St. Nicholas, y solicitó el “security” por incapacidad. Nada de su vida ha sido ni será registrado por los tratados históricos. Ella también quedó ausente.

Sin embargo, su memoria estaba determinada por la fidelidad al populismo. Lo que me decía muchos años después —sólo puedo reconstruirlo fragmentariamente— confirmaba la fuerza de aquellos mitos. Sobre todo la evocación de la figura de Muñoz como padre, aun en la emigración: “Muñoz Marín, lo bueno que fue con Puerto Rico. Lo bueno que eran las elecciones en Puerto Rico, cómo corriamos por todo el pueblo. Yo estaba muchachita. Vivía entonces con mis padrinos, que tenían una casa de altos y bajos en Caguas, en los altos para vivir. Yo me acuerdo de esos tiempos, y me emociono. Esa vida no vuelve. A Muñoz Marín le cantábamos: ‘*Arriba la Pava y arriba el pavón, que viva el bigote de Muñoz Marín*’. Albizu, sí, muy nombrado, un hombre muy inteligente, pero se aferró demasiado”. No hay mitología política o cultural que sobreviva si no es aceptada por los que en ella han creído, aun en la imagen deformada del espejo quebrado. Y no hay historia “profesional” que pueda dismantelar fácilmente los mitos del retorno del padre, tan vinculados a las identidades nacionales, como Freud sugiere en *Moisés y la religión monoteísta*.

El Viernes Santo de abril del 52 cayó un avión cuatrimotor de la Pan American a tres millas de San Juan. Murieron más de cincuenta personas, en su mayoría trabajadores y familias puertorriqueñas que emigraban a Nueva York. El desgraciado accidente se interpretó por muchos como un “castigo” a los que violaban la tradición del tiempo litúrgico del Viernes Santo, pero también puso de relieve las condi-

ciones inhumanas y arriesgadas de aquella emigración. El resentimiento y el desamparo se hicieron patentes. La idea de que una transgresión religiosa podía alterar el orden apuntaba a niveles profundos de la cultura: la conciencia del pecado. Una extensa línea silenciosa se configuraba ante aquellas fáciles soluciones al “problema” de la mucha gente. La muerte, temida y odiada, se prestaba a la provocación, y se mostraba en toda su desnudez y desesperación. Había un código que se situaba al margen del tiempo histórico. Al final de los sesenta, cuando leí *El tambor de hojalata* de Günter Grass, y su pasión contra la amnesia del “milagro alemán”, me vino a la memoria aquel Viernes Santo puertorriqueño. No se podía transformar el pasado a través de la negación.

\* \* \*

En la División de Educación de la Comunidad se le daba impulso, en aquellos años, al cine y a la gráfica, al dibujo y al grabado. En la División se reunió uno de los grupos más creativos del Puerto Rico moderno: Lorenzo Homar, Irene Delano, Rafael Tufiño, José Antonio Torres Martinó, Félix Rodríguez Báez y Carlos Marichal, entre otros. Allí comienza la gran tradición del grabado, las artes gráficas y el cartel puertorriqueño. Lorenzo Homar había regresado de Nueva York, y fue nombrado director del Taller de Gráfica de la División. Más tarde, en 1957, pasó a dirigir el Taller del Instituto de Cultura Puertorriqueña, en el que se formaron algunos de los artistas claves de los años sesenta y setenta: Antonio Martorell, José Rosa, Myrna Báez. En 1951 se presentó el primer largometraje, *Los peloteros*, también producido bajo los auspicios de la División.

En el cine norteamericano aparecían las primeras imágenes

puertorriqueñas. En 1955 se estrenó, y todos fuimos a verla, la película *Blackboard Jungle*, que mostraba la progresiva desintegración de la convivencia en Nueva York, y en la que figuraba un personaje puertorriqueño. Lo puertorriqueño se insertaba, aunque de forma problemática, en los medios. El drama de lo que se llamaba entonces “delincuencia juvenil” y los conflictos raciales del peculiar *apartheid* norteamericano, inauguraban un género que desató polémicas y censuras en Estados Unidos. En el fondo la película estaba impregnada de la preocupación por la pureza y la inocencia en un mundo corrupto. Recientemente la vi de nuevo, y me llamó la atención la clara propuesta de alianzas políticas y étnicas que están en el centro del relato. Pero en aquellos años adolescentes no comprendíamos bien aquello, lo cual demuestra la distancia que existía entre las realidades sociales norteamericanas y los discursos dominantes en Puerto Rico. Ya a finales de la década, el vigoroso movimiento de los derechos civiles, y sobre todo la extraordinaria figura de Martin Luther King, nos llevaría a cuestionar nuestra absoluta ignorancia sobre los conflictos y la historia norteamericanos.

*Blackboard Jungle* también tenía el atractivo de que puso a todo el mundo a bailar y cantar el “rock and roll”, con Bill Haley y sus Comets. Ese cine, como las películas de Hitchcock, ya nos separaba de Jorge Negrete, María Félix y Libertad Lamarque, y de los delirantes melodramas de amores, ranchos y conflictos familiares del cine mexicano que todavía preferían nuestros padres. Por esos años también se estrenó “Maruja”, una película puertorriqueña, con actores que ya conocíamos por la radio y la televisión, Marta Romero, Axel Anderson, Mario Pabón, y con el éxito del momento, Cortijo y su Combo, con Ismael Rivera cantando “El negro bembón”. Después, en 1961, vendría *West Side Story*.

Los diarios daban todas las posibilidades de una estética del *collage*. La publicidad comercial en la prensa y la radio llegaron a niveles insospechados antes de la Segunda Guerra. En aquellos años se anunciaba la “droga mágica” contra la tuberculosis, que se empezó a probar inmediatamente en el Sanatorio Insular. La tuberculosis no era en el Puerto Rico de aquellos años la enfermedad del “artista” romántico, de espíritu refinado, que Susan Sontag comenta en su ensayo *La enfermedad y sus metáforas*. Era una realidad que el nuevo gobierno quería eliminar. La alimentación y los servicios de salud mejoraban considerablemente.

Estaba en su apogeo el concurso del Tarzán y la Jane de la semana, patrocinado por Kresto y Denia, concurso que siempre ganaban jovencitos bien alimentados y aprovechados en sus estudios (*¡Kresto reforzado batido en la riquísima leche Denia, tres veces al día!*). La radioemisora WKAQ transmitía desde el teatro Metro el gran programa Libby's con Pepito Torres y su orquesta Siboney. Las fechas se sobreponen y se confunden. Las radioemisoras transmitían el género predilecto: las radionovelas, la novela Fab, la novela Denia, la novela Octagón. Por ellas desfilaban todos los temas, las obsesiones, los mitos y ritos de la sociedad, en medio de los anuncios de detergentes y leche en polvo. Una nueva cultura empezaba a cuestionar las identidades tradicionales. Con los años, se convirtió en una preocupación central: ¿es posible una concepción de la identidad que no sea una simple apología de la cultura de masas? La tecnología empezaba a revolucionar las comunicaciones, y, por consiguiente, la cultura y la vida cotidiana. Las técnicas vanguardistas pasaban a la publicidad, y en ella podrían rastrearse hasta el día de hoy. Había un nuevo mercado: la llamada “cultura de masas”. El poder informativo y el poder económico y político cimentaban una alianza que se

convertiría en los años setenta en un poderoso proceso de concentración. Pude comprender mejor la importancia de esa cultura después de leer las novelas de Manuel Puig.

\* \* \*

Súbitamente, las imágenes de la insurrección nacionalista de octubre de 1950 pasaron como un relámpago por los noticieros radiales. Se reintroducían en el cuadro de la prensa, obligándonos a ver lo que muy pocos querían ver. El juego político acababa en muerte sangrienta, de una manera imprevista para la mayor parte de los puertorriqueños. Los locutores hablaban como si el techo del edificio hubiese sido arrancado. En Arecibo, en Peñuelas, en Jayuya los nacionalistas se enfrentaban a la policía y a la Guardia Nacional. Cada día eran más los muertos y heridos. En Jayuya se proclamó lo prohibido: la República de Puerto Rico. La voz de Muñoz Marín, condenando a los insurrectos, sonaba grave e irrefutable. Al mismo tiempo, recomendaba el tranquilo retorno al trabajo, y anunciaba que se libraría la lucha por la erradicación de la violencia política. En un discurso de 1954 insistía de nuevo en el fanatismo y la irracionalidad de los nacionalistas. Frente a esa amenaza, reiteraba la “buena calidad ciudadana” de los puertorriqueños:

Su buena calidad ciudadana la ha mostrado su actuación en Corea, donde un gran porcentaje de balas correspondió a los puertorriqueños, y el hecho de que la mayoría de éstos eran soldados voluntarios. Revélase asimismo por el modo rápido y efectivo cómo el pueblo y el gobierno de Puerto Rico se adelantan a refutar la propaganda comunista que

pinta a los Estados Unidos como “potencia colonial imperialista”. La expresa el hecho de que 81 por ciento de los votos emitidos en la isla han declarado que no se pide la independencia. La muestra, finalmente, el vigor con que tanto el pueblo como el gobierno repudian el puñado de fanáticos nacionalistas que de vez en cuando disparan balas reales contra el mundo real desde los baluartes de su mundo irreal.

Algunos nombres nacionalistas los oíamos por primera vez en 1950: Tomás López de Victoria, Ricardo Díaz, Elio Torresola, Raimundo Díaz Pacheco, Blanca Canales. Las noticias de la radio producían estremecimiento y temor, sobre todo los enfrentamientos con ametralladoras en Jayuya, el asalto a la Fortaleza, la residencia del gobernador de Puerto Rico. En las fotos, los muertos yacían boca abajo en el sangriento patio de la Fortaleza, transmutados en pura conciencia. La imagen de aquellos cuerpos inertes, como en un ceremonial arcaico, representarían después la lucha por la libertad política como un gesto decisivo y absoluto. Recuerdo, sobre todo, los relatos radiales del asalto y la lucha entre los soldados de la Guardia Nacional y el barbero Vidal Santiago en Barrio Obrero. Recuerdo también el ataque a la Casa Blair, la residencia temporera del presidente de los Estados Unidos en Washington, y la muerte de Griselio Torresola. Después serían objeto de interpretaciones literarias en textos de René Marqués y César Andreu Iglesias.

El proyecto del nacionalismo militante exigía enormes sacrificios, en los que el ser individual podía quedar aniquilado. Para ellos, la unidad era, necesariamente, sangrienta y polémica. Albizu Campos había demostrado, sin lugar a dudas, que el imperialismo era un



aparato militar y una máquina represiva implacables. Cuando murió Albizu, en 1965, César Andreu Iglesias expresó elocuentemente lo que había significado, aun para los que no eran nacionalistas de su partido: "Albizu fue la conciencia de Puerto Rico. Lo fue para los que lo siguieron. Lo fue todavía más para los muchos que le negaron . . . Habló cuando había que hablar. Denunció cuando había que denunciar. Acusó cuando había que acusar. Y estuvo siempre presto a arrostrar las consecuencias". En los años cincuenta, sin embargo, Muñoz Marín reaparecía como expresión de la unidad frente a la reactivación de la violencia interna. Ridiculizaba las metas y esperanzas que profesaban los nacionalistas por su "irrealidad". Para él, eran "un puñado de fanáticos" que disparaban desde "los baluartes de su mundo irreal". El ideal de unidad también se podía alcanzar por métodos policiales.

Pero los nacionalistas muertos y presos eran ya parte de los ríos que corren sin secarse. ¿Cómo se transmite la tradición política de los vencidos? Durante unos años se creyó que los nacionalistas habían sido desterrados, sombras cada vez menos turbadoras. Aparecían como figuras remotas, de otro tiempo y otro espacio. Pero con el tiempo ganaban contemporaneidad, una actualidad dada por los grupos que a partir de los años sesenta buscaban otras tradiciones, y otras versiones de la historia. Para algunos grupos en los años setenta y ochenta sólo importaría, políticamente, la obra heroica y la tradición profética de Albizu Campos. Esa tradición, que fue vista como una "herejía" por la intransigencia del poder populista, fue asumida, por el contrario, por quienes se consideraron herederos de ella. Se convirtió, para algunos opositores al populismo y a la colonia, en la verdadera "religión", con sus santos lugares y sus dogmas. Algunos, en los años sesenta y setenta, años de nueva fe en la lucha armada, le

rendirían culto a la violencia en sí, a la violencia como emancipación, e invocarían a los nacionalistas puertorriqueños como precursores. Sería necesario, como sugiere Foucault, captar el movimiento, el pequeño proceso por el que un tipo de discurso abandonado, olvidado, que apenas se pronuncia, entra de nuevo en el campo político y cultural. Pero también sería preciso ver de qué forma ese discurso se modifica por el hecho de haber sido reconocido. De la misma manera que los nacionalistas de Albizu sacralizaron el Grito de Lares, otros construirían sus lugares de la memoria con aquellas imágenes de inmolación y sacrificio.

\* \* \*

Ya muy pocos recuerdan que Luis Rafael Sánchez había sido, desde muy joven, actor radial, en la emisora WNEL, donde se llegaron a poner en el aire treinta novelas diarias, libretos cubanos casi todos. Los actores radiales y los músicos eran los nuevos “artistas” que se incorporaban al mercado, y ese mercado creaba un nuevo contexto unificador. Sánchez trabajaba en un programa titulado *Exploradores del espacio*, con libretos de Manuel Méndez Ballester. Me contó, además, la experiencia amarga que sufrió en 1954, el año en que dio comienzo la televisión, con su frustrado paso al nuevo medio. “Mi pelo grifo, y mis facciones, por ser trigueño, me negaron el acceso a las cámaras”. Cuando se escogieron los artistas con “potencial telegénico” ya su nombre no figuraba.

El prejuicio racial era una práctica, pero era otro tema tabú, de larga historia. Cuando Luis Palés Matos, a quien leíamos con gran entusiasmo en los años universitarios, elaboraba —hacia finales de los años 20 y a principios de los 30— sus poemas afroantillanos, al-

gunos miembros de la élite cultural de entonces rechazaron violentamente su proyecto. “El llamado arte negro no tiene vinculación con Puerto Rico”, escribía uno. “La broma de una poesía prieta en Puerto Rico”, era el título de otro artículo que censuraba a Palés. J. I. de Diego Padró, su antiguo colaborador y amigo, manifestó su rechazo, reafirmando en sus convicciones “occidentalistas”. Algo parecido ocurría en Cuba durante esos mismos años con los versos afrocubanos de Nicolás Guillén y la gran obra etnográfica de Fernando Ortiz. Antonio S. Pedreira, cuya obra pedagógica e histórica fue tan ejemplar, le atribuye todo el heroísmo puertorriqueño a la sangre europea, y toda la docilidad a la sangre africana, en los planteamientos racistas de *Insularismo*.

Lo que puede sorprender ahora es la represión profunda que ha sufrido el debate sobre el prejuicio racial en Puerto Rico. Esa onerosa carga de prejuicios reproducidos por algunos eminentes intelectuales de los años treinta tiene, claro, sus raíces en nuestra historia. Recordemos que otro escritor, Manuel Fernández Juncos, le pide, en 1898, al comisionado norteamericano Henry Carroll, el blanqueamiento del país, para mejorar las condiciones de la recién adquirida colonia: “la sabia dirección de una corriente de inmigración blanca que le daría fuerza a los habitantes”, dice Fernández Juncos, según consta en el *Informe Carroll* de 1899. La vida cotidiana se politizaba de otra forma con el racismo, como en el límite entre lo evidente y lo vedado. No sabíamos, en nuestros años formativos, cómo hablar de esas políticas, cómo pensarlas, por ejemplo, con los intersticios y detalles insidiosos que le interesaban a Foucault. Ignorar la violencia del pasado, y del presente, esa era la condición de la versión de la historia que recibíamos.

En el texto *La isla de Puerto Rico* ni siquiera se mencionaba la

palabra *esclavitud*. Cuando se ofrecían en ese texto las características de la población se empleaban toda clase de eufemismos para evitar la palabra:

Los habitantes son en su gran mayoría descendientes de la raza española que colonizó la isla. La raza de color, descendiente de aquellos buenos y leales seres humanos que fueron traídos al país para trabajar en las labores agrícolas y en la elaboración del azúcar, está representada por muchos miles de personas. Los mulatos, que son producto del cruce de la raza blanca con la negra, están incluidos en estos cálculos.

\* \* \*

Pocos días después del triunfo de la Constitución, fuimos con palas y cubos a la batalla de la nieve que trajo “doña Fela”, una de las fundadoras del Partido Popular y luego alcaldesa de San Juan, al Parque Muñoz Rivera. Doña Fela; un nombre propio que condensa toda una época, ocupó el cargo desde 1946 hasta 1969. En marzo de 1952 se había anunciado en la prensa que el estado de New Hampshire exportaría dos toneladas de nieve a Puerto Rico para que los niños pudieran entablar batallas con bolas de nieve. La nieve se cargó en camiones desde el monte Rowe hasta Boston, y de ahí a San Juan, en un avión de la Eastern Air Lines. El tumulto de 20.000 personas sólo permitió que unos pocos jugaran con aquellos “pedazos de piraguas” que se desvanecían sin dejar huella. Doña Felisa Rincón de Gautier no pudo tirar la primera bola. El episodio parecía prefigurar algunos relatos de Virgilio Piñera: un poder inocentemente cruel.

No obstante, el pasado que se suponía vencido se imponía de

nuevo, a veces dramáticamente. Había momentos en que se dejaban ver otros costados desde donde pudiéramos imaginar otra historia. De su recóndita existencia otra historia volvía, recalcitrante, al primer plano, y amenazaba con quebrantar aquella felicidad. Del pasado parecía brotar aquella figura cuyas hazañas coincidían y competían con los titulares de la Constitución: Correa Cotto, perseguido por la policía infructuosamente durante meses. El prófugo campeaba por sus respetos en los barrios de Juana Díaz y de Ponce, se ocultaba en los cañaverales, se batía a tiros con la policía en Villa Olga, según los relatos fragmentarios y escuetos de la prensa. En marzo del 52 habían aumentado de quinientos a mil dólares la recompensa que ofrecían por su captura. Se informaba que en Ponce se exhibía desafiante en el cine Victoria viendo los episodios de la película *Calaveras del Terror*, y se sospechaba que él era el encapuchado que había atacado la residencia del licenciado Lorenzo Lagarde Garcés, el ex-juez que lo había condenado a dos cadenas perpetuas. Trajeron perros sabuesos de la Florida para perseguirlo.

Ponía en peligro, se afirmaba en un editorial del diario *El Mundo*, la paz y el orden. Era de nuevo la lucha de la “civilización” contra “bárbaros” que no encontraban ubicación en la sociedad y reaparecían como un espectro. Al “malo” era forzoso llevarlo paso a paso al patíbulo. El editorial de *El Mundo* exponía con toda brutalidad la necesidad de domesticar las fuerzas anárquicas, para que todos pudiéramos volver a nuestra seguridad moral:

... Correa Cotto se ha convertido en enemigo público de la comunidad puertorriqueña —... Puerto Rico no puede ser un país de paz y orden mientras pueda andar suelta una fiera como ésta, ávida de sangre, dispuesta a violar la san-

tividad de los hogares y arrebatarle la vida al primero que se le ponga delante. En todos los grupos sociales, desde los más primitivos hasta los más civilizados, el hombre que pretende colocarse al margen de la ley y que, por encima de la ley, quiere gobernarse únicamente por sus bestiales apetitos. Para lograr tal resultado, el grupo social agota todos los recursos a su alcance y coge a su hombre... Hasta Salvatore Giuliano, que se burlaba de todo el mundo, cayó bajo las balas de una justicia implacable en sus montañas sicilianas... En el caso de Correa Cotto su arresto no ha sido posible principalmente porque los ciudadanos no han correspondido a las exhortaciones de la Policía y han estado alentando y protegiendo al peligroso criminal...

Lo cierto es que muchos, adultos y niños, leíamos la prensa o seguíamos aquellas peripecias por la radio, deseosos en el fondo de que no lo capturaran, sin que pudiéramos precisar el origen de aquella solidaridad. Por medio de su rostro podíamos acercarnos a otra cara del país, mirarlo a los ojos, escudriñarlo. Las fotografías de la prensa y los artículos son muy elocuentes: una maravillosa novela que no se escribió nunca, quizás por la impaciencia de un público reclamado por nuevos medios de comunicación de una eficacia mucho más directa, como la prensa, la radio, el cine. Correa Cotto tuvo la virtud de poner en primera plana barrios y comunidades marginadas de la marcha ascendente hacia el futuro, que empezaban a convertirse entonces en un "enigma." La crisis futura, la llegada de una violencia temida, se perfilaba en el horizonte, y cada vez más amenazadoramente. De alguna manera expresaba un rechazo a las alianzas del ordenamiento social y cultural, y ponía en cuestión la modernidad

populista con su culto a la disciplina y las inhibiciones, como si encarnara la posible vuelta a un estado de inocencia libre de leyes, deberes y obligaciones, o la vuelta a la fundacional tradición cimarrona que ha venido estudiando con tanta perspicacia Angel Quintero Rivera. Acaso por ello la vaga aureola romántica que lo rodeaba.

\* \* \*

Enrique Laguerre nos dio ya un título exacto —con la exactitud de la imaginación— para lo que podría ser un largo testimonio novelesco sobre los años cincuenta, sus anhelos, sus realizaciones y sus fracasos, el silencio y la sumisión de las conciencias; me refiero a su novela *La ceiba en el tiesto*, publicada en 1956. Como señaló José Emilio González en una reseña sobre esa novela: “Lo que se recalca es la incompatibilidad, el absurdo de encarcelar un árbol tan vasto como la ceiba en un tiesto ... que pretendan coexistir aspiraciones desmesuradas en una realidad estrecha y mezquina”.

En efecto, el proyecto era desmesurado; el discurso no logró camuflar del todo la dura realidad. Cuando ingresé a la Universidad, a finales de la década, las contradicciones empezaban a descomponer ácidamente la versión dominante del pasado y del futuro. En la Universidad muchos hablaban con desdén de la cultura y del pasado puertorriqueños. Se pretendía que nos construyéramos un pasado occidentalista, greco-romano de segunda mano. Teníamos otro camino que recorrer. Los isleños, se nos decía, debíamos viajar a Europa, “salir a correr el mundo”, aunque bien acompañados de médicos y decanos. Era una versión —institucionalizada— del viaje iniciático. En marzo de 1952 el rector Benítez, con su contradictoria mezcla de interés y de desprecio, les decía a los alumnos a quienes les abría la

puerta de entrada a Europa:

Somos gente de islas. Los isleños sentimos más que nadie la nostalgia de no viajar. La tierra extranjera no está, como en los continentes, al alcance de nuestro pie. Al hombre de las islas le está vedado, por la geografía, esa hazaña del caminante de echarse el saco a la espalda y salir a correr el mundo a través de valles, montañas y fronteras . . . Ustedes van a descubrir múltiples cosas en Europa, mundos enteros de emoción estética, de experiencia histórica, de belleza, de creación, toda la huella que ha dejado el género humano sobre esa cultura.

Todo había sido previsto y ordenado. El viaje a Europa: los universitarios que podían ir eran como los primos ricos que los pobres provincianos ven brillar en la lontananza del gran mundo. De la Europa que había hecho una de las experiencias más extremas de la barbarie, de lo que ocurrió en Auschwitz, se hablaba poco. Claro que en la práctica cultural y política, Nueva York se había convertido no sólo en el centro de una de las comunidades puertorriqueñas más nutridas, sino en la verdadera capital cultural para muchos intelectuales y artistas que allí se formaron o tuvieron experiencias decisivas antes de regresar a Puerto Rico. Antes, desde la década del veinte, la ciudad fue el lugar de prácticas y alianzas políticas y literarias de Bernardo Vega, Luis Muñoz Marín y Gilberto Concepción de Gracia. Ese será el caso después, en los años cincuenta y sesenta, de René Marqués, Lorenzo Homar, Julia de Burgos, Gilda Navarra, Ana García, Pedro Juan Soto, Luis Rafael Sánchez y muchos otros. Todavía no se ha escrito la historia de Nueva York como centro y lu-



gar de encuentro clave para la modernización cultural puertorriqueña.

Ya a finales de los años cincuenta, el recién creado Instituto de Cultura intentaba corregir la excesiva presunción de los años anteriores, pero elevando a categoría estética una parcela del pasado. En realidad, algunos intelectuales asociados al poder se enfrentaban a los dilemas creados por el anexionismo real que, en buena parte, había sido construido por el proyecto modernizador. Con la creación del Instituto de Cultura se manifestaba, a finales de la década del cincuenta, la preocupación por el olvido del pasado, y por la reforzada identificación cultural y política con los Estados Unidos. Se cumplía así lo que, en otro contexto, Edward Said ha planteado de la siguiente manera: “La transmisión y la persistencia de una cultura supone un proceso continuo de reforzamiento por el cual la cultura hegemónica se adjudica las prerrogativas emergentes de su sentido de identidad nacional, de su poder como instrumento y aliada del Estado”. Empezó a cobrar fuerza una definición “culturalista” de la nacionalidad que podía coexistir perfectamente con la dominación norteamericana. Algunos, por ejemplo, se escandalizaban cada vez más con los anglicismos que “penetraban” en la lengua, pero mantenían un discreto silencio frente al poderío militar que dominaba la isla. La definición “culturalista” de la nación empezó a presentarse como absoluta y exclusiva, postergando otras posibles identidades y visiones políticas. La “cultura” puertorriqueña se quería identificar con la tradición “autonomista” del Estado Libre Asociado.

El pasado retornaba bajo formas estéticas de la “restauración” y las formas publicitarias de la “promoción cultural”. La estrategia del poder, con la creación del Instituto de Cultura en 1955, consistía en competir con la oposición independentista, pero en el propio terreno de los independentistas, asumiendo algunas de sus reivindicaciones,

que hasta entonces habían sido excluidas. El poder se hacía eco de las críticas a las consecuencias culturales de la “asociación permanente” y hacía concesiones, con bastante éxito, en la zona “cultural”. Cada vez era más claro que la nación se iría definiendo como una “cultura” que no requería la creación de un estado independiente.

El Viejo San Juan empezó a ser reverenciado como el lugar prestigioso del pasado, una nueva mística cultural, casi como un nuevo título nobiliario frente a la ciudad moderna. La vieja ciudad aprendía a vestir el rico y pesado atuendo de su herencia, mientras que los signos del poder económico pasaban a las zonas bancarias y a los inmensos “shopping centers”. Merece la pena considerar la lógica de esa dicotomía. Una vez más la historia como discurso destrozaba los lugares de la memoria, y hacía necesario crear archivos, fijar efemérides, conmemorar aniversarios, restaurar. La historia podía ser una obra de arte aislada, digna de conmemoración. Desde el poder, se replanteaba, implícitamente, lo que Jürgen Habermas ha llamado en nuestros días, el *uso público de la historia*.

En 1961, bajo el gobierno de Kennedy, Teodoro Moscoso, a quien se le atribuía el éxito de *Operation Bootstrap*, fue nombrado Embajador de los Estados Unidos en Venezuela, y luego Administrador de la Alianza para el Progreso. Pero ya el “modelo” puertorriqueño no resultaba muy convincente, y los ojos del mundo, en los años sesenta, estaban puestos en Cuba. A cada paso surgían complicaciones inesperadas y problemas nuevos. La vida fue inclemente: el proceso de descolonización de los años sesenta, las repercusiones del movimiento de derechos civiles en los Estados Unidos y su cuestionamiento de las estructuras sociales y raciales norteamericanas, así como la Revolución cubana, y los conflictos generados por la guerra de Vietnam, hicieron envejecer aquella

utopía. La crisis social interna —el aumento de las tasas de desempleo, la violencia imparable en las ciudades— despertó una nueva y voraz pasión por un pasado más complejo, y construyó otras reglas y otros espacios de validación intelectual y política. La historia —ya a principios de los años setenta— era de nuevo un campo de debate: tenía que construir otros lugares, y entablar una lucha por nuevas significaciones. La crisis no era sólo económica y social. Había entrado en crisis un discurso intelectual e histórico, y el proceso había generado la necesidad de redefinir el papel de los intelectuales y de la memoria histórica. Para muchos se hizo absolutamente necesario abrir los márgenes de las definiciones autorizadas hasta entonces. “Nada hay más vivo, más presente en una sociedad”, escribe Claude Lefort, que “la relación que sostiene con las imágenes del pasado”. Maquiavelo hablaba de Roma para hablar, indirectamente, del presente de Florencia. El renovado interés en el siglo 19 puertorriqueño era una manera de hablar también de las transformaciones radicales que había sufrido el país en el siglo 20. La reconstrucción de tradiciones era de nuevo, como las modernas ciudades puertorriqueñas, una zona de polémicas, enfrentamientos, y nuevas intransigencias que se manifestaban en libros, artículos, mesas redondas y debates acalorados. El pasado —y el futuro— exigían nuevas exploraciones. Kafka quizás les mostraría a algunos una vía para permanecer en el clan familiar sin negarse a sí mismos.

## VOCABULARIO

paradigma *m.* 范例

rotundo, da *adj.* 断然的

promisorio, ria <i>adj.</i> 承诺性的	desahucio <i>m.</i> 绝望
primorosamente <i>adv.</i> 精心地	condominio <i>m.</i> 共管
anexionista <i>adj.</i> 并吞主义的	duplex <i>adj.</i> 双连的
jibaro, ra <i>m., f.</i> 乡下人	disgregarse <i>vr.</i> 分离, 解体
iconográfico, ca <i>adj.</i> 肖像的	converso, sa <i>m., f.</i> 皈依天主教者
fragmento <i>m.</i> 片断	devenir <i>vi.</i> 成为
rutilante <i>adj.</i> 非常明亮的	gravitación <i>f.</i> 重力
falacia <i>f.</i> 谎言	expropiación <i>f.</i> 征用
exacerbar <i>vt.</i> 加剧	predica <i>f.</i> 说教
incongruencia <i>f.</i> 不一致	sonoridad <i>f.</i> 响亮; 友爱
dinamizar <i>vt.</i> 使兴奋	aguafiestas <i>f.</i> 使人扫兴的人
ambivalente <i>adj.</i> 有双重意义的	malevolente <i>adj.</i> 恶意的
aséptico, ca <i>adj.</i> 无菌的, 消毒的	poder carismático 超凡的能力
mescolanza <i>f.</i> 大杂烩	apolillado, da <i>adj.</i> 蛀蚀的
incoherente <i>adj.</i> 无条理的, 支离破碎的	shopping centers 购物中心
disidente <i>m., f.</i> 持不同政见者	errático, ca <i>adj.</i> 漂移的
fecha emblemática 象征性的日子	mesianismo <i>m.</i> 弥赛亚教, 天命论
abyección <i>f.</i> 低贱, 下流	contestatario, ria <i>adj.</i> 反射的
arrabales <i>m. pl.</i> 城郊	fáctico, ca <i>adj.</i> 事实的
asimetría <i>f.</i> 不对称	desparramado, da <i>adj.</i> 宽阔的
pancarta <i>f.</i> 标语牌	diáspora <i>f.</i> 居民四散
visceralmente <i>adv.</i> 根深蒂固地	morcilla <i>f.</i> 血肠
	apología <i>f.</i> 辩护
	temporero, ra <i>adj.</i> 季节性的
	arrostrar <i>vt.</i> 勇敢承担
	oneroso, sa <i>adj.</i> 昂贵的

encapuchado, da *adj.* 带风帽  
的

perros sabuesos 嗅觉灵敏的狗

patíbulo *m.* 断头台

ceiba *f.* 木棉

dicotomía *f.* 两分法

intransigencia *f.* 不让步, 不  
妥协



# **CRITICA SOCIAL**

## **LA CIUDAD QUE ME HABITA**

Leer a Magali García Ramis es siempre una experiencia grata y refrescante. Pero a través de las páginas de *La ciudad que me habita* tenemos ocasión de gozar de la doble vocación de periodista y narradora de esta joven escritora. La mayoría de las crónicas que componen este volumen contienen una buena dosis de crítica social, crítica que sale a flote a pesar del delicioso humorismo que la acompaña. Los lectores podrán hacerse eco de esta forma de denuncia que se basa en temas tan cotidianos como las peripecias de un viaje en guagua, o los criterios que utiliza una pareja al seleccionar un nombre para su primogénita.

Los hermosos dibujos de María Antonia Ordonez, también de corte humorístico, completan y complementan esta nueva aportación a las letras puertorriqueñas.

### **Los cerebros que se van y el corazón que se queda**

Tiene que haber un momento preciso del día cuando toman la decisión. Quizás amanecidos una noche, al despuntar el alba miran al cielo y ven a Venus alineado a la Luna y al ir bajando su mirada verticalmente ven, frente a su casa, los cristales del auto rotos a pedradas. Ven más allá: toda la fila de carros con las ventanas rotas; miran más aún y se topan con el horizonte de la urbanización tan



nueva que prometía en anuncios a colores tranquilidad y seguridad para toda la familia bajo un nombre bilingüe de caché y ambigüedad, atributos que tanto nutren a los puertorriqueños: ¿Ucares Heights? ¿Alturas de Reinita Hills? ¿En cuánto me salió el pronto de esta casa? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que me den un aumento para ampliar la marquesina y poder poner los dos carros adentro? ¿Cuántos años faltan para que la nena me pida el carro y vuelva un día de madrugada justo cuando la ganga de manduletes rompe-carros esté merodeando el vecindario y...? Y debe ser un día, al amanecer, que toman la decisión de irse del país, todos esos hombres y mujeres que ahora no se llaman exiliados como los del siglo pasado, ni emigrantes como los de principios de siglo, ni tomateros como los de los años '50 y '60, sino "Cerebros".

Cerebros; esa gran masa encefálica que como nube nuclear se desplaza lenta y constantemente hacia el extranjero; esos sesos con patitas que se suben a diario a los aviones rumbo a otra vida: doctores a Dallas, profesoras a Boston, maestros a Rutgers, pintores a San Francisco, trabajadores sociales a Nueva York, enfermeras a Chicago, arquitectos a Miami, investigadores a Washington, sociólogas a México, ingenieros a Arabia Saudita, todos profesionales, porque "Cerebro" es aquí sinónimo de un grado universitario o una experiencia profesional y abarca lo mismo policías que sicólogos, recién graduados que treintoncitos, y todos, a falta del tren de la ausencia, se montan en el avión del recuerdo.

Todos tienen algo roto, por eso se van; si no es el cristal del carro, es el matrimonio. Los Cerebros se mudan por muchas razones pero todas tienen que ver con la falta de algo. Con el trabajo que no le dieron porque para mala pata él pertenece al partido que perdió; con la seguridad que no existe en la casa donde la asaltaron a ella,

tres veces ya; con la familia que no está porque al divorciarse, ella se casó de nuevo y se llevó los nenes y él está solo en la casa y además no quiere verle más la cara a ella. Entonces aparecen los anuncios que tienen sueldos de cinco cifras, gorditas ellas, y las promesas de un lugar donde no hay rotos ni en las calles.

Los Cerebros entonces empacan, cierran sus cuentas y se despiden. Siempre vuelan de día, porque llevan muchas cosas consigo en los aviones: libros, serigrafías, discos, fotos, y una exageración de ropa que no van a usar Allá porque en los lugares templados a donde usualmente se desplazan los Cerebros, la gente no se viste con tantos colorinches ni necesita, como los puertorriqueños, tener ropa distinta para treinta días seguidos.

Al llegar Allá, donde sea, los Cerebros consiguen bonitas casas que no necesitan rejas; por sus ventanas abiertas los pillos no entran pero las añoranzas salen. Cuando se mudan a un apartamento echan de menos los balcones del trópico pero enseguida aplastan esa nostalgia innecesaria porque se trata, después de todo, de no pensar en los espacios, sino en las especias y las especies, en el trabajo reproductor de bienes; en la buena calidad de los hospitales donde reproducirse, donde traer al mundo a sus pequeños herederos no es tan traumático como en la isla. Porque los servicios médicos de Allá siempre han de ser mejores que los de Acá, pero uno sabe eso sin haberse mudado. Lo dicen las revistas, la prensa, los que van y vienen.

Los que van y vienen son los padres de los Cerebros. En cuanto un Cerebro está instalado invita a su Mamá a que le visite. La Mamá llegará con sus bolsitas de café y harina de bacalaítos y con el libro de cocina que el Cerebro le pidió, porque viviendo afuera, los Cerebros deciden cocinar lo que jamás comieron aquí. Dependiendo de la edad, la Mamá le llevará o *Cocina criolla* o *Del fogón al microondas*, pero

de nada le servirá al Cerebro, pues su Mamá estará cocinando a diario las dos semanas que le visite. Cuando regrese a la isla, la Mamá contará a todo el barrio “lo inmejorable” que es el estilo de vida del Cerebro, tan bien pagado que está, viviendo en ese lugar de lo más bonito y tranquilo.

Al cabo de unos años, los Cerebros tratan de visitar la isla y llegan con cámaras de video directo al Viejo San Juan para enseñarles luego a los de Allá cómo es lo de Aquí. De pronto el conocimiento de los rasgos arquitectónicos coloniales cobra una importancia desmedida en la vida de los Cerebros y también las tradiciones y la música popular. ¿Popular? ¿La que se guarda en discos o la que se baila? No hacen distinción, toda la compran en CDes si la hay, y compran ron para llevarse, ellos que prefieren el vodka o la ginebra, compran ron para enseñar Allá qué es lo que producimos Aquí. Entonces, por primera vez, el santo y seña de ser isla, tropical y caribeña empieza a calar en la conciencia histórica de los Cerebros. La noche antes de irse le preguntan al hermano menor si él está estudiando sobre Puerto Rico y le pontifican sobre nuestra herencia cultural y el hermano no entiende qué rayos le pasa al Cerebro, el hermano tiene ya en la mirada el deseo de esa casa sin rejas, de ese apartamento sin balcón, callado y solitario, limpio y seguro donde el Cerebro pasa sus noches Allá donde pagan bien. No importa que Allá también a veces asalten o maten o desmembren. Allá se paga bien.

Allá donde pagan bien uno tiene que acostumbrarse a que las cosas son diferentes. Allá nadie llega de visita de pronto, no hay fiesta espontánea posible. Allá los profesionales son muy educados y llaman antes de atreverse a presentarse en tu casa. “Allá yo conozco como seis parejas de amigos míos, todos en el área de Maryland y ¿tú sabes cuál es el pasatiempo favorito de ellos?”, dice uno de Acá,

“reunirse una vez al mes a hablar de Puerto Rico. Eso, con Washington ahí, con el National Gallery, con el Smithsonian, con todos esos cines, y ellos que si la política, que si El Yunque, viendo videos de aquí”.

Los Cerebros Allá empiezan a demarcar sus etnias y toman conciencia de quiénes son aunque no quieran saberlo. Pero eso no impide que puedan acostumbrarse Allá, o que llegue a gustarles su nueva vida, no, a todo se acostumbra uno y después de todo, uno se fue buscando una vida mejor, un aire de ciudad grande o un respiro de comunidad chica y eso, al menos, lo logró. Lo que sucede es que Acá uno se pregunta a cada momento, “¿y si yo me fuera?”.

Porque los Cerebros se están yendo. A veces los vienen a reclutar un mes antes de la graduación; a veces se les cita por cientos a entrevistas en un hotel grande de la capital; a veces ven desplegado en el colegio el anuncio de un lugar desconocido en el mapa donde el salario le permitiría a uno tener además de la casa en la urbanización, una en la playa, y uno acepta enseguida ese trabajo, aunque viviendo Allá, ¿cómo ir a la casita de la playa?, nos preguntamos los que estamos Acá.

Aún no nos hemos ido los que vivimos Acá, pero estamos haciendo turno en la fila de las ilusiones cada vez que nos rompen los cristales de los carros. Estamos listos pero dudamos porque, después de todo, uno tiene aquí. . . ¿Qué, qué tiene uno aquí? ¿Esto es una cárcel? ¿Por eso será que los titulares dicen “Fuga de Cerebros”, no dicen “ida” o “viaje” sino fuga, lo que presupone encierro y augura libertad? ¿Uno se queda encerrado, o más bien enmarado, porque el mar establece el lindero geográfico que aísla y encierra? No, eso era antes, ahora con cualquier avión, uno da el salto. Entonces, ¿por qué uno se queda? Si Allá es mejor y. . . Bueno, porque alguien tiene

que cuidar a los papás, eso, ellos ya están mayores y no se van a acostumar por Allá. Además, alguien, pues, tiene que echar para adelante el negocio; montar un negocio en otro sitio es difícil y mira, mi hermana está estudiando Derecho y yo la estoy ayudando y cuando se gradúe ella quiere trabajar con el Gobierno, ella tiene esos ideales de los jóvenes de ayudar al país. . . Yo, yo lo he hablado con los nenes y con mi esposa; Allá me ofrecieron un salario bien bueno para empezar, y con beneficios marginales tremendos, los nenes están locos por ver la nieve pero yo empecé este grupo de estudio con unos amigos, pensamos hacer una investigación sobre la preservación de los manglares; quizás cuando terminemos en un par de años. . .

Todas las razones tienen puntos suspensivos, todas las razones tienen forma definible, todas tienen un trasunto de emoción que no permite razonar lógicamente por qué no se van todos los Cerebros de Puerto Rico, por qué no emigran todas las enfermeras mal pagadas de una vez, todos los policías maltratados para siempre, todos los profesores de literatura desconocidos en este país ypreciados en el de Allá, todas las trabajadoras sociales frustradas con la burocracia y humilladas por jefes incompetentes, toda la gente de letras, de números, de cifras y computadores, de estetoscopios y de tamices. Porque todos estos Cerebros también han visto la Luna alineada a Venus, amanecidos, pensando alguna noche, y alboreando junto a otro día han mirado un azul tenue e impenetrable y un amarillo brillante y antiguo empujar la oscuridad y anunciar otro día nuestro, y han visto los cristales de su auto roto y antes de pensar “esto es el colmo, hoy mismo lleno la solicitud” algo les ha impulsado a sentir “maldito sea, yo que hoy iba a ir más tarde al trabajo, ahora voy a tener que estar en el taller de Tato en cuanto abra para que me arregle ese cristal”. Y han sentido un latido fuerte de rabia e impo-

tencia por la vida que vivimos ahora, vida que no augura nada seguro a pesar de los títulos, de las profesiones, de las urbanizaciones más remotas y ese latido sale al unisono de todas las casas, un son amelcochado con el olor del café, un ritmo acompasado que anuncia que somos todos individuales Cerebros, pero que todos somos un sólo Corazón, el Corazón que se queda.

Este es el que sale todas las mañanas en medio del tapón y sueña con que si volviera el Rey de España pintarían los edificios públicos, y si celebraran las Olimpiadas arreglarían las carreteras. El Corazón que se queda está harto de los estudiantes maleantes en su escuela pero está tan orgulloso del puñado de muchachos que ganaron el premio de la Feria Científica que vuelve todos los años a esa trapo de escuela aunque no tenga ni permanencia. El Corazón que se queda tiene dañado el aire acondicionado del carro pero con los chavos del part-time no lo va a arreglar, no, le va a comprar al nene un Nintendo para su cumpleaños. Tiene que hacer una segunda hipoteca a la casa pero así podrá comprar el terrenito en la falda del Yunque para cuando se retire o para cuando venga su hermano, el Cerebro, de Allá. El Corazón traga duro casi todos los días; trata de no mirar la portada del diario sensacionalista pero sus ojos no pueden evitar las grandes letras rojas que gritan: **Asesinado, Baleado, Víctima, Muerte**; entra al supermercado y sus ojos no pueden sino brotar de las cuencas al ver cómo han subido los precios de semana en semana, cómo cada vez ponen más tomates blanditos y más lechugas podridas las grandes, magníficas y poderosas cadenas de supermercados y uno, qué remedio; llega a la casa y encuentra que el teléfono no funciona pero al menos no se han llevado el agua estos días; sale al patiecito y ve que el perro del vecino escarbó en la reata y lo que iban a ser flores son tallos mordidos; mira el cielo del atardecer y ve que por primera vez

el palo de limón tiene frutos y recuerda que en su casa, cuando chico, había un palo de limón ¿o era en la casa de la abuela? Y esa noche cuando llama al Cerebro Allá, lo primero que le dice el Corazón es que el palito ya va a dar limones.

Para que los limones y otros árboles den frutos, a veces se les hace una encerrona. Si no acaban de florecer, se les tapa; se les ahoga toda posibilidad de sol y luz y aire y ellos, enloquecidos, creen, sienten —porque se sabe que sienten en lo más íntimo de sus células— que van a morir, y en un último empuje de vida, echan flor, para reproducirse como Dios manda; entonces los destapan, y viven para dar frutos.

El Corazón que se queda también ha creído a veces que se va a morir, también ha estado a punto de apagar la vida e irse, pero luego, al escuchar su propio latido, ha mirado dentro de sí y ha visto las minúsculas flores que auguran que de alguna manera todavía hay frutos que dar, dulces o agrios, qué importa; el Corazón que se queda se prepara para la Navidad, esa época del año en la cual le toca ser anfitrión del Cerebro que viene.

Los Cerebros que se van regresan en Navidades con los regalos más hermosos que compraron a descuento en unas tiendas de fábula que sólo ellos conocen Allá; el Corazón que se queda les espera con un ron cañita de bienvenida, hecho por un jíbaro que sólo él conoce, Acá. Los Cerebros tienen muy desarrolladas las piernas porque están siguiendo un régimen de salud y con ellas caminan y corren hacia el progreso. El Corazón tiene muy desarrollados los brazos para abrazar a los Cerebros que tanta falta le hacen, que seguro tuvieron que irse, que están bien Allá, y quizás estarían mejor Acá pero que quién sabe.

Juntos de nuevo, el Corazón y el Cerebro irán por los puestos de las costas a comer de la manteca que nos une, caminarán por las

calles del Viejo San Juan tomando fotos que sus nietos encontrarán años después en alguna gaveta y comentarán a viva voz sobre la política y la sociedad de su país mientras leen los diarios llenos de noticias sobre los legisladores, los bailes de beneficencia y los artistas del momento.

Entonces, luego de los pasteles y el lechón y del brindis del Bohemio, el Corazón llevará al Cerebro al aeropuerto y después de pasar la máquina de Rayos X que no permite que uno lleve alimañas Allá en las frutas y plantas (no importa cuántas alimañas vengan de Allá para Acá en Primera y en turista) le echará en el bolso de mano una lata de café donde irán escondidos media docena de limones “para que seas el primero en probarlos”, le dará un abrazo que dure todo el año y le prometerá que irá a verlo, sin falta, este año, sí. Mientras el Cerebro se acomoda en su asiento y se pone el cinturón de seguridad, el Corazón enfilará rumbo al trabajo que quizás debería dejar y buscarse algún otro, pero que total, da para sobrevivir y además si uno nació para Corazón, aquí se planta y aunque en algún momento se haya ido, de verdad o en ilusiones, a fuerza tuvo que regresar. El irse como Cerebro no remedió el vacío. El quedarse como Corazón quizás no le permite llegar. Pero uno sigue, en el tapón, en el calor —el mes entrante hago un préstamo y arreglo el aire. El Cerebro ya se eleva sobre la isla, saca la cámara y hace una última toma panorámica antes de ponerse a preparar el informe que tiene que dar mañana en el trabajo; el Corazón entra en el túnel de Minillas, oye las bocinas, hace un gesto de resignación, busca bajo el asiento un cassette de Lucecita, lo pone y rompe a cantar con ella: “Qué te parece Cholito, que te van a desterrar, como si la ausencia fuera, remedio para mi mal. . .”



## **Cien damas y ochenta caballeros para salvar el corazón de Jesús**

En la película *Fahrenheit 451*, el realizador François Truffaut presenta una sociedad futurista autoritaria donde está terminantemente prohibido leer literatura, y donde los bomberos paramilitares del gobierno se dedican a buscar y a quemar libros, y a encarcelar a los lectores. La literatura está prohibida en ese mundo porque los humanos que la lean corren el riesgo de cuestionarse el sistema de vida que llevan, de pensar por sí mismos, y de desarrollar ideas que difieren de las establecidas y ya para entonces tradicionales del estado donde viven.

Lo que plantea ese filme resulta tan aterrador como lo que ha comenzado a suceder en tiempos recientes en muchas localidades de los Estados Unidos, y que, por la facilidad con que aquí imitan las actitudes y tendencias de grupos moralizantes, se hace imperante denunciar.

Aduciendo que hay una serie de textos literarios cuyas ideas, temática o lenguaje no son “aptos para niños”—sean éstos de 5 o de 18 años— y amparándose en el concepto de que hay una sola manera de ser cristiano y patriota, la que propugnan los censores, una enorme cantidad de padres, madres, religiosas y educadores se han dado a la tarea de prohibir cuentos para niños y obras literarias en las escuelas: de quemar libros, y de “revisar” textos de la manera más antidemocrática posible.

A lo que se enfrentan los escritores y bibliotecarios no es sólo al reto a la primera enmienda de la Constitución, que garantiza la libertad de expresión, sino a la implantación forzosa de un concepto

ideológico de lo que se supone es un buen cristiano o un buen norteamericano, y a la exclusión, aun como tema de discusión, de todo lo que a la llamada *Moral Majority* (Mayoría Moral) no le parezca adecuado.

El fanatismo y la ignorancia de muchos padres, amamantados por unos equívocos planteamientos morales de grupos religiosos, han hecho que cerca de Baton Rouge, Louisiana, quemaran *La Cenicienta* y *Blanca Nieves*, porque en esos cuentos se menciona a las brujas, y un niño cristiano no debe creer, ni de juego, en brujas. En otros lugares han sacado las obras de Piri Thomas, Bernard Malamud y aun Thomas Hardy de las bibliotecas escolares; y sobre todo, purgan en muchos lugares las novelas de uno de los más grandes escritores norteamericanos contemporáneos, Kurt Vonnegut, popularísimo entre los adolescentes y jóvenes universitarios.

Desde la famosa quema de libros organizada por la junta militar de Chile a raíz del golpe de estado de 1973, en el mundo occidental no se había visto una acción deliberada de limitar el acceso de la gente a la literatura de manera tan peligrosa como ahora. Es válido entonces preguntarnos ¿por qué se da en estos momentos; y por qué en los Estados Unidos?

Por un lado tenemos la acción organizada y militante de varios grupos políticos conservadores y fundamentalistas cristianos que, agrupados bajo el nombre de *Moral Majority* y soliviantados por las posiciones conservadoras del actual gobierno, han iniciado una campaña en contra de mucha literatura.

Por otro lado, tenemos una serie de personas cultural y educativamente limitadas, que ven los cambios en la sociedad y el deterioro de algunas estructuras tradicionales como la familia, el matrimonio, la comunidad en torno al pastor religioso, etc. como productos de

“ideas dañinas” en las juventudes, y no como parte de un complejo proceso social, económico y tecnológico que nos va haciendo cambiar.

El peligro principal de estas acciones estriba en que para un fanático de éstos una “idea dañina” puede ser el que Ana Karenina decida irse a vivir con su amante. El entorno social, histórico, dramático, artístico y psicológico de la novela *Ana Karenina* se le escapa a los censores; sólo ven los hechos aislados como pecaminosos o no, antitradicionales o no, pues traspasan a sus análisis de la literatura su propia incapacidad de enfrentarse a la vida con muchas opciones diferentes.

Añadámosle a esto que estas personas imaginan erróneamente, que si logran que sus hijos crezcan en un ambiente aislado y purificado, ajeno a todo lo que no sea buen aliento bucal, ropa de poliéster y oraciones antes de dormir, ellos mantendrán su mundo incambiable, estático, con las normas y tradiciones ya establecidas. Siguiendo los cánones de estos grupos, la mayoría moral de Puerto Rico, que aunque no se autodenomina así está compuesta por grupos que son primos hermanos de ésta, podrían dentro de poco demandar que no se lea a Palés Matos en las escuelas porque habla de caderas y de sensualidad; que los estudiantes de cuarto año ni se acerquen a la cachonda *Guaracha del Macho Camacho*; que los adolescentes no puedan ni atisbar el personaje magistral del cuento “El Sapo” de Emilio Díaz Valcárcel y que los niños y niñas de aquí no lean a Juan Bobo porque, a fin de cuentas, éste tiene inclinaciones al bestialismo, pues se la pasa caminando con una puerca vestida de señora. Para estos nuevos censores, “inmoralidad” es todo aquello que sude, que huelga a olores humanos, que evoque sexualidad, que muestre impulsos emocionales que van por encima de leyes sociales, que grite

palabrotas, que demuestre ganas incontenibles de estar vivo sobre la tierra y, de vez en cuando, de maldecir cuando la vida nos va mal.

Y sin embargo, la verdadera inmoralidad no está en obras literarias que hablen de los seres humanos como seres humanos, sino en que unas personas sean tan soberbias y falten el respeto a otros de tal modo, que se erijan en jueces de lo que son incapaces de comprender, y que se atrevan a quemar libros y a quitarle a la humanidad el espejo y la esperanza que es la literatura.

“Es mi costumbre escribir cartas para dejar saber a la gente que estoy vivo, que soy humano”, dice el autor Kurt Vonnegut, cuando se ve precisado a defenderse frente a grupos que han mandado prohibir sus libros en bibliotecas públicas y privadas de los Estados Unidos, “La mayoría de la gente piensa que la mayoría de los autores están muertos”, añade Vonnegut, Y así comienza a explicar cómo es su persona, y su obra.

El que un artista tenga que defender su trabajo y la validez social, ética o estética del mismo no es algo nuevo. Lo que es novedoso es que grupos de presión, en muchos lugares considerados democráticos, utilicen los más exitosos modelos de persuasión, así como los medios de comunicación masiva, para ir formando una especie de culto a la tradición y, amparándose en la defensa de ésta, ataquen lo que no les parezca tradicional.

Para el grupo estadounidense de la Mayoría Moral, “tradicción” significa exclusivamente el cúmulo de los más deseables o positivos rasgos, costumbres y características del pueblo norteamericano, y en su nombre se atacan libros o partes de textos. La fiscalización del mundo de la escritura queda entonces a cargo de personas que no escriben, no leen mucho según su propia afirmación y desconocen el rigor que conlleva la selección de temas, personajes y escenas de las

obras literarias.

Decíamos que es inmoral que estas personas se autoproclamen censores y limiten el acceso, sobre todo de la juventud, a la literatura. Añadamos que es peligroso, porque augura una velada actitud de censura política, escondida bajo el ambiguo concepto de “lo tradicional”.

Un ejemplo impresionante de este tipo de censura es la que ejercen sobre textos escolares los esposos Mel y Norma Gabler, pareja texana que opera con un presupuesto de \$ 120.000 anuales, proveniente de grupos conservadores. Ninguno de los Gabler ha cursado estudios universitarios, así que no han podido experimentar siquiera el proceso de duda intelectual, de diálogo, de divergencia respecto a ideas y textos, que es uno de los componentes de la vida universitaria. Sin embargo, debido a que representan lo “tradicional”, apoyados por poderosos intereses en las comunidades, asociaciones de padres y maestros y otras instituciones, ejercen una influencia apabullante en uno de los estados más ricos del país, revisando casi 400 textos anualmente y obligando a los editores y publicistas a seguir sus consejos so pena de ser objeto de rechazo y censura a nivel estatal.

Recientemente, en un texto que hablaba sobre cómo los padres y los hijos pueden “llegar a tomar acuerdos”, los Gabler objetaron a esta frase. Su veredicto: la expresión “llegar a un acuerdo” implica negociación, puntos de vista de ambos lados; y la relación padre-hijos debe ser una de obediencia por parte de los hijos, y guía por parte de los padres, y no puede sugerirse que ambos dialoguen y lleguen a un acuerdo.

Basándose en un concepto “tradicional” —aunque nunca se define cuándo comenzó esa tradición, si es la misma para todos los grupos humanos, etc.— con un borrón súbito y terminante los Gabler

echan por el suelo un concepto importante desarrollado por consejeros de familia y sicólogos que, adaptándose al nuevo tipo de vida familiar del americano promedio, entienden que es necesario que los padres incluyan a los hijos en la toma de decisiones.

Pero eso no es "tradicional". Tampoco lo fue el estilo de la Guerra de Vietnam, ni lo era hasta hace dos décadas, el uso común de drogas, el aborto costado con fondos del gobierno, las casas que dan asilo a mujeres objeto de maltrato por sus maridos, los centros de metadona, los *souvenirs* que llevaron los astronautas a la luna, el aprendizaje de los niños a través de computadoras, la custodia de los hijos dada a los padres en vez de a las madres en demandas de divorcio, los centros de ayuda a víctimas de violación, los departamentos de ayuda al consumidor, o el peligro de las plantas nucleares.

Nada de eso es tradicional desde la perspectiva de hace 30 años. Pero para el 2000, todo eso será "tradición". Y de todo eso estamos escribiendo, tanto en textos escolares que forman e informan, como en textos literarios que reflejan y cuestionan.

Al ampararse en el concepto de tradición como lo que venimos haciendo hace 200 años; o en interpretaciones equívocas de textos religiosos escritos hace 2.000 años, los nuevos censores toman una posición política. Su peligro no es sólo que sea una posición que detiene el cambio y el desarrollo saludable de los individuos y las comunidades, sino que, al hacer esto, efectivamente ayudan a producir unos grupos de jóvenes desmemoriados, que no saben de dónde vienen, y sin los instrumentos para precisar hacia dónde van. Los textos prohibidos, así como los que han sido lavados y convertidos en antisépticos tratados, son falsificaciones de la realidad, son un golpe crítico al desarrollo de la cultura y la civilización.

Es posible que a Puerto Rico estén llegando ya las ideas de estos

censores, así como los métodos que utilizan, Si fuese así, tendríamos que dar un alerta general y, como los personajes de la película *Fahrenheit 541*, memorizar cada uno de nosotros un libro, antes de que vengan a cambiarnos o quemarnos todos.

### **Verdades que mienten**

El acercamiento de la mayoría de los niños y niñas al mundo de la literatura —entendiendo ésta en su significado más amplio— está condicionado, en nuestro entorno, por dos factores principales.

Uno, los regalos de libros de cuentos, enciclopedias infantiles y otra literatura considerada apta para niños que regalan parientes y amigos.

El otro, la serie de textos escolares que el Departamento de Instrucción Pública y pedagogos en las escuelas le dan a leer a los niños. Son estos textos, los formadores de opiniones, actitudes y conceptos científicos, sociales y éticos los que nos ocupan hoy.

En un estudio reciente dirigido por la doctora Isabel Picó, se analizaron algunos de los textos de primaria más comunes, buscando establecer las imágenes que se representaban de la mujer, de los roles sexuales, de las aportaciones femeninas al quehacer humano y de elementos machistas y de preponderancia del varón, sobre todo, en lo que a la imagen de ente social productivo se refiere.

Los hallazgos de ese estudio, publicados bajo el título de *Machismo y educación en Puerto Rico*, abren el camino al análisis de muchas facetas peligrosas de la ideología entorpecedora del óptimo desarrollo de los pequeños puertorriqueños y puertorriqueñas, y que escogemos llamar “verdades que mienten” por el título de un texto

contemporáneo que estudia precisamente esa problemática en los libros escolares para niños en Italia.

Escogiendo al azar dos de los textos más comunes del sistema de instrucción pública del país, encontramos que las “verdades” que muestran sobre los roles sociales, los roles sexuales, los personajes históricos y las relaciones humanas son, tanto en ilustraciones como en escritos, sumamente prejuiciados y faltos de honestidad y creatividad intelectual y, en algunos casos específicos, altamente cuestionables. Tomemos un ejemplo del libro de cuarto grado *Por los caminos del mundo*. Acabamos de viajar de Buenos Aires, sobre los Andes, y hemos llegado a Santiago de Chile. ¿Qué es lo que impacta de ese hermano país, de su cultura, su industria minera, sus bosques, su agricultura? Absolutamente nada. Resulta que en el Jardín Indio de Santiago, un escritor puertorriqueño vio una vez una estatua del “poeta hindú Tagor”. Acto seguido narran una breve anécdota del poeta en el río Ganges en la India, y cierran la escasa media página dedicada a Chile con una afirmación de las obras maravillosas de Dios como los Andes.

De este breve extracto del texto, podemos inferir un sinnúmero de actitudes. En primer lugar, una preferencia personal del autor de esa página por Rabindranath Tagore, preferencia nada reprochable, pero totalmente fuera de lugar en esos párrafos. Segundo, una falta de interés, por no decir un interés particular porque falte, la figura cumbre de la poesía contemporánea chilena, Pablo Neruda. Si queremos que los niños sientan emoción y lean versos de alguien conocedor y enamorado de la belleza física de Chile, lo lógico y deseable serían versos de Pablo Neruda. Tercera, una realidad ausente: el pueblo chileno, algún logro físico de los habitantes de ese país. Cuarto, una sutil e injusta imposición de elementos religiosos de manera que la



admiración de los pequeños por la vida y los logros humanos se cifren exclusivamente en unos elementos metafísicos, notablemente la creación de las maravillas del mundo, en este caso de los Andes, por Dios.

La lista es interminable, y la magnitud del problema se agranda con cada página que uno pasa en este viaje por unos caminos del mundo altamente prejuiciados, llenos de omisiones o falsificaciones de la realidad y por ello totalmente inadecuados como libros de texto.

El estudioso de las comunicaciones en masa, Umberto Eco, junto con Marisa Bonazzi, en su libro *Las verdades que mienten*, señalan que en muchos casos los textos escolares “educan en una realidad inexistente” y que las preguntas y respuestas que plantean a los niños conducen a crear un individuo que “acepta el sufrimiento, la injusticia, la satisfacción conformista y las actitudes acríticas”.

Aquí en Puerto Rico la realidad es similar y el desfile de personas humildes, esclavos liberados de pronto por obra y gracia de gente buena, campos olorosos a flores, niñas en vestidos de los años 50, señoras con delantales de la Segunda Guerra Mundial, propaganda desfachatada de lugares comerciales y otros elementos que en nada nos ayudan a crecer como pueblo, predominan en una literatura aparentemente sana y humanista que están obligados a leer e interiorizar los niños puertorriqueños.

### **Malestar en la cultura**

Si la presentación de roles estereotipados de la mujer y las imágenes equívocas de otras comunidades y países es pan de cada día en los textos escolares usados en Puerto Rico, aún más patente es la

falsificación de logros culturales y científicos y del quehacer artístico del ser humano. En *El viejo mundo y sus pueblos*, por ejemplo, se les dice a los niños que “En la mayor parte de los países asiáticos la educación ha estado muy abandonada y la población carece del adiestramiento necesario para trabajar en las fábricas”. De modo determinista se les enseña a los niños y niñas de Puerto Rico que en Asia, en la mayoría de Asia, la gente “no es educada”, y, peor aún, se vincula el concepto educación con entrenamiento vocacional para el mundo industrial.

En el mismo texto, al hablar del Africa, mencionan como gran cultura desarrollada en la antigüedad exclusivamente a Egipto, nada de los logros culturales de las naciones negras. Al explicar la actualidad africana muestran escenas de modernización en Africa del Sur y en la costa mediterránea, pero a los africanos negros los muestran sólo como grupos atrasados, salvajes, aislados del siglo 20.

Culturalmente, pues, las falsificaciones de la realidad tienen una carga potencialmente dañina, pues refuerzan estereotipos de determinismo geográfico, así como un velado racismo que desde hace siglos los occidentales demuestran hacia los asiáticos y africanos. Al no permitirles a los niños y niñas ver a estos pueblos de igual a igual con nosotros, aunque haya diferencias en el estilo de su desarrollo cultural, se les está diciendo, *de facto*: son inferiores.

Otra variante de la falsificación cultural la encontramos más cerca de casa. En *Por los caminos del mundo*, un niño que se supone es Juan Morel Campos es “descubierto” por su maestra de música. Lo que le motiva a él a tocar las campanas de la iglesia con tono angelical es que piensa en Dios, en su madre, y en su querida islita y “¡tilín tan!” Aquí, el talento artístico y la inspiración y motivación para ejercerlo están reducidos a unos elementos de novelón de tercera

categoría, de forma tal, que ningún niño o niña que se respete a sí mismo querría imitar a Juan Morel Campos tal como lo presentan en esa narración.

Por último, mencionaremos un enemigo formidable que de alguna manera afincó en este texto y augura la entrada triunfal de la comercialización al proceso de ampliar conocimientos en los libros del sistema de Instrucción Pública del país.

El Mundo de Walt Disney es, sin duda, uno de los lugares que más público atrae en todo el mundo occidental como centro de atracción turística. Este, junto con su hermano mayor, Disneylandia, es un poderoso imán que atrae familias que desean entretenerse y muchas veces disponen de poco tiempo para hacerlo, por lo que van a un solo lugar que les provea todo tipo de diversión “familiar”. Lo que resulta alarmante no es la producción comercial-cultural en su faceta de lugar de entretenimiento, sino el poder que ha llegado a tener ese mundo. Poder que se vislumbra claramente cuando en el texto *Por los caminos del mundo*, de cinco lugares que se visitan, uno es Disneylandia; y de 14 juegos y fiestas, uno es del Mundo Maravilloso de Walt Disney.

¿Por cuál maravilloso mecanismo, en la mente de los escritores de este libro, uno de solamente cinco lugares que se muestran a los niños tiene que ser un enclave privado, comercial, estereotipado, de verdades a medias? ¿Cómo es posible que de miles de lugares que se pueden presentar como divertidos, dignos de visitarse, impactantes, de grandes logros culturales de la humanidad, de cinco uno sea Disneylandia, a la que dedican ocho páginas con dibujos a blanco y negro y a colores?

Si se quisieran resaltar logros científicos, una visita al Ionosférico de Arecibo sería mucho más maravillosa, porque sus

logros son de verdad, no encantados. Si se quisieran resaltar las maravillas del mar, el Centro de Estudios Marinos de Mónaco, donde tiene su enclave Jacques Cousteau, sería sumamente interesante. Si se quisieran mostrar maravillas de la naturaleza para ver y visitar, están desde el magnífico zoológico de Munich hasta el área de los mil lagos al norte de los Estados Unidos. En fin, la lista es interminable, pero la influencia de la cultura de masas como ente comercial produce esta aberración.

No contestes con haberlo incluido aquí, en juegos y canciones nos dan cuatro páginas y un acertijo del Mundo de Walt Disney. Aprendemos la fecha histórica de su fundación (y no sabemos siquiera la de la emancipación de la hermana república de Haití). Nos dicen que visitar ese lugar es una gran satisfacción, que Walt murió, que su hermano Roy está haciendo todos los cambios. En fin, salimos del texto comparando como figura histórica a Walt Disney con Da Vinci, Caruso y Madame Curie.

Obviamente, esto es un acto político, aunque los pedagogos y gran número de padres no se percaten de ello. Político porque les establece ideológicamente a los niños una equivalencia en logros humanos no de la labor en sí como caricaturista de Disney, que sería magnífico para enseñar a los niños y niñas un quehacer moderno que implica un arte del siglo 20, sino de un logro exclusivamente y baratamente comercial. Una falsificación de la realidad concebida como feria de entretenimiento, que es presentada como lugar de encanto a la altura de los fiordos de Noruega, la catedral de sal de Zipaquirá y el Gran Cañón de Colorado.

Estos son los grandes desaciertos de estos textos, lo injusto, lo deshumanizante. Cabe preguntarse cómo ocurrió, por qué se auspicia, por qué no mencionan otros lugares. La contestación sería que estos

lugares de la empresa de Disney son famosos. La contra-respuesta, que lo son por el dinero, por la publicidad. Y ciertamente, en un texto escolar de tan pocos aciertos, no tiene por qué estar esta presentación falsa de los logros culturales y científicos del ser humano.

### **La ciudad que me habita**

Un viejo vive en un carro que ha mudado, calle arriba, calle abajo en la memoria, y cuando lo miro al pasar sabe, intuye y vive, que yo vivo de contar lo que a él le pasa.

La ciudad que me habita es mi conciencia, una puta centenaria de los puertos, con un tajo ya sanado por el tiempo en cicatriz de amor que nadie entiende; una monja con cilicios de adoquines serpenteándola de azul desde hace años.

Cuando me encuentro a un hombre que me cuenta: "Yo viví en la casa que hace esquina en..." siento que se me escapa la historia entre los dedos, siento que él tiene más de mí que yo misma, y la ciudad que me habita se despierta, se incorpora y sale a gritos por mi boca, por mi vientre y por mis ojos que, de seguro, han de comerse los tataranietos de algún gusano que aquí mismo ronda. Me atacarán para hacerme suya por todos los orificios de mi esfera, cóncava y convexa forma inútil de humana, que no me permite adosarme a una pared, ensoltruncarme sobre una puerta, apercianarme en una ventana, horizontalizarme al pie de un farol, unirne del todo a todo lo que tiene sentido en esta sanjuanera urbe. ¿Cómo es posible que mi forma misma me impida ser San Juan si San Juan siento?

¿Cómo vives en San Juan si tanto apesta; si el sucio, los

tecatos, los mendigos? Responde uno para sus adentros ¿cómo se puede vivir en otro sitio?

Una mujer dolida ha sido echada de la casa, también el negro Pedro, los botaron con sus bártulos de locos, de aquel pisito enfermo que habitaban, para remodelarlo cien por ciento. “Yo soy fuerte”, dice ella, “yo he vivido antes en la calle, para esto hay que nacer. Yo recuerdo a mis padres...”. Siempre los viejos recuerdan más a sus padres que a sus hijos; ella también, pero ahora la han muerto. Ahora ya no pide “Amiga, amiga, dame un pesito pa’ comer, tú que eres buena”. Ahora mira y calla y ya no está, la han matado y yo también me estoy muriendo. He muerto tanto en el San Juan, en las piedras donde hubo indios, en las iglesias donde hubo blancos, en las calles donde hubo negros. Con sus huesos y sus sueños me cubro todas las noches, soy lo que fueron y son, y me revivo.

Tengo ardiente la sed de contarlo todo para que no se me acabe, para que quede, porque los que no dejamos simiente, dejamos por montón mil oquedades, sombras, hoyos, huecos; son espacios que dibujan filigranas de recuerdos, son las partes esenciales del dibujo, machihembrados travesaños de lo oscuro.

Al portal de la capilla se presentan las niñas de la blanca comunión, los niños de las velitas erguidas, los padres y las madres que los siguen. En procesión han venido esta mañana, con camisillas y almas blancas a rogar, porque los sacerdotes capuchinos cumplan con el ritual que los sublima. Han bajado cantando por la calle, escoltados por monjitas que tienen su antiguo parvulario de baldosas blanquinegras y ventanas que dan al mar. Ahí es donde todo se fija, hasta ahí se extiende el promontorio, ahí está el agreste, el más galante de los mares por donde llegan, almirantes, marineros y esclavos, y todavía San Juan está poblada de todos los que así me la

historiaron. No es el Caribe el que lame sus costas, es el de Atlantes enorme y vital. El Caribe nos enlaza a la Española, a la Cuba, la Jamaica, la Martinica, a la cuenca tan latinoamericana. Pero el Atlántico nos triangula con los misterios, de las Azores que ya nadie visita, y de las Canarias picos de volcanes, de seguro pedazos de la Atlántida.

Ese azul que te bordea te ilumina, de lado a lado a destellazo limpio y resplandece en todas las vitrinas, las casas, los cafés y las tienditas. San Juan es el letrero que apenas se lee del bar de los Tres Villalobos, pintado por artistas inocentes, *naifs* de barrio apollillado. Es el sastre jodador dominicano, bigote liso y papeleta en mano; el zapatero pentecostal que machaca clavos y salmos con un mismo suspiro; la vendedora de lotería tan quedita que su cuerpo no llena media silla; el barbero octogenario que se queja: "Mi tupé no vale los trescientos pesos que me cobró un amigo por él, pero ¿cómo atreverme a recortar, si me ven calvo?"

¿Cómo atreverte a ser ciudad, sin grandes calles, si eres sólo un peñón de cuevas y balcones, regazo donde se recuestan los barcos que de seguido te abandonan, lanzando sus adioses lastimeros cada vez que la marea está buena? ¿Cómo fuiste cabeza de Gobierno si hoy todos se quejan de lo que no les das? Si tus barras no dan abasto para la sed de los bebedores, si tus calles no dan abasto para el tránsito de los carros, si tus faroles no dan abasto para las ganas de que haya luz; si los comercios no dan abasto para abrir joyerías de ensueños, de especiales, de oro falso, de oro bueno, si todo se nos va.

El bazar de ropa barata ya cerró.

Al dueño del colmadito lo mataron.

El español del restorán se regresó a la península.

El americano dueño de la tienda linda se murió y

lo mandaron a enterrar a su país.

Se van yendo los de antes, los que sabían dónde vivía cada quién y cómo era. Hasta se ha ido la extraña mujer, la que quedaba de los cuatro extraños hermanos que al jubilarse se encerraron en su piso e hicieron de él su fortaleza inexpugnable. Del colmado les llevaban la comida y los de al lado alguna medicina, y se fueron muriendo de uno en uno, retirados maestros de la vida.

Anteayer murió la última y nadie sabía dónde estaba el pariente más cercano, así que los vecinos se juntaron, compraron flores y pagaron el entierro y su espacio está habitado desde ahora por pilas centenarias de diarios, unos pocos vestidos de posguerra y un radio viejo que aún funciona, y ella, claro está, también presente. Y así junto a su ser tantos que han muerto, sobre todo las muchachas de la plaza, las negras que, acusadas de herejías, fueron quemadas en mercado abierto. Esas muchachas en flor y sus madrinas fueron prendidas seguro que por el miedo de los curas, seguro que por los celos de las blancas, seguro porque los blancos no podían dejar de pensarse embrujados cuando las veían pasar. Ellas aún viven en un solar entre la Sol, calle que lleva al final a otras torturas, inquisidoras a más no poder, y un paseo llamado Boulevard, por apropiación de franca belleza. Cuántas cuadras te enmarcan y te definen, los arquitectos saben cuando te las buscan, los demás sólo te caminamos. ¿Cómo es posible San Juan que no te viva, que no te nombre cada día y cada noche? ¿Cómo es posible amar de otra manera, que no sea de canto a canto entre tus calles?

Las fotos que hoy en día te reinventan, todas llevan ahora un "Old" encima. *Old San Juan* para que los turistas, sobre todo los de América del Norte, no pasen trabajo con sus lenguas, tratando de llamarte Viejo. Pero esa apropiación ilegal de lo que tú, San Juan,



eres en cierto, no pasa de ser imagen. Tu vernáculo de ciudad no se nos escapa a los que aprendimos a quererte desde niños.

Desde niños nos trajeron en racimos, en procesiones eternas de Semana Santa, a parar en las siete estaciones, incluyendo la de la Catedral, donde un santo de nombre Pío, sus ojos entreabiertos y su cráneo expuesto, obraba el milagro de que le crecieran las uñas para que un sacristán las pusiera en una urna.

Cuentan que el sacristán se las cortaba mensualmente; cuentan que un hombre a punto de caer de un caballo fue salvado por el Santo Cristo de la Salud y por eso le erigieron una capilla; cuentan que en esa capilla había exvotos de oro y plata; dicen que entre los fuertes San Cristóbal y El Morro hay un túnel antiguo ya tapiado; dicen que en una casa abandonada hay un algibe, y en su fondo un tesoro; dicen que San Juan es historia, contada por los que la viven desde antaño. También cuentan en mi barrio que el muchacho que amaneció muerto, fue por drogas; hace años dijeron que un soldado fue sacado por el demonio de una garita. Los cuentos de San Juan y los cuenteros, dan la forma substancial a lo que somos.

¿Cómo entonces escapar del deseo de vivir estas calles para siempre? ¿Cómo hacerle entender a los demás que esas grandes urbanizaciones de viviendas donde no asoma un cristiano, separadas por verdores rectilíneos, con los centros comerciales alejados, no nos dejan mercadear con nuestros sueños de villa de antes, de almacén abajo, y casa familiar sobre la tienda? Sólo San Juan tiene bahía y mar agreste, patios dentro y frentes solariegos, y murallas y vida e historia patrias, al igual que otras ciudades y aún más.

Porque sabido es que Ponce es señorial, de dulces calles y cuna de patriotas; que Mayagüez fue bilingüe gran señora del francés y el español; que San Germán fue bando de criollos, ciudad de lomas an-

tigua y sementera; que en Aguada o Aguadilla bajó Colón, si a beber agua o a botarla ya qué importa; que en el centro de la isla cimarrona las rebeliones y los valientes desde Lares y Jayuya y de seguro desde Ciales, *oubao moin*, nos reivindicaron. Sabemos que en las centrales jugosas se dieron cita las leyendas de muchos pueblos, y sabemos además del encanto que las sabanas verdes de la nación tienen para nosotros los naturales; entendemos y damos fe de que las villas costeras, cundidas de pescadores y poetas le han dado a la Isla de Puerto Rico un lugar que le define; y que los caminos tierra adentro, el bosque tropical y, más que nada, las montañas de los jibaros, son el símbolo del país soñado, pero a pesar de toda esa certeza, ser San Juan y habitarla es mi destino.

La ciudad capital hoy ciudad vieja, la que todos visitan para hurgar, a la que todos tiran sus botellas, sus salivas, sus hijos descriados, es también la que los obliga a sacar sus cámaras de repente, a bailar de *impromptu* en la noche tropical, a llevar serenatas a la excompañera que juraron olvidar. Nada le revuelve más la hiel a un amante que ver a su ex en San Juan con otro, porque uno **sabe** que lo que sabe San Juan no lo puede saber ningún otro lugar.

Los amores son aquí de canastitas, todos bajan las llaves de reojo, en canastas amarradas con mil sogas que tienen que pasar por cuatro pisos y se tardan más en bajar que lo que ella en subir a verlo a él, que lo que él en subir a quererla a ella. Los amores se despeinan en San Juan y también las ilusiones de ser alguien; muy de pronto han pasado ya tres lustros y uno todavía no ha escrito **aquel** poema, no ha compuesto **aquella** canción, no ha pintado **aquel** cuadro con el que iba a dejar rastro en la historia y devolverle a San Juan lo que ella me ha dado a mí. Pero porque se quedan esas ganas, ese deseo de haber hecho esa poesía, ese bolero, ese retrato, San Juan es la

ganadora, poblada de los que no tienen ganas de dejarla jamás.

Y a diferencia del vecino Santurce, donde cada día tumban una casona, así, por juego, en San Juan una casa nunca cae. Nadie osa, nadie puede, nadie intenta, cercenar de un golpe demoledor, la estructura que da vida a un hogar. Por eso esta misma persiana que yo abro, la abrió hace cien años otra mujer, con su mano de huesos que hoy son polvo, recién levantada de hacer el amor, caminó hacia la puerta y con sus dedos, inclinó la celosía y miró al cielo y dijo “va a llover esta tarde” y desde entonces, cada vez que la lluvia da en el balcón, reverbera su voz contra el cristal de la puerta de celosías que ella abrió, en la casa que nadie puede tumbar jamás.

Unas murallas más firmes que las que hizo España, las hizo Puerto Rico al declarar que del Capitolio hacia acá todo es historia, zona histórica, históricos edificios, y por eso nos protegen de los corsarios, de los aventureros y piratas que felices nos harían papilla hoy para erigir monumentos postmodernistas.

La ciudad que me habita me desdobla y de un sólo parpadear pasan dos años. Se han llevado el carro donde vivía el viejito. Se han llevado al viejo que vivía en el carro. Nos llevarán a todos a la fuerza, y volveremos todos en deseo. La ciudad que me habita cae en noche y camina ofreciéndose de nuevo.

## VOCABULARIO

marquesina *f.* 天棚

tomatero *m.* 卖番茄的人

empacar *vt.* 打包

calar *vi.* 渗透

pontificar *vt.* 武断地发表看法

Smithsonian 史密森博物馆(由英国科学家史密森捐款创建, 位于华盛顿)	velado, da <i>adj.</i> 遮盖的
reclutar <i>vt.</i> 招募	estereotipado, da <i>adj.</i> 已成定规的, 老一套的
presuponer <i>vt.</i> 预示	ionosférico <i>m.</i> 电离层
estetoscopio <i>m.</i> 听诊器	aberración <i>f.</i> 脱离常规
tamiz <i>m.</i> 筛子	acertijo <i>m.</i> 谜语
amelcochado, da <i>adj.</i> 成乳脂糖状的	fiordo <i>m.</i> 峡湾
escarbar <i>vi.</i> 刨, 扒	tajo <i>m.</i> 切口
encerrona <i>f.</i> 计策	cilicio <i>m.</i> 苦行衣
gaveta <i>f.</i> 抽屉	tataranieta, ta <i>m., f.</i> 玄孙
purgar <i>vt.</i> 清除	orificio <i>m.</i> 孔, 洞
soliviantado, da <i>adj.</i> 心神不安的	ensoltruncar <i>vt.</i> 使靠着
atisbar <i>vt.</i> 隐约看到	filigrana <i>f.</i> 透明花纹
cúmulo <i>m.</i> 堆, 群	travesaño <i>m.</i> 榫接; 横木
apabullante <i>adj.</i> 使惶惑的	sublimar <i>vt.</i> 使高尚
echar por el suelo 使落空	tupé <i>m.</i> 厚颜无耻
ente <i>m.</i> 存在, 实体	peñón <i>m.</i> 大石头
entorpecedor, ra <i>adj.</i> 使迟钝的, 使麻木的	colmadito <i>m.</i> 小饭店
acritico, ca <i>adj.</i> 非批评性的	canto <i>m.</i> 端, 边
desfachado, da <i>adj.</i> 不要脸的	exvoto <i>m.</i> 神前许愿
	garita <i>f.</i> 小亭
	rectilíneo, a <i>adj.</i> 规矩的
	celosía <i>f.</i> 花格窗
	reverberar <i>vt.</i> 反射

## **LITERATURA (3)**

## EL PRISIONERO

Los disparos se respondían intermitentemente en la noche invernal. Formaban una línea indecisa y fluctuante en torno al rancho; avanzaban y retrocedían, en medio de largas pausas ansiosas, como los hilos de una malla que se iba cerrando cautelosa, implacablemente, a lo largo de la selva y los esteros adyacentes a la costa del río. El eco de las detonaciones pasaba rebotando a través de delgadas capas acústicas que se rompían al darle paso. Por su duración podía calcularse el probable diámetro de la malla cazadora tomando el rancho como centro: eran tal vez unos cuatro o cinco kilómetros. Pero esa legua cuadrada de terreno rastreado y batido en todas direcciones no tenía prácticamente límites. En todas partes estaba ocurriendo lo mismo.

El levantamiento popular se resistía a morir del todo. Ignoraba que se le había escamoteado el triunfo y seguía alentándose terciamente, con sus guerrillas deshilachadas, en las ciénagas, en los montes, en las aldeas arrasadas.

Más que durante los propios combates de la rebelión, al final de ellos el odio escribió sus páginas más atroces. La lucha de facciones degeneró en una bestial orgía de venganzas. El destino de familias enteras quedó sellado por el color de la divisa partidaria del padre o de los hermanos. El trágico turbión asoló cuanto pudo. Era el rito cíclico de la sangre. Las carnívoras divinidades aborígenes habían vuelto a mostrar entre el follaje sus ojos incendiados; los hombres se reflejaban en ellos como sombras de un viejo sueño elemental. Y las verdes quíjadas de piedra trituraban esas sombras huyentes. Un grito

en la noche, el inubicable chistido de una lechuza, el silbo de la serpiente en los pajonales, levantaban paredes que los fugitivos no se atrevían a franquear. Estaban encajonados en un embudo siniestro; atrapados entre las automáticas y los máuseres, a la espalda, y el terror flexible y alucinante acechando la fuga. Algunos preferían afrontar a las patrullas gubernistas. Y acabar de una vez.

El rancho incendiado, en medio del monte, era un escenario adecuado para las cosas que estaban pasando. Resultaba lúgubre y al mismo tiempo apacible; una decoración cuyo mayor efecto residía en su inocencia destruida a trechos. La violencia misma no había completado su obra; no había podido llegar a ciertos detalles demasiado pequeños en que el recuerdo de otro tiempo sobrevivía. Los horcones quemados apuntaban al cielo fijamente entre las derruidas paredes de adobe. La luna bruñía con un tinte de lechosa blancura los cuatro carbonizados muñones. Pero no era esto lo principal. En el reborde de una ventana, en el cupial del rancho, por ejemplo, persistía una diminuta maceta; una herrumbrada latita de conservas de donde emergía el tallo de un clavel reseco por las llamas; persistía allí a despecho de todo, como un recuerdo olvidado, ajena al cambio, rodeada por el brillo inmemorial de la luna como la pupila de un niño ciego que ha mirado el crimen sin verlo.

El rancho estaba situado en un punto estratégico; dominaba la única salida de la zona de los esteros donde se estaban realizando las batidas y donde se suponía permanecía oculta la última montonera rebelde de esa región. El rancho era algo así como el centro de operaciones del destacamento gubernista.

Las armas y los cajones de proyectiles se hallaban amontonados en la que había sido la única habitación del rancho. Entre las armas y los cajones de proyectiles había un escaño viejo y astillado. Un solda-

do con la gorra puesta sobre los ojos dormía sobre él. Bajo la débil reverberación del fuego que, pese a la estricta prohibición del oficial, los soldados habían encendido para defenderse del frío, podían verse los bordes pulidos del escaño, alisados por años y años de fatigas y sudores rurales. En otra parte, un trozo de pared mostraba un solero casi intacto con una botella negra chorreada de sebo y una vela a medio consumir ajustada en el gollete. Detrás del rancho, recostado contra el tronco de un naranjo agrio, un pequeño arado de hierro, con la reja brillando opacamente, parecía esperar el tiro tempranero de la yunta en su balancín y en las manceras los puños rugosos y suaves que se estarían pudriendo ahora quién sabe en qué arruga perdida de la tierra. Por estas huellas venía el recuerdo de la vida. Los soldados nada significaban; las automáticas, los proyectiles, la violencia tampoco. Sólo esos detalles de una desvanecida ternura contaban.

A través de ellos se podía ver lo invisible; sentir en su trama secreta el pulso de lo permanente. Por entre las detonaciones, que parecían a su vez el eco de otras detonaciones más lejanas, el rancho se apuntalaba en sus pequeñas reliquias. La latita de conservas herrumbrada con su clavel reseco estaba unida a unas manos, a unos ojos. Y esas manos y esos ojos no se habían disuelto por completo; estaban allí, duraban como una emanación inextinguible del rancho, de la vida que había morado en él. El escaño viejo y lustroso, el arado inútil contra el naranjo, la botella negra con su cabo de vela y sus chorreaduras de sebo, impresionaban con un patetismo más intenso y natural que el conjunto del rancho semiderruido. Uno de los horcones quemados, al cual todavía se hallaba adherido un pedazo de viga, continuaba humeando tenuemente. La delgada columna de humo ganaba altura y luego se deshacía en azuladas y algodonosas guedejas



que las ráfagas se disputaban. Era como la respiración de la madera dura que seguiría ardiendo por muchos días más. El corazón del timbó es testarudo al fuego, como es testarudo al hacha y al tiempo. Pero allí también estaba humeando y acabaría en una ceniza ligeramente rosada.

En el piso de tierra del rancho los otros tres soldados del retén se calentaban junto al raquíico fuego y luchaban contra el sueño con una charla incoherente y agujereada de bostezos y de irreprimibles cabeceos. Hacía tres noches que no dormían. El oficial que mandaba el destacamento había mantenido a sus hombres en constante acción desde el momento mismo de llegar.

Un silbido lejano que venía del monte los sobresaltó. Era el santo y seña convenido. Aferraron sus fusiles; dos de ellos apagaron el fuego rápidamente con las culatas de sus armas y el otro despertó al que dormía sobre el escaño, removiéndolo enérgicamente:

—¡ Arriba... , Saldivar! ¡ Epac-pue... Oúma jhina! Teniente... Te va a arreglar la cuenta, recluta kangüe-aky.

El interpelado se incorporó restregándose los ojos, mientras los demás corrían a ocupar sus puestos de imaginaria bajo el helado relente.

Uno de los centinelas contestó al peculiar silbido que se repitió más cercano. Se oyeron las pisadas de los que venían. Un instante después apareció la patrulla. Se podía distinguir al oficial caminando delante, entre los cocoteros, por sus botas, su gorra y su campera de cuero. Su corta y gruesa silueta avanzaba bajo la luna que un campo de cirros comenzaba a enturbiar. Tres de los cinco soldados que venían traían arrastrado el cuerpo de un hombre. Probablemente otro rehén —pensó Saldivar—, como el viejo campesino de la noche anterior a quien el oficial había torturado para arrancarle ciertos datos so-

bre el escondrijo de los montoneros. El viejo murió sin poder decir nada. Fue terrible. De pronto, cuando le estaban pegando, el viejo se puso a cantar a media voz, con los dientes apretados, algo así como una polca irreconocible, viva y lúgubre a un tiempo. Parecía que había enloquecido. Saldivar se estremeció al recordarlo.

La caza humana no daba señales de acabar todavía. Peralta estaba irritado, obsesionado por este reducto fantasma que se hallaba enquistado en alguna parte de los esteros y que continuaba escapándosele de las manos.

El teniente Peralta era un hombre duro y obcecado; un elemento a propósito para las operaciones de limpieza que se estaban efectuando. Antiguo oficial de la Policía Militar, durante la guerra del Chaco, se hallaba retirado del servicio cuando estalló la revuelta. Ni corto ni perezoso, Peralta se reincorporó a filas. Su nombre no sonó para nada durante los combates, pero empezó a destacarse cuando hubo necesidad de un hombre experto e implacable para la persecución de los insurrectos. A eso se debía su presencia en este foco rebelde. Quería acabar con él lo más pronto posible para volver a la Capital y disfrutar de su parte en la celebración de la victoria.

Evidentemente, Peralta había encontrado una pista en sus rastreos y se disponía a descargar el golpe final. En medio de la atonía casi total de sus sentidos, Saldivar oyó borrosamente que sus compañeros cargaban dos ametralladoras pesadas y salían en la dirección que Peralta les indicó. Algo oyó como que los guerrilleros estaban atrapados en la isleta montuosa de un estero. Oyó que Peralta borrosamente le decía:

—Usté, Saldivar, queda solo aquí. Nosotros' vamo' a acorralar a eso' bandido en el estero. Lo dejo responsable del prisionero y de lo'

pertrecho.

Saldívar hizo un esfuerzo doloroso sobre sí mismo para comprender. Sólo comprendió un momento después que los demás ya se habían marchado. La noche se había puesto muy oscura. El viento gemía ásperamente entre los cocoteros que rodeaban circularmente al rancho. Sobre el piso de tierra estaba el cuerpo inmóvil del hombre. Posiblemente dormía o estaba muerto. Para Saldívar era lo mismo. Su mente se movía entre difusas representaciones cada vez más carentes de sentido. El sueño iba anestesiando gradualmente su voluntad. Era como una funda de goma viscosa en torno a sus miembros. No quería sino dormir. Pero sabía de alguna manera muy confusa que no debía dormir. Sentía en la nuca una burbuja de aire. La lengua se le había vuelto pastosa; tenía la sensación de que se le iba hinchando en la boca lentamente y que en determinado momento le llegaría a cortar la respiración. Trató de caminar alrededor del prisionero, pero sus pies se negaban a obedecerle; se bamboleaba como un borracho. Trató de pensar en algo definido y concreto, pero sus recuerdos se mezclaban en un tropel lento y membranoso que planeaba en su cabeza con un peso muerto, desdibujado e ingravido. En uno o dos destellos de lucidez, Saldívar pensó en su madre, en su hermano. Fueron como estrías dolorosas en su abotagamiento blando y fofo. El sueño no parecía ya residir en su interior; era una cosa exterior, un elemento de la naturaleza que se frotaba contra él desde la noche, desde el tiempo, desde la violencia, desde la fatiga de las cosas, y lo obligaba a inclinarse, a inclinarse. . .

El cuerpo del muchacho tiritaba menos del frío que de ese sueño que lo iba doblegando en una dolorosa postración. Pero aún se mantenía en pie. La tierra lo llamaba; el cuerpo inmóvil del hombre sobre el piso de tierra lo llamaba con su ejemplo mudo y confortable,

pero el muchacho se resistía con sus latidos temblorosos, como un joven pájaro en la cimbra de goma.

Hugo Saldívar era con sus dieciocho años uno de los tantos conscriptos de Asunción que el estallido de la guerra civil había atrapado en las filas del servicio militar. La enconada cadena de azares que lo había hecho atravesar absurdas peripecias lo tenía allí, absurdamente, en el destacamento de cazadores de cabezas humanas que comandaba Peralta, en los esteros de Sur, cercanos al Paraná.

Era el único imberbe del grupo; un verdadero intruso en medio de esos hombres de diversas regiones campesinas acollarados por la ejecución de un designio siniestro que se nutría de sí mismo como un cáncer. Hugo Saldívar pensó varias veces en desertar, en escaparse. Pero al final decidió que era inútil. La violencia lo sobrepasaba, estaba en todas partes. Él era solamente un brote escuálido, una yema lánguida alimentada de libros y colegio, en el árbol podrido que se estaba viniendo abajo.

Su hermano Víctor sí había luchado denodadamente. Pero él era fuerte y recio y tenía sus ideas profundas acerca de la fraternidad viril y del esfuerzo que era necesario desplegar para lograrla. Sentía sus palabras sobre la piel, pero hubiera deseado que ellas estuviesen grabadas en su corazón.

—Todos tenemos que unirnos, Hugo, para voltear esto que ya no da más y hacer surgir en cambio una estructura social en la que todos podamos vivir sin sentirnos enemigos, en la que querer vivir como amigos sea la finalidad natural de todos...

Víctor había combatido en la guerra del Chaco y de allí había traído esa urgencia turbulenta y también metódica de hacer algo por sus semejantes. La transformación del hermano mayor fue un fenómeno maravillosos para el niño de diez años que ahora tenía ocho

más y ya estaba viejo. Víctor había vuelto de la inmensa hoguera encendida por el petróleo del Chaco con una honda cicatriz en la frente. Pero detrás del surco rojizo de la bala traía una convicción inteligente y generosa. Y se había construido un mundo en el que, más que recuerdos turbios y resentimientos, había amplia fe y exactas esperanzas en las cosas que podrían lograrse.

Por el mundo de Víctor sí era hermoso vivir, pensó el muchacho muchas veces, emocionado pero distante de sí mismo. Después vio muchas cosas y comprendió muchas cosas. Las palabras de Víctor estaban entrando lentamente de la piel hacia el corazón. Cuando volvieran a encontrarse, todo sería distinto. Pero eso todavía estaba muy lejos.

No sabía siquiera dónde podía hallarse Víctor en esos momentos. Tenía sin embargo la vaga idea de que su hermano había ido hacia el Sur, hacia los verbatales, a levantar a los mensúes. ¿Y si Víctor estuviese entre esos últimos guerrilleros perseguidos por Peralta a través de los esteros? Esta idea descabellada se le ocurrió muchas veces, pero trató de desecharla con horror. No; su hermano debía vivir, debía vivir... Necesitaba de él.

El mandato imperioso del sueño seguía frotándose contra su piel, contra sus huesos; se anillaba en torno a él como una kuriyú viscosa, inexorable, que lo iba ahogando lentamente. Iba a dormir, pero ahí estaba el prisionero. Podía huir, y entonces Peralta sería implacable con el centinela negligente. Ya lo había demostrado en otras ocasiones.

Moviéndose con torpeza en su pesada funda de goma, Saldívar hurgó en la oscuridad en busca de un trozo de alambre o de sogá para amarrar al prisionero. Podía ser un cadáver, pero a lo mejor se estaba fingiendo muerto para escapar en un descuido. Sus manos pal-

paron en vano los rincones de la casucha incendiada. Al final encontró un trozo de ysyó, reseco y demasiado corto. No servía. Entonces, en un último y desesperado destello de lucidez, Hugo Saldivar recordó que frente al rancho había un hoyo profundo que se habría cavado tal vez para plantar un nuevo horcón que nunca sería levantado. En el hoyo podría entrar un hombre parado hasta el pecho. Alrededor del agujero estaba el montículo de la tierra excavada. Hugo Saldivar apoyó el máuser contra el resto de tapia y empezó a arrastrar al prisionero hacia el hoyo. Con un esfuerzo casi sobrehumano consiguió meterlo en el agujero negro que resultó ser un tubo hecho como de medida. El prisionero quedó erguido en el pozo. Sólo sobresalían la cabeza y los hombros. Saldivar empujó la tierra del montículo con las manos y los reyunos, hasta rellenar mal que mal todos los huecos alrededor del hombre. El prisionero en ningún momento se resistió; parecía aceptar con absoluta indiferencia la operación del centinela. Hugo Saldivar apenas se fijó en esto. El esfuerzo desplegado lo reanimó artificialmente por unos instantes. Aún tuvo fuerzas para traer su fusil y apisonar con la culata el relleno de tierra. Después se tumbó como una piedra sobre el escaño, cuando el tableteo de las ametralladoras arreciaba en la llanura pantanosa.

El teniente Peralta regresó con sus hombres hacia el mediodía. La batida había terminado. Una sonrisa bestial le iluminaba el rostro oscuro de ave de presa. Los soldados arreaban dos o tres prisioneros ensangrentados. Los empujaban con denuestos e insultos obscenos, a culatazos. Eran más mensúes del Alto Paraná. Solamente sus cuerpos estaban vencidos. En sus ojos flotaba el destello de una felicidad absurda. Pero ese destello flotaba ya más allá de la muerte. Ellos sólo se habían demorado físicamente un rato más sobre la tierra impa-

sible y sedienta.

Peralta llamó reciamente:

— ¡Saldívar!

Los prisioneros parpadearon con un resto de dolorido asombro.

Peralta volvió a llamar con furia:

— ¡Saldívar!

Nadie contestó. Después se fijó en la cabeza del prisionero que sobresalía del hoyo. Parecía un busto tallado en una madera musgosa; un busto olvidado allí hacia mucho tiempo. Una hilera de hormigas guaikurú trepaba por el rostro abandonado hasta la frente, como un cordón oscuro al cual el sol no conseguía arrancar ningún reflejo. En la frente del busto había una profunda cicatriz, como una pálida media luna.

Los ojos de los prisioneros estaban clavados en la extraña escultura. Habían reconocido detrás de la máscara verdosa, recorrida por las hormigas, al compañero capturado la noche anterior. Creyeron que el grito de Peralta nombrando al muerto con su verdadero apellido era el supremo grito de triunfo del milicón embutido en la campera de cuero.

El fusil de Hugo Saldívar estaba tumbado en el piso del rancho como la última huella de su fuga desesperada. Peralta se hallaba removiendo en su estrecha cabeza feroces castigos para el desertor. No podía adivinar que Hugo Saldívar había huido como un loco al amanecer perseguido por el rostro de cobre sanguinolento de su hermano, a quien él mismo había enterrado como un tronco en el hoyo.

Por la cara de Victor Saldívar, el guerrillero muerto, subían y bajaban las hormigas.

Al día siguiente, los hombres de Peralta encontraron el cadáver

de Hugo Saldívar flotando en las aguas fangosas del estero. Tenía el cabello completamente encanecido y de su rostro había huido toda expresión humana.

(Augusto Roa Bastos)

## VOCABULARIO

estero <i>m.</i> 河滩	ingrávigo, da <i>adj.</i> 轻飘飘的
escarnotear <i>vt.</i> 骗取	estria <i>f.</i> 凹纹
orgia <i>f.</i> 纵欲	abotagamiento <i>m.</i> 肿胀
turbión <i>m.</i> 突如其来的大量事件	fofo, fa <i>adj.</i> 海绵状的, 多孔的, 松软的
pajonal <i>m.</i> 留茬地	postración <i>f.</i> 衰竭
muñón <i>m.</i> 残肢	cimbra <i>f.</i> 拱架
escaño <i>m.</i> 靠背长椅	conscripto <i>m.</i> 应征士兵
gollete <i>m.</i> 瓶颈	denodadamente <i>adv.</i> 勇敢地
retén <i>m.</i> 预备队	kuriyú 王蛇
kangüe-aky 年轻人	ysypó 灯心草属
relente <i>m.</i> 夜露	horcón <i>m.</i> 柱子
cirro <i>m.</i> 卷须	reyuno <i>m.</i> 士兵
obcecado, da <i>adj.</i> 弄糊涂的	denuesto <i>m.</i> 辱骂
atonía <i>f.</i> 弛缓	



## LA TUMBA VIVA

Mucho después —no en el momento en que Fulvio Morel se había puesto intensamente pálido al mirar hacia arriba —comprendí que ciertas mutaciones del tiempo no son caprichosas.

En ese momento no sabíamos todavía que el árbol bajo el cual nos hallábamos sesteando —un guapo'y de descomunales proporciones— era un árbol que se había tragado a otro árbol. No sabíamos todavía que el cardenal que se había introducido entre sus hojas con un vuelo dormido y vertiginoso de colibrí era el índice que el aparente azar había elegido para señalar el sitio con la gota de fuego de su penacho saltarín. No sabíamos todavía nada del misterio que había permanecido oculto durante más de quince años. En una palabra, nada sabíamos aún de toda la historia.

Para los huéspedes de Fulvio Morel todo hasta ese instante se había limitado a unos cuantos hechos sin mayor trascendencia: la fatigosa y nula batida de caza en los bosques de la extensa propiedad, el calor cada vez más sofocante entre los árboles, la sed, el venadito que se había cobrado casi al filo del mediodía y sacrificado en seguida para el asado, la sesteada después, bajo el guapo'y gigantesco, con una sombra de más de veinticinco metros de diámetro, los gritos y la decreciente charla que el sueño y la resolana acabaron por extinguir. Después alguien, un chico, vio al cardenal saltar de rama en rama y posarse por fin en esa ramita seca y blanca parecida a un hueso. Y en ese momento el chico gritó:

—¡Miren... miren *eso* allá arriba? ¿No es un...? —se había interrumpido tratando sin duda de identificar primero con exactitud

lo que señalaba a los otros agitadamente.

Nosotros veíamos solamente la borla roja del cardenal entre las hojas. Pero ya Fulvio Morel se había levantado y miraba hacia arriba como preso de una repentina alucinación.

En los tenaces y secretos caminos que ascienden desde el plomo hasta el oro, o degeneran de la lluvia hasta el barro, de la virtud a la corrupción, de la culpa al castigo, de la indiferencia a la desesperación, todos los momentos, aun los más aparentemente triviales, deben de estar prefijados.

Ese momento evidentemente lo estuvo. Pero sólo después lo comprendí. La acumulación de circunstancias pudo al comienzo atenuar la evidencia. Pero después todo fue claro. Y por qué fue Fulvio Morel y no su padre quien padeció el choque de ese momento, único entre todos pero inexorable, también me lo expliqué después. O creí intuirlo. Y fue la imagen de ese árbol de increíble voracidad la que me sugirió posteriormente estas cavilaciones. Ese árbol se había tragado a otro árbol que estaba seco y muerto dentro de sus nudosos tentáculos, levantándolo al crecer con sus voraces, ávidas fuerzas, levantando poco a poco con el correr de los años, insensiblemente, ese tronco hueco y muerto, semejante a una hornacina que guardara íntegra la carga de su secreto, amortajado en una leve y porosa capa de corcho, que el viento y los pájaros, la erosión del tiempo implacable habían dejado por fin al descubierto.

Como en el guapo y vigoroso y voraz, en Fulvio Morel estaba íntegro y *vivo* el padre muerto hacía algunos años; aquel terrateniente español con alma y manos de encomendero que había sido a su vez despiadado y voraz, y a quien su viudez, primero, luego la extraña desaparición de la hija y, por último, el ascetismo rencoroso de su refugio en el feudo, habían ido convirtiendo, mucho antes aun

de morir, en una momia de corcho alrededor de la cual creció, nutriéndose de ella, la vida del único heredero.

Fulvio Morel *era* su padre, más unas cuantas capas verdes, sus propios tentáculos, la carga sombría de los secretos familiares, su avidez, su robusta capacidad de absorción, su indiferencia.

Yo creía conocer bastante bien a Fulvio Morel. Juntos habíamos comenzado los estudios en la Facultad de Derecho y regresamos a fines de 1931, cuando la inminencia de la guerra del Chaco comenzaba a caldear el aire perezoso y antiguo de Asunción.

De una manera que aún hoy me cuesta trabajo explicarme, mi autoritario compañero de estudios, rico, sensual y egoísta, había logrado esclavizarme por completo a sus caprichos. De modo que incluso su flamante título de abogado —y no solamente el mío— había salido en parte de mis laboriosas lecturas. La otra parte la pusieron la intimidación y el soborno.

Su don de asimilación era de todos modos realmente fantástico. Le bastaba oír algo una sola vez; se le quedaba grabado para siempre. Al regreso de sus transnochadas, o al cebarle el mate por las mañanas, tenía que resumirle lo que yo había leído o leerle nuevamente capítulos enteros. Y me daba cuenta de que lo hacía en la misma actitud servil que adopta el criado al cepillar la ropa y los botines del patrón. Pero no podía remediarlo. La casa, los libros, la voluntad de dominio, eran de Fulvio Morel.

La única concesión que me hizo fue consultarme sobre la forma en que festejaríamos la terminación de nuestros estudios.

—Podríamos quedarnos y organizar varias farritas aquí, o irnos al campo a cazar.

El llamaba simplemente el *campo* al enorme fundo rural de

Ka'apukú, situado a corta distancia del lago Ypoá, bordeado de esteros y montes.

No sé por qué esa propiedad y la antigua casa semiderruida que había en ella, en el centro de un bosque centenario de naranjos, me habían atraído siempre. Así que, sin pensarlo dos veces y con el anticipado regusto del viaje, le dije:

—Mejor al campo, Fulvio. Esto ya debe tenerte aburrido.

—Sí; mucho nuevo no hay.

—Unos días de vida sana en el campo no te van a venir del todo mal para desintoxicarte un poco.

—Sí; pero de todos modos hay que llevar unas cuantas mujeres para el beberaje. Cada vez voy soportando menos beber en mi sola presencia. Tengo la impresión de que chupo mi propia sangre. El espectáculo de una mujer borracha es lo único que todavía hace más o menos digna la vida para mí —y Fulvio Morel lanzaba unas carcajadas roncadas y lúgubres festejando su brulote.

—O mejor... sí. Tal vez... —dijo después de una pausa, reflexionando sobre algo que se le habría ocurrido de repente, mientras yo tenía la mente clavada en los pilares con fuste de mármol de la casa en ruinas, donde el viejo terrateniente había vivido sus últimos años, feroces y retraídos, clavada en el inmenso naranjal circular, en el fundo entero que me llenaba desde lejos con su incómoda magia.

—Sí; creo que sería la oportunidad —aclaró— de acorralar a esa chusquita de Hebe Corvalán. La invitáramos con su madre. La vieja irá con toda seguridad. Anda queriendo echarme el guante. Y ya allá, pueden suceder muchas cosas. ¿No te parece?

—No sé... no sé... —le respondí pensando un poco asustado en la brusca derivación del proyecto. La figurita fina y hermosa de Hebe Corvalán, con sus diecisiete años apenas, de gracia fresca y

satínada como un jazmín moreno, se me apareció en el fundo vagando por el caserón o entre los árboles, bajo el acecho bestial de Fulvio Morel.

La hija del ex ministro que había sido baleado una noche por manos anónimas, heredera de un patrimonio en bancarrota y sin más guía y protección actual que la de su madre, una ingenua y blanda señora ansiosa de “colocarla” a todo trance, era una presa a propósito para Fulvio Morel. Yo sabía que, una vez en sus manos, éste no se detendría ante nada para sacrificarla a la inspiración del momento, aunque después arrojara todo el hecho por encima de los hombros, como hacía con las fundas arrugadas de sus cigarrillos, empañados e indiferentes los ojos, la boca fruncida por ese imperceptible tajo de desdén y crueldad solapada que estaba siempre allí flotando a un costado, como la marca emergida de su temperamento.

No podía menos que suceder. Como sucedió al segundo día de nuestra llegada al fundo, a pesar de haberme empeñado como un loco en que no sucediera. Pero esa circunstancia, esa víctima inocente estaban también sin duda prefijadas.

Fulvio Morel consumó su designio la noche anterior a la partida de caza. Pero nadie se enteró, nadie sospechó nada. Yo mismo hube de saberlo sólo mucho después, cuando la ignota casualidad quiso que andando los años Hebe Corvalán fuera mi esposa y, en un momento de debilidad que fue de fortaleza y de restitución para ambos, ella me confesara lo que había sucedido aquella noche de dolor, de humillación y de vergüenza. Para entonces, Fulvio Morel no era ya sino un funesto recuerdo, mientras sus huesos se desintegraban en algún perdido cañadón del Chaco donde la guerra lo había hollado, destruyéndolo y redimiéndolo al mismo tiempo de una manera realmente indescifrable.

Por todo eso no me asombró después, al reconstruir los hechos, que ese cardenal hubiera esperado quince años para señalar el sitio con su diminuto penacho rojo; que hubiera esperado todo ese tiempo la presencia de Fulvio Morel para mostrarle la evidencia delante de toda esa gente, llena de jovial odio hacia él, elegida por él mismo para que fuera testigo de ese hecho por el que hubiera dado él la mitad de su sangre para seguir ignorándolo hasta el fin de su vida.

No me asombró que Hebe Corvalán, repentinamente indispueta, se hubiera quedado en la casa con su madre.

Para ella, doliente y llena aún de desesperado, de íntimo rencor por el ultraje que había padecido en la noche, debió constituir una venganza incomprensible no fraguada, tramada por alguien superior a los dos, verlo a él llegar por la tarde como llegó; verlo a través de la ventana cruzar los rotos fustes de mármol como un muerto que había devorado hojas hasta morir y hasta levantarse de nuevo, de tan pálido y verde que estaba cuando bajó del caballo y se refugió en la más secreta habitación de la casa en ruinas; probablemente en la misma en que había muerto el padre mirando las paredes en cuyas grietas ahora crecía el musgo y aun oscuros manojos de yuyos parásitos.

No me asombró que un chico fuera quien descubriera al cardenal y que, después de dos o tres segundos apenas de vacilación, concluyera la frase comenzada:

— ¡Miren. . . , miren eso allá arriba! ¿No es un. . . esqueleto?

Fulvio Morel se había puesto en pie de un salto, miraba hacia arriba y estaba empezando a ponerse intensamente pálido, como si su palidez creciera en la medida en que el chico iba trepando al árbol. La borla de fuego del cardenal se escurrió entre el follaje. El chico llegó por fin a la cima del árbol. Su grito casi alegre cayó sobre los rostros

expectantes.

— ¡Sí. . . es un esqueleto! ¡El esqueleto de un chico!

Se veía a sus manos apartar, hurgar entre las hojas. De pronto volvió a gritar:

— ¡Alrededor del cuello hay una cadenita!

En medio del silencio ardiente y febril, el chico seguía traduciendo el secreto mensaje aprisionado en la mortaja de corcho.

— ¡En la cadenilla hay una cruz y una medalla en forma de corazón!

El chico estaba deletreando algo con esfuerzo.

— ¡En la medalla hay un nombre! Dice. . . dice. . .

Fulvio Morel se lanzó contra el árbol. Todos creíamos que también él iba a trepar al grueso tronco hueco, alrededor del cual se enroscaban los tentáculos librosos y tensos. Pero la voz del chico diciendo el nombre lo paralizó de golpe, como si le hubiera arrojado una piedra en la coronilla.

— ¡Dice. . . *Alicia*! —gritó el chico, respondiéndole abajo, como un eco sordo, el estrangulado gemido de Fulvio Morel.

Después de quince años, él venía a encontrar los restos de su hermanita Alicia, desaparecida misteriosamente, raptada por aquel monstruo, mitad hombre y mito, cuando ella apenas contaba doce años de edad y él uno menos.

No era probablemente el horror lejano de aquel hecho, convertido ya en leyenda de su infancia, sino las circunstancias del hallazgo las que le habían arrancado ese gemido. El momento, las cosas que acababan de pasar.

La tumba viva de su hermana estaba allí. Pero la historia de todo eso se remontaba mucho más atrás.

Había comenzado cuando aquellos pobres parias que trabajaban en los arrozales del feudo —algo así como una cincuentena de hombres y mujeres parecidos a espectros cobrizos— vinieron a denunciar a don Francisco Morel y Santillán la misteriosa desaparición de tres crios. Habían desaparecido sin dejar huellas. La única particularidad que habían notado era que la desaparición de los crios, todos entre ocho y doce años de edad, coincidía con el primer día de la luna nueva.

—¿Y qué queréis que os haga? —les había respondido el hosco sátrapa del caserón blanco, sentado en la galería y con los pies apoyados en uno de los fustes de mármol—. ¿Queréis ahora que mientras vosotros holgazaneáis en los arrozales en vez de trabajar yo haga de nodriza a vuestros rapaces? Si vosotros mismos no los cuidáis, no sé cómo podéis quejaros de que vuestros hijos desaparezcan. Se habrán ahogado en el estero. . . ¡Bah, qué sé yo!

—No, karai don Francisco —murmuró sollozando una mujer— Hemo' buscado por toda' parte. No etá. Alguno robó ore memby. . .

—Y bueno, ¡cuidadlos, rediez! No supondréis que he sido yo quien los ha robado.

—No, karai don Francisco. Pero si se puede hacer algo. . . por eso' pobre' inocente. . .

—Bastante tengo con ocuparme de vosotros, ¡hato de holgazanes, que me chupáis la hacienda sin misericordia! Idos a trabajar y dejadme en paz de una vez.

Y los ahuyentó con palmadas nerviosas como a animales que hubieran amenazado invadir la casa. Los espectros cobrizos regresaron silenciosos y aplastados al inmenso bañado palúdico donde estaban los arrozales. Habían venido en demanda de justicia, de protección. No encontraron más que improperios, los que no habían brotado, sin embargo, sino como la respiración natural de la sañuda omnipotencia



enquistada en el caserón, en el karai-roga, como lo llamaban con medroso respeto los pobladores del feudo.

A través de una ventana, un par de ojos infantiles, azules con el matiz tierno de las campanillas, miró alejarse por entre los naranjos a la tropa oscura y andrajosa. Eran los ojos de la pequeña Alicia Morel, que había escuchado también parte de la querrela de los que acababan de irse. Un poco después irrumpió en la galería, realmente impresionada.

—¿Qué quería esa gente, papito?

—Nada nada, hija. Las eternas protestas de siempre. Que esto, que lo otro, que lo de más allá ¡Uf!

—Hablaban de unos chicos que se habían perdido.

—Nada. ¡Pamplinas! Y tú, ¿cuándo vas a aprender? Te tengo dicho que no escuches detrás de las puertas y ventanas.

—Hablaban en voz alta, papito. Escuché sin querer.

—Bueno, bueno. Vete adentro. ¿Dónde está Fulvio?

—En la despensa, cazando ratones con un anzuelo.

—¡Bonito tunante! Dile que le ordeno que se deje de hacer majaderías, ¿me oyes?

—Sí, papito. Se lo voy a decir, aunque es seguro que no nos hará caso.

Las desapariciones de chicos continuaron metódicamente. La racha llegó a los plantadores de algodón y de maíz. Se habían perdido ya ocho, en total, en menos de cuatro meses. Desaparecía cada uno en sitio distinto. Luego, el misterioso raptor se daba una tregua. Y volvía a empezar la recolección, justo el primer día de luna nueva.

Los pobladores estaban desesperados con los estragos de este azote verdaderamente diabólico. Un espanto supersticioso se abatió sobre ellos; una fatídica zozobra revuelta de figuras monstruosas y

terribles: el aliento negro de la mitología.

—¡Será el Luisón, che Dios!

—¡O el Pombero!

—¡Tal vez el Pyta-Yovai!

—¡¡O el Mboi-yaguá...!!

Toda la fauna mítica empezó a danzar por las noches alrededor de las fogatas prendidas en las misérrimas chozas.

Un viejo rasgó algo de la cerrazón sobrenatural cuando dijo:

—Tal ve' ko sea algún leproso que roba a la' criatura para bañarse con su sangre. En Tavapy había uno. Colgaba a lo' mitaí de la' pierna en un árbol. Luego se ponía debajo y le' cortaba la cabeza para recibir el chorro caliente sobre lo' kurú-vaí. Lo agarraron haciendo eto y lo quemaron.

La variante no era menos atroz. Algunos seguramente, en el fondo de su corazón, optarían, entre dos males, por la alternativa demoníaca. Contra eso no había remedio. Pero no podían concebir que el monstruo fuera un "cristiano".

—¡Ani angá-hená, che Dios!

Un día surgió imprevistamente una pista, un indicio. Alguien, durante una siesta, había visto correr en el maizal, rumbo al monte, a un enano giboso y peludo de larga barba e hirsutos cabellos rojizos. La enorme joroba parecía en la espalda otra cabeza, pero monda, pelona. Lo persiguió tenazmente un gran trecho y cuando ya estaba a punto de darle alcance, el monstruo enano, o lo que fuera, desapareció misteriosamente bajo tierra. Se lo volvió a ver dos o tres veces más, y en todas estas ocasiones había tornado a desvanecerse bajo tierra en un soplo.

Esas apariciones fugaces coincidían con nuevos raptos de

criaturas, de modo que ya se sabía por lo menos a quién atribuirlos concretamente. La versión de un yasy-yateré comedor de criaturas desplazó entonces a las otras bestias mitológicas y se esparció por todas partes con la influencia de un sueño maligno cuyos rastros eran sin embargo reales: las huellas de los pies deformes del monstruo en la tierra blanda de los plantíos.

Las intermitentes pesadillas acabaron por convertirse en una realidad permanente. Al principio, la giba del enano —no su rostro—, su pelambre rojiza e hirsuta, sus carreras sinuosas de lagarto, sus misteriosos desvanecimientos subterráneos, habían resplandecido siniestramente para ellos sólo en la enceguecedora fiebre de las fiestas, en los maizales. Ahora lo veían a todas horas y en todas partes: un sol negro y jorobado, quemando su retina y su imaginación como un tizón huidizo.

El viejo que había referido la historia del malato de Tavapy no quería entregarse del todo al estupor impotente de los demás. Siguió insistiendo:

—Tal ve ko no sea un yasy-yateré. Tal ve sea otro Lázaro. Tal ve lo podamo' agarrar con uno bueno perro y una escopeta. . .

Acabó por convencerlos vagamente cuando aquel carpinchero herido por un onza, de paso por allí, les había prevenido al saber lo que ocurría:

—Puede ser. Un enano como ese que dicen desapareció hace algún tiempo en Ila Yakaré, en el lago. Parecía enfermo. Pero nunca le vimo' la cara. Un día casi lo lanceamo' creyendo que era un carpincho. Etaba en el agua entre lo' camalote. Depué no lo vimo' nunca má.

Pero Isla Yakaré quedaba muy lejos. No podía ser. La visión del fabuloso yasy-yateré seguía rigiendo el miedo supersticioso de los

lugareños.

Sin embargo, urgidos por el viejo, volvieron a impetrar la gracia del karai del caserón. El los oyó impasible, sumido en la galería, los pies apoyados en el fuste blanco, la robusta figura un poco desdibujada en la penumbra que empezaba a ponerse color borravino con la caída de la noche. No le pedían esta vez sino una trailla y una escopeta, en préstamo, para tratar de capturar al culpable. El viejo explicó:

—Si no e' un yasy-yateri ko a lo mejor lo podemos' agarrar. . . Hemo rociado a una criatura con agua bendita y la dejamo' en su camino, para marear al tekové-vaí. Pero la robó lo mimo. Tal ve ko no' olvidamo de ponerle una cru de pindó karai al cuello. . . Ahora queremos probar a la' mala. A lo mejor ko lo podemos' agarrá. . .

Unos ansiosos ojillos azules escrutaban tenazmente desde la ventana. Era la pequeña Alicia Morel, cuyas carnes mordía el fantástico relato que estaba surgiendo de entre los naranjos, de varios labios a la vez, en un ronco dialecto mezcla de guaraní y español.

“Una cruz al cuello. . .” Alicia anotó mentalmente este detalle. Ella llevaba al cuello en su cadenilla, junto con el medallón, la cruz de oro que había sido de su madre. Tal vez entonces no había más que salirle al encuentro y pedirle que se fuera. Si no estuviera tan asustada, ella pensó que tal vez se habría atrevido. Esos ocho críos tiraban de ella desde el relato que estaba escuchando; sus pequeñas cabecitas decapitadas y oscuras, sus bracitos ensangrentados tiraban de ella desde los roncós plañidos de sus padres. Ella quizá debería atreverse. El monstruo vería la cruz de oro y huiría bufando con el demonio adentro. Esos desgraciados no tenían una cruz de oro para enfrentarlo. La cruz de pindó tal vez no serviría. Era muy pobre. Por eso el yasy-yateré seguía robando y devorando a sus hijos.

Las palmadas nerviosas volvieron a sonar en la penumbra de la galería ahuyentándolos.

—Si es lo que vosotros decís, no conseguiréis nada con perros ni escopetas. Rezad y aguantaos. Dios seguramente no os estará castigando en vano, holgazanes. Idos, y dejadme en paz, ¡so cretinos!

Don Francisco Morel y Santillán no iba a poner un solo alfiler en manos de esos palurdos, bajo ningún pretexto. Con ellos nunca se sabía. Era mejor tenerlos así aplastados, estrujados, inermes, contra la tierra. Y en cuanto a los críos desaparecidos, a él se le importaba un ardite.

—¡Qué criaturas, roedores son que le esquilman a uno desde que nacen!

Las furiosas palmadas arrojaron a las sombras esqueléticas en la noche verde del naranjal. El aire fragante soplaba entre los pilares blancos.

Alicia buscó a su hermano y le confió en secreto su propósito de enfrentar al pasy-yateré con la cruz de oro.

—Claro, tendrías que hacerlo, Alicia —la alentó él, aviesamente—. Se podría muy bien. Papá duerme por las siestas. El monstruo sólo a esa hora aparece. No lo diremos a nadie. Cuando vuelvas, tendremos de qué hablar. . . Yo mismo te acompañaré hasta el borde del maíz!

Al día siguiente, la pequeña Alicia desapareció misteriosamente.

Don Francisco se levantó de dormir su siesta. Llamó a Alicia. No le respondió. Ya no le habría de responder en su vida.

—¿Dónde está Alicia? —gritó encolerizado.

Fulvio nada sabía, los sirvientes tampoco. Nadie sabía nada. Apaleó a la negra que había sido su ama de leche hasta dejarla medio

muerta. Apaleó ferozmente, en medio de denuestos e imprecaciones, a los otros sirvientes. Pero nada sacó en limpio. Fulvio, subido a un naranjo, oía las tundas y los gritos del padre con una imperceptible y perversa sonrisa. El sabía adonde había ido Alicia, pero no iba a decirlo, así le abrieran en tira la piel. Después don Francisco recorrió como un loco el maizal. Arrancaba las matas, arañaba la tierra como un perro rabioso. Tenía la boca llena de espuma y maldiciones. Sólo encontró las huellas de los pies deformes del yasy-yateré. Había llegado hasta muy cerca de la casa. Donde empezaban las huellas del monstruo, terminaban las de los pequeños zapatitos de Alicia. Se había embarcado rumbo al País de las Maravillas. Se acordó del libro con preciosas láminas en colores que le había traído no hacía mucho tiempo de Asunción. Prorrumpió en histéricas risotadas, que murieron en sollozos cuando se dejó caer en la tierra del maizal, hundiendo el rostro en el polvo como si buscara en él a la hija desvanecida para siempre. Para siempre, sí; aunque él en ese momento aún lo ignoraba o, por lo menos, se resistía a creerlo. Se levantó de allí más tétrico aún, con el silencio que le envolvía ahora en una crispadura amenazante y terrible.

Puso a toda su gente a revolver el feudo día y noche, de un extremo a otro. ~~Un mes duró la implacable batida acezante y sonora de~~ ~~perros, de disparos, de gritos.~~ Una siesta vieron —él también lo vio— el destello fugitivo del monstruo en el maizal seco. Un resplandor negro y rojizo de pelos y giba y ojos infernales que duró sólo un momento. Fue una raya, un ruido zigzagueante. Nada más. Cuando se dieron cuenta, ya se había apagado otra vez. Ladraron y acometieron los perros, sonó varias veces el fusil del amo. Pero donde desapareció no había siquiera un poco de ceniza oscura.

Alguien encontró bajo una piedra el agujero de un túnel cavado

seguramente por algún yurumí. Estaba considerablemente agrandado. El enano podía muy bien haberse deslizado por allí. Excavaron un largo trecho de la galería subterránea. En una especie de recodo donde la galería se ensanchaba en una especie de cueva parecida a un horno, encontraron los restos de ocho criaturas decapitadas, sus andrajos, sus huesos. Los despojos de Alicia no aparecieron por ninguna parte, la ropita blanca y azul que llevaba puesta el día del rapto, sus zapatos negros de hule. Don Francisco dio orden de cegar ese agujero sepulcral en la tierra. La procesión de los lugareños se alejó hacia el bañado con los restos de sus críos, sollozante y cobriza. Se sintió de pronto más miserable que sus miserables y desgraciados esclavos.

El monstruo no volvió a robar más criaturas. Alicia Morel había hecho el milagro de ahuyentarlo.

Entonces don Francisco llevó a Fulvio a Asunción y lo internó en un colegio religioso. A su regreso, más que despedir arrojó del feudo a todos los pobladores y de la casa a todos los sirvientes, y se encerró en ella a vivir hasta el fin en un taciturno aislamiento.

De Asunción se trajo de venida un verdadero cargamento de trampas-serruchos de las que se utilizan para cazar zorros y tigres. Eran más de mil trampas. Las diseminó él personalmente por toda la propiedad, disimulándolas con la pronja obstinación de un obsesionado.

Después de sus siestas, a eso de las cuatro de la tarde, salía a recorrerlas una por una, al paso de su enorme tordillo. El conocía los sitios, los miraba de soslayo y pasaba rebrillándole en los ojos el odio profundo y frenético que brotaba de la raíz misma de su vida emponzoñada.

Una tarde divisó a lo lejos entre la maleza, en el emplazamiento

de una de las trampas, el agitado movimiento de un bulto. Al galope tendido se acercó a él. Su decepción le nubló aún más el rostro sombrío y cadavérico. No era el yasy-yateré. Era uno de los recolectores de yerba que pugnaba por zafar el destrozado pie de las fauces del serrucho. Don Francisco le increpó:

—Y tú, ¿qué haces aquí, perillán, ladrón? Os he dicho que os fuerais todos... , todos. ¡Largo de aquí!

Más que para ayudar al incauto, don Francisco se apeó para liberar la trampa y armarla de nuevo.

Quince días después, un nuevo agitado bullir entre los matorrales captó desde lejos su atención. Pero esta vez no se apresuró. Por la desesperación de esos movimientos conjeturó que la presa era otra vez solamente uno de esos pobladores cretinos que no se acababan de ir. Cien metros antes de llegar a la trampa, vio que los movimientos habían cesado por completo. Supuso que el hombre o animal capturado por los dentados resortes se habría zafado o ya estaría muerto. Desmontó y se acercó. El espanto, pero sobre todo el rencor, distendieron sus ojos. De nuevo su odio, su obsesión de venganza, habían marrado parcialmente el golpe: atrapado en el serrucho sólo estaba el pie deforme y ensangrentado del monstruo, no amputado por los dientes del artefacto, sino un poco más arriba, en la coyuntura del tobillo. El mismo se lo habría cercenado con un machete o un cuchillo para escapar a tiempo del cadavérico señor que venía avanzando al tranco del tordillo.

Ese pie peludo era el retrato chorreante del monstruo: los dedos como muñones protuberantes y separados; el verdadero pie de un plantígrado en el que la reminiscencia humana era lo más monstruoso. Un pie ancho, córneo y plano, negro por la sangre.



Don Francisco Morel y Santillán no tuvo, sin embargo, que esperar mucho para ver destruido del todo a su enemigo. Unos días más tarde apareció muerto al borde del arroyo. La gangrena le había devorado la pata amputada a la altura del tobillo. La caquexia, la sed, lo fulminaron en el trayecto al arroyo hacia el cual avanzó arrastrándose. Sus labios, tumefactos por la lepra, no alcanzaron a mojarse en el agua cristalina, que sólo le sirvió de espejo final para morir viendo su hirsuta y deforme cabezota rojiza que se iba oscureciendo poco a poco en la noche tenebrosa de la que había salido.

En el duelo entablado entre esos dos seres siniestros, no se sabía quién había vencido a quién. El adusto señor del caserón murió poco después.

Solamente la sonrisa incorruptible de Alicia Morel siguió vagando por el feudo abandonado. Aun entonces la pudimos ver y aspirar en la escarcha perfumada que las ráfagas del verano hacían llover de los naranjos en torno al caserón en ruinas.

Y sus azules ojos infantiles siguieron encendiéndose en las campanillas azules, cuando de su cuerpo angélico que había fascinado nupcialmente al monstruo no quedaba ya otra cosa que su pequeño esqueleto subiendo lentamente en su leve mortaja de corcho hacia la gota de fuego del cardenal que había de vindicarla quince años más tarde, hacia la secreta razón de unas mutaciones prefijadas, hacia los enloquecidos ojos de su hermano.

(Augusto Roa Bastos)

## VOCABULARIO

sestear <i>vi.</i>	午睡		
cardenal <i>m.</i>	腊嘴雀		
hornacina <i>f.</i>	壁龛		
farrita <i>f.</i>	狂欢		
echar el guante	抓住		
manejo <i>m.</i>	杂草		
paria <i>m.</i>	贱民		
sátrapa <i>f.</i>	暴君		
karai	东家, 主人		
karai-roga	主人的家		
pamplina <i>f.</i>	废话		
Pyta-Yovai	[神话]圣人		
giboso, sa <i>adj.</i>	驼背的		
cabeza monda	光头		
yasy-yateré	[神话]玉米地里		
			的小矮人
			tizón <i>m.</i> 未烧透的柴
			malato, ta <i>m., f.</i> 麻风病人
			onza <i>f.</i> 猞猁
			camalote <i>m.</i> 水豚
			traílla <i>f.</i> 一队猎狗
			tekové-vai 用心叵测的人
			plañido <i>m.</i> 哭泣
			aviesamente <i>adv.</i> 邪恶地
			tunda <i>f.</i> 棍打, 棒击
			crispadura <i>f.</i> 抽搐
			reminiscencia <i>f.</i> 模糊的回忆
			gangrena <i>f.</i> 坏疽
			caquexia <i>f.</i> 恶病质
			adusto, ta <i>adj.</i> 死板的

## EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS

El ingenio se hallaba cerrado por limpieza y reparaciones después de la zafra. Un tufo de horno henchía la pesada y eléctrica noche de diciembre. Todo estaba quieto y parado junto al río. No se oían las aguas ni el follaje. La amenaza de mal tiempo había puesto tensa la atmósfera como el hueco negro de una campana en la que el silencio parecía freírse con susurros ahogados y secretas resquebrajaduras.

En eso surgió de las barrancas la música del acordeón. Era una melodía ubicua, deshilachada. Se interrumpía y volvía a empezar en un sitio distinto, a lo largo de la caja acústica del río. Sonaba nostálgica y fantasmal.

—¿Y eso qué es? —preguntó un forastero.

—El cordión de Solano —informó un viejo.

—¿Quién?

—Solano Rojas, el pasero ciego.

—Pero, ¿no dicen que murió?

—El sí. Pero el que toca agora e' su la'sánima.

—¡Aicheyarangá, Solano! —murmuró una vieja persignándose.

La mole de la fábrica flotaba inmóvil en la oscuridad. Un perro ladró a lo lejos, como si ladrara bajo tierra. Dos o tres crios desnudos se revolviéron en los regazos de su madres, junto al fuego. Uno de ellos empezó a gimotear asustado, quedamente.

—Callate, m'hijo. Escuchá a Solano. E'tá solito en el Paso.

El contrapunto de un guaymingüe, que rompió con su tañido la quietud del monte, volvió aún más fantasmal la melodía. El acordeón sonaba ahora con un lamento distante y enlutado.

—Así suena cuando no hay luna —dijo el viejo encendiendo su cigarro en un tizón en el que se quemaba un poco de noche.

—La debe andar buscando todavía.

—¡Pobre Solano!

Cuando se apagó el murmullo de las voces, se pudo notar que el acordeón fantasma no sonaba ya en la garganta del río. Sólo la campana forestal siguió tañendo por un rato, a distancia imprecisable. Después también el pájaro calló. Los últimos ecos resbalaron sobre el río. Y el silencio volvió a ser tenso, pesado, oscuro.

Los primeros relámpagos se encendían hacia el poniente, por detrás de la selva. Eran como fugaces párpados de piel amarilla que subían y bajaban súbitamente sobre el ojo inmenso de la tiniebla.

El acordeón no volvió a sonar esa noche en el Paso.

En ese recodo del Tebikuary vivió sus últimos años Solano Rojas, el cabecilla de la huelga, después de volver ciego de la cárcel.

Probablemente él mismo a su regreso le dio al sitio el nombre con el que se le conoce ahora: Paso Yasy-Möröti. La barranca caliza y el banco de arena sobre el agua verde forman allí, en efecto, una media luna color de hueso que resplandece espectralmente en las noches de sequía.

Pero tal vez el nombre de Paso haya surgido menos de su forma que de cierta obstinada imagen pegada a la memoria del pasero.

Vivía en la barranca boscosa que remata en el arenal. Aún se pueden ver los restos de su rancho devorado por el monte sobre aquella pequeña ensenada. Es un remanso quieto y profundo. Allí guardaba su balsa.

No era difícil adivinar por qué había elegido ese sitio. Enfrente, sobre la barranca opuesta, estaban las ruinas carbonizadas de la

Ogaguasú en la que había terminado el funesto dominio de Harry Way, el fabricante yanqui que continuó y perfeccionó el régimen de opresiva expoliación fundado por Simón Bonaví, el comerciante judío español de Asunción.

Es cierto que Solano Rojas ya no podía ver las ruinas ni el nuevo ingenio levantado en el mismo emplazamiento del anterior. Pero él debió contentarse seguramente con tenerlos delante, con sentirlos en el muerto pellejo de sus ojos y recordarles todos los días su presencia acusadora y apacible.

Se apostó allí y dio a su vigilancia una forma servicial; su trabajo de pasero, que era poco menos que gratuito y filantrópico, pues nunca aceptó que le pagaran en dinero. Sólo recibía el poco de tabaco o de bastimento que sus ocasionales pasajeros querían darle. Y a las mujeres y a los niños que venían desde remotos parajes del Guairá los pasaba de balde ida y vuelta. Durante el trayecto les hablaba, especialmente a los chicos.

—No olviden ená, che ra'y-kuera, que siempre debemo' ayudarno lo uno a lo' jotro, que siempre debemo' etar unido. El único hermano de verdá que tiene un pobre ko' e otro pobre. Y junto todo nojotro formando la mano, el puño humilde pero juerte de lo'trabajadore. . .

No era un burdo elemento subversivo. Era un auténtico y fragante revolucionario, como verdadero hombre del pueblo que era. Por eso lo habían atado para siempre a la noche de la ceguera. Hablaba desde ella sin amargura, sin encono, pero con una profunda convicción. Tenía indudablemente conciencia de una oscura y vital labor docente. Su cátedra era la balsa, sobre el río; unos toscos tablones boyando en un agua incesante como la vida. Había algo de religioso pero al mismo tiempo de pura y simple humanidad en

Solano Rojas cuando hablaba. Su cara morena y angulosa se tornaba viviente por debajo de la máscara que le habían dejado; se llenaba de una secreta exaltación. Sus ojos ciegos parecían ver. La honda cicatriz del hachazo en la frente también parecía mirar como otro ojo arrugado y seco. Los harapientos mita'í lo contemplaban con una especie de fascinada veneración mientras remaba. No tenía más de cuarenta años, pero parecía un viejo. Sólo llevaba puesto un roto pantalón de a'ópoi arremangado sobre las rodillas. El torso flaco y desnudo estaba vestido con las cicatrices que el látigo de los capangas primero y el yatagán de los guardiacárceles después habían garabateado en su piel. En esa oscura cuartilla los chicos analfabetos leían la lección que les callaba Solano. Y un nudo de miedo valeroso, de emocionada camaradería, se les atragantaba con la saliva al saltar de la balsa gritando:

— ¡Ha'ta la güelta, Solano!

— ¡Adió manté che ra'y-kuera!

Quedaba un rato en la orilla, pensativo. La mole rojiza del ingenio se desmoronaba silenciosamente sobre él desde el pasado. La sentía pesar en sus hombros. Desatracaba con lentitud y volvía a su remanso a favor de la corriente, sin remar, sin moverse. Sólo la roldanita de palo iba chirriando en el alambre.

Después de la puesta del sol sacaba su remendado acordeón y se sentaba a tocar en su apyká bajito, recostado contra un árbol. Casi siempre empezaba con el Campamento Cerro-León, tendiendo sus miradas de ciego hacia los escombros de la Ogaguasú, en el talud calizo, destruido por el fuego vindicador hacía quince años y habitado sólo ahora por los lagartos y las víboras. No restaba más que eso de Simón Bonaví, de Eulogio Penayo, de Harry Way.

Era su manera de recordarles que él aún estaba allí vencido sólo

a medias.

Su presencia surgía en la sombra, entorchada de abultados costurones, rayada por las verberaciones oscilantes, como si el agua se divirtiera jugando a ponerle y sacarle un traje de presidiario trémulo y transparente.

Las ruinas también lo miraban con ojos ciegos. Se miraban sin verse, el río de por medio, todas las cosas que habían pasado, el tiempo, la sangre que había corrido, entre ellos dos: todo eso y algo más que sólo él sabía. Las ruinas estaban silenciosas entre los helechos y las ortigas. El tenía su música. Sus manos se movían con ímpetu, arrugando y desarrugando el fuelle. Pero en el rezongo melodioso flotaba su secreto como los camalotes y los raigones negros en el río.

Un último reflejo verde le bañaba el rostro volcado hacia arriba en el recuerdo instintivo de la luz. Después se oscurecía porque lo agachaba sobre el instrumento como quien esconde la cara entre las manos.

Poco a poco la música de ponía triste y como enlutada. Una canción de campamento junto al fuego apagado de un vivac en la noche del destino. A eso sonaba el acordeón de Solano Rojas junto al río natal. ¿No estarían dialogando acaso el agua oscura y el hijo ciego acerca de las cosas, de recuerdos compartidos?

El tenía metido adentro, en su corazón indomable, un luchador, un rebelde que odiaba la injusticia. Eso era verdad. Pero también un hombre enamorado y triste. Solano Rojas sabía ahora que amor es tristeza y engendra sin remedio la soledad. Estaba acompañado y solo.

En ese sitio había peleado y amado. Allí estaban su raíz, su alegría y su infortunio. El remendado acordeón lo decía en su lengua

de resina y ala, en su pequeño pulso de tambor guerrero que esculpía en las barrancas y en la gente las antiguas palabras marciales:

*Campamento Cerro-León*  
*catorce, quince, yesiséis,*  
*yesisiete, yesi'ocho,*  
*yesinueve batallón . . .*  
*Ipuma-ko la diana,*  
*pe pacpá-ke lo'mitá . . .*

La lucha no se había perdido. Solano Rojas no podía ver los resultados, pero los sentía. Allí estaba el ingenio para testificarlo; el régimen de vida y trabajo más humano que se había implantado en él; la gradual extinción del temor y de la degradación en la gente, la conciencia cada vez más clara de su condición y de su fraternidad; esos andrajosos mita'i en los que él sembraba la oscura semilla del futuro, mientras movía su arado en el agua.

Venían a consultarlo en la barranca. El rancho del pasero de Yasy-Möröti era el verdadero sindicato de los trabajadores del azúcar en esa región.

—Solano, ya cortaron otra ve' lo'turno para nojotro entrar el cañadurce—informaban los pequeños agricultores.

—Solano, el trabajo por tareas ko se paga mi hiiiteréi —se quejaban los cortadores.

—Solano, esto y lo'otro . . .

El los aconsejaba y orientaba. Ninguna solución propuesta por Solano había fracasado. En el ingenio y en las plantaciones se daban cuenta en seguida cuando una demanda subía del Paso.

—Viene del sindicato karapé —decían.



Y la respetaban, porque esa demanda pesaba como un trozo de barranca y tenía su implacable centro de equilibrio en lo justo.

No; su sacrificio no había sido estéril. El combate, los años de prisión, sus cicatrices, su ceguera. Nada había sido inútil. Estaba contento de haberse jugado entero en favor de sus hermanos.

Pero en el fondo de su oscuridad desvelada e irremediable su corazón también le reclamaba por ella, por su mujer, que sólo ahora era como un sueño con su cuerpo de cobre y su cabeza de luna. Teñida por el fuego y los recuerdos.

Ella, Yasy-Möröti.

No habían estado juntos más que contados instantes. Apenas habían cambiado palabras. Pero la voz de ella estaba ahora disuelta en la voz del río, en la voz del viento, en la voz de su cascado acordeón.

La veía aún al resplandor de los fogarones, en medio de la destrucción y de la muerte, en medio de la calma que siguió después como un tiempo que había fluido fuera del tiempo. Y un poco antes, cuando convaleciendo del castigo, él la entrevió a su lado, menos un firme y joven cuerpo de mujer que una sombra desdibujada sobre el agua revuelta y dolorida en la que todo él flotaba como un guiñapo.

La recordaba como entonces y aunque estuviera lejos o se hubiese muerto la esperaría siempre. No, pero ella no estaba muerta. Sólo para él era como un sueño. A veces la sentía pasar por el río. Pero ya no podía verla sino en su interior, porque la cárcel le había dejado intactos sus recuerdos pero le había comido los ojos.

Estaba acompañado y solo. Por eso el acordeón sonaba vivo y marcial entre las barrancas de Paso Yasy-Möröti, pero al mismo tiempo triste y nostálgico, mientras caía la noche sobre su noche.

*Luna blanca que de mí te alejas  
con ojos distantes . . .  
Yusy-Mörötī . . .*

Antes de establecerse la primera fábrica de azúcar en Tebikuary-Costa, la mayor parte de sus pobladores se hallaba diseminada en las montuosas riberas del río. Vivían en estado semisalvaje de la caza, de la pesca, de sus rudimentarios cultivos, pero por lo menos vivían en libertad, de su propio esfuerzo, sin muchas dificultades y necesidades. Vivían y morían insensiblemente, como los venados, como las plantas, como la estaciones.

Un día llegó Simón Bonaví con sus hombres. Vinieron a caballo desde San Juan de Borja explorando el río para elegir el lugar. Por fin, al comienzo del valle que se extendía ante ellos desde el recodo del río, Simón Bonaví se detuvo.

—Aquí —dijo paseando las rajas azules de sus ojos por toda la amplitud del valle—. Me gusta esto.

Sacó del bolsillo un mapa bastante ajado y se puso a estudiarlo con concentrada atención. Su larga y ganchuda nariz de pájaro de rapiña daba la impresión de que iba a gotear sobre el papel. De tanto en tanto, distraídamente, se olía el pulgar y el índice frotándolos un poco como si aspirara polvo de tabaco. Los otros lo miraban en silencio, expectantes.

—Sí —dijo Simón Bonaví levantando la cabeza—. Esto es del fisco. Agua, tierras, gente. En estado inculto pero en abundancia. Es lo que necesitamos. Y nos saldrá gratis, por añadidura —giró el brazo con un gesto de aprobación; un gesto ávido, pero lento y seguro.

Los hombres también husmearon en todas direcciones y apro-

baron respetuosos lo que dijo el patrón. En los ojos mansos y azules del sefardí la codicia tenía algo de apaciblemente siniestro como en su sonrisa, una hilacha blanca entre los dientes, entre los labios finos, como la rebaba festiva de su metálica y envainada sordidez.

Un hombre rubio, que parecía alemán, estudiaba el lugar con un ojo cerrado.

—Forkel —lo llamó Bonaví.

—Sí, don Simón.

—Puede medir no más. Aquí nos plantamos.

Descabalaron. Un mulato bizco y gigantesco que siempre andaba detrás de Bonaví con un *parabellum* al cinto, lo ayudó a desmontar. Lo bajó aupado como a un niño.

—Gracias, Penayo —le sonrió el patrón.

Los ayudantes de Forkel empezaron a medir el terreno con una cinta de acero que se enrollaba y desenrollaba desde un estuche, semejante a una vibora chata y brillante.

Simón Bonaví era bajito y ventrudo. A la sombra del mulato, parecía casi un enano. Tenía las piernas muy combadas. Era el único que no llevaba polainas de cuero. Su ropa era oscura y su ridículo sombrerito, que más parecía un birrete, tiraba al color de un ratón muerto sobre los mofletes rubicundos. Frecuentemente y como al descuido, introducía los dedos en la abertura del pantalón. El olor de sus partes era su rapé. De allí lo extraía, casi sin recato, entre el índice y el pulgar. Y al aspirarlo, sus ojos mortecinos, su pacífica expresión se reanimaban.

—¿Qué huele, don? —le había preguntado una vez, al discutir un negocio, un colega curioso y desaprensivo que lo veía meter a cada momento la mano bajo la mesa.

—El olor del dinero, mi amigo —le respondió sin inmutarse

Simón Bonaví, al verse descubierto.

En ese valle del Tebikuary del Guairá, el "olor del dinero" parecía formar parte de su atmósfera. Simón Bonaví lo pellizcaba en el aire mientras sus hombres hacían pandear sobre las cortaderas la flexible víbora de metal.

—El proyecto del ferrocarril a Encarnación pasa a un kilómetro de aquí —comentó el patrón.

—Probablemente —asintió el ingeniero alemán—. El terminal está a cinco leguas al norte de San Juan de Borja.

—Pasa por aquí. Lo he visto en el mapa.

—*Ja*. Esto es muy interesante, don Simón —dijo entonces el alemán sin despegar los ojos de los agrimensores.

—Claro. Sin ferrocarril no hay fábricas —los carrillos sonrosados estaban plácidos. Hasta cuando amenazaba, Simón Bonaví permanecía tierno y risueño.

—Sin ferrocarril no hay fábrica —respondió el otro en un eco servil.

—En Asunción moveré mis influencias para que siga la construcción de la trocha. Nosotros levantaremos aquí la fábrica. Que el gobierno ponga las vías. Eso es hacer patria —el cuchillito blanco se reflejaba entre los dientes sucios y grandes.

—Eso es hacer patria —dijo el ingeniero.

Así nació el ingenio. Simón Bonaví conchavó a los pobladores. Al principio éstos se alegraron porque veían surgir las posibilidades de un trabajo estable. Simón Bonaví los impresionó bien con sus maneras mansas y afables. Un hombre así tenía que ser bueno y respetable. Acudieron en masa. El patrón los puso a construir olerías y un terraplén que avanzó al encuentro de los futuros rieles.

Con los ladrillos rojizos que salían de los hornos se edificó la fábrica. Después llegaron las complicadas maquinarias, el trapiche de hierro, los grandes tachos de cobre para la cocción. Tuvieron que transportarlos en alzaprimas desde el terminal del ferrocarril sobre una distancia de más de diez leguas.

Se levantaron los depósitos, algunas viviendas, la comisaría, la proveeduría. Los hombres trabajaban como esclavos. Y no era más que el comienzo. Pero de los patacones con que soñaban, no veían ni “el pelo en la chipa”, porque el patrón les pagaba con vales.

—Acciones al portador, muchachos —les decía los sábados—. Váyanse tranquilos.

—Kuatíá reí, patrón —se atrevió alguno a protestar.

—¿Qué dice éste? —preguntó a Penayo, que echaba su sombra protectora sobre él.

—Papel debarate —tradujo el mulato.

—Tonto, más que tonto —argumentó sonriendo el patrón—. El papel es la madre del dinero. Y este papel es más fuerte que el peso fuerte. Son acciones al portador. Vayan a la proveeduría y verán.

Eso de “acciones al portador” sonaba bien, pero ellos no lo entendían. Creían que era algo bueno relacionado con el futuro. Tomaban sus vales y se iban al almacén de la proveeduría que chupaba sus jornales a cambio de provistas y ropas diez o veinte veces más caras que su valor real. Pero eran ropas y provistas y eso lo adquirirían con el kuatíá reí, el papel blanco que era más fuerte que el peso fuerte, que el patacón cañón.

Simón Bonaví tejía su tela de araña con el jugo de las mismas moscas que iba cazando. Llevaba los hilos de un lado a otro en sus manos pequeñas y regordetas, balanceándose mucho al andar sobre sus piernas estevadas, como un péndulo ventrudo, rapaz y sonriente.

El péndulo de un reloj que marcaba un tiempo cuyo único dueño era Simón Bonaví.

Los nativos veían crecer el ingenio como un enorme quiste colorado. Lo sentían engordar con su esfuerzo, con su sudor, con su temor. Porque un miedo sordo e impotente también empezó a cundir. Su simple mente pastoril no acababa de comprender lo que estaba pasando. El trabajo no era entonces una cosa buena y alegre. El trabajo era una maldición y había que soportarlo como una maldición.

Antes de que la fábrica estuviera lista, Simón Bonaví ya tenía bien ablandada a la gente por la intimidación. Él seguía sonriendo mansamente y aspirando el casto rapé de sus entropiernas. No intervenía personalmente en la tarea del amansamiento. Para eso había puesto al frente de los trabajos a Eulogio Penayo, que ahora blandía a todas horas un largo y grueso teyúruguai atado al puño.

—¡Chake, Ulogio...! —susurraba el miedo en el terraplén, en las olerías, en los rozados, en los galpones. Y la cola de cuero trenzada restallaba en la tierra, en la madera, en las máquinas, en las espaldas sudorosas de los esclavos. A veces sonaban los tiros del *parabellum* en son de amedrentamiento. Penayo quería que supiesen que él era tan zambo para los trallazos como para los balazos.

Uno de los tiros dio en la cabeza de Esteban Blanco, que se atrevió a levantar la mano contra el capataz. El mulato le disparó a quemarropa.

—¡Omanó Tebá! ¡Ulogio oyuká Tebã-pe! —los testigos esparcieron la noticia.

Fue el primer rebelde y el primer muerto. Lo arrojaron al río. El cadáver se alejó flotando en un leve lienzo de sangre sobre la tela verde y sinuosa del agua.

Simón Bonaví sonreía y se olía los dedos. Los ojos bizcos del mulato rondaban entre las hojas y el polvo. El patrón era manso. El mulato era la sombra siniestra del risueño hombrecito.

Entre los dos cerraron el círculo en torno a los pobladores de Tebikuary del Guairá. Los únicos que quedaron libres fueron los carpincheros. Ellos no quisieron vender su vagabundo destino al patrón que compraba vidas con vales de papel para toda la vida.

Vino una peste. Enfermaron y murieron muchos. Algunos se animaron al principio a pedir al patrón un adelanto para comprar remedios en San Juan de Borja. Con su mansa sonrisa, Simón Bonaví los regresó:

—¡Ah, los pobres no tenemos derecho a enfermarnos! Ahí está el río —dijo tirando leves pulgaradas por sobre el hombro—. Denles agua, mucha agua, hasta que se cansen. El agua es un santo remedio.

Por fin la fábrica empezó a funcionar. Sus intestinos de hierro y de cobre defecaron un azúcar blanco, más blanco que la arena del Paso. Blanco, dulce y brillante. Los hombres, las mujeres y los niños oscuros de Tebikuary-Costa se asombraron de que una cosa tan amarga como su sudor hubiese convertido en esos cristalitos de escarcha que parecían bañados de luna, de escamas trituradas de pescado, de agua de rocío, de dulce saliva de lechiguanas.

—¡Azucá... azucá mörötí! ¡Iporá itepa! —clamaron al unisono en voz baja. Algunos tenían húmedos los ojos. Tal vez el reflejo del azúcar. Lo sentían dulce en los labios, pero amargo en los ojos, donde volvía a ser jugo de lagrimales, arena dulce empapada en lágrimas amargas.

En el primer momento se dieron un atracón. Después tuvieron

que comerlo a escondidas, a riesgo de pagar un puñito con diez latigazos del mulato.

Terminada la primera zafra, Simón Bonaví regresó a la capital dejando en la fábrica al ingeniero alemán Forkel y en la comisaria a Eulogio Penayo.

Lo vieron alejarse a caballo sonriendo y oliéndose los dedos, como si al marcharse se sorbiera el resto de la luz y del aroma agreste que aún sobraban en Tebikuary de Guairá. Se eclipsó detrás del mulato que lo escoltó hasta el tren.

En la fábrica se encontró entonces el sombrío reinado del temor, cuyos cimientos había echado Simón Bonaví con gestos tiernos y blandas miradas azules. Forkel y Penayo debían rendirle estrictas cuentas. Quedaban allí como el brazo diestro y el siniestro del ventrudo hombrecito de Asunción.

De la chimenea del ingenio salía un humo negro que manchaba el aire limpio, el cielo en otro tiempo claro del valle. Era como el aliento de los desgraciados enterrados vivos en el quiste de ladrillo y hierro que seguía latiendo a orillas del río.

La noche de San Juan, las hogueras pasaron ese año fugitivas y espectrales, verdaderos fuegos fatuos sobre el agua.

Solano Rojas tenía entonces quince años y trabajaba ya como peón en la conductora del trapiche. El vio rebelarse y morir a Esteban Blanco. Su grito, su cabeza destrozada por el balazo del *parabellum*, pero sobre todo su altivo gesto de rebeldía contra el matón que lo había azotado, se le incrustaron en el alma.

Eulogio Penayo siguió cometiendo tropelías y vejaciones sin nombre. Estaba envalentonado. Se sabía impune y omnipotente. Ahora era también el comisario del gobierno. Bonaví le había consigui-



do su nombramiento por decreto.

La comisaría, una casa blanca con techo de cinc, tan siniestra como su ocupante, estaba frente al recodo en la parte más alta de la barranca. Desde allí el capatazcomisario vigilaba el ingenio como un pertazo negro aureolado de sangriento prestigio. Allí arrastraba por las noches a las mujeres que quería gozar en sus antojos lúbricos. A veces se oían los gritos o el llanto de las infelices por entre las risotadas y palabrotas del mestizo.

Al año siguiente de la partida del patrón, le tocó el turno a la madre de Solano, que era una mujer todavía joven y bien parecida. Consiguió de ella todo lo que quiso porque la amenazó, si se negaba, con que iría a matar a su hijo que estaba trabajando en la fábrica. Solano lo ignoró hasta mucho después, cuando ya el mulato estaba muerto y cuando una venganza personal hubiera carecido ya de sentido aun en el caso de no estarlo.

Pero entretanto, otro enemigo les apareció de improviso a los peones de la fábrica.

Max Forkel hizo traer a su mujer de Asunción. Llegó montada a lo hombre y con traje de amazona; botas negras, casaca y pantalón azules, sombrero de paño encasquetado sobre el cabello teñido de indefinible color.

Desde el primer momento supieron a qué atenerse con respecto a ella. Era una hembra cerrera e insaciable, la versión femenina del mulato. Andaba todo el tiempo a caballo, fatigando los campos y mirando extrañamente a los hombres al pasar. La llamaron la "Bringa". La mancha azul de su casaca volaba en el viento y en el polvo del ingenio a la mañana y a la tarde.

Al principio, la "Bringa" se lió con el mulato Salían juntos y se tumbaban en cualquier parte, sin importarles mucho que ocasionales

espectadores pudieran murmurar después:

—Ya lo vimo' otra ve' a Ulogio y a Bringa. . . en el montecito.

—Parecen burro y burra. . .

Pero Penayo se cansó pronto de esta mujer cuarentona y repelente y acabó por volverle la espalda. Entonces ella se dedicó a buscar candidatos entre la peonada joven. Los mandaba llamar y se hacía cubrir con dádivas o bajo amenazas, casi en las propias barbas del marido y probablemente con su tácita aceptación. Algunos se prestaron a los seniles galanteos de la mujer del ingeniero, atacada de furiosa ninfomanía. Y los que no querían transigir eran echados de la fábrica. El dilema, sin embargo, era terrible: o las bubas de la Bringa, o el hambre y la persecución.

La Bringa fue entonces la Vaca Brava.

—¡Vacá ñarō. . . , vacá cosé. . . , vacá pochy!

Cuatro veces más las fogatas de San Juan habían bajado por el río.

Solano Rojas era ya un hombre espigado y esbelto. Un día Anacleto Pakurí le trajo la temida noticia.

—Ahora quiere liarse con vo.

—¿Quién? —preguntó Solano por preguntar. Sabía de quién se trataba. Sus veinte años vírgenes y viriles se irguieron dentro de él con asco sombrío y turbulento.

—Ella. Vacá Ñarō —dijo Anacleto friccionándose la bragadura—. Te va a mandar llamar. Anoche e'tuve con ella. ¡Neike, tapy-pi, que jembrón chúcaro pa que' e' el mujer del injiñero! Dié peso minte-ko me dio. Mä'é —sacó del bolsillo del pantalón un billete nuevo con un hombre frentudo en el centro.

—¡Te vendite, Anacleto! —Solano le arrancó el billete, escupió encima con rabia la espuma amarilla de su naco. Después lo arrojó al

suelo, lo pisoteó como una víbora muerta y lo cubrió de tierra.

—Vi'a dirme ko agora mimo a la curandera de Kande'á a ver pa si me limpia del contagio —dijo humillado Anacleto—. Y vo'cuidato ke, Solano. Yo ya te avisé.

Pero un imprevisto acontecimiento libró a Solano de la acometida de la Vaca Brava.

Al día siguiente de su encuentro con Anacleto el comisario amaneció muerto en su casa. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Fue un asesinato misterioso. Era un asesinato increíble. No había ningún indicio. La casa del perro negro era inexpugnable y de él se decía que dormía con un ojo sobre el caño del *parabellum*. Debía de ser una mujer. Tal vez la mujer de Forkel. La habían visto rondar la casa blanca y después hablar con el mulato en el alambrado. Podía ser el mismo Forkel. Lo único cierto era que el salvaje cancerbero de Simón Bonaví estaba muerto. Y bien muerto. La gente tenía por fin algún respiro. Los viejos rezaban, las mujeres lloraban de alegría.

Simón Bonaví mandó a otro testafarro y junto con él a varios inmigrantes para que procediera a una depuración de empleados, a una "cruza" general de los elementos antiguos.

—El mestizaje aplaca la sangre y mejora los negocios —había dicho oliendo como siempre el olor del dinero, que él guardaba en la botonadura del pantalón.

(nota) **Max Forkel** también fue despedido. Simón Bonaví dio al testafarro instrucciones precisas ~~con respecto~~ al ingeniero alemán.

—Es blando, inepto con la gente, cobra un sueldo ~~muy subido~~. Y tiene esa mujer que es un asco de inmoralidad. Además ya no necesitamos de él. Me lo pone de patitas en la calle, sin contemplaciones.

Se marchó a pie con su mujer por el terraplén, cargado de vali-

jas como un changador.

La Vaca Brava parecía que por fin se hubiese amansado. Iba extrañamente tranquila al lado del marido, como una sumisa y verdadera esposa. Estaba irreconocible. Vestía un sencillo vestido de percal floreado y no el agresivo traje de amazona que había usado todo el tiempo. El peso de un maletín negro que llevaba en la mano la encorvaba un poco. Parecía al mismo tiempo más vieja y más joven. Y el ala de un ajado sombrero de toquilla suavizaba y hacía distante la expresión de su rostro repulsivo, en el que algo indescriptible como una sonrisa de satisfacción o de renuncia flotaba tristemente, ennobleciéndolo en cierta manera. Una sola vez se volvió con recatada lentitud como despidiéndose de un tiempo que allí moría para ella.

Un viejo cuadrillero cuchicheó a otro en el terraplén:

—La Vaca Brava le arregló a Ulogio Penayo. No puede ser otra.

—Jhee, compagre. No engaña el yablo por má manso que se ponga.

—En la valija lleva el lasánima del mulato.

—¡Jha kuña takú! Al fin sirvió para algo. . .

Pero era como si hablara de un ser que ya tampoco existía, porque en ese momento una nube de polvo acabó de borrar el maletín negro y el vestido floreado.

La ex comisaría quedó abandonada por un tiempo sobre el talud calizo. Se decía que el alma ~~en pena~~ de Eulogio Penayo se lamentaba allí por las noches. Después la ocupó otro matrimonio alemán que tenía una hijita de pocos años.

Una noche que trajeron a la casa a un carpinchero muerto por un lobo-pe, la niña desapareció misteriosamente. Era una noche de San Juan y los fuegos resbalaban en la garganta del río.

La madre enloqueció al ver que el cadáver del carpintero se transformaba en un mulato, un mulato gigantesco que lloraba y se reía y andaba golpeándose contra las paredes. Afirmaba que él había robado a su hijita. Pero eso era solamente la invención de su locura. El carpintero muerto seguía estando donde lo habían puesto bajo el alero de la casa, estremecido por los rojizos reflejos.

Otras cuatro veces las fogatas de San Juan de Borja pasaron aguas abajo.

Las cosas aflojaron un poco en el ingenio. El reemplazante de Eulogio Penayo más que un matón era un burócrata. Vivía en sus planillas. Y lo tenía todo organizado en base de números de fichas, de metódica rutina. Los hombres trabajaban más holgados con la mejor distribución de las tareas. El descontento se apaciguó bastante. Simón Bonaví había dado un sagaz golpe de timón. Iba a ser el último. Mientras tanto, la fábrica seguía produciéndole mucho dinero y el régimen de explotación en realidad apenas había cambiado. La punta del lápiz del nuevo testaferro resultó tan eficaz como el teyú-ruguai del anterior. Es cierto que también el lápiz continuaba respaldado por buenos fusiles y capangas ligeramente adecentados. Esto era lo que producía el optimista espejismo.

Entre los pocos que no se dejaban engañar estaba Solano Rojas. Era tal vez el más despierto y voluntarioso de todos. Palpaba la realidad y entrevía intuitivamente sus peligros.

—E'to ko' e' pura saliva de loro marakaná. No se duerman, lo'mitá.

... Pero le hacían poco caso. Los hombres estaban cansados y maltruchos. Preferían seguir así a dar pretexto para que volvieran a re-

ducirlos por la violencia.

Entre los conchavados que vinieron ese año para la zafra, llegó un arribeño que era distinto de todos los otros. Buena labia, fogoso, simpático de entrada, con huellas de castigos que no destruían, que ennoblecían su traza joven, la firme expresión de su rostro rubio y curtido. Se hacía llamar Gabriel.

Trajo la noticia de que los trabajadores de todos los ingenios del Sur estaban preparando una huelga general para exigir mejores condiciones de vida y de trabajo. Tabikuary-Guasú y Villarrica ya estaban plegados al movimiento. El venía a conseguir la participación de Tebikuary-Costa.

—Nuestras fuerzas dependen de nuestra unión —repitió constantemente Gabriel en los conciliábulos clandestinos—. De nuestra unión y de saber que luchamos por nuestros derechos. Somos seres humanos. No esclavos. No bestias de carga.

Solano Rojas escuchaba al arribeño con deslumbrado interés. Por fin alguien había venido a poner voz a sus ansias, a incitarlos a la lucha, a la rebelión. El agitador de los trabajadores del azúcar se dio cuenta en seguida de que en ese robusto y noble mocetón tendría su mejor discípulo y ayudante. Lo aleccionó someramente y trabajaron sin descanso. El entusiasmo de la gente por la causa fue extendiéndose poco a poco. Eran objetivos simples y claros y los métodos también eran claros y simples. No era difícil comprenderlos y aceptarlos porque se relacionaban con sus oscuros anhelos y los expresaban claramente.

El agitador dejó a Solano Rojas a cargo de los trabajos y se marchó.

Poco tiempo después el administrador percibió sobre sus planillas y ficheros la sombra de la amenaza que se estaba cerniendo sobre el

ingenio. Le pareció prudente retransmitir el dato sin pérdida de tiempo al patrón.

El hombrecito ventrudo vino y captó de golpe la situación. Su ganchuda nariz, habituada al aroma zahorí de su miembro, olió las dificultades del futuro, el tufo de la insurrección.

—Esto se está poniendo feo —dijo al administrador—. Dejemos que sea otro quien se queme las manos.

Regresó a los pocos días y puso en venta la fábrica, junto con las tierras que obtuviera gratuitamente del fisco para “hacer patria”. No le costó encontrar interesados. Simón Bonaví entró en tratos con un ex algodónero de Virginia que había venido al Paraguay como hubiera podido irse a las junglas del Africa. En lugar de cazar fieras o buscar diamantes, había caído a cazar hombres que tuviesen enterrados en sus carnes los diamantes infinitamente más valiosos del sudor. Había venido con armas y dólares. Bonaví, ladino, no le ocultó lo de la huelga. Sospechó que podía ser un matiz excitante para el ex algodónero. Y no se equivocó.

—No me importa. Al contrario, eso gustar a mí —le dijo el virginiano, y le pagó al contado el importe de la transacción que incluía la fauna, la flora y los hombres de Tebikuary-Costa.

Entonces llegó Harry Way, el nuevo dueño. Legó con dos pistolas colgándole del cinto, los largos brazos descolgados a lo largo de los *breeches* color caqui y una agresiva y siniestra actitud empotrada sobre las cachas de cuerno de las pistolas. Era grande y macizo y andaba a zancadas, hamacándose como un ebrio. Sus botas rojas dejaban en la tierra los agujeros de sus zancajos. Los ojos no se le veían. Su rostro cuadrado, sobre el que echaba perpetuamente sombra el aludo sombrero, parecía acechar como una tronera de cemento

la posible procedencia del ataque o elegir el sitio y calcular la trayectoria del balazo que él debía disparar.

Le acompañaban tres guardaespaldas que eran todos dignos de él; un moreno morrudo, que tenía una cuchillada cenicienta de oreja a oreja; un petiso de cara bestial que a través de su labio leporino escupía largos chorritos de saliva negruzca. De tanto en tanto sacaba de los fondillos un torzal de tabaco y le echaba una dentellada. El tercero era un individuo alto, flaco y pecoso que siempre estaba mirando aparentemente el suelo, pero en realidad atisbando por debajo del sombrero volcado a ese efecto sobre la frente. Los tres cargaban un imponente "Smith-Wesson" negro a cada lado y una corta guacha deslomadora al puño. Parecían mudos. Pero todo lo que les faltaba en voz les sobraba en ojos.

Aparecieron una mañana como brotados de la tierra. Los cuatro y sus caballos. Nadie les había visto llegar.

Lo primero que hizo Harry Way en el ingenio fue reunir a la peonada y a los pequeños agricultores. No quedó un solo esclavo sin venir a la extraña asamblea convocada por el nuevo patrón. Su voz tronó como a través de un tubo de lata amplio y bien alimentado de aire y orgulloso desprecio hacia el centenar de hombres arrinconados contra la pared rojiza de la fábrica. Su cerrado acento gringo tornó aún más incomprensible y amenazadora su perorata.

—Me ha prevenido don Simón que aquí se está preparando una huelga paga ustedes. Mi ha comprado esta fábrica y he venido paga hacelo trabacá. Como que me llama Harry Way, no dearé vivo un solo misegable que piense en huelgas o en tonteguias de esta clase.

Se golpeó el pecho con los puños cerrados para subrayar su amenaza. La camisa a rayas coloradas se desabotonó bajo la blusa y un espeso mechón color herrumbre asomó por la abertura. Con el dorso



de la mano se reviró después el sombrero que cayó sobre la nuca. El rostro cuadrado y sanguineo también parecía herrumbrado en la orla de pelo que lo coronaba raramente. Harry Way paseó sus desafiantes ojos grises por los hombres inmóviles.

—Quien no esté conforme que me lo diga ahora mismo. Mí conformar en seguida.

Su crueldad le sahumaba, le sostenía. Era su mejor cualidad. Su corpachón flotaba en ella como un peñasco en una cerrazón rojiza.

Se oyó un grito sofocado en las filas de los trabajadores. Lo había proferido Loreto Almirón, un pobre carrero enfermo de epilepsia. Sus ataques siempre comenzaban así. Estaba verde y su mandíbula le caía desgonzada sobre el pecho.

—¡Tráiganlo a ese misegable! —barbotó Harry Way a sus capataces. El moreno y el petiso corrieron hacia los peones. El pecoso se pegó al patrón con las manos sobre los revólveres. Loreto Almirón fue traído a la rastra y puesto delante de Harry Way. Parecía un muerto sostenido en pie.

¿Usted ha protestado?

Loreto Almirón sólo tenía los ojos muy abiertos. No dijo nada.

—Mí va a enseñar paga usted a ser un jueguista. . . —se combó a un lado y al volver descargó un puñetazo tremendo sobre el rostro del carrero. Se oyeron crujir los dientes. La piel reventó sobre el canto del pómulos. Los que le tenían aferrado por los brazos lo soltaron y entonces Loreto Almirón se desplomó como un fardo a los pies de Harry Way, que aún le sacudió una feroz patada en el pecho.

—¿Alguien más quiegue probar? —preguntó excitado.

La masa de hombres oscuros temblaba contra la pared como si la epilepsia de Loreto Almirón, ahora inerte en el suelo, se estuviera revolviendo en todos ellos.

Solano Rojas estaba crispado en actitud de saltar con el machete agarrado en las dos manos. Gruesas gotas empezaron a caer junto a sus pies. No eran de sudor. En su furia impotente y silenciosa, había cerrado una de sus manos sobre el filo del machete que le entró hasta los huesos.

—¡Todavía no... , todavía no! —el espasmo furioso estaba por fin dominado en su pecho, que resonaba en secreto como un monte.

El pecoso espiaba por debajo del sombrero piri en dirección a Solano. No le veía bien. José del Rosario y Pegro Tanimbú lo habían tapado con sus cuerpos. Sólo el instinto le decía al capanga que allí estaba humeando la sangre. Pero la sangre de los esclavos ya estaba humeando en todas las venas bajo la piel oscura y martirizada. Sombras de sollozos reprimidos estaban arañando el cielo seco y ardiente de las bocas.

La carcajada de Harry Way apedreó a los peones.

—¡Ja... , ja... , ja... ! ¡Juelguistas! Mi enseñar paga ustedes a ser mansitos como ovejas... ¡Miguen eso!

Por el terraplén venía un verdadero destacamento de hombres armados con máuseres del gobierno. Eran los nuevos “soldados” de la comisaría, cuyos nombramientos también habían salido del Ministerio del Interior.

Harry Way poseía un agudo sentido práctico y decorativo. La espectacular aparición de sus hombres se producía en un momento oportuno. Eran como veinte, tan mal encarados como los tres que rodeaban al patrón. En el polvo que levantaban sus caballos, se acercaban como flotando en una nube de plomo, hombres siniestros, cuyos esqueletos ensombreados asomaban en la sonrisa de hueso que el polvo no podía apagar. Se acercaban por el terraplén. Los envolvía aún un silencio algodonoso y sucio, pero ya los ojos de los peones es-

cuchaban el rumor brillante de sus armas. Después se escuchó el rumor de los cascos. Y sólo después el rumor de las voces y las risas cuando los hombres avanzaron al tranco de sus caballos y se cerraron en semicírculo sobre la fábrica.

Harry Way reía. Los peones temblaban. Los “soldados” mostraban el esqueleto por la boca.

Tebikuary del Guairá estaba mucho peor que antes. Sus pobladores habían salido de la paila para caer al fuego.

Harry Way se fue a vivir con sus hombres en la casa blanca donde había muerto Eulogio Penayo. Era como si el alma en pena del mulato se hubiera reencarnado en otro ser aún más bárbaro y terrible. Harry Way hizo añorar la memoria del antiguo capataz-comisario de Bonaví, casi como una fenecida delicia.

La casa blanca fue reconstruida al poco tiempo. Y se llamó desde entonces la Ogaguasú. Volvía a ser comisaría y ahora era, además, la vivienda del todopoderoso patrón. Alrededor, como un cinturón defensivo, se levantaron los “bungalows” de los capangas.

A extremos increíbles llegó muy pronto la crueldad del Buey-Rojo, del Güey-Pytá, como empezaron a llamar al fabriquero gringo Harry Way. Así les sonaba su nombre. Y en realidad se asemejaba a un inmenso buey rojo. Sus botas, sus camisas a rayas coloradas, su pelo de herrumbre que parecía teñido de pensamiento sanguinario, su desbordante y sanguinaria animalidad.

Como antes Simón Bonaví desde Asunción, ahora pastaba Harry Way en Tebikuary-Costa. El quiste colorado se hinchaba más y más y estaba cada vez más colorado, latiendo, chupando savia verde, savia roja, savia blanca, savia negra, los cañaverales, el agua, la tierra, el viento, el sudor, los hombres, el guarapo, la sangre, todo mezclado en la melaza que fermentaba en los tachos y que las

centrifugas defecaban blanquísima por sus traseros giratorios y zumbadores.

El azúcar del Buey-Rojo seguía siendo blanco. Más blanco todavía que antes, más brillante y más dulce. arena dulce empapada en lágrimas amargas, con sus cristalitas de escarcha rociados de luna, de sudor, de fuego blanco, de blanco de ojos triturados por la pena blanca del azúcar.

Frente a la fábrica se plantó un fornido poste de lapacho. Allí azotaban a los remisos, a los descontentos, a los presuntos “juelguistas”. Cuando había alguno, el Buey-Rojo ordenaba a sus capangas:

—Llévenlo al *good friend* y sacúdanle las miasmas.

El “buen amigo” era el poste. Las guachas deslomadoras administraban la purga. Y el paciente quedaba atado, abrazado al poste, con su lomo sanguinolento asándose al sol bajo una nube de moscas y de tábanos.

El negro de la cuchillada cenicienta y el petiso tembovó-karapé se especializaron en las guacheadas. Especialmente este último. Cruzaban apuestas.

—Cinco pesos voy a e'te —decía el petiso al negro—. Lo delomo en veinte guachazo'.

—En treinta —apuntaba el negro.

El tembevó-karapé se lubricaba las manos arrojándose por el labio partido un chorrillo de baba negruzca, enpuñaba la guacha y comenzaba la faena con su sompasado y sordo estertor en el pecho. Casi siempre acertaba. Deslomar significaba desmayar al guacheado. Los planazos del cuero sonaban casi como tiros de revólver sobre el lomo del infeliz que gritaba hasta que se quedaba callado, deslomado.

José del Rosario fue al poste. Era viejo y no aguantó. Arrojaron su cadáver al río. Tanimbú fue al poste. Estaba tísico y no aguantó.

Arrojaron su cadáver al río. Anacleto Pakurí fue al poste. Era joven y fuerte. Aguantó. Dejó por sus propios medios el "buen amigo". Pero al día siguiente volvió a insolentarse con uno de los capangas y lo liquidaron de un tiro. Arrojaron su cadáver al río. Un poco antes también habían arrojado al río a Loreto Almirón, que no murió de guacha sino del puñetazo que Harry Way le obsequió al llegar.

El río era una buena tumba, verde, circulante, sosegada. Recibía a sus hijos muertos y los llevaba sin protestas en sus brazos de agua que los había mecido al nacer. Poco después trajo pirañas para que no se pudrieran en largas e inútiles navegaciones.

Las mujeres no estaban mejor que los hombres. Antes sólo vivía en la casa blanca Eulogio Penayo, el mulato bragado de piernas. Ahora había en la Ogaguasú veinticinco machos cabríos. Necesitaban desfogarse y se desfogaban a las buenas o a las malas.

El Buey-Rojo desfloraba a las nuevas y las pasaba a sus hombres cuando se cansaba de ellas.

Las noches de farra menudeaban en la Ogaguasú. Los capangas salían a recorrer los ranchos reclutando a las kuñá. Cuando escaseaba mujer, hubo alguna que tuvo que soportar todo el tendal de machos, mientras el fuego líquido de la guaripola y el fuego podrido de la lujuria alumbraban la farra, entre gritos, guitarreadas, cantos rotos y carcajadas soeces.

El entusiasmo para la huelga se apagó como quemado por un ácido. Las palabras de Solano Rojas morían sin eco, sordamente rechazadas. Ya ni lo querían escuchar. El terror tenía paralizada a la gente. El rostro de tronera de Harry Way prendía ojos de lechuza venteadora desde las ventanas de la Ogaguasú. Se sentían vigilados hasta en sus pensamientos.

—¡Qué huelga, Solano! —decían los pocos que aún no estaban del todo desanimados—. Ma' mijor quemamo' la fábrica y no'e condemo' en el monte.

—La fábrica no é' el enemigo de nojotro. El enemigo e'tá en el Ogaguasú. En toda las Ogaguasú-kuera donde hay patrone' como el Güey-Pytá o Simón Bonaví. Contra ello-kuera tenemo' que levantarno'.

Naturalmente no podían faltar los soplones. Uno de ellos delató a Solano.

El Buey-Rojo le exigió primeramente con amenazas que revelara los planes de la huelga. Solano estaba mudo y tranquilo. Lo trataron de ablandar a puñetazos y a puntapiés. Solano escupió sangre, escupió dos o tres dientes, pero seguía mudo y tranquilo mientras los moretones empezaban a sombrearle el rostro.

—Llévenlo al poste. Y dugo con él —ordenó entonces el patrón.

Fue atado al “buen amigo” y torturado bestialmente. El mismo Harry Way presenció la guacheada. El zambo y el tembevó-karapé alternaron sus cueros sobre el lomo de Solano y rivalizaron en fuerza y en saña.

—Va di' peso a e'te. Lo vi'a delomar en cuarenta—dijo el petiso en voz baja al negro, antes de comenzar.

—A e'te, entre lo do' junto no lo delomamo en meno' de cien —reflexionó el negro—. Ya jheyá cien-pe.

Empezaron a sonar las guachas como tiros de calibre 38 largo.

... Cinco... Diez... Quince... Veinte... El zambo y el karapé... El karapé y el zambo... Veinticinco... Treinta... El zambo y el karapé... El karapé y el zambo...

A cada guachazo saltaba un pequeño surtidor rojo que

resplandecía al sol. Toda la espalda de Solano ya estaba bañada en su jugo escarlata como una fruta demasiado madura que dos taguatós implacables reventaban con sus acompasados aletazos. Pero Solano seguía mudo. La boca le sangraba también con el esfuerzo del silencio. Sólo sus ojos estaban empañados de alaridos rabiosos. Pero su silencio era más terrible que el estampido de las guachas.

—¡Más... más...! —gritaba Harry Way—. ¡Dugo con él!  
¡Mí va a enseñarte, misegable, a ser jueguista! ¡Más... más...!  
...Treinta y cinco... Cuarenta... Cuarenta y cinco... Cincuenta...

El zambo y el karapé... El karapé y el zambo...

Estaban fatigados El karapé estertoraba y estertoraba el zambo. Al levantar la guacha se secaban el sudor de la frente con el antebrazo y se borroneaban de rojo toda la cara con las salpicaduras de la sangre. El Buey-Rojo también estertoraba, pero él no de fatiga sino de sádica emoción.

Ni el zambo ni el karapé acertaron esta vez. Sólo con ciento diez guachazos pudieron deslomar a Solano, que quedó colgando del "buen amigo".

El humo del ingenio seguía manchando el cielo. El quiste colorado latía. En la Ogaguasú hubo esa noche rumor de farra.

El poste amaneció vacío. Manos anónimas desataron en la oscuridad a Solano y lo llevaron por el río. Si los capangas de Harry Way no hubieran estado durmiendo su borrachera, tal vez habrían sentido maniobrar quedamente en el recodo a los cachiveos de los carpincheros.

Los días pasaron lentamente. La desesperación creció en los tra-

bajadores del ingenio y empezó a desbordar como agua que una mala luna arrancaba de madre.

La destrucción de la fábrica quedó decidida.

Era en cierto modo la consecuencia natural del estado de ánimo colectivo. La solución extrema dictada no por el valor sino por el miedo. La gente estaba embrujada por el miedo. Estaba embrujada por el odio, por la amargura sin esperanza. Estaba envenenada y seca como si durante todo ese tiempo no hubiera estado bebiendo más que jugo de víboras y guarapo de caña dulce leprosa.

La causa de sus desgracias eran la fábrica, las máquinas, el ingenio. El mismo Simón Bonaví, el propio Harry Way, habían nacido del quiste colorado. Tenían su color y su ponzoña. Destruída la fábrica, todo volvería a ser como antes.

—¡Vamos a quemarla! —propuso Alipio Chamorro.

—¡Ya jhapy-katú! —apoyaron Secundino Ortigoza, Belén Cristaldo, Miguel Benítez, y unos quince o veinte mas, mocetones arrojados a quienes no les importaba morir si podían destruir el poder del Buey-Rojo.

La ausencia de Solano Rojas lo complicaba todo. El habría logrado sacar partido favorable de la situación. Era el cabecilla nato de los suyos. Pero lo creían muerto.

Un hachero trajo sin embargo la noticia de que estaba vivo con los carpincheros.

—Vamos a hacerlo llamar —propuso Belén Cristaldo.

—El quiere la huelga, no el incendio —recordó Secú Ortigoza.

De todos modos, enviaron de inmediato al mismo hachero para comunicarle la decisión.

La noche fijada para el incendio, Solano Rojas remontó el río



con unos cuantos carpincheros, los mismos que lo habían rescatado del poste del suplicio salvándole la vida. Todavía estaba algo débil, pero por dentro se sentía firme y ansioso.

Cuando se iban acercando al Paso, oyeron sonar disparos hacia el ingenio. Desembarcaron, subieron la barranca y continuaron aproximándose cautelosamente por el monte donde la noche era más noche con la oscuridad. Los disparos iban arreciando. Solano reconoció los máuseres y los revólveres de Harry Way y sus matones. El corazón se le encogió con un triste presentimiento.

Al desembocar en la explanada del ingenio, comprobó que lo que venía temiendo desgraciadamente era verdad; sus compañeros estaban acorralados dentro de la pila de rajas que rodeaba la parte trasera de la fábrica en un gran semicírculo. Probablemente alguien había soplado a Harry Way el plan de los incendiarios, él los había dejado entrar en la trampa hasta el último hombre y ahora los estaba cazando a tiros.

Solano Rojas escudriñó las tinieblas. Sólo restaba un último y desesperado recurso. Era casi absurdo, pero había que intentarlo.

—¡Vamos! lo'mitá! —susurró a los carpincheros y volvieron a sumirse en el yavorai.

En la herradura formada por los fondos de la fábrica y la pila de leña, la oscuridad semejava el ala de un inmenso murciélago. En esa membrana viscosa y siniestra los hombres atrapados se arrebuaban, se guarecían. Pero sólo por unos instantes más.

Desde distintos puntos a la vez, los disparos de los capangas la iban pintando con fugaces y retumbantes lengüetazos amarillos. Se apagaban y surgían de nuevo en una costura fosfórica hilada de chiflidos. El respunte de fogonazos y detonaciones marcaba el reborde de

la trampa. Los peones también respondían con alguno que otro tiro desde donde se hallaban parapetados. Disponían de un revólver. Lo empuñaba Alipio Chamorro. Era el "Smith-Wesson" que su hermana le había robado a un capanga una noche de farra en la Ogaguasú. Alipio disparaba apuntando cuidadosamente hacia las sombras que escupían saliva de fuego amarillo. Disparó hasta cinco veces.

—Me queda una bala nomá' —avisó Alipio.

—Dejá para lo' último —dijo Secú Ortigoza, sin esperanza—. Ese bala e' para vo'. Te va a sarvar de lo' capanga'. No sarvó a tu hermana. Pero te va a sarvar a vo'.

Alguien trató de anular la nota fúnebre que Secú había infiltrado.

—¿Se acuerdan pa de Simón Bonaví? Dentro de su pierna' nikó podían pelear cinco perro'pertiguero', de tan karé que eran.

Rieron.

—¿Y cuando olía su bragueta? —dijo Belén Cristaldo, contribuyendo a la evocación del primer patrón—. Se contentaba con eso pa no ga'tarse con mujer.

Rieron a carcajadas. Condenados a una muerte segura, la veintena de peones todavía divertía sus últimos minutos con pensamientos risueños de una tranquila y desesperada ironía. Los balazos de Harry Way y de sus hombres continuaban rebotando en los troncos con chistidos secos. De él no se acordaban sino para gritarle con fría cólera, con desprecio:

—¡Güey-Pytá! . . .

—¡Mba'e-pochy tepynó! . . .

—¡Tekaká! . . .

—¡Piii-piii-piii. . . puuuuu. . .!

Una lluvia de uñas de plomo raspó la pila de leña como una

invasión de comadreas invisibles. Los peones quedaron en silencio. Dos o tres se quejaban quedamente, como en orgasmo. Se dispusieron a entregarse. En eso vieron elevarse por encima del pespunte fosfórico un resplandor humeante hacia el recodo del río, en dirección a la Ogaguasú.

—¡Pe má' él! ¡Tata...! —dijo una voz en el parapeto.

—¿Qué pikó puede ser? —preguntó Miguel Benítez, con su voz aflautada de niño.

—El juego de San Juan —murmuró Alipio en un suspiro—. Pe mañá pörä-ke jhesé... Lo' etamo viendo por última vé'...

—¿En octubre pikó, Alipio, la noche de San Juan de juño? —preguntó Secú.

El resplandor crecía. Ahora se veía bien No; no eran las fogatas de San Juan. Era la Ogaguasú que se estaba quemando. Un gran grito tembloroso surgió en el parapeto. Los capangas abandonaron el asedio de la pila de leñas y corrieron hacia la Ogaguasú. Fueron recibidos con un tiroteo graneado que tumbó a varios. Cundió entre ellos el desconcierto. Se oían mugidos metálicos y gangosos de Harry Way tratando de contener el desbande de sus hombres repentinamente asustados.

Los sitiados comenzaron a abandonar el parapeto. Por las dudas se alejaban reptando entre la maleza.

Cuando algunos de ellos se animaron y llegaron a las inmediaciones de la Ogaguasú, se encontraron con un extraordinario espectáculo. Todo había sucedido vertiginosamente. Era algo tan inconcebible e irreal que parecía un sueño. Pero no era un sueño.

En el candelero circular de los "bungalows" de tablas, la Ogaguasú ardía como una inmensa tea que alumbraba la noche.

Delante de Solano Rojas, armado de un máuser, delante de unos treinta carpincheros armados también con máuseres y revólveres, estaba Harry Way hincado de rodillas pidiendo clemencia. Con gritos jadeantes pedía clemencia a los hombres libres del río, al esclavo que un mes antes había mandado azotar hasta el borde de la muerte. Pedía clemencia porque él a su vez ahora no quería morir. Su camisa a rayas coloradas, hecha jirones, mostraba el pecho de herrumbre. Sus *breeches* color caqui, su piel de oro sanguíneo, sus botas rojas acordonadas, estaban embadurnadas de barro y de sangre. De trecho en trecho había capangas muertos. El pecoso alto y el petiso de labio leporino habían mordido el polvo junto al patrón.

Poco a poco vinieron los demás pobladores. Una gran multitud se estaba reuniendo alrededor del incendio.

—¡No me maten... , no me maten... ! ¡Mí ser un ciudadano extranquero... ! ¡Mi promete resolver las cosas a su gusto... ! ¡No me maten... ! —gemía el Buey-Rojo postrado en tierra, aplastado, vencido.

—¡Levántese! —le ordenó Solano Rojas. Su voz no admitía réplica. Era una voluntad tensa en que vivos y muertos hablaban. Resaltó poderosa entre el ruido del fuego.

Harry Way se levantó lentamente, dudando todavía. Su corpachón ya no era amenazante. Estaba como deshuesado.

Solano se desplazó hasta la puerta de uno de los “bungalows” en llamas y la abrió con la culata del máuser. La espalda llagada de Solano descargó de golpe sobre los ojos del señor feudal, uno por uno, silenciosamente, todos los guachazos recibidos.

—¡Venga aquí! —volvió a ordenar implacable.

Harry Way avanzó un paso y se detuvo. Acababa de comprender. Empezó a gritar nuevamente, esta vez con gañidos de perro cas-

tigado. Dos carpincheros lo empujaron a culatazos, lo fueron empujando como a un carpincho herido en el agua, lo fueron empujando a pesar de sus gritos, de su resistencia espasmódica, de su descompuesto terror, de su ansia tremenda de salvarse de la muerte. Lo fueron empujando hasta acabar de meterlo en la ratonera ardiente.

Solano volvió a cerrar la puerta y la atrancó con el máuser.

Todos se quedaron escuchando en silencio, presenciando en silencio la invisible ejecución de Harry Way que las llamas consumaban lentamente, hasta que los gritos y los golpes de puños en los tablones se nivelaron con el chisporroteo del fuego, decrecieron y se apagaron del todo, mientras crecía en el aire el olor de la carne quemada.

Entre los carpincheros, cerca de Solano Rojas, estaba una muchacha mirando la casa que ardía. En su rostro fino y pequeño sus pupilas azules brillaban empañadas. La firme gracia de su cuerpo de cobre emergía a través de los guñapos. Sus cabellos parecían bañados de luna, como el azúcar. No tenía armas pero sus manos estaban cubiertas de tizne. Ella también había ayudado a quemar la Ogaguasú, a destruir la cruel y sanguinaria opresión que estaba acabando en calcinados escombros, en humo volandero, en recuerdo.

Por eso el acordeón de Solano suena vivo y marcial en el Paso. El fuego de la tierra y de los hombres, la pasión de la libertad y el coraje, vibran en las antiguas palabras guerreras.

*Campamento Cerro-León ,  
catorce, quince, yesiséis . . .  
yesisiete, yesiocho . . .  
yesinueve batallón . . .  
I puma ko la diana ,*

*pe pacpá-ke lo'mitá . . .*

Tras el sumario castigo del Buey-Rojo, sucedió un episodio breve, indescriptible, maravilloso. No podía durar. Después de la pesadilla del miedo, la borrachera de la esperanza iba a ser sólo como un soplo.

Los trabajadores del ingenio recomenzaron la zafra por su cuenta después de haber hecho justicia por sus manos. La habían pagado con su dolor, con su sacrificio, con su sangre. Y la habían pagado por adelantado. Las cuentas eran justas.

Formaron una comisión de administración en la que se incluyó a los técnicos. Y cada uno se alineó en lo suyo; los peones en la fábrica, los plantadores en los plantíos, los hacheros en el monte, los carreros en los carros, los cuadrilleros en los caminos. Todos arriaron el hombro, hasta las mujeres, los viejos y la mitá-í.

Se pusieron a trabajar noche y día sin descanso. Lo hacían con gusto, porque al fin sabían, sentían que el trabajo es una cosa buena y alegre cuando no lo mancha el miedo ni el odio. El trabajo hecho en amistad y camaradería.

No pensaban, por otra parte, quedarse con el ingenio para siempre. Sabían que eso era imposible. Pero querían entregarlo por lo menos limpio y purificado de sus taras; lugar de trabajo digno de los hombres que viven de su trabajo, y no lugar de torturas y de injusticias bestiales.

Solano Rojas habló de que podrían imponer condiciones. Destacó emisarios a los otros ingenios del Sur y a la Capital.

No volvieron los emisarios. No pudieron siquiera terminar la zafra. A la semana de haber comenzado esta fiesta laboriosa y fraternal, el ingenio amaneció un día cercado por dos escuadrones del

gobierno que venían a vengar póstumamente al capitalista extranjero Harry Way. Traían automáticas y morteros.

Los trabajadores enviaron parlamentarios. Fueron baleados. Se acantonaron entonces en la fábrica para resistir. Las ametralladoras empezaron a entrar en acción y las primeras granadas de morteros a caer sobre la fábrica.

Los sitiados se rindieron esta vez para evitar una inútil matanza. Los escuadrones se llevaron a los presos atados con alambre. Entre ellos iba Solano Rojas con un balazo en el hombro.

Tebikuary del Guairá volvió al punto de partida. Pero en lugar del verde de antaño había sólo escombros carbonizados. Algunas carroñas humanas se hinchaban en el polvo del terraplén. Y en lugar de humo flotaban cuervos en el aire seco y ardiente del valle.

El círculo se había cerrado y volvía a empezar.

Poco a poco regresaron los presos. Primero fue Miguel Benítez, después Secú Ortigoza, después Belén Cristaldo y por último Alipio Chamorro. Solano Rojas quedó en la cárcel. Quedó por quince años. Por fin lo soltaron. Se trajo sus recuerdos y la cicatriz de un sablazo sobre ellos. Pero había tenido que dejar los ojos en la cárcel en pago de su libertad.

Regresó como una sombra que volvía de la muerte. Sombra él por fuera y por dentro. Anduvo vagabundeando por las barrancas. Allí se quedó. Los carpincheros le ayudaron después a levantar su choza al otro lado del río y a construir su balsa. Un tropero le regaló el acordeón.

Se sentía a gusto en la barranca frente a las ruinas de la Ogaguasú. Era el sitio del combate y el sitio de su amor. Necesitaba estar allí, al borde del camino de agua que era el camino de ella. Su oído aprendió a distinguir el paso de los carpincheros y a ubicar el

cachiveo negro en que la muchacha del río bogaba mirando hacia arriba el rancho del pasero.

Ella. Yesy-Mörötī.

El nombre de Paso surgió de esta tierna y secreta obsesión que se transformaba en música en el remendado acordeón del ciego.

*Yasy-Mörötī . . .*

*Luna blanca amaba que de mí te alejas  
con ojos distantes . . .*

Por tres veces, Solano sintió bajar las fogatas de San Juan. Los carpincheros seguían cumpliendo el rito inmemorial. Traían sus cachiveos a que los sapecara el fuego del Santo para que la caza fuera fructífera.

Solano se aproximaba al borde de la barranca para sentirlos pasar. Los saludaba con el acordeón y ellos le respondían con sus gritos. Y cuando entre los fuegos el ojo de su corazón la veía pasar a ella, una extraña exaltación lo poseía. Dejaba de tocar y los ojos sin vida echaban su rocío. En cada gota se apagaban paisajes y brillaba el recuerdo con el color del fuego.

La última vez que se acercó, resbaló en la arena de la barranca y cayó al remanso donde guardaba su balsa, donde lavaba su ropa harapienta, de donde sacaba el agua para beber.

De allí lo sacaron los carpincheros que estuvieron toda la noche sondando el agua con sus botaduras y sus arpones, al resplandor de las hogueras.

Lo sacaron enredado a un raigón negro, los brazos negros del agua verde que lo tenían abrazado estrechamente y no lo querían soltar.



Los carpincheros pusieron el cuerpo de Solano en la balsa, trozaron el ysyjó que la ataba al embarcadero y la remolcaron río abajo entre los islotes llameantes.

Sobre la balsa, al lado del muerto, iba inmóvil Yasy-Mörötí.

Todavía de tanto en tanto suele escucharse en el Paso, a la caída de las noches, la música fantasmal del acordeón. No siempre. Sólo cuando amenaza mal tiempo, no hay zafra en el ingenio nuevo y todo está quieto y parado sobre el río.

—¡Chake! —dicen entonces los ribereños aguzando el oído—. Va a haber tormenta.

—Ipú yevyma jhina Solano cordión. . .

Piensan que el Paso Yasy-Mörötí está embrujado y que Solano ronda en esas noches convertido en Pora. No lo temen y lo veneran porque se sienten protegidos por el ánima del pasero muerto.

Allí está él en el cruce del río como un guardián ciego e invisible a quien no es posible engañar porque *lo ve todo*.

Monta guardia y espera. Y nada hay tan poderoso e invencible como cuando alguien, desde la muerte, monta guardia y espera.

(Augusto Roa Bastos)

## AUGUSTO ROA BASTOS

Nació en Asunción (Paraguay) el año 1917. Fue secretario de redacción de *El País* y corresponsal durante la Segunda Guerra Mundial. Su obra poética está integrada por *El ruiseñor de la aurora y otros poemas* (1942) y *El naranjal ardiente* (1960), pero ha

destacado por su narrativa realista en la que describe problemas y hechos del Paraguay como en *El trueno entre las hojas*, serie de relatos de 1953, *Hijo de hombre* (1960), novela de ambiente histórico, y *Fulgenio Miranda* (1941). Tras una serie de enérgicos relatos breves de temática variada: *El baldío* (1966), *Madera quemada* (1967), *Los pies sobre el agua* (1967), en 1974 publicó *Yo el supremo*, novela ambiciosa sobre la figura de José Gaspar Rodríguez de Francia. Desde 1976 es profesor de guaraní en la universidad de Toulouse ete Mirail. En *El trueno entre las hojas* hallamos un conjunto de cuentos con un tema común: una comunidad natural paraguaya ve roto su orden mágico de la vida y de las cosas con la llegada de la civilización.

## VOCABULARIO

ingenio <i>m.</i> 制糖厂	garabatear <i>vt.</i> 钩取
zafra <i>f.</i> 甘蔗收成	apyká 靠背长椅
tufo <i>m.</i> 烟,气	talud <i>m.</i> 斜坡
resquebrajadura <i>f.</i> 裂口	rezongo <i>m.</i> 荨麻
aicheyarangá 可怜虫	ipuma-ko 弹起来吧
expoliación <i>f.</i> 掠取	recato <i>m.</i> 慎重
apostarse <i>vr.</i> 守候	conchavar <i>vt.</i> 雇佣
bastimento <i>m.</i> 粮食	terraplén <i>m.</i> 路基,路堤
che ra'y-kuera 我的孩子	kuatiá rei 废纸一张
boyar <i>vi.</i> 漂浮	chake 小心
mita'i 小孩	omanó 死了
a'ó poi 手织棉布	iporã itepa 多美啊!
yatagán <i>m.</i> 弯月形刀	ninfomanía <i>f.</i> 慕男狂

buba	<i>f.</i>	脓包	farra	<i>f.</i>	狂欢
neike		我们走吧	soez	<i>adj.</i>	低级趣味的
tapy-pi		脏话	estertorar	<i>vi.</i>	喘息
testaferro	<i>m.</i>	挂名的人	guarapo	<i>m.</i>	甘蔗汁
loro marakaná		一种鸚鵡	respunte	<i>m.</i>	回射
conciliábulo	<i>m.</i>	非法会议, 秘密会议	tizne	<i>m.</i>	烟子
orla	<i>f.</i>	边饰, 缘饰	ipu yevyma jhina		又敲响了

## **LA DESESPERANZA**

*La desesperanza*, primera novela de Donoso tras casi un lustro de silencio, es sin duda uno de los más difíciles y arriesgados empeños de toda su producción. La tragedia política chilena encarna en un personaje conflictivo; Mañungo Vera, cantante de izquierdas, que regresa de París a Santiago el día de la muerte de Matilde Neruda. El itinerario de Mañungo hacia la plena conciencia del horror cotidiano es el hilo conductor de las diversas tramas laterales que documentan este verdadero “informe sobre la desesperanza”, que es a la vez una crónica literaria en clave, en la que no pocas escenas delatan el poder de alucinación obsesiva característico de Donoso y en la que cada línea y cada página, encaradas a una realidad áspera y atroz, evidencian la lúcida maestría de un narrador en plena posesión de su arte.

### **TERCERA PARTE**

#### **La mañana**

26

Despertaron doloridos con los terrones del suelo, el sol hurgándoles los ojos. El primer impulso de Mañungo al incorporarse fue consultar su reloj. Pero el reloj no estaba en su muñeca.

366

—¡Me robaron mi Rolex! —exclamó, poniéndose en pie de un salto.

Al registrar su ropa comprobó que durante la noche también había desaparecido su dinero y no estaba ni su morral ni los jirones de la cartera de Judit. Sólo le quedaba un pequeño rollo de billetes calientes en el bolsillo de los *jeans*, hasta donde, debido a su postura durante el sueño, no se aventuraron las manos ladronas: ladrón, pero no traidor, eso era don César, eso, seguramente, eran todos, ése era el código de los miserables.

—¿Y mis documentos? —exclamó Mañungo alarmado mientras se sacudía la ropa, aunque su alarma fue breve porque encontró sus papeles tirados cerca de donde habían dormido, junto con los de Judit.

—Nos robaron la plata —dijo ella, sentándose en la tierra y sacándose el pasto seco y las ramitas del pelo, cerca del cuerpo descartado de la perrita blanca, rígido como un juguete de palo tallado en una sola pieza—. Pero nos dejaron los documentos; a pesar de todo, no quisieron hacernos daño.

Estaban solos en el baldío, transformado por la luz de la mañana en un basural, latas y papeles y trapos entre los matorrales, el suelo manchado con las huellas negras de pequeñas fogatas donde habían calentado comida, chamuscando los yuyos secos. En un balcón del edificio del fondo una señora en bata regaba sus plantas, y en otro balcón idéntico pero sin ninguna relación con el de las plantas, otra señora bruñía un tiesto de bronce que refulgía con el primer sol que tocó la cima de la torre. Judit le dijo a Mañungo que no se preocupara: lo del Rolex, claro, era una pena, pero había recuperado sus documentos, que era lo más importante. Ella no llevaba nada de valor en su cartera destripada por los perros. Sentada en el suelo,

peinándose la melena con los dedos, giró para darle la espalda a la perrita blanca.

¿Fue falsa, entonces, su hiperestesia de anoche, la emoción que acompañó el asesinato de la perrita, con la que durmió abrazada como con una muñeca? Al ponerse de pie, Judit encontró tan natural que Mañungo no la ayudara, que ese desapego lo enfrió, de modo que cuando ella intentó abrazarlo y besarlo, él no pudo reaccionar más que formalmente ante la sorpresa: una desconocida le prometía al oído la felicidad que no sería capaz de darle, rogándole con susurros que la acompañara a su casa y se quedara con ella.

—¿Y el niño? ¿Qué hago con el niño?

—De mi casa puedes llamarlo.

—Vamos.

¡Qué insoportables las llantinas de Jean-Paul, sobre todo cuando tenía que resolver el problema de Judit antes de encararlas! El niño le iba a hacer pagar muy cara esta escapada, seguramente con meses de amurramiento, cobrándole la cuenta con toda clase de exigencias.

Pero las cosas con Jean-Paul iban a cambiar: estaba bueno que se fuera acostumbrando a otro régimen, sin tantas compensaciones por las fallas de sus padres, porque en los países subdesarrollados los padres tienen más derechos, incluso el derecho de no justificarse, y los hijos deben soportar las situaciones tal como se dan. En esta ocasión, por ejemplo, el niño no tenía de qué quejarse porque si bien su padre no regresó a la hora prevista, se había preocupado de que le pusieran a una buena nana chilena para que lo cuidara en el Holiday Inn, de modo que Jean-Paul no debía estropear con recriminaciones su maravillosa primera noche en Santiago. ¿Pero había sido, en realidad, maravillosa esa noche, y el resultado, visto desde la pers-

pectiva de esta mañana, no era más bien cadavérico y siniestro? ¿Podían amarse, él y Judit, ya que eso, en el fondo, era lo que parecía estar planteándoles esta mañana?

Le pareció demasiado temprano para estas consideraciones. Aunque el cielo hubiera amanecido con la piel dorada como la de un damasco, la luz pronto recogería esa fina cutícula y para la hora del funeral el sol iba a picar desde un cielo implacablemente azul. Tomaron un taxi en Providencia, que aún no comenzaba a animarse. Lo dirigieron a Bellavista; la pasaría a dejar a su casa antes de irse al hotel. Porque ¿qué compromiso lo unía a ella? Ninguno. Podía perfectamente separarse diciéndole: chao, y nada más. Hacia el norte, el cerro San Cristóbal recién se desvestía de su sombra. El taxi, igual que el suyo esta tarde —¿era posible que todo hubiera ocurrido en menos de doce horas? ¿Que los perros y los helicópteros, y Farías y el velorio, y la historia de Judit relatada bajo la madreSelva y sus cuerpos unidos bajo los acantos, todo un mundo, toda una vida, dos vidas porque la suya también contaba, y París y Chiloé, todo cupiera en ese apretado puño de tiempo? ¿Que no se cumplían aún las veinticuatro horas de la muerte de Matilde y en seis más la fueran a enterrar? —, se metía por el barrio, prosaico a esta hora de niños partiendo al colegio y de señoras saliendo con bolsas rumbo al mercado. El taxi se detuvo. Reunieron los pocos pesos que les dejaron los ladrones y después de pagar subieron la escala, enlazados por la cintura, arrastrando una mano por la baranda brillante como una castaña donde antiguas manos la habían lubricado. Ante la puerta de Judit les sorprendió el olor a huevos fritos. Golpearon.

—¿Quién...? —alcanzó a preguntar Judit antes que Lopito abriera.

Claro, tuvo que aceptar con desaliento: Lopito. ¿Quién otro

para estropear sus proyectos y confundir la imagen que quería obtener de sí misma en los brazos de Mañungo? Lopito los recibía bañado, peinado, perfumado, el más afable de los dueños de casa, ataviado con la bata de viyela azul de Judit. Al cerrar la puerta lo contempló atónita; se dirigía al equipo, rogándoles que se sintieran perfectamente *at home* y cambió el cassette:

—*Los dos granaderos* —reconoció Mañungo.

—*Elementary, Watson* —asintió Lopito—. Cantando por Fisher-Diskau que a mí, te diré, no me gus...

—¿Qué haces aquí? —le gritó Judit, pasando rápidamente de la sorpresa a la histeria, sobre todo porque recordaba demasiado bien, cuando ya era tarde para remediarlo, qué, exactamente, hacía allí Lopito. Porque, claro, no era en absoluto el estilo de Judit llegar en las primeras horas de la madrugada arrastrando una aventura galante, de modo que jamás se le ocurrió que se le iba a presentar este absurdo inconveniente para pasar días y días en los brazos de Mañungo como remedio para todos sus males. La presencia del inmortal Lopito, bien bañado y bien dormido, intruso en su vida privada y señoreando como un marido comprensivo en su casa, se le hizo, a estas alturas, psicológicamente inmanejable.

—¿Sabes que en el fondo estoy aburrido con Fisher-Diskau? —le decía Lopito a Mañungo, sin prestar atención a las preguntas de Judit—. ¡Tan monótono! No deja opción, porque como ha grabado absolutamente toda la literatura musical para voz masculina, no hay forma de escaparse de su ubicuidad. ¡Un asco! Schumann, entonces, suena igual que Ravel, y Fauré igual que *Adelaïde*; dictadura musical se llama eso. En el fondo es un vulgar mercader. ¡Cómo no, si es dueño de la Deutsches Gramophone y graba todo lo que se le pasa por el culo! Son las mejores grabaciones del mundo, eso hay que



reconocerlo. ¿Qué irá a hacer ahora la Deutsches Gramophone con los *compact-discs*? ¿Has oído los *compactdiscs*? Son la verdad absoluta...

—¿Qué haces aquí, te digo, Lopito? —volvió a preguntarle a gritos Judit, aunque lo sabía de sobra, pero creyó poder descargar la presión de su rabia reiterándosela—. Yo necesito mi vida privada.

Lopito la encaró:

—¿Ah, sí? ¿No te acuerdas, mi preciosa Virginia Woolf chilensis? Me prestaste tu llave para que durmiera aquí esta noche, con la condición de que me bañara. Ya me bañé, y te diré que en el fondo no es una experiencia desagradable. Déjame disfrutar un rato más de este oasis antes de regresar al horripilante mundo de la realidad contra el cual tu casa es un antídoto tan civilizado. No se ruboricen ante el tío Lopito porque los sorprendí en una mañana de devaneo. Les aseguro que soy el celestino perfecto. ¿Quieren que les abra la cama? ¿Que les eche a correr la ducha o la tina? ¿Qué prefieren? ¿Que les prepare huevos revueltos para que tengan proteínas suficientes para disfrutar de esta mañana de amor antes del funeral? Ah, te tengo un mensaje urgente, Ju. Te llamó Celedonio diciendo que por favor lo llames. Y también Ada Luz. Los dos parece que te quieren decir algo relacionado con el funeral de la Matilde y están enloquecidos. Dicen que Lisboa anda hecho un basilisco. ¿Qué será un basilisco? Mira, mira, oye qué maravilla es Schumann que de repente se resbala y cae en la locura total en la *Kreislariana* y no se puede armar otra vez... Oye... ¡Es la verdad absoluta, este tipo!

A Mañungo lo tenía irritado sobre todo que Lopito se hubiera ataviado con la bata de viyela azul de Judit, como si su uso fuera parte estable de una costumbre, e hiciera gala con eso de una intimidad casi marital; en realidad, pensó, lo lógico sería que se fuera él,

Mañungo, dejando a Lopito instalado en el departamento. ¿Qué circunstancias ignoradas durante sus doce años de ausencia unían a esos dos? ¿Clandestinidad, muerte, cambios brutales, hambre, frío, traiciones mutuas y mutuos perdones, consuelo...? ¿No era, acaso, el cúmulo de estas mezquindades lo que se suele llamar amor? Y la ilusión, y después la desilusión de todo, de todas las ideologías, dejándolos solos, dando manotazos porque en las circunstancias presentes a que las autoridades los habían empujado no había otra cosa. Leyeron las mismas novelas al mismo tiempo, estos dos, y estaban sufriendo el contagio, tal vez pasajero, de Schumann, y citaban los mismos poemas ilustrando situaciones paralelas, y compartieron noches sin luz porque ya no les quedaban ni siquiera velas, y una frazada, y la última manzana, unidos, perteneciendo al mismo paisaje, con o sin amor durante tantos años para Mañungo perdidos. La bata de viyela azul estaba vieja porque a falta de otra también la usaba el "marido". Nadja no sabía compartir viejas batas de viyela con nadie: todo era tuyo o mío. ¿Habían hecho el amor, Lopito y Judit, alguna vez después de aquella lejana primera ocasión cacareada como un triunfo por Judit, como un acto de arrojo, en la universidad durante los años heroicos en que era necesario ser más grande que uno mismo y saltar más allá de su propia sombra? ¡No! ¡No podía soportar esa idea! Pero debajo de la intimidad de esos dos, Mañungo adivinó que Judit se quería entregar a él para que la ayudara a explorar su desconcierto, las perplejidades a resolverse sólo haciendo el amor urgentemente, ahora mismo. Despedir a Lopito y hacerse dueño de la bata de viyela azul. ¿Cómo podía Judit acostarse con un tipo tan asqueroso como Lopito? La respuesta era porque ella también era asquerosa. Se hizo intolerable su necesidad de echar a Lopito de la casa para lanzar a Judit sobre la cama y preguntarle todo.

En la cocina estaría preparando café e ingeniando, se imaginó Mañungo, alguna manera de deshacerse de Lopito, que se divertía desacreditando la idea de que Schumann se hubiera lanzado al Rin amarrado a su velador como lastre. ¡Era una historia surrealista inventada por don Celedonio! Aunque la idea no estaba mal. Lástima que los veladores de ahora no fueran muy prácticos en ese sentido, tan livianos que flotaban porque no eran más que mesitas de caña, no sólidas estructuras de caoba tallada, con muchos cajones y cerrajería de bronce. Sería necesario prevenir a los fabricantes de veladores si no querían perder su clientela. Claro que la vez del velador no fue cuando Schumann se mató. Ese fue sólo un intento de suicidio, igualmente sin importancia que los intentos de suicidio de toda la gente como uno, aunque ahora no estaba de moda amarrarse a un velador para hacerlo; claro que el Mapocho no era el Rin y en su papel de *vater* quedaba sumamente deslucido; en cambio el Rin lo ennoblecía todo, aseguraba Lopito, tosiendo al mismo tiempo que tarareaba los momentos más peligrosos de la *Kreiseriana*. Levantó el teléfono al oírlo sonar:

—Habla con la residencia de don Juan López.

—¡No seas imbécil, Lopito! —le gritó Judit desde la cocina —. ¿Quién llama?

—¡Freddy, mi amor! —estaba diciendo Lopito, gesticulando obscenamente—. ¡Pero qué gusto tan grande! ¿Ah, no sabías que hace años que la Ju y yo vivimos en concubinato? Sí, tienes tres hermosos sobrinos López Torre, overos, por desgracia, por lo blanca la Ju y lo negro yo, lástima que no resultó la tonalidad café-con-leche que es tan exótica. Pero son buenos chiquillos y sacan siete en comportamiento y hablan francés como Jean-Paul. ¿Qué importa quién es Jean-Paul? ¿Por qué me ama la Ju? Muy claro: su "*amour pour*

*la boue*", tan respetable como tu afición por los chupetes, aunque comprendo que ésa ya sea una fase superada de tu evolución sexual. En fin, el amor es pura fantasía, como se sabe, y da lo mismo Priamo que la cabeza del burro. . .

¿Y si fuera verdad este horrible chiste de Lopito? ¿Si dentro de un minuto irrumpieran por la puerta tres enanitos overos, con la quijada de Judit y los dientes verdosos de Lopito?, pensó Mañungo, que no despegaba de la puerta sus ojos alarmados. Judit se apoyó en Mañungo. El le hurtó su cuerpo discretamente porque no estaba dispuesto a aceptar intimidad alguna sin antes aclarar las cosas. Ella, ahogando su risa, por fin se adueñó del fono:

—No, Freddy, no te voy a dar explicaciones de por qué está Lopito en mi casa, además en paños menores, a las ocho de la mañana. Sí, durmió aquí. No te voy a contestar nada más porque no voy a aguantar tu papel de primo mayor que vela por la pureza de su parentela femenina.

Lopito se tiró en la alfombra, con calambres de risa. Mañungo fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua, que no bebió. Se quedó en el umbral, escuchando la comedia:

—Bueno. Basta. ¿Qué quieres, Freddy? Sabes muy bien que no tengo nada que hablar con un carajo como tú. No puede ser tan urgente. Nada en el mundo es tan urgente ahora que la Matilde se murió. ¿Por qué hoy, que es el funeral y hay tanto que hacer? Me quedé de juntar con Celedonio y la Fausta en la casa de la Matilde y no me puedo atrasar. ¿Antes, contigo? No, no quiero que vengas para acá. ¿Para que después andes comentando "pensar cómo vivían los padres de la Ju y para qué decir nuestros abuelos, y miren cómo vive la pobre ahora"? No. Tienes toda la razón: un tipo como tú puede mancharme. ¿Pero cuál es tu apuro, pues, Freddy? No, tam-

poco quiero ir a tu oficina en ese edificio todo de vidrio, que detesto. ¿Cómo no vas a poder esperar hasta mañana o pasado?

Lo escuchó atentamente, seriamente, unos minutos. Mañungo, en la cocina, sirvió dos tazas de café. No sabía a quién le iba a dar la que no era para él. Debió haber preparado tres, pero le faltaron manos. La segunda taza podía ser para Judit o para Lopito. Bajó el volumen de la música para descifrar lo que decía Judit, que de pronto se había puesto a atender las palabras de su primo. Hasta que la oyó decir:

—Bueno, entonces. En veinte minutos más.

Y colgó sin despedirse. Murmuró:

—Apenas voy a tener tiempo para ducharme.

—¿Dónde vas? —le preguntó Mañungo, con las dos tazas de café humeante en las manos.

—El cretino de Freddy tiene urgencia de hablar conmigo de algo a “alto nivel”, como dicen los periodistas. No me imagino qué puede ser. Lopito, mientras me visto hazme un favor y llámame a Celedonio. Dile que voy a estar en la casa de la Matilde dentro de una hora. Que nos encontremos allá. Y como es muy posible que llegue con Freddy Fox, que avise a la muchachada para que no lo espanten.

—¡Se van a espantar esos hotentotes! —observó Lopito, como si él nunca hubiera pertenecido al grupo más soliviantado de esas hordas.

Diez minutos después Judit se disponía a salir, fresca y con la melena empapada. Se despidió de sus amigos con besos en las mejillas —dos besos idénticos, no pudo dejar de observar Mañungo, dos besos que anulaban la noche que acababan de compartir y que él tuvo la ingenuidad de creer que enlazaría por lo menos brevemente sus ciclos—, y tomando la taza de la mano de Mañungo bebió un sorbo

antes de pasársela a Lopito. ¿Para quién, entonces, era la otra taza, la que había preparado en un inconsciente esfuerzo por definir una pareja? Cuando Judit salió y cerró la puerta, Lopito se puso a sorber el café, devolviéndole después la taza a Mañungo, que pasó a la cocina para lavar las dos tazas, muy a la europea. El lavaplatos rebosaba con la vajilla sucia de Lopito. ¿Cómo se las ingeniaba para ensuciar tanta loza él solo?

—¡Mira cómo dejaste todo esto, huevón! —murmuró en voz baja para no agredir a su amigo.

—¿Para qué te apuras? ¿Dónde, por otra parte, se puede ir hoy en esta ciudad, fuera de al cementerio? ¿Ves? Es la ciudad la que nos propone sólo programas funerarios sin ofrecer ni una sola alternativa vital. Somos habitantes de *La Isla de los Muertos*.

—Voy a ver a mi hijo.

—¿A Jean-Paul? —El tonito siniestro asomando su punta de escarnio; intolerable, como el hecho de que no hubiera siquiera pretendido quitarse la bata de viyela azul de Judit.

—Sí, a Jean-Paul.

—¿Y cuándo me vas a presentar al monstruo?

—No es un monstruo.

—Perdón—dijo Lopito, mimando una reverencia de mosquetero—. Se me olvidaba que los *Vips* suelen perder completa y absolutamente el sentido del humor.

Mañungo, avergonzado, se sentía perdido, enredado, sin saber por dónde seguir ni por dónde salirse ni en qué tono retomar lo escaso que quedaba de un posible diálogo con Lopito. No pudo dejar de hacer un último esfuerzo:

—Bueno, Lopito. ¿Quieres que borremos todo y comencemos otra vez, *da capo*? Ya. Déjame comenzar a mí, a ver si me sigues.

No es tan difícil no ser odioso: te voy a presentar a mi hijo, Jean-Paul, en el cementerio —le dijo, odiándolo por hacerlo capitular del todo.

—Regio, entonces. Yo voy a llevar a la Moira para que se conozcan y se hagan amigos, ya que a nosotros parece que nos está resultando más bien difícil.

—¿Quién es la Moira?

—La Moira López, mi hija de seis años, conocida como la Lopita cuando la tengo que cuidar porque la Flora anda trabajando, y me la llevo a algún bar a pasar el rato porque si no me ahogo de depresión en la casa. No te rías; te reconozco que Moira le queda grande como nombre. Y como le dicen *la Lopita*, a ella también la jodieron igual que a mí.

Mañungo, junto a la puerta de salida ya abierta, no pudo controlar la risita de su mezquino desquite:

—¡La Moira! Puchas, huevón, que hay que ser esquizofrénico para ponerle un nombrecito así a una pobre cabra inocente... ¡Y si se parece a ti...!

—Sí. Es fea. Pero ella no sabe que es fea porque yo le digo que es linda y a mí me cree todo. Pero es fea, la pobre.

—Tiene a quién salir.

—¡Déjate, Mañungo, si no querís que te pegue!

—¿Tú pegarme a mí? ¡No me hagas reírme! Ténis las manos tembleques y respiras como una cafetera descompuesta...

Al cerrar la puerta le dijo a Lopito:

—Lleva a la Moira al cementerio, si te atreves.

—Mañungo...

La voz de Lopito era ronca, implorante.

—¿Qué quieres?

—No seas así.

—¿Qué?

—Cuando la conozcan tú y Jean-Paul, no se rían de ella. Por favor. ¿Me prometes?

Mañungo cerró la puerta al decir “sí”, con un golpe de compasión que no podía tolerar porque Lopito lo estaba deshaciendo, y sólo al llegar a la esquina pudo sacar su pañuelo para sonarse.

## 27

Decidió que la sonrisa del portero del hotel al verlo entrar, prodigada no al personaje ilustre de Mañungo de regreso en su patria, era auténtica; ya lo había deslumbrado la amabilidad general, la buena disposición casi excesiva de mozos y taxistas expresada en esta dulzura que era desconfianza en la efectividad de lo agresivo, desconfianza que había llegado a ser un lujo ya casi extinto en Europa. No es que allá los porteros no sonrieran. Pero lo hacían profesionalmente, que no era el caso del botones que ajustaba el discreto desorden mañanero del *lobby* y a su paso lo saludó con una cordialidad brotada desde debajo de la piel de la cortesía, que en su mundo, en sus poblaciones, seguramente sería descartada a la hora de ventear rencores. ¿Este botones pertenecía o no a la misma estirpe que las trashumantes siluetas de anoche, cuyas manos blandieron cuchillos y lo despojaron de su amado Rolex? Podía ser: quizás fuera el reverso necesario del rencor de Lopito, por ejemplo, siempre tan a flor de piel que resultaba cuestionable. En todo caso, no estaría mal que Juan Pablo tuviera la experiencia de esta cordialidad, él, un niño criado con la rigidez de los deberes galos de Nadja, y en la competi-



tividad inmisericorde de los colegios y de los niños de allá.

—Señor. . . —le dijo el conserje—. Buenos días. . .

—Buenos días. Habitación nueve siete ocho.

—El niño está abajo.

—¿Jugando?

—No. Durmiendo. Aquí en la oficina —y abrió la puerta para que Mañungo entrara.

—¿Qué le pasó?

Juan Pablo, envuelto en chales escoceses, dormía en el sofá de falso cuero.

—¿Por qué está aquí? —se inquietó Mañungo. Y besándolo para despertarlo le dijo—: Jean-Paul. . .

—Tuvimos que darle un Diazepam.

El niño saltó, sin transición, del sueño al llanto en los brazos de su padre, con un grito que no era la alegría del reconocimiento, sino del pavor:

—*Tu est en retard . Tu m'as dit que tu vas rentrer bientôt . Papa , papa ! Rentrons chez nous , je ne veux pas être ici . . .*<sup>1</sup>

Y mientras Jean-Paul sollozaba, el conserje y otros empleados reunidos en torno al padre con su hijo histéricamente pegado a él le expusieron la situación: anoche, un temblor no demasiado fuerte en comparación con los que solían ocurrir en Chile, lo asustó, y se puso a llorar y a gritar porque, claro, una habitación en el piso nueve oscila bastante con cualquier seísmo. Además, se habían cortado las luces, de modo que el niño, como todo el hotel, quedó a oscuras antes que echaran a andar los generadores. Los extranjeros se alarmaron, tanto que un *tour* de botánicos canadienses modificó su excursión, y partirían hoy pese a tener reservas para cuatro días: no estaban dispuestos a pasar otro susto como el de anoche. No fue un

temblor muy fuerte comparado con lo que eran nuestros temblores — el conserje hablaba de los puntos en la escala de Richter con el orgullo de un campeón—, pero un niño como Jean-Paul, pobrecito, jamás expuesto a una experiencia parecida, naturalmente se había asustado. No quiso permanecer en su habitación, arriba. Ni siquiera acompañado por la cariñosa cuidadora, empeñada en explicarle a su manera estos curiosos fenómenos de la naturaleza. Sollozaba, insistiendo en que quería pisar tierra firme, abajo, e incluso permaneció un rato en el jardín sin darse a la razón de que era mucho más peligroso estar afuera en caso de una réplica, porque se podían desprender cornisas y caer desde grandes alturas, mientras que dentro del hotel todo era de concreto armado, de la mejor calidad de construcción norteamericana. El niño gemía clamando por su padre, que viniera a llevárselo a su casa en la rue Servandoni, tanto, que por fin lo trajeron a dormir en la oficina de la planta baja.

Mañungo no había sentido temblor alguno. Tomó a Jean-Paul en sus brazos para trasladarlo a su habitación, intentando calmarlo al subir en el ascensor. ¡Era culpa suya, suya, de su papá, mentiroso, por ser de este maldito continente de cataclismos, funerales y revoluciones! ¡Se quería ir! ¿Por qué no se podían ir inmediatamente?

Mañungo soltó el agua del baño. Desvistió a Jean-Paul y lo metió en la tina caliente, limpiándole en primer lugar los mocos de sus sollozos. Pidió desayuno para dentro de un cuarto de hora. Jabonándolo y bañándolo, el niño se fue calmando un poco, logrando por fin extraerlo de ese mundo de catástrofes que apuntaban hacia una trascendencia que veía como totalmente hostil, de la que jamás lo habían noticiado. ¿Cómo explicarle que la cordillera nevada y la fracturación de islas que encontraría en su viaje al sur, canales por donde navegaba el Caleuche de velas alborozadas por el viento, eran

el resultado de antiguas catástrofes no muy diferentes a ésta, aunque de mayor magnitud, y ya enfriadas? No pudo dejar de recordar que casi se palpaba la perturbadora proximidad de la geología, la presencia del mesozoico que en otras partes no era más que una bella palabra, pero aquí una realidad de tiempos previos a los hombres y a los idiomas, al ir bajando la cuesta que conducía a Dalcahue en un día claro: extensiones de canales, de tiernas islas verdes como escombros geológicos refugiados en la marsupia de Castro, y al fondo de la atmósfera transparente de la espina dorsal de la gran cordillera deslumbrante de vértebras nevadas. . . Sí, esa sensación de plática trascendente con el tiempo era lo que Mañungo recordaba, y tal vez, aunque no se lo planteara siempre así, lo añoraba. Después del maremoto que eliminó la vida de bordemar de su familia y diezmó a los miembros sobrevivientes, su padre lo llevó a protegerse en sus tierras de Curaco de Vélez, que por lo menos proporcionaban sustento para mantenerlo a él en el colegio, y más tarde, precariamente, en la Universidad de Concepción. En Curaco de Vélez todo era lechería, papas, peces, producidos y consumidos en forma casera, y el tono era de duro aprendizaje a resistir sin quebrantos los temporales infinitamente prolongados e infinitamente destructivos. En el colegio del pueblo, la Ulda le enseñó a tocar la guitarra para conjurar la oscuridad de las tardes aisladas, porque la Ulda provenía de tierras de más al norte, donde la música era alegre y la gente expansiva. Ella, como si fuera la hembra de un animal más sabio que el hombre, después de regalarle dos años de música y de amor, lo echó de su lado: ándate, le dijo, eres demasiado inteligente, si te quedas aquí te vas a matar de ahogo y de falta de alimento, no me importa que me dejes muriéndome de amor, siempre encontraré a alguien que por lo menos sustituya tu parte física y tendré que aprender a conformarme con

eso, pero ya no soy joven y espero poco, y en un año más estarías mirando a otras más jóvenes que yo con los ojos que yo te abrí, así es que ándate, lo que importa es que te salves. ¿Había cambiado mucho en quince años, la Ulda? ¿Había encanecido su pelo negro, oloroso a humo de leña? Anoche, mientras dormía abrazado a Judit en el baldío, sintió ese olor del pasado rondándole, más potente que el sueño, y penetrándole. Despertó desazonado con la sensación de que desde la isla, por primera vez en todos estos años, la Ulda estaba movilizándose quién sabe qué poderes para llamarlo. Se abrazó con fuerza a Judit y a la perrita blanca, prendiéndose de ellas para no dejarse arrastrar a la niebla austral, contra la que la misma Ulda en otro tiempo lo había precavido, pero donde ella, ahora, lo estaba convocando. Poco podía saber en Europa de lo que en la isla sucedía porque don Manuel le mandaba escasas noticias, más que nada sobre sus animalitos o las cosechas del año: para el viejo analfabeto cada carta debía obedecer a necesidades mayores porque cada vez tenía que emprender un viaje a Castro en busca de un escribiente de confianza que no traicionara los adustos secretos que dos veces al año compartía con su hijo.

Jean-Paul, en cambio, desnudo y mojado aún, envuelto en un rico toallón que parecía proporcionar cierto grado de placer reconfortante a sus sentidos, sabía no sólo escribir, sino leer, y además, hablar francés e inglés. Caminando de su mano por la rue de Seine bajo las canonizadas ventanas de Sartre, una vez el niño le comentó que cuando fuera grande estudiaría electrónica para construir los aparatos que producían la música, pero estas confidencias eran muy ocasionales porque el niño no saltaba más allá de la barrera de Mickey Mouse y *Au claire de la lune, mon ami Pierrot*,<sup>2</sup> entretenimientos para los que decididamente ya estaba demasiado grande. ¿Cómo

sería bajar con él de la mano desde la casa de tejuelas de su padre hasta la ensenada, y dejando la ropa en un montón bajo una sangrienta fucsia silvestre, sumirse, tanto por placer como por higiene, en esa corriente diáfana que al jabonar al niño se nublaría alrededor de su cuerpecito blanco como la panza palpitante de un batracio? Esa corriente densa de pejerreyes y jureles a veces traía hasta la costa de enfrente a un lobo marino que durante horas o días o semanas permanecía bramando cavernosamente en las rocas, corriente que lo arrastraba todo, después, hasta las Guaitecas y el istmo de Ofqui más al sur, en la zona de los ventisqueros y las ballenas, donde las erosiones siguen alterando la topografía y en montañas sin nombre galopan manadas de guanacos y generaciones de aves marinas enriquecen las escarpas con siglos y siglos de excremento.

El niño ya estaba vestido con sus *jeans* y su camisa, miniaturas del atuendo paterno, disfrutando de un desayuno que no le mereció reparos. En todo caso, pese al cariño con que le habló y le consoló, Jean-Paul se mantuvo severo frente a Mañungo, interrogándolo acerca de dónde y con quién había pasado la noche, así, directamente, acusadoramente, requiriendo de él —como Nadja ante sus escapadas, cuando su “alma esclava” la torturaba con acusaciones con demasiada frecuencia bien fundamentadas—, exigiéndole respuestas sin rodeos, nombres, horas, fechas, como le gustaban a ella las cosas. Mañungo le explicó al niño que siendo la primera noche de regreso a su patria se había enredado paseando por las calles de la ciudad con una amiga muy querida. Ahora esperaba de un momento a otro su llamado telefónico para ir juntos al funeral de Matilde Neruda, aquella “reina”, ¿se acordaba?, que acababa de morir. Se trataba de una ocasión no sólo afectiva, sino pública, histórica, algo para contarle a sus nietos, probablemente la última vez que en este país sucedía algo

así porque su desgraciada patria se hallaba prisionera de un “estado de sitio” y se llevaban presa a la gente porque sí, y los diarios mentían porque el régimen era dueño de los diarios y sólo publicaban lo que al régimen le convenía, y había miedo y toque de queda. . .

—*Couvre-feu . . . ?* —preguntó Juan Pablo, de pronto encantado—. *Comme dans “Vingt ans après”?*

—*Comme dans “Vingt ans après”. Mais ici c'est douze ans après, et pire qu'au début.*

—*De quelle heure à quelle heure, le couvre-feu?*

—*Minuit jusqu'à cinq heures le matin.*

—*Tu as donc été avec cette femme de minuit jusqu'à cinq heures du matin !*

—*Cette dame, Jean-Paul, pas cette femme.*

—*Tu vas donc l'épouser et nous resterons ici?*<sup>3</sup>

Sintió un impulso de abofetear a Jean-Paul por esta impertinencia. ¿Pero cuál, en realidad, fue su impertinencia? Distendió su puño agarrotado y le acarició la cabeza de oro húmedo sin darle respuesta, ni a él ni a sí mismo, porque, claro, no dejaba de ser una posibilidad. ¿Judit sería capaz de acariciar a su hijo así, a su pobre hijo que lo necesitaba tanto y que él sólo rara vez y cuando se sentía muy culpable, llegaba a acariciar? Tal vez éste fuera el insulto que entrevió en la propuesta matrimonial sugerida por su hijo, que era pura antena, pura sensibilidad: pero él sólo sabía amar a mujeres sin ternura, como Judit. Como Nadja. Pero en Nadja la frialdad era una cuestión gratuita, estética, una experimentación con sus propios límites y los límites de los demás, mientras que en Judit era un destino vertiginoso, el de la soledad detrás de barreras —tal vez detrás de su origen, aunque Mañungo tenía muy claro que ella y los que eran como ella le adjudicaban más importancia a estas diferencias que los

que no participaban de ese juego—, que alguien había establecido. Porque sus rebeldías estaban fijadas por su origen, Judit sería una compañera muy poco contemporánea, subdesarrollada en el fondo, al dejarse definir por algo tan nimio que no debía contar ni para bien ni para mal. Sintió ira al verla estropeada por su preocupación de pagar idiotas deudas de clase que no le dejaban energías para los festejos del placer en que la ternura era un ingrediente principal. ¿Era esa carencia la que la mantenía vivida ante sus sentidos, su clámide de seda mojada, palpable, moldéandole la grupa, su tacto invadido por la frescura vegetal de sus pechos contaminados por la limpieza clorofílica del césped y los acantos?

La pregunta de Jean-Paul le había herido. Sí. ¿Por qué no casarse con Judit? ¿Por qué no casarse si era verdad que lo atraían las mujeres encarceladas por sus fantasmas? Juan Pablo siguió su interrogatorio:

—*Dis-moi la vérité. Il y aura la révolution cet après-midi ? J'ai très peur. J'ai vu des choses comme ça dans la télé. Et on mange même les enfants quand il y a la famine.*

—*On ne mange pas les enfants au Chili. Nous sommes civilisés.*

—*Ça n'est pas vrai. J'ai vu les uniformes à la télé. Il sont très beaux, comme dans Tin-Tin, pleins d'or. Et que me dis tu de ces tremblements de terre ? Est-ce qu'on peut dire qu'un pays est civilisé quand il tremble comme ça ? Et les révolutions... Non, n'est-ce pas ? Partons, papa... allons chez nous. Laisse cette femme ici et partons...*

—*Je t'ai dit de ne pas l'appeler femme. Dame, merde, alors.*

—*Dame.*<sup>4</sup>

Mañungo trató de consolarlo por su exabrupto. Iban a salir en cuanto terminaran el desayuno, para dar un paseo por un parque muy bonito que quedaba cerca del hotel, antes de ir al funeral: tenían tiempo. El niño se negaba a salir, a ir al funeral, a todo. Llevándolo lloroso, a tirones y empujones, salieron del hotel. Para apaciguarlo Mañungo le prestó su estupendo equipo fotográfico. Si se portaba bien le permitiría hacer fotos, lo que Jean-Paul, después de velar un rollo y estropear un botón, tenía prohibido. El peso del aparato en su cuello lo consoló.

En el parque, la Fuente Alemana, al mediodía, estaba en el apogeo de su grandilocuencia triunfalista de agua y bronce reluciente en drapeados y pechos metálicos, falsos cañones y focas y guirnaldas y rocas, aspersiones de luz que transparentaban los arcos de agua desde los hocicos de animales mitológicos; el agua desmenuzándose en cascadas, en rosarios, encantó a Juan Pablo, que opinó que la fuente se parecía a algunos monumentos de París —Mañungo prefirió no pedirle que precisara a cuáles porque el niño detectaba con demasiada facilidad cualquier ironía en su voz—, y quiso sacar fotos de la fuente con la máquina de su padre. Viéndolo hacer, Mañungo lo corregía, irritantemente, inútilmente, porque Juan Pablo había nacido sabiéndolo todo respecto a cualquier máquina y odiaba que le corrigieran. Terminaron peleados, la máquina de nuevo colgada del cuello de su padre, y volvieron al hotel sin hablarse para hacer hora antes de partir al funeral. En su habitación Mañungo se puso a hojear el diario tendido en su cama, tratando de no prestarle atención a Juan Pablo, que miraba por la ventana, igual que como allá.



Quien no haya estudiado exámenes bajo los plátanos del Parque Forestal ni se haya acalorado defendiendo sus pasiones y leído *Veinte poemas de amor* a la sombra de su follaje, ni haya tomado la mano de una compañera al resguardo de sus arbustos, no conoce la deslumbrante novedad de ser adulto y libre por fin, volcado a la gente y a las calles de la ciudad que como universitario por fin se le abren.

Los prados hundidos anegados de sol, los terraplenes y escalinatas, algún modesto monumento *belle époque* refugio de palomas y yerbajos, los estudiantes barbudos arreglando el mundo, han sido el ornato estable de este parque que yace como una angosta vaina verde junto a la cuchilla herrumbrosa del río que escinde la ciudad: parque urbano pese a lo frondoso, recoleto pese al bullicio de los autos que recorren ambos costados de su estrecha forma de sable, en la noche transparente a las luces y a los ojos de los gendarmes que lo vigilan. Los ediles miman al Parque Forestal porque es el rostro más presentable de la ciudad plomiza —el pequeño “pulmón verde”, como se usa decir ahora, de su centro—, portada digna de ser exhibida como prueba de nuestra pretendida solera; este parque ha sido para varias generaciones una patria dentro de la patria, fuerte por ser capaz de mantener su identidad pese a violaciones y transformaciones. Freddy Fox había vivido como cosa propia todos sus avatares, identificándose con el Parque desde que su *nanny* lo sacaba a tomar aire en su cochecito baboseando su primer collar de chupetes, hasta sus paseos de miope estudiante aplicado a sus textos de derecho a la vez que al registro de alguna compañera que se ponía al alcance de su mano. Más tarde llegó a ser quien concertó las *razzias* contra los mari-

huaneros que durante la Unidad Popular surgían de los barrios para ensuciar con pintadas soeces los edificios y el parapeto del río. Hasta que por fin el momento presente trajo el sometimiento y la recapacitación de la ciudadanía dispuesta por fin a dejarse guiar en materias en las que no era experta, maduración forzosa a la que él no era ajeno. Esperando a la Ju en el banco frente al museo podía decir con satisfacción que el presente y el futuro de “su” parque se encontraban ahora cautelados por su autoridad y por su gusto, ya que emanaban de su persona las políticas de ornato más celebradas por los entendidos, o que por lo menos en alguna etapa del proceso debían contar con su beneplácito.

En cierta medida, y descartando todo envanecimiento criollo, pensaba Freddy Fox, el Museo de Bellas Artes quizás fuera más proporcionado, menos pomposo que el Petit Palais, su prototipo. El edificio fue el núcleo del parque desde que se comenzó a construir dineros de la nueva minería a comienzos de siglo, cuando se inauguró con un gran baile del que él poseía una curiosa serie de fotografías, al que asistió su abuela paterna, una de las grandes bellezas de entonces. Dato trivial, por cierto, pero uno de tantos que lo hacían sentirse profundamente entroncado con la historia de su país, avalando su desdén por los advenedizos que intentaban apoderarse de un mendrugo de poder, fuera del que él les tiraba para que lo picotearan cloqueando innoblemente. Que Neruda coleccionara autógrafos y manuscritos, muy bien. Neruda era un genio, un mutante, pero en último término Neruda debía coleccionar para él, para Freddy Fox, cuya abuela, ataviada de crespón blanco y llevando un abanico de plumas, bailó una mazurca con el presidente don Pedro Montt para inaugurar este museo en 1910: todo en Chile, finalmente, se relacionaba con la política, desde los abanicos de plumas de las abuelas

hasta las colecciones de autógrafos, y quien no actuaba con el poder sino en su contra, quedaba fuera del fluir de la historia, tan tormentosa, tan sucia como la corriente del pequeño río urbano que entre sus altos muros de cantería se despeñaba desapaciblemente.

Antes de identificar como la Ju a la mujer que cruzó, allá lejos, el puente de Purísima y se vino acercando bajo los árboles, una voz muy queda le susurró a su versátil corazón de gordo que ese cuerpo femenino de tan cuidada construcción y de movimientos espléndidos que avanzaba hacia él, satisfacía estéticamente los anhelos de su propio cuerpo desmedido... Sí, esa hipotética interlocutora era dueña de poderes quizás capaces de calmar su angurria por adquirir más y más y más, sin que nada saciara nada. Sólo después de sentir ese rebencazo pudo identificar a la Ju — “Me estoy quedando piti-ciego...”, pensó, limpiando sus anteojos con la punta de su flaca corbata que le caía al sésgo por la prominencia de su barriga—, y salió al encuentro de la silueta que atravesaba los prados hundidos, en otro tiempo hoya de un estanque con cisnes y botecitos de paseo.

Como Judit compartía con él la abuela del abanico de plumas y la mazurca, hacerla sentarse a su lado en el banco al fondo de lo que fue el estanque, donde la luz de los castaños simulaba el ligero temblor del pasado acuático, fue tarea de índole tan familiar como el beso en la mejilla. Pese a saberse odiado por esta traidora a su clase, chúcara y taciturna, la sabía dueña de un poder sobre él que se encarnaba en la metáfora de una belleza que él veía desmesurada, pero que tal vez por eso, desde chico, había activado su impulso por destruirla con sus grandes manos de masa cruda, de vejarla con la salacidad de su sexo tan torpe que casi no era sexo: pero su fantasía tiránica dotaba de vigencia a este impulso cuando Judit era su objeto, para destruir a esta enjuiciadora, para exigirle a esta descalificadora implacable que

se justificara, e imponer a esta testigo de sus malandanzas que callara cuando ya era demasiado tarde para callar. En la independencia de Judit para encender su cigarrillo sin siquiera contar con la posibilidad del gesto de buena crianza masculina que Freddy no alcanzó a esbozar, él leyó la prescindencia de Judit por todo él, sobre todo debido a lo que él tenía de “antiguo”, de “prefreudiano, premarxista y prefeminista”, como lo había acusado Judit una vez, que definió su falta de complejidad acusándolo de creerse dictador de la cultura por el simple accidente de haber nacido en una clase habituada a frecuentarla.

—Aquí me tienes —le dijo Judit sin saludarlo.

—¡Qué gusto de verte! ¿Cómo estás?

—No hagamos sociedad, Freddy. Tengo veinte minutos.

Dime.

—Tú siempre a la carrera.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que te cuente cómo está Lopito, mi amante del momento?

—No me digas que andas otra vez con ese roto de porquería.

—No, Freddy. Fue sólo una broma.

—De mal gusto.

—Si te hubieras acostado alguna vez con Lopito, sabrías exactamente de cuán mal gusto. Como todo lo mío.

—Mentira Ju. Tu gusto es tan impecable como el mío. ¿Cómo estás?

—Ya ves. Hecha una anciana.

Freddy se enjugó el sudor de las mejillas, que Judit se dio cuenta que no se debía tanto al calor de la mañana sino a la presencia de factores aún no revelados:

—Pura coquetería —contestó él—. Estás espléndida.

—Gracias, pero...

—...hay gente que en distintos periodos de su vida entra y sale de focos de luz que los iluminan, como si durante un breve período encontraran su rostro definitivo. Tu belleza está, me parece, en uno de esos momentos cenitales.

Bonito, pensó Judit. Y bien observado. Aunque el resplandor a que aludía, irónicamente, fuera efecto de su trasnochada. En todo caso, lo que Freddy dijo era demasiado relamido como pensamiento. Quizás la hubiera emocionado o por lo menos complacido dicho por otro, en otras circunstancias, y redactado de otra manera, con períodos menos prolongados y menos frases intercaladas... y también menos simple. Y porque se dio cuenta que Freddy en el fondo era simple, eligió no contestarle, poniéndose así en la posición de no enredarse con él en ningún sentido.

—¿Cómo estás? —reiteró Freddy, que parecía haberse quedado en contemplación arrobada no de Judit sino de su propia observación.

—¿Desde qué punto de vista quieres noticias mías? Políticamente hablando, ya ves, estoy viva y no en la cárcel por mis supuestas actividades subversivas, lo que es bastante decir para una disidente en este país de mierda. Y eróticamente...

—“Emocionalmente” dice la gente como uno, Ju... —corrigió Freddy y ambos sonrieron.

—Emocionalmente... —Pero en el segundo titubeo antes de calificar su sentimiento, Judit se dio cuenta de que se disponía a mentir: después de la intrusión de su paseo de anoche, la verdad de su respuesta hubiera tenido que ser exactamente la contraria a la que siempre daba, porque ahora se descubrió llena de Mañungo, y su corazón saltó con el alborozo de este reconocimiento. A pesar de esto eligió dar su respuesta habitual—: Emocionalmente... cero. Y

económicamente apenas sobreviviendo, como casi todo el mundo en Santiago menos los sinvergüenzas como tú.

—¿A qué llamas sobrevivir? Hay tantas categorías de sobrevivencia. . .

—Bueno; pongamos que estaría feliz de poder sobrevivir en una categoría un poquito más alta que en la que estoy.

—¿Y cómo lo haces para sobrevivir?

—¡Qué pregunta más sórdida, Freddy, por Dios! En todo caso te aseguro que no soy agente secreto, ni que estoy embarcada en proyectos oscuros que vayan a cambiar la vida del país.

—¿A tí, te interesaría cambiar?

Se adivinó atrapada por el acoso para que su primo la había convocado al parque: quería comprarla porque para él no había nada ni nadie que no estuviera en venta, sobre todo los objetos y las personas heridas, y que ella estaba herida no era secreto. Para darse tiempo de reaccionar se inclinó a recoger una bellota bruñida. Este instante de silencio que su gesto introdujo le sirvió a Freddy para simular un cambio de tema;

—¿Cómo está Celedonio? No lo vi nada de bien ayer.

—Muy alterado con la muerte de la Matilde.

—Fíjate que estoy un poco preocupado por él. Y por el destino de la Fundación Pablo Neruda. ¿Lo crees capaz de ese trabajo, Ju? ¡Tanto tiempo que se han demorado en aprobar la Fundación! ¿Y si Celedonio se nos muere?

—Acuérdate que para el régimen la Fundación es parte de un tenebroso plan comunista.

—Puede que tengas razón. Uno nunca sabe. En fin, por un motivo o por otro este asunto parece alargarse y alargarse, los papeles que autorizan la Fundación perdidos en una montaña de legajos, me

imagino que en Tribunales o en cualquiera repartición pública, sin que las cosas lleguen a resolverse jamás. Sería una gran pérdida para el país que la Fundación no resultara. Pero anoche estuve pensando y se me ocurrió una idea que no me parece nada de mala, por si el gobierno, como tú bien dices, o quien sea, detiene el asunto por un tiempo demasiado largo.

—¿Ah, sí? ¡Qué ángel eres, Freddy, desvelarte con una idea que proveniente de tí, seguramente debe ser para el bien de la humanidad!

—¡Qué pesada estás!

—¡Y tú qué burdo! Se te nota dónde vas.

—Puede ser. Pero también puede que tú no seas tan perspicaz como crees. ¿Quieres que siga? Bueno, como te iba diciendo, esta mañana se me ocurrió la idea de que si los trámites para la Fundación se truncan, tal vez no sería tan difícil buscar algún acomodo legal para arreglar las cosas de manera que los albaceas queden autorizados para llamar a un remate público de las pertenencias de Neruda, y entonces, con el producto de ese remate, hacer una generosísima donación a la universidad, pongamos, que nadie podría impugnar ni rechazar. Esto es lo que me tiene preocupado y para eso quería hablar contigo.

—¿Con tanta urgencia?

—Sí. Antes del funeral.

—No entiendo por qué.

—Antes que los comunistas dominen a Celedonio y a la Fausta y se metan a hacer las cosas como a ellos les conviene. Los vi muy alzados anoche en Bellavista, y si no se tiene cuidado esa masa ignorante puede destruirlo todo. Si la Fundación no sale rápido esas hordas van a mandarlo todo a Moscú, si es que no lo queman.

Judit no pudo contener una carcajada. Freddy se puso de pie delante de ella, las manos inquietas en los bolsillos de su pantalón de tiro perturbadoramente alto sobre la barriga, la chaqueta abierta hacia atrás revelando las trabillas de sus suspensores.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Freddy, consciente de que su risa era puro sarcasmo.

—Es que no puedo creer lo que estás diciendo.

—¿Por qué?

—¡Que un hombre de tu inteligencia sea capaz de repetir esos lugares comunes paranoicos y ridículos!

—¿Y los lugares comunes de ustedes, los comunistas, el imperialismo yanqui suministrándonos armas para acribillar al pueblo durante el toque de queda, la CIA metida hasta en la sopa. . . , qué te parecen esos lugares comunes?

—No veo por qué me metes en el Partido, en que estuve seis meses en la universidad, y me revienta. Después fui del MIR, pero hace tiempo que me salí. Eso también lo sabes.

—No es cierto. Perteneceste al Partido hasta que se anunció la lucha armada hace dos años, cuando te saliste, por lo que te felicito. También sabemos que no perteneces al MIR, pero que en cambio estás metida con un grupo que no hemos podido identificar. . . , independiente, parece, y violentista, aunque no podemos entender qué haces tú, que probaste ser anti-violentista, saliéndote del partido en el momento preciso, y en ese grupo que parece no estar definido por nada. . .

—Por el rencor.

—De mal en peor. ¡Sabía que terminaríamos peleando!

—¿Para qué me llamaste con tanta urgencia, entonces?

—Porque te necesito.



—Ah, no, Freddy, no voy a ser agente tuya en ninguna de tus cochinas maniobras.

Entonces, de pie ante ella, Freddy le dijo escuetamente:

—Entiéndelo: si andas libre, es porque queremos averiguar en qué estás metida, y con quién, y quiénes son y cuánta gente hay.

Se sentó junto a ella. En otro tono, implorante ahora, le tomó las manos, que Judit desasíó de las suyas mientras él le hablaba con un recrudescimiento de empalagosa intimidad:

—Oyeme. No seas tonta. ¿No decías que querías sobrevivir de una manera más digna? Bueno, ayúdame, entonces. Soy tu primo. No entiendo por qué te pones en mi contra y a favor de una cantidad de rotos que nadie sabe quiénes son. Oyeme; lo único que te pido es que aconsejes a Fausta y Celedonio que hagan un remate, que francamente sería lo mejor, hasta mejor que esa tontería de la Fundación. Ah, Judit, mi linda, se me olvidaba decirte: esta mañana antes de salir de mi casa te mandé de regalo, porque sé que te gusta la música, un equipo estupendo, de los que importaba una compañía mía antes que quebrara. . .

Judit se puso bruscamente de pie delante de él, sentado con los brazos en cruz en el respaldo del banco; su indignación era tal que Freddy temió que le asestara un golpe con su cartera y se mantuvo alerta para esquivarlo en caso de que la agresión se produjera. Pero a medida que montaban de volumen y sordidez las acusaciones de su prima, mezclando sucios recuerdos de infancia con invectivas que lo responsabilizan de las humillaciones que sufría el país, en Freddy también iba creciendo la ira; la obcecación de Judit, su estupidez encubierta por una máscara de buenas intenciones, su falsa ingenuidad porque de ingenua no tenía ni un pelo, su rencor social construido de mentiras, en el fondo formas un poco más sutiles de terrorismo y

traición, pero terrorismo y traición al fin y al cabo y era urgente destruirlas. Que a él no le viniera con cuentos la tal Ju; era un elemento peligroso para la sociedad con esos aires de pureza y reivindicación, que pronto metería la pata en algo que revelara que había salido ilegalmente del país y vuelto quién sabe cómo, y entonces la justicia caería sobre ella y tal vez de su extraño grupo que la policía no perseguía aún porque no se sabía su forma, pero pronto se desataría la campaña destinada a darles caza. . . No, la Ju no tenía derecho a insultarlo ni a echarle cosas en cara porque hasta las piedras sabían que la Ju era una puta que se acostaba con todo el partido y que estaba a un milímetro de que la hicieran desaparecer, lo que no sería mala idea. . .

--¿Para quedarte con todo en el remate?

—¿No sería preferible eso antes que ver ese material exportado a Rusia, o a Cuba, ponte. . . ? ¿O en el hipotético caso de que resultara la Fundación, ver esas maravillas sobajeadas por estudiantes y poetastros de manos cochinas y mal aliento? Yo lo cuidaría todo muy bien. . .

—Francamente, prefiero que los ratones devoren hasta el último inédito de Pablo en espera de que autoricen la Fundación —le estaba gritando Judit—, a que tus manotas sudadas toquen siquiera una de esas hojas.

Manos sudadas. Manos blandas, aterrorizadas, que ocultaban su terror disfrazándolo de otra cosa. Manos tibias, un poco temblorosas; ayer las suyas, ahora las de ellos, los perdonadores, que eran los mismos. Estas manos inmisericordes por el momento la perdonaban en parte porque Judit era prima suya, y en parte para seguir el rastro de un grupo que hoy mismo era preciso disolver. Las manos de Freddy eran sudadas y viciosas, pero muy distintas a las que la

perdonaron, pese a que éstas también, en otro tiempo, tuvieron temor de su cuerpo de mujer. En ese momento de silencio Judit creyó haber ganado su victoria. Pero Freddy dijo:

—Siento decirte que va a depender exclusivamente de mí, quien toque y quien no toque ese material.

—¿Qué quieres decir?

—Los papeles que autorizan la Fundación están sobre mi escritorio, esperando mi firma.

—¿Tú los tienes bloqueados?

—Yo los tengo bloqueados. Momentáneamente. Después veremos qué pasa.

—No entiendo qué sacas con algo tan...

—No es tan perverso como parece. Simplemente, que me propongo quedarme por lo menos con una tajada de esa colección. En mis manos estará mejor que en cualquier parte porque en este país soy la única persona que realmente aprecia su valor. En una fundación, que será muy a la chilena y al lote, eso hay que darlo por descontado, van a estar mal catalogados y mal guardados, y van a ir desapareciendo poco a poco por robo o deterioro o descuido, como todo lo de valor en este país de salvajes. Y a Moscú estoy seguro que ni tú ni yo queremos que parta ese tesoro que nos pertenece a todos los chilenos. Estimo, eso sí, que sería conveniente aconsejarle a Celedonio que no hiciera un remate demasiado bullado a nivel internacional, porque si lo hace, con Sotheby's por ejemplo, que imprimirá catálogos estupendos para alertar a la prensa especializada de París, Londres y Nueva York, estas inocentes aficioncillas burguesas de coleccionista refinado del gran Pablo Neruda podrían atraer comentarios desfavorables sobre la autenticidad de los sentimientos de este poeta del pueblo...

—En otras palabras, quieres decir que si se hace el remate no lo debe hacer Sotheby's para que no concurren los coleccionistas millonarios internacionales que hagan subir los precios, y así poder quedarte con todo, bien baratito. . .

—Francamente, ésa es mi idea, mi linda. Ah, te quiero preguntar una cosa. ¿Es verdad que existe una importante correspondencia con Trotski entre los papeles de Neruda? Tengo miedo, por ejemplo, que esa colección sea comprometedor para la posición de comunista-stalinista de Neruda, y que los comisarios destacados en Chile, para blanquear la figura de Pablo, quemaran esas pruebas y se pierdan. El siempre negó la existencia de esas cartas, pero. . .

Judit, un poco atontada por el calor y la vehemencia angurriente de Freddy, le contestó que no sabía nada porque esas cosas jamás le habían interesado. Alguna vez, claro, le mostraron las colecciones, y como cualquier persona con un poco de sensibilidad no pudo dejar de conmoverse al tener en sus manos las cartas de Isabelle Rimbaud contándole a su madre la sórdida muerte sifilítica del poeta en un hospital de Marsella, a quien la madre acababa de abandonar sabiéndolo agónico, porque juzgó más importante ir a vigilar la cosecha de papas en sus pobres tierras frías de Charleville. Y *Leaves of grass*, anotada de puño y letra por Walt Whitman. . . y tanto que hacía muy inmediatas ciertas cosas de la cultura que la conmovían. Pero no los papeles en sí. Sentía más bien repugnancia, dijo, por las colecciones de cualquier cosa y por los coleccionistas en general, como si para ellos fuera imposible admirar o amar algo que no pudieran adquirir, y esa manía posesiva fijara ciertos rasgos glotonos que le daban asco. Al anunciar estas ideas ante un Freddy atento y nada conmovido, Judit vio con una certeza deslumbradora en que reconoció un toquecito de romanticismo un poco cursi que después se preocuparía de erradicar,

que si en este momento quería a Mañungo y su interior luchaba con la extraña idea de casarse con él, o quizás sólo irse con él, era en parte porque Mañungo no poseía absolutamente nada, su música, nada más, sus cassettes, su guitarra, su papel pautado, sí, una visión románticamente libre, una noche en la casa de un amigo, otra noche en la casa de una pareja acogedora después de una fiesta, o de una mujer en cuyos brazos dormía una semana y después se iba: *hippy* viejo, pensó, riéndose afectuosamente del patético cliché de tantos que no lograron triunfar y tuvieron que refugiarse dentro de ese disfraz. En todo caso, nada de libros. Nada de ropa. Nada de objetos que constituyeran una carga. En París, Judit sabía, Mañungo poseía un lindo apartamento, central pero utilitario, que él mismo manejaba para que nadie lo entorpeciera. El placer de poseer objetos no era suyo porque jamás tuvo un collar de chupetes. ¿Trotski? No, ella no sabía nada. Aunque le parecía recordar que alguna vez le oyó comentar algo a Celedonio sobre Trotski. Le dijo a su primo que no estaba dispuesta a transmitir ninguna información. Freddy, con su zapato, escarbaba la arenilla leonada del sendero mientras la oía hablar, y un leve vaho de polvo cubrió la punta acharolada. Cuando Judit terminó de exponer el caso de su repulsión, Freddy se sentó otra vez junto a ella y reasumiendo su dulzura le explicó:

—No te culpo por no entender estas cosas. Te culpo, sin embargo, por condenar a los que sienten placer por cosas que no son iguales a las tuyas. Ya sé que le dices a quien quiera oírlo que no sientes placer por nada y que yo tengo la culpa. Pero no es verdad. Tus problemas, mijita, son anteriores e independientes a mi pequeña intervención en tu niñez. No simplifiques, como todos los freudianos, aunque Freud con tu Marx no veo que se mezclen muy bien pese a lo dogmáticos que ambos son. ¿Te confunde que yo tenga

mi pequeño “*hang-up*”, como dicen los americanos, con Trotski? Es de lo más simple. Trotski era el enemigo de Stalin, un intelectual fino y perceptivo que no se puede dejar de admirar: tenemos esa admiración en común, primita, porque no me lo niegues, es por ahí, por la “*revolución permanente*”, si no por la locura del nihilismo puro, por donde andas merodeando ahora. . . En fin, ya hablaremos de eso. Estoy seguro de que Trotski hubiera hecho triunfar una revolución de veras, sobre todo si es verdad lo que los stalinistas decían, que Trotski estaba pagado por William Randolph Hearst, lo que no es improbable porque ese gringo sí que era un genio de verdad. Si Stalin no lo hubiera hecho asesinar no estaríamos viendo el caos en que vivimos. Tal vez otro caos peor, pero no éste. Neruda conoció a Trotski. Por lo menos eso se ha dicho y Celedonio lo sabe. Todos los comunistas que vivían en México en esa época lo conocían. Dicen que lo mató el cretino de Siqueiros pagado por el Kremlin. ¡Era tan mal pintor que no me extrañaría! Existe un rumor, ampliamente desmentido por otra parte, que Neruda, amigo de toda la bandada de comunistas de México en esa época, anduvo implicado en el asesinato y que el Kremlin lo encubrió, a Siqueiros, quiero decir, por sus servicios. Yo tengo varios documentos que bordean esta relación Siqueiros-Neruda-Trotski, pero por desgracia no aclaran nada. Faltarían unas cartas que parece que Trotski le escribió a Neruda. ¡No me dirás que la correspondencia de alguien que pudo haber cambiado la historia del mundo, como Trotski, no es fascinante! Tú, como mirista anti-stalinista, lo reconocerás más que nadie. . .

Abrumada, Judit cerró con fuerza sus ojos hasta ver estallar estrellas en el día claro. Agitó su cabeza para exorcisar y deshacerse de la voz de su primo, de las palabras de ese hombre que ahora, de pie ante ella, hablándole con cierto grado de repulsiva seducción, hundía

sus manos en sus bolsillos, inquietas allí, como si estuviera masturbándose: tenía el sexo blando, blanco, largo, lo recordaba como un reptil viscoso, a la altura de su boca, muy cerca, para mordérselo, cercenárselo, hacerlo aullar de dolor y no seguir oyendo.

—¡No, no, no...! —gritó Judit, parándose.

—¿No qué?

—¿Qué te propones hacer con los papeles de Trotski, si existen?

Las manos de Freddy dejaron de gratificar su sexo y tomando suavemente a Judit por los hombros, sus ojos azules de Fox disueltos en la mirada azul de Fox de su prima, le dijo:

—Si me ceden los papeles de Trotski ahora, inmediatamente, antes que se haga el inventario de la colección Neruda, sólo los papeles de Trotski porque estoy seguro que en ellos voy a encontrar la prueba de que no sólo él sino muchos de los jefes de entonces estaban a sueldo de Hearst y del gobierno americano, me comprometo a hacer expedita la autorización oficial para la Fundación Pablo Neruda y salvaguardarla contra cualquiera que se proponga cuestionarla o impugnarla. Creo que podría dejar firmemente establecida la Fundación en, digamos, diez o doce días. Dile a Celedonio que...

Con saña, Judit levantó bruscamente su rodilla y con ella golpeó brutalmente el sexo de Freddy.

—¡Salvaje! —chilló él.

—Aprendí a hacerlo en los campos de adiestramiento del MIR, para que lo sepas —le dijo y le dio la espalda, encaminándose muy rápidamente a través de los prados por donde había venido, hacia el puente de Purísima, sumergida en la luz subacuática de la mañana ya madura bajo los árboles. No miró hacia atrás. A paso largo cruzó el césped sin pensar, sin sentir más que un odio ciego por Freddy, asco

por su mundo de maniobras y compadrazgos, de utilización y corrupción, de manipulaciones e influencias, de voraces adquisiciones y ganancias. Era tarde. Freddy se había demorado más tiempo que el prometido para derramarle su mierda y ella debía ir a juntarse con la Fausta en la casa de la Matilde, sobre todo ahora, para prevenir a la Ada Luz y a sus mujeres que corrían peligro porque había ojos fijos sobre ellas, apresurarse sobre todo para olvidar, olvidar a este sórdido personaje, para llevar a cabo con algo de dignidad los últimos, graves ritos del cariño por Matilde. Al poco rato oyó a Freddy trotando detrás suyo, que la llamaba:

—¡Ju...! ¡Ju...!

Judit hizo alto, enfrentándolo: estaba sudado, como maquillado por la polvareda ocre levantada por su carrera adherida a su piel grasienta, la camisa azul empapada, la cabeza gacha como dispuesto a escuchar su sentencia, ya sin apelación. Judit le dijo:

—En cuanto me desocupe del funeral te voy a mandar de vuelta tu equipo: nunca olvides que tú y yo somos enemigos — y volvió a darle vuelta la espalda para seguir su camino.

—Sí, sé que somos enemigos, mi linda, pero no porque yo haya elegido esas posiciones. ¿Quieres que te acompañe?

—¿Dónde?

—A la casa de la Matilde.

—¿Por qué?

—Francamente, porque sin tí es probable que no me dejen entrar y quiero hablar con Celedonio.

—Déjate de joder y ándate.

Y se dio vuelta para seguir camino sin mirar a Freddy, pegado a sus talones. Su primo todavía iba siguiéndola cuando cruzaron el puente, y pasando al otro lado de la avenida Bellavista se internaron



por las callejuelas del barrio. Un medio hombre con el sombrero ocultándole teatralmente los ojos parecía esperarla con la espalda apegada a una pared, la mano limosnera estirada; ella le hizo un gesto mínimo indicándole que huyera, y en cuanto lo dejaron atrás Judit oyó con alivio que el patin de don César rodaba en dirección contraria hasta fundirse con los demás rodamientos de la ciudad.

## 29

Ada Luz no pudo hablar con la Ju para contarle lo que tenía que contarle, porque la vio llegar acompañada por don Federico Fox, que no era amable, y no se atrevió a acercarse. Venía descompuesta, la Ju, por algún innominado percance sin duda ocurrido durante su supuesta aventura nocturna, aunque debido a cierto conocido desaliento en su actitud adivinó que otra vez más, la pobre, no le había pasado nada más allá de las acostumbradas trivialidades frecuentes en sus caserías que nunca cobraban presa, porque la presa buscada no existía más que en su imaginación y “eran puras cosas suyas”, conjeturaba Ada Luz.

Sin embargo, se dio cuenta, algo distinto a otras veces parecía haberle sucedido, aunque no en el plano de lo previsible; desalentada, sí, pero bella como nunca, presa de una tormenta que le desconocía, como si el rugido de *Carlitos* que traspasaba el toldo amarillo sobre el patio no surgiera de la garganta de la bestia sino secretamente y misteriosamente desde dentro de la Ju, como tantas cosas que a ellas las mantenían a distancia. El rugido de *Carlitos* parecía estar partiéndole su simple corazón de fiera con el dolor de la despedida. Además, un oído afinado a los sonidos como el de Judit, percibió que esta mañana de apariencia tan silenciosa estaba poblada

por rumores de voces animales debilitadas al filtrarse entre los árboles del cerro de modo que parecían más bien susurros vegetales que chillidos de papagayos y de monos, ladridos de infortunados perros inexplicablemente enjaulados, rebuznos de equinos y refunfuños de camélidos que así confirmaban su voluntad de sumarse, ellos también, al postrer homenaje a tan ilustre vecina. Con la esperanza de hablarle, Ada Luz siguió a la Ju hasta el bar del comedor, donde la vio marcar un número de teléfono. Equivocada... o no contestaban. Colgó otra vez. Impaciente, torpe, volvía a marcar y a errar mientras Ada Luz iba registrando su perturbación: no era sólo por la pérdida del arma, como se lo insinuó, picoteando el relato mientras marcaba mal y volvía a equivocarse, contándole trivialidades sobre lo sucedido anoche. Pero su flamante jirón sangriento, tan curiosamente embellecedor, era el espacio que Judit les vedaba a ellas cinco, y al sentir su celo por su vida privada, una especie de tropismo como de molusco hizo que Ada Luz se cerrara, retractándose de su impulso de consultar a Judit sobre la visita de Lisboa de anoche y sobre los rumbos que a raíz de esto había tomado el asunto de la misa de la señora Matilde: se cerró porque Judit, equivocándose cada vez que marcaba el número de teléfono, era armónica, es cierto, sin embargo, de alguna manera, hoy era igual a ella, a todas ellas, no superior.

—Es muy urgente que hablemos —le decía Judit mientras esperaba que contestaran al teléfono.

—¿De lo de anoche?

—En parte. Y de nosotras, de ustedes, y de don César... Es probable que me tenga que ir a Francia... No digas nada, no sé todavía... pero podría ser, nos están vigilando...

—Con Mañungo —adivinó Ada Luz.

Pero antes que pudiera contradecirla Judit desfogó su ira de ser tan fácilmente desenmascarada, gritándole a su hija, que por fin contestó, que no le permitía ausentarse del funeral, aunque un funeral fuera el programa más aburrido del mundo para este día de vacaciones de verano: no todos los niños tienen el privilegio de participar en el funeral de un ser emblemático como esta gestora de la esperanza de recobrar los derechos perdidos, esperanza que con su muerte, que era como la segunda muerte de Pablo, podía desaparecer definitivamente. Su admiración por Judit estremeció a Ada Luz al oírla: ¡cómo comprendía y cómo hacía comprender las cosas! ¡Qué precisas las ideas de su seductora amiga! Incompleta, eso sí, pero capaz de proyectar con sus palabras un hecho cotidiano como la muerte de esta cliente distinguida, a una dimensión infinita, y hacerla ingresar, aun a ella que era pura inmediatez, en el entendimiento de que cada uno puede ser la encarnación, si se atreve, de la historia. Sí: pedirle consejo a Judit. Contarle que el sinvergüenza de Lisboa apareció en su casa anoche después que la Aury se fue, amenazándola con no volver a hacer el amor con ella si se atrevía a contarle a alguien la historia de la confesión de Matilde y su pedido de que un sacerdote revolucionario le dijera su misa de difuntos. Sólo cuando ella, llorando, le juró a Lisboa que no hablaría, él consintió en pasar la noche en su casa. Judit sin duda iba a comprender sus perplejidades, señalándole cómo proceder acertadamente. Por otra parte, la hora avanzaba, y cada segundo se hacía más y más difícil darle curso al deseo de Matilde que Lisboa impidió realizar, porque en un rato más ya no quedaría tiempo para avisarle a nadie y el cortejo tenía que partir. La responsabilidad de darle el empleo debido a estos minutos restantes era una carga enloquecedora que no la dejaba pensar: quería agarrarse de Judit para que le dijera qué hacer.

Que lo dejara todo, le estaba ordenando Judit por teléfono a su hija: amigas, cine, tele, juegos, lo que fuera, para ir al cementerio. Pero, por Dios, ¿quién podía llevar a la niña, preguntaba la abuela? Ella ya no estaba para esos trotes. Tenía que atender a su marido aquejado de Parkinson, tiritando como si nevara sobre su pobre cuerpo, sentado desde hacía años ante la ventana que miraba un patio limitado por bidones de parafina y un alambrado de gallinero. La abuela insistía que una adolescente como la Marilú no podía asistir sola a un funeral multitudinario durante el que seguramente se iban a producir incidentes de los que tanto Judit como ellos y la niña sabían, por desgracia, demasiado. Ada Luz concordaba con esto pese al alegato de Judit de que si la Luz tenía edad suficiente para salir a bailar, también la tenía para tomar un bus y buscar a su madre entre los asistentes al cementerio.

Al otro lado del mármol del velador en que Judit clavó su codo, fumando mientras alegaba con su hija, Ada Luz percibió que su seguridad era intercambiable con su dureza, y de repente, dándose media vuelta, decidió no confiarle nada de lo suyo. Se proponía contarle su secreto de la misa a quien ella quisiera, o a nadie. Tenía media hora antes que comenzaran a llegar los asistentes a las exequias, tiempo en que ella —dueña de un talismán que la hacía poderosa con la conciencia de que su determinación de contarle o no podía cambiar el rumbo de la historia— podría extraerle la verdad de lo que le sucedió anoche, que se negaba a compartir con ellas, a quienes, dijera lo que dijera, consideraba sus inferiores. Ella, sin embargo, armada con el talismán del secreto de la misa, ya no era inferior. Judit, furiosa, colgó el fono:

—¡Chiquilla de mierda!

—Si quieres te voy a buscar a la niña en un ratito más y te la

llevo al cementerio en un taxi — le ofreció Ada Luz.

Judit salió del comedor, deslumbrada por el amarillo del gran toldo que cubría el patio bochornoso ocupando la totalidad de sus pupilas, tan estimuladas por el falso sol que casi le dolieron al contraerse. Parada al lado afuera de la puerta del comedor donde Ada Luz se había quedado preparando café en la maquinilla, mientras los hiperkinéticos muchachos de la Jota bajaban las coronas y las depositaban en grandes montones fragantes de pudrición junto a la escala de la calle, abrió su cartera. Sacó su peineta y se la pasó por el pelo; la conversación con Ada Luz terminó por ponerla tan frenética que mientras trataba de explicarle los peligros de las asechanzas de Freddy y la necesidad de disolver el grupo, se había puesto a hacerse cachirulos que le dejaron el pelo hecho un enredo sin lograr que Ada Luz entendiera más que les aconsejaba un poco de cautela. Y no era eso. Era más grave: era el juego de la vida y de la muerte, del derecho y de la injusticia, de los verdugos y de las víctimas. Sin embargo, más que enervarse con su incomprensión, se había irritado porque su amiga lo reducía todo con insoportables diminutivos: pero era sólo una irritación clasista que señalaba sus propias limitaciones.

Freddy Fox, al otro extremo del patio, tendiéndole quién sabe qué siniestras celadas de coleccionista a Celedonio, estaría, en cambio, usando el idioma con elegancia. Su impulso de ir a sumarse a esa conversación era huir de los diminutivos de mal gusto de su amiga para llegar a salvo a la orilla del buen hablar. Pablo y Matilde, recordó, hablaban curiosamente, mezclando con mucha conciencia lo popular campesino de su origen rescatado, con el idioma más culto, más pulcro posible, sazonado con sabrosos neologismos de fabricación casera. Al principio, cuando recién los conoció, los Neruda se reían de ella preguntándole si encontraba cursi su dicción demasiado precisa

en contraste con el borroneo deshuesado de su dicción de buena clase, que Judit fue acomodando en contacto con el poeta y su mujer, con Fausta y Celedonio y su círculo, adoptando, incluso, el leve sonnete nerudiano con que el poeta contagiaba a sus amigos. Guardó su peineta y cerró su cartera.

— ¡Judit!

Lisboa, acarreado la enorme corona de crisantemos blancos con la hoz y el martillo en claveles rojos, se había detenido a saludarla, como con la intención caricaturesca de ponerle la ofrenda mortuoria — a ella, una renegada — a sus pies. Se trataba de la corona protagónica del funeral, llevada por alguien como él que poseía la autoridad para darle un lugar significativo entre las demás coronas: maniobrar esa colocación era su cometido, porque igual que Ada Luz, pensó Judit irritada de nuevo con el recuerdo de su amiga, a Lisboa le interesaba sólo el significado de la muerte de Matilde, no el simple, desolador hecho humano, y se proponían utilizarla. ¿Ada Luz, utilizar a Matilde? ¿Cómo? ¿Para qué? ¿Para qué iba a utilizar a la Matilde la pobre Ada Luz? No, Ada Luz no, a no ser que Lisboa la arrastrara. El colocaría en un lugar destacado la corona, transformando el antiquísimo rito de la muerte en un mezquino juego de poderes.

— ¿Sí, Lisboa?

— ¿Y la Adita?

— Se quedó preparando el café en el comedor.

— ¿Le contó que...?

Mirándolo fijo, segura, segurísima de que estaba iniciando un gambito que sería como una redada en que caerían todas las piezas, Judit dejó transcurrir un segundo:

— ¿Me contó qué?

— ¿No estuvieron hablando, allá dentro?

—¿Nos estaba espiando? ¿De qué íbamos a hablar, encerradas?

—Bueno, del último deseo de la señora Matilde.

—No. Ni sabía que la Matilde hubiera dicho nada. ¿Por qué se lo iba a decir a la Ada Luz, en todo caso, y no a la Fausta o a mí? Voy a ir a preguntarle.

Lisboa la retuvo del brazo con más brusquedad que derecho, y mintiéndole, le explicó, sin que Judit le creyera ni una palabra:

—Creo que quería que le cantaran algo cuando sus restos abandonaran esta casa. La Adita y yo pensábamos que quizás usted le puede decir eso a Mañungo Vera...

Ridículamente, Judit se ruborizó, irritada con la sensación de lo que le sucedía. Peplicó:

—No tengo idea si Mañungo va a venir esta mañana. Y no tengo confianza con él como para pedirle nada.

Mañungo, dijo. No Mañungo Vera como Lisboa, como el público, como los periódicos de la mañana a los que Mañungo Vera pertenecía: eran pareja, ellos dos, los elegidos. Cualquiera imaginación medianamente efusiva sería capaz de unirlos, a ellos dos, los independientes, los solitarios, los que no sentían necesidad de doblegarse ante las directivas de partidos políticos ni convenciones sociales para tener estatura heroica. Bastaba el talento, la belleza, la arrogancia, los dones gratuitos, como el porte señero de Mañungo, que pertenecía a la diminuta raza chilota. Ellos trazaban sus propios caminos, inventaban sus leyes, Mañungo con su voz aclamada, Judit con su martirio de todos conocido hasta el punto de haberse convertido, para la leyenda, en una especie de santa laica de la izquierda. Nadie había visto las horribles cicatrices de sus muslos. Se murmuraba que para ocultarlo se mantenía sin pareja. ¿No bastaba ya de tanto dolor colectivo? ¿No era hora de partir a París, lejos del peligro?

—Si Mañungo no ha llamado esta mañana, no creo que venga. Es más probable que espere el cortejo en el cementerio —dijo Judit.

Mañungo. Su nombre resonaba libre en el patio mientras Lisboa se iba alejando. Pero se quedó con la incómoda sensación de haberle contestado la pregunta no formulada que él quería forzarla a contestar, sin saber cuál era la pregunta ni qué le aportó su respuesta.

—Mañungo —pronunció en voz baja, para ver si el nombre era capaz de volar libre como un pájaro por el patio y volver a refugiarse en su boca.

### 30

—... Y te diré, Freddy, que este brujo de la poesía resultó ser también, incongruentemente, un brujo de las finanzas; figúrate que su viuda deja una fortuna muchísimo mayor que la que es probable que dejes tú, con todas tus manipulaciones y sinvergüenzuras. ¡No quiero ni pensar en lo que van a decir de este poeta comunista millonario en dólares en cuanto se sepa el monto de sus caudales! Le va a romper todos los esquemas a la derecha, que siempre lo odió, además de no comprenderlo. En todo caso me parece deliciosamente irónica la lección que el poeta les da a ustedes, los banqueros, economistas y empresarios, quebrados por su propio sistema y llenos de deudas, mientras la viuda de este escritor stalinista muere con un peculio de millones de dólares de honrados derechos de autor, bien saneados, por cantarle al caldillo de congrio y a la ensalada de cebolla con tomate. ¿No te parece que es como para morir de la risa? Y eso sólo para hablar de su cuenta corriente, no de sus propiedades y sus colecciones, como su colección de libros raros, por ejemplo, cuyo valor se ha centuplicado desde los años cuando comenzó a colec-



cionar, no como esas porquerías de bonos y acciones y cosas por el estilo que a ustedes se les hicieron mil pedazos y no valen un cobre. ¿Cómico, no? Me da cierto placer imaginarme la cara que pondrán los buenos burgueses con esta noticia y lo que tratará de hacer este régimen que está en vergonzosa bancarrota para disfrutar de los haberes de este patipelado de Temuco que logró conciliar su comunismo con los mayores honores de la poesía y con millones de dólares: da risa, pero claro, Pablo era perito en ensamblajes estafalarios de este tipo que sólo él comprendía y sólo a él le resultaban. Cuando las autoridades pertinentes le den el pase a la Fundación Pablo Neruda, la organizaremos aquí, como Matilde lo dejó estipulado en su testamento, en esta casa que se llama como ella: La Chascona. Será cuestión de mantener una revista, supongo, y una editorial de poesía, dar conferencias e invitar a escritores extranjeros ilustres que nos vengan a desasnar, y dar conferencias y ofrecer becas para escritores jóvenes, todo alrededor de esta casa que debe transformarse en un foco internacional de cultura. La estrella, claro, será la biblioteca, verdaderamente extraordinaria, con cualquier cantidad de ediciones importantísimas. ¿Autógrafos...? No. O no muchos, creo. Los autógrafos no le interesaban realmente a Pablo, ni tampoco los manuscritos. Incluso, lo que es una lástima, guardó pocas cartas, ni las de gente importante. No como yo, que las guardo todas porque si no las conservara no tendría la certeza de que he existido. Sí, claro que tengo tres o cuatro cartas de Trotski, ya te dije anoche. Pero he cambiado de opinión y no te las quiero vender porque no me pienso morir todavía. Mis cartas son de cuando Pablo recién llegó a México y me pidió que le escribiera en su nombre a Trotski para ponerse en contacto y posiblemente servir de puente entre él y los stalinistas que andaban hechos unos locos. Pero su espíritu ecuménico le duró poco,

te diré, porque en ese mismo Hotel Montejo donde recaló a su llegada, se reunía la camarilla de escritores y pintores mexicanos stalinistas que odiaban a Trotski por sobre todas las cosas del mundo, por considerarlo contrarrevolucionario y reaccionario, enemigo del primer gran país que construyó el socialismo: la sagrada Unión Soviética. Estos artistas eran amigos de Pablo porque habían hecho juntos la Guerra Civil española que tanta cola trajo a América, y no tardaron en arrastrarlo en su marea de odio a Trotski. Antes del mes Pablo me pidió que suspendiera mi correspondencia con él. Todo este lío venía de que los stalinistas mexicanos estaban furiosos con el presidente Lázaro Cárdenas por haber asilado a Trotski en México, y además haberle proporcionado protección policial en la casa de Coyoacán donde vivía, que era la casa de Diego Rivera y Frida Khalo, entonces trotskistas, donde Trotski finalmente fue asesinado. ¿Cómo no iban a odiar a Trotski, el archi-enemigo de Stalin, si Stalin había ayudado a la causa republicana española en la Guerra Civil, causa con la que los mexicanos se sentían profundamente identificados? Alegaban bajo juramento a quien quisiera oírlos, que fue Trotski, apoyado por el dinero norteamericano del sindicato de periódicos de Hearst, que desde Coyoacán organizó el sangriento levantamiento en Barcelona de los trotskistas del POUM, el Partido Obrero de Unificación Marxista, que dejó un saldo de cinco mil muertos además de haber derivado hacia ese inútil enfrentamiento una fuerza de treinta mil hombres que debían haber estado combatiendo a los franquistas. Aseguraban que fue por esa debilitadora falta de tropas que cayó el frente del Ebro, entregándole Cataluña, y España, a Franco. Los stalinistas mexicanos interpretaban la derrota de la República como una consecuencia directa de la intervención de Trotski y de los americanos que lo habrían respaldado desde México, y en este sentido la

derrota habría sido culpa de México, cuyo gobierno asilaba y protegía al culpable: fue una mancha que algunos mexicanos locos se sintieron con el deber de lavar eliminando a Trotski. ¡No sigas insistiendo que Pablo anduvo mezclado en este asunto, Freddy, no seas imbécil, yo estaba allá con él y no es verdad! Era amigo de algunos de los que participaron, a los que frecuentaba en el Hotel Montejo, pero nada más, eso queda claro en las cartas de toda la gente de esa época. Ahora me acuerdo: una vez Siqueiros le mandó de regalo a Pablo un paquete de correspondencia Trotski-Frida Khalo-Diego Rivera, cartas que en buenas cuentas comprometían directamente a la pareja Diego-Frida en el asunto del POUM en Barcelona. Hace años que no las veo y ni siquiera sé dónde están esas cartas. No, no las compró. Se las regaló Siqueiros, te digo, con toda mala intención, además, porque odiaba a Frida y a Diego, por trotskistas entre otros motivos menos limpios. A Pablo le regalaban muchas cosas así, que conservaba sólo si le parecían importantes, como las famosas cartas de Isabelle Rimbaud que le regaló Eluard. ¡Cómo se te puede pasar por la cabeza que voy a vender nada si todo pertenece a la Fundación! ¿Estás loco? ¿Anoche te dije que sí? Lo dudo. No me acuerdo. En todo caso, los viejos tenemos derecho a la mala memoria y a contradecirnos y a cambiar de opinión, y hoy no te las vendo. Para demostrarte lo poco aficionado que era Pablo a los manuscritos, te contaré que una vez lo acompañé donde un librero en la rue des Saints Pères, un sucucho chiquitito y oscuro, pero uno de los librerías más importantes de París. Pablo acababa de leer *Lokis* de Próspero Mérimée. Estaba muy entusiasmado con esa extraña historia del hombre-lobo que enardeció la imaginación de los románticos. El gran refinamiento de Pablo era leer a sus escritores preferidos en ediciones exquisitas, no por lo lujosas, sino por lo auténticas, y le preguntó al

librero de la rue des Saints Pères si tenía un *Lokis*. El librero le respondió que por desgracia había vendido la semana anterior su *Lokis*, que permaneció un decenio en su poder sin que nadie lo mirara. Pablo quiso saber qué edición era, a lo que el librero, erizado de furia profesional, le respondió que lo que tenía eran los manuscritos de *Lokis*, los originales, *bien sûr*, no una edición. Cuando Pablo, decepcionado, le dijo que no le interesaban los manuscritos, el librero se puso a gritar, diciéndole que un ignorante como él, incapaz de apreciar un original de Merimée, no debía pisar su librería. ¡Claro, si hubiera sido una primera edición, Pablo hubiera hecho cualquier cosa por rastrearla y comprarla en el acto! Es decir, no en el acto, porque nunca llevaba mucho dinero en el bolsillo. Lo que hacía era reservar lo que le interesaba, dejando un depósito al contado. Es una forma de comprar muy respetada en Francia, te diré, por lo menos en mi tiempo. Y después, cuando tenía dinero pasaba a pagar el resto y llevarse sus libros. Recuerdo que en mil novecientos sesenta y cinco estábamos Pablo, la Matilde y yo en su cuarto de hotel en París cuando recibió un cable anunciándole que cobrara el dinero de su Premio Viareggio, siete mil dólares creo que eran. Inmediatamente se metió el cable al bolsillo y la Matilde y yo nos quedamos en la ventana viéndole salir del hotel con su tranquito tan característico, para ir al banco a cobrar su giro. Estuvo afuera una hora. Regresó con los brazos llenos de primeras ediciones que había dejado reservadas en distintas librerías de París, y que ahora, con el Premio Viareggio, rescataba. Puedes estar seguro que la calidad de su biblioteca es verdaderamente sorprendente, Freddy. Estoy de acuerdo contigo que aquí en Chile, como no tenemos nada, creemos que todas las atribuciones, las “escuelas de”, los esbozos de mala época, son una gran cosa y no nos queda otra

cosa que inflar, como dicen los muchachos ahora, todo lo nuestro, desde nuestros tenistas y futbolistas hasta nuestros terremotos y nuestras revoluciones... y para qué decir a nuestros poetas y escritores, frente a los cuales perdemos toda perspectiva. Mira, si no, a Gabriela Mistral, Premio Nobel, hoy, me parece a mí, totalmente irrecuperable como poeta aunque dicen que no como prosista, no sé, yo no he leído nunca su prosa y no te puedo decir que la idea de leerla me seduzca. El mismo Huidobro es una soberana lata con sus chistecitos, además de haber contagiado a la poesía chilena con el "mal francés" que es el surrealismo, del que no se han podido curar los poetas posteriores. Sí, aquí lo inflan todo, imitaciones y falsificaciones, pero qué le vamos a hacer si aquí nunca hubo nada. La gente ni sospecha el valor de la biblioteca de Pablo. Claro que también desinflan las cosas por pura envidia, o para tratar de conseguir las cosas a bajo precio si hay remate. Y no va a haber remate, Freddy, te lo aseguro. ¿Inflarme yo? ¿O que me inflen? ¿Quién, si ya nadie se acuerda de mí? Hasta a la Fausta a veces se le olvida de que existo. Y con razón no se acuerdan, porque mi balance dice que no he escrito nada que vaya a quedar y lo acepto. ¿Qué importa? ¿Qué son un par de centurias, un par de milenios de recuerdo, pensando en la dimensión del tiempo que viene después? En mi juventud me creí el Lautréamont chileno. ¿Por qué no, al fin y al cabo, si amé tanto su poesía que acepté no tener un rostro propio? Y después Mallarmé... y Saint-John Perse. Era necesario amar hasta la locura esas máscaras literarias de que me apropié para sentirme existiendo. Me queda mi amor por la poesía, eso sí que es eterno y no se extingue con los siglos, tanto que a veces pienso que es un don superior al de escribirla. Cuando disfruto de veras de algo que me gusta, de Quevedo, por ejemplo, pienso que tal vez no sea tan terrible no ser un gran creador,

pero que hubiera sido realmente espantoso no ser capaz de amar al tétrico y agusanado Quevedo, que a pesar de todo dice “Morir vivo es última cordura”. Debe ser terrible ser como tú, pobre Freddy, que sólo sabes cuánto cuestan las cosas y sólo por eso las aprecias. ¿Cuánto cuesta un soneto de Quevedo, por ejemplo, o una oda de Keats? Nada: es la superioridad de la literatura, que no cuesta nada. ¡Pobre Freddy! ¿Y cómo está tu mamá? ¿Murió? ¿Cuándo? No me digas. Tan bonita que era...

### 31

Dieron las diez y el cortejo debía partir a las once, la hora de todo el calor. Llegaron más personas a saludar a don Celedonio, sentado bajo el toldo amarillo con su puro en la boca y sus manos apoyadas en la empuñadura de su bastón, y después, entre los arbustos, subieron la escalera capriota para quedarse junto al féretro un rato antes que lo bajaran. Dirigidos por Lisboa los muchachos andaban organizando esta operación que iba a presentar dificultades, desplazándose en núcleos murmuradores desde lo alto de la escala hasta la cocina, hasta el patio, hasta la calle para ver si llegaba el furgón, algunos llevando claveles colorados en las manos como si fueran comparsas de una zarzuela esperando que el traspunte les diera la señal para salir a escena. Las hiedras que cubrían las rocas alrededor del patio, los arbustos acharolados, el pavimento mismo, estaban húmedos como si en la noche estos trasgos diligentes se hubieran dedicado a regar y dejarlo todo fresco para el último día de vida en esta casa que comenzaba a llenarse de periodistas, discípulos, polemizadores, correligionarios de batallas políticas y literarias, musas del pasado y aspirantes a musas de algún vate futuro. Pese al

manguereo nocturno, el patio era sofocante, un gran tornillo de moscas girando enloquecidas en el centro del espacio. Don Celedonio siempre le había dicho a Pablo: mucha mosca en este lugar, Pablito, tal vez las mismas que acuden a visitar los monstruosos traseros rojos de los mandriles del zoológico. Pablo contaba que una noche estos bichos de traseros extravagantes se fugaron de sus jaulas porque el encargado se emborrachó, e invadieron el barrio Bellavista, aterrorizando a los niños al anochecer al dejarse caer sobre sus hombros desde los árboles mientras jugaban, o a las dueñas de casa al asomar en sus ventanas sus horrendas máscaras sarcásticas. Las autoridades los persiguieron hasta hacerlos refugiarse en los bosques del cerro, donde se dice que proliferaron como en la selva tropical de su hábitat, preparando una segunda arremetida más brutal contra Bellavista, que ya no sería capaz de resistirlos y capitularía por fin al reino de los simios. Esta novelería seguramente no era más que otra de las invenciones con que Pablo transfiguraba el mundo, asegurándoles a los escépticos que él, al amanecer, solía escuchar desde su cama la cháchara de los descendientes de estos prófugos que “eligieron la libertad”, según el lugar común con que la prensa yanqui describe a los disidentes soviéticos que rehúsan regresar a la URSS.

Como a don Celedonio se le presentaba una larga jornada, Fausta circuló sola como anfitriona, dejando al benemérito poeta menor descansando a cargo de Freddy y Judit para que administraran su escasa fuerza. Fausta vestía largos drapeados de un luto con aspiración a riguroso, que debido a una congénita falta de sobriedad y a sus brazos teatrales y dijes tintineantes, la hacían semejar más bien una figura mortuoria arrancada de una aparatosa ilustración decimonónica para *Salambo*. Judit no dejaba de sentir cierta nostalgia por esta vocación exuberante, que Freddy le comentó al oído:

—No hay siútica más siútica que una siútica vestida de negro.

Pero la comprensión de Freddy estaba decididamente limitada por el buen gusto, incapaz de dar el salto tal vez mortal hacia la imaginación; a Judit, en cambio, en esta ocasión ritual y siendo algo tan ajeno a ella, la indumentaria de Fausta le parecía extrañamente adecuada, aunque su pollera levantara una polvareda al arrastrarse por el suelo. ¿La esencia misma de la sabiduría del viejo no era, no había sido siempre, no sólo su tolerancia hacia todo lo de Fausta, sino su celebración de sus arbitrariedades sin intentar controlarlas? Le decía a Freddy:

—... ha sido muy criticado en ese sentido, Pablo. Ustedes, los reaccionarios, son los peores. Es como si sintieran que con su inteligente falta de sectarismo los apoyara a ustedes en sus jueguitos, aunque por la misma razón ha sido criticado desde el otro campamento, desde dentro del Partido. Ellos, claro, son los que menos comprenden a Pablo, sobre todo porque el mundo de la ideología es un mundo esencialmente puritano. Para los ideólogos, el placer no tiene un lugar ni en la vida, ni el arte, ni en la poesía, y tampoco lo tienen la emoción ni la sensibilidad —a no ser que sea *cierta* emoción, *cierta* sensibilidad—, porque para ellos los artistas no deben ni jugar ni dudar, ni contradecirse, ni ser ellos mismos, sino enchufarse directamente con una “verdad” dada. Todo es deber, utilidad, puro tanatos, nada de eros. Es verdad que el pobre Pablo nos deja una herencia cultural de inmensa importancia con su poesía, que puede ser imperecedera porque incorpora el regocijo y el juego. Pero también dejó otras cosas, cosas menores, más misteriosas, ecos extraños de su ser que quizás sean indescifrables: los objetos que coleccionaba, por ejemplo, con los que le gustaba rodearse para ejercitar algo infantil que quedaba en él, relacionado de algún modo



con la codicia característica de todos los niños. Buscaba esos objetos por todos los rincones del mundo, sus talismanes, sus fetiches, símbolos de significado muy opaco, juguetes de niño pobre que al transformarse en niño rico a la vuelta de la vida pudo comprar, encarnando en esta posesión su disfrute de las cosas materiales, de lo gratuito, de lo superfluo, del juego, que tiene escaso lugar en los esquemas del puritanismo de los ideólogos que deben justificarlo todo racionalmente dentro de alguno de sus malditos sistemas. Una de las características de Pablo era su antipuritanismo; ¡lo han criticado tanto por ser “poco comunista”! Es que no entendieron lo esencial, que su sentido del banquete era una cosa muy antigua, un ritual complejo e inteligentísimo, lleno de ecos culturales que iban muchísimo más allá de sus “odas elementales” interpretadas simplemente como “elementales” y folklóricas. Son, en cambio, una celebración que no tiene nada que ver con la sencillez crasa del hombre telúrico con que la izquierda ha tratado de disfrazar al verdadero Pablo para transformarlo en un santo de palo, simplificando sus endiabladas contradicciones y sus taimas. ¿Te acuerdas cuando compró una casa con un lindo techo de tejas que todo el mundo admiró, y lo primero que hizo fue sacar las tejas y techar con zinc, para horror de todos los estetas nacionales preocupados con “la cosa nuestra”, y explicar que lo hacía porque le gustaba oír el sonido de la lluvia sobre el zinc...?

Estaban riéndose todavía, los tres, al recordar este incidente, cuando Ada Luz se acercó a don Celedonio a ofrecerle un café; un insufrible “cafecito”, pensó Judit.

—Bueno, gracias, Ada Luz —respondió él.

—¿Quiere que se lo traiga para acá?

Judit dijo que ella y Freddy también tomarían un café, pero que no se los sirviera en el patio porque a todas las visitas se les iba a an-

tojar lo mismo. Siguieron a Ada Luz hasta el comedor. Lisboa abrió la puerta, haciendo pasar primero a Fausta, que acudió al sentir el aroma del café, mientras Ada Luz se metía en la cocina para disponer las tazas sobre una bandeja. ¿Una tacita también para ella?, pensó. No. No era su lugar. Ni siquiera le correspondía sentarse en el otro extremo de la larga mesa del comedor. ¿Una tacita para Lisboa? ¿Con qué derecho entró Lisboa al comedor, sentándose entre “la gente”? ¿Con el fin de humillarla, obligándola a atenderlo como si ella fuera su sirvienta? Lisboa se sentía su superior no porque le hizo el amor anoche —razón de superioridad hasta cierto punto aceptable—, sino por su asqueroso triunfo de matón que la había obligado a obedecerle de no comunicar a nadie el deseo de la señora Matilde: te mato si se lo cuentas a cualquiera, ¿me entiendes? —anoche la tuteó en la cama, su acento espeso con un decenio de lenguas extranjeras, su cuerpo metálico de ardor sin cariño—, te mato, Ada Luz, no te veré nunca más, te quedarás sola para siempre pensando en mí porque ya estás vieja para conseguirte otro, y ni siquiera a Daniel y a tu nieto vas a poder verlos si no te ayudo. El café hervía furibundo y pungente en la maquinilla: Ada Luz sirvió las tazas, temblando premonitoria de algo terrible que podría pasar en esta hora que faltaba para que partiera el cortejo. Quitó de la bandeja la taza destinada a Lisboa. ¿Qué derecho tenía él? Le hizo jurar que no le diría nada a nadie, ni a don Celedonio, ni a doña Fausta, ni a Judit. ¿Por qué no a don Federico, por ejemplo, que anoche Lisboa no mencionó en su furia, y ahora estaba revolviendo pensativamente el azúcar en la taza que le acababa de poner al frente? ¿Hacía cuánto, ocho días, que la señora Matilde murmuró su desfalleciente deseo de que un curita revolucionario le dijera una misa de difuntos, y ella, la tonta, no le dijo nada a nadie porque no supo darle importancia hasta

anoche, cuando se lo soltó a Lisboa en la oscuridad de la escalera? Estúpida, confiarle su secreto. ¿Pero cómo entrever tantas directivas políticas en un comentario de mujer agónica? ¡Era cosa de locos! Aunque también era verdad que anoche, en la misma escala, cuando Lisboa la instruyó de que ningún comentario de la viuda del Premio Nobel y Premio Stalin, Pablo Neruda, era un simple comentario, había sentido el golpe de un huracán que la arrastraba en una intriga tanto mayor que su modesta estatura, que no podía ni aspirar a controlarla, o a comprenderla, o a defenderse: Lisboa sí, Judit sí, pero ella no. Colocó frente a Lisboa un vaso de agua como a él le gustaba con el café porque había vivido en Europa, y después llevó café al otro extremo de la mesa, donde don Federico estaba echando una parrafada sobre la Fundación; decía que quién sabe si a él se le ocurriría alguna manera de hacer expedito el trámite judicial que autorizaba la Fundación, ofreciendo su influencia, sus millones, su poder, sus buenos oficios para sacar a legajo de la sórdida trampa burocrática que lo tenía detenido. Difícil, dada la situación política, pero, en fin, haría todo lo que estuviera en sus manos.

—¿Cuánto vas a cobrar por el trámite, Freddy? —le preguntó Judit.

—No lo hago por interés. Lo hago como homenaje a Pablo y a Matilde.

—No me hagas reír.

—Judit —la llamó al orden don Celedonio—. ¿Qué sabes tú de todo esto, hija? Puede ser nuestra salvación. Siéntate y quédate tranquila, mujer. A ver, Freddy...

Judit se sentó, explicándole enardecida a Fausta y a don Celedonio que Freddy no sólo podía ayudar en los trámites de la Fundación, sino que dependía exclusivamente de él que se demoraran o no, que

este reaccionario venal, este esbirro del régimen, tenía poder para destruir el maravilloso sueño de los Neruda, algo intelectualmente refinado y de otra dimensión que los proyectos mezquinos, provincianos, pobretones, dependientes, a que estábamos acostumbrados en Chile. Por eso le dolía la actitud de Freddy.

—¿Cuál actitud, Judit? —demandó Fausta.

En este país, repuso ella, todo se hacía por influencias y compadrazgos, todo el mundo se sentía cerca del poder y con derecho y obligación de manejarlo. Freddy tenía detenidos los papeles de la Fundación Neruda para invalidar el proyecto de Pablo no sólo debido a una oscura variedad de envidia, sino porque se trataba de un proyecto emanado de la gente que ellos denominaban comunistas, que no eran más que los críticos de este régimen. Freddy retenía el proyecto, dijo Judit, por puro odio. . .

—¡Qué bien me entiendes, primita! ¡Cómo no, si somos de la misma sangre! Pero no seas tan tajante, acuérdate que esta mañana te dije que estoy dispuesto a hacer la vista gorda y ayudar si. . .

—No te entiendo, Freddy —dijo Fausta.

—Es muy fácil —explicó Judit crepitante de indignación, sentándose otra vez—. Por un lado están sus ideas; ni a él ni al régimen les conviene que salga adelante la Fundación Neruda, que tendrá trascendencia continental, porque le traería prestigio al PC. Lo que quiero decirles es esto: esta mañana Freddy me llamó para comunicarme que estaría dispuesto a traicionar un poquitito lo que podríamos llamar sus ideales políticos siempre que le valga la pena. En otras palabras, la coima. La vulgar coima.

—¿Para qué quieres más plata, Freddy? —le preguntó don Celedonio.

—No quiere plata. Quiere las cartas de Trotski.

—Las mías las tienes a tu disposición siempre que aceleres los trámites —ofreció don Celedonio.

—No —dijo Freddy—. No son las tuyas las que quiero, aunque no las desprecio y ya me llegará el momento de cobrártelas. Si las puedes incluir de llapa en el paquete, mejor. Pero las que quiero, las que ando buscando hace años, son las cartas de Trotski a Diego Rivera y Frida Khalo, en las que incrimina a medio México y quizás a medio Latinoamérica en la matanza de los anarcos del POUM en Barcelona.

—Esas pertenecen a la Fundación.

—Dijiste que todavía no se completaba el inventario y que nadie las ha visto.

—¿Estás proponiéndonos que nos robemos esas cartas para dártelas a cambio de tu intervención ante las autoridades? —preguntó Fausta, estupefacta.

Golpearon el vidrio de la puerta. Lisboa, que estaba atento a la discusión, se puso de pie, haciendo entrar al muchacho de la Jota que vino a anunciar la llegada del anciano ex senador Gualterio Larrañaga, recién regresado del exilio; sugirió a los que estaban reunidos que sería gentil invitarlo a tomar un café con ellos.

—No —dijo Ada Luz desde su rincón, dejando su tejido sobre una silla.

—¿Por qué no?

—Porque son las diez y cuarto y el cortejo tiene que salir de aquí a las once. No tenemos tiempo.

Lisboa se paró, saliendo del comedor con la intención de acoger con el debido respeto al jerarca cuya importancia estos frívolos, discutiendo acerca de un montón de papeles apolillados, eran incapaces de sentir. Ada Luz, al retirar la taza vacía, topó a Lisboa, que salía

iracundo, con su bandeja, que se le cayó, las tazas y azucarero de crisopal hechos añicos en el suelo. Lisboa ni se dignó mirar hacia atrás al retirarse reventando los granos de azúcar y de falso cristal con sus pesadas suelas, y sin hacer caso a la zozobra de Ada Luz, que encucillada y lloriqueando intentaba recoger el destrozo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Judit, acercándose para ayudarla.

—Nada.

—¿Lisboa...?

El nombre hizo que Ada Luz se incorporara bruscamente para no oírlo, sollozando ahora, con la cara empapada. Y sonándose se dirigió a don Celedonio y a Fausta y a Freddy mientras Judit iba a la cocina a traer una escoba para barrer los granos de azúcar del suelo.

—¡Perdón... , perdón! —imploraba Ada Luz, gimoteando como frente a un tribunal dispuesto a condenarla.

—¡Pero si no es nada, mujer! ¿Por qué te pones así? —le decía Fausta magnánima al tomar el último sorbo de café y consultar su reloj—. Son las diez veinte. Ya debe estar por llegar el furgón. Ada Luz, mijita, habría que ir a decir que vayan bajando el ataúd. ¿Pero qué te pasa, mujer, por Dios? ¿Por qué lloras por esta estupidez?

El llanto de Ada Luz, tan extrañamente tempestuoso, canceló todas las otras preocupaciones. Judit dejó su escoba y solidaria fue a colocarse junto a ella en el rincón de la ventana; no estaba llorando por lo del azucarero, balbuceaba, sino de arrepentimiento por haber callado todo hasta ahora y habérselo contado al abusador de Lisboa. El la había obligado a callar. De no ser por las amenazas de ese comunista, lo hubiera contado todo hacía días, mintió, y se mintió consoladoramente a sí misma.

—¿Ves cómo los comunistas andan metidos en todo? —dijo

Freddy, divertido con esto, que se estaba transformando en *mari-vaudage*, con sirvientas enamoradas, documentos robados y todas las demás convenciones de ese estilo.

—¡Cállate, Freddy! ¿Contar qué, pues, Ada Luz? —le preguntó Fausta, impaciente con la intriga que no prometía un desenlace muy interesante porque los personajes eran, en sí, tan deslucidos.

Dejándose caer en una silla, con la cabeza oculta en sus manos que apelotonaban su tejido verde sobre la mesa, Ada Luz contó toda la historia, entre hipidos y gemidos: la extremaunción en Texas y el deseo que Matilde le había formulado, ya muy cerca del final, de que un curita de esos que viven en las poblaciones le dijera una misa de difuntos.

—¿Por qué a la Ada Luz y no a mí? —prorrumpió Fausta, mostrando su orgullo descaradamente herido.

Don Celedonio se había puesto de pie, paseándose por el comedor apoyado en su bastón, cojeando lamentablemente, como le sucedía cuando estaba alterado. Los granos de azúcar que reventaban bajo sus zapatos hicieron que Ada Luz levantara la cabeza, pero al oír a don Celedonio declarando que lo recién revelado era, en realidad, algo de la mayor gravedad, que podía tener gran significación en la historia política del país, volvió a esconder su cara en el revoltijo de su tejido. El anciano afirmó que el asunto era doblemente importante en este momento porque les quedaba sólo poco más de media hora para hacer cumplir las disposiciones de la extinta y nadie hacía nada...

—Ya es imposible hacer nada —opinó alguien.

El poeta menor insistió que quizás fuera posible hacer algo. Si el cortejo partía a las once, como estaba previsto, es decir, en veintio-

cho minutos más, tenían una hora, esa hora que duraría el trayecto a pie hasta el cementerio en pos del furgón, durante la que ellos, los íntimos, podrían organizarse para hacerle decir una misa allá, en la capilla del camposanto, con la multitud de asistentes tomando parte. ¡Sería maravilloso! ¡Las autoridades se quedarían con la boca abierta! ¡La oposición unida en un acto político bajo el signo de la cruz! Fausta interrogaba a Ada Luz sobre los detalles de lo que Matilde le dijo, sin molestarse en ocultar sus insoportables celos ante la receptora de tan magnífica confianza entregada, quizás debido al debilitamiento de su enfermedad, a alguien que no supo darle el merecido rango, y por su ignorancia, Ada Luz iba a malbaratar no sólo las intenciones de la extinta sino todo un juego de posiciones políticas que podían indicar el camino de la concordia y la moderación. Judit, ya no tan solidaria como hacía un momento con Ada Luz, la sacudió por los hombros, preguntándole con qué derecho había callado.

—Lisboa. El me amenazó.

—¿Te amenazó con qué?

En vez de responder, Ada Luz se arrojó a los brazos de Judit, repitiendo una y otra vez, en forma inconexa, el nombre de Lisboa. Enamorada, la pobre. ¡Qué estúpida! ¡Qué idioteces se hacen por amor! ¿Sería ella, Judit, capaz de deshacerse así por Mañungo? Tembló al responderse que no. En todo caso nunca, ni con Ramón, cuando todo había sido compañerismo y entusiasmo y causa y martirio, con las desoladoras lágrimas correspondientes, ni entonces la vida se le había desordenado de esta manera, que tenía algo. . . , algo tan glandular, tan profundamente repulsivo. En todo caso, ¿quién era Ada Luz? ¿Por qué de pronto se había transformado en protagonista en la casa de Pablo, que jamás la conoció? Era una entrometida, una histérica.



Este fue el mismo diagnóstico civilizado de toda la pequeña concurrencia no completamente libre de envidia. Fausta estaba murmurándole a Freddy que Ada Luz no tenía edad para cosas así, cuando percibió que don Celedonio le hacía una seña que comprendió; después de hojear su agenda llamó por teléfono a un curita amigo que vivía en una población, de esos curas que terminan baleados por seres que nunca llegan a identificarse, y su deceso deja un agujero de bala anónimamente rodeado de un círculo de tiza en el muro. ¡La peste de la Iglesia, murmuró Freddy, curas que sólo propician la confusión, ya que todo sería tan claramente blanco o negro sin su interferencia! Presionaba con su índice para recoger los granitos de azúcar salpicados encima de la mesa y se lo chupaba. Fausta colgó el fono.

—No está —dijo.

—Ya no queda tiempo —advirtió Freddy.

—Llama a otro cura, Fausta —la urgió don Celedonio.

En el momento en que Fausta comenzaba a marcar, Freddy se puso de pie. Dirigiéndose a ella, le quitó suavemente el fono y ella, estupefacta, se lo cedió sin resistencia. El se quedó jugueteando con el cordón negro del teléfono mientras hablaba:

—No llames —le decía Freddy, como quien aconseja a una amiga muy querida.

—¡No le obedezca! —exclamó Judit.

—Llame, llame—chilló Ada Luz desde su silla, alzando su cara empapada—. ¡Por Dios, llame, para que se salve el alma de la señora Matilde, que se puede condenar por mi culpa, y para que Dios me perdone!

—No llames —mandó Freddy, deteniendo con fuerza la mano de Fausta, que se disponía a marcar otro número—. Reconozco que este asunto de la misa es importante. Como los comunistas todavía

no tienen dispensa para decir misa, aunque como están las cosas no dudo que a corto plazo la obtengan, se ve por la actitud de Lisboa que piensan transformar el entierro de la Matilde en un carnaval propio. Lo que quizás podría convenirnos a nosotros, porque estos carnavales espontáneos siempre terminan desprestigiando a los que los convocan. Lo que hay que evitar es que transformen a Matilde en bandera de la oposición unida, porque nada debe unir a la oposición. Eso sería muchísimo más grave que cualquier carnaval. Tal vez la discreción de Ada Luz nos haya salvado. No llames, Fausta.

—Al contrario. Después de lo que acabas de decir, más ganas de llamar me dan. ¡Suéltame la mano, Freddy! ¡Suéltame, si no quieres que te haga echar a patadas de aquí!

—¿Para que salga en los diarios que el distinguido financista Federico Fox fue expulsado vilmente por los extremistas que llenaban la casa de la difunta viuda del Premio Nobel? No. No me vas a hacer echar a patadas. No te conviene —dijo riendo, y le soltó la muñeca, continuando su juego con el cordón del teléfono.

—Faltan veinte minutos para las once —dijo Fausta, marcando otro número— y te queda muy poco tiempo para tus maniobras, Freddy.

Al soltarla, Freddy se sentó en la punta de la mesa del comedor desde donde Fausta marcaba números que no contestaban, y la mesa crujió bajo su porte. Estaba intranquilo, desenredando, mientras hablaba, el cordón negro de la pata de la mesa, y mientras lo hacía, dijo con tanta serenidad que para escucharlo Fausta dejó de marcar, aunque no quitó el dedo del disco:

— No llames, Fausta. Tengo la última proposición que hacerles. Eso sí que les advierto que es la última de veras, y si no la aceptan, después, bueno, la próxima etapa será la guerra abierta. Esta

es mi proposición: si no llamas a tu cura para que diga la misa, te juro por mi santa madre que me iré derecho de aquí a mi oficina y dentro de media hora habré firmado los documentos que autorizan la Fundación Pablo Neruda, papeles que en este momento, y desde hace un buen tiempo, están sobre mi escritorio para que yo decida: esta gente, como ustedes comprenderán, es bastante primitiva y no entiende mucho de estos asuntos, así es que me los pasan a mí. Y en cuanto firme los papeles me constituyo en celador de la Fundación para que bajo mi tutela se salven todos los escollos. A cambio de esto, ustedes, los llamados moderados, que son los más peligrosos, no deben organizar una misa de cuerpo presente sino dejar que los comunistas figuren como el partido protagonista, y si quieren, armen un discreto alboroto.

—¿Cuál es tu precio? —le preguntó Judit—. ¿Que nos robemos las cartas de Trotski del acervo de Neruda para pagarte con ellas?

Freddy se rió: mientras hablaba había confeccionado una especie de complejo lazo con el cordón negro del teléfono, sin mirar lo que sus manos inquietas hacían. Dijo:

—En el fondo, y pese a todos los horrores que te han pasado, eres simple, Judit. Ni las cartas de Trotski, ni nada de todo lo que hemos estado hablando aquí, tienen más que una importancia secundaria comparados con otra cosa: que es quedarme con el poder, defenderlo, no soltarlo por ningún motivo ni por ningún precio. Me resigno a perder las cartas de Trotski... por ahora. Deben ser maravillosas, y espero, Celedonio, que algún día me las puedas mostrar. Siento mucho que no quieras vendérmelas, ni..., ni cedérmelas. Pero estoy contento porque esta vez he hecho una buena compra: he comprado el silencio de ustedes, que les pago dándoles su fundacioncita.

No tuvieron que pensarlo mucho. El cinismo de Freddy era ahogante. Sin duda, lo de la misa —en el hipotético caso de que se pudiera llegar a organizar, lo que con la hora que avanzaba se hacía más y más imposible—, sería muy vistoso, claro, pero un poco, cómo decirlo, impermanente, publicitario, prensa, noticia, que se desvanecería en una jornada de efusivo entusiasmo y después, como todo en este país, incluso las fechorías más increíbles, se callaría, se olvidaría con la aparición de otra fechoría peor. La Fundación, en cambio, era algo sólido, real, proyectado hacia el futuro de generaciones que podrían disfrutar y aprender en esta misma casa, donde todo, gracias al legado de Pablo, se tornaría coherente y positivo. ¿Dejarse comprar aceptando el silencio respecto a la misa que fue el último deseo —o así lo decía ese personaje inidentificable que era la Ada Luz, sin otro testimonio— de Matilde? Valía la pena dejarse comprar por ese precio. Una vez resuelto el asunto entre ellos, sin consultar a Ada Luz, que se había dormido como drogada con la cabeza metida en su nidal de lana verde, don Celedonio le preguntó a Freddy:

—¿Somos todos unos sinvergüenzas, que tenemos nuestro precio, entonces?

—Si no lo sabes tú, a tu edad y con todo lo que has vivido, nadie lo sabrá nunca, Celedonio. En todo caso es mejor que no dramaticemos, ¿no te parece?

—Me parece. Si haces lo que prometiste te regalaré mis propias cartas de Trotski como premio de consuelo. Mis pobres cuatro cartas no son comparables al *carteggio* con Frida y Diego, pero, en fin, peor es nada...

Don Celedonio no estaba tan viejo como para no percibir la ironía en las pupilas de Freddy al darle las gracias por su dádiva:

decidió allí mismo que lo primero que haría al regresar a su casa sería quemar sus cartas de Trotski porque no tenían ni el modesto valor que él les atribuía ya que causaban la risa de Freddy, para quien eran un placebo, porque él gestionaba sólo con asuntos de verdadero imperio. Sin embargo el financista le dijo:

—Te las cobraré a su debido tiempo.

Por la puerta vieron que en el patio, en los últimos minutos, se había ido congregando una multitud a medida que se acercaba la hora en que debía partir el cortejo cargando las coronas y ofrendas. Judit se acercó a despertar a Ada Luz para que se fuera a buscar a la Marilú y llevarla al cementerio.

—Lisboa —llamó Fausta, consultando su reloj.

—¿Sí?

—Falta un cuarto para las once. Que bajen el cajón.

—¿Quién lo bajará? —preguntó Freddy.

Todos se miraron, odiándose.

—Los chiquillos de la Jota —dispuso don Celedonio, y Lisboa se fue a impartir las órdenes.

—Bueno —dijo Freddy.

—Bueno —asintió don Celedonio.

—¿Pero qué seguridad tengo —preguntó Freddy de repente, aún sentado a la mesa— de que en cuanto yo dé vuelta la espalda uno de ustedes no va a telefonar a uno de sus curitas comunistas?

—¡Freddy, por Dios!

—¡Cómo se te ocurre!

— Claro que se me ocurre. Ahora las cosas no son cuestión de compromisos entre caballeros, sino de oportunidad, de intriga. Todo puede pasar —dijo Freddy, y dando un tirón salvaje al alambre telefónico con que había estado jugando desde hacía rato, lo arrancó

de cuajo de la pared, haciendo caer parte del enlucido. Explicó —: Para evitar tentaciones.

El grito de sorpresa y los sollozos de Fausta fueron instantáneos, y con la cara empapada de lágrimas de terror ante este acto de violencia, subió corriendo a pleno sol por la escalera capriota. Sus gemidos se oían desde abajo, y movía los labios un poco automáticamente, como uniendo su recuerdo de alguna plegaria ya casi olvidada a los rezos de las mujeres que arriba recitaban las tradicionales letanías del dolor en torno al cajón. Judit permaneció abajo, mirando cómo bajaban torpemente esas tétricas tablas negras. Pensó en la rigidez de la perrita blanca de anoche, que dejó abandonada como un juguete de palo, y en el cuerpo de Matilde, ya también rígido, que por última vez se estaría moviendo como un objeto hecho de una sola pieza entre los rasos blancos de la muerte.

### 32

Al salir del ascensor llevando a Jean-Paul de la mano vio a Lopito apoyado en el escritorio del conserje, preguntándole algo. Su primer impulso fue protegerse de él, volver atrás para evitarlo o pedir que le indicaran otra puerta para salir del hotel sin tener que enfrentarlo. Su segundo impulso, paralelo a darse cuenta que era absurdo temer a Lopito porque seguramente ya había olvidado la escenita de más temprano en casa de Judit, fue el de proteger a Jean-Paul de la agresividad que su amigo sin duda había ido acumulando contra él desde que lo vio reaparecer en Chile. ¿Hacia cuánto... , dieciséis, dieciocho horas? ¡Dieciocho horas! ¡Increíble! ¡Todo había ocurrido en el pequeño lapso de dieciocho horas! ¡Incluso su fantástico compromiso matrimonial urdido por el aislamiento de su hijo, cuyas

sospechas ahora lo estaban torturando a él!

Se acercó a Lopito sin que lo viera. Asistir al entierro de Matilde en su compañía no era la perspectiva ni más atrayente ni más solemne para una ocasión en que hubiera preferido recogimiento. Lopito seguramente se iba a adueñar de él, administrándolo, indicándole a quién debía saludar y a quién no, quién era traidor y quién no, quién estúpido y quién no, qué mujeres estaban dispuestas y cuáles sólo lo aparentaban... , en fin, monopolizándolo, y sobre todo impidiéndole tomar un contacto espontáneo con compañeros que sin duda encontraría después de tanto tiempo, todos encantados de compartir con él por lo menos parte de su reencuentro con la ciudad.

Justo antes de tocar el hombro de Lopito y de colocarse en los labios una benigna sonrisa de acogida, le acometió un deseo que sin embargo refrenó, de no tocar ese hombro sino de huir con su hijo directamente a Chiloé a oír la lluvia repiqueteando en el techo, y reaprender, a la vera de los viejos junto al fuego, los interminables cuentos de siempre, pulidos como cantos rodados de tanto repetirlos, en vez de enfrentarse con el triste día de hoy en compañía de Lopito, asistiendo a este entierro que la torpe pugna política iba a despojar de sus ecos afectivos.

—¡Lopito...!

Lopito se dio vuelta bruscamente, como si le atacaran, como si toda su vida se redujera al pobre gesto único de defensa. Reconociendo a su amigo, sin embargo, al instante bajó su guardia implícita, y lo saludó afectuosamente. Mañungo traía a Jean-Paul aferrado de su mano. El niño miraba a Lopito con la estupefacción de quien contempla un fenómeno natural que podía resultar peligroso.

—¿Este es Juan Pablo? —preguntó Lopito.

—Juan Pablo, te presento a mi gran amigo Lopito.

—*Bonjour, monsieur.*

Juan Pablo. No el burlón Jean-Paul defectuosamente pronunciado; la ramita de olivo ofrecida como matinal prenda de sus buenas intenciones, el arrepentimiento, la contrición. Las cosas, por último, no saldrían tan mal si mantenía esta actitud. Era evidente que su intención era borrar la escena de la casa de Judit y comenzar de nuevo. Venía escrupulosamente limpio, el pelo recién mojado y partido al medio como un niño que va al colegio antes que el fragor de las pendencias del día alteren su comedimiento; corbata, zapatos lustrados, todo en él pregonaba buenas intenciones. Sus ojillos de extremos caídos hacia las sienes no brillaban como siempre porque sus pupilas eran dos escamas opacas que la culpa disimulaba en el espesor de sus párpados. Juan Pablo seguía escudriñándolo como a un animal del zoológico, inventariando aquello que lo hacía distinto a él.

Sí, explicaba Lopito; los venía a buscar porque Santiago se había extendido mucho en los últimos años y no iban a saber llegar solos al cementerio. ¿No les parecía absolutamente encantador de su parte preocuparse tanto por ellos? Lopito resoplaba mucho al hablar, pero Mañungo recordaba que siempre había resoplado un poco, y además encendió otro cigarrillo.

—Y adivinen a quién traje —preguntó, triunfal.

Durante un segundo terrible Mañungo temió que con su placer en crear situaciones difíciles para sus amigos, Lopito se las hubiera ingeniado para arrastrar a Judit, lo que, además de la incomodidad de enfrentarse con ella ante terceros por primera vez después de anoche sin antes haber aclarado sus asuntos, significaría tener que explicarle la presencia de su enemiga a Jean-Paul, que se las arreglaría para hacer insoportable ese día que no iba a ser el más fácil de su vida.



—¿A quién?

—A la Moira.

Al principio Mañungo no identificó el nombre. Lopito se dio cuenta y aclaró:

—A la Moira López.

La Lopita. Claro. ¿Cómo no se acordó de ese pretencioso nombre de *prima ballerina* cubano-neoyorkina? Claro; tenía otro, más pintoresco, más sabroso, de pícaro tonadillero criollo, la Lopita. Trató de reaccionar favorablemente ante este anuncio, pero no dudó que su presencia sólo haría más pesada la mañana y más intratable a Jean-Paul si la Lopita era tan fea como esperaba. Lopito se había puesto rojo, como un novio que trae a su pareja de provincia para presentarla a su familia de alto coturno. Aclaró que la traía no sólo para que tomara parte en las exequias de Matilde, sino para que la niña le diera la bienvenida a Juan Pablo y se divirtieran jugando juntos.

—¿Dónde está? —preguntó Mañungo.

—Allá —repuso Lopito en voz baja, como si no quisiera perturbar a nadie, señalando un sector distante del *lobby*—. Mirando la televisión. Le encanta. Nosotros no tenemos.

Mañungo y Jean-Paul, que no le soltaba la mano, giraron sus perfiles coordinados: sentada en un rincón oscuro de la sala, tranquila como una muñeca sobre un *pouf* enorme, mirando la televisión y dándoles la espalda, vieron a una niña vestida de percal color obispo, con dos trenzas tiesas y flacas arriscadas a su espalda y atadas con cintas blancas. Extática, parecía no respirar para no perder nada de lo que transcurría en la pantalla. Mañungo le dijo a Jean-Paul que la fuera a saludar, y que la trajera, porque quería conocer a la Moira López. Pero al verlo desprenderse de la mano de su padre Lopito

tomó la mano del niño. La expresión de Lopito había cambiado: le sonreía con una dulzura tan real que él no pudo dejar de corresponderle con un esbozo de sonrisa. Entonces, reteniendo la mano de Jean-Paul en la suya, Lopito se acuclilló frente a él, rogándole con mucha suavidad:

—¿No te vas a reír de ella si la encuentras fea, no es cierto? No, claro que no, porque eres lo suficientemente hombre como para no hacerla sufrir. Además, te puede entretener haciendo piruetas, que ya sabe hacer porque quiere ser bailarina de ballet cuando sea grande. No te niego que la pobre se ve un poco ridícula haciendo *entrechats*, pero pienso que quizás puedan darle papeles cómicos o terribles. Anda, Juan Pablo. Eres inteligente y entiendes lo que te estoy pidiendo. Bueno, ella también es inteligente y lo entiende todo. Más de lo que le conviene para sus años, a la pobre. Pero no te rías de ella porque yo la he convencido que es preciosa. Lo que más le duele es hacerme sufrir a mí. ¿Me entiendes? Bueno, te lo quería decir por si entendieras, aunque sé que no entiendes más que francés. Anda. . .

Mañungo, dándole la mano, ayudó a Lopito a incorporarse porque estaba como tullido y viejo, advirtiéndole que no era conveniente hablarle así a los niños. Por suerte, Juan Pablo no entendía español, de modo que seguramente no alcanzó a comprender la cantidad de sandeces que dijo sobre la Lopita. Lo mejor era dejar actuar al niño, porque bastaba que *un grand* le dijera algo para que él reaccionara en forma contraria. Además, Jean-Paul era suficientemente civilizado como para portarse bien con una niñita que acababa de conocer. Le dijo a Jean-Paul, señalándole a la Moira López, que todavía no los había visto:

—*Allez-y, donc. Elle s'appelle Moira.*

Se quedaron mirándolo, y el conserje también. Al apartarse de

ellos Juan Pablo caminó rápido, sorteando con piruetas un *pouf*, un sillón, una mesita, pero más allá, en la penumbra y a medida que se iba acercando a la niña, sus pasos fueron haciéndose más controlados, hasta quedar detrás de ella sin moverse mientras ella seguía absorta en la pantalla de la televisión. Después le tocó el hombro. La niña se volvió. Mañungo no la veía desde donde estaba, de modo que no pudo hacer una evaluación de la exactitud de las apreciaciones de Lopito acerca del aspecto físico de su hija. Pudo darse cuenta, en cambio, que sentada entre sus vuelos de percal sobre el *pouf*, la niña le estaba hablando a Juan Pablo, moviendo sus manitas para enfatizar, para mimar, para explicar, y Juan Pablo la miraba y la escuchaba, asombrado y atento. Ella, hablando siempre, se bajó del *pouf*. Giró muy rápido, de modo que sus trenzas y sus volantes quedaron horizontales durante sus evoluciones; luego le hizo una reverencia a su nuevo amigo y volvió a encaramarse en el *pouf*, haciéndose a un lado para que Juan Pablo se sentara junto a ella, lo que él hizo sin regodeos. Los padres de ambos no se acercaron ni los llamaron pese a que se hacía tarde y podrían atrasarse para el funeral, porque estaban absortos en las siluetas de sus hijos recortadas en la pantalla de televisión. Sentada de espaldas a ellos sobre el *pouf*, la Moira López seguía hablando como si explicara lo que sucedía en la pantalla, con gestos tan graciosos de sus pequeñas manos de mimo que Jean-Paul lanzó una carcajada.

—La primera desde que llegamos a Chile —dijo Mañungo.

—Buen síntoma —asintió Lopito.

Mañungo temía que su hijo se hubiera reído de la Moira López, que era justo lo que no debía hacer. El padre se dio cuenta de la desazón de Mañungo y le dijo que no tuviera cuidado, él ya era experto en reconocer el tono de las carcajadas suscitadas por la Lopita

—si se reían *con* ella o si se reían *de* ella—, y esta carcajada, se lo podía asegurar, significaba que Jean-Paul se estaba riendo *con* ella, lo que era muy lindo. Los niños, entonces, después de apagar la televisión, se bajaron del *pouf* —Juan Pablo tomó de la mano a la Moira López, atención que ella agradeció con una reverencia cortesana—, y juntos se acercaron a sus padres. Al llegar, la niña le hizo otra de sus reverencias/piruetas a Mañungo, tomando los volantes de su vestido dominguero entre sus dedos.

—Son cursilerías que le enseña su mamá, la tonta de la Flora, para que tome parte en no sé qué huevada de cuadros plásticos en el barrio —explicó Lopito.

—¡Es encantadora! —mintió Mañungo.

—Buenos días —dijo ella—. ¿Usted es el papá de Jean-Paul?

Pronunciaba el nombre francés del niño con cuidado, como si recién lo hubiera aprendido, y, buena alumna, hubiera pasado la mañana entrenándose.

—Sí. ¿Y tú eres la Moira López, no es cierto?

—Sí. Es nombre de bailarina.♥ ¿No es cierto, Jean-Paul?

—Sí —replicó él en castellano.

La Lopita era, en realidad, excepcionalmente fea. La antigüedad asiática de su cara larga y oscura como la de su padre hacía que su cabeza pareciera excesiva para el delicado tronco y las piernas flacas de una niña de siete años. Sus encías eran largas y moradas como las de su padre, y la nariz áspera y prominente. Las ranuras achinadas de sus ojos eran tan estrechas que al principio Mañungo no alcanzó a divisar su alma en ellas. Pero cuando la Lopita sonrió, explicando la película cortesana que daban en la tele, brilló la luz de los significados prisioneros en las apariencias, y la inteligencia transformó su cara de niña fea en una gloriosa máscara grotesca relacionada con toda una

sensibilidad del arte y de la cultura; Mañungo y Juan Pablo habían visto máscaras como ésa observándolos desde aleros góticos y desde rincones umbríos de jardines italianos, y era fácil reconocerla como propuesta de estilo y admirarla. Vestía, por otra parte, con tanto cuidado su trajecito dominguero, limpiísima y con el pelo tirante sin una mecha fuera de lugar, húmeda y fragante de colonia, que su fealdad encarnaba una perfección de concepto no muy lejano al de los objetos de belleza. Su sonrisa, al tomar la mano de su padre, era tan confiada como si quisiera aplacar con su alegría las inmensas inseguridades de ese hombre: era ella, no él, quien había aprendido a vivir con las inseguridades. Jean-Paul fue el primero en hablar:

—*Son papa dit qu'elle est moche, mais ça n'est pas vrai. Elle n'est pas moche du tout. Elle est étrange, comme un personnage de fabliau, plutôt mignonne, comme un gnome. Ou une gnomesse. Gnomesse est le féminin de gnome, papa? Elle est rigolette. Je comprends tout ce qu'elle dit...*

—Este matrimonio se hace —dijo Mañungo riendo, aunque no sin un puntito de aprensión.

—¿Te gusto como consuegro?

—*Allons-y, papa?*

—*Où ça?*

—*Au cimetière.*

—*Je croyais que tu ne voulais pas y aller.*

—*Je veux voir la révolution dont Moira parle.*

—Es muy politizada mi cabrita, oye.

—... *et le couvre-feu* —agregó entusiasmado Juan Pablo.

—Y va a caer... y va a caer... —se puso a cantar y a palmotear la Lopita—. ¿Vamos a la revolución, Jean-Paul?

—*Je peux aller avec Lopita, papa?*

—*Elle s'appelle Moira .*

—*Elle m'a dit de l'appeler Lopita si je veux .*

—*Bon .*<sup>5</sup>

—¿Vamos —invitó Lopito.

Y se encaminaron hacia la salida del hotel, los dos niños tomados de la mano y brincando delante de sus padres, que los seguían complacidos.

### 33

Debían ser la última palabra en sofisticación esos autos grises de vidrios ahumados que quizás existieran desde antes, pero cuyo advenimiento se había hecho notar sólo ahora último, estacionados aquí o allá junto a vehículos comunes entre los que se disimulaban. Sus vidrios no eran ahumados enteros, sólo la parte alta de cada ventana y cada parabrisas para ocultar los rostros de los ocupantes, encargados, entre otras cosas aún más funestas, según se murmuraba, de conectarse por radio con un banco central de datos capaz de informar sobre toda la población que esta mañana afluía al cementerio. Los vidrios negros embozaban sólo los rostros de los tripulantes, dejando descubiertos los rígidos torsos de maniquí sin cabeza que con sus musculosos brazos cruzados encima del pecho esperaban el momento de actuar sobre la muchedumbre que llenaba las calles tributarias de la avenida Recoleta para asistir al entierro de Matilde Neruda, muchedumbre que pasaba de largo junto a los autos grises sin atreverse a comentarlos.

Comentaban sin temor, en cambio, o con otra clase de temor, a los grandes camiones verdes apostados en las cuadras cercanas al camposanto, erizados de siluetas con casco y metralleta, y a los unifor-

mados vigilando en algunas esquinas. La gente se detenía a comprar un helado, un globo color fucsia para un regalón, un cucurucho de maní, un paquete de palomitas, sustancia de Chillán, alfeñiques rosados y amarillos, turrón, mote con huesillos pregonado a gritos, mirando sin pestañear a los agentes temidos, aunque no tan temidos como los que embozaban sus rostros en los vidrios de los autos. ¿Qué iban a hacer éstos, cuál era su tarea específica en un día como hoy? Se estaban viendo con frecuencia estos autos grises en distintos puntos de la ciudad, esperando algo, observando, listos para dar alarmas secretas y conectarse entre sí con instrumentos tan misteriosos como las antenas de los lepidópteros. Rara vez entraban en las poblaciones donde noche a noche ardían las barricadas de neumáticos de humo intoxicador, y donde las paredes de algunas casas de calamina o de madera ostentaban agujeros de balas rodeados del famoso circulito de tiza para señalar la bala culpable de una baja jamás aclarada y jamás perdonada. Acechaban, más bien, en las inmediaciones de las casas de los jefes, en día de protesta o de huelga, en los tranquilos barrios burgueses con aires castrenses, disimulados bajo los árboles de las bocacalles a la hora de la oración, o merodeando una esquina donde alguien fue abandonado por sus secuestradores, o cerca del lugar donde los condujo un aviso de bomba no cumplido.

Ojos ocultos por estos vidrios vieron al cuhepo desembarcándose de una micro Matadero-Palma: después que bajaron los pasajeros en la esquina de los cementerios, el cuhepo, bromeando con el conductor, se descolgó con sus largos brazos de simio desde la plataforma a la pisadera, depositando en el pavimento, primero, su patín y luego dejando caer su tronco sobre él. Después, al despedirse del conductor agitando alegremente la mano —embozado en los vidrios grises alguien anotó el número de la micro—, se dio impulso con las palmas

en el suelo, y capeando prodigiosamente el enloquecido embotellamiento de tráfico, se perdió rodando entre la multitud de la vereda.

El taxi había dejado a Mañungo con Lopito y los niños a varias cuadras de la entrada al camposanto. Lo prefirieron así porque la circulación hacia ese lado se estaba poniendo difícil. Como iban un poco adelantados, Lopito propuso pasear un poco por la criollísima avenida con el fin de que su amigo se chilinizara de nuevo. Puso en duda, eso sí, el valor de esto de chilinizarse, dado como estaban las cosas en el país; nuestro único destino, a estas alturas, dijo, parecía que era desaparecer amordazados, maniatados, vejados, dijo, esclavizados. Sólo quedaba profesar de nihilista y despojarse de toda ideología que prometiera soluciones. ¿De qué servían las luchas por la concordia si la única respuesta venía de las metralletas? ¿Qué posibilidad le veía a esta muchedumbre pasiva, sumisa, que los rodeaba? ¿No se daba cuenta que era tal la miseria en que el régimen los tenía sumidos, que sería fácil conquistarlos, por no decir seducirlos o comprarlos, con un vaso de mote con huesillos, con el aroma perverso de unas prietas asándose sobre carbones en la vereda, con un chiste que ridiculizara a un ministro? Estos inocentes que los iban arrastrando en su marea olisca de ropa de fibra sudada —explicaba Lopito, como si el calor no lo hiciera oler igual a él— tenían la vida entera impregnada de política como de un disolvente corrosivo que terminaría devorándolos: en el amor, en el arte, en el comercio, en la muerte misma, como hoy quedaba claro, era imposible eludir a la política aunque no se pudiera tomar parte en ella porque el régimen ejercía ese monopolio, y así, sin ejercitarla, las ideas y las pasiones se desgastaban y empobrecían con esta especie de prolongada masturbación verbal.



—Por ejemplo —seguía Lopito—, iniciemos ahora mismo un diálogo sobre cualquier tema. Sobre el compañero Schumann, por ejemplo, que dejémonos de huevadas, nos importa mucho más a ti y a mí que la maldita justicia social. Bueno, ¿cuántos minutos crees tú que duraría nuestra conversación sin que se politizara?

Las greñas de Lopito, hasta hacía un rato doblegadas por las abluciones matinales, se habían erizado otra vez. De cuando en cuando apresuraba el paso, respirando dificultosamente, temeroso de que los niños que iban un poco más adelante se perdieran. Se detuvo ante un puesto para ofrecerle un vaso de mote con huesillos a Mañungo, que no se atrevió a aceptar, aunque lo pagó junto con su coca-cola y la de Jean-Paul mientras la Lopita titubeaba ante la seductora botellita helada de importación; pero al ver el deleite con que su padre consumía lo suyo, se decidió ella también por lo vernáculo:

—Mote con huesillos.

—¿Quieres probar, Juan Pablo? —ofreció Lopito.

—Prefiero que no —intervino Mañungo—. Nos advirtieron que tuviéramos cuidado con la chilitis.

—Ah, claro, la chilitis —murmuró Lopito, refrenándose con un esfuerzo casi visible de no seguir por el declive hacia el sarcasmo que este tema tan ampliamente proponía—. ¿Está rico su mote, mi reina?

—Rico.

En las esquinas, la muchedumbre que compraba flores daba un rodeo ante algún policía de metralleta en mano que dividían la corriente en dos brazos que luego confluían. ¡Pam, pam, pam, disparaba desde el escenario su guitarra-metralleta-sexo! Pero sus disparos jamás mataron a nadie salvo a las incautas palomas que volaban demasiado bajo. . . hasta que él y las palomas dejaron de creer en la

efectividad de sus proyectiles. Las metralletas de hoy, en cambio, las de aquí, eran de veras, mataban sin tener que justificar ni una sola bala. ¿Iban a atacar hoy, con o sin motivo, se preguntó Mañungo con el corazón detenido por el horror, preguntándose si ese pensamiento se alojaba también en la cabeza de los miles de personas que acudían a enterrar a la Matilde? Tres gitanas garbosas avanzaron abriéndose paso contra el gentío espeso, ajenas a la circunstancia que congregaba a esta corriente de personas que pertenecían a un ámbito cultural con mártires y santos distintos a los suyos; a nadie le interesaba que leyeran el futuro porque hoy se trataba de otra cosa, así es que insistiendo en su pegajosa jerigonza centroeuropea, cimbrando zarandajas y trapos, se perdieron en la muchedumbre que se desentendía de ellas. Cerca del ingreso al cementerio Lopito comenzó a reconocer a algunos amigos: poetas de bar, habitantes de la noche que aparecían para este acontecimiento, musas de barrio, borrachitos, estudiantes eternos, militantes de partidos políticos efímeros a los que él fugazmente se había adherido, uno que otro muchacho de camiseta roja o por lo menos llevando un emblema de ese color aunque no fuera más que un clavel. Lopito iba opinando a gritos que lo más odioso de todo esto era el optimismo —“Mira que llevar flores coloradas, pues, Mañungo, dónde se habrá visto, ¡sólo les falta ponerse a cantar *Clavelitos!*” — con el fin de convencer a quién sabe quién de que todo iba a salir “del uno”, y a cada revés del régimen repetían: “¿Ven? Esto se acaba”, y no se acababa absolutamente nada aunque estadios enteros gritaran *Y va a caer* durante los partidos de fútbol, y cada horror y cada escándalo se iba sepultando en el olvido para que todo siguiera igual, enquistado, monolítico pese a las fisuras que desembocaban en el monótono cambiar de un personaje por otro exactamente equivalente. Estábamos todos con el dedo

índice corto, decía Lopito, como los republicanos españoles que golpeándolo contra la mesa repitieron durante cuarenta años de exilio: *Este año cae Franco . . . , este año cae Franco . . .*, y el desgaste de ese inútil énfasis les fue acortando el índice de tanto golpear, y Franco no cayó y se quedaron los pobres rojillos con las esperanzas pudriéndoseles adentro mientras sus prohombres morían y mutaban las pasiones y las ideas se avejentaban. . . , idéntico a lo que les estaba pasando a los chilenos empeñados en no perder la esperanza, que era lo único que era necesario perder para comenzar otra vez desde cero, y asumir la desesperanza ahora manifestada en esporádicos brotes de violencia sin sentido a que la intolerable represión del régimen los empujaba.

Era muy alto, Mañungo, rara estampa para un chilote, el único en el gentío inmediato que lucía una chasca hasta los hombros, silueta señera en la multitud achaparrada. Un grupo de colegialas chinchosas lo siguieron, riéndose. Con Lopito y los niños se detuvo junto a las cocinerías y los astilleros fúnebres frente al Cementerio Católico, y las chiquillas rodearon a Mañungo preguntándole si en realidad era quien parecía ser; el ídolo, entonces, sonriéndoles su contagiosa sonrisa de liebre, un poco tímidamente como sabía que a ellas les gustaba, asintió. Cruzaron hacia el Cementerio General esquivando los buses enloquecidos que perdían el plomo sobre sus neumáticos gemidores al doblar la esquina, arrastrando una cola de colegialas que al llegar a la otra vereda, entre los kioscos atiborrados de reinas luisas, claveles y gladiolos, lo asediaron enarbolando cuadernos y papeles para exigirle autógrafos. Llamaban a más chiquillas, a más chiquillos, a más y más curiosos ya no tan jóvenes que lo reconocían al oír su nombre y lo señalaban vitoreándolo. Muchachos de camiseta roja intentaron desbandar a los entusiastas que enarbolaban papелitos

y empujaban para llegar hasta el ídolo que comenzaba a negarse a firmar porque eran demasiados los solicitantes. Lo mejor, opinaron los muchachos de la Jota, sería llevarlo en andas. No, gracias, dijo Mañungo: prefería seguir abriéndose paso solo. La horda de chiquillos lo siguió, tocándolo con la mano suavemente al principio, como quien toca los ropajes de una imagen sacra, y le tiraban flores, pero entre las flores alguien le tiró un terrón que no dio en el blanco. La multitud lo llamaba por su nombre, poniéndole flores en el pelo, en la ropa, tironeándole la camisa, empujándolo, pegándole, agrediéndolo, tirándole del pelo, la ropa, rasgándose la, más flores, más palmadas, alguna bofetada, alguna piedra, empujones más y más intencionados de la masa compacta de admiradores de los que no podía defenderse porque era imposible saber qué querían de él: sudado y despeinado lo hicieron tropezar y cayó al suelo y el tumulto lo arrolló. Dos policías con metralletas se abrieron paso con la punta negra de sus armas calientes como jetas de sabuesos. La multitud encrespada alrededor de Mañungo caído se aplacó al verlos, dividiéndose para darles paso: los uniformados lo ayudaron a incorporarse mientras los espectadores gritaban quién sabe con qué fin *Ma-ñun-go . . . , Ma-ñun-go*. Los policías sonrieron al ídolo caído, ayudándolo a sacudirse la ropa, preguntándole si deseaba acusar a alguien por estos desmanes. Respondió:

—No.

Uno de los uniformados se alejó a vigilar para que el acceso al cementerio se hiciera con orden. El que se quedó, alargándole la mano a Mañungo, le dijo:

—Un gusto para mí, señor Vera.

—Gracias.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Dentro del cementerio, a tres o cuatro pasos en medio de un grupo, Lopito se había reunido con unos compinches y con el embeleso escrito en su cara empinaba un chuico de vino tinto, hasta que sus amigos se lo arrebataron. La Lopita y Jean-Paul, ambos aferrados al cinturón de Mañungo para no perderse, sollozaban con el reciente percance, tratando de alejar a la víctima del uniformado, que se dio cuenta de la reacción adversa de los niños. ¿Qué mentiras les contarían estos marxistas-leninistas a sus hijos sobre ellos, que al fin y al cabo no hacían más que cumplir con el deber? El uniformado era muy moreno, de mejillas ásperas por las cicatrices de un acné adolescente no muy lejano. La golondrina negra de su ceño unido ocultaba sus ojos, delegando toda la vida de su rostro a la jeta africana, blanda y naranja como un molusco bivalvo, y a su gentil sonrisa.

Mañungo vio alejarse el casco de metal blanco que se reunió con otro idéntico en la esquina, y ambos, en pos del deber, se perdieron entre las cabezas indefensas contra el sol, que se apiñaban en la puerta del cementerio. Lopito estaba moviendo su cabeza en forma reprobatória por los tratos de Mañungo con la autoridad; con los niños aún pegados a su cinturón intentaba reunirse con el grupo formado por Lopito y los bulliciosos goliardos. Lo palmotearon y abrazaron mientras él intentaba exhumar las identidades de un lejano pasado común en el derrumbe de las facciones del presente. Lopito de nuevo empinó el chuico. Su hija lo tironeó de la camisa. Sin mirarla, le desprendió la mano con una palmada negligente, como si estuviera espantando una mosca. La Lopita se puso a llorar muy bajo, comiéndose las uñas, sus trenzas saltarinas desordenadas y exánimes. Jean-Paul intentaba consolarla. Desde un grupo en que se distinguía algún jerarca del Partido en la clandestinidad salido de su madriguera para esta

ocasión, Lisboa les gritó que por favor fueran dejando libre el acceso al cementerio porque faltaban a lo sumo cinco minutos para que llegara el cortejo. Lopito se rió de él en su cara, rehusando moverse de donde bloqueaba la puerta con sus amigos; ese imbécil de Lisboa, decía, que desde que se declaró la lucha armada se creía un general sin charreteras y pensaba que el entierro de la Matilde no pasaba de ser un acto de solidaridad con el PC. ¡Y los muchachos, intensos y compenetrados, tratando de obedecer sus órdenes y despejar el acceso! En vista de la repulsión que le causaba Lisboa, Lopito pidió el chuico otra vez y echando hacia atrás su cabezota hizo fluir el tinto para que refrescara su gaxate áspero de polvo y preocupaciones no resueltas. Mañungo y Juan Pablo no lograban consolar a la Lopita, que sollozaba sin soltar su mano del cinturón de su padre para no perderse, aunque sobre todo, ahora, porque sabía que pronto iba a ser necesario ayudarlo o controlarlo.

El sol cenital no echaba más que un charco de sombra bajo cada ciprés a la entrada de los columbarios. El polvo levantado por los miles de pies de los asistentes no dulcificaba la luz, como en París recordó Mañungo, anteayer, cuando lloviznaba plateando los reflejos y biselándolos, allá, tamizando las distancias sin producir los fantasmas de la hechicería sino los de la lucidez, sin lubricar las cuerdas vocales para cantar como en Chiloé, cuando la dulzura de la atmósfera disolvía las durezas de las fosas nasales que aquí lo atormentaban: en esta sequedad le sería imposible cantar ni una sola nota, se dio cuenta, definitivamente. ¿Partir otra vez en busca de otra cosa? Aquí, mudo para siempre. Respirando apenas. Sin poder controlar el aire de sus pulmones, acezando, tosiendo como Lopito, voz sólo útil para gritar ásperas consignas como las que alrededor suyo brotaban: *Y va a caer . . . , y va a caer . . . ,* y más allá alguien entonaba *Se siente,*

*se siente* . . . Pero a él, sí, a él la garra del león de felpa clavada en su garganta le impedía emitir ni una sola nota, ni una sola palabra. Ráfagas de noticias alrededor suyo dividían a la muchedumbre: le iban a decir una misa a la Matilde. . . , no le iban a decir misa a la Matilde. . . Federico Fox iba a hablar ante la tumba porque sin su presencia las autoridades hubieran prohibido todo. ¿Todo qué. . . ? ¿Cómo podían prohibir un entierro? Claro que no podían prohibirlo, pero tenían el cementerio cercado con metralletas, policías, camiones, autos listos para cerrarlo todo en cuanto entraran los restos de la Matilde, e invadirlo, exterminando a toda la izquierda reunida, una matanza ejemplar en el camposanto donde hoy, a esta hora, estaba latiendo el pulso turbulento de Santiago. El gentío se arremolinaba, coagulándose en grupos que intentaban ordenarse en filas a ambos lados de la propuesta entrada, que pronto volvían a disolverse porque el cortejo tardaba aún. Darío, de zapatillas de gimnasia rescatadas de la basura, listo junto a los comandos infantiles para huir si la policía atacaba o les tocara atacar a ellos, discutía con un jefe de la Jota para que representantes del Frente de Liberación Manuel Rodríguez ayudaran a cargar el cajón; debían, sí, debían ayudar ellos también, alegaban, porque hoy, por primera vez, el Frente se mostraba públicamente como una corporación integrada. No. El cortejo tarda. No viene todavía. Se va a demorar, oyó la Aury que el señor a su lado decía, y a empellones, con sus tetas, se abrió paso para colocarse en lo que prometía ser primera fila, al lado del ex senador Larrañaga, amarillo, agrietado por los climas del exilio, que se apostó en la sombra del pino que quizás sería el mismo que pronto lo cubriría eternamente, que para eso, al fin y al cabo, había vuelto.

Lopito tenía morado el puño de la camisa de tanto limpiarse la boca cada vez después de beber, y le pasaba el chuico a Mañungo, que fingía empujarlo de modo que una supuesta borrachera le sirviera de salvoconducto para formar parte de la algazara del grupo. Sólo lo fingía, sin embargo, porque se dio cuenta de que se le brindaba esta ocasión para ser testigo de sí mismo y comprender y comprenderse en todo esto; en cambio, la ofuscación del vino le impediría evaluar sus capacidades en el tremendo presente en que se hallaba envuelto. ¿Envuelto? ¿Era válido pensarse envuelto si usaba el subterfugio de simular euforia cuando los demás ya habían naufragado en ella? No: era lo suyo, esto de estar y no estar, de poder y no poder verse, condenado a mirarlo todo desde la orilla y ser sumiso a esta dolorosa resultante de sus conflictos. No para conservar la claridad con que en los escenarios fabricaba a un "Mañungo Vera", sino con esta otra luz, la dolorosa lucidez que ahora se exigía para destruir su ensimismamiento. En este escenario tan distinto, tan vasto —el del presente crudo de este entierro multitudinario, el resuello ardiente del gentío exigiendo y llamando, la confusión polvorienta de los rostros sudados reclamando cada uno la validez particular de su pancarta o su consigna, roncos de gritar, las frentes coloradas de sol bajo el bicornio de periódico o el pañuelo anudado en las cuatro puntas —, se le había hecho claro que era en relación con todo esto que tenía que llegar a evaluarse, porque no había vuelto a su país para rehabilitar la dulce nomenclatura vernácula de viejas canciones: ésa era una propuesta demasiado simple para él, que por desgracia no lo era.

Y Judit tampoco. Este fue el paralelo que percibió el clarivi-



dente Juan Pablo antes que él, y por eso los había emparejado no a título de amor, que por otra parte era una palabra sin prestigio para el niño, sino a título del vínculo siniestro de pareja oficial: *Te vas a casar con esa mujer y tendremos que quedarnos en este país de funerales, revoluciones y terremotos*, había dicho Jean-Paul en forma lapidaria. Pero no se iban a quedar. En medio de esta turba en que se sentía tan extraño y donde vio aparecer y avanzar hacia él a Judit, lo único que logró desear fue el regreso a la rue Servandoni, esta vez con ella, a la que no amaba, se previno, pero a quien reconoció como su pareja, por el momento insustituible. Los niños suelen tener el don de la clarividencia respecto a sus padres, decían, propuesta a la que él no adhería por encontrarlos egoístas y posesivos, pero era una facultad que en esta circunstancia se vio obligado a reconocer en Juan Pablo. Judit llegó hasta donde él la esperaba trayendo a los tres niños a la rastra, exasperada con el esfuerzo de apacentarlos aunque Ada Luz había sido capaz de dominar el hatillo sin el desgaste que ella debió desplegar para alcanzar el grupo de Mañungo y Lopito. Los frescos ojos de Judit, de iris tan claro que la luz los borraba como los de un mármol clásico, lo complacieron infinitamente sobre todo al compararlos, sonrientes y fijos, con tanta manifestación excesiva de la multitud. Inclinandose para besar la frente de la Marilú pensó que esta chiquilla parecía una tráfuga de otro universo pese a haber sido parida por Judit; sombría —como debió haber sido el transitorio padre revolucionario—, su rostro una careta de maquillaje distorsionándole las facciones de buen cuño que eran el aporte genético de su madre, sus muñecas y su cuello tintineando de joyitas falsas incongruentes en una hija de Judit Torre. Le dijo que estaba contento de conocerla porque era muy amigo de su madre.

—No sabía. ¿Cómo iba a saber que mi mamá tiene amigos pre-

sentables?

No sabía: su pasado con Judit no aportó ni un grano de sedimento, entonces, ni siquiera para vanagloriarse ante su hija de su juvenil relación. ¿El presente en que estaban destinados a ingresar en breve —quizás mañana, en todo caso muy pronto, antes de la semana— estaba destinado, también, a perderse en oscuras capas geológicas después inalcanzables para la memoria? ¿Valía la pena entregarse si ella no sabía hacerlo; valía la pena pedirle que le permitiera tocarla y acariciarla como no se lo permitió bajo los acantos de Las Hortensias, dejando un aséptico vértigo como lo único que los unía?

—No digas leseras, Luz —le dijo Judit, besando la mejilla aún llorosa de la Lopita y disponiéndose a ser efusiva con Juan Pablo, a quien vio listo para rehuir cualquier gesto suyo que esbozara un avance—. Te dije que te limpiaras la cara. Eres muy chica para salir pintada así.

La Marilú no le prestó atención a su madre o no la oyó porque jugueteaba admirativamente con el pelo rubio de Juan Pablo mientras Ada Luz recomponía y ataba como era debido las cintas blancas de las trenzas de la Lopita, desmadejadas por sus deditos inquietos con los excesos de su padre. La Marilú tomó al niño rubio de la mano con la intención de alejarlo de ese grupo compuesto por viejos y por esa chiquilla fea: ella, cuando fuera grande, iba a ser cosmetóloga, en su barrio ya maquillaba a sus amigas poco agraciadas y las dejaba convertidas en princesas. Juan Pablo se resistió a alejarse porque tenía que oír lo que su padre hablaba con la madre de la Marilú. A él no lo engañaban, habían pasado la noche juntos, por ella iban a tener que quedarse en este país funerario, entre gente exacerbada que gritaba y empujaba. El gentío seguía hinchándose y estremeciéndose alrededor

de ellos, apretujados los cuerpos, rudas las exclamaciones, resbaloso de flores pisoteadas en el suelo, los rostros expectantes con lo que sucedería a la llegada del ataúd: que se organizara el cortejo, ya venía el furgón, que prepararan las consignas y comenzaran las canciones. Pero Matilde se hacía esperar. Lopito volvió a empujar el chuico. La Lopita, agarrada de su cinturón, lloraba implorándole que no tomara más vino, que recordara cómo se ponía, le sentaba tan mal para su pobre corazón.

—¿Te dio mis píldoras tu mamá?

—Sí. Aquí están. —Y de su bolsillo sacó un pañuelito con una punta anudada, que desató.

—¡A la mierda mis remedios...! —gritó Lopito con una carcajada, asestándole un golpe que las hizo volar mientras su hija lo esquivaba y él quedaba acezando con el esfuerzo.

Mañungo barrió a la Lopita del suelo y se la colocó a horcajadas sobre sus hombros, como un monito de organillero con sus faralaes color obispo y su mueca de dolorosa lagrimeante que poco a poco volvió a transformarse en sonrisa. Cuando comenzó a vadear la multitud con la Lopita encaramada sobre él, la gente, al reconocerlo porque la noticia de su presencia se había propagado, lo vitoreó otra vez, que cante Mañungo Vera, que cante una canción de protesta para que la policía tenga que entrar a la fuerza en el camposanto a deshacer esta manifestación con bombas y nos deje ungidos con sangre. Ahora sí que venía el cortejo, a una sola cuadra de distancia. En pos de Lopito llevando el chuico otra vez y gritando saludos e improperios y trastabillando y dando codazos para abrírse paso, todo el grupo emprendió la travesía de la calle atestada, rodeando a Mañungo, que llevaba a la Lopita sobre sus hombros como enseña: aclamaban su paso y la Lopita iba prodigando saludos a diestra y

sinistra desde su altura, desenvuelta como una trapecista de circo que agradece las ovaciones después de una actuación maestra, mientras la Marilú, prendida de Mañungo, le tiraba de la camisa:

— ¡Ahora a mí! ¡Ahora me toca a mí, tío!

Mañungo no le prestó atención: la Lopita era la señalada por el destino funesto, a la que se debía proporcionar siquiera este instante de gloria porque tal vez nunca conocería otro. Al otro lado de la calle, a la sombra de un pino, se reunieron con Fausta y don Celedonio, que contaron lo sucedido una hora antes en casa de Matilde, en voz baja, mientras Ada Luz se retiraba un poco, vigilando a los niños: Lisboa había bloqueado el cumplimiento de las últimas disposiciones de la extinta, y Freddy Fox, a cambio del silencio respecto a la misa, iba a hacerles expedito el trámite de la Fundación. ¿Dónde estaba ese sinvergüenza de Freddy Fox para matarlo, para caparlo si es que ya no estaba capado?, gritaba Lopito. Sus amigos le rogaban que se callara. ¿Que no veía mezclados en la multitud, ojos atentos tras gafas de vidrios negros y oídos alerta que lo registraban todo, contabilizando cada palabra escuchada, memorizando actitudes y rostros y grupos? La ira de Lopito se volvió como un látigo contra sus amigos por ceder al chantaje de Freddy Fox. Sí, chantaje, que se dieran cuenta de que fue eso y no otra cosa, quería declararlo aquí y ahora en medio de la masa impensante que los rodeaba para que lo oyera quien tuviera orejas para oír, sí, quería declarar que él, Juan López, consideraba que todo este turbio asunto de la Fundación era una reverenda huevada senil y narcisista del poeta, y el circo que legó no iba a servir más que para alimentar a los peucos que como siempre rondaban hambrientos los despojos de la izquierda. La misa, en cambio, que ellos estúpidamente habían rechazado, dicha por un curita revolucionario de esos que parecían mansos como corderos, hubiera

provocado una tempestad inmediata, anulando la fuerza de los locos rodriguistas, a los que por otra parte él no estaba dispuesto a atacar porque al fin y al cabo la brutalidad opresora del régimen era la única responsable de las manifestaciones extremistas. ¡Típico de las mentalidades burguesas como las de ellos, los mandarines, los arrogantes elegidos y ungidos, propiciar elegantes soluciones a largo plazo como la Fundación, sacrificando los remedios fulminantes, de choque, que en una coyuntura como la presente eran los únicos eficaces!

—¿Nosotros burgueses, y tú ejemplo perfecto del proletario especializado en Schumann y Duchamp? —le interrumpió Fausta, irritada con el calor, los empujones y los tábanos—. ¿Por qué no dejas de contradecirme, Lopito, y te defines de una vez por todas?

—El único lujo que he podido costearme en la vida —le respondió el interpelado— es el de nunca definirme en absolutamente nada. Pero tranquilízate, Fausta; ahora, por el momento, aunque no te respondo por después, estoy contra la violencia. Lo hago con un poco de pena porque quizás no se deba más que a un problema fisiológico: estoy diez años más viejo que cuando nos entreteníamos con la Ju preparando bombas de fabricación casera en el garaje de un amigo. ¿Te acuerdas, Virginia Woolf?

Se había erizado una hostilidad de todos contra todos en el grupo, cada uno en desacuerdo con el otro, todos enemigos, odiándose, despreciándose, cuestionándose, cada defecto del otro agigantado haciendo imposible la reconciliación, todo acuerdo impensable ya que sería arrasado por tempestades de irracionalidad; resultaba imposible entender cómo pudieron ser amigos hasta hace tan pocos minutos, cómo pudieron creer que integraban el mismo bando. Mañungo murmuró unas palabras de gentil ánimo restaurador: se había transformando en el “bueno de la película”, se dijo con desdén

Lopito, asqueado con el equilibrio tan compuesto que parecía guiar en todo a su amigo que ya no era su amigo, eliminando el insensato exceso que los había enardecido en el pasado común. ¿Cómo iba a poder cantar así? ¿Sería posible postular a Judit como su salvación? Porque sin duda en estas horas se había establecido un vínculo entre esos dos, cierta simetría arrogante que se les notaba por encima de la ropa aunque ellos mismos no fueran capaces de reconocerlo todavía y nombrarlo, y Judit era, si era algo pese a su ingrediente de sensatez Mies van der Rohe, la precipitación de la velocidad en cualquier vorágine que encontrara a su paso. Quizás ella lograra llevar a Mañungo a la destrucción, y por ende, después, a la restauración.

El rumor de que llegaba el furgón funerario los distrajo. En la retaguardia del cortejo, en la puerta del camposanto, los muchachos de camiseta roja, dueños absolutos de la situación, bajaban del vehículo el ataúd con los restos tan llorados, y cubriéndolo con las coronas de flores se lo echaron al hombro. Se abatieron los gritos individuales y las voces de pregoneros y feriantes, y durante un segundo todo permaneció en silencio, muy quieto, hasta el polvo que bailaba en la luz, aunque algunos dijeron haber oído algo como el arrullo angélico de unas alas. Entonces, espontáneamente, un grupo rompió a gritar: *Matilde-Neruda : el pueblo te saluda, Matilde-Neruda : el pueblo te saluda, Matilde-Neruda : el pueblo te saluda, Matilde-Neruda : el pueblo te saluda*, hasta que se unió otro grupo y después más grupos y creció la marejada del grito hasta inundarlo todo. Las fuerzas de orden habían quedado resueltamente fuera del cementerio: éste era tierra franca donde el pueblo por primera vez podía reunirse sin sanciones y gritar lo que quisiera, un espacio de libertad, tal vez el último antes de la asfixia definitiva, la ofrenda final de Matilde al pueblo. Las juventudes comunistas de diversos

barrios, ante los ojos estupefactos de colectividades menos emprendedoras, enarbolaron pancartas, gritando *El pueblo unido jamás será vencido*, movilizándose lentamente detrás del cajón que iniciaba su ingreso arrastrando hacia el interior a la multitud, y algunos miembros del MIR resucitado asistían tenebrosamente embozados. Un sacerdote de izquierdas perdido entre la gente, el que debió haber oficiado la misa para Matilde pero no lo hizo porque finalmente nadie llegó a proponerle nada, opinó que era indebido que la izquierda criticara a los comunistas por vocear sus consignas sólo porque los otros eran incapaces de gritar las suyas. ¡Que las gritaran! ¡Aquí tenían la ansiada oportunidad para manifestarse! ¿Por qué los radicales, por qué los demócratacristianos no levantaban sus voces cobardes? ¿Por qué todos menos los comunistas eran débiles, de identidad precaria, fracturados, temerosos de la acción? Como una ola, *La Internacional*, espontánea y desabrida, barrió a la muchedumbre, recuperando su derecho de siempre a oírse en el país y perdiéndose, luego, hacia la entrada, donde el cortejo acababa de iniciar su marcha. El curita quiso contrarrestar *La Internacional* cantando el *Himno a la alegría*, que nadie coreó por estar pendientes de gritar lo más atrevido de todo: *Se siente, se siente: Allende está presente*, y más allá otra facción voceando *La izquierda unida jamás será vencida* entre las ovaciones partidistas de los muchachos sudados que avanzaban en la polvareda con el ataúd al hombro bajo una lluvia de claveles rojos. Trepados en los escasos árboles, desde los corredores de los columbarios, desde los techos de las capillas y mausoleos, desde zigurats en miniatura y pertenones de juguete con apellidos añejos descascarándose en los tímpanos, la gente saludaba con gritos el paso del féretro: Matilde les pertenecía, Neruda les pertenecía aunque nunca hubieran leído ni una línea suya,

esta ocasión, sobre todo, les pertenecía porque ellos salvarían al país, ya que *El pueblo unido jamás será vencido*, y ellos y Pablo y Matilde eran el pueblo, o por lo menos así lo parecía en el momento de gloria cuando el féretro iba pasando ante sus ojos. Y Mañungo también les pertenecía. Lo arrastraron, con la Lopita sobre sus hombros, saludando porque ésta era su fiesta, hasta el grupo que rodeaba el cajón agobiado de claveles. Un muchacho quiso retirarse para cederle a Mañungo su esquina del ataúd, pero al ver que Lisboa hendía la multitud dirigiéndose hacia él con un pañuelito rojo en la mano, Mañungo se apartó, diciendo resueltamente:

—No.

Sabía que estaba haciendo mal en dejarlos adueñarse del ataúd —¿pero qué hacer, él solo, cómo y con quién actuar y en nombre de quién justificar su acción? — y hacer de sus emblemas los protagonistas del funeral que ya estaba adquiriendo el significado tan temido por aquellos que quisieron propiciar la misa de Matilde como antídoto a toda esta desventurada efervescencia partidista. Pero él no estaba en ánimo de entablar una lucha cuando su propia posición era tan fragmentada, tan endeble; además, los conocía tan bien, a estos bienintencionados rabanitos, desde hacía mucho, mucho tiempo, desde la universidad, o blandiendo indignado los periódicos con noticias de Chile en los cafés del exilio. . . Y sin embargo. . . , sin embargo. . . , sí; a veces sus palabras, sus trágicas voces ahogadas por certezas que se esforzaban por mantener en su lugar a pesar de todo, sí, parecían ofrecer un acercamiento más realista a los cambios totales deseados por tantos, que él, sin embargo, se negaba a compartir justamente por esto que ahora estaba sucediendo ante sus ojos, por esta pecha y exacerbación, y atropello y dogmatismo y demanda de un vasallaje ciego ante todo y de todos. Decididamente, ellos no eran ese



“todo” que ellos pretendían, empujando y apoderándose vorazmente de la escena, aunque claro que eran una parte de la que sería criminal prescindir no incluyéndolos en un diálogo. Pero sus exigencias, su totalización, le parecían igualmente nocivas que cualquier sistema que prometiera el cielo a cambio del vasallaje. ¿Cómo engalanarse de rojo, entonces? ¿Cómo unir su voz a las de ellos, a su ingenuidad, a su fuerza, si él no era lo uno, y no poseía, en esta coyuntura, lo otro? El féretro avanzaba hacia el interior del cementerio sobre los hombros de la muchachada, arrebatándoles su efímero estrellato a Mañungo y a la Lopita, a la que después de unos pasos depositó en el grupo de su padre, donde fue acogida con preguntas y halagos por la Marilú, que antes la despreció.

Mañungo se fue rezagando detrás de sus amigos en la multitud que al avanzar lo pasaba: quería estar solo en este funeral, oír las olas atronando desde la Isla Negra, con la potencia emocional de la garganta del león de peluche que rompía la terrible barrera de su tinnitus, rugiendo como los antepasados de *Carlitos* que en coro lloraban en Cucao por la pérdida de Matilde, preservada ahora ídolo dentro de la voluta de ámbar verde del recuerdo. Allá adelante, muy lejos, a la cabeza del desfile, Fausta y Celedonio conducían el duelo, a la cabeza de la cohorte de notables. Dos cuabras más atrás se iba disolviendo el turbulento ambiente de funeral político, cobrando un desgano, deshinchado tono de feria pobre, los heladeros pregonando chupetes, los vendedores de remolinos de papel ofreciendo sus festivas mercancías, los niños evadiéndose de la vigilancia de sus mayores para echar carreritas de botes de papel de diario en la acequia. Si alguien gritaba *El que no salta es Pinochet*, los asistentes, presa de un absurdo baile de san Vito, ante el asombro y la vergüenza de Mañungo, comenzaban a dar saltitos con una sonrisa de incomodidad

idiota en sus labios y sin embargo, a la vez, de celebración. Las personalidades de la política y del arte para las que no se definió de antemano un papel junto a la tumba, se iban quedando atrás, disueltas en el gentío, con la chaqueta doblada sobre el brazo, sudando, luciendo suspensores y transparentando camisetas y con la corbata suelta, también lamiendo helados o abanicándose con el diario de la mañana que siquiera para menesteres como éste servía. Charlaban tranquilos, en voz baja, sobre temas más relacionados con la política o el veraneo cercano que con Matilde. Adelante, la procesión por fin se detuvo y con un estremecimiento se fue deteniendo hasta la retaguardia, donde se encontraba Mañungo. Divisó a lo lejos, junto al ataúd y las flores del nicho, una imponente figura de mujer solemne y emocionada, Fausta Manquileo, que se encaramó a un estrado y durante largo rato leyó la parrafada que llevaba escrita en un papel. A tanta distancia Mañungo no oía sus palabras. Sólo se veían los gestos nobles de sus brazos que arrastraban los velos y las pulseras de plata de su alcurnia legendaria: la primera de los oradores fúnebres del torneo de los ingenios oficiales. ¿A cuántos iba a ser necesario soportar?

—Mañungo.

Judit, que le había tocado un hombro, le sonrió.

—No se oye nada.

—Por suerte.

Permanecieron inmóviles, juntos. Después de Fausta, otras figuras próceres gesticularon inaudibles letanias desde la tarima junto al nicho donde en un rato más ingresaría definitivamente Matilde. ¿Era necesario presenciar todo este horror? ¿No se trataba del resultado más banal de cualquier vida, tan banal que parecía superfluo mostrar emoción ante este rito, que más que rito parecía apenas un trámite? ¿Para qué asistir a una ceremonia tan deshumanizada?, le

preguntó Mañungo a su amiga. Ella contestó:

—Hace calor.

—Vamos. Allá hay sombra —y la condujo hasta un sauce raquíptico junto a la acequia.

Cuando Judit se apoyó en el tronco bajo la lluvia de ramas que los disimularon, Mañungo, arrimándose a ella, le participó que se iba.

—¿A Chiloé?

—Por un par de días a ver a mi papá. De ahí directamente a París con tres horas de escala en Santiago.

—¿Cuándo?

—Mañana —improvisó Mañungo.

Judit titubeó un poco al decir:

—Qué pena. Hemos estado tan poco juntos. . .

No era verdad: de las dieciocho horas que había durado la permanencia de Mañungo en Santiago, habían compartido trece. Al contestarle —sobre todo porque se dio cuenta que ella hubiera querido estar más tiempo con él— le tocó a él titubear:

—¿Por qué no te vienes conmigo a París?

Judit se rió:

—¡Pero, Mañungo! ¡Me sorprendes! ¿Debo interpretar esto como una enardecida declaración de amor?

—No sé si de amor. En todo caso, es la segunda vez que te lo pido.

—¿Estás enamorado de mí, entonces?

—No. Ya te dije anoche que no, y no he cambiado: es que esas cosas, a mí, parece que no me pasan, o no sé reconocerlas ni bautizarlas cuando me pasan. Pero sé que quiero hacer el amor contigo, noches y semanas y meses enteros sin que nadie nos interrumpa y sin

toques de queda que lo impidan. Y también pienso que me gustaría vivir contigo... Me gustó tu apartamento, y tu bata de viyela azul... y pasear contigo; no creo que me olvide tan fácilmente de nuestro paseo de anoche. No sé si para siempre. Pero ahora sí quiero, por el momento. Hasta que dure, es lo que más quiero en el mundo. ¿No crees que resultaría estupendo vivir un tiempo juntos en París, Ju?

—¿Hasta cuándo?

—¿Es al final a lo que le tienes miedo?

—¿El final de qué, si entre nosotros no va a haber amor que se termine? ¿Cómo vamos a saber que... que algo se ha terminado si no hubo nada?

—Francamente no sé, Ju. No quiero pensar en eso. Pero, por favor, vente conmigo y tú tampoco lo pienses.

—Yo no soy la Lilianita —le advirtió.

—¿La quién...?

Al inclinarse para besarla, Mañungo se detuvo y recordó:

—Hablando de la Lilianita. ¿No es Ricardo Farías, ese de terno de gabardina café y anteojos negros, allá, confundido con el cortejo? Nos anda buscando.

—¡Aquí tienen a tanta gente a quienes buscar!

Mañungo alzó la chasquilla del sauce para mirar, pero sobre todo para que mirara ella, le pareció a Judit, como si ese hombre, como un eco de anoche, le hiciera adivinar todo lo que ella no le contó. Pero no. El hombre que Mañungo le señaló en medio del gentío, entre tantas cabezas criollas masculinas y caras embozadas, no era el de anoche, pero era igual, y también igual al hombre de su historia, y quizás a todos. Adivinó sus ojos, sanguinolentos de parranda, moviéndose detrás de los vidrios polarizados de sus gafas negras,

buscándola. Ella no quería estar aquí. ¡Sí, sí, vamos, Mañungo, lejos de los que me persiguen, lejos de las argumentaciones de Lopito, lejos de este harapo que queda de la Matilde, que hoy no puedo lograr que me conmueva! Partir mañana mismo a Chiloé, Mañungo, sin despedirme de nadie, luego a París, donde nadie me conoce, y vivirlo todo para ver si es amor y si el amor vale la pena, o es sólo el espasmo fisiológico que sentí aquella vez que el hombre de las gafas polarizadas que ahora iba avanzando en medio de la multitud me puso la mano en la rodilla y me mandó gritar con el placer de una entrega que no se efectuó. ¡Qué palabra idiota, amor, digna sólo de la Ada Luz! ; era muy distinto lo que ella quería, no esa confusión. ¿Cómo ordenarlo todo? Pese a la lucidez con que le había contado su historia a Mañungo anoche, bajo el fosco resplandor de la buganvilea, no le había contado todo, ni siquiera lo esencial. ¿Desde dónde comenzar? ¿De dónde, en realidad, arrancaba su historia y dónde iría a concluir? Nunca había logrado dejarse tocar, enamorar, no sólo por la fetidez fangosa del concepto, sino por la razón principal por la que la gente razonable se resiste a volver a enamorarse: para no tener que contar otra vez la propia historia desde el comienzo y darse cuenta que el comienzo se ha perdido, y ya no está donde estuvo o donde debía estar. Con la pavorosa fatiga de estas repeticiones en perspectiva, se le veló de repente el entusiasmo por seguir a Mañungo a París, porque si lo hacía iba a tener que buscar el comienzo de su relato y establecer un hilo, y personajes y fechas verosímiles para el corazón. Hizo un esfuerzo por abolir la avalancha negativa que se le vino encima confusamente desde su historia con el fin de impedirle su fuga con Mañungo: pero no, era necesario anular esa avalancha, ser valiente y partir sin relato propio y sin amor. Así postergaría con nuevos deslumbramientos, para los que se encontraba dispuesta, las persecu-

ciones de los enemigos que la acosaban desde su recuerdo, los ladridos en la noche y las proposiciones en la luminosidad matinal del parque, y dejaría todo eso convertido en cachureos inertes, junto al balbucear senil de Celedonio y Fausta sobre misas y fundaciones, junto a estos gritos enardecidos de la muchedumbre que la rodeaba.

—¿Nos vamos a París, entonces?

Judit rió:

—No te precipites. Hay que hablarlo.

Todo había que hablarlo. Y al poner esta condición para su viaje se le nublaron los ojos con lágrimas, que contuvo y borró, porque se dio cuenta de que comenzaba a enredarse en la repetición de su propia historia.

—¿Nos vamos a quedar hasta el final?

—No terminan nunca de hablar, y no se oye nada. Vamos.

—¿Adónde?

Y Judit le contestó:

—Te quiero mostrar la tumba de mi familia.

### 35

Después de saltar la acequia detrás del sauce, y de abandonar el cortejo fúnebre y los discursos en mimica, se internaron en el campo de las cruces apenas identificadas con un nombre o con NN y 1973, o sin signo, aunque algunas, pese al anonimato, lucían tiestos de flores podridas o un círculo de los añejos pétalos del desconsuelo. En los linderos del osario divisaron las estribaciones de la población de mausoleos bajo los desharrapados cipreses cargados de frutos de madera. Transitar por el campo de cruces era como perderse en el preámbulo de un sueño: igual que en los sueños, la tautología de la muerte ex-

presada en la escasa variedad de cruces era tan monótona que les parecía, pese a estar caminando entre ellas, que no avanzaban, y desde lejos les llegaban fragmentos de voces agotadas de vagar tanto tiempo sin encontrar un oído que las alojara.

No era, decía Judit, lo que ella andaba buscando para mostrarle, porque el campo en que se empantanaban no era más que una pesadilla de seres con identidad pasajera, vigente sólo hasta el alcance de algún recuerdo personal, después perdida con el desenlace del tiempo por el cual se compró la sepultura, los restos condenados entonces al océano oprobioso de la fosa común. Esto sí que le daba miedo a Judit —irracionalmente, infantilmente: eso lo reconoció— porque sus pesadillas adolescentes eran de zarabandas de almas desprovistas de rostros, cuya danza lamía, pálida y sin calor como las desvitalizadas llamas del alcohol que arde, las paredes de una fosa sobrepoblada de osamentas. Esto no era lo suyo: sus orígenes, en que tan rara vez pensaba, los invocó ahora para poder partir a París mañana con Mañungo, llevándose la seguridad de los piadosos mausoleos familiares de piedra, que el tiempo había ido puliendo y haciendo más discreta la caligrafía de sus inscripciones.

Ya llegaban a las avenidas de cedros que protegían a las capillitas góticas y templetos aztecas o romanos, asentados bajo la brisa que entonaba jaculatorias entre las ramas, para la salvación de las almas que revoloteaban en esas alturas. Este era un sueño sin miedo, le explicó a Mañungo riendo, un letargo ceremonioso, porque al adquirir sepulturas de esta categoría las familias también compraban el privilegio de establecer un contrato imborrable para su sueño eterno.

En vez de salir hacia Recoleta, por donde entraron siguiendo el cortejo, salían ahora hacia la avenida de la Paz por el viejo camino de

cipreses perpendicular al que los había llevado al menesteroso nicho de Matilde, en el implacable muro de nichos todos iguales, y por donde, terminados los discursos e inhumado el cuerpo detrás de un murito de ladrillos, como si esa estructura bastara para no tener que preguntarse nada más sobre nada, a nadie se le iba a ocurrir retirarse porque este camino era mucho más largo. En el sendero, que tenía un curioso aire de tiempo sin apremio para la contemplación y el paseo, iban encontrando de vez en cuando a grupos de personas sombrías alrededor de un ataúd transportado en un carrito —no sobre los gloriosos hombros de la juventud enardecida—, honras fúnebres no simbólicas, dolor personal por alguien cuya muerte no “significaba” nada pese a los deudos que lloraban porque ésta les parecía la única muerte significativa del mundo. Todo lo demás era fragancia de pinos, y discretas figuras esfumándose al fondo de los senderos, como si lo hicieran de puntillas para no perturbar.

—Ven, creo que es por aquí —dijo Judit al llegar a un pequeño santuario románico, orondo de la blancura de su mármol, aunque el perfil del bajorrelieve se veía realzado por una fina línea de polvo.

Penetraron hacia el interior de esa manzana por el entrevero de decrepitas capillitas familiares y monumentos erigidos a la memoria de señorones con reloj y leontina alzados sobre su plinto, y un hacinamiento de templetos y pirámides en miniatura bajo casuarinas murmuradoras. Saltando de lápida en lápida de trizadas cronologías, volcando un tarro de flores calcinadas y pisoteando nombres anulados por el musgo, intentaron buscar el mausoleo de los Torre. El sol, todavía inmisericorde, se despeñaba desde los arquitrabes y se metía en los peristilos, enrojeciendo la piel delicada de Judit, que dijo:

—Debo estar colorada, igual a la miss Hughes después de jugar hockey.



—¿Quién es la miss Hughes?

—Está enterrada en el mausoleo. Era odiosa.

Saltaban para avanzar a zarcadas sobre las lápidas semienterradas, quebradas, entre escombros irreconocibles, de modo que resultaba difícil internarse por los desfiladeros de bóvedas y los vericuetos de criptas clausuradas, hasta que desembocaron en un espacio entre el ábside de una pequeña construcción gótica y una pirámide de granito verdoso. En la duplicidad de la luz tamizada por las agujas de las coníferas, vieron que este reducido espacio contenía una lápida, blanda como una cama de musgo, y una llave que goteaba en un charquito rodeado de barro a la sombra del modesto ábside con su encumbrada ventana de rosetón. Bebieron de la llave. Se refrescaron la cara y exploraron los vericuetos entre las construcciones. Se dieron cuenta de que el laberinto había rematado en un espacio ciego del que sólo se podía salir intentando buscar el intrincado retroceso: éste, dijo Judit, no es el lugar de mis orígenes. ¡Qué estupidez haberse perdido aquí! Este recinto no tenía absolutamente nada que ver con su niñez de primeros de noviembre, emperifollada para depositar flores más caras que las de sus primos en la sepultura de sus abuelos.

Judit se extendió sobre la lápida tibia, donde el musgo había eliminado definitivamente la identidad de las silenciosas osamentas de la fosa bajo su cuerpo yacente. Pero la lasitud con que su anatomía agobiada se adueñó de la lápida como de un colchón, era invitante pese a la hondura de la vida anulada bajo el reposo de un cuerpo por primera vez gatuno, apreció Mañungo, por primera vez animal, asoleándose sobre esa piedra guardiana de habitantes inertes. Les devolvía vida con sus contornos, el brillo entre sus párpados cerrados, sus brazos bajo la cabeza, descubriendo sus exiguos pechos, que en esta posición y en este lugar no lograban escamotear la ternura

irónica de su ofrecimiento.

Mañungo se tendió boca abajo, apegado a Judit sobre la lápida, como si estuvieran al sol, en una playa, sin nada de importancia que dialogar. Se inclinó para besarla en la boca. Pero prefirió acariciarle ligeramente los labios con los suyos, vivarachos como lagartijas jugando en la piedra recalentada que les servía de tálamo. ¿Aquí, entonces, iban a hacer el amor, por fin? No era lo más deseable: tomando un taxi, en veinte minutos estarían en su casa. Pero fuera como fuese, era claro, ella lo deseaba ahora mismo y con los ojos cargados de Mañungo, así se lo dijo. Era necesario proyectar esta relación más allá de donde quedó detenida, igual que ese prohombre sobre el mármoleo plinto, incapaz de avanzar. Querían avanzar, seguir adelante para ver, decía Judit, decía Mañungo, cómo eran sus mutuos olores entremezclados y a qué sabían sus lenguas, y qué palabras sazocaban sus léxicos de intimidad, y así entender qué podía existir para ellos más allá del recodo donde todo había quedado esa mañana en su casa, antes de salir a juntarse con Freddy. No sabía. Y aquí, al resguardo de estas piedras sin vida, le urgía comenzar a saberlo. Bajo la lápida en que reposaba, sus tibias y las de Mañungo, cruzadas, habían surgido de la tumba como huesos seculares que configuraran una bandera pirata. Esta sensación calcárea le hizo añorar piel deslizándose sobre piel caliente, el velludo pecho de Mañungo sobre su pecho desnudo, y se abrió la blusa entera para mostrarse. Un racimo de frutos de ciprés, de repente, cayó entre las ramas cuando él la acariciaba y el silencio propiciador se quebró. Judit se incorporó asustada, y enrojeciendo cerró su blusa. Boca abajo sobre la lápida otra vez, Mañungo se dedicó al modesto pasatiempo paleográfico de limpiar con un palito el musgo seco de las letras, y dijo:

--No fue nadie. Ven.

—Vamos. Tengo hambre.

—Mira esto.

—¿Qué dice?

—Parece que... *Policarpo Campodónico*.

—¿O será *Campocarpo Polidónico*?

—Puede ser. Da lo mismo.

—Sí. Supongo.

Como se estaban riendo de las posibles variantes del atrabiliario nombre, olvidaron el tacto, las bocas hasta hacia un minuto ansiosas, y la piel fresca de sudor enfriado se les secó. ¿Cómo era su padre?, le preguntó Judit tendida a su lado. ¿Cómo era su casa? ¿Sus olores, sus guisos? En medio de las acechanzas de piedras descalabradas que no eran las suyas y sin embargo lo eran, quiso saber del cementerio donde dormía su madre. ¿Era parecido a éste? No, dijo Mañungo: allá nada era preciso ni recortado en el aire seco como aquí; todo eran reverberaciones disueltas en el sueño, o en el pasado, todo plata y peludo y llovido y nublado, barbudos de líquenes los ángulos, cancerosas de hongos las aristas, y en los efímeros cementerios de madera junto a los canales, las mareas subían hasta las construcciones de tejuelas que cobijaban las tumbas, y cuando las mareas eran muy altas o soplaban ventarrones, se llevaban estas pequeñas casas para los muertos iguales que las casas para los vivos, y a veces se las veía pasar flotando por las rías verdes, un funerario pueblo navegante, a la deriva por las ensenadas hasta llegar al mar... Después de estas mareas los cementerios se borraban y era necesario construirlo todo de nuevo. ¿Estaba su madre todavía donde él la dejó? Oía chillar los queltehues anunciando lluvia que se desplomaba sobre las cosechas, y las vacas que se defendían de ella sólo cerrando sus grandes ojos afligidos. Las casas de los muertos en los

cementerios se remecían lamentándose en el viento, volaban las tablas, saltaban las tejas, las cruces, y las ánimas desoladas salían a recorrer los potreros y a divagar sobre las aguas de los canales. No sabía si las últimas marejadas habían arrastrado la tumba de su madre. No sabía si la iba a encontrar. No sabía siquiera si la buscaría. ¿Para qué, si esas ánimas sin casas estaban en todas partes, allá, nutriendo el aire y las plantas que poblaban el mundo?

Judit se había levantado de la lápida, mientras Mañungo seguía recitando el relato ancestral mientras ella exploraba los vericuetos vecinos, escudriñando los torpes ensamblamientos de arquitecturas disímiles: aquí, los muertos acechantes no estaban disueltos en la naturaleza verde de Mañungo, aquí permanecían sellados en cajas de mármol emparedadas para que así los deudos pudieran vivir con la simple ilusión de que ni el tiempo ni la lluvia tocarían su eternidad comprada. Las bóvedas y capillas daban su espalda al rincón secreto en que Judit y Mañungo se habían refugiado. Temieron no poder salir, porque al intentar retroceder sucumbirían en los desfiladeros y tendrían que gritar para que vinieran a rescatarlos, o pasar la noche durmiendo sobre una lápida, no en su casa, como ansiaban hacerlo, porque satisfacer la urgencia del cuerpo era necesariamente previo a la maravillosa ceremonia del amor, cuando tendidos en la oscuridad plena, y fumando, recitara lentamente cada uno partes de su propia historia, murmurándola como si fuera la primera vez. Hablaba aún del sur y de la lluvia, Mañungo, pero como para sí, casi canturreando, y Judit se puso a admirar la alta ventana de rosa en el ábside de la capilla gótica que les mostraba su pequeña grupa de piedra rosada. El espacio entre el ciprés y la lápida donde se encontraban ya estaba en sombra —“Muy Böklin con tanto ciprés”, observó ella. “¿Qué es Böklin?”, preguntó Mañungo. “No importa”, pero empezó a temer

cosas, y a imaginarse qué habría dicho Lopito en este caso— dejando iluminada en el ábside la ventana de cristales multicolores.

—¿Por qué la luz? —preguntó Judit.

—*Elementary, Watson...*

—Por favor, no me digas *Elementary, Watson*, que estoy aburrida de oír a Lopito decirlo.

—Muy fácil, entonces: éste es el revés de la capilla. El sol entra por la puerta del frente y hiere estos *vitreaux*, produciendo en la sombra esa especie de faro, de caleidoscopio... Estás parada justo donde caen los reflejos colorados, verdes, azules, amarillos: eres una heroína de leyenda. Voy a ir a besarte...

Se dejó besar sin compartir el beso. Estaba disfrazada con el manto transitorio de esos colores de cuento y no quería, sobre todo, que la luz se desplazara y los colores se empobrecieran, dejándola convertida en lo que era y que ya estaba aburrida de ser: se iba a transformar con Mañungo, embarcándose no en el caíque de Böklin, sino en el Caleuche, emprendiendo el extraordinario periplo que él le prometía. París. Cualquier parte donde no se viera esclavizada a los gritos que lograron arrebatarse a Matilde, lejos de Freddy, de las acechanzas del hombre de gabardina café que no la dejaba en paz, de los ubicuos cartoneros de la noche.

—Ayúdame —le dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tómame de las piernas y súbeme.

—¿Para qué?

—Quiero ver.

Los resabios siniestros se habían apagado en su voz, dejándola adolescente, juguetona, divertida. La tomó de las piernas. Ella le indicó que la izara para mirar de cerca los cristales de la ventana de

rosa y los colores brillaran con mayor intensidad sobre sus facciones. ¿Qué había en el interior de esa capilla? ¿Cómo era por delante, por la fachada, a la que no habían encontrado el acceso? Mañungo hubiera preferido ir a almorzar, como lo propuso ella misma antes de que el aletazo del otro mundo interceptara esa inclinación tan normal, para después ir a refugiarse juntos en su apartamento, y al fin del amor, lucir la codiciada bata de viyela azul, que era el paramento que correspondía a la ceremonia de la intimidad. Judit, entretanto, absorta en su travesura y con los pies desnudos agarrándose de las molduras del ábside, trepaba empujada por él.

—Vas a ver sólo el revés del *vitreaux* —le advirtió Mañungo—.  
Deben de estar muy sucios.

—No importa. Quiero ver.

Con los ojos a la altura de la ventana, mientras Mañungo la sostenía precariamente porque quedaba bastante elevada, descubrió que la ventana de rosetón estaba tan inmunda que era imposible ver a través de ella, y como el sol había retirado su tránsito de gloria de ese mausoleo para pasar al siguiente, la ventana quedó convertida en un muestrario de colores opacos. Judit, con la mano, comenzó a limpiar los vidrios, a despejar las agujas de pino y las semillas de las piñas. Se apoyó con demasiada fuerza en un vidrio azul, que cayó hecho añicos: una bocanada de helado aire de encierro salió del interior y le golpeó el rostro.

—Lo rompiste.

—¡Qué pena...!

—Ahora vas a poder mirar mejor.

—Era *San Agustín y las tentaciones*, me parece...

—¿Cómo lo sabes?

—No sé: muy para ti, lo de las tentaciones...

Judit se quedó examinando el interior a través del boquete.

—¿Qué ves? —preguntó él.

Era una capilla cavernosa, de mármol blanco, pero toda en sombras porque el sol que la habitó hasta hacía un instante se había fugado por la reja de hierro, y ahora jugueteaba en el prado, fuera, al otro lado. Judit, atenta al interior, recorrió con la vista los nichos con los nombres y las fechas que los identificaban. Exclamó:

—¡Mi papá...!

—¿Quién...?

—¡Y mi pobre mamá...! Y mi tío Carlos y mi abuela Emilia. Mañungo, Mañungo, aquí es, éste es el mausoleo que te quería mostrar, sólo que no hemos podido llegar a la fachada, no sé por qué. ¿Por qué no encontramos la puerta principal?

—¿Te bajo?

—¡No me vayas a soltar! Quiero ver porque no lo voy a ver nunca más en mi vida. Mi abuelo Agustín. ¡Ay, Mañungo, aquí comienzo yo! ¡Qué difícil es transformarse para irse a París contigo, cuando una comienza en algo tan sólido como esto! Piedra de Pelequén. Rosada. ¿Te das cuenta? El equivalente nacional del mármol de Carrara. ¿Te das cuenta de la seguridad y la solidez de todo esto?

Siguió mirando en silencio un instante. Leyó:

—*Judit Torre Fox*, mil novecientos cincuenta y dos... ¡No! ¡No quiero verlo! ¡No estoy entre los muertos! ¡Bájame! ¡Qué horror! ¡Quiero irme, irme ahora mismo! ¡Bájame! ¡No quiero tener nada que ver con esta gente que me encierra en un nicho de mármol! ¡Vamos, por favor, vamos; por favor, llévame, Mañungo, que me ahogo!

Estaba llorando cuando Mañungo la envolvió en sus brazos. Ella

le contó que su padre le había advertido: “Te puede faltar cualquier cosa, hija, pero no un lugar donde tirar tus pobres huesos cuando hayas terminado de hacer tus tonterías.” Sollozando, con terror y asco y muerte antes de la muerte, temió que una atrición inmediata la acometiera si se quedaba a la sombra de este ábside rosado. ¡Que se la llevara Mañungo! ¡Que se la llevara! Ella no pertenecía aquí. Este no era su origen ni su fin. Su origen era el colegio, la universidad, la lucha política, la Matilde y Lopito y Ramón y Fausta, y tantos otros, y Ada Luz y sus tejedoras, no estos nombres congelados ni estas fechas que nada significaban porque pertenecían a otra historia. ¡Que Mañungo no fuera a permitir que jamás la encerraran en este nicho con su nombre que la esperaba desde siempre con las fauces abiertas para tragársela! El frío que sopló en su cara desde el interior del mausoleo la congeló para que no viviera, porque era malo vivir, y sollozaba haciéndole prometer que la salvaría de todo esto, Mañungo, Mañungo, ayúdame a ponerme mis zapatos para huir porque no soy prisionera de mi historia propia, ni de la de mi país, y ya calzada se desprendió de los brazos de Mañungo, corriendo por entreveros de capillas y monumentos y lápidas rotas hasta perderse una y otra vez en desfiladeros sin salida, y volver, y buscar y no encontrar nada entre tanta confusión de muertos. Hasta que Mañungo la condujo fácilmente, ahora, a la salida y tomó a Judit por la cintura para que no tropezara en las lápidas fragmentadas. Judit ya no lloraba. Mañungo le dio un pañuelo para que se limpiara la cara. Ella abrió su cartera para mirarse en el espejito:

—Estoy hecha un monstruo.

Bajo los cedros se detuvo a peinarse un poco.

—¿Nos vamos, Judit?

—Para siempre.



—¿Dejando tumbas, hijos, lucha? ¿Todo?

—Todo. Prométeme que nunca me dejarás volver.

Nunca: una palabra demasiado larga. Y siempre, también: las palabras que Mañungo más odiaba. Pero Judit no estaba para disquisiciones: quería ir a su casa a arreglar sus bártulos para partir mañana. ¿No se iban mañana, Mañungo, por favor, a Chiloé? No quería dejarlo separarse ni un segundo de ella. No quería estar ni un día más aquí, Freddy y Ricardo Farías y don César rondándola, machaconeando igual que Lisboa que ella no era sola, sino que pertenecía a un momento histórico y a una lucha, y la vida era verdaderamente personal sólo cuando uno se definía respecto a qué ángulo de la historia era el de la lucha propia. No quería saber más de esas exigencias. Tal vez después... “Cuando sea grande”, como solía decir con tanta gracia la Fausta a sus años si se la arrinconaba para que definiera sus posiciones decorativamente vagas, y todos se reían al oírla y no había necesidad de respuesta. Que Mañungo la llevara a Chiloé a ver tumbas flotando en los canales hasta perderse en el mar. ¿No quería que conociera a su padre? ¿Y el archipiélago ahogado en los brazos de las ensenadas? Sí: partir. Mañana mismo. Era necesario darse prisa si no quería que sus enemigos le dieran caza. Además, le dijo a Mañungo, tenía un hambre canina, y ya no le importaba que los vieran almorzar juntos en el restorán más lujoso de Santiago: en realidad, que se pusieran a comentar el asunto justo antes de su desaparición, sería bastante divertido, sobre todo si llegaba a oídos de Freddy.

ingreso tradicional del cementerio protegido por el cimborrio que alzaba la cúpula detrás de los árboles. Todo iba adquiriendo forma para ellos por el simple hecho de que ya no era temerario almorzar juntos en un restorán elegante. Nada lo era, todo fácil, todo libre ahora. Por lo menos hasta donde se les antojaba extender la mirada hacia el futuro, que desde hacía un cuarto de hora se les estaba configurando con una apariencia benigna en virtud del tácito acuerdo que no los comprometía a nada —ni siquiera a esas cosas terribles como amarse eternamente, o ser extraordinariamente felices—, salvo partir juntos a Chiloé mañana por la mañana, lo que tal vez no dejara de ser una locura. Pero una locura encomiable, porque con esta fuga Judit aliviaba momentáneamente el pánico de los pasos rastreándola para distintos sucios propósitos. Al salir divisaban a personas que venían en la misma dirección, deteniéndose a evocar cosas personales junto a una ojiva o un fragmento de gárgola, gente que por cierto desdén en su aire demostraba no venir de uno de esos entierros donde el dolor se concreta en un traje negro, sino del turbulento funeral de Matilde, y que por la misma razón estética que ellos tomaban la vía más larga para salir, dejando a Matilde abandonada en el fondo de un remoto cementerio santiaguino. Más remoto aún desde mañana, desde Chiloé, y después, desde París, para siempre. ¿Cuándo... , cuándo la volvería a visitar? Jamás había considerado el desgarró de esta separación porque nunca la imaginó, pero ahora era imposible analizar de otro modo la pena de no poder traerle alguna vez una flor, o vigilar su nicho para que manos ignorantes no desvirtuaran su cuidadosa estilización de la pobreza, o simplemente venir a visitarla para sentirse cerca de lo que fue su cuerpo, de pie un rato ante su nicho. Alguien, al pasar, saludó a Judit. ¿No quería que la acercara al centro en auto? No, no, gracias, y dejó que el de la oferta los re-

basara porque, evidentemente, él tenía más ansias que ellos de almorzar.

En la entrada del cementerio y en la calle evitaron ser absorbidos por diversos grupos contritos que esperaban la llegada de los cadáveres de su pertenencia para enterrarlos. Al otro lado de la calzada, en la plazuela de las palmeras donde se estacionaban los taxis, divisaron a sus amigos, Ada Luz y Lopito discutiendo, los niños correteando por los prados, y don Celedonio y Fausta consumidos de agotamiento, que se sentaron en un banco a rechazar desganadamente a los patipelados que los agobiaban ofreciéndoles agüita para las inexistentes flores de sus muertos, tratando de explicarles que las ceremonias de la muerte de la Matilde ya habían terminado. Mañungo y Judit cruzaron, desprendiendo sus dedos entrelazados para que nadie los interrogara sobre esta relación que sin duda parecería desconcertante por haber cuajado en cuestión..., ¿en cuestión de veinte horas? La Lopita lanzó un graznido de júbilo al ver a Mañungo, y corrió alborozada hacia él, con los brazos extendidos y las trenzas al aire, y lo abrazó por las rodillas, hundiendo su rostro en sus piernas. La Marilú y Jean-Paul la imitaron. Todos, incluso el policía indolente con su metralleta, que debía estar patrullando la plazuela con su pareja pero se apoyó en la capota del auto gris para oír música, rieron con la espontaneidad de la escena. En la otra vereda, el otro policía, el más comedido, recibía órdenes de alguien que, con un manojo de hombres, repletaban el furgón verde del que asomaban los hocicos de sus armas. Cercados, murmuró Mañungo. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué no se van si ya todo terminó y Matilde, inerte, se ha transformado en un objeto inofensivo? Cercados. Por Recoleta, por aquí, por todas partes, cercados para mantener vigente la amenaza, aunque hoy no pasó nada y todo el mundo puede volver tran-

quilo a almorzar en sus casas, después de una misa, de un funeral, de las compras, de un partido de fútbol en el baldío. El auto gris tenía la puerta abierta, y sus ocupantes —Judit creyó reconocer una pierna enfundada en un pantalón de gabardina café, pero no pudo comprobar si el rostro ahumado por la parte alta del parabrisas correspondía —escuchaban la voz del *Gorrión de Conchalí*. No miró hacia atrás porque al avanzar por la plazuela había divisado al cuchepe adosado a una columna de la medialuna de la arquería, el sombrero calado, la mano inútilmente pedigüeña porque todos se habían retirado a almorzar: él, que era un enchufe conectado con la red de odio de la población, se la estaba jugando por Judit al vigilarla por si algo le pasaba, y a través de él hacer llegar la noticia censurada por los diarios hasta las tripas de la ciudad, alimentando el rencor para cualquier embestida. Judit se sentó junto a Fausta y Celedonio a preguntarles qué se proponían hacer ahora. Habían invitado, dijeron, a almorzar a los niños y a Ada Luz a un *Burger King*, prometiéndole a Jean-Paul llevarlo después a *Chile en miniatura* para que conociera su patria. No era muy seductor el programa. Ellos estaban tan cansados que tal vez terminarían dándole dinero a Ada Luz para que ella los llevara. ¿O prefería Judit acompañarlos?

—Ni muerta.

—¿Me oíste hablar en el funeral? —le preguntó Fausta—. No creas que no aproveché la oportunidad para derramar mis gotitas de veneno contra el régimen, para que así nadie pueda decir que soy reaccionaria. ¿Qué te pasa, Ju?

¿Por qué no le confesaba la verdad a ella, a la Fausta de las grandes pasiones y aventuras, ya que por lo menos a ese nivel primario iba a ser quien mejor la comprendería? Decirle simplemente: amo a Mañungo Vera desde anoche y me voy a vivir con él a París

como en las novelas de antes. ¡Cómo celebraría Fausta su claudicación, al oírla utilizar por fin el romántico terminacho al que ella era tan adicta! Pero este mediodía era demasiado bochornoso para entrar en explicaciones ironizantes y soportar las truculentas efusiones de Fausta, sobre todo cuando ahora una especie de aletargamiento trababa el desplazarse agónico de los personajes por la plazoleta donde no sucedía nada salvo la increíble indiferencia de las palomas en la resolana enceguecedora. ¿Para qué participar su noticia ahora en vez de esperar hasta la noche, cuando, con sus maletas ya hechas, los llamaría por teléfono para despedirse sobria y afectuosamente, en sus propios términos?

—Vamos —le dijo a la Marilú.

—No quiero irme.

—¿Por qué?

—Quiero quedarme con Jean-Paul.

—¿Con Jean-Paul, no con la Lopita?

—No. Es muy fea. Con Jean-Paul. Que ella se vaya.

—Van a ir todos juntos, así es que no grites.

La Lopita había acaparado la atención con la indescifrable seducción de su fealdad, descarada y grotesca, parte del terrible subsuelo a que pocos se asoman por estar poblado de sufrimiento y humillación. Riendo su macabra risa de huaco funerario de defectuosa restauración, atraída por la música, la Lopita arrastró a Mañungo hacia el auto gris donde se apoyaba el policía de la boca de molusco bivalvo y las mejillas destruidas por el acné: se reconocieron. Pero el policía prefirió no revelar sus breves tratos anteriores, a la entrada del cementerio, como si este hecho lo comprometiera ante los hombres de rostro embozado por el humo del parabrisas. Todos, incluso el cuchepo que desde la otra vereda se

acercó un poco rodando en su patín y se quedó fijo con su mano estirada, miraban anonadados a la Lopita, como si fuera algo admirable o peligroso, perplejos ante la enigmática incitación que ejercía odio y amor y risa y respeto y miedo y agresividad, liberándoles la imaginación trabada, para escudriñar las sombras que nunca son sólo lo que parecen ser. Lopito, sonriente pero incómodo, seguido por Judit, quiso aproximarse a la Lopita, pero justo en el momento en que Mañungo iba a saludar cordialmente al policía por si éste fuera demasiado tímido para retomar por su lado la anterior relación, la Lopita le preguntó:

—¿Quiere que le baile, tío?

—Bueno; báilame.

—No, no, Moira —le rogó Lopito, dispuesto a impedirselo si Judit no lo hubiera interceptado—. No aquí en la calle, hijita..., vamos, ven, por favor...

—¿Por qué no? Déjala que baile. No la reprimas.

Porque hace demasiado calor. No, porque va a quedar en ridículo, quiso decir Lopito, pero temió determinarla, y como no pudo decírselo, se dio vuelta. Se encaminó al banco donde había quedado Ada Luz rumiando el duro adiós de Lisboa que entre consignas gritadas en el cementerio le dio su definitiva despedida, relegando su pena a la periferia del círculo que rodeaba a la Lopita. En el medio de éste —en el auto, malignamente, alguien subió el volumen de la música como para atrapar a los que escuchaban—, la niña dio una palmada, giró sobre sí misma como un trompo cucarro, y tomando sus faldones comenzó a zapatear, mostrando las palmas de las manos abiertas y moviéndolas, igual que su horrorosa cabecita. Lopito cerró los ojos. Le pidió el chuico a Ada Luz y lo empinó. No quería ver más que las estrellas de colores que reventaban detrás de sus párpados

apretados. No quería ver que la seducción de su hija no consistía sólo en que causara risas porque era de un grotesco doloroso, sino que esos cobardes de mierda que en un instante más estallarían en carcajadas, la usaran para promoverse a la poderosa categoría de verdugos. ¿Cómo salvarla? El vino tibio era lo único que por el momento aliviaba las triviales heridas de amor que lastimaban su corazón de borracho acometido por la pena.

—¿Pena de qué, pues, Lopito? —le preguntaba Ada Luz.

¿Para qué contestarle a esta mujer que carecía de la finura para entender? ¿Que no veía a su hijita haciendo el ridículo al bailar delante de todo el mundo como si estuviera haciendo algo espectacular? ¿No veía su cuerpo rechoncho, sus pies pesados, su incapacidad para llevar el ritmo, su sordera a la línea melódica? En un minuto de zapateado reveló el drama del ser que no está dotado para aquello que pregona como su vocación. ¡La Lopita era un pequeño monstruo de pies pesados, niñita insistente, latosa, que se ponía al alcance del escarnio general, por fea, sin gracia y ridícula! ¡Cómo le hubiera gustado tener una hija invulnerablemente bella! ¡Que nadie pudiera herirla ni tocarla! ¡Qué reposo, en ese caso, qué seguridad! ¡Qué imposibles las risas de estos estúpidos, risas que crecían alrededor de ella, que le gritaban groserías que prefería no oír, animándola! En cambio, debía aceptar la humillación de que este trago contrahecho, hija innegable suya, fuera totalmente dueño de su amor. El policía apoyado en la capota se estaba riendo: era un bruto ignorante del que era necesario protegerla. ¡Lo iba a matar cuando esa risita contenida se transformara en carcajada! Empuñó sus manos, las metió en sus bolsillos como si buscara una navaja. La Lopita, en el centro de la música, azuzada por los espectadores, bailaba absorta y desmañada. El casco del uniformado echado hacia atrás en su cabeza revelaba el

molusco de su innoble boca color naranja. ¡Qué pena tener que odiarlo ahora! ¿Por qué no protegía a la Moira usando su autoridad para ordenarle que no siguiera bailando, impidiendo la vejación de tantos ojos? Fea, fea, torpe, ridícula; ¿por qué no otra vocación, costurera, profesora, monja? Pero la pobre sentía este llamado para el festejo y la danza, irrefrenable vocación a la que su cuerpo no respondía, y dio un trastabillón, y la mueca con que su cara grande y verdosa lo acompañó, y la inseguridad de su cuerpecito rechoncho y de sus pies de plomo y sus piernas cortas, transformaron las risas simpáticas de antes en carcajadas.

Sobre todo el policía, que se apretaba la barriga de la risa. Lopito empuñó sus manos, con un gran esfuerzo de la inteligencia para retenerse. ¿Por qué no se iba a reír, al fin y al cabo, este pobre muchacho cuyo uniforme le obligaba a actuar de verdugo? El, el padre de la criatura, no era nadie, y por lo tanto no podía exigir respeto por los suyos como podía haberlo hecho Mañungo si la Lopita fuera su hija. Pero, claro, los hijos de Mañungo y la Ju serían muy distintos, etéreos y graciosos, dotados para el baile y el regocijo, como él hubiera querido a la suya. Con la Lopita, en cambio, su amor herido tenía que sufrir la eterna recreación de la fealdad y la risa, y odiarla a pesar de amarla, odio que iba a durar lo que durara su ridículo baile al son de la música cuyo volumen habían redoblado en el auto, y cuyo ritmo la Lopita era incapaz de seguir. ¿Por qué no, por qué no, Dios mío, si todos los niños del mundo son capaces de seguir un ritmo? ¿Por qué su hija no? ¿Cuál era su inferioridad? Los espectadores se reían. El tenía que recoger esa afrenta porque sólo él podía protegerla. El policía desmoronado de risa sobre la capota del auto, se estaba riendo *de* ella, no *con* ella, y el corazón de Lopito se inflamó con la afrenta. Abriéndose paso entre el pequeño grupo se



acercó al policía, interpellándolo:

—¿De qué te reís?

La actitud del policía cambió, y enderezándose, se puso tenso. Mañungo quiso agarrar a Lopito para detenerlo, pero logró desasirse. La Lopita corrió a aferrarse de su padre, tirándole de la pretina, interponiéndose entre él y los uniformados. El auto gris había cerrado su puerta y cortado la música, y desapareció como si su *status* fuera demasiado encumbrado y sus tripulantes tuvieran tareas muchísimo más importantes que la de reprimir una camorra callejera.

—¡No, papá...!

—¡Déjame, chiquilla de mierda!

Y con un sacudón feroz, al acercarse al policía —mientras del otro vehículo, del verde, bajaban cuatro uniformados cargando metralletas para detener al borracho que alborotaba en un día como éste— Lopito se deshizo de su hija, lanzándola a los brazos de Ada Luz, de donde rebotó para integrarse al fragor:

—No, papá...

Sin siquiera deshacerse de ella, como si la niña fuera una excrecencia suya, o algo tenazmente adherido a él como el muérdago o el quintral, Lopito se cuadró amenazante frente al policía todavía risueño, y le gritó a bocajarro:

—¿De qué te reís, huevón?

—Más respeto con la autoridad, oiga —le advirtió otro de los uniformados.

—¿De qué autoridad me estai hablando, asesino?

—Cállate, Lopito —le gritaron Fausta y Judit, aterradas al darse cuenta de que ya era demasiado tarde, que la locura de Lopito se iba precipitando en un vértigo donde estaban condenados a perecer —. ¡No vayas a decir algo irreparable!

—Ya lo dijo —murmuró Mañungo.

Y Lopito, enloquecido, continuó, agitando sus brazos con aspavientos descompaginados:

—¿Por qué no voy a decir lo irreparable? Se me antoja decir lo irreparable. ¡Asesinos, asesinos de mierda!

Los policías se lanzaron sobre Lopito mientras Mañungo lo sujetaba para impedir que golpeará a los miembros de las fuerzas de orden con sus blandos puños de borracho. En la riña, a patadas, a codazos, a mordiscos, como podía, Lopito gritaba, acezando como si se le fuera a saltar el corazón del pecho y a cortar la respiración: “asesinos de mierda..., torturadores..., vendidos..., pacos culiados..., ustedes mataron a la Matilde..., ustedes los matan a todos..., vendidos..., torturadores...”. Su voz fue ahogada por el tumulto, su rostro deformado por los golpes y la sangre, la ropa rajada y sudada, el llanto acercándose más y más a sus improperios y por último suplantándolos, transformándolos en sollozos. Fausta, Ada Luz, Judit trataban de alejar a los niños despavoridos. Desde la vereda de enfrente don César intentó llamar la atención de Judit para indicarle que sería más conveniente que en una circunstancia así se hiciera humo porque esta vulgar trifulca podía traer cola. Estaban todos manchados con sangre y vómito de borracho cuando por fin lograron ponerle las esposas a Lopito, ya a punto de desvanecerse, pero todavía murmurando entre sollozos: “asesinos..., rotos de mierda..., uno de estos días les vamos a cortar la cabeza a todos..., ignorantes..., torturadores”. Por entre las piernas de los policías, que no la vieron meterse, la Lopita logró gatear hasta su padre para tratar de hacerlo callar. Con las dos manos esposadas Lopito le asestó un golpe a su hija, que no la alcanzó, gritándole:

—¡Déjame, chiquilla de mierda! ¿Que no ves que por lo fea que

eres me metí en ésta?

—No, papá, no llore; no fue por fea. Díganle que no es porque soy fea, para que no llore de vergüenza el pobre. . .

—¿Cómo no, cabra? Bataclana más fea no se ha visto, igualita al comunista de tu papá. . .

—¿Comunista, yo? ¡Cómo no! ¡Váyanse a la mierda! Anarquista, violentista, extremista, nihilista de bomba en mano para destruir el mundo empezando por todos ustedes, pacos culiados. . .

—Ya. Está bueno. A la capacha.

Y a patadas lo fueron arreando como a una bestia por la plazuela hasta llegar al furgón mientras sus amigos les imploraban a los policías que por favor excusaran la conducta inexcusable de Lopito. Ellos, con los dientes refulgentes de furia, les advirtieron que ahora sí que les iba a llegar, que si todos ellos habían estado alborotando en el funeral de la señora de Neruda entre esos energúmenos de los comunistas y de los del Frente Manuel Rodríguez, quería decir que el detenido también era comunista, y que si no querían meterse en líos por sospechosos, que por favor se retiraran inmediatamente; lo que era este borracho, las iba a pagar caro. La Lopita, entretanto, quebrantada, sin que nadie la pudiera desprender o sin necesidad de hacerlo porque era tan chica que no merecía ser tomada en cuenta, tironeaba de la camisa de su padre. ¡Por favor, por favor que la perdonara! Entre las discusiones de don Celedonio con las autoridades y los alegatos de Fausta y Mañungo, que apenas lograba retener su furia, los lamentos de la Lopita adherida a la pierna de su padre no se oían. Lo echaron adentro del furgón y partieron.

Al volver al banco en la plaza, iban llorando. A sólo unos pasos del grupo, ahora sin gesto pedigüño, don César observaba. Don Celedonio y Fausta se dejaron caer en el banco; estaban demasiado

concluidos para tratar de entender lo que acababa de suceder. ¿Por qué, por qué, por qué...? Pero todo en este país se podía reducir a por qué, por qué. Para que los niños no lloraran más decidieron partir al instante a *Chile en miniatura*, y allá almorzar *hot-dogs* con Ada Luz, que no pudo porque tenía que reunirse con Lisboa para un asunto importante. Judit la llevó a un lado:

—¿Qué asunto? —le preguntó.

—Yo sabré.

—¿Te estás metiendo en el Partido?

—¿Y qué? —y se subió en la micro Pila-Cementerio que se detuvo cerca de ellos.

Lopita quedó a cargo de Mañungo y de Judit, porque los viejos ya no podían más: que se fueran inmediatamente a la comisaría a ver qué podían hacer, les aconsejaron.

Cuando todos partieron, don César, que se había refugiado en la arquería de la medialuna por si sucediera algo, salió de la sombra, y ahuyentando palomas al rodar entre ellas, volvió a acercarse a Judit:

—Esto es grave—le dijo.

—Si sé.

—Los pacos no perdonan palabras así.

—Voy a ir a la comisaría a ver qué puedo hacer.

—Usted no vaya.

—¿Por qué?

—Debe estar prontuariada, y ahora, con estas máquinas modernas, las cosas se saben en cuestión de segundos... Nadie se puede esconder, ahora...

—Pero no puedo dejar solo a Lopito.

—Si la pescan a usted nos pescan a todos.

—¿Cómo voy a salir de Chile, entonces?

—Seguro que no puede salir. Debe tener arraigo.

—Tengo que irme. Mañana. Me andan buscando. Ricardo Farias estaba en el funeral de la Matilde y no me quitó los ojos de encima, y los va a buscar a todos ustedes y a las mujeres. . . Usted, por favor, aviseles ahora mismo, mire que la Ada Luz anda muy rara con el asunto de Lisboa.

—Que no la quiere más, le dijo, si no se mete al Partido.

—¿Y ella. . . ?

—Para allá fue ahora.

Judit se tapó los oídos y cerró los ojos:

—No quiero saber nada. Me quiero ir.

—¿Con Mañungo?

—Sí, conmigo —dijo él.

—Ella no va a poder salir.

—¡Quiero irme, le digo, don César! ¡Ya no doy más! Si usted hubiera visto esa tumba. . .

—¿Qué tumba?

—No importa.

—¿Y qué va a ser de sus mujeres? Se van a morir de hambre. Sin trabajo, sin que las aconsejen, sin apoyo, todas se van a meter al Partido, o en una parroquia, o en una de esas sectas de indios que fuman mugres. . . , qué sé yo que. . .

—No me importa, le digo. No puedo quedarme.

Don César se sacó el calañés: era calvo. Primera vez en todos estos años que Judit lo veía. Suspirando, el cuchapo dijo:

—Muy bien. La gente como ustedes siempre tiene maneras de arreglárselas. Hable con su primo, don Freddy Fox. El la ha protegido todos estos años. . .

—¿Cómo sabe. . . ?

—... así es que no le va a costar nada sacarla del país para que se case con un hombre de plata como don Mañungo Vera...

Don. Don Mañungo Vera. No Mañungo. No Mañungo Vera, y ella, protegida de Freddy Fox; una pareja protegida por toda clase de privilegios. Don. Don Mañungo; era la condenación, en boca de don César. La gente como ellos, al final, siempre encontraba subterfugios para escabullirse del terror definitivo, y todo se transformaba en un arreglo entre pares expertos en escamotear la verdad. Ella, sí quería, con un elogio, o con una pequeña claudicación que consistiría sólo en rogarle a Freddy —a quien no le iba a parecer tan mal su unión con Mañungo pese a ser chilote, pero famoso, rico, bien parecido, que hablaba inglés y francés y alemán correctamente: un caballero, en suma, si se le enseñaba a cambiarse de camisa todos los días— que la escamoteara, que quemara sus antecedentes, que anulara su pasado para poder comenzar de nuevo: sí, le juraría comenzar todo de nuevo si intercedía para dejarla salir de Chile, alejarse de la helada tumba genealógica y de las roncadas arengas partidistas y de las mujeres tejedoras que la ahogaban con la presencia de su culpa: ¿Freddy, entonces, sería el perdonador definitivo, el perdonador supremo?

—Vaya con Mañungo, Ju —le dijo don César.

—¿Qué?

—Que vaya con Mañungo. ¿Se van a casar, ustedes dos?

¿Por qué todos insistían en preguntárselo? ¿Lo llevaba, acaso, inscrito en la frente, olía su cuerpo femenino con el aroma prestado del cuerpo de hombre, se reflejaba en sus pupilas tan azules y duras como espejos, el perfil de una guitarra y en su voz se oía el contrapunto de un barítono brutal? No. Claro que no. ¡Qué absurdo! ¡Qué cosa tan de Fausta! ¿Por qué iba a ser así si ella no lo amaba y

se lo había dicho, y él a ella, y sólo anhelaban explorar qué podía sucederles si vivían juntos el tiempo que dura una fogata hasta que desistieran de alimentarla? ¿Casarse...?

—No. Ni muerta.

Pero al afirmarlo, sintió que su corazón, que se creía inmune, se le partía de nostalgia al arrancar de su tierra nutricia a Mañungo y sus raíces, todo ese bosque de cristales subterráneos aún desconocidos que ni siquiera había tenido tiempo en ella para comenzar a aclimatarse. Le dijo a don César que se iba con Mañungo a la policía; el cantante iba a tener que hacer el papel de protagonista en este pleito. Era necesario salvar a Lopito. Tal vez el renombre de Mañungo sirviera, igual que anoche... , sí, sí, que para algo sirviera un nombre como el suyo...

El taxi los llevó a la comisaría de Santos Dumont, en el faldeo norte del cerro San Cristóbal, entre baldíos donde comenzaban a borronearse las calles y las casas a escasear. Judit dijo que ella no se iba a acercar a la comisaría, porque desde años atrás llevaba una existencia crepuscular, no exactamente clandestina pero sí disimulada, para no llamar la atención sobre su antigua salida ilegal del país, ni sobre las actividades de sus tejedoras.

—Tengo que ser tan discreta...

—No se puede decir que fuiste muy discreta anoche.

—Anoche fue excepcional.

—¿Realmente...?

—No te me pongas coquetón...

—¿Pero me juras que te las vas a arreglar para venirte conmigo?

—Con mucho asco, pero sí.

La besó hasta que las lágrimas salpicaron los ojos de Judit pensando en lo que le iba a tener que decir a Freddy. Mañungo observó:

—¿Te das cuenta que ni siquiera hemos podido hacer el amor como Dios manda?

—¿Cómo será, como Dios manda? —rió ella, y rieron y se abrazaron porque iban llegando en el taxi, y al bajar Judit le advirtió—: Mejor que entres tú a hablarles. Yo te espero en esa calle, a la vuelta de la esquina, para que no me vean. Apenas puedas, ven a avisarme cómo está Lopito.

Mañungo entró en la comisaría y Judit se escondió en la bocacalle, la que hacía esquina con el retén. Se sentó a la sombra, a esperar, en el escalón de una casa muy modesta que era sólo esa puerta con escalón y una ventana; pero se adivinaba una profundidad unidimensional hacia el interior, seguramente un callejón de piezas y patios mínimos donde se desarrollaba el angustioso proceso de un alegre almuerzo de domingo holgado, con niños y abuelas y olor a fritanga y cebolla y empanadas que ella detestaba, pero que comprendía como desechable rito festivo.

En la esquina de la calle principal se detuvo un taxi: de él, con movimientos precisos, el cuchepe bajó su patín y dejó caer, no sin cierto garbo, su cuerpo encima. Judit lo llamó con señas. Don César acudió diciéndole que él también estaba prontuariado y por lo tanto también tenía que ocultarse. ¿Además, qué influencia podía tener lo que dijera un pobre como él...? Pero Mañungo sí, era la esperanza para arrancar a Lopito de esas garras, sobre todo porque era tan conocida la debilidad de la gente del régimen por los que ostentan las coronas de oropel de las revistas del corazón; alegar que Lopito estaba borracho, que era domingo, que más de una vez estuvo internado en un sanatorio para alcohólicos. Don César se bajó del patín y se lo puso debajo de la axila, impulsando su cuerpo con las manos. Condujo a Judit por la calle lateral que iba remontando el cerro poco a poco,



y media cuadra más allá se desdibujaba, era penetrada por el campo polvoriento, confluyendo, un poco más arriba, con una ladera de cardos y zarzamora calcinándose en el polvo. Don César subía dificultosamente, el patín bajo el brazo, dándole impulso con cada balanceo, a su tronco hacia adelante con sus manos poderosas apoyadas en el suelo de terrones y piedras que las hacían sangrar. Caminaron junto a un alambrado de gallinero que limitaba una acequia casi seca y una cancha de básquetbol trazada en el tierral de la parte trasera de la comisaría, sembrada de bostas de caballo donde los animales estuvieron ejercitándose. Al otro lado de la reja, junto a la acequia, habían cortado recientemente la zarzamora —obligando a los jóvenes a hacer trabajos idiotas, explicó don César, pintar troncos y piedras de blanco, para que los pacos nuevos fueran aprendiendo lo que es la disciplina—, y se estaban agostando las teatinas y los yuyos, y los hinojos frescos y las cicutas perfumaban la canícula. Judit y don César se quedaron con las manos prendidas al alambrado de rombos, sus dedos crispados y sin nada que decirse, contemplando la comisaría adornada de zócalos verdes y esas enigmáticas piedras pintadas de blanco diseminadas con un orden incomprensible, como símbolos de las estructuras mentales de los policías.

—Esperemos —dijo don César en voz baja.

—¿Qué?

—Que pase algo.

Que pase algo. Que pase algo. ¿Cuánto hacía que lo esperaban? Años y años de humillación y de silencio. A medida que avanzaban los minutos se iba acumulando en los dos, agarrados del alambrado, no sólo el recuerdo de tantas desapariciones y muertes, sino el rencor que es su corolario, y de saber que en esta espantosa coyuntura a que los empujaba la desesperanza, para muchos no había otra solución que

la violencia. Por eso, porque la odiaba, la violencia, y anoche se había demostrado una vez más incapaz de ella, Judit debía huir. Ni armas, ni organización, ni fuerza, ni dinero: sólo piedras, bombas preparadas en casa, alguna pistola robada. ¿Qué significaba todo esto? ¿Era violencia, o era darse una satisfacción ingenua frente a los poderosos armamentos de importación que diezmaban a los pobres rodriguistas patipelados? Don César trataba de convencerla y llevarla a su antiguo camino, cuando en la clandestinidad, en la noche, en casas sin luz, bajo parrones o matorrales secretos, armaban modestos artefactos mortuorios que en esencia no mataban a nadie. Irse: huir, para eso estaba Mañungo, para arrancarla de los blandos pasos de Ricardo Farías, que en círculos concéntricos se hacían cada vez más y más cerrados en torno a ella. ¿Y a él, a Mañungo, también ahora?

—Claro que ésta fue culpa de Lopito —dijo don César prendido del alambre.

—No.

—¿Cómo no? ¿Que no lo vio y no lo oyó?

—Vi y oí. Pero conozco a Lopito. Fue otra cosa.

—¿Qué cosa...?

Judit titubeó: entonces dijo lo que, al decirlo, se dio cuenta que era lo más absolutamente irreparable de todo lo que se podía decir:

—Algo... que usted no entiende.

Don César lo entendió tan poco, que sin acusar su frase, continuó:

—¿Quién tiene la culpa entonces? La gente debe responsabilizarse de sus acciones en una revolución, y esto que hizo Lopito, tan inútil, no sirvió más que para ponerlos en alerta. ¿Usted cree que los del auto gris no la identificaron, a usted y a don Mañungo?

—Puede ser.

¿Don César asumía sus culpas, las de sus robos? ¿Del robo de anoche, por ejemplo? ¿De cómo maltrató a Darío? ¿De la forzada prostitución de su hija menor? Sí, pero él compartía esas culpas con la sociedad. Ella, en cambio, sola, no podía compartir sus culpas con nada, con nadie, porque no era una de las mujeres, el perdonador la había excluido y sus pasos terribles, y su mano, y su voz gangosa. Irse. Irse. No más preguntas. Mañungo era inmediato: que se la llevara. Sólo quedaba Lopito encerrado en este establecimiento de fama siniestra, cuya espalda observaban a través del enrejado en el que sus dedos se iban agarrotando.

### 37

En el cuartel era como si nada hubiera sucedido: todo funcionaba en su orden, como debía ser, todo limpio y tranquilo y pintado de blanco y desinfectado. Detrás de un escritorio el cabo de guardia escribía en un enorme libraco detrás de una baranda, y en su mesón otro policía marcaba el número de un teléfono que no parecía contestar. Por el pasillo entró una corriente de aire fétida de clorina de water, y de vez en cuando pasaba y volvía a pasar sin prisa un uniformado llevando papeles de oficina, y circulaban cuatro muchachos comentando los *shorts* de tela verde fluorescente que llevaban en la mano. Detrás de una puerta Mañungo oyó una voz que al principio confundió con la de Lopito. Pero no era, se dio cuenta: hablaba con demasiado énfasis, y a estas alturas, al pobre Lopito, énfasis ya no le debía quedar. Después decidió que más bien otra voz, suplicante y que contestaba apenas, era la de su amigo, pero no pudo identificarla tamizada por la puerta. ¿En qué diablos se había metido el imbécil de Lopito? ¿En qué diablos los había metido a todos? Su corazón im-

pregnado de desconcierto y de odio —odio por estos fantoches que no comprendían la borrachera desesperada de Lopito porque sólo sabían cumplir el deber de arrestarlo por echarles encima su andanada de mierda y muy a su estilo, sin medir las consecuencias, dejar que los demás respondieran hasta con su libertad por sus desmanes— no lograba calcular la dimensión de estas circunstancias porque jamás se había visto envuelto en algo parecido.

Se acercó al cabo del libraco para preguntarle si sería posible entrevistarse con el oficial de guardia; sí, claro que se podía hablar con él, que tuviera la amabilidad de esperar hasta el final del interrogatorio, dijo. Mañungo le explicó que a su amigo, a don Juan López, lo acababan de traer arrestado por una insignificancia, y si era necesario pagar una fianza él estaba dispuesto a hacerlo. El policía, entonces, se puso de pie. Cerró el libraco con el lápiz marcando la hoja de modo que las pesadas páginas de canto marmóreo se ondularon sobre él, y dijo que iba a llamar al capitán. Que por favor tomara asiento en el pasillo. Desapareció por la puerta tras la cual se oía la voz de Lopito, y como si esa habitación, de pronto transparente, se hubiera acercado a él con sus figuras y ruidos como con un *zoom*, oyó el estrépito de una máquina de escribir tecleando, telefonazos perentorios, el clamor de gente que alegaba, se movía, llamaba, contestaba, pero la vieja puerta interponía su madera, dejando pasar sólo sonidos sin significado. Con el fin de preguntarle algo a alguien, la vista de Mañungo intentó comprometer los ojos de un policía que pasaba tan enfrascado en su hermético papeleo que no captaba el ansia de su mirada. Cuando apareció el capitán, Mañungo se ofreció inmediatamente para pagar la fianza de Lopito.

—No es cuestión de fianza, en este caso.

—¿Por qué? Un borrachito más en día domingo. . .

—¿Es domingo hoy? No me acuerdo. Pero no se haga el desentendido. Hubo falta de respeto al Gobierno, desacato, irreverencia, ideas extremistas y subversivas... y además, el personal se siente insultado. Es decir, lo peor. No tenemos tiempo para ocuparnos de borrachos con la mona violenta y política. Están pasando demasiadas cosas graves en este país, señor, para diferir la fuerza de nuestro servicio en estupideces como ésta. A delincuentes como López hay que castigarlos como a niños malos para que escarmienten, porque mientras tanto nosotros nos tenemos que defender de hechos reales señor, peligrosos; en las poblaciones nos matan como a moscas, señor, y nadie se digna decir ni una palabra para apoyarnos. Nos odian sin darse cuenta que sólo queremos defender al pueblo de los malditos infiltrados soviéticos... Sí, nos persiguen, juran venganza, y este pajaraco, borracho como una cuba, que además parece que tiene la gracia de hacerse el intelectual, nos viene a joder con insultos y acusaciones. Tanta protesta contra el Gobierno... ¿y él, qué hace? ¿Escribir versitos?

—¿Quién no ha protestado contra el Gobierno cuando está borracho? Eso es tan chileno, tan nuestro, desde siempre...

—Este caso fue distinto. Siéntese ahí, por favor, y espere.

La voz de Mañungo tembló al preguntar:

—¿Qué le van a hacer?

Era lo terrible. La pesadilla que todos sabían que iba a llegar; lo impensable se precipitaba sobre Mañungo a través de la persona de Lopito. ¿La tortura? Quizás no la tortura. Quizás sólo el oprobio de una paliza, días de cárcel a pan y agua, cuando el *delirium tremens* repletaría de sabandijas y coleópteros agigantados y agresivos —los del temible “*withdrawl syndrome*” que Lopito ya conocía— la celda donde lo mantendrían guardado con su pobre cara demente pegada a

la ventanilla, aullando. Quizás sólo esto. Pero justificaba el miedo que comenzaba a hacer hervir la ciudad. ¿Qué le iban a hacer ahora estos brutos al bruto de Lopito? Iban a someter a su frágil amigo a las torturas que sometían a los disidentes en mazmorras espantosas, y cuando salían lisiados, o idiotas, o tan llenos de odio que sólo la reanudación de la violencia los satisfacía, adquirirían extrañas auras de arcángeles condenados, demonios desprendidos de las pesadillas de toda la población que se encarnaban de repente, como ahora, en lo cotidiano: era verdad que Lopito fue grosero y violento con las fuerzas de orden a raíz de nada, eso debía reconocerlo. ¿Pero cómo no serlo?

¿Pero fue, en realidad, a raíz de nada? ¿La Lopita era, entonces, nada? Cuando el policía se rió de ella, la piel hipersensibilizada de su padre se recogió dolorosamente, como un molusco bajo la clásica gotita de limón que lo asesina. Que el policía de las mejillas ásperas de acné se riera de la Lopita fue mucho más doloroso que si se hubiera reído de Lopito mismo, porque era como poner en evidencia sus anhelos más secretos para mofarse de su imposible sueño de gracia y belleza. Por eso estalló la ternura vergonzante de Lopito, tan eficazmente oculta dentro del caparazón del maldito, erizado de una armadura de púas venenosas: ese terrible amor que era casi todo dolor, él, por lo pronto —se dio cuenta Mañungo esperando no sabía qué iluminación sentado en el banco del lúgubre corredor—, no sabía sentirlo, y recurría al sexo para purificarse, hontanar alternativo que le brindaba un deleitoso simulacro. El hecho de que la furia de Lopito por una causa totalmente privada, humana e individual como fue la ofensa a su pobre, grotesca hija, hubiera derivado en una peligrosa trifulca política, que la furia de él, de todo el país, no tuviera otra salida que la salida de la violencia y de la protesta política, que el

amor y la canción y la risa no poseyeran más que esa única traducción y que todo dolor personal debía proponer una lectura política por lo menos subyacente, fue algo que, esperando no sabía qué sentado en el banco del pasillo, Mañungo, anonadado, atomizado con la conciencia de representar a tantos y que tantos lo representaran a él, tuvo que aceptar como se acepta el golpe definitivo de un vencedor; no existía la vida privada entonces, porque si no era más que eso, era una frivolidad. El no estaba dispuesto a someterse a estas coordenadas; irse inmediatamente, ahora mismo, en cuanto se solucionara este enredo. Irse con Judit. Sí, Judit era necesaria porque tenía una vieja bata de viyela azul que él aspiraba a compartir. ¿Qué sentía por Judit? Por ahora no necesitaba saberlo, aunque no dejaba de producirle curiosidad. En todo caso no era lo que sentía por Jean-Paul, sentimiento tan mechado de culpa que eliminaba el amor y la responsabilidad tomaba el lugar del festejo. Lopito —*altri tempi*, suponía— había amado a Judit como la encarnación de lo inalcanzable, cosa que él, personalmente, jamás sintió por ella porque venía demasiado bien nutrido por Ulda desde su provincia. Esa desgarradora nostalgia, envidiable y dolorida, por aquello que yace más allá de las posibilidades, él no la conocía. Y Judit jamás la había sentido por él, ni por Lopito, ni por nadie. ¿Eran figurines paralelos —*His and hers*, como en los anuncios yanquis—, él y Judit, que sin lo otro, conservaban la vigencia del sexo como un fantástico placebo que confundía los contornos y escamoteaba las carencias?

Mañungo sentía que su tiempo se le iba alejando como un cometa que no volverá hasta dentro de un milenio, sin lograr agarrarse a su cola, y la realidad entera se reducía a este pasillo destemplado donde no tenía nada que hacer salvo esperar que se ago-

tara el tiempo de Lopito, allá adentro, cuya voz ya no distinguía. Se paró, dirigiéndose otra vez al policía apostado detrás del gran libro abierto; el cabo lo miró. ¿Por qué diablos no lo reconocía, ahora, cuando necesitaba tan urgentemente que lo reconocieran y lo admiraran? Eran brutos estos "rotos", como les decía Lopito, tan ignorantes, tan pertenecientes a otro estadio de la cultura más bajo que aquel al que pertenecía su música, que eran incapaces de consumirla, y por lo tanto, él no era estrella de sus insignificantes firmamentos de arrabal. Curioso, que no lo reconocieran; el otro, el de las mejillas con acné, lo había reconocido al instante. Además, demostró ser, como decían que eran las nuevas clases propiciadas por el régimen, muy susceptible a las glorias intrascendentes de la televisión y de las páginas ilustradas de las revistas, los nababs del fútbol, la canción, y las discotecas de moda, todo en seguida olvidado y sustituido por otros. ¿Por qué no iba a responder a la misma sensibilidad este suboficial, para así seguir la indicación de Judit recomendándole utilizar como influencia su rutilante renombre? Pero lo reconocía. La simulación de desconocimiento no era más que una consigna dictada por la autoridad más alta, inquilina de un firmamento más recóndito, el firmamento que dicta los decretos de donde emana la autoridad: esto, claro, sólo hacía más tenebrosa la situación.

La voz de Lopito, detrás de la puerta, era monótona, desgana-da, respondiendo a las preguntas que un escribiente se ocupaba de anotar. Desde su mesón el cabo de guardia miraba a Mañungo sin parpadeo, sin reconocerlo porque la consigna era no reconocerlo. ¿Pero cómo quería que le creyera que no lo reconocía, si gracias a la infinita transparencia que había adquirido todo, veía que en una lancha en Chiloé una vieja cochayuyera analfabeta habitante de los desolados arenales de Cucao, avanzaba hasta él y le decía: "Tú eres



Mañungo Vera.” Su identidad quedaba asegurada con esa pregunta, pero la displicente mirada del cabo, aquí, la socavaba. No le extrañó esa visión de la vieja que jamás había visto, y de la playa y de las olas no evocadas desde hacía tantos años resonando como un tinnitus enloquecedor en el pasillo de la comisaría. . . a no ser que lo hubiera visto todo anoche, cuando una mujer arrebozada en chales le cortó la uña del pie. Pero ahora, como anoche, el tiempo transparente le hacía reconocer como actual o pasado aquello que jamás había vivido, pero que estaba ocurriendo simultáneamente en cualquier parte, distante o muy cercana, detrás de la puerta del despacho del capitán, o encerrado hasta el ahogo en la sepultura, o con las grandes puertas del paisaje abiertas de par en par. La vieja cochayuyera, al reconocerlo anoche en algo que podía o no ser un sueño arrullado por las rompientes del Pacífico austral, que podía o no ser el mortal tinnitus de Schumann seduciéndolo para el suicidio, al enunciar su nombre lo había circunscrito dentro de un preciso anillo de vocablos que definía su identidad. Este policía, en cambio, se negaba a reconocerlo, igual que los cuatro muchachones que pasaron trotando, vestidos, ahora, con sus *shorts* de raso, y uno de ellos —que malignamente esquivó su mirada— era el policía de la boca de molusco bivalvo que habló con él a la entrada del cementerio y después provocó la reyerta. Nadie quería reconocerlo porque tal vez debido al Caleuche ya estuviera transformado en otro ser. . . ca. . . , caleún, gente cambiada o transformada por los artistas: ser un anciano de los que aún recordaban palabras de ese lenguaje perimido en que artista y brujo significaban lo mismo. Si llamara a ese policía que sin duda sabía quién era él, para que diera fe de su importancia y su gloria, diría: no, yo no lo conozco, yo no sé quién es. ¿Y si llamara a Freddy Fox? ¿No le dijo Judit que lo hiciera, aunque sólo en caso de extremo apuro porque no

estaba dispuesta a pasar más humillaciones ante él ni para salvar una vida? ¿No era éste un caso de apuro extremo...? No se sabía nada aún, todo ocurría en secreto, allá adentro, en silencio, sin razones ni explicaciones, de modo que después fuera fácil negar y desmentir y borrarlo todo y nada de todo esto hubiera existido. El nombre de su primo, Federico Fox, le había explicado Judit sin jactancia, se había encumbrado a un sitial de omnipotencia adornado con el oro de sus desfalcos y con su prestigio de nigromante que maniobra a los llamados "personeros" del régimen. Mañungo le pidió cortésmente al policía que por favor le facilitara el teléfono para hablar con don Federico Fox. El cabo, sin levantar la cabeza de sus escritos, le dijo que estaba prohibido prestar el teléfono al público: esto no era ni un teatro, ni un hotel. Si quería llamar a su amigo —; este cretino ni siquiera había oído nombrar a Federico Fox, cuyo nombre ocupaba los titulares de todos los periódicos! —, que lo hiciera desde otra parte. Cuando Mañungo volvió a tomar asiento, el policía le dijo:

—En la botillería de la esquina a veces prestan el teléfono.

Mañungo contestó:

—Está cerrada. Es la hora del almuerzo. ¿No van a terminar nunca?

—No sé.

No podía dejar solo a Lopito ni por un minuto en estas circunstancias. Era como un niño desvalido. Siempre lo fue, con la efervescencia de sus entusiasmos que ardían de repente en una llamada que los agotaba, dejando sólo su fragilidad tiritando en la intemperie de todas las cosas. ¿En qué cosas se iba a meter el imbécil si lo dejaba solo? ¿Hasta dónde era capaz de llevar el triste incidente que había iniciado? Era preciso cuidarlo. Como lo cuidaba su hija, que ella, sí, sabía cuidarse sola. Como lo cuidaban los mozos de café,

hartos de verlo emborracharse. Como lo cuidaban sus amigos, él, Judit, Judit, que no era más que una buena amiga de Lopito. En todo caso, era este maldito suceso lo que se interponía entre la solución de su problema con Judit y su propio futuro. ¿Qué hacer...? ¿No debía estar con ella en una cama, enrollado en sus largos brazos pulidos, quizás demasiado largos, haciendo planes para el futuro que debía comenzar mañana mismo, con el viaje a Chiloé? ¿Qué hacía aquí, en este pasillo destemplado pese al calor de afuera, tenebroso pese al sol, por culpa del imbécil de Lopito?

Hacia media hora que esperaba sentado en su banco de palo cuando se abrió otra puerta —no aquella tras la cual se desarrollaba el imaginario interrogatorio—, y salieron tres policías conduciendo al detenido, esposado y sin camisa y tiritando como si tuviera frío, seguidos de un oficial y de un hombre anciano de ojos revenidos y vestimenta desaseada. Pero no fueron ellos los que captaron la atención de Mañungo, sino lo repulsivamente blando y blanco del cuerpo casi infantil de su amigo en comparación con su rostro oscuro, y no pudo contener su rechazo al verlo no blanco, sino decolorado: un cuerpo poco atendido, no amado, no respetado, un pobre cuerpo abandonado como una piltrafa a la muerte, por molicie o por odio o por pereza, un cuerpo por el que se siente rencor porque no ha procurado los deslumbramientos que su dueño soñó. Si él, Mañungo, amaba algo, era a su propio cuerpo, porque en contraste con el de Lopito era lo único que le había procurado placer. Al verlos acercarse por el recodo del pasadizo se puso de pie. Lopito no lo miró. O más bien no lo vio, como si sus ojos fueran incapaces de fijarse en nada que sugiriera una salvación. Condenado. Se sabía condenado, pese a no estarlo. Condenado sólo porque siempre lo estuvo. Pero al pasar junto a Mañungo, sin mirarlo, Lopito se detuvo.

—¡Lopito!

No contestó ni miró.

—¿Adónde lo llevan?

—Está detenido.

—Ya sé. ¿Pero adónde lo llevan?

—A trabajar. Ya, vamos.

Lopito no se movió. Sus facciones parecían confundidas, coloradas, como albóndigas crudas revueltas en un plato. Un velo final cubría su mirada, y un resuello terrible surgía de su pecho estrachísimo.

—¿Cómo te sientes?

Lopito le contestó con un quejido en que Mañungo creyó detectar la palabra “mal”, y les dijo a los integrantes del piquete:

—¿Ven que no se siente bien?

El carcamal del terno raído y los ojos difusos, despejando con un dedo gris una gota de resina de sus ojos saltones, dijo:

—Si no tiene nada.

—Estaba tomando unos remedios —alegó Mañungo.

—¿Dónde están?

—¿Dónde dejaste tus remedios, Lopito?

—La Moira me los botó —pareció pronunciar el interpelado.

Luego, alzando sus manos esposadas, como para protegerse, las posó ligeramente sobre su esternón agudo, que precariamente sostenía la carpa de su pecho a punto de hundirse:

—¿Ve? —dijo el anciano.

—¿Ve qué?

—¿Ve que no tiene remedios y si no tiene remedios quiere decir que no le pasa nada? Le acabo de tomar la presión. Un poco alta, pero nada más. La mía es mucho peor y de lo más bien que me

levanto temprano en la mañana para salir a trabajar.

—Ya, vamos —dijo el capitán a Lopito, que no se movió—.  
Vamos, te digo...

Y le dio un empujón, que puso la descuajaringada fragilidad de Lopito en lentísimo movimiento.

—¡No lo trate así! —gritó Mañungo.

El viejo de los ojos gomosos le advirtió amenazante:

—Mire, joven, yo soy el médico aquí. Yo soy el que digo qué le pasa a la gente. Tengo cincuenta años de práctica, así es que sé lo suficiente como para darme cuenta que este detenido no tiene nada, nada más que pura mierda adentro, mierda con que lo llenaron los marxistas. No es la primera vez que me toca tratar a uno de estos. Ya; retírese.

—¿Pero que no ve que apenas se puede mover? ¿Y esa disnea? Se puede morir...

—Si se muere, se muere; mala cueva. Nosotros no podemos hacer nada.

Empujaron a Lopito otra vez y poco a poco todos se fueron movilizándolo por el pasillo. Por el otro extremo entraron trotando los cuatro muchachos vestidos de *shorts* fluorescentes, uno de ellos con la pelota debajo del brazo: ¡ése era, ése era, que lo reconociera el muchacho del acné, ahora que tan desesperadamente lo necesitaba para que diera testimonio de su eminencia, y así poder exigir otro trato para Lopito! El muchacho no lo miró. Se acercó, en cambio, al oficial, y saludando marcialmente le dijo:

—Mi capitán.

—Diga.

—Está dispareja la cancha y llena de bostas, con los caballos de esta mañana, donde la usaron de picadero.

—¿No pueden entrenarse?

—No, mi capitán. ¿Podemos...?

—No, no: ustedes están de franco. Pero nosotros, que no tenemos nada que hacer, para allá vamos ahora mismo —dijo, dándole otro empujoncito al detenido.

Esta, entonces, es la tortura, se dijo Mañungo, y yo soy testigo de ella y no puedo hacer nada, que es otra forma de tortura: el cumplimiento del horroroso rumor, de los espantosos relatos de los exiliados que repitiéndolos en las mesas de café de países remotos construían un séquito de fantasmas tan feroces que poblaban todos los rincones del recuerdo y el vaticinio: torturas, vejaciones, chantaje, dolor, grillos, esposas, celdas, electricidad, palizas..., perros. A través de los muros de la comisaría Mañungo oía ladridos como los de anoche, y gritos... ¡Boris! ¡Zar! ¿Cómo sería besar las llagas que la picana u otros instrumentos desconocidos dejaron en el interior de los muslos de Judit? ¿Qué sabor acre o dulce, qué textura novedosa tendría esa tierna carne martirizada, para su lengua y sus labios? Y todo él, en ese breve instante, amó, por lo menos, ese fragmento de Judit que eran sus probables llagas, completando su amor de antes con un amor como el de la Lopita, y el amor por su amigo conducido al oprobio. En una celda oscura le sellarían los ojos y la boca por haber cometido el simple acto subversivo de tratar de defender a su hija —y más, lo sabía, y peor, mucho peor: pero él quería que fuera sólo esto—, y le cubrirían la cabeza con una denigrante capucha negra, que era como se hacían estas cosas según el decir de gente que estuvo comprometida. ¿Pero para qué torturar a Lopito? ¿Qué informaciones podía proporcionarles? Ninguna. Porque sin duda Lopito se desharía completamente, abyectamente, con el primer toque de la picana. No era valiente. Quizás fuera su

fuerza, como todas las cosas negativas, que en él se transformaban en peregrinajes luminosos a otras regiones del entendimiento. Sin embargo, al tener conciencia de esto —de su facultad de llorar y pedir perdón y retractarse e incluso, bajo presión, de delatar, aunque fuera horrible pensarlo—, por primera vez desde su regreso Mañungo pudo sentir respeto por él, por esta capacidad suya se deshacerse. Iba a ceder al primer embate. Sin vergüenza, se anegaría en lágrimas de terror, un ser innoble porque el terror y la derrota carecen de estética.

Lo vio desaparecer al final del pasillo rodeado de sus sigilosos torturadores disfrazados de basquetbolistas, y del médico y del capitán con su piquete. No podía dejarlos seguir adelante con su macabro plan; esto era el peligro, el caso extremo del que le habló Judit para que llamara a Federico Fox y le pidiera ayuda. Salió corriendo en busca de un teléfono porque de pronto le pareció la cosa más intolerable del mundo que Lopito se revolcara de dolor delante de unos basquetbolistas.

### 38

En las ilustraciones de comienzos del siglo pasado que muestran el valle de Santiago del Nuevo Extremo, se ve una geografía de cerros calvos, de pobres palmeras autóctonas aisladas dentro de su propia sombra en un poblacho de teja, patio y barro, y bastan los grises del grabado en acero para sugerir el rigor de los tierraes bajo el solazo bravo y el cielo azul. Queda muy poco de aquella ciudad en la de hoy, incluso poco del paisaje que entonces la rodeaba, disfrazado ahora por la exuberancia de especies europeas aclimatadas: la topografía de aquellas ilustraciones parece pulida y pelada sin el hala-

go de sauces, álamos y viñedos, pura estructura ósea bajo una película de tierra en la que poco medra, los cerros cónicos como parte del espacio que es como una prefiguración del gran abandono desértico. Es que hacia el norte de la capital, que de hecho mira en dirección del lejano desierto, sobre la chatura cuadriculada de las casas sobrevivientes de los terremotos entre los descalabrados edificios de cemento, parece asentarse algo como un antiguo polvillo levantado por las patas del rebaño que la nostalgia de los viejos evoca al ligar esta zona con sus memorias del agro. Incluso los cerros lunares de Lampa, Batuco, Colina y Quilicura, que se avistan en la distancia sobre los techos de teja, conservan la geometría estricta de las formas mondas y lirondas del paisaje que vieron los ojos de los tatarabuelos enterrados en los grandes cementerios del barrio; ha cambiado todo y, sin embargo, todo permanece agobiadoramente igual en esta zona inerte que se arruina a espaldas del cerro San Cristóbal, y el urbanismo se concreta en cuadriláteros de derruidas iglesias con claustros de adobe, de hospitales, colegios y manicomios, y de conventos de monjitas que bordan sábanas para novias que ya no las manchan. Los márgenes de la zona se pierden desdibujados por el descuido y la miseria, y las zarzas se enredan más allá de las nuevas unidades habitacionales, en los lomajes agostados por el sol, donde círculos negros bajo los espinos congregan a las bestias durante la canícula.

Esta vieja ciudad quebrantada y con vocación nortina pertenece a un país infértil, gris de polvo en contraste con el país de lluvia, pastos y lagos que Mañungo recordaba hacia el sur. Pero emocionaba con su adustez a Judit, que al atardecer, con frecuencia solía salir a caminar por esas calles dejadas de la mano de Dios; el reverso de la coquetería de Bellavista pese a ser urbanísticamente su consecuencia, reverso porque ningún Neruda las había "visto", y la moda no las



había tocado, trayendo la necesidad de plantear esta zona como acreedora de los mimos de los ediles, que la tenían abandonada. Después de sus largos paseos solitarios, ya casi de noche, de regreso a su casa si no se dejaba caer donde Ada Luz, Judit hojeaba un álbum de grabados de Rugendas, por ejemplo, pensando que quizás, cuando “fuera grande”, como decía Fausta, y dadas circunstancias históricas distintas, sería un bonito trabajo publicar un libro de fotografías/ilustraciones comparando estos sitios, entonces y ahora, buscando las huellas que ajaron o ennoblecieron un mismo paisaje, cada vez más irreconocible. . . , hasta que un genio lo dotara de su rostro eterno. Pero eso era imposible. No había tiempo, ahora. El apremio era demasiado mayúsculo, la urgencia, el acoso hacían correr. . . , fuera de que un trabajo tan gratuitamente placentero como el de compilar este libro, por serlo, a Judit no le serviría para descargar sus culpas. Con los dedos agarrotados en el alambre, las ansiosas narices pegadas a sus rombos, esperando ver a Lopito o a Mañungo moviéndose en la parte de atrás de la comisaría, divisaban desde la ladera el contorno de cerros pelados que rodeaba a la ciudad de cuadriláteros y tejas, y a veces el refugio verde de una higuera incontrolable. A sus espaldas se iba empinando poco a poco la ladera de secano y abrojos hasta conducir, mucho más arriba, pasados los bosques, a la Virgen monumental que con el amplio gesto irónico de su manto, seguía bendiciendo la ciudad a pesar de que ahora la sabía condenada.

Pero su bendición no era para este sector de la ciudad, al que le daba la espalda. A través del alambrado, desconsoladamente, Judit y don César, entre cicutas e hinojos, escudriñaban la comisaría: el fragmento de una modesta quinta decimonónica con su patio posterior en forma de U y galería de vidrios, techo de calamina y un frontón de madera descascarada disimulándolo. Modesta casa clásica con un

horizonte moral distinto a los palacetes del centro, de las que a Judit le gustaría utilizar para su putativo libro, casas que hacían suponer gallitos de la pasión picoteando en el solazo del tierral, y a la vera de los membrillos se desteñían los desvencijados sillones de mimbre con cojines tejidos por una hermana inválida. Reducida y transformada ahora, marcializada, pintada por la policía, quedaba sólo parte de la U de la estructura original abierta hacia atrás, hacia el secarral que antes debió formar parte de la exigua quinta, trecho donde habían levantado un aro de básquetbol.

Todo tranquilo, pensó Judit. Aquí no ha pasado nada, ni pasará, porque pese a las enigmáticas piedras que los policías incomprendiblemente pintan de blanco, prevalecían los amables espectros de los habitantes pretéritos de este lugar de esparcimiento de una familia que no figuró en los anales. Cuando partiera a París con Mañungo, mañana, ni siquiera les avisaría a sus hermanas: desaparecería. Su nicho en el mausoleo gótico, tras la ventana de rosa, no lo ocuparía nadie porque ése fue desde siempre el destino de ese espacio insignificante al que la quisieron reducir. Amar a Mañungo. ¿Por qué no? Lo difícil era la palabra: querer, sí; amar, no; problema de semántica. Huir del recuerdo de ese espasmo de placer, algo puramente fisiológico como orinar o defecar, pero placer a pesar de todo: en la celda, la mano tímida perteneciente a un ser brutal le tocó la rodilla, y desde las otras celdas las mujeres gritaban, y ladraron los perros de hocicos ensangrentados. Las risas de los hombres eran lo más brutal de todo. Ese hombre la había seguido hasta el cementerio. Ella, anoche, no había podido disparar. Mañungo: huir de sus compañeras, que cualquier día descubrirían el secreto de su mentira y con la dureza de heroínas clásicas serían capaces de despacharla. Mañungo se la llevaría. Mañungo, que iba a

salvar a Lopito; al que también, tal vez, podría llevarse lejos de todo este horror. Pero no. Ella sola y él solo. Sin testigos a quienes dar cuenta de sus pequeñeces.

—Estoy cansada —dijo.

—Esperemos.

—¿Qué?

—Que pase algo.

Ya habían intercambiado este mismo diálogo, agarrados de la misma reja, escudriñando la misma cancha de básquetbol, dos veces antes. Que pase algo. ¿Cuánto hacía que lo esperaban? A medida que avanzaban los minutos, y el sudor convertía el cabello rubio de Judit en una melaza pegoteada, iba acumulándose en ellos una necesidad de violencia, violencia de cualquier índole, hasta la más humilde e inmediata, derribar el cerco, gritar insultos, prenderle fuego a los matorrales del cerro. Don César decía que necesitaba su ayuda, pese a que ahora, a la hora nona, se había declarado contra todo extremismo armado. Pero ¿y anoche...? Que le explicara lo de anoche. ¿No fue un intento de violencia ese balazo al aire? ¿Cómo podía justificarlo? ¡Tantos estaban al borde de emprender la gran embestida, sin dirección ni estructura! Estaban haciendo un trabajo en un garaje muy discreto en La Reina. Ella y Lopito, en sus tiempos de universitarios, habían fabricado bombas caseras: el Frente Manuel Rodríguez tenía bombas potentes, pero aliarse con ellos sería someterse a una jerarquía que era necesario rechazar. Preparar bombas, nada más, para ponerlas a tontas y a locas y amedrentar a la policía, al régimen, a la población; era necesario hacer por lo menos eso porque la situación estaba insostenible y una de estas noches los mansos cartoneros ya no llevarían cartones en sus carricoches, sino que penetrarían al resguardo de la oscuridad en los barrios privilegiados

cargando artefactos mortíferos bajo sus papeles, y gente escondida en ellos, dispuesta a todo, que atacaría porque ya no se podía más. Lo de Lopito no había sido una estupidez, puesto que dentro de la confusión de la conjura era lícita la torpeza de su desespero. Los buenos esfuerzos coordinados ya no llevaban a ninguna parte; era inútil trabajar con la esperanza de nada ahora —la simple esperanza de la sobrevivencia en paz, no sólo el trascendente sueño de la Lopita, era un absurdo—, y quedaba sólo la venganza, desestabilizar, hacerles insoportable la vida a estos hijos de puta, ya que ellos se la hacían insoportable a ellos. Judit sintió odio por don César porque le planteaba la lógica del terror, y la necesidad de sumarse a seres con una mentalidad en que se conjugaban tan pocos elementos y se rechazaba todo lo demás: la responsabilidad, acción, injusticia, venganza, nada de sutilezas, nada de matices, nada de facetas, ausencia de humanidad, sin historia personal que infaliblemente se reducía a casos como el de Lopito, que no supo qué hacer más que transformar el grito de dolor por su hija en una descarga de invectiva política.

—Mire —le dijo Judit a don César, como si él no hubiera estado mirando lo mismo que miraba ella durante todo el tiempo que hablaba el cuchepe, agarrado de la reja.

En el cuartel abrieron la puerta de la galería y salió un grupo de gente, entre ellos los cuatro muchachones de *shorts*, acompañando a Lopito esposado, que venía arrastrando los pies. Parecían estar burlándose de él porque sus risas eran enfáticas y hostiles, pero no podían estar seguros porque la escena se desarrollaba más bien lejos. Al pasar de la sombra de la casa al sol de la cancha, igual que en una película que se vela, los rostros se blanquearon de repente y quedaron todos iguales. Después de unos instantes, sin embargo, se establecieron otra vez las diferencias. Ese era Lopito. Le habían

quitado la camisa. Judit sufrió un escalofrío: cómo no reconocer, aun desde lejos, el grano enfermizamente fino de su piel decolorada, cómo olvidar la repugnancia compasiva del viejo contacto resbaladizo. Lo rodeaban, interrogándolo, zahiriéndolo, pero Lopito, como si le hubieran quebrado una vértebra cervical, no levantaba la cabeza ante las sátiras de que era objeto. Los policías le gritaban, lo zamarreaban, pero Judit y don César estaban desesperantemente lejos para oír qué decían, o percibir nada salvo la indignación del capitán ante quién sabe qué negativa de Lopito, mientras los muchachones de *shorts* fluorescentes se pusieron a entrenarse en la cancha sembrada de estiércol. El capitán hizo callar a todos los de su piquete, dirigiéndole una pregunta perentoria al detenido, que no contestó, y todos, salvo los basquetbolistas que se azuzaban en sus lances, se quedaron petrificados ante la brutalidad de la negativa de Lopito. Don César, agarrado con más y más fuerza al alambrado, los nudillos de sus manazas blancos de tensión, murmuró muy bajito:

—Le van a hacer algo.

—Judit tuvo miedo.

—¿Qué? —preguntó, también muy bajito.

Don César la miró sin contestar, volviendo al instante a escudriñar la escena. El capitán se dirigió a los integrantes del piquete con lo que sin duda era una orden, y obedeciéndole se metieron en una bodega mientras él mismo le quitaba las esposas a Lopito.

—¿Lo van a fusilar? —preguntó Judit.

—No.

—¿O a torturar?

—No torturan afuera.

Reaparecieron los tres uniformados arrastrando a duras penas un gran rodillo de cemento para apisonar el suelo. Los basquetbolistas

gritaban y saltaban felices porque uno había obtenido una victoria. El capitán les mandó que se retiraran de la cancha, lo que hicieron, dejando la pelota en las ramas de un membrillo para que no se escurriera por el declive. El capitán volvió a dar una orden. Le entregaron el rodillo a Lopito.

—¡No! —gritó con voz ahogada Judit.

E inmediatamente después, consternados y sin considerar las consecuencias, agarrados histéricamente de la reja, se pusieron a aullar a todo lo que daban sus pulmones:

—¡Salvajes! ¡Está enfermo! ¡Lopito! ¡Si no hizo nada!  
¡Lopito!

Pero la escena transcurría demasiado lejos y en el descampado se disolvían las palabras y la primera brisa de la tarde arrastró su indignación cerro arriba sin que nadie la registrara. Judit lloraba. A través de sus lágrimas, a través de las cicutas y del alambrado, vio a su amigo tratando de empujar y luego de remolcar el rodillo para apisonar la cancha: apenas lograba cimbrarlo. Los demás se refugiaron en el trapecio de sombra que la comisaría proyectaba en el tierral. Parecían reír, o por lo menos estar de ánimo festivo, estos funcionarios desapegados, tal vez contestando con chistes los insultos de Lopito de hacía media hora, a la salida del camposanto, que todavía les escocían: curado, extremista, le gritaban, animándolo como a una bestia de tiro. Pero no nombraban a la Lopita y su fealdad, eran demasiado insensibles para darse cuenta del significado de su minúscula figura y la habían olvidado aun como objeto de escarnio. ¡Que trabajara, eso sí, que trabajara en la cancha para dejarla planita, mientras ellos deliberaban para decidir qué iban a hacer con él por haberse deslenguado! Lopito, aturdido por todo lo que estaba pasando, inclinó sobre el rodillo su espalda brillante de sudor:

Judit tembló imaginando los ronquidos de su disnea acrecentados por el esfuerzo. Cuando de repente Lopito se detuvo, incorporándose para limpiar con el dorso de su mano las gotas de sudor que caían de su frente y seguramente cegándolo, Judit oyó que los espectadores se desgañitaban:

— ¡Ya! ¡Sigue, mierda!

— ¿Que no erai tan agallado?

— Estos cabros tienen que entrenarse.

— ¿Quién te mandó parar?

Al incorporarse con el gesto de secar el sudor de su frente con su muñeca, después de un breve sosiego, las piernas de Lopito cedieron, y plegándose lentamente mientras los espectadores incrédulos dejaron de hablar un segundo para mirarlo, cayó convertido en un montón. Los deportistas detuvieron su juego. Todos se abalanzaron sobre ese desecho, fulminados por la rabia o el temor, no para ver qué le sucedía, sino para desmentir su colapso y obligarlo a incorporarse. Pero no pudieron. El calor parecía haber disuelto definitivamente todos los ligamentos de sus extremidades. Uno de los espectadores sacó un imprevisto estetoscopio del bolsillo de su chaqueta descontrapesada, e inclinándose sobre su pecho, lo recorrió con el aparato.

— ¿Qué le pasó? —susurró Judit.

— ¿Por qué no le dan una pastilla?

— Las botó. Yo lo vi.

— Que le vayan a comprar.

Pero después de decirlo, don César se quedó mudo porque sabía que esos tratos eran cosa de otros tiempos. Los policías iban y venían del cuartel al lugar donde el cuerpo yacía al sol sin que nadie se decidiera a mover a ese incordio. Le daban agua, eso sí, que no podía

beber, palmaditas en la mano, le hablaban, le echaban aire con sus gorras, pero el tiempo para el aliento ya se había acabado. Después de un buen rato el médico hizo un signo negativo, inconfundible y definitivo con la cabeza.

—¿Agoniza? —preguntó Judit, falsamente esperanzada.

—No. Debe haberse muerto.

Judit soltó los dedos agarrotados de la reja y los brazos se le desmoronaron, y se dejó caer sentada entre los hinojos: quedó, se dio cuenta, de la misma altura que don César, todavía prendido a la reja, que también lloraba. No porque Lopito fuera su amigo, sino porque encarnaba el dolor general por la impotencia de todos ante esta y mil situaciones. Judit abrazó al cuchepo para que llorara con ella, porque ahora ya no quedaba nada en la cancha de básquetbol salvo el rodillo de cemento en un costado, y en la esquina de más allá, la pelota, como un fruto único, maravilloso y vacío, luciéndose en el membrillo de hojas plateadas. Judit lloraba, diciéndole a don César que debió haber ido a llamar por teléfono a Freddy Fox, capaz de arreglarlo todo, incluso, en este caso, la muerte. Pero todo fue demasiado imprevisto para actuar. Porque ¿a quién se le podía pasar por la cabeza que Lopito iba a morir? A nadie. Que no llorara, la consoló él, no era culpa suya; ella no tenía el privilegio de la omnipotencia, y de que todo fuera culpa suya. Que no llorara, le decía ella, porque Lopito, como toda la gente que sueña, y que lega sus sueños como él le legó a su hija su imposible sueño de gracia, está condenada, y no era culpa de ella que hubiera muerto. Judit, en todo caso, después de limpiarse someramente las lágrimas, dijo que mejor ir a buscar a Freddy Fox. Don César se opuso. ¿Para qué, ahora que Lopito estaba muerto? Ahora, lo que se imponía era el desquite, esconderse para que desde la noche de los barrios pudieran vengarse de es-



tos forajidos. Porque esto, en buenas cuentas, había sido un asesinato: el médico, entre los funcionarios del cuartel, se tenía que haber dado cuenta de que el estado físico de Lopito, además de su borrachera, era lamentable. ¿Hicieron lo que hicieron con él, entonces, de puro brutos, por pura crueldad impensante, para divertirse como los niños con los animales? En el boquete de silencio que la muerte había abierto, Judit oyó rodar los buses por la avenida a lo lejos y las campanadas de la Recoleta Dominicana, y de La Estampa, donde de chica su vieja nana la llevaba a venerar a fray Andresito a escondidas, porque era un culto plebeyo que su madre no hubiera aprobado.

—Vamos —dijo Judit ya de pie, con la cara embarrada de lágrimas y tierra.

—¿Adónde?

—A hablar con los pacos —respondió, echándose a correr mientras don César, encaramándose en su patín no sin cierto deleite ante la perspectiva del vértigo del declive, como un niño macabro, la siguió hecho un celaje ladera abajo, sujetándose el calañés para que no se le volara, y en seguida la sobrepasó, frenando expertamente en la bocacalle final.

Encontraron a Mañungo, que regresaba corriendo de la botillería. Le hicieron señas para que se escondiera con ellos en la calle lateral y los de la guardia no los vieran juntos. Judit se le echó a los brazos llorando: le contó la escena que acababan de presenciar en la cancha de básquetbol mientras los deportistas ejercitaban sus musculaturas. Mañungo no sabía del accidente. Al oírlo, no se deshizo, se endureció ante el contrasentido del asunto, y duro y huraño se desprendió de Judit diciendo que no era el momento para sollozos, si aún ni estaban seguros de qué ocurrió, ni siquiera si Lopito estaba

muerto o sólo había sufrido un desvanecimiento. Que se calmara un poco. Pero don César, que sabía más, sin decir una palabra, movió su cabeza de un lado para otro, veredicto que Mañungo no aceptó. Desprendiéndose de Judit, que se había agarrado a él con todo su cuerpo, le dio un sacudón brutal y corrió a la comisaría. Adentro, jadeando de calor y furia, preguntó otra vez por don Juan López y el cabo de nuevo le respondió que esperara. Mañungo volvió a insistir, hosco, áspero esta vez. El cabo le explicó con la mayor gentileza que el capitán ya estaba a punto de salir y lo atendería en seguida.

—¿Cuánto voy a tener que esperar?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Bueno, depende del trabajo que tenga mi capitán.

—¿Y si está muerto?

—¿Quién está muerto?

—Mi amigo, don Juan López.

—Aquí no hay ningún muerto, le digo.

—Dígale a su capitán que Mañungo Vera desea hablar con él.

El policía alzó la mirada y la volvió a bajar: sabía, entonces. Era una conjura. Lopito estaba muerto. El cabo le dijo:

—Espere ahí, por favor.

Mañungo se sentó otra vez en el mismo banco del pasillo donde estuvo antes de ir a telefonar a Freddy Fox en nombre de Judit. Esperaba quién sabe qué, y para qué: que saliera el oficial, era de suponer, o que le mostraran a Lopito, o que alguien explicara algo, o que llegara Freddy Fox, que después de decirle por teléfono que se sentía muy halagado de hablar con una persona como él le aseguró que dentro de un cuarto de hora, de veinte minutos a lo sumo, estaría allí. Podía telefonar una orden, es cierto, pero nada era tan

seguro como la presencia imponente de un personero como él. Además, él se hacía una fiesta de conocerlo personalmente porque lo admiraba mucho. Detrás de las puertas que daban al pasillo se oían exactamente las mismas voces que antes de la muerte de Lopito, como si éste estuviera departiendo amenamente con los oficiales. Ahora, eso sí, un poco más quedas esas mismas voces, y Mañungo sintió un escalofrío ante esta mínima alteración del tono. ¿Lopito muerto? No podía ser. No era verdad. Era un error histérico de Judit, una malevolencia de don César. ¿Lopito, el de *Ich grolle nich*, el de la bata de viyela, se había desbarrancado en una de las locuras de la *Kreislarian*, ya sin poder —¿o sin querer? — salvarse? Porque todo este asunto no había sido tan distinto, al fin y al cabo, a amarrarse un velador al cuello y lanzarse al Rin. En todo caso era la raya final, la de la suma. O la de la resta, más bien: el destino del discolo Lopito cumplido abyectamente, como debía cumplirse, tal vez como debía cumplirse el suyo, y el de Judit, y el de todos, simplemente porque un buen día ya resultaba imposible seguir soportando las cosas y uno gritaba un poco más de lo prudente. El corazón de Mañungo sintió el mordisco de la pena al darse cuenta de que él no quería seguir viviendo ni un momento más en un país capaz de matar al imbécil de Lopito. Nada significaba nada, ni París y caminar en la noche bajo las sacras ventanas de Sartre rumbo al Sena con la mano de Judit en su mano, ni una visita a la lápida de Cortázar en el cementerio de Montparnasse, piedad a la que se sentía con derecho porque una vez lo conoció, y se rieron, hermanos, porque ambos eran más altos y desgarbados que todos los asistentes al concierto, y con la barba más negra y con los pelos más largos. Aprovechando una breve ausencia del cabo, Mañungo se encaminó a la puerta que tapiaba las voces. La abrió. El médico de mirada aviesa, en mangas de

camisa y sentado a medias en la camilla, fumaba bajo un letrero que decía SE PROHIBE FUMAR, charlando con el capitán en voz baja, como si conspiraran sobre asuntos galantes. Se pusieron de pie al verlo entrar.

—¿Que hace aquí?

—¿Quién le dejó entrar?

—Quiero saber qué le pasó a don Juan López.

—Más respeto, señor.

—¿Y ustedes, a quién respetan?

—¿Quién es usted para interrogarme?

—Mañungo Vera.

—¿Y quién es Mañungo Vera?

¿Cómo contestarle, simplemente *soy yo*? ¡Qué diablos! Que le fuera a preguntar a sus subalternos más jóvenes, a los que jugaban básquetbol, a ese que lo había reconocido al instante a la entrada del camposanto por Recoleta: este capitán, y este sórdido mediquillo de párpados colorados y temblorosos dedos plomizos en las coyunturas, y un traje al que el tiempo le había dado un color canela, estos funcionarios eran demasiado viejos para reconocerlo con el entusiasmo debido, porque pertenecían a una generación que a él lo ignoraba. ¡Que el famoso capitancito de bigote recortado y blancas manos de señorita esperara la llegada de don Federico Fox, para que él, entonces, desde su altura, le identificara a Mañungo Vera! El oficial aprovechó la perplejidad pasajera de Mañungo ante el hecho insólito de que todos se negaran perversamente a reconocerlo:

—Por favor, retírese.

—No me voy a retirar hasta que me digan qué le hicieron a Lopito.

—¿Por qué le vamos a haber hecho algo nosotros?

—Lo mataron.

—Retírese si no quiere que llame a la guardia.

—¡Andate a la mierda, paco desgraciado! —aulló Mañungo—.  
¡Mataste a Lopito y quién sabe a cuántos más!

El médico había abierto la puerta y estaba llamando a la guardia. Aparecieron tres uniformados que se apoderaron de Mañungo, que les gritaba:

—¡Asesinos! ¡Criminales! ¡El médico no quiso darle remedios a Lopito! ¡Esta me la pagan!

El capitán se rió y después se puso muy serio:

—Esas son acusaciones graves. Capaz que el que vaya a pagarlas sea usted.

—¿Les parece poco grave lo que acaban de hacer?

—Nosotros no somos culpables si a este señor López le dio un ataque aquí en la comisaría.

—Claro: reventó porque ustedes le obligaron a hacer fuerzas y estaba enfermo.

—¡Enfermo! ¡Así le dicen, cuando son intelectuales! ¡Borracho, eso es lo que estaba! Bueno, yo no estoy aquí para darle explicaciones a nadie. Ya escribí el certificado.

—Llévenselo. Tómenle los datos y mientras espera el parte oficial que le informará sobre su compinche, enciérrenlo en el calabozo número dos —mandó el capitán.

Hacia diez minutos que Mañungo estaba encerrado cuando Judit, que ya no pudo tolerar la espera, se arriesgó a ir a informarse en la comisaría pese a los ruegos de don César de que no lo hiciera. Los policías le respondieron que por desgracia el señor López estaba incomunicado por el momento. Nadie podía hablar con él. Y el capitán estaba en un interrogatorio, de modo que no podía atenderla. Judit

preguntó:

—¿A quién están interrogando?

—A un señor Vera.

—¿Y usted no sabe quién es Mañungo Vera?

—Mañungo Vera debe haber muchos.

—¿Y Juan López?

—También.

—¿Cómo está Juan López?

El cabo no le contestó. Y sin atreverse a revelar su identidad posiblemente incriminada, Judit salió de la comisaría dando un portazo, para ir a reunirse en la bocacalle con don César. Cuando oyó que a Mañungo lo tenían preso, don César dijo:

—Pero Ju. . .

—¿Qué?

—Hay que avisar.

—¿A quién?

—A los diarios, a la televisión, a las revistas. La noticia de que tienen preso a Mañungo Vera va a circular por el mundo entero en un cuarto de hora, y esto se va a llenar de periodistas, y la propaganda anti-régimen a nivel mundial puede ser tremenda.

¿Era preciso utilizarlo todo, entonces? ¿No permitir que ni una gota de dolor se escurriera? ¿Era necesario metabolizar en la forma más útil, y por quien primero se avisara, los pobres restos de Matilde, la muerte de Lopito, el sueño destrozado de la Lopita, el dolor de Mañungo por su amigo, y por Judit, cuyo sueño, a raíz de todo esto, aparecía ahora como algo tan imposible como cualquier sueño en este país? ¿A qué podía conducir el encarcelamiento de Mañungo si ella no se adelantaba a las hienas? Sin pensarlo más, Judit corrió a la botillería para hablar por teléfono: en diez minutos a-

parecieron periodistas ávidos de primicias, tomándoles declaraciones al capitán atrapado en esta coyuntura en que no supo qué hacer ni qué decir, y al cabo ufano de la notoriedad, voces y más voces exigiendo que Mañungo hiciera declaraciones, que contara su versión de los hechos que iba a ser, sin duda, la versión que todo el mundo creería porque Mañungo Vera era Mañungo Vera, y tenía una pastosa voz de barítono y una sonrisa de conejo y unos anteojitos de ribete de oro que habían lanzado una moda.

Pero por desgracia, insistió el oficial, Mañungo Vera quedó incomunicado hasta que llegaran órdenes superiores. Nadie desde fuera de la jerarquía era capaz de alterar ese veredicto. Cuando por fin llegó Freddy Fox sudando y relamiéndose de festines pasados o futuros, y Judit y don César acudieron a interceptar su entrada en la comisaría, Freddy rió, diciéndoles que lo siguieran sin miedo, él haría soltar a Mañungo Vera; que dijera lo que se le antojara decir. La noticia ya se había dado con carácter de urgente en todas las radios y los corresponsales extranjeros establecidos en Chile en espera de que “suciediera algo”, se hallaban reunidos en el pasillo, antes desierto, con libretas de apuntes y reflectores y un nidal de cables, esperaban que soltaran a la estrella cuyo misterioso regreso al país de incógnito después de doce años constituía en sí una noticia de primera plana, y para qué decir nada de su encarcelamiento por la policía del régimen en la comisaría de un barrio de mala muerte. En el pasillo, Freddy se enfrentó con el oficial en medio de la batahola de curiosos del barrio por donde se había corrido la voz del extraordinario acontecimiento, y de la multitud de reporteros, y allí mismo, ante todos, increpó al oficial, que era un patán desinformado, un ignorante por haber puesto su mano encima de una figura pública que era esencialmente apolítica —sobre todo era conveniente conservarla así, apolítica, ya

que estos artistas no eran de confiar—, aunque los hubiera llamado asesinos.

El capitán, huraño después de lo verboso que estuvo antes de la llegada del imprevisto “personero”, se encerró con él en la enfermería para explicarle en detalle el caso de Juan López y su hija: una tontera, en suma, que no por culpa suya había terminado mal. Invitó al ilustre visitante a pasar a la cuadra donde de noche dormían los uniformados, pero antes de entrar, Freddy le rogó que tuviera la bondad de llamar a Judit para que los acompañara — “es una prima mía que tuvo la gentileza de venir conmigo; creo que conocía al extinto...” —, y al entrar, ella dejó que su primo la besara en la frente. Dentro de la cuadra, el oficial levantó la esquina de una de las frazadas verde-oliva que cubrían todos los camastros, y el perfil de Lopito, en la penumbra, sus facciones ordenadas por la discreta mano de la muerte, cortaron la respiración de Judit con la tremenda sorpresa de lo esperado. Sin embargo, no se permitió llorar. Ya había llorado demasiado. Y se preparaba para llorar aún más cuando terminaran de interrogarla, llorar no sólo por el dolor de Lopito, sino porque se vio perdida, sin saber qué sería de ella ni quién sería, cuál su rostro y cuál su corazón cuanto todo esto cambiara, y entonces odiar no fuera la única forma de existencia. ¿Cómo se llamaba la mujer de Lopito? ¿Dónde vivía? ¿Dónde trabajaba? Esas preguntas que le dirigían Freddy y el oficial y que debía responder, no eran más que una cesura en el ritmo implacable del dolor, datos para completar los sórdidos trámites de cualquier muerte. ¿Cómo se llamaba la modestísima escuela donde la Flora enseñaba trabajos manuales, y cuyo nombre, por vergüenza, Lopito le ocultaba a casi todo el mundo? Pero contemplando ese rostro rejuvenecido bajo la esquina de la frazada que la mano del capitán mantenía alzada, Judit supo que



porque ella —y Lopito— se definían sólo gracias al odio, la vida les dolía insoportablemente por esta triste mutilación a que los había sometido este momento de la historia. Los labios de Lopito se movieron al susurrarle: no te vayas con Mañungo a París para extirpar tu odio porque entonces dejarás de existir, no se puede escapar, ése es sólo un sueño desgarradoramente sentimental perteneciente a un mundo que para nosotros no existe. La concordia no es más que una abstracción bonachona ante tanta sangre y tanta muerte, y con una especie de hambre Judit recordó los viejos tiempos del peligro diario y de la clandestinidad que fugazmente la había dotado de una forma. Entonces, el oficial dejó caer la frazada sobre el rostro de Lopito, y Judit se desmoronó en los brazos de Freddy.

Salieron de la cuadra, Judit sostenida por su primo. En la oficina del capitán, Freddy marcó el número del teléfono privado del ministro. Después de unas palabras de entendimiento que dejaron en claro que el destino del asunto Juan López había sido decidido antes de la llegada de Freddy a la comisaría, el “personajero” le pasó el fono al capitán: él lo alejó un poco de su oído al escuchar los gritos del ministro exigiendo que se pusiera en libertad inmediata a Mañungo Vera, y que con el otro asunto no lo molestaran, no tenía tiempo para estupideces.

Cuando Mañungo, unos minutos después, salió de su calabozo, los periodistas lo asaltaron, preguntándole cuántas horas estuvo detenido, y por qué en una comisaría de Recoleta, y si su detención tenía algo que ver con el funeral de Matilde Neruda. No, les dijo, Estaba allí debido a la muerte de su amigo Juan López. Y les contó su vieja, familiar historia: la miseria, el alcoholismo, la infinidad de promesas que la vida no cumplió con él y él no cumplió con la vida, su comportamiento débil y díscolo a la vez, la defensa de su hija, y

una vez en la comisaría, el abuso del capitán al hacerlo pasar el rodillo a todo sol, estando tan evidentemente enfermo. Freddy lo escuchaba con una sonrisa de beatitud, explicándole a Judit al oído, que después bastaría un telefonazo para censurar todos estos despachos de prensa, alterándolos de modo que resultaran a favor de la autoridad, y si no, prohibiéndolos; para algo les pertenecían todos los órganos de prensa y la realidad podía tomar la forma que ellos eligieran. Los periodistas quisieron tomar fotos de Lopito junto a su mejor amigo, el cantante inclinado, tal vez, sobre su cadáver como para reconocerlo, pero Mañungo se negó.

—¿A qué volvió a Chile en estos momentos? —interrogaron a Mañungo los reporteros.

—A quedarme.

—Por cuánto tiempo?

—Para siempre.

—¿No declaró en la casa de Neruda, anoche, que su visita sería corta porque no entendía la situación de su país?

—Ahora la entiendo.

Lo pensó un instante y luego continuó:

—He cambiado mis planes. En todo caso, después de veinte horas en mi país puedo asegurarles que nunca he tenido nada tan claro como que me vengo a quedar.

—¿Para definir su acción política?

—Puede ser.

—¿Lucha armada?

—No, si no es para defender mi vida, o la de alguien. . .

—¿Canciones?

—Eso quisiera. Aunque quién sabe si las bombas no van a ser la única alternativa. Ellos tienen la culpa. ¿Porque qué se pudo hacer,

si nos fuerzan a la violencia quitándonos toda esperanza? No justifico las bombas. Pero las comprendo.

A nadie le interesaba Lopito porque el caso Juan López se había transformado en el caso tanto más interesante de Mañungo Vera. Los trámites en la policía fueron breves gracias a la intervención de Freddy, y Judit y Mañungo salieron abrazados a los pocos minutos. Un poco más allá se les unió don César y rodó un rato junto a ellos. En la canícula que iba cediendo, de las casas de la acera de enfrente se desplomaban anchas franjas de sombra. Mañungo dijo que le había prometido a su hijo ir a encontrarse con él en *Chile en miniatura*, donde tal vez estaría echándolo de menos.

—No me gusta que estés en un hotel —le dijo Judit—. Es demasiado fácil para esta gente vigilarte ahí. Es... bueno, casi como si no hubieras llegado, o como si...

—¿O como si no me fuera a quedar?

—Ven a instalarte en mi apartamento. Tu hijo puede dormir en la pieza donde durmió Lopito. No es tan lujoso como tu apartamento en París, pero...

—... pero en cambio tienes una bata de viyela azul...

—¿Qué tiene que ver eso?

—Vamos a buscar a Jean-Paul.

—¿Qué vas a decirle?

—Eso lo decidiré en el taxi.

En ese momento se dieron cuenta que don César los había abandonado, tal vez por discreción, tal vez porque se dio cuenta que de una manera o de otra el odio de esos dos en algún momento se podía sumar al suyo. Oyeron rodar su patín calle abajo, en la otra manzana. Judit tomó a Mañungo por la cintura y un poco más allá él enlazó la de ella.

—Pero no le mientas a Jean-Paul —le rogó Judit—. Por nada del mundo le digas que te quedas por amor a mí.

Mañungo se detuvo para mirarla, manchada de lágrimas y desgredada, a todo sol. Le contestó:

—Es que no me quedo por amor a ti. Eso lo sabes.

—¿Por qué te quedas, entonces?

—¿No viste lo que sucedió esta tarde?

—Sí.

—Entonces también lo sabes.

Mañungo hizo parar un taxi.

—¿Vamos? —invitó a Judit, abriendo la puerta.

Ella se cubrió la cara con las manos, sollozando por fin.

—¿Qué te pasa?

—Es que... es que... —balbuceó ella—. Es que ahora puedo enfrentarme con cualquier cosa... pero no con la Lopita...

Y salió huyendo a toda carrera.

### 39

Era un precioso país de juguete: los árboles y los lagos, las montañas nevadas de cartón piedra, la delicadeza de los edificios históricos reproducidos con hiperbólicos lujos inventados, los lentos canales envolventes, las playas doradas, la pampa, los muñequitos humanos y los animales indolentes que pastaban en campiñas que caían hasta caletas edénicas con lanchitas de colores varadas en la playa. Todo bonito y pintadito, en este país ideal: bonito, no bello, sin la semilla de lo terrible, lo cómico y lo trágico que le daría carácter, toda esta viñeta de lo perfecto, un ingenuo —o no tan ingenuo; más bien intencionado— canto a un supuesto aunque a todas

luces endeble progreso de la nación. LAN CHILE, PROVIDA, COPEC, AMBROSOLI, firmas distinguidas que en sus pancartas junto a los caminos de juguete atestiguaban su pujanza, su orden y su limpieza, y la incansable industria de sus ciudadanos libres viviendo en paz junto a volcanes nevados, bosques siempre verdes y lagos eternamente azules. Esta visión paradisíaca estaba recorrida por caminos transitados por el público maravillado de reconocer su retrato en este pequeño espejo mágico que les permitía preguntarse con emoción: ¿somos realmente así? y creerlo. Pero quizás si no fuera por los enrejados que separan los paisajes de miniatura de los visitantes de porte normal y de carne y hueso, éstos quizás lo destruirían, pisoteando sus prados y bosques o robándose, para llevarse un arbolito de juguete como recuerdo, hasta que no quedara ninguno, o destrozar por el simple y humano placer de hacer el mal.

La realidad del país completo, por cierto, no alcanzó a caber en el lote de terreno que los ediles asignaron para esta obra. Por eso, los imaginativos arquitectos se vieron obligados a desplegar su fantasía con bastante juicio, cortando y eliminando esto o aquello, abreviando distancias y alterando relaciones, y borrando definitivamente zonas completas que por su falta de interés o su monotonía o su pobreza o su dificultad para idealizarlas, era mejor dejar fuera del proyecto, como tenía que ser, porque en una miniatura no cabe todo ni se deben incluir cosas poco simpáticas.

Así, en el extremo sur de este largo y estrecho país, en la parte donde no existe una industrialización que financie la publicidad que significan las pequeñas construcciones y pancartas perfectamente reproducidas—¡ NO CORRA! ¡ AMBROSOLI HAY EN TODAS PARTES! —junto a las carreteras por donde circulan los autos que hacen el deleite de los niños, el país queda repentinamente tronchado

por una masa de hielo de cartón piedra, escamoteando toda una región al final del país, tanto que la Lopita y la Marilú se estaban riendo a gritos de Juan Pablo porque por mucho que el niño apesadumbrado buscara por los complicados meandros del camino para peatones, no podía encontrar a Chiloé, que no existía, o ellas lo habían convencido de que no existía, porque ellas sí que lo habían encontrado, escondido e insignificante al final de un retorcido caminito junto al agua, de cuya entrada una y otra vez lograron distraer a Jean-Paul. ¿Dónde, dónde quedaba Chiloé? ¿Era verdad que existía? ¿No lo había inventado su padre para subsanar el problema de no saber quién era ni de dónde, y mentirle que no era de París ni de Chile, sino de un sitio inexistente llamado Chiloé? La Lopita y Marilú, del brazo detrás de él y burlándose, seguían a Juan Pablo, que desesperado en los meandros del paseo ya no disfrutaba de nada, deletreando letrero tras letrero sin encontrar Chiloé, y con la sensación de que él, al contrario de la Marilú o la Lopita, que iban ufanas y desviviéndose por admirarlo todo para ver qué cara ponía Jean-Paul, no era de ninguna parte. Tenía sus ojos azules llenos de lágrimas que aún no caían y los labios balbuceantes, blandos y temblorosos.

Un poco más tarde, cuando Fausta y Celedonio anunciaron que ya se aproximaba la hora del final de la visita porque estaban cansados, los niños protestaron, y don Celedonio dijo que si se iban a quedar más, él buscaría un banco donde sentarse. Lo vieron alejarse, cabizbajo y cansino porque habían sucedido demasiadas cosas, cojeando con su bastón de empuñadura de oro, hasta quedarse santamente dormido un poco más lejos, bajo un pequeño sauce. Fausta, que por su parte se había separado de los niños que corrían a su aire, de pronto se detuvo al final de un sendero, y leyendo el cartel, comenzó a

llamarlos con sus brazos como aspas, para que acudieran sin tardanza a su entusiasta convocatoria. Los niños corrieron hasta ella, y allí, junto a los canales azules, en las dulces riberas verdes de una de las islas escondidas en las ensenadas, vieron el letrero: CHILOE: PALAFITOS. Eran extrañas construcciones de madera con frágiles patas de aves marineras metidas en las bajas mareas, y reflejadas en las mansas aguas del archipiélago que no era otro que el de *Chiloé*. Juan Pablo les sonrió triunfante a sus amigas, que quedaron encantadas con las pequeñas casitas, tan raras, tan distintas a todas las demás.

Fausta les enseñaba las islas a los niños, sobre todo a Jean-Paul, a quien tenía abrazado para que el calor de su cuerpo aliviara los resabios de su melancolía de apátrida, mientras la Lopita no se podía estar tranquila porque su alegría vital en perpetua renovación se lo impedía, y la Marilú tironeaba porque estaba comenzando a aburrirse.

—*Mais où est le gran bateau?*

—¿Qué buque?

—¿Que no ves que aquí no hay buque? —dijo la Lopita.

—*Le bateau magique dont mon père parlait.*

—Espera... espera; ya lo vas a ver, en cuanto oscurezca un poco y comience a espesar la neblina. ¡Por ahí! —exclamó Fausta, señalándole una isla de alta vegetación sobre la que graznaban pájaros y se reunía una nube plateada desde donde sopló el viento que agitaba las olas de los canales—. Mira con cuidado; hay que aprender a mirar con cuidado para aprender a distinguir el gris de un cielo de tormenta, del gris que es apenas como un halago; ser capaz de analizar matices es un ingrediente muy importante de la inteligencia. Mira más allá de la península rocosa donde brama el lobo de mar que hasta

aquí se aventuró; por ese lado va a venir el buque de arte. Espera que se junte más neblina y que el aire se llene de reflejos, preparándose para la noche o para la lluvia. Atiende: ¿no oyes muy lejos, como un quejido, la profunda campana de bronce, que tañe y tañe, y les advierte a los otros barcos enredados en los canales, que se aproxima el buque de arte, y que se aparten de su paso? Pon atención, Jean-Paul, que para conocer hay que fijarse en cada detalle y ver sus diferencias, y comprender cada noticia que traen los distintos vientos de otras partes. ¿No oyes la música? Dime qué son. Debías saberlo. ¿Guitarras o citaras o mandolinas? Oye, están tocando una zarabanda, que dicen que es el baile del diablo. ¿O será una habanera? ¡Ah, las habaneras lentas, lentas, que he bailado yo a bordo del buque de arte, y los aplausos de Pablo y Matilde y Celedonio y de los otros! Este buque de arte posee el don de las transformaciones: caleún, gente transformada. ¿No lo sabías? Nosotros, si nos atrevemos a embarcarnos cuando el buque llegue a este litoral con los primeros albores, nos vamos a poder transformar en lo que queramos, como tu padre se ha transformado. Pero si nos quedamos en tierra seremos siempre los mismos, prisioneros de esta miniatura de mentira porque las mentiras son siempre miniaturas. ¿Quieres que nos embarquemos? ¿Oyes el canto de los marineros, el vértigo de los rigodones, las risas y las mandolinas, el bronce de la campana que vibra en la niebla? Mira, mira, allá: por fin viene nuestro buque de arte... Mira cómo se agrandan los ojos de sus luces en la neblina, cómo canta su campana saturando el aire. ¿Y sabes por qué cantan? Porque quien se embarca en el buque de arte y se entrega a sus bailes y participa de su banquete, es transportado al sur, más allá de estos hielos de cartón piedra, a un microclima de árboles que dan pan y fruta y el aire es tibio y los pájaros tienen gorgueras de colores, y allí



se levanta una ciudad de oro que resplandece como el velamen del buque, y quien se atreve a embarcarse en el buque de arte vivirá para siempre, y no conocerá el insulto de la muerte.

Fausta pensó que debía escribir todo esto, repetido y oído tantas veces, pero que nadie sabía contar como se debe hacer. ¡Hacía tanto tiempo que no publicaba nada que quizás fuera el momento preciso para renovar su pasaje a bordo del buque de arte, para que no se olvidaran de su derecho a él! En todo caso lo consultaría con don Celedonio, pensaba, mientras seguía hilvanando esta leyenda para oídos ingenuos que tal vez no lo fueran tanto. . . , las canciones, las sirenas, los brujos benignos, los árboles medicinales, las clásicas intervenciones de los seres sobrenaturales, la gloria: en fin, la eternidad. Extáticos, los niños la escuchaban. E incluso otras personas que habían acudido a ver *Chile en miniatura* para participar de la fantasía de un país próspero, más inexistente que el país de esa extraña rapsoda de largos atuendos negros. Quedaron encantados escuchando a la escritora —pronto se divulgó que era una escritora extraordinariamente famosa, un poco bruja— que improvisaba para sus nietos. Sí, debían de ser sus nietos, murmuraban, la familia perfecta en el país perfecto. ¡Que miraran la ternura con que abrazaba al niño de pelo rubio quizás demasiado largo, con qué seguridad se afirmaba en sus gruesos muslos de matriarca la niñita fea vestida de color obispo, y el arrobo con que contemplaba a su abuela la niña un poco más grande, que indebidamente se había maquillado la cara! Muchos visitantes habían oído antes la leyenda del barco que surcaba los sombríos canales y se sumergía en ellos para resurgir renovado de las aguas, pero jamás tan bien contada, ni tan delicadamente expresada como por la voz un poco ronca de esta dama misteriosa de vestiduras mitológicas, que arrastrándolas, alzaba sus brazos cuaja-

dos de joyas bárbaras, como una aparición digna de tripular el barco de que hablaba.

Fausta estaba tan encantada con su propio relato, que tardó un instante en darse cuenta que los niños se desprendían de su caluroso regazo, y corrían, gritando de júbilo, hacia la entrada de *Chile en miniatura*. La Lopita trinaba alegremente a la cabeza:

—¡No corra, que *Ambrosoli* hay en todas partes!

Iba delante de los otros dos porque fue la primera en avistar lo que la arrancó primero a ella, y después a los otros, del ámbito de la leyenda. Pero en cuanto los vio correr, con mucha dificultad por sus sandalias de tacón alto y su gran volumen y los trapos que arrastraba, Fausta también corrió tras ellos para no perderlos de vista, sin comprender ni percibir, sin embargo, porque era muy corta de vista, aquello que había precipitado la carrera de los niños. Hasta que un poco más adelante se dio cuenta, cuando oyó a la Lopita, que con los brazos abiertos se precipitaba a toda carrera, chillando:

—¡Tío Mañungo! ¡Tío Mañungo!

Y detrás gritaba la Marilú:

—¡Tío! ¡Tío! ¡Ahora me toca a mí!

Y Jean-Paul, intentando desplazarlas, gritaba:

—*Papa, papa!* —contento de verlo regresar solo—. *Papa. Où étiez vous?*

Los tres niños se enredaron en las largas puestas de Mañungo. Pero a pesar de los requerimientos de su hijo, y que la Marilú le insistía, ahora me toca a mí, ahora me toca a mí y que sin duda ahora le tocaba a ella, fue a la Lopita a quien Mañungo levantó en sus brazos y la encaramó sobre sus hombros, desde donde la niña comenzó a saludar a toda la gente que pasaba mientras iba avanzando con ella en andas para encontrarse con Fausta, que al verlo venir con

el rostro tan dolorosamente cambiado por un brujo maligno, no tuvo necesidad de preguntarle qué había sucedido.

(José Donoso)

## JOSE DONOSO

José Donoso nació en Santiago de Chile en 1924, en el seno de una familia de médicos y abogados. Después de estudios secundarios desordenados debido a rebeldías y viajes, ingresó para terminar sus estudios en la Universidad de Chile y en Princeton. Ha sido profesor de literatura inglesa en la Universidad Católica de Chile, redactor de la revista *Ercilla* durante cuatro años y durante dos años, profesor en el Writers Workshop de la Universidad de Iowa. También ha enseñado en las Universidades de Princeton y Dartmouth. Ha obtenido dos veces la beca Guggenheim. Ha publicado el libro testimonial y ensayístico *Historia personal del "boom"* (1972), los volúmenes de novelas cortas *Tres novelitas burguesas* (1973) y *Cuatro para delfina* (1982) y las novelas *Coronación* (1958), *Este domingo* (1966), *El lugar sin límites* (1967), *El obscuro pájaro de la noche* (1970), *Casa de campo* (1978), que obtuvo el premio de la Crítica Española. En 1980 publicó *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*, en 1981, *El jardín de al lado*, y en 1996, *Las conjeturas sobre la memoria de mi tribu*.

## VOCABULARIO

- yuyo *m.* 无用草  
cutícula *f.* 表皮  
overo, ra *adj.* 桃红色的  
hotentote *m., f.* 南非黑人  
mesozoico, ca *adj.* 中生代的  
marsupia *f.* 有袋目  
maremoto *m.* 海啸  
fucsia *f.* 倒挂金钟属  
batracio *m.* 无尾两栖类  
pejerrey *m.* 银汉鱼  
jurel *m.* 竹策鱼  
ventisquero *m.* 刮暴风雨的  
地方  
mutante *m.* 易变的人  
chúcaro, ra *adj.* 野性的, 未  
驯服的  
albacea *m.* 遗嘱执行人  
paranoico, ca *m., f.* 妄想狂  
患者  
invectiva *f.* 痛骂  
angurrieto, ta *adj.* 贪婪的  
nihilismo *m.* 虚无主义  
exorcisar *vt.* 驱邪  
gambito *m.* 开局让棋法  
desasnar *vt.* 使有教养  
llapa *f.* 饶头  
greña *f.* 蓬头散发  
charretera *f.* 肩章  
aséptico, ca *adj.* 无毒的  
antídoto *m.* 解毒药  
calcáreo, a *adj.* 含石灰的  
atrabiliario, ria *adj.* 易怒的  
claudicación *f.* 不尽职  
etéreo, a *adj.* 天上的, 太空  
的  
sentimiento mechado de culpa  
深深的犯罪感  
esternón *m.* 胸骨  
mondo y lirondo 干干净净的  
sórdido, da *adj.* 下贱的, 下  
流的  
ribete *m.* 贴边

## NOTAS

1. *Tu est en retard . Tu m'as dit que tu vas rentrer bientôt .  
Papa , papa ! Rentrons chez nous , je ne veux pas être ici . . .*

Estás retrasado. Me dijiste que ibas a volver inmediatamente.  
¡Papá, papá! Regresemos a casa, no quiero estar aquí. . .

2. *Au claire de la lune , mon ami Pierrot*

Al claro de luna, mi amigo Pierrot (canción infantil)

3. —*Couvre-feu . . . ?* —preguntó Juan Pablo, de pronto encantado—. *Comme dans “Vingt ans après” ?*

—*Comme dans “Vingt ans après” . Mais ici c'est douze ans après , et pire qu'au debut .*

—*De quelle heure à quelle heure , le couvre-feu ?*

—*Minuit jusqu'à cinq heures le main .*

—*Tu as donc été avec cette femme de minuit jusqu'à cinq heures du matin !*

—*Cette dame , Jean-Paul , pas cette femme .*

—*Tu vas donc l'épouser et nous resterons ici ?*

—*¿Toque de queda . . . ? . . . ¿Cómo en “Veinte años después”?*

—*Como en “Veinte años después” . Pero acá es doce años después , y es peor que al principio .*

—¿De qué hora a qué hora es el toque de queda?

—De medianoche a las cinco de la mañana.

—¡Entonces, tú has estado con esa mujer desde la medianoche hasta las cinco de la mañana!

—Esa dama, Jean-Paul, no esa mujer.

—¿Entonces te vas a casar con ella y nos quedamos acá?

4. —*Dis-moi la vérité . Il y aura la révolution cet après-midi ? J'ai très peur . J'ai vu des choses comme ça dans la télé . Et on mange même les enfants quand il y a la famine .*

—*On ne mange pas les enfants au Chili . Nous sommes civilisés .*

—*Ça n'est pas vrai . J'ai vu les uniformes à la télé . Il sont très beaux , comme dans Tin-Tin , pleins d'or . Et que me dis tu de ces tremblements de terre ? Est-ce qu'on peut dire qu'un pays est civilisé quand il tremble comme ça ? Et les révolutions . . . Non , n'est-ce pas ? Partons , papa . . . allons chez nous . Laisse cette femme ici et partons . . .*

—*Je t'ai dit de ne pas l'appeller femme . Dame , merde , alors .*

—*Dame .*

—Dime la verdad. ¿Habrà revolución esta tarde? Tengo mucho miedo. He visto cosas así en la tele. Y hasta se comen a los niños cuando hay hambruna.

—No se come niños en Chile. Somos civilizados.

—Eso no es verdad. He visto los uniformes por televisión. Son muy bellos, como en Tin-Tin, llenos de oro. ¿Y qué me dices de los

temblores? ¿Se puede decir de un país que es civilizado cuando tiembla de la manera? Y las revoluciones... ¿No es cierto? Partamos, papá... vámonos a casa. Deja esa mujer acá y partamos...

—Te he dicho que no la llames mujer. Dama, mierda, vamos.

—Dama.

5. —*Son papa dit qu'elle est moche, mais ça n'est pas vrai. Elle n'est pas moche du tout. Elle est étrange, comme un personnage de fabliau, plutôt mignonne, comme un gnome. Ou une gnomesse. Gnomesse est le féminin de gnome, papa? Elle est rigolette. Je comprends tout ce qu'elle dit...*

...

—*Allons-y, papa?*

—*Où ça?*

—*Au cimetière.*

—*Je croyais que tu ne voulais pas y aller.*

—*Je veux voir la révolution dont Moira parle.*

...

—*... et le couvre-feu* —agregó entusiasmado Juan Pablo.

...

—*Je peux aller avec Lopita, papa?*

—*Elle s'appelle Moira.*

—*Elle m'a dit de l'appeler Lopita si je veux.*

—*Bon.*

—Su papá dice que ella es fea, pero eso no es verdad. No es fea en absoluto. Es extraña, como un personaje de cuento, más bien curiosa, como un gnomo. O una gnomesa. ¿Gnomesa es el femenino

de gnomo, papá? Ella es graciosa. Comprendo todo lo que dice. . .

...

—¿Vámonos papá?

—¿A dónde?

—Al cementerio.

—Creía que no querías ir allí.

—Quiero ver la revolución de la que habla Moira.

...

—... y el toque de queda—agregó entusiasmado Juan Pablo.

...

—¿Puedo ir con Lopita, papá?

—Se llama Moira.

—Ella me ha dicho que la llame Lopita si quiero.

—Bueno.



# **CIENCIA**

## EN EL ESPACIO

### Los primeros satélites

En un sentido amplio, no tenía importancia qué nación había lanzado el primer satélite, como tampoco importaba qué nación había descubierto América. Lo importante es que los seres humanos lograron un ensanchamiento del horizonte. A la larga, cualquier “ventaja” lograda por ésta o aquélla nación, a causa de que había empezado primero, podía ser anulada y emparejada. También, a la larga, el mundo entero se beneficiaría, quienquiera que hubiese sido el precursor.

De cualquier manera, los Estados Unidos se sintieron humillados por el primer paso dado por la Unión Soviética y también algo más que un poco alarmados, pues muchos norteamericanos eran lo suficientemente ingenuos para creer que, en una forma u otra, lanzar un satélite era amenazar con el dominio del mundo.

Sin embargo, ese temor tuvo su aspecto bueno. El Congreso de los Estados Unidos, que tal vez no hubiese aprobado el gasto de un solo centavo sólo para aumentar los conocimientos humanos, aprobó gustosamente el gasto de miles de millones de dólares “para superar a los rusos”. Por su parte, el público norteamericano, sabedor de cuál era el motivo, no puso objeciones, por lo que se sucedieron los adelantos en la ciencia espacial a un ritmo mucho mayor que el que hubiera sido de esperar si la Unión Soviética hubiese permanecido inactiva.

La palabra rusa *Sputnik*, empleada para describir el satélite, se

convirtió al poco tiempo en la más famosa del mundo, y al principio hasta los norteamericanos la empleaban como término genérico de un satélite artificial. Se le tradujo por todas partes en los Estados Unidos como “compañero de viaje”, frase con desagradables connotaciones en el léxico anticomunista. Sin embargo, el significado original latino de “satélite” es alguien que va detrás de otro más poderoso y, por tanto, literalmente, es su compañero de viaje. En realidad, *sputnik*, es sencillamente “satélite”, en ruso.

*Sputnik 1* mostró lo que se podía hacer. El 3 de noviembre de 1957, un mes después del primer lanzamiento, la Unión Soviética demostró que podía repetir su hazaña. *Sputnik 2*, satélite más grande, con peso de 510 kilogramos, fue puesto en órbita. Era lo suficientemente grande para llevar un perro vivo, por lo que fue el primer satélite que llevaba un ser viviente. De esa manera demostró que un mamífero bastante grande podía sobrevivir a las aceleraciones necesarias en el proceso del lanzamiento.

Entretanto, el programa norteamericano de satélites avanzaba viento en popa, y el 31 de enero de 1958 fue lanzado el primer satélite de los Estados Unidos, llamado *Explorer 1*. El hecho de que pesara únicamente 14 kilogramos dejó ver la superioridad de los impulsores soviéticos de cohetes en aquel entonces.

No obstante su pequeñez, el *Explorer 1* hizo un importante descubrimiento científico. Llevaba un contador que podía detectar partículas de alta energía, con carga eléctrica. Descubrió esas partículas en número considerable, como se había esperado. Después de todo, los estudios hechos de fenómenos tales como las auroras habían indicado la existencia de esas partículas.

La órbita elíptica de *Explorer 1* lo acercaba mucho a la superficie de la Tierra en un extremo, y lo elevaba a 2.500 kilómetros en el

otro extremo. En las altitudes superiores la cuenta de las partículas disminuía y aun bajaba a cero.

La misma observación fue hecha por *Explorer 3*, lanzado el 26 de marzo de 1958, que alcanzó una altitud máxima de 3.400 kilómetros, y por el satélite soviético *Sputnik 3*, lanzado el 15 de mayo de 1958.

El físico norteamericano James Alfred Van Allen (1914— ), encargado de esa porción de los experimentos con satélites, sospechó que la disminución de las partículas no era un fenómeno verdadero. Le pareció que ocurría lo contrario: que la densidad de las partículas cargadas de alta energía aumentaba con la altura y llegaba a un nivel que abrumaba a los contadores, lo cual les impedía que funcionaran. Era como si el ojo humano, cegado por la intensidad de la luz, demasiado grande para poderla registrar, nada pudiera ver.

Cuando *Explorer 4* fue lanzado el 26 de julio de 1958, llevaba contadores especiales, hechos para registrar cargas pesadas. Por ejemplo, uno de ellos estaba protegido por una capa delgada de plomo (en forma análoga a los anteojos oscuros que protegen los ojos), con el propósito de no dejar penetrar la mayor parte de la radiación. Esto demostró que era correcta la teoría del “exceso de radiación”. *Explorer 4* alcanzó una altura de 2.200 kilómetros y registró una intensidad de radiación de alta energía muy superior a la que los científicos habían esperado.

Resultó que la Tierra está rodeada por fajas de radiación de alta energía, consistentes en partículas que tienen su origen en el Sol y que quedan atrapadas en las líneas de fuerza del campo magnético de la Tierra. Originalmente se les llamó “fajas de radiación Van Allen, pero después se conocieron como “magnetósfera”.

A raíz del lanzamiento de *Explorer 1*, los Estados Unidos

pusieron en órbita el *Vanguard 1*, el 17 de marzo de 1958. Pesaba únicamente 1,4 kilogramos y fue objeto de algunas burlas en las que se decía que los Estados Unidos habían lanzado una naranja. Sin embargo, el tamaño no determinaba el valor. Al estudiar cuidadosamente su órbita y notar las pequeñas desviaciones de lo ideal, el físico norteamericano John Aloysius O'Keefe (1916— ) pudo descubrir leves variaciones en la intensidad de la gravitación en diversas porciones de la Tierra. Esto indicaba que la Tierra misma se desviaba ligeramente de la esferoide achatada por los polos que se suponía que era. El aprovechamiento del *Vanguard 1* y de otros satélites posteriores permitió a los científicos deducir la forma exacta de la Tierra con margen de error de menos de un metro, lo cual hubiese sido difícil, o realmente imposible, sólo con mediciones hechas desde la superficie.

*Vanguard 1* necesitaba una fuente de energía para enviar señales constantes a las estaciones receptoras instaladas en la superficie terrestre, con el objeto de que su órbita pudiese ser observada con precisión. Esa energía se obtuvo de "celdillas solares", o delgadas láminas que al quedar expuestas a la luz solar generaban pequeñas corrientes eléctricas, suficientes para activar el haz de radio. Fue entonces cuando se emplearon por primera vez las celdillas solares en el espacio.

Rápidamente se introdujeron adelantos. El *Sputnik 3* pesaba 1.330 kilogramos (1,33 toneladas), y era lo suficientemente grande para ser el primer satélite que llevara instrumentos de diversa índole con los que se podían hacer muchas clases de observaciones.

No transcurrió mucho tiempo antes que la humanidad, en general, comprendiera la utilidad del nuevo ensanchamiento del horizonte. El 18 de diciembre de 1958 los Estados Unidos lanzaron el

*Score*, que podía recibir y transmitir señales que llevaban la voz humana.

*Score* fue sólo el comienzo. El 12 de agosto de 1960 los Estados Unidos lanzaron el *Echo 1*, que se inflaba hasta convertirse en un gran globo de aluminio, el cual servía como repetidor de señales que llevaban no sólo sonido sino también imágenes. Después, el 10 de julio de 1962, los Estados Unidos lanzaron el *Telstar 1*, que no era simplemente un repetidor, sino también un amplificador.

El *Telstar 1* fue el primer verdadero "satélite de comunicaciones", y desde entonces esa clase de satélites se ha multiplicado, no sólo por su número sino por su capacidad y su versatilidad, con el resultado de que actualmente la cobertura de televisión es ya global. Gracias a los satélites de comunicaciones la Tierra es ahora una sola unidad y ninguna porción del planeta está a más de un segundo de distancia de cualquier otra porción, si los seres humanos se toman el trabajo de establecer estaciones apropiadas de transmisión y recepción de señales.

Además, desde el ventajoso punto de vista del espacio se pudo por vez primera observar a la Tierra misma como si fuese cualquier otro planeta: verla, por decirlo así, desde afuera. El 17 de febrero de 1959 los Estados Unidos lanzaron el *Vanguard 2*, que fue el primer satélite capaz de transmitir fotografías de la capa de nubes de la Tierra, imágenes que podían ser recibidas por televisión. El *Explorer 6*, lanzado por los Estados Unidos el 7 de agosto de 1959, fue el primero en enviar fotografías de la Tierra en conjunto.

El 13 de abril de 1960 los Estados Unidos lanzaron el *Transit 1 B*, primer satélite equipado para tomar fotografías repetidas de la Tierra y transmitir las. Durante el tiempo que duró en órbita tomó cerca de 23.000 fotografías, y los científicos obtuvieron una vista

constante de la cambiante capa de nubes y pudieron estudiar de esa manera la circulación atmosférica. Fue ese el primer "satélite meteorológico".

Hasta entonces, la predicción del tiempo había sido un arte terriblemente incompleto, con base en unos cuantos informes que podían obtenerse de una pequeña fracción de la superficie de la Tierra provista de equipo para informar detalladamente acerca de las condiciones del tiempo. Esos informes no se referían a las condiciones en los océanos y en vastas secciones de los continentes.

De 1960 en adelante la totalidad de la Tierra ha estado continuamente observada y el arte de pronosticar el estado del tiempo ha adelantado muchísimo. Por ejemplo, antes de 1960 no había forma alguna de saber cuándo se formaban los huracanes, dónde se hallaban exactamente, qué rumbo llevaban con precisión, con excepción de los informes enviados por unos cuantos barcos atrapados en alguno de esos huracanes. Después de 1960, el nacimiento, desarrollo y rumbo de todas esas tormentas, en todas partes, se han conocido, con el resultado de que se han salvado innumerables vidas y se han evitado enormes pérdidas materiales. (Esta es una de las muchas ventajas prácticas ofrecidas a la humanidad por el programa espacial, no obstante que muchos se complacen en criticarlo al decir que es sólo un desperdicio de dinero.)

El 1º de abril de 1960, los Estados Unidos lanzaron el *Tiros 1*, satélite concebido para que sirviera como auxiliar de la navegación. Le siguieron otros de la misma clase. Las señales que emiten pueden recibirse y, con base en la posición conocida del satélite en cualquier momento, un barco puede determinar su propia posición en la superficie de la Tierra sin necesidad de guiarse por alguna estrella, lo cual significa que ya no tiene que depender de que el cielo esté despejado.

Un barco debidamente equipado puede ahora conocer el lugar en que se encuentra, en cualquier momento, con margen de error de sólo unos cuantos metros. También es posible de la misma manera levantar mapas de la Tierra con exactitud anteriormente imposible.

Igualmente se pusieron en órbita numerosos satélites militares, para descubrir explosiones nucleares, o movimientos de masas. Aunque esto parece ser un esfuerzo bélico, se le puede considerar como útil a la causa de la paz. Los satélites espías dificultan más que la Unión Soviética o los Estados Unidos preparen un ataque nuclear preventivo sin que la potencia rival se dé cuenta de él. Esto disminuye la posibilidad de un ataque de esa índole.

Desgraciadamente, aumentan las discusiones acerca de poner en el espacio exterior complicados instrumentos de guerra. Esto podría ofrecer a un bando o a otro una ventaja militar transitoria, lo cual serviría únicamente para que aumentara la probabilidad (ya demasiado grande para que no inquiete) de que la humanidad terminara por suicidarse.

### **Gente en órbita**

Aunque los satélites inanimados pueden realizar enormes hazañas, al llevar complicado equipo miniaturizado para observaciones y telemetría, tal ensanchamiento del horizonte de la observación inevitablemente hizo surgir la incógnita de si la gente podría tripular satélites.

*Sputnik 2*, con un perro a bordo, había demostrado ya que era posible poner en órbita a un ente animado sin causarle la muerte. Con todo, no era posible rescatar al perro, por lo cual, después de



algún tiempo de que estuvo en el espacio, se le envenenó deliberadamente, para evitar que sufriera.

No fue hasta el 19 de agosto de 1960 cuando los soviéticos lograron un adelanto a este respecto. Lanzaron el *Sputnik 5*, que pesaba 4,6 toneladas y era el satélite de mayor masa lanzado al espacio hasta entonces. Llevaba dos perros y seis ratones, todos los cuales fueron a la postre recuperados vivos.

Después de esa proeza sólo fue cuestión de tiempo antes que un ser humano fuese puesto en órbita y devuelto a la Tierra sano y salvo. El 12 de abril de 1961 la Unión Soviética lanzó el *Vostok 1*, con masa de 4,7 toneladas y que llevaba a Yuri Alekseyevich Gagarin (1934—1968). Fue él la primera persona que viajó por el espacio (los norteamericanos le habrían llamado “astronauta”, pero los soviéticos prefirieron el nombre de “cosmonauta”).

Gagarin dio una vuelta en torno de la Tierra y descendió venturosamente. Esa proeza fue sin duda un acontecimiento importantísimo. Los primeros hombres que circunnavegaron la Tierra fueron los dieciocho de las tripulaciones de las naves de Magallanes que lograron terminar el viaje en 1522, 1.084 días después de haberlo iniciado. Ahora, cuatro siglos y un tercio después, un ser humano completaba la circunnavegación de la Tierra en 108 minutos.

En el tiempo que esos dieciocho famélicos supervivientes navegaron una vez en torno de la Tierra, Gagarin, suponiendo que se le hubiese mantenido con vida y en órbita, habría podido dar 14.453 vueltas al mundo.

Además, la hazaña de Gagarin puso fin a esa etapa de los esfuerzos humanos. La circunnavegación de la Tierra en un satélite puesto en órbita baja es la forma más rápida como el hombre se puede mover razonablemente en torno del planeta, y no tiene objeto tratar de

mejorar la marca establecida por Gagarin.

La Unión Soviética demostró que el vuelo de Gagarin no había sido accidental cuando, el 6 de agosto de 1961, lanzó el *Vostok 2*, con Gherman Titov (1935— ) a bordo. Ese cosmonauta permaneció en el espacio no menos de diecisiete órbitas, en un periodo de 25 horas y 11 minutos, poco más de un día completo. También él fue descendido con éxito, sin que se sintiera mal a consecuencia de su aventura.

Era ya evidente que los seres humanos podían ser lanzados al espacio exterior, colocados en órbita, mantenidos allí durante periodos considerables y devueltos a la Tierra sin percance alguno.

Los Estados Unidos, después de enviar a dos astronautas en vuelos suborbitales y recogerlos sin incidentes, pusieron al primer norteamericano en órbita el 20 de febrero de 1962, fecha del lanzamiento de *Friendship 7*.<sup>①</sup> El astronauta a bordo fue John H. Glenn, Jr. (1921— ). Completó tres órbitas y permaneció en el espacio 4 horas y 55 minutos. El 24 de mayo de 1962 se duplicó el experimento con el lanzamiento de *Aurora 7*, con M. Scott Carpenter (1925— ) a bordo, en vuelo de tres órbitas.

Ambas naciones llevaron a cabo más vuelos orbitales. El 16 de junio de 1963 los soviéticos lanzaron el *Vostok 6*, que llevó a Valentina V. Tereshkova (1937— ), la primera mujer (y hasta el momento de escribir estas líneas aún la única) puesta en el espacio exterior. Permaneció allí hasta completar cuarenta y ocho órbitas, que duraron casi tres días.

Los astronautas en órbita en torno a la Tierra se hallan en caída

---

① Las primeras naves espaciales del "programa Mercury", con norteamericanos a bordo, llevaron el número 7, porque fueron siete los primeros astronautas.

libre y experimentan, en esencia, la gravitación cero, o nula. Esto no es algo totalmente desconocido en la vida terrestre. En el caso de animales pequeños, del tamaño de los mamíferos más menudos, o de tamaño aún menor, la gravedad ejerce en ellos tan poco efecto que podría ser considerada como nula. En cuanto a la fauna marina, la flotabilidad anula en gran parte los efectos de la gravedad.

Sin embargo, los seres humanos son animales terrestres y a causa de su tamaño la fuerza de gravedad es un hecho avasallador. Debemos evitar caer, no sólo desde una altura, sino aun cuando caminamos. Además, la fuerza de la gravedad afecta nuestra fisiología. Nuestra tonicidad muscular indudablemente queda afectada por la necesidad de que muchos de nuestros músculos trabajen constantemente para que conservemos el equilibrio. La acción muscular afecta a su vez la formación de los huesos. La circulación de la sangre está concebida para tomar en consideración la gravedad cuando nos hallamos de pie en forma normal, por lo que nos sentimos sumamente incómodos si permanecemos de cabeza durante periodos largos.

No había forma alguna de predecir cómo una permanencia larga sin gravitación podría afectar la fisiología y la bioquímica del cuerpo humano.

Indudablemente los primeros vuelos orbitales demostraron que la gravitación nula durante un periodo de unas cuantas horas o hasta de unos cuantos días la resistía satisfactoriamente el cuerpo humano, pero si alguna vez el hombre iba a penetrar en el espacio exterior para realizar allí algo más que una especie de hazaña de circo, tendríamos que saber los efectos de una permanencia prolongada. Mientras más tiempo puedan sobrevivir los seres humanos sin estar sujetos a la gravitación, mayores serán las probabilidades de que algún día se

convierta en realidad poder trabajar en el espacio exterior.

Por ese motivo, durante algún tiempo los vuelos espaciales fueron competencias de resistencia. El 14 de junio de 1963, Valery F. Bykovsky(1934— ), piloto del *Vostok 5*, giró en torno de la Tierra ochenta y un veces, y permaneció en el espacio en continua gravitación cero durante casi cinco días.

Esa marca fue mejorada el 21 de agosto de 1965, cuando los Estados Unidos lanzaron el *Geminis 5*, que orbitó la Tierra 128 veces y permaneció en el espacio exterior casi ocho días. Esa marca fue superada una y otra vez y en el momento de escribir estas líneas corresponde a tres cosmonautas soviéticos que han permanecido en el espacio exterior unos seis meses.

Sí han ocurrido cambios fisiológicos, el más alarmante de los cuales fue la pérdida gradual del calcio óseo. Sin embargo, esos cambios no han impedido a la gente en el espacio que trabaje con eficacia. Tampoco los efectos han sido irreversibles, pues los astronautas en ninguna forma parecen incapacitados después de su regreso, o incapaces de llevar una vida normal.

Valentina Tereshkova, la única mujer cosmonauta, contrajo matrimonio con el cosmonauta Andriyan G. Nikolayev (1929— ), quien fue lanzado al espacio en el *Vostok 3*, el 11 de agosto de 1962. Nikolayev estuvo en el espacio cuatro días y Valentina tres días. La pareja tuvo un hijo perfectamente normal.

Sin duda alguna, muchas situaciones humanas que son normales no han ocurrido en el espacio exterior, donde la gravitación es nula. En particular, nadie ha dedicado tiempo a actividades sexuales, ninguna mujer ha quedado embarazada, ni permanecido preñada hasta su término, ni ha dado a luz, todo ello en un medio de gravitación cero. Empero, mientras los seres humanos se limiten a dar vueltas a

la Tierra en órbitas cercanas a la superficie, no es indispensable determinar si toda la gama de la experiencia humana puede ocurrir en condiciones de ingravidez. Podemos imaginar ya a gente que viva y trabaje por turnos en el espacio exterior, pero que vuelva invariablemente a la Tierra, por ser la misma su verdadero habitat.

Naturalmente, lo anterior sería la más sencilla de todas las suposiciones, pero, por supuesto, se ha adelantado al saber que la exploración del espacio ha demostrado que, por lo menos, es posible la más sencilla de las suposiciones. Si la ausencia de la gravitación hubiese demostrado ser rápidamente fatal, o rápidamente incapacitante, la expansión del horizonte humano hacia el espacio exterior se habría vuelto enormemente más difícil. En realidad, cualquier idea de tal expansión tendría que haber sido abandonada.

Para que la exploración del espacio se volviera práctica, las naves espaciales tendrían que ser razonablemente amplias. En los primeros dos años del programa de gente en el espacio exterior, esas naves tenían espacio escasamente para una persona.

El 12 de octubre de 1964 fue lanzada la primera nave espacial para más de una sola persona. Fue el *Voshkod 1* de los soviéticos, versión perfeccionada del *Vostok* y, por pequeño margen, más voluminoso que los *Vostoks* posteriores. Llevaba una tripulación de tres hombres.

La primera nave espacial norteamericana para más de una persona fue lanzada el 23 de marzo de 1965. Fue la llamada *Geminis 3*, tripulada por Virgil I. Grissom (1926—1967) y John W. Young (1930— ). El 11 de octubre de 1968 fue lanzada la primera nave espacial norteamericana para tres tripulantes.

Hasta ahora no se ha lanzado ninguna nave espacial que lleve más de tres personas.

Las naves espaciales sucesivas se volvieron más manejables. Eran más que proyectiles en caída libre. Podían emplear pequeños cohetes que se disparaban mientras la nave iba en órbita, para cambiar su posición, subir más o bajar, avanzar más o frenar. Una nave podía reunirse con otra y acoplarse, de suerte que la tripulación de una nave podía entrar en la otra.

El 18 de marzo de 1965 la Unión Soviética lanzó el *Voshkod 2*, con dos cosmonautas a bordo. Uno de ellos era Aleksey A. Leonov (1934— ). La nave giró en torno de la Tierra diecisiete veces, y en el transcurso de la segunda órbita Leonov salió de la nave por una compuerta. Llevaba un traje espacial y estaba prudentemente conectado a la nave. Fue ese el primer “paseo espacial”, la primera vez que un ser humano estuvo en el espacio exterior sin más protección que un traje espacial. Leonov permaneció en el espacio unos 10 minutos, maniobrando en caída libre y haciendo uso de una cámara cinematográfica.

El 3 de junio de 1965 los Estados Unidos lanzaron el *Geminis 4*, con James N. McDivitt (1929— ) y Edward H. White (1930—1967) a bordo. Durante su tercera y última órbita, White salió de la nave y permaneció en el vacío, con traje espacial y atado a la nave, durante veinte minutos. Pudo maniobrar en el espacio con un pequeño dispositivo de cohetes, y fue así la primera persona que hiciera tal cosa.

El significado de estos paseos espaciales fue que dejaron demostrado que era muy posible que los seres humanos se dedicaran a hacer trabajo de reparación, construcción o de otra utilidad en el espacio exterior, afuera de una nave y sin mayor protección que un traje espacial.

En los comienzos de la década de 1970, Francia, Japón, China

y la Gran Bretaña habían puesto ya satélites en órbita, pero sus logros en el espacio seguían estando mucho más atrás que los de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

La exploración espacial no se ha realizado sin la pérdida de vidas. En junio de 1971 tres cosmonautas soviéticos, tripulantes del *Soyuz 11*, completaban lo que parecía ser un vuelo venturoso cuando un pequeño desperfecto en el sello de una portezuela, en los momentos en que reentraban en la atmósfera terrestre, permitió que escapara la atmósfera dentro del satélite. Cuando la nave espacial fue recogida sus tres tripulantes estaban muertos.

No hubo muertes en vuelos de norteamericanos, pero el 27 de enero de 1967, durante un ensayo en tierra de lanzamiento de satélite, se inició un incendio dentro de la cápsula. Quedó sin control casi inmediatamente en una atmósfera de oxígeno puro, y mató a los tres astronautas norteamericanos. Los muertos fueron Virgil Grissom, quien dos años antes había sido el capitán del *Geminis 3*, el primer satélite de Estados Unidos que llevó a una persona; Edward H. White, quien dos años antes, en el *Geminis 4*, había sido el primer norteamericano que caminara en el espacio exterior; y Roger B. Chaffee (1935—1967), quien no había tenido aún la ocasión de estar en el espacio exterior.

### **Sondas lunares**

¿Pero quedaría limitado el horizonte humano a órbitas en torno de la Tierra, en la atmósfera superior?

De ninguna manera. Casi desde el comienzo se trató de producir cohetes que alcanzaran no sólo la velocidad orbital, de 8 kilómetros

por segundo, sino la velocidad de escape, de  $11\frac{1}{4}$  kilómetros por segundo.

En 1958 los Estados Unidos enviaron al espacio tres satélites e intentaron con cada uno de ellos sobrepasar la velocidad de escape. No llegó a ella ninguno de los tres.

El 2 de enero de 1959 la Unión Soviética logró exceder la velocidad de escape, con el satélite *Luna 1*. Fue el primero que no se puso en órbita en torno de la Tierra. Se fue alejando indefinidamente y se sostuvo con él contacto por radio hasta una distancia de 597.000 kilómetros, o sea  $1\frac{1}{2}$  veces la distancia a la Luna.

Sin embargo, no superó la velocidad de escape del distante Sol, por lo que no salió del sistema solar. Se puso en órbita en torno del Sol y de esa manera se convirtió en el primer “planeta artificial”.

Por supuesto, los cohetes que no entran en órbita en torno de la Tierra no son satélites. Reciben el nombre de “sondas”. *Luna 1* fue disparada en dirección de la Luna, por lo que fue una “sonda lunar”. Sin embargo, no fue apuntada con absoluta precisión y pasó a una distancia de 6.000 kilómetros de la superficie lunar, o lo que es lo mismo, a sólo  $1\frac{3}{4}$  veces el diámetro de la Luna.

Los Estados Unidos lanzaron el *Pioneer 4*, su primer cohete que excediera la velocidad de escape, en marzo de 1959. Pasó a una distancia de 60.000 kilómetros de la Luna.

La Unión Soviética logró corregir su puntería el 12 de septiembre de 1959, fecha en que fue lanzado *Luna 2*, en dirección de la Luna. Ese proyectil se estrelló en nuestro satélite natural y así los seres humanos pudieron al fin (en cierto modo) torpedear a la Luna. Por primera vez en la historia existió un objeto hecho por el hombre (aunque sin duda muy destrozado) en la superficie de un mundo distinto del nuestro.



No acertar a pegarle a la Luna significó poco, y pegarle en lo que se llama un “descenso duro” significó aún menos, aparte de una simple demostración de buen tino. Sin embargo, el siguiente paso tuvo un significado mayor.

La Luna gira en torno a la Tierra, en relación con las estrellas, en  $27\frac{1}{3}$  días. También gira en su eje en  $27\frac{1}{3}$  días. Esto no es una simple coincidencia. El efecto de marea ejercido por la Tierra obliga a la Luna a girar de esa manera, con el resultado de que invariablemente la Luna nos muestra sólo uno de sus lados.

En atención a que la Luna se mueve en torno a la Tierra trazando una elipse más bien que un círculo perfecto, su velocidad orbital no es constante. La distancia de la Luna a la Tierra varía un poco al moverse en su órbita elíptica, y su velocidad es algo mayor cuando está más cerca de la Tierra que cuando está más lejos de ella.

Sin embargo, la velocidad de rotación permanece absolutamente constante. Esto significa que la rotación alcanza al movimiento orbital durante la mitad de la órbita y se atrasa durante la otra mitad. Por ese motivo la Luna parece menearse ligeramente hacia atrás y hacia adelante, como los astiles de una balanza antigua. A ese movimiento se le llama “libración”, término derivado del latín “libra”, con el significado de “balanza”.

A consecuencia de la libración podemos ver casi el 60 por ciento de la superficie de la Luna (parte de ella siempre en el borde y, por tanto, muy escorzada). Del lado opuesto, un poco más del 40 por ciento está permanentemente oculto, y probablemente así lo ha estado durante miles de millones de años y sin duda alguna durante muchísimo más tiempo antes que algún ser humano o casi humano haya sentido interés en observar la Luna.

La sonda lunar podía ser lanzada a una velocidad tan próxima a

la de escape que cuando llegara a poca distancia de la Luna, la fuerza gravitacional terrestre la habría ya frenado casi por completo. Entonces la sonda caería bajo el influjo de la gravitación lunar hasta el grado de entrar en órbita en torno de la Luna. Esto significaría que quedaría "capturada" por la Luna. (Lo anterior ocurriría más fácilmente si la sonda pudiese disparar un pequeño cohete en el momento oportuno y en la dirección correcta, para alterar su curso y su velocidad, en forma tal que facilitara la captura).

Por lo menos, si no se podían hacer las correcciones orbitales, la sonda daría la vuelta a la Luna una sola vez y saldría disparada para iniciar otro tramo de su largo viaje. Bastaría una sola vuelta completa para que la sonda pasara frente al lado oculto de la Luna, y si pudiera tomar fotografías, las mismas se transmitirían por telemetría a la Tierra, para ser estudiadas por el ojo humano. Esa sí como, *por primera vez*, objetos a poco menos de 400.000 kilómetros de distancia, que nunca antes habían sido vistos, quedaron revelados, no obstante que *han sido vistos*, de tiempo atrás, otros objetos decenas de miles de millones de veces más distantes.

La Unión Soviética logró lo anterior con *Luna 3*, lanzado el 4 de octubre de 1959. En el segundo aniversario del lanzamiento del primer satélite, la técnica espacial había avanzado hasta el grado de que una sonda lunar giraba en torno de la Luna y enviaba las primeras fotografías de la cara oculta.

La calidad de esas fotografías era deficiente y su número pequeño, pero aun así bastó para desvanecer las ideas románticas que existían acerca del lado invisible. Siempre había sido posible soñar que, por un motivo u otro, la cara oculta era menos yerma que la visible, que en ella había un poco de atmósfera y agua y quizá vida.

¡No era así! Esas primeras fotografías revelaron que la superfi-

cie del lado contrario de la Luna era tan desolada como la del lado conocido. Posteriormente, esto quedó confirmado por las fotografías norteamericanas.

El 28 de julio de 1964 los Estados Unidos lanzaron el *Ranger 7*, que llegó a la Luna de la misma manera como *Luna 2* había llegado casi cinco años antes. Pero en esta ocasión se había añadido un refinamiento. Durante los últimos trece minutos anteriores al impacto se tomaron fotografías que fueron transmitidas a la Tierra por telemetría. En total fueron tomadas 4.308 fotografías a distancias más y más cortas, hasta que hubo contacto, con lo que cesó la transmisión. Por vez primera la Luna fue fotografiada desde muy cerca, con detalles muchísimo mayores que todo lo imaginable con un telescopio fijo en la Tierra (aunque la porción de la Luna así fotografiada fue sin duda muy pequeña).

Esas fotografías mostraron que la Luna estaba salpicada de cráteres muy pequeños y algunos muy grandes. Los había de sólo un metro de diámetro y 30 centímetros de profundidad.

Los Estados Unidos repitieron este sondeo con el *Ranger 8* y el *Ranger 9*, en 1965. Esas dos sondas transmitieron 13.000 fotografías de otros dos lugares de la Luna.

Durante todo 1965 las sondas que llegaron a la Luna lo hicieron en forma de “descenso duro”, que daba por resultado la destrucción del objeto que caía. Lo que se necesitaba era un “descenso suave”, el cual permitiera que la sonda siguiera funcionando en la superficie de la Luna.

Si la Luna tuviese atmósfera, esa tarea sería relativamente sencilla, puesto que se podría extender un paracaídas que retardara la caída de la sonda. Sin atmósfera, la disminución de la velocidad del descenso tendría que lograrse exclusivamente por medio de cohetes

que dispararan en dirección de la superficie lunar y así empujaran a la sonda lejos de la Luna, con lo que reducirían la fuerza de la caída. Tal cosa demandaría un manejo muy delicado.

La Unión Soviética realizó esa hazaña el 3 de febrero de 1966, cuando su sonda *Luna 9* hizo un descenso suave en la Luna. A poco más de seis años después del primer descenso duro en la Luna, un objeto hecho por el hombre descansaba en la superficie lunar casi intacto, por lo que los instrumentos que llevaba podían funcionar. En la Tierra se recibieron las primeras fotografías tomadas desde la superficie de la Luna.

*Luna 9* se posó en la parte occidental del Oceanus Procellarum, porción relativamente sin cráteres de la superficie lunar. En latín, ese nombre significa "Océano de las tormentas", lo cual da una idea de la fantasía de los antiguos astrónomos, antes que se comprendiera bien que en la Luna no hay ni agua ni aire. Las fotografías, que fueron enviadas a la Tierra durante tres días, antes que los instrumentos fallaran, no mostraban, naturalmente, ni océano ni tormentas, sino simplemente una región pedregosa, muda y desolada.

El 30 de mayo de 1966 los Estados Unidos lanzaron el *Surveyor 1*, que duplicó la hazaña soviética. Descendió suavemente en la Luna, también en el Oceanus Procellarum y transmitió fotografías de calidad algo mejor que las de la sonda soviética.

Posteriormente, los satélites norteamericanos lograron más. El *Surveyor 3*, lanzado el 17 de abril de 1967, no sólo descendió con suavidad y transmitió más de 6.300 fotografías de la superficie lunar, sino que empleó un brazo mecánico que cavó y tomó muestras del suelo lunar, en respuesta automática a señales recibidas desde la Tierra.

Esto era importante, puesto que se había conjeturado por en-

tonces que la Luna estaba cubierta por una espesa capa de polvo suelto, producido por la fragmentación de la superficie a causa del bombardeo meteórico a través de las eras, por lo que cualquier nave espacial que se posara en la Luna se hundiría en esa capa de polvo y desaparecería, como si hubiese caído en un mar de arena movediza seca. El simple hecho de que las sondas de descenso suave permanecían en la superficie contradecía tal suposición, y la excavación del brazo mecánico demostró claramente que el suelo lunar poseía la misma clase de consistencia que el suelo terrestre.

El *Surveyor 5* que descendió en la Luna en el Mare Tranquillitatis (“Mar de la tranquilidad”, designación muy apropiada), llevó hasta un pequeño dispositivo para analizar muestras del suelo lunar. En total, las sondas *Surveyor* transmitieron más de 50.000 fotografías, y la superficie lunar, vista desde el nivel del suelo, se convirtió en imagen muy conocida.

El 31 de marzo de 1966 la Unión Soviética lanzó la *Luna 10*, que se movió en órbita lunar. Los Estados Unidos duplicaron esa proeza con el lanzamiento de *Lunar Orbiter 1*, el 10 de agosto de 1966. Esas sondas y otras más que giraron en torno de la Luna enviaron a la Tierra fotografías de todas partes de la Luna, con toda clase de detalles, por lo que los mapas de toda la Luna son ahora tan confiables y casi tan detallados como los de la Tierra.

Lo que surgió de esos mapas confirmó las sospechas despertadas por las primeras fotografías de la cara oculta. En tanto que el lado que ve a la Tierra tiene un número considerable de “mares”, que en realidad son extensas regiones casi circulares, relativamente libres de cráteres, con suelos que parecen haberse levantado como derrames de lava en los remotísimos tiempos de la historia de la Luna, el lado de atrás está casi libre de tales accidentes.

La corteza de la Luna tiene un espesor aproximado de 60 kilómetros en el lado cercano a la Tierra y de unos 100 kilómetros en el lado distante, hasta donde hemos podido saber por medio de las sondas. Como resultado de esto, el impacto de un bólido grande en el lado cercano penetraría en la corteza y permitiría que la roca calentada burbujeara desde las capas fundidas del interior, en tanto que un bólido semejante, al caer en el lado lejano, sería resistido por la corteza más gruesa y más fuerte.

¿Pero por qué ha de ser la corteza asimétrica, de esa manera? Parece natural suponer que la Tierra tuvo algo que ver con este fenómeno, pero hasta ahora no se han presentado hipótesis convincentes a este respecto.

Un descubrimiento que a nadie sorprendió fue el de que la Luna carece de campo magnético. Las teorías presentes acerca de la existencia de campos magnéticos en torno de cuerpos astronómicos indican que hay dos requisitos. El primero de ellos es que en el centro de ese cuerpo celeste debe haber un núcleo líquido capaz de ser conductor de una corriente eléctrica. El segundo requisito es que el cuerpo celeste mismo debe girar con suficiente rapidez para causar remolinos en el líquido central. Entonces, a su vez, el movimiento circular de la descarga eléctrica creará un campo magnético.

La Tierra tiene núcleo líquido en el que abunda el hierro, y gira con rapidez, por lo que no es sorprendente que tenga también un campo magnético.

La Luna, en cambio, tiene una densidad de sólo tres quintos de la tierra. En general, debe ser mucho menos rica en sustancias relativamente densas, como el hierro. Además, la Luna, por tener una masa considerablemente más pequeña que la de la Tierra, indudablemente es menos caliente en el centro. (El calor central surge del

movimiento de cuerpos más pequeños hechos pedazos, que juntos formaron un cuerpo más grande, y la gravitación relativamente pequeña de la Luna podría producir únicamente velocidades bajas que se convertirían en calor relativamente pequeño).

La combinación de ligereza y frialdad relativas hace suponer con razonable seguridad que la Luna carece de núcleo de hierro líquido, y que probablemente sea toda roca. Aunque tuviese un núcleo de hierro líquido que pudiera conducir electricidad, la rotación de la Luna es demasiado lenta para causar en ese núcleo remolinos significativos. Así pues, de ser acertadas nuestras teorías, la Luna no debe tener campo magnético y, en efecto, no lo tiene.

## **Llegada a la Luna**

Pero si las sondas no tripuladas pasaban cerca de la Luna, giraban en torno de ella y descendían en ella ¿podrían los seres humanos hacer lo mismo?

Los Estados Unidos anunciaron desde fecha muy temprana que se proponían lograr tal cosa. Se sentían lastimados porque la Unión Soviética se les había adelantado y los habría opacado constantemente en lo que llegó a conocerse como la “carrera del espacio”. Además, los Estados Unidos habían quedado humillados el 17 de abril de 1961, cuando fue rechazado el intento de invasión de Cuba por insurgentes de ese país con apoyo norteamericano, en la Bahía de Cochinos.

Para reivindicar el prestigio norteamericano, el presidente John F. Kennedy (1917—1963) anunció, en mayo de 1961, que los Estados Unidos pondrían a un hombre en la Luna antes que terminara la década. Con ese fin en mente la Administración Nacional de

Aeronáutica y del Espacio (NASA), estableció el “Programa Apolo”.

El “Programa Geminis”, que lo precedió, y que se ocupó principalmente en maniobras espaciales, encuentros, enganches y “paseos” en el vacío, tenía el propósito fundamental de crear las técnicas indispensables para alunizar, como se llamó al acto de posarse una nave espacial en la superficie del satélite de la Tierra. El programa Geminis concluyó a fines de 1966, y el primer vuelo del programa Apolo se fijó para febrero de 1967.

Se demoró por la muerte trágica de los astronautas Grissom, White y Chaffee, mientras trabajaban en tierra, dentro de una nave espacial Apolo. Fue necesario rediseñar ese vehículo. Después se realizaron con éxito varios lanzamientos del programa Apolo, sin tripulantes.

Finalmente, el 11 de octubre de 1968 se lanzó la primera nave Apolo tripulada (con tres astronautas a bordo). Fue el *Apolo 7*, al mando de Walter M. Schirra (1923— ). Fue esa la primera nave espacial norteamericana con tres tripulantes y también la tercera excursión de Schirra por el espacio exterior. En el transcurso de 163 órbitas se probaron los sistemas de guía y control del Apolo, así como la capacidad de los motores de propulsión a chorro de volver a encenderse cuando se deseara. Quedaba sólo un poco más de un año para cumplir la promesa del presidente Kennedy.

Dos meses después, el 21 de diciembre de 1968, fue lanzado el *Apolo 8*, al mando de Frank Borman (1928— ). A la sazón, Borman tenía la marca de permanencia en el espacio, pues tres años antes, en el *Geminis 7*, él y James A. Lovell (1928— ) habían permanecido en órbita durante 220 revoluciones, o aproximadamente dos semanas. Otra característica de ese vuelo había sido que *Geminis 6*, lanzado once días después de *Geminis 7*, y al mando de Schirra,



se había encontrado con el *Geminis 7* y se había unido a esa nave, realizando así una maniobra que sería necesaria en un alunizaje.

El *Apolo 8* intentó una maniobra sin precedente. Los tres astronautas llevaron a esa nave espacial a la Luna y la pusieron en órbita en torno de ese cuerpo celeste. Por primera vez en la historia unos seres humanos estuvieron lo suficientemente cerca de la Luna para estudiarla sin apresuramiento y a simple vista. Vieron de esa manera algunos detalles que ningún telescopio instalado en la superficie de la Tierra podría mostrar. *Apolo 8* permaneció a corta distancia de la Luna el tiempo en que realizó diez órbitas, o un poco más de seis días. Volvió entonces a la Tierra sin percance alguno, después de haber permanecido en el espacio un poco más de diez días. Hasta entonces ésa fue la proeza espacial más sensacional.

*Apolo 7* y *Apolo 8* habían permanecido intactos durante todo el tiempo que estuvieron en el espacio, aunque cada uno de ellos consistía realmente en dos naves espaciales. Se tenía el propósito de que, con el tiempo, después de entrar en órbita lunar, una de las naves, llamada "módulo lunar", con dos hombres a bordo, se separara de la otra nave, llamada "módulo de mando". El módulo lunar descendería entonces hasta la superficie de la Luna, en tanto que el módulo de mando permanecería en órbita. Al cabo de cierto tiempo el módulo lunar dejaría la superficie de la Luna y se engancharía nuevamente con el módulo de mando.

Entonces los astronautas del módulo lunar entrarían en el módulo de mando. El módulo lunar sería desechado y el módulo de mando, con los tres astronautas a bordo, volvería a la Tierra.

El 3 de marzo de 1969 fue lanzado el *Apolo 9*, al mando de McDivitt, y el módulo lunar fue revisado por primera vez en el espacio exterior, pero, por precaución, el *Apolo 9* permaneció en órbita

terrestre durante todo ese experimento. Estuvo en el espacio hasta que completó 151 órbitas, en cerca de diez días.

El siguiente paso se tomó el 18 de mayo de 1969, cuando fue lanzado el *Apolo 10*, al mando del Thomas P. Stafford (1930— ), quien había estado en el espacio en dos ocasiones anteriores y con Schirra cuando se hizo el primer enganche venturoso.

El *Apolo 10* repitió hazaña del *Apolo 8*, al colocarse en órbita lunar el 21 de mayo y permanecer en ella hasta dar treinta y un vueltas. En esta ocasión, el módulo lunar se separó y llevó a Stafford, junto con Eugene A. Cernan (1934— ) hacia la superficie de la Luna. (Cernan había estado con Stafford en el vuelo del *Geminis 9* tres años antes, y en esa ocasión Cernan había maniobrado en un paseo espacial durante más de dos horas.)

Stafford y Cernan bajaron hasta a 15 kilómetros de la superficie de la Luna y volvieron al módulo de mando, en el cual John W. Young (1930— ), quien había estado en dos de los vuelos del programa *Geminis*, los esperaba. Esa nave espacial volvió sin incidentes a la Tierra después de ocho días en el espacio.

Se había hecho ya todo, salvo alunizar.

El 16 de julio de 1969 fue lanzado el *Apolo 11*, con tres astronautas a bordo: Neil Armstrong, Edwin E. Aldrin y Michael Collins. Los tres habían nacido en 1930.

Armstrong había sido el capitán de *Geminis*, lanzado el 16 de marzo de 1966. Se había enganchado con un cohete no tripulado, pero un desperfecto impidió que se realizara toda la maniobra hasta su conclusión, como se había proyectado.

Aldrin había estado en el *Geminis 12*, el último de esa serie, lanzado el 11 de noviembre de 1966. Durante ese vuelo de cuatro días, Aldrin emprendió un paseo espacial que duró cinco horas y me-

dia.

Collins había estado en el *Geminis 10*, lanzado el 18 de julio de 1966, vehículo que había enganchado con un cohete no tripulado en forma más satisfactoria que *Geminis 8*, pero no a la perfección.

Así pues, cada uno de esos tres astronautas realizaban su segunda misión en el espacio exterior. El 20 de julio de 1969, cuando *Apolo 11* giraba suavemente en torno de la Luna en una órbita que lo mantenía a una altura de 100 a 120 kilómetros por encima de la superficie lunar, el módulo en que iban Armstrong y Aldrin descendió hasta la superficie, cerca de la orilla sudoccidental del Mare Tranquillitatis.

A las 4:18 p. m. hora de verano del Este, del 20 de julio de 1969, el módulo lunar, que estaba bajo el control manual de Armstrong, hizo un alunizaje venturoso. Por primera vez en la historia seres terrestres se hallaban en la superficie de otro mundo. El alunizaje se había logrado en la década de 1960, como lo había predicho el presidente Kennedy, con 164 días para que se venciera el plazo. Sin embargo, Kennedy mismo no vivió para ver ese triunfo, pues había sido asesinado el 22 de noviembre de 1963. Era Richard M. Nixon (1913— ), el hombre a quien Kennedy había derrotado en la contienda electoral, el ocupante de la Casa Blanca.

Armstrong salió del módulo lunar y fue el primer ser humano que puso el pie en la Luna. En ese momento dijo: “Este es un pequeño paso del hombre, pero un paso gigantesco de la humanidad”. Aldrin lo siguió. Todo esto fue visto por centenares de millones de atónitos seres humanos, pegados a los receptores de televisión en todo el mundo.

El suelo lunar sostuvo a los astronautas y al módulo sin ningún problema. Los dos visitantes estuvieron en la Luna un total de 21

horas y 36 minutos, tomando fotografías, recogiendo muestras de piedras, clavando una bandera norteamericana y preparando algunos experimentos que enviarían a la Tierra por telemetría los resultados, después que ellos hubiesen abandonado la Luna.

A continuación, el módulo lunar se elevó desde la superficie de la Luna y volvió al módulo de mando, en el cual Michael Collins había estado en órbita en torno de la Luna. Los tres astronautas volvieron sanos y salvos a la Tierra el 24 de julio.

Durante los siguientes tres años y medio se hicieron otros seis vuelos a la Luna. El más emocionante fue el del *Apolo 13*, lanzado el 11 de abril de 1970, al mando de Lowell, quien había estado en el *Apolo 8* y que realizaba su cuarta misión espacial.

Fue ese el único vuelo del programa Apolo dirigido a la Luna que no logró su propósito. Una explosión en el tanque de oxígeno dio por resultado la pérdida de toda la energía en el módulo de servicio, que se hallaba bajo el módulo de mando y que contenía el sistema de propulsión para efectuar correcciones a medio camino con el objeto de entrar en órbita lunar y volver a la Tierra. Tal accidente significaba que no había forma alguna de alunizar. Gracias al oxígeno y a la energía que llevaba el módulo lunar, los astronautas lograron girar en torno de la Luna y volver sin más percances a la Tierra.

El *Apolo 15*, lanzado el 26 de julio de 1971; al mando de David R. Scott (1932— ), quien había estado en el *Geminis 8* y el *Apolo 9*, alunizó el 29 de julio. Llevaba un “explorador lunar”, vehículo diseñado para moverse en la Luna. Dos años después que los seres humanos pisaron la Luna, condujeron por la superficie de ese cuerpo celeste lo que, fundamentalmente, era un automóvil. Usaron el explorador lunar tres veces y en total recorrieron una distancia de 28 kilómetros.

En seis alunizajes se recogieron centenares de kilogramos de piedras lunares, que fueron traídas a la Tierra.

Desde diciembre de 1972 no ha habido alunizajes, y por el momento no se tiene proyectado realizar más. Sin embargo, es indudable que el horizonte humano se ha ensanchado, hasta incluir a la Luna. Con toda seguridad, los seres humanos podrán volver a la Luna cuando lo deseen, si dedican los esfuerzos y los recursos necesarios para hacer tal cosa.

## VOCABULARIO

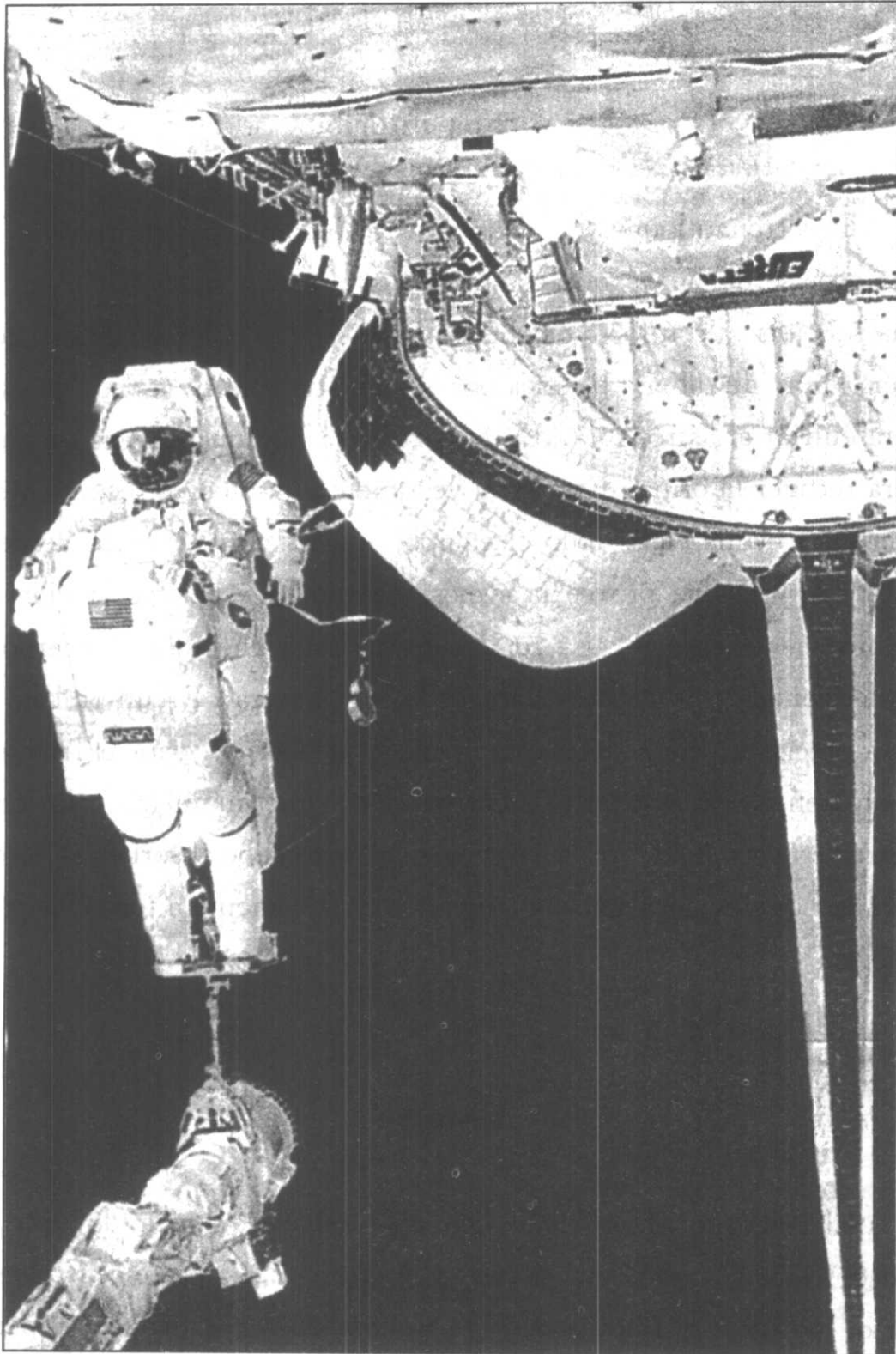
detectar <i>vt.</i> 探测	habitat <i>m.</i> 人口居住环境
órbita elíptica 椭圆形轨道	cápsula <i>f.</i> 宇航密封舱
quedar atrapado 被捉住	torpedear <i>vt.</i> 发射鱼雷
esferoide <i>m.</i> 球体	tino <i>m.</i> 准
aluminio <i>m.</i> 铝	elipse <i>f.</i> 椭圆形
versatilidad <i>f.</i> 反复无常	menearse <i>vt.</i> 摇动, 摆动
incógnita <i>f.</i> 未知数, 神秘	astil <i>m.</i> 秤杆
venturosamente <i>adv.</i> 幸运地	cráter <i>m.</i> 火山口
circunnavegar <i>vt.</i> 环航	conjeturar <i>vt.</i> 猜想
tonicidad muscular 肌肉的紧张性	meteórico, ca <i>adj.</i> 大气的; 流星的
calcio <i>m.</i> 钙	bólide <i>m.</i> 流星
óseo, a <i>adj.</i> 骨的	burbujear <i>vi.</i> 冒泡
irreversible <i>adj.</i> 不可逆的, 不可倒转的	alunizar <i>vi.</i> 登上月球

## EL TRAJE ESPACIAL

Han pasado 28 años desde que el hombre pisó la Luna, y nos hemos acostumbrado a ver astronautas en el espacio. La imagen de figuras humanas flotando en el vacío, ya sea para reparar un telescopio espacial o tratar de salvar el MIR, es hoy común. No pasa una semana sin que los periódicos y la televisión nos muestren astronautas en sus trajes blancos y cascos con visera dorada haciendo lentamente extraños movimientos mientras orbitan la Tierra.

La atención pública se ha concentrado en las naves que han llevado al hombre al espacio, pero la posibilidad de salir de ellas se debe a otro logro de la más alta tecnología: el traje espacial. Para entender su complejidad hay que considerarlo como una nave espacial para una sola persona, pues tiene que contar con los elementos de aquella para enfrentar el medio más hostil imaginable. Sin atmósfera ni presión, el cuerpo humano reventaría en el espacio en una fracción de segundo.

Pero no basta mantener la presión interna, además, el traje debe proveer la atmósfera: esto es, el oxígeno para respirar con una temperatura adecuada al cuerpo humano, recolectar sus desechos y defenderlo de la radiación, que en el vacío es incomparablemente más intensa que la que recibimos en la Tierra, filtrada por la atmósfera. Mantener estas condiciones requiere de maquinaria y materiales especiales que hacen del traje espacial —que consta de 20 mil partes— una obra extraordinaria de ingeniería.



*Dos astronautas trabajan en el espacio protegidos por sus trajes. Ambos están amarrados a la nave ya que las mochilas que llevan no tienen propulsión, lo cual les impediría volver a la nave si se alejaran de ella.*

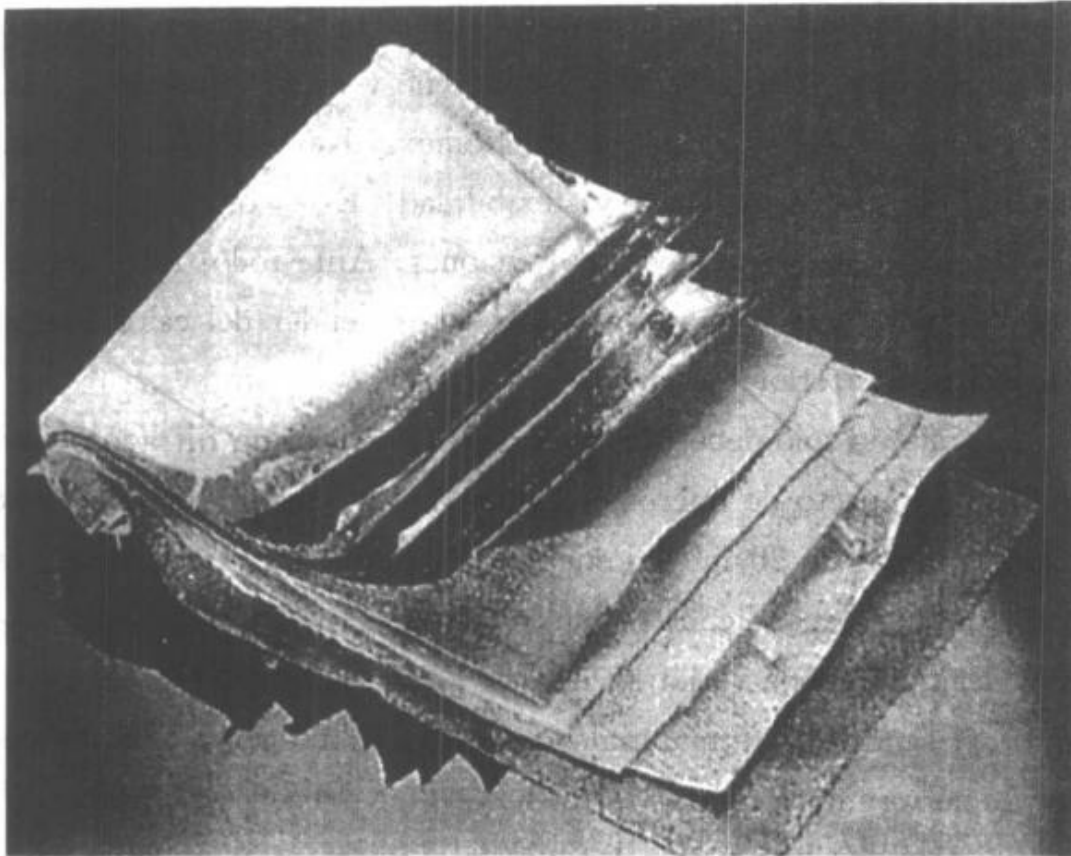
## **La ropa interior**

El astronauta que va a salir al espacio comienza por vestirse con una especie de buzo, que es su ropa interior. Esta vestimenta, de una sola pieza, con forro de chifón y cubierta de nylon spandex, contiene 90 m. de tubería plástica por el que circula el agua de la mochila para enfriar al astronauta. En la parte baja hay una especie de pañal para recoger la orina. Esta es la vestimenta que toca directamente el cuerpo. Encima viene todo el equipo, que es el que vemos desde el exterior, y el que provee la atmósfera que hace posible la vida del hombre en el espacio. La ropa interior larga que toca al cuerpo es confeccionada a la medida para cada astronauta. Es un trabajo de gran precisión, pues debe estar pegada al cuerpo, para enfriar eficientemente, sin apretar ni crear fricción, que acumularía calor en la atmósfera cerrada del traje. Además, el buzo debe absorber el sudor, permitir que la piel respire y adaptarse elásticamente a todas las posiciones.

## **El torso**

El conjunto ensamblado del traje espacial consta de once unidades más el casco, que se conectan entre sí. La parte central es el torso, un tubo de fibra de vidrio con hombros, que tiene en el pecho los controles que maneja el astronauta con los dedos, y que sostiene la mochila. Al torso van adosados el casco, los brazos y la cintura. A los brazos van unidos los antebrazos y a ellos los guantes. En la cin-





*El traje propiamente dicho está hecho de siete diversos materiales. La foto muestra de abajo hacia arriba: en primer lugar la capa protectora que va encima de la manga de tricot, luego la "vejiga" de uretano recubierto de nylon con los tubos que llevan el agua de enfriamiento. Encima está el dracón que resiste la presión (amarillo), luego el forro de neopreno cubierto de nylon. Luego el aislamiento de mylar recubierto de aluminio y finalmente la cubierta exterior (blanca), un compuesto de varios materiales resistente al impacto.*

tura van las piernas, en cuyo extremo se colocan las botas.

Todos estos componentes tienen una capa interior llamada "vejiga", que es hecha de nylon con uretano. Su función es similar a la de una llanta sin cámara, que mantiene el oxígeno a presión formando la atmósfera en la que vive el astronauta. Encima hay una capa de dracón que impide que la vejiga se expanda ya que en el exterior no hay presión.

Todas las piezas están revestidas por el recubrimiento térmico. Este consta de nylon, cubierto de neopreno y cinco capas de mylar. La capa externa es un compuesto de Nomex y Kevlar, dos materiales sintéticos de gran resistencia y flexibilidad. Este complicado sandwich de materiales tiene diversas funciones. Ante todo tiene que ser muy resistente a la ruptura, a la vez que defender del calor (razón por la cual el exterior es blanco).

El traje no sólo debe resistir los rayos del Sol no filtrados, sino también el impacto de micrometeoritos y otra "basura espacial" que lo golpea a más de 20 mil kilómetros por hora. La parte térmica es crítica ya que, dependiendo de la posición del Sol, la temperatura exterior del traje puede variar su desde  $-157^{\circ}$  hasta  $+177^{\circ}$ . Sin embargo, el sandwich de materiales mantiene el interior a una temperatura que va entre  $10^{\circ}$  y  $43^{\circ}$ , tolerable para el cuerpo humano.

### **Las manos**

El propósito de hacer un traje que permita al astronauta salir al espacio es que pueda trabajar. Es por esto que sus manos deben contar con una protección que, a la vez que las defiende de las condiciones extremas del espacio, les permita el movimiento y sensación táctil que requieren las tareas manuales. Esta es la razón por la cual el guante es la pieza más complicada del traje espacial. Cada mano de astronauta tiene "su" guante, hecho a la medida.

El proceso de fabricación de los guantes es el más difícil, pues requiere un molde de la mano del astronauta, del cual se toman 22 medidas. Sobre el molde se fabrica vejigas de poliuretano y poliéster, las que se secan en horno y se revisten por dentro con algodón, que

no se pega a la piel. El guante tiene un sello en la muñeca, que se cierra herméticamente con un anillo de metal. Así la mano, protegida del ambiente exterior y presionada, queda independiente de la atmósfera del traje. Esto le permite mantener dimensiones más cercanas a la de la mano desnuda, y con ello realizar tareas similares a las que haría sin guantes.



*La mano* es la pieza más complicada del traje espacial. Para hacerla, se toman 22 diferentes medidas de la mano de cada astronauta. En la muñeca tiene una articulación y a la altura del antebrazo va unida herméticamente por anillos al tubo de la manga.

## La mochila

La mochila, por su bulto y masa, se mantiene colgada de una pared, de modo que una vez vestido, el astronauta se agacha bajo ella y la engancha sobre los hombros, para que luego se hagan todas las conexiones. Es la central que provee al astronauta todos los servicios mientras está en el espacio. Además de circular el agua que lo mantiene a una temperatura soportable, la mochila recircula el oxígeno y mantiene la presión que —para no someter el traje a demasiado esfuerzo— es equivalente a un tercio de atmósfera, más o menos la que soporta un montañista en el Himalaya.

Además de dar las condiciones necesarias para la vida, la mochila es la central de comunicaciones. El casco, que se pone al final, reúne los terminales de comunicaciones (auriculares, micro, etc.) y tiene conexiones directas a la mochila. La visera frontal, tratada con una capa metálica especial, permite la visión hacia afuera, pero filtra la radiación solar, la luz intensa en toda su gama, desde el infrarrojo hasta el ultravioleta. En su interior la visera tiene un tratamiento que impide que la diferencia de temperatura entre el interior y el exterior la empañe.

## La actividad en gravedad cero

Si bien el traje, como todo lo demás, no pesa en el espacio, tiene masa. Pero, como en la Tierra pesa 136 kg., duplica la masa del astronauta. En la gravedad cero, la mayor masa también duplica la inercia, lo que se refleja en sus movimientos. A esta dificultad hay



*Un astronauta*, sobre el fondo de nubes encima del océano, es transportado por el brazo del transbordador. Su mochila contiene todos los elementos para sostener la vida dentro del traje y en el pecho están los controles. El casco contiene las comunicaciones, cuya central está en la mochila. El traje de astronauta, que consta de 20 mil piezas y pesa 136 kg., es el equivalente a un vehículo espacial autónomo.

que añadir la naturaleza de las uniones del traje, sus dimensiones y su espesor. Según cuenta uno de los astronautas: “En el traje, uno se mueve como el traje quiere”.

Los movimientos naturales, como llevarse la mano al pecho, no se hacen en forma normal. Debido a la forma de las articulaciones, el movimiento se debe descomponer en verticales y horizontales. Es por

esto que los astronautas se mueven de una manera parsimoniosa y sus brazos hacen recorridos aparentemente innecesarios para realizar simples operaciones.

Según los astronautas que han realizado la compleja tarea de reparar el telescopio Hubble, el entrenamiento previo de los movimientos es indispensable. A pesar de su maravillosa complejidad, el traje tiene grandes limitaciones y según un astronauta: "Si uno trata de luchar con él, el traje siempre gana. . . hay que hacerlo como él quiere". Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, los astronautas han logrado llevar a cabo verdaderas hazañas en el espacio, como lo fue la exploración de la Luna y, más difícil aún, la reparación del Hubble.

A pesar de la alta tecnología, los materiales sofisticados, y el permanente mantenimiento que reciben, los trajes espaciales tienen una duración limitada. Esta se cuenta —al igual que en los autos— en tiempo y/o "recorrido". El tiempo es ocho años y el "recorrido" 461 horas de trabajo con presurización. Estas cifras son las óptimas previstas, sin embargo, la mayoría de los componentes al cabo de unas 70 horas de trabajo no pasa las inspecciones y es reemplazado.

Sólo una pequeña parte de los componentes de un traje llega a los ocho años o a las 461 horas de trabajo previstas. Los diarios y la televisión sólo nos muestran el traje, pero, detrás de él hay una organización de complejas instalaciones, no sólo para su fabricación sino también para su mantenimiento. El costo de cada traje pasa del millón de dólares, pero esto no incluye el diseño, el mantenimiento, ni los repuestos. Como parte del programa espacial, resulta imposible calcular el costo del traje espacial independientemente. En las palabras del jefe de Actividades Extravehiculares de la NASA, el traje espacial es: ". . . un uniforme, una oficina, un baño y un vehículo

con aire acondicionado, a la vez un contenedor presurizado que mantiene fresco y caliente al astronauta y se hace cargo de los desperdicios... una nave espacial para un solo hombre". Ahora, con pequeños propulsores que permiten al astronauta desplazarse en el espacio, reúne todas las condiciones para calificarlo como tal.

## VOCABULARIO

MIR(memory-information register) 存储信息寄存器	poliuretano <i>m.</i> 聚氨甲酸酯
buzo <i>m.</i> 潜水服	poliéster <i>m.</i> 聚酯
chifón <i>m.</i> 薄绸	infrarrojo <i>m.</i> 红外线
nylon spandex 一种弹性纤维 (含聚氨基甲酸乙酯 85% 以上的长链聚合体纤维)	ultravioleta <i>f.</i> 紫外线
uretano <i>m.</i> 尿烷, 氨基甲酸乙酯	empañar <i>vt.</i> 损坏
neopreno <i>m.</i> 氯丁橡胶	inercia <i>f.</i> 无生命
mylar <i>m.</i> 聚酯薄膜	parsimonioso, sa <i>adj.</i> 不慌不忙的
	presurización <i>f.</i> 给机舱加压 输送氧气
	propulsor <i>m.</i> 推进机

[ G e n e r a l I n f o r m a t i o n ]

书名 = 新编西班牙语阅读课本 第四册

作者 = B E X P

页数 = 5 7 7

下载位置 = <http://read3.5read.com/diskgnab/gnab59/08/!00001.pdg>



封面  
书名  
版权  
前言  
目录  
正文